

emecé

Will Ferguson

La herencia de Drake

Un inusual y lúcido retrato del sueño americano



Por el autor de Happiness™

Annotation

Jack McGreary es un hombre joven con un alma atormentada y un don para las estafas. En los años de la depresión americana, su infancia transcurrió junto a su padre en Paradise Flats, una ciudad fantasmagórica donde aprendió a vivir de su ingenio y a no confiar en nadie. Cuando Vigil Ray y Miss Rose, expertos timadores profesionales, aparecen por la ciudad, Jack no duda en unirse a ellos para dar rienda suelta a su único talento.

Juntos arrasan el sur oeste del país con sus elaboradas, ingeniosas y graciosísimas estafas. El joven Jack se sumerge en un mundo donde el jazz, las mentiras y los crímenes son el pan de cada día, mientras crece la tensión sexual entre él y Miss Rose. Por primera vez en su vida Jack siente que todo le va bien. ¿O quizás alguien le está tendiendo una trampa?

Will Ferguson, el aclamado autor de Happiness® nos deleita con una novela llena de ingenio y perspicacia que nos adentra en los años de la depresión a la vez que nos ofrece un inusual y brillante retrato del sueño americano.

WILL FERGUSON

La herencia de Drake

Traducción de Claudia Conde

Editorial Planeta, S. A.,

Sinopsis

Jack McGreary es un hombre joven con un alma atormentada y un don para las estafas. En los años de la depresión americana, su infancia transcurrió junto a su padre en Paradise Flats, una ciudad fantasmagórica donde aprendió a vivir de su ingenio y a no confiar en nadie. Cuando Vigil Ray y Miss Rose, expertos timadores profesionales, aparecen por la ciudad, Jack no duda en unirse a ellos para dar rienda suelta a su único talento.

Juntos arrasan el sur oeste del país con sus elaboradas, ingeniosas y graciosísimas estafas. El joven Jack se sumerge en un mundo donde el jazz, las mentiras y los crímenes son el pan de cada día, mientras crece la tensión sexual entre él y Miss Rose. Por primera vez en su vida Jack siente que todo le va bien. ¿O quizás alguien le está tendiendo una trampa?

Will Ferguson, el aclamado autor de Happiness® nos deleita con una novela llena de ingenio y perspicacia que nos adentra en los años de la depresión a la vez que nos ofrece un inusual y brillante retrato del sueño americano.

Título Original: *Spanish Fly*
Traductor: Conde, Claudia

ISBN: 9788496580381
Generado con: QualityEbook v0.87

Will Ferguson

La herencia de Drake

ÉSTA es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en la misma son producto de la imaginación del autor o se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales vivas o muertas, hechos o poblaciones, es pura coincidencia.

Título original: *Spanish Fly*

Will Ferguson, 2007

Traducción, Claudia Conde, 2008

Editorial Planeta, S. A., 2008

Primera edición: octubre 2008

ISBN 978-84-96580-38-1

Primera parte

Una feria en el desierto

Uno

A VECES pienso que Colón estaba equivocado. Quizá el mundo es plano después de todo.

Está el Cielo, está el Infierno, y en algún lugar entre medias, las llanuras del oeste de Tejas. En esta desolación cocida al homo, casi no hay indicios visibles de la curvatura de la Tierra.

Y aquí estoy yo, Jack McGreary, de copiloto, a bordo de un Nash Ambassador sedán que avanza rozando el paisaje tras el torpedo cromado que adorna el capó, como si viajáramos en la estela de una bala.

Éramos tres en el coche: Virgil, al volante. La señorita Rose, estirada en el asiento trasero. Y yo, huyendo de una vida que hacía tiempo se me había quedado pequeña.

Hacía sólo un par de horas que conocía a Virgil y a la señorita Rose, pero era más que suficiente. Me los había encontrado en la ciudad, en un callejón junto a la tienda de comestibles. Cuando Virgil me presentó a Rose, ella me miró de arriba abajo como si estuviera examinando un caballo de carreras.

—Eres corpulento, ¿eh? ¿Cuántos años tienes, muchacho?

—Diecinueve —dije yo—. Acabo de cumplirlos.

—¿Diecinueve? —se echó a reír ella—. ¡Demonios, ni siquiera recuerdo mis diecinueve!

Montar en el Nash Ambassador fue un placer. Lo había visto en los anuncios y ahora yo iba dentro. Cuatro puertas, edición limitada 1939, seis plazas, con asiento trasero transformable en cama. Tracción trasera, 105 caballos, motor de válvulas en cabeza. Sistema de doble ignición. Lunas inastillables. Ventilación por aire, con climatización patentada Weather-Eye. Líneas aerodinámicas, como uno de esos lujosos trenes de pasajeros de los que se veían en los carteles publicitarios describiendo una curva en torno a las Rocosas o salvando ágilmente los puentes, antes de que las compañías ferroviarias empezaran a arrojar vagabundos desde los furgones de mercancías. El Ambassador, lustroso y suave, y lleno de innovadoras maravillas. Virgil lo ponía a ochenta sin la menor sacudida.

Rose iba sentada con las piernas en alto y el vestido al viento. El pelo volando en todas direcciones. Dormida, o fingiendo que dormía. Moví el espejo lateral y la estuve mirando un rato. Incluso con los ojos cerrados y todo el viento en la cara, seguía intentando que un mechón de pelo suelto se le quedara detrás de la oreja.

Virgil tenía buen gusto, no cabía duda. Para los coches, y también para los trajes. Estaba tremendamente elegante vestido de lustrosa

seda, y con el bigote a lo Errol Flynn. Me hacía sentir como un patán, con el mono mal remendado y cubierto de sal incrustada.

—Este timo, concretamente —dijo Virgil mientras rodábamos hacia el siguiente pueblo del mapa—, está tirado.

Entramos en el condado de Yoakum. «Gattonville», decía el cartel. Parecía una versión más pequeña de Paradise Flats, de donde soy yo. Poca cosa, ese Gattonville. Habría podido atravesarlo de un escupitajo con el viento a favor. Unas cuantas tienduchas, con mercancías descoloridas en los escaparates y toldos necesitados de reparación. Una iglesia de adobe en la plaza principal, con una campana sin badajo moviéndose en el aire seco. La campana rechinaba a un lado y a otro, sin un ding, ni un dong, ni un mal saludo. Todo el pueblo estaba hecho de barro compacto, o eso parecía.

—Los juegos a dos bandas no son fáciles —dijo Virgil—. Muchas oportunidades de oro se nos han malogrado, sólo por no ser capaces de controlarlas solos, Rose y yo. A menudo hacen falta un gancho, un cambista y un escape. Ya son tres. Ahí es donde entras tú.

Rose tira la red, yo cobro la presa y tú nos sacas de allí.

Rose empezó a moverse en cuanto paramos. Se inclinó hacia adelante y sacó un cigarrillo con un par de golpecitos.

—¿El timo del Tesoro?

Virgil asintió. Para entonces estábamos agazapados en el Nash, aparcados en un callejón, frente a la calle infecta que en Gattonville pasa por ser el centro del pueblo. Estábamos esperando, aunque yo no sabía muy bien qué.

Rose aplastó su tercer cigarrillo en otros tantos minutos y dijo:

—¿Lo hacemos ahora, Virg?

Él hizo un gesto afirmativo.

—Cuando estés lista, muñeca.

Rose sacó un fajo de billetes nuevos de veinte dólares. Le leyó los números de serie a Virgil, que los apuntó rápidamente en una libretita, cada número en una página distinta.

Salió del coche y atravesó la calle, hasta el primer comercio que teníamos delante, una tienda de alimentación. La vimos volverse para mirar a través de la puerta mosquitera mientras ésta se cerraba, como si la estuvieran persiguiendo. Eso era precisamente lo importante, según Virgil: parecer tan furtiva como fuera posible y que la recordaran.

Entonces lo que sucede es esto: Rose entra, curiosea por la tienda con ojos huidizos y hace una compra menor, que paga con un billete nuevo de veinte dólares. Algo de menos de un dólar. Recoge apresuradamente la vuelta y se larga.

Enseguida irrumpe Virgil, con las maneras bruscas y confiadas de un funcionario del Departamento del Tesoro.

—¿Ha estado aquí una señora? —pregunta al dependiente, mientras le enseña brevemente una placa.

Antes me ha enseñado la placa en el coche. Parecía auténtica, porque lo era. Mirándola más de cerca, se leía «Departamento de Pesca y Fauna» (Virgil la había ganado jugando al faro, según me dijo), pero ¿quién se para a examinar una placa?

—Alta. Cabello rubio rizado, vestido azul.

—Ha estado aquí hace poco —le dicen, ya que la recuerdan claramente.

—¿Ha pasado un billete? —pregunta Virgil—. ¿Uno con este número de serie?

Lo lee de la libreta.

El dependiente saca el billete de veinte dólares de Rose de la caja registradora y se queda con la boca abierta. ¡El mismo número! No hace falta nada más.

—Se ha marchado hace menos de cinco minutos —dice el dependiente—. Quizá todavía pueda alcanzarla.

—Tenemos hombres esperándola en la carretera, a la salida del pueblo. ¡Amigo mío, acaba de vérselas con la prima de Bonnie Parker!

—¿La prima?

—Connie. Una falsificadora famosa. Está inundando la zona con billetes como éstos.

Virgil se pone un par de guantes de algodón y, con mucho cuidado, coge de la mano del dependiente el billete (de curso perfectamente legal), lo contempla al trasluz y murmura:

—Falso, claro está.

Después, fijando la mirada en el empleado de la tienda, añade: —Seguramente sabrá que aceptar moneda falsa es delito federal. El dependiente traga saliva al oír la novedad, pero Virgil opta siempre por ser magnánimo:

—Veo que es un hombre honrado —dice—. Además, puede que haya una recompensa para usted...

Ya está.

Miedo, seguido de codicia. Poderosa combinación. Virgil extiende un recibo a cambio del billete supuestamente falsificado (después de todo, la ley requiere la incautación inmediata del dinero falso) y sale de la tienda con veinte dólares en la mano, lo que convierte en puro beneficio el dinero de la vuelta recibido poco antes por Rose.

Al llegar a ese punto, Rose estaba a varias puertas de distancia. Normalmente entraba y salía de las tiendas con más rapidez que Virgil.

Una vez recuperados los veinte, Virgil salía de la tienda, pasaba la hoja de la libreta al siguiente número de serie y entraba en el comercio más próximo.

Mi trabajo consistía en una sola cosa: arrancar el vehículo. Ni siquiera de eso fui capaz.

Veinte minutos después, con casi ochenta dólares limpios, Virgil y Rose saltaron al coche.

—¡Vamos!

Pero en mi pánico de palmas sudorosas, cuando tiré del estárter, lo que hice fue ahogar el motor. ¡Maldición! Volví a empujar hacia dentro la palanca del estárter, giré la llave y pisé el acelerador. Estaba intentando provocar una buena corriente de aire que limpiara las bujías. El motor tosió y salió un penacho de humo negro de debajo del capó. Le faltó poco. Metí la marcha. El motor petardeó por segunda vez, haciendo avanzar al coche con una sacudida y enseguida se caló. Lo intenté de nuevo, esta vez pisando con más fuerza el acelerador. Más humo. El Nash dio otra sacudida. Y murió, esta vez definitivamente.

Virgil golpeó el salpicadero con las dos manos.

—¡Bien, estupendo!

Se bajó y cerró de un portazo. Y entonces va y aparece el último dependiente del día, resoplando, con la cara enrojecida e impelido a la acción por todas las fantasías juveniles de agentes federales con las que le había alimentado la radio.

Y va ese dependiente y ve a Virgil al lado del Nash, y le grita:

—¡Señor! ¡Ahí está! ¡Dentro del coche!

Momentos como ése son los que ponen a prueba a un hombre. Salí tropezando por el lado del conductor, con el corazón desbocado y los puños ya preparados, esperando una trifulca ahí mismo, en plena calle.

Pero una clase muy rara de calma se apoderó de Virgil. Se volvió lentamente, como lo habría hecho un matador de toros.

Sonrió y se dirigió al dependiente en el más amistoso de los tonos:

—¿Sería tan amable...? —dijo—. El gobierno de Estados Unidos necesita su ayuda.

Me agarró por el cuello y tiró con fuerza hacia arriba, aunque tuvo que ponerse de puntillas, porque yo le sacaba por lo menos la cabeza.

—Verá, acabo de atrapar a Connie Parker y a su cachorro. Llévese al chico a su tienda y no deje que nadie lo vea. Puede que haya más miembros de la pandilla de delincuentes peligrosos de la Parker escondidos en los alrededores. En cuanto saque del coche a la madre del muchacho, me reuniré con usted. Tendremos que tomarle declaración, para el trámite de la mención al valor que seguramente vendrá después. Usted solamente asegúrese de que el pollo no escape.

(Después me enteré de que Virgil había dejado todo un rastro de menciones al valor por los estados del suroeste. «Soy una especie de

filántropo», le gustaba decir.)

Con su hombría debidamente espoleada, el dependiente me condujo a su ferretería, agarrándome por el codo y susurrándome: «No intentes ninguna tontería», como si él fuera un tipo duro de una película de Edward G. Robinson.

De hecho, llegué a pensar que Virgil y la señorita Rose muy probablemente me dejarían allí y se esfumarían. Por la duración de la espera que siguió, supuse que estarían discutiendo precisamente esa posibilidad. Pero finalmente la puerta se abrió, con Virgil propinándole a Rose un histriónico empujón para que pasara. Rose traía la cabeza gacha y las manos por delante, con la chaqueta de Virgil echada por encima, como para ocultar unas esposas. Virgil le dio la vuelta al cartel de la puerta, hacia el lado que ponía «Cerrado».

—¿Connie Parker? —preguntó el dependiente, con los ojos desorbitados por estar ante una celebridad (inexistente, sí, pero celebridad al fin y al cabo)—. ¿La famosa Connie Parker?

Rose no dijo nada y mantuvo la mirada baja.

—Ha hecho un buen trabajo —le dijo Virgil a mi rechoncho captor—, Excelente. Seguramente tendrá una recompensa por esto. Ya lo estoy viendo: «Lugareño ayuda a capturar a conocida pandilla de delincuentes.» Me llevo a estos dos a la comisaría. No se aparte mucho del teléfono, porque van a llamarlo de la central.

—Ni una pulgada —dijo el dependiente.

Después, mientras nos disponíamos a marchamos, nuestro amigo añadió:

—¿No necesitan examinar también la caja registradora? ¿No tendrán que aplicar el polvillo ése, para ver si hay huellas dactilares?

Virgil se paró en seco y se dio la vuelta. Un extraño espasmo le sacudió la boca, como si estuviera reprimiendo, no sé, quizá una sonrisa. Se atusó el bigote, aunque no lo necesitaba, y elijo:

—¡Excelente sugerencia! Sinceramente, usted tiene pasta de agente federal.

—¿De verdad? —dijo el dependiente, mientras procedía a abrir la caja para el saqueo.

—Tendré que llevarme todo el cajón —dijo Virgil—. Habrá que aplicarle el polvillo, para buscar... eh... pruebas. Y otras cosas.

Virgil extendió otro recibo para eso.

El dependiente le entregó a Virgil el cajón de la caja registradora, con el dinero clasificado y apilado en pulcros montones, para nuestra comodidad. Después el hombre se agachó detrás del mostrador y sacó otro cajón, pero vacío.

—Traeré el efectivo que tengo en la caja fuerte —dijo—. No, mejor no.

Eso también captó el interés de Virgil.

—¿Dónde compra esas cosas? —preguntó, refiriéndose al cajón de recambio.

—En la tienda de material de oficina de Silver.

—¿Caben en cualquier caja registradora? —preguntó Virgil.

—Así es. Limpiamente. Es una medida estándar. Da igual el fabricante.

—Entonces —dije yo, mientras volvíamos al coche—, ha ido bien que se me calara el Nash, ¿no?

Virgil masculló algo. Tardó media hora larga en conseguir que el Ambassador arrancara y, en cuanto salimos de Gattonville, Rose pasó a ocupar el asiento del conductor. Entonces me adjudicaron a mí el papel del tipo furtivo que iba de tienda en tienda dejando billetes de veinte, mientras Rose esperaba... con el motor en marcha. Virgil me aconsejó que pareciera nervioso, lo cual no me resultó difícil. Me temblaban las manos todo el tiempo, y aunque comprobé que era capaz de controlar el miedo, el temblor no parecía que fuera a acabarse nunca. Dimos el mismo golpe en los tres pueblos siguientes, conmigo de gancho y Virgil entrando en escena a continuación, para asustar a los dependientes con amenazas de persecución y engatusarlos después con promesas de recompensas. Les cambiaba el cajón de la caja registradora por el último que nos habíamos llevado. El que les entregaba siempre estaba lleno de dinero, ya que no podía suponer que todos los dependientes fueran tan ingenuos como el primero y el cambio de un cajón por otro igual de lleno que el anterior difícilmente podía parecerles sospechoso. Virgil les hacía un recibo y los dependientes suponían que no tenían nada que perder.

Pero ya veis, Virgil y Rose tenían un maletín lleno de billetes falsos, además de un portafolio repleto de papeles de color verde claro, cortados del tamaño justo.

—Nunca conviene pasar dinero falso —dijo en una ocasión Virgil. Nos habíamos detenido junto a la cuneta y él estaba preparando el último de nuestros cajones para el siguiente golpe—. No lo hagas, si puedes evitarlo. Compré este lote por cuarenta dólares y lo tengo más que nada para una emergencia o para una ocasional cagada de paloma.

—¿Cagada de paloma?

—Cuando le dejas caer a algún sujeto un rollo de Michigan.

—¿Rollo de Michigan?

—Un fajo con un solo billete grande y un montón de hojas en blanco o papeles de periódico recortados. El nombre viene del estado de Michigan, donde perfeccionaron el timo. Yo prefiero el Michigan vivo.

—¿Michigan vivo?

—Una pila de billetes auténticos de un dólar, entre un par de

billetes falsos de cien. ¡Dios santo, chaval, todavía te queda mucho que aprender! Un Michigan vivo da más el pego que el papel de periódico o una pila de papeles verdes. Es más difícil de descubrir, sobre todo cuando la transacción se produce por la noche. El problema es que a los billetes falsos los descubre hasta un niño a la luz del día. Los colores nunca son del todo exactos, ni tampoco el tacto del papel. El Departamento del Tesoro usa papel de borra de algodón, tintas de seguridad y planchas muy caras. Casi imposibles de duplicar. Si fuera fácil falsificar, no harían falta los timos.

Volvimos a la carretera, con Virgil al volante, la climatización patentada Weather-Eye zumbando, el aire derramándose sobre nosotros y Rose tumbada otra vez en el asiento trasero.

Parábamos en cada pueblo que encontrábamos, cada uno más pequeño que el anterior. La caza había dado un giro nuevo e inesperado, y nuestro botín aumentaba aceleradamente. Mientras que antes habríamos necesitado toda una calle para reunir ochenta dólares, ahora conseguíamos más de eso con sólo cambiar una caja registradora. Cada vez que vaciábamos el último cajón, volvíamos a rellenarlo con papeles en blanco, con un solo billete de veinte, de diez, de cinco o de uno encima de cada montón. Todos falsos, excepto el de un dólar. Obviamente falsos, además, si los mirabas un momento al trasluz o los arrugabas aunque fuera un poco. Pero pulcramente dispuestos en un cajón del Departamento del Tesoro de Estados Unidos.

—Nadie parpadeará siquiera —dijo Virgil—. No lo mirarán dos veces.

Aun así, añadía una medida más de seguridad, para irse tranquilo.

—Los billetes están marcados —le decía al dependiente—, así que no los toque hasta que venga nuestro hombre y los limpie.

(Virgil no decía con qué ni por qué, pero eso era lo de menos. Lo importante era mantener las manos del dependiente alejadas de la caja registradora el tiempo suficiente para poner tierra de por medio entre nosotros y el pueblo que acabábamos de visitar.)

—Y recuerde —le decía Virgil, dejando colgada en el aire la promesa, como una hebra de colores delante de un gato—, habrá una importante recompensa. Así que no haga nada antes de que llegue nuestro hombre.

¡Una recompensa! ¡Y además importante! Los ojos de los dependientes brillaban con indisimulada avaricia. Viene en la «A» del diccionario: «Afán desordenado de poseer y adquirir riquezas.» No un afán normal de poseer y adquirir riquezas, algo natural en el hombre, sino un afán desordenado.

—Los que son así de avariciosos e imbéciles merecen que los timen —dijo Virgil, mientras dejábamos atrás a toda velocidad nuestro

último intercambio de cajas registradoras del día, con el sol enrojecido barriendo el paisaje a nuestras espaldas y las luces del pueblo siguiente titilando a lo lejos—. Ellos se lo buscan.

—Claro —dijo Rose, medio dormida en el asiento trasero—. La culpa es de la víctima.

Después, más para sus adentros que otra cosa, añadió:

—No puedo creer que le hayas dicho al dependiente de Gattonville que yo era la madre de Jack.

—¿Qué querías que le dijera? —preguntó Virgil—. ¿Que eras su amiguita? Dije lo primero que me vino a la cabeza, nada más.

Se puso a mirar por la ventanilla los arbustos de artemisa que iban pasando. El oeste de Tejas, aplastado a martillazos. Y nada más que las mesas de la sierra de Richardson, muy a lo lejos, como recuerdo del horizonte.

—No puedo creer que le hayas dicho eso.

—¡Vamos, Rose! Tú no eres tan mayor.

—No tiene nada que ver con mi edad —dijo ella, sin dejar de mirar por la ventanilla—. No tendrías que haberle dicho que yo era su madre.

Dos

ES DIFÍCIL saberlo, ¿no? Dónde empiezan las cosas, por qué acabamos siguiendo un camino y no otro. En mi caso, creo que quizá empezó cuando me arrestaron. Fue en el este, en Luisiana. Formaba parte del plan y funcionó a la perfección, pero tengo la sensación de que tal vez fue entonces cuando todo se empezó a torcer.

Supongamos que un par de amigos están jugando a las cartas y uno de ellos sorprende al otro haciendo trampa, y entonces se va a su casa, coge una pistola, la carga, vuelve y le mete una bala en el pecho al otro tipo. Muy bien, ¿cuándo se produjo exactamente el asesinato? ¿Cuál fue el punto sin retomo? ¿Fue el momento en que la bala salió del cañón? ¿O cuando alcanzó al tipo? ¿Fue cuando el corazón del hombre dejó de latir? ¿Cuándo su amigo apretó el gatillo o cuando no consiguió convencer al susodicho amigo de que no le disparara? Quizá si hubiera sido más convincente pidiendo clemencia… Si hubiera llorado sólo un poco más… ¿O fue cuando su amigo se levantó de la mesa de juego y se fue a casa a buscar una pistola? Tal vez haya que hurgar todavía más atrás, en las raíces de su amistad, en cómo los educaron, qué les enseñaron, si crecieron ricos o pobres, temerosos de Dios o científicos. ¿Cuándo empezó a hacer tictac el reloj? ¿Cuándo terminó realmente la vida de ese otro hombre?

O consideremos algo más grande. Un desastre ferroviario, por ejemplo. Cuando las cosas se salen de madre de esa forma, no debe ser difícil localizar la causa concreta del descarrilamiento. Se puede remontar el hilo de la catástrofe hasta un guardagujas que se quedó dormido en un cambio de vías. Pero ¿por qué estaba dormido? ¿Había pasado la noche en vela porque el perro de su vecino no dejaba de aullarle a la Luna? Y de ser así, ¿el accidente y la consiguiente destrucción son culpa del perro? ¿O de la Luna? ¿Y quién ha hecho que esa Luna esté allí girando, después de todo? Así es, podemos seguir tirando indefinidamente de los hilos, sin conseguir descubrir jamás la verdad.

En mi caso, quizá todo se remontaba a antes de Luisiana. Antes de Virgil y la señorita Rose. Creo que, en mi caso, quizá todo empezó con el polvo.

Las llamaban «ventiscas negras», por el modo en que se apilaban como nubes de lluvia y tapaban el Sol. En algunas retumbaban los truenos, mientras que otras eran espectralmente silenciosas. Todas eran secas como osarios. Cuando pasaban sobre nosotros, era como si alguien hubiese corrido una sábana ondulante sobre el campo.

Era tierra fértil que trepaba al cielo, eran granjas agotándose, arrastradas por el viento. Una granja por cada milla de polvareda, decían. El polvo que dejaban podía ser gris ceniciento o amarillo como el papel encerado. Marrón grasiento, si venía de Kansas; negro denso, si del este de Tejas, o rojo cobrizo si era de las colinas de Oklahoma. Cada tormenta tenía su color y cada color tenía su olor. La arena roja era irritante y te quemaba la nariz cuando la aspirabas. El polvo marrón más oscuro venía con un aroma mantecoso que te revolvía el estómago. Las tormentas amarillas olían a carne rancia. Hubo una ventisca negra que se extendió desde el extremo norte de Tejas hasta la frontera canadiense y oscureció el cielo hasta en Albany, así que calculen ustedes mismos. El corazón de un continente. Un espacio tan grande que cuesta imaginarlo. Un espacio vacío. El viento empezó a levantarse en noviembre, el día del Armisticio, y no dejó de soplar, arrancando del suelo años de apropiación de la tierra y de trabajo duro. Eso fue en el treinta y tres. Seis años después, estaban diciendo que ya habíamos «salido del pozo». Según mis cálculos, debía de ser el cuarto pozo del que salíamos. Si era cierto que la prosperidad estaba próxima, todavía no había llegado nada hasta aquí abajo.

Era algo atroz y maravilloso ver acercarse una tormenta de polvo. El horizonte se volvía negro y después más negro aún, y se convertía en una línea de tinta trazada sobre el borde de la Tierra. El cielo se revolvía, como la tolvanera levantada por los cascos de la caballería de un ejército aproximándose, cada vez más cerca, hasta que, en una racha de viento, el aire parecía volverse sólido y empezaba a moverse, y te quemaba la garganta y los ojos, pinchándote hasta hacerte sentir como si estuvieras desnudo entre ortigas. Y ahí tenías al loco Eli, con los ojos como platos, agitando los brazos en lo peor de la tormenta, desvariando sobre el día del Juicio y el fin del mundo, y gritándole a un viento que le lijaba los huesos:

—¡Castigo! —gritaba, aunque nunca averigüé por qué.

Las casas se tambaleaban, gimiendo bajo el ataque. La arena se colaba dentro. Los granos se te metían entre los dientes y en los ojos. En las orejas. Aprendías a quedarte inmóvil por la noche, porque darte la vuelta sólo servía para levantar el polvo de las mantas. Aprendías a dormir con una toalla encima de la cara y a no soñar con la asfixia. Cuando te despertabas, encontrabas tu contorno dibujado en la almohada, como un rompecabezas con una pieza faltante. Algunos meses, las tormentas venían cada dos o tres días. Los estanques se llenaban de lodo y el lodo se volvía arcilla. ¿No era ése el sueño del Faraón, el de las vacas flacas devorando a las gordas? Era como si todas las misas que había soportado hubiesen cobrado vida.

Era bíblico, eso era. Los animales morían por docenas, como en la historia de Noé, pero al revés: bestias grandes y pequeñas dando

marcha atrás para salir del arca, hacia la falta de agua, caminando para atrás, hacia las costillas marcadas, los pellejos colgantes y los ojos legañosos rodeados de moscas. Morían de sed. Morían lamiendo su propia sombra.

Los contornos del terreno no dejaban de cambiar: dunas altas en algunos campos y caliche endurecido en otros, a medida que el viento les arrancaba capas de historia y los dejaba desnudos. Reaparecían campamentos indios medio olvidados, junto con puntas de flecha, estribos españoles, círculos de piedras que fueron las bases de tipis y huesos de búfalo. Era como si los años dedicados a domeñar la tierra y colonizarla, los años transcurridos escardando y levantando terrones, se hubiesen esfumado, como si todo hubiese sido un sueño. En Dalhart estaban organizando uno de esos clubes del último superviviente, cuyos miembros juraban solemnemente no abandonar nunca las llanuras, aunque para muchos estaba claro que las llanuras ya los habían abandonado a ellos.

Dicen que las tormentas de polvo se comieron pueblos enteros, que algunos simplemente desaparecieron bajo las dunas y las colinas cambiantes. Dicen que murieron hombres asfixiados, tragando polvo, tratando de respirar. No sé si esas historias son literalmente ciertas, pero sé que he visto a gente huyendo de la oscuridad, tapándose la boca con pañuelos, como si escaparan de un ataque con gas mostaza. Refugiándose en casa, rellenando con sábanas y trapos viejos todas las rendijas que encontraban, sellando las puertas y ventanas con papel engomado, intentando lo mejor que podían mantener a raya el polvo. Pero el polvo se escurría y entraba de todos modos, dejando en el suelo marcas onduladas semejantes a huellas dactilares.

Yo tenía nueve años cuando se desmoronó la Bolsa. Lo llamaron el Jueves Negro; después hablaron del Lunes y el Martes Negro, hasta que empezaron a referirse al Octubre Negro, y al final terminaron hablando en años.

Lo gracioso es que al principio, antes de la sequía, el problema había sido el exceso de producción. Tras el derrumbe de la Bolsa, la superabundancia de las cosechas amenazaba con arrastrar los precios todavía más abajo. El grano ya se estaba pudriendo en los silos (la gente hablaba de «podredumbre opulenta»), de modo que el Departamento de Agricultura tuvo que prender fuego a miles y miles de acres de sembrados y destruir grandes extensiones de trigo, algodón, remolacha, tabaco y otros cultivos, tratando desesperadamente de prevenir el exceso de oferta. Ardieron los campos. Las llamas proyectaban un resplandor rojizo en el cielo, como si alguien se hubiese dejado abiertos los portones del infierno. Es un espectáculo que no se olvida fácilmente, el de un paisaje ardiendo de ese modo.

En el sur, ordenaron a los granjeros que arrancaran las plantas de algodón, pero las mulas sureñas estaban adiestradas para caminar entre las hileras y rehusaban pasarles por encima con el arado. Se negaban a pisotear las plantas. Había que azotarlas para que obedecieran.

Cosechas abundantes y campos en llamas. ¡Parece que haya pasado tanto tiempo! Ahora se nos han echado encima los años de la sequía, y la langosta ha arrasado lo poco que quedaba. Tormentas secas y calor agobiante. Langostas y huesos blanqueados. Si antes vivíamos en el Granero de Norteamérica, ahora estamos en el fondo de la Cuenca de las Polvaredas, en el extremo sur, de hecho. «Donde se asientan los sedimentos», como solemos decir. Nuestra idea de salir de excursión, por aquí, es aspirar tres bocanadas de aire fresco entre una tormenta y la siguiente. «Este nuevo Sahara», lo llaman los periódicos.

Recuerdo cuando tenía diez años, quizá once, sorprendido en el patio por la plaga de langosta: los bichos girando a mi alrededor, por todas partes, golpeándome desde todos los ángulos, y yo llorando y llamando a mi madre, convencido de que ella aparecería y me salvaría si gritaba lo bastante fuerte.

Al oeste de nuestro pueblo se extendían las mesas y los crepúsculos de un Novísimo México, y al sur, los campos de sal, agrietados y encostrados. La vida siempre estaba al norte. Era allí donde los anchos campos de las Grandes Llanuras se abrían como un abrazo. Hubo un tiempo —dicen— en que un hombre no podía tirar un puñado de semillas por la ventana sin nadar a la mañana siguiente en un mar de plantas crecidas y maduras. Yo tengo vagos recuerdos de campos verdes, pero son de hace tanto tiempo que me cuesta creer que sean ciertos.

Ahora la gente compra callos, huesos para la sopa y de vez en cuando un trozo de manteca de cerdo, si la suerte le pone delante unas monedas de más. Los hombres caminan buscando trabajo hasta que les sangran los pies, hasta que al final tienen que forrarse las suelas con cartón y periódicos doblados, y ponerse algodón alrededor de los talones para mitigar el dolor. Desahuciados, con la hipoteca ejecutada, expulsados. Alimentados con sopa de col y pan duro, en tiendas de lona y casuchas de hojalata, en chabolas hechas con cajas de embalaje y cajones viejos, no mucho más grandes (ni mucho mejores) que un gallinero. Lámparas de queroseno para iluminarse, cocinas y braseros de carbón para darse calor, y la esperanza tan escasa como el estofado.

En Arkansas sorprendieron a cincuenta hombres peleando por un cubo grande de basura, junto a la puerta trasera de un restaurante. Incluso en nuestra iglesia, donde todas las calamidades se ven como la

misteriosa intervención de la Providencia en los asuntos humanos, cunde la desesperación, y cuando las mujeres desharrapadas se levantan para preguntar con voz temblorosa «¿Qué podemos hacer? ¡Dínoslo, por favor! ¿Qué podemos hacer?», la única respuesta que reciben es: «Plantad maíz y rezad.»

El maíz era prácticamente lo único que crecía, con granos tan duros que había que dejarlos una semana en remojo en agua de pozo para que después se cocieran bien. Yo siempre he sido demasiado grande para mi edad. Crecí más que mis compañeros de clase, más que la ropa y por poco no crezco más que el maíz. Todos los monos se me quedaron pequeños varias veces, hasta que acabé pareciendo una versión patética de Li'l Abner, aquel personaje de cómic. Mis monos necesitaban parches, pero mi padre no sabía coser; decía que no era cosa de hombres, pero la verdad sea dicha, habría sido incapaz de enhebrar una aguja aunque de ello hubiese dependido el destino del mundo libre. Aprendí yo solo *a* zurcir y en poco tiempo supe remendar cualquier cosa, desde lona hasta pana. Tengo las manos grandes, pero mis dedos son ágiles.

—Serás una buena esposa para alguna mujer —me decía mi padre.

Pues bien, mi padre (yo lo llamo «padrre» con la «rr» de los escoceses, pero no a la cara, porque es de sangre caliente y en cualquier cosa ve un insulto) es un McGreary de Saint Kilda, unas islas pequeñas de granito en el extremo más alejado de la nada. (Más allá de las Hébridas Exteriores, si se pueden imaginar algo así.) Saint Kilda era la frontera más remota de las islas Británicas. Un poco más allá y te caías del mapa.

—Sólo cinco apellidos ha habido en la historia de Saint Kilda —solía presumir mi padre—, y McGreary es uno de ellos.

Nunca llegué a entender por qué era eso motivo de orgullo. Al parecer, aquello debió suponer un buen número de bodas entre primos y, hasta donde yo sabía, ese tipo de cosas todavía estaban mal vistas.

Mi padre vino al Nuevo Mundo pasando por Cabo Bretón, que también es una isla, en algún sitio muy al norte. Todo un barco cargado de McGrearys llegó a Cabo Bretón, para llevarlos a trabajar a las minas de carbón, pero un hundimiento en los túneles de la Dominion sepultó a cinco de los hermanos de mi padre (tres en las primeras versiones, aunque el número fue creciendo con los años) y él huyó de toda esa acumulación de fantasmas. Siguió las vetas de carbón hacia el sur, hasta Estados Unidos, atravesó los Apalaches y torció al oeste con los ferrocarriles de Rock Island, echando carbón en las locomotoras de los trenes regionales. Memphis. Little Rock. Oklahoma City. Y otra vez al sur, hasta los condados fronterizos de Tejas.

Se enamoró de mi madre cuando la vio desde el último vagón de un tren de mercancías.

Había saltado al convoy para meterse en el furgón de cola y se había sentado allí, con las piernas colgando por fuera y el viento azotándolo «como a un gato en la cuerda floja», según decía él. El tren iba atravesando el campo abierto al norte de Sweetwater cuando pasó traqueteando por una de las fincas concedidas por el gobierno, y entonces él vio a mi madre, inclinada sobre un campo de remolachas, con el pelo rojo ondeándole a la espalda. No hubo nada más, sólo una imagen fugaz de pelo rojizo, pero fue suficiente. Mi padre saltó del tren en el siguiente depósito de agua y regresó andando por las vías, veinte millas o más, parándose en cada granja que encontraba.

—Busco a la chica pelirroja —decía.

La encontró. Y se casaron.

—Las cosas eran más simples entonces —decía.

Después mi padre diría que había tenido éxito cortejando a mi madre gracias a su encanto y a su perseverancia. Yo siempre sospeché que todo se debió más bien a que ella no quiso arruinar el final de una historia tan bonita. Un hombre camina veinte millas por las vías para buscarte. ¿Cómo no vas a casarte con él?

Mi madre era de ascendencia finlandesa. Vino de las aguas frías y los bosques azules a esto de aquí: tierras llanas y pescado en lata. Hablaba de la nieve como si fuera algo mágico.

—Se te derrite en la mano cuando intentas retenerla —decía.

—Y también te da escalofríos y te llena la nariz de mocos —añadía mi padre.

Aparte del orgullo por los apellidos, cuando mi padre hablaba de Saint Kilda, las palabras siempre se le volvían amargas. Para mi padre, todo lo que no era «una *mierrda*», se había «acabado de joder», y las islas donde él había visto la luz estaban tremendamente jodidas.

—Me alegro de haberme ido —decía—. Necesitaba espacio para respirar. Deberían clausurar Saint Kilda. Allí no hay más que granjas de mala muerte y ataques de tos. Habría que vaciar las islas y cerrarlas con llave. Y traer a toda esa gente a la vida moderna, a gritos y patadas, si hace falta.

Mi padre siempre decía que lo mejor que había hecho en su

vida había sido marcharse de allí, pero cuando nos llegó la noticia de que realmente habían clausurado Saint Kilda, de que habían obligado a los últimos viejos desdentados a abandonar las islas, dejando atrás nada más que granjas desiertas y cabras asilvestradas, creo que mi padre se entristeció, que lamentó ver el fin del objeto de sus desprecios. Después de eso, fue como hacer leña del recuerdo de un árbol caído.

Mi padre encontró trabajo en los ferrocarriles de la Southern

Pacific, en la línea de Berton, al suroeste de Tucumcari, y se instaló con mi madre en los Flats, como llamamos por aquí a mi pueblo. (Oficialmente, Paradise Flats). Después subió en la jerarquía hasta llegar a jefe de línea y entonces decidió construirle una casa como Dios manda a su joven esposa. Era toda una mansión, ya lo creo, con frontones, saloncito con vistas, amplia escalinata y revestimientos de roble en todas las paredes. Un salón con su piano, y un porche abierto al jardín, con un estanque para atrapar la Luna. Por las noches, él llevaba a mi madre a la parcela y le enseñaba dónde estaría la casa y cómo quedaría. Le enseñaba dónde pondrían el porche y dónde el invernadero. Le señalaba el aire, y juntos admiraban el poder de la imaginación de mi padre y la magnitud de sus sueños arquitectónicos.

Pero entonces la economía se desmoronó, mi madre murió y la casa nunca se construyó. Mi padre sólo llegó a poner los cimientos. A veces paso y los veo, de camino a la calle principal.

En el único recuerdo verdaderamente claro que tengo de mi madre, la veo sentada junto a la radio, guapísima, con las mejillas mojadas por el llanto y articulando silenciosamente «no, no», porque Rodolfo Valentino acababa de morir. Los otros recuerdos que tengo son desvaídos y están rizados en las esquinas, como fotografías de otra fotografía, como si recordara un recuerdo y no el recuerdo mismo. Pero ese momento, con ella llorando por Valentino, lo veo con toda claridad. Puedo oír sus sollozos más suaves. Puedo oler la lluvia y el sol en su vestido, acabado de recoger del tendedero. Es raro, ¿no?, que el olor sea lo último en desvanecerse.

En algún momento entre la muerte de Valentino y la llegada de las langostas, mi madre se fue a un mundo mejor. El año que cayó enferma fue el del vuelo en solitario de Lindbergh a través del Atlántico. Hubo celebraciones y desfiles con serpentinas y confeti en todas partes. Las muchedumbres de los noticieros vitoreaban en silencio, pero después el cine empezó a hablar, y después fue en colores.

Había un actor, Jackie Cooper, un chico de mi edad, que se hizo famoso por llorar cuando se lo pedían. Una habilidad tremenda. Más adelante, averigüé que el director lo hacía llorar diciéndole que iban a matar a su perro; si aun así Jackie no lloraba, se llevaban lejos al perro y el utilero hacía un disparo al aire, fuera de su vista. Cuando Jackie se ponía a berrear, las cámaras empezaban a rodar, captando cada lamento entrecortado y cada lágrima. ¡Qué crueldad! Pero la verdad es que yo le tenía envidia a Jackie Cooper. Me parecía algo así como el niño más afortunado de la Tierra, *porque siempre le devolvían al perro.*

Hace irnos años, mi padre compró un bonito receptor de radio RCA. Le costó sesenta y nueve dólares con cincuenta centavos. Seis

válvulas Radiotron, dial de avión con giro de 360 grados. Caja de chapa de nogal, bordes ornamentados, patas elegantes y rejilla de tela. Esa radio debía de ser el mejor mueble que teníamos.

Y todos los martes, a las nueve en punto, mi padre sintonizaba el programa musical de Ben Bernie, y yo tenía que esperar a que Bernie terminara esa larga y adormilada despedida suya, ésa que no acababa nunca. Si yo me impacientaba y amagaba con buscar en las ondas al Avispón Verde o al Llanero Solitario, mi padre me decía secamente:

—Éste era el programa de tu madre. Ten un poco más de respetó.

Así pues, Ben Bernie seguía susurrando, con ese curioso acento suyo y esa voz melosa:

—Buenas noches, hasta pronto, dulces sueños y todo lo mejor... os deseamos el director de esta banda y todos los chicos de la orquesta... Pensad en nosotros hasta la próxima vez, cuando quizá deseéis volver a sintonizarnos... *Arrivederci*, amigos míos, y no olvidéis a este viejo maestro... Que la suerte, la felicidad, el éxito y la buena salud os acompañen, dondequiera que estéis... *Au revoir*, hasta pronto, un cariño para todos y que Dios os bendiga.

A ella le gustaban las despedidas largas y lloró cuando murió un desconocido. No sé mucho más.

—Tu madre se salvó de lo peor de las tormentas de polvo —decía mi padre—, y ya no estaba con nosotros cuando vino la langosta. En eso podemos encontrar consuelo.

Supongo que sí.

La sepultamos bajo unos olmos, en un lugar apartado y bastante sombreado. También eso fue bueno, según mi padre, «siendo ella de clima frío y estando cansada de tanto calor».

Algunas noches, mi padre y yo íbamos andando a inspeccionar los cimientos de su casa sin construir, que para entonces estaba invadida por la maleza, con los contornos casi indistinguibles del suelo, con la hierba que parecía paja seca crujiendo bajo nuestros pies y la hiedra venenosa, que parecía haberse vuelto contra sí misma. Entonces mi padre me explicaba que había decidido remodelar esta o aquella pared o bajar aquel falso techo, y que aún no tenía muy claro qué convenía hacer con la estufa de leña central, y que quizá sería bueno abrir otra ventana, para aprovechar el sol de la mañana. Nos quedábamos ahí, los dos, contemplando el aire con admiración. A veces, mi padre rompía a llorar de pronto, me pasaba un brazo por los hombros, me atraía hacia sí y me apretaba con fuerza, como si yo hubiese querido huir. No me miraba, ni decía nada, sino que seguía mirando fijamente hacia adelante y lo único que conseguía era hacerme sentir incómodo. Aprendí a mantenerme a cierta distancia cuando íbamos a ver la casa.

A mi madre la habían llevado al Nuevo Mundo de niña y sólo tenía el recuerdo de la nieve fundiéndose para refrescarse. Con mi

padre, fue diferente. Él eligió marcharse. Se fue de Saint Kilda por decisión propia. Después se fue de Glasgow y también de Londres.

Desembarcó en Canadá, aún en territorio británico, y con un empleo apalabrado, pero también se fue.

—Tenía que hacerlo —decía—, ¿Cómo no iba a hacerlo? ¿Imaginas estar tan cerca y no entrar? No me lo habría perdonado nunca si no lo hubiera intentado.

A veces parecía como si el resto del mundo fuera tan sólo una antesala de Estados Unidos de América. Pero ¿qué pasa si finalmente llegas y fracasas? ¿Qué pasa entonces?

Tres

CUANDO LINDBERGH desfiló por Broadway parecía como si el confeti no fuera a acabarse nunca. Diez años después, el *Hindenburg* llegó a Nueva Jersey y se estrelló contra el suelo en una espantosa bola de fuego, con cadáveres que caían y cuerpos que huían. Lo escuchamos en directo por la radio, con la voz del locutor que se quebraba, pero no por la estática, y lo vimos en los noticieros, con el esqueleto de la estructura que quedaba a la vista y el dirigible en llamas, que se ensartaba en el mástil de amarre. Pasaron mil veces ese noticiero y en cada ocasión nos inclinábamos hacia adelante, como si quizá esa vez no fuera a suceder, como si quizá esa vez nadie fuera a caer.

Desde el vuelo en solitario de Lindbergh, en el año veintisiete, hasta el incendio del *Hindenburg* en el treinta y siete, fue una tremenda caída en picado. Esos años parecen estar grabados en el corazón de lo que la gente suele llamar «una década desastrosa». No es del todo justo. Todavía nos quedaban once meses, de modo que los años treinta aún podían arreglarse. Aún podían terminar en mariposas y arco iris.

Pero yo no aposté por eso.

Han sido tiempos difíciles para los pilotos de aviones. Ahí está por ejemplo la aviadora Amelia Earhart, desaparecida como si se hubiera desvanecido en el aire. Dicen que aún hay esperanzas de que aparezca viva, quizá como reina en la jungla de alguna isla remota, o cubierta de flores y casada con un jefe tribal samoano.

Pero una cosa es la esperanza y otra la falsa esperanza, y es preciso distinguir entre las dos. Algunos creen que quizá la señorita Earhart ha sido capturada por Hirohito, que el Imperio japonés se está preparando para una gran guerra y nuestra Amelia descubrió por azar sus cobardes maquinaciones, como la heroína de un serial cinematográfico. Como *Los peligros de Paulina*, pero en la vida real. Sin embargo, hay veces que la gente desaparece y no se puede hacer nada al respecto. Ni siquiera tiene sentido mandar una patrulla de rescate.

A veces la gente simplemente se evapora, como les pasa a los ríos, las lagunas... o las cuentas bancarias. Aquí, en el Libre y Glorioso Suroeste, ochocientos bancos fueron a la quiebra, y los ahorristas se quedaron sin nada más que pálidas promesas y los bolsillos llenos de arena. Cuando se declaró el pánico, los banqueros se inventaron días festivos sólo para mantener las puertas cerradas, sólo para que la muchedumbre no asaltara sus bóvedas. En Nevada, uno de esos «festivos» duró doce días. La gente empezó a hacer acopio de efectivo y retiró tanto dinero de la circulación que varias ciudades (como

Atlanta, Richmond o Knoxville) tuvieron que imprimir billetes propios. Sellos de correos, fichas de teléfono, pesos mexicanos en el sur y dólares canadienses en el norte: todo lo que podía usarse en lugar del dinero auténtico se usó.

En Paradise Flats, la mayoría de nuestras más orgullosas entidades financieras tenían las puertas y ventanas clausuradas con tablas. Eran edificios muy elegantes que habían quedado vacíos, con las falsas fachadas alineadas a lo largo de Stoffer Drive, junto a la cúpula del ayuntamiento. Sólo habían sobrevivido la cooperativa hipotecaria y el banco United Financial, y aun ésos se mantenían a duras penas.

Peor que la caída de los bancos fue el cierre de las fábricas de automóviles. Yo llevaba una lista. La tenía pegada encima de la cama, en un papel amarillo y escrita a lápiz. No sabía muy bien por qué llevaba la cuenta, pero sospechaba que algún día sería importante saber lo que habíamos perdido. La retahíla te partía el corazón. Pierce-Arrow. Peerless. Elcar. Stutz. Detroit Electric. Kissel Motors. Los sedanes de lujo Marmon. Auburn. Stearns-Knight. ¡Todos los preciosos Pierce-Arrow que nunca se fabricarían! Tapizado de terciopelo, dispositivos especiales para llamar al chófer. Daba un poco igual que se perdiera un banco, pero ¿un Arrow azul celeste? ¿Y qué decir de la Peerless Automobile Company? Antes fabricaba sedanes de lujo y ahora estaba vendiendo cerveza. Para ahogar las penas, supongo. ¿Y no había dejado también REO de fabricar automóviles el año anterior? Cuando el último REO salió de la cadena de montaje, fue como cerrar un libro antes de leer el último capítulo. ¿Y acaso no es el último capítulo de una vida el que dice más? Eso significó también que ya nunca iba a poder pasearme por el pueblo a bordo de un flamante y lustroso REO Flying Cloud rojo de mi propiedad. Quizá a esos coches los condenó su mismo nombre, Flying Cloud, «nube voladora». Las nubes voladoras ya no evocaban imágenes de cielos veraniegos ni de meriendas campestres. Las nubes eran algo que te hacía salir huyendo.

Pero mi padre se quedó. Los ferrocarriles Southern Pacific le recortaron la paga y le alargaron el horario, pero él resistió.

—Me considero afortunado por tener un salario que me puedan rebajar —decía.

Era triste, pero los granjeros se lo habían buscado, según mi padre, «esquilmando la tierra hasta convertirla en cal». Con la expresión del que sabe algo que los demás ignoran, solía decir:

—Nos irá bien, Jack. Ya lo verás.

Sí, mi padre resistió, se mantuvo firme, y cuando los empleados de los ramales organizaron una sentada para protestar, él se hizo valientemente a un lado y dejó que pasaran los matones contratados por la compañía blandiendo porras. Aquella huelga fue cortada de

raíz, pero si mi padre creía haber ganado una parcela de cielo gracias a su acción, estaba muy equivocado. Incluso mientras contaba el dinero de la bonificación, las tormentas se estaban volviendo aún más oscuras.

Aun así, mi padre no prestaba atención a los portentos ni a los presagios. Hasta cambió el coche, hace un par de años. Decidió que ya era hora de vender nuestro Modelo A, con sus cuatro cilindros, que sufrían ataques de tos y con aquel traqueteo que nos sacudía los huesos, y estuvo pensando en comprar uno de los nuevos V8, pero estaba cansado de que se le calara el motor en las pendientes, como solía sucederles a los Ford. Yo entonces tenía dieciséis años y me moría por algo mejor.

—¿Ha visto el nuevo Dictator? —le pregunté—. Es un coche precioso. Piénselo, padre.

Entonces le hice un dibujo de un Studebaker Dictator sedán color crema, con el capó de líneas elegantes y la rejilla del radiador curvada hacia arriba, con la gracia de una ola a punto de romper, cortando el aire con el símbolo del ganso en vuelo enmarcado en una lágrima. Estilo, eso era lo que tenía. Era la clase de automóvil que esperas ver al frente de un desfile. El Studebaker Dictator tenía «brío», como decían en los anuncios, pero no era terriblemente caro. Nada de eso. No era como si estuviera pidiendo un Duesenberg J o algo así. ¡Joder, hasta un Hupmobile habría estado bien! Al menos los Hupmobile eran desenfadados.

—No pienso ir a trabajar en ningún Hupmobile —dijo mi padre —. Los muchachos me miran con respeto. Necesito algo digno.

Al final acabamos con un De Soto. Un Airflow, algo así como el coche más tosco de la historia. Es como si los ingenieros de la De Soto se hubiesen reunido y hubiesen dicho:

—Caballeros, vamos a diseñar el coche con menos clase que sea posible fabricar. Rejilla abombada y morro achatado, con unos faros extraños que parezcan unos ojos con la mirada triste, y la parte trasera baja, como un par de pantalones caídos. Abultado y globuloso, así era el Airflow. Me sentí morir un poco cuando volví a casa montado en ese coche. Y poco después va Studebaker y deja de producir toda la línea del Dictator, centrándose en la serie Presidencial, con arranque automático, frenos de vacío y carrocería totalmente de acero. Los President eran más caros que los Dictator, mucho más de lo que podía pagar mi padre.

Así que…

Compramos un De Soto. Y con un De Soto nos quedamos, abandonado en la parte de atrás de la casa, junto al cobertizo de las herramientas, con una duna de arena que llegaba hasta la altura de las espinillas del conductor. No teníamos dinero para sacarlo a la

carretera. Ya no.

Lo que pasó fue que la Southern Pacific clausuró la línea de Berton, ya veis, y eso lo cambió todo. No hubo aviso previo, ni nada de nada. Cerraron las puertas y colgaron una nota. Eso fue todo. Lo mismo habrían podido arrancar las vías del suelo, como quien quita los puntos de una herida en el brazo. La clausura de las líneas fue un desgarrón a través de todos los pueblos proveedores y todas las vías muertas, de aquí a Silver City. Guardafrenos, guardagujas, empleados de los depósitos de locomotoras, jefes de sección: todos ellos. Se presentaron un día a trabajar y sólo encontraron candados y ventanas oscuras. Fue como si les hubiese caído encima un montón de sacos de arena, así estaban aquellos hombres, demasiado anonadados para enfadarse. Simplemente se fueron caminando, callados como una plegaria, sin una paga ni una palabra de explicación.

Mi padre llegó a casa y dijo:

—Ponte la chaqueta, hijo, y trae un pañuelo. Se está levantando viento.

Pasando por delante de las chabolas y los silos, llegamos a las oficinas de la Southern Pacific, bajo un cielo como de tabaco seco. Rodeamos el edificio y mi padre rompió con el codo uno de los cristales de la parte de atrás. Entró, estuvo revolviendo un poco y finalmente forzó la puerta. Me pidió que silbara si veía venir a alguien pero, como el polvo me había formado una especie de costra en las comisuras de la boca, yo no estaba seguro de poder hacerlo. Mi padre acertó. Se estaba levantando viento. Me até el pañuelo tapándome la boca e intenté no parecer un forajido.

Pasos, crujir de cristales y mi padre volvió a aparecer. Venía cargado con varios libros de contabilidad encuadernados en piel verde, cada uno del tamaño de una Biblia. Entonces los dos, mi padre y yo, emprendimos el camino de vuelta, cabizbajos y silenciosos, adentrándonos en la tormenta, cada vez más espesa. El polvo se arremolinaba sobre la carretera y con cada zancada de mi padre la distancia entre nosotros iba aumentando, hasta que lo perdí de vista en un mar grisáceo.

De vuelta en casa, le pregunté:

—¿Por qué no entramos en las oficinas para llevarnos algo que merezca la pena robar?

—Porque soy un hombre íntegro —dijo— y no voy a rebajarme a la altura de un vulgar ladrón.

Esa noche encendió una hoguera, aunque era verano y todavía hacía calor.

Cuatro

QUIZÁ fuera por haber perdido a mi madre antes de lo que era natural. O por haber sido siempre una cabeza más alto que los demás, o por tener a un esquirol por padre, pero el hecho es que a Paradise nunca le gustamos mucho los McGreary, y tengo que decir que el sentimiento era mutuo.

Lo cierto es que a mi padre le tenían más pena que rencor. Algunos murmuraban acerca de bandas de matones y desvíos de dinero que no llegaron a probarse, pero otros contemplaban su caída con más caridad. Recuerdo a una buena señora de sombrerito negro, mirando pasar a mi padre y susurrándole después a una amiga, mientras él fingía no oírla:

—Nunca lo ha superado, ¿no crees?, el haber perdido de ese modo todo lo que tenía.

Pensé que se refería a mi madre, pero puede que hablara de la casa. Después, mientras yo pasaba, añadió:

—Su vivo retrato.

Y entonces me llegó a mí el tumo de fingir.

No veo mucho de mi madre en mí. Mi cara es completamente McGreary y tengo el pelo color castaño, oscuro y sucio. Sin embargo, si le da bien la luz, tiene reflejos rojizos. Cuando veo un chispazo de esos reflejos en el espejo, es como tener un resplandor de mi madre en algún lugar de mi interior.

El suelo fértil siguió marchándose con cada racha de viento, partícula a partícula. Hasta el maíz había empezado a fallar: los ta-

líos eran del color de la paja vieja, resecos y blanqueados por el sol, y sedas que se deshacían entre los dedos. Las pocas mazorcas que se abrían tenían todos los granos secos y arrugados. Aunque los dejaras en remojo para siempre, no se habrían ablandado minea;

Mi padre y yo llevábamos un tiempo comiendo hierba ambrosía. La guisábamos en un perol de hierro forjado, de ascendencia finlandesa. También asclepias y cardos escoceses. «Cosecha de carretera», la llamaban, y yo acababa doblado en dos sobre una valla, de camino a una escuela que detestaba, sintiendo espasmos en el estómago como si alguien me estuviera dando puñetazos en las entrañas. Doblado y haciendo arcadas, vomitando las hierbas y viendo cómo salían las hojas cocidas, arrastradas por una bilis tan amarga que te quemaba la garganta como el té hirviendo y que hacía que te dolieran las mandíbulas y te lagrimearan los ojos.

Para algunos, era sólo cuestión de confianza. Los carteles proclamaban «¡Adelante Norteamérica! ¡Nada puede detenernos!»

Pero el enemigo era invisible e imposible de acorralar, un adversario que tomaba cuerpo en el polvo y se desintegraba con cada ataque, inmune a los sufragios y a las balas. Y todas las noches, el país entero se apiñaba alrededor de la radio como en torno a la hoguera de un campamento de *boy scouts*, para escuchar entre chirridos y chasquidos las consignas y los discursos destinados a despertarnos de nuestro sueño sombrío.

—¡Derrotemos de una vez para siempre a la vieja Depresión! ¡Ninguna cabeza sin techo, ninguna despensa vacía, ningún hogar sin combustible! ¿Podemos conseguirlo? ¡Claro que sí! Sólo tenemos que cavar suficientemente hondo. ¡Sí, esto va por usted, señor y señora Americano Medio! ¡Por usted y también por usted!

Oyéndolos hablar, se hubiese dicho que sólo teníamos que arremangamos y escupirnos en las manos para que nuestros problemas se esfumaran como por arte de magia.

Pero en Paradise Flats, los indigentes aún se concentraban al otro lado de las vías, en sus tristes chabolas, viviendo de limosnas y de sobras. ¡Y anda que no chisporroteaba con el calor la tela de alquitrán que cubría sus casas!

La gente desesperada se agarra con fuerza al menor rumor de esperanza. Por eso, cuando dos sujetos de palabra fácil se presentaron en el pueblo, alquilaron unas habitaciones y empezaron a distribuir promesas de trabajo honesto, no tardó en formarse una cola que llegaba hasta el final de la calle, con los hombres alineados de dos en dos. A los aspirantes les pidieron que dejaran una cantidad de dinero «de cierta importancia», en concepto de fianza por su formación laboral, que les sería reintegrada en su primera jornada de trabajo. «¡Jomada de trabajo!» Eran palabras capaces de enturbiar la mente de cualquiera. Después, los condujeron a una habitación y les indicaron que se quedaran en paños menores y que dejaran sus efectos personales en las cestas de mimbre que les proporcionaron. A continuación, los hicieron pasar a otra sala y les pidieron que esperaran a que los llamaran por su nombre, uno a uno, para pasar una revisión médica. Sólo contratarían a los sanos, pero ¡chico!, ¡cuánta gente necesitaban! Yeseros, reparadores de tejados, torneros, pintores, conductores, jornaleros, administrativos, contables, albañiles, encofradores... todo lo que se te ocurriera, y además ofrecían salarios razonables. Los hombres de aquella sala esperaron y esperaron, sudando por el calor, y cuando finalmente reunieron valor para investigar, descubrieron que estaban encerrados. Empezaron a gritar y tiraron la puerta abajo. Comprendieron que les habían robado. No sólo el dinero de las fianzas que ya habían pagado, sino hasta el último dólar que llevaban en la cartera, hasta el último centavo. Relojes, alianzas de matrimonio en algunos casos, toda la ropa e

incluso los zapatos. Sin pantalones, ni siquiera pudieron salir a perseguir a los ladrones. Con la dignidad y el dinero perdidos, en camiseta y calzoncillos, ¿le sorprende a alguien que algunos no pudieran volver a su casa? ¿Que no pudieran mirar a la cara a su mujer y a su familia?

¿Saben qué hizo uno de esos hombres? ¿Justo al día siguiente?

Se tiró del puente de East Coulee. El río estaba seco, claro, de modo que no se ahogó, pero como la altura era suficiente, dio lo mismo. Cuando lo encontraron, estaba otra vez en paños menores, no se sabe por qué. Había dejado la ropa en el puente, pulcramente doblada, quizá para que su familia pudiera venderla. O tal vez sólo quisiera que la humillación fuera completa.

No, señor, no había muchos motivos de risa por esos contornos. El último verdadero estallido de júbilo fue cuando se acabó la Ley Seca. Por entonces yo tenía trece años y me alegré de no tener que seguir bebiendo el matarratas que destilaban en mi pueblo. Las celebraciones se extendieron a las calles azotadas por el viento, con la gente desafiando al polvo para gritar a todo pulmón y darse palmadas en la espalda. Los hombres dispararon sus escopetas al aire y brindaron hasta caerse. Los únicos que lamentaron el fin de la prohibición fueron los miembros más recalcitrantes de la Liga Antialcohólica y los dueños de los alambiques, que ya no iban a poder cobrar diez dólares por un frasco de alcohol de friegas aromatizado con regaliz. Todos los demás estábamos contentos y nuestras «expendedurías de elixires reconstituyentes», de ingenioso nombre, pudieron por fin quitarse la máscara y ser las tabernas y cervecerías que siempre habían sido. Se acabaron los garitos clandestinos y la venta bajo mano en la trastienda, porque el consumo de bebidas alcohólicas dejó de ser un pasatiempo que se practicaba de pie, para convertirse en algo que se hacía sentado. Los hombres ya no tuvieron que apiñarse en la barra, de pie y listos para salir huyendo al primer aviso. La costumbre de beber se volvió incluso respetable, con las mujeres de por medio y platos de comida servidos al mismo tiempo. En esta reseca tierra nuestra, a través de los largos años del polvo y los espejismos, creo que fue la bebida lo que nos sacó adelante: la ginebra casera de bañera o la que ya se vendía legalmente, para aplacar una sed que siempre persistía, que no parecía posible que nos quitáramos de encima.

El presidente de aquellos Estados Unidos, hablando en nuestro propio cuarto de estar gracias a la maravilla de la radio, pidió al país que dejara atrás la Ley Seca, diciendo que había sido un gran experimento, «noble en sus motivos», que había fracasado. Con los comedores para pobres, las colas para el pan cada vez más largas y la Southern Pacific arrojando hombres desde los trenes en marcha,

algunos empezaban a pensar que quizá hasta Estados Unidos era un experimento que había fracasado. Noble en sus motivos, pero hecho de aire, como todo el dinero que se había esfumado.

O quizá tuviera razón el loco Eli. Quizá fuera cierto que había llegado el fin de los tiempos, el día del Juicio. En los maratones de baile se veían parejas que se disputaban los más mezquinos premios en metálico, bailando lentamente en círculos, apuntalándose mutuamente con expresiones ausentes, más allá del agotamiento, con la cabeza pesadamente apoyada en el hombro del otro y los ojos fijos en el vacío. Dando vueltas y más vueltas por la pista de baile. Dicen que una chica murió de pie y pasaron horas antes de que alguien se diera cuenta.

Así eran aquellos tiempos. Como un baile que parecía que no fuera a terminar nunca.

Cinco

LO QUE pasa con Paradise Flats es muy simple. Es un pueblo donde sólo se han instalado pardillos. Forma parte de nuestro legado. Eso todavía puede verse en el nombre del hotel Tedstof o en el de la carretera de acceso Tedstate, que son variantes del nombre original del pueblo.

Todo empezó cuando un par de buscadores de metales siguieron hacia el sur un filón de plata, desde las montañas. Pero el filón pronto se quedó en nada y, como todos los buenos lugares a lo largo del Boracho ya habían sido reclamados, ellos reclamaron los terrenos en torno al riachuelo White Mud. Esperaban que sus aguas hubieran arrastrado algo de plata. Rastrillaron un poco la arcilla, removieron la tierra y llegaron incluso al lecho de roca, pero no encontraron nada.

Como eran hombres emprendedores, se dijeron que la falta de plata no tenía por qué ser un obstáculo.

Así que enviaron una instancia a la oficina regional de prospecciones mineras, diciendo que habían encontrado un yacimiento de mineral de plata sedimentario. Llegó un inspector para verificar sus afirmaciones y entonces vino la parte más difícil. Según el reglamento, el inspector podía examinar cualquier sección del terreno que quisiera. A medio camino por una de las riberas, se dio la vuelta y dijo:

—Cavaremos aquí, diez pies en ambas direcciones.

—Desde luego —dijeron los dos buscadores de plata.

Justo entonces va y aparece una serpiente de cascabel (casi como si la hubiera arrojado algún cómplice que estuviera agachado detrás de un arbusto), y el primero de los buscadores grita «¡Atrás!», y va y descarga contra la serpiente los dos cañones de la escopeta.

—¡Fiu! ¡Qué cerca ha estado! —le dice al inspector, y enseguida añade—: Continúe, señor.

¡Y vaya si estaban cargados de limaduras de plata aquellos cartuchos! Solamente el primero tenía suficiente plata como para desencadenar una fiebre minera.

Pronto llegó una oleada de buscadores y los dos primeros estaban allí para recibirlos. Les dijeron que el terreno estaba lleno de pepitas. Y era cierto. Era verdad, porque habían echado limaduras por las parcelas y habían fundido cucharillas viejas de plata y ennegrecido los trozos con aceite de hulla, para luego enterrarlos por las riberas del riachuelo a intervalos razonables. A medida que iban llegando más mineros y eran más las parcelas que debían espolvorearse, los dos sujetos se volvieron perezosos y empezaron a trocear dólares de plata,

en lugar de fundir cucharillas. Después juntaban los trozos de las monedas y formaban pepitas. Pero la estratagema todavía habría funcionado, de no haber salido a la luz una de esas pepitas en la que aún podía leerse parte del «United States of America» de las monedas: «ted states of.» Y ahí se acabó la historia.

Ahorcaron a los dos hombres, los fundadores de nuestro pueblo, por decisión popular. «Justicia honesta», lo llaman por aquí. Para entonces, ya había varios cobertizos construidos, unas cuantas cabañas improvisadas y hasta una taberna funcionando en una tienda de campaña. El asentamiento llegó a ser conocido como Tedstof, en recuerdo a su fundación extraoficial, aunque la señora Mabel, nuestra historiadora local, la de generosa pechera y mejillas arreboladas, niega esta historia en su totalidad. Dice que el nombre viene de uno de los primeros colonos, un tenaz pionero de nombre Ted Stoffer, que hincó el arado en la tierra virgen y limpió el territorio de indios y otras alimañas. Bonita historia la suya, como para llenar de orgullo a cualquiera, si no fuera porque te puedes pasar el día entero revisando los archivos del catastro y todos los registros municipales, sin encontrar ninguna mención a nadie que se apellide Staffer, ya sea Ted o cualquier otro, aunque te remontes a los primeros títulos de propiedad expedidos, tal como se descubrió para sonrojo de algunos y diversión de otros, cuando el ayuntamiento decidió erigir una estatua en honor de «nuestro verdadero padre fundador». Buscando datos concretos del señor Staffer, y a ser posible un retrato suyo, el comité revisor llegó a la conclusión de que el tenaz pionero era imaginario.

—El fundador fue un dólar de plata —solía decir uno de los graciosos del pueblo—. Deberíamos hacerle una estatua a la moneda.

Pero no fue la plata, sino la sal, lo que dio su primera designación oficial a nuestro pueblo, como puede verse en las prospecciones geológicas, donde nuestra área aparece indicada como el salar número doscientos diecisiete: Salt Flats #217. El salar pasó a ser el distrito en urbanización de Salt Flats y después, simplemente, el pueblo de Salt Flats.

Pero la auténtica prosperidad no llegó a los Flats hasta que la Southern Pacific anunció que por allí pasaría una de sus líneas troncales. Los especuladores llevaban cierto tiempo apropiándose de los pueblos por donde esperaban que pasara el tren. Normalmente, una línea de tren hacía surgir pueblos a su paso. En este caso, fue al revés. Los especuladores cifraban sus esperanzas en que los pueblos atrajeran al ferrocarril. Había una docena de candidatos distribuidos por las llanuras, todos debidamente registrados y todos con nombres rimbombantes, como Central City, Metropolis Valley, Gateway Center, Grandville o Rapid City. Todavía se pueden ver esos nombres en los mapas viejos.

Esos mismos especuladores pensaron que el nombre de Salt Flats no era una etiqueta suficientemente seductora para atraer a futuros inversores y solicitaron un cambio. Tras decidir que el nombre de Paradise City se ajustaba mejor al cúmulo ya mencionado de cobertizos y casuchas, enviaron un telegrama a la oficina central de ordenación del territorio: «Por 5 votos a 1 ayuntamiento DECIDE. STOP. CAMBIEN NOMBRE DE CIUDAD A PARADISE. STOP.» La solicitud fue aceptada, pero la redacción del mensaje no había sido del todo clara, de modo que el asentamiento de Salt Flats pasó a llamarse Paradise Flats.

Un pueblo nacido con la fiebre de la plata y la explotación de la sal, e impulsado por los especuladores inmobiliarios y sus víctimas.

Aquellos orgullosos inversionistas, aquellas personas noblemente timadas, hicieron crecer a Paradise Flats. Buena parte de la población desciende de aquellos pardillos, y todavía quedan en Paradise Flats parcelas vacías de las que antes se vendían a cinco mil dólares y que ahora se ofrecen por cincuenta, sin que nadie las compre.

Todavía se sigue jugando a lo mismo. Recuerdo que cuando estaban construyendo la presa Hoover, todos decían que el desierto iba a florecer. Empezaron a llegar los vendedores de arena, ofreciendo enormes extensiones en Arizona y Nevada, con la promesa de «lagos proyectados», «clubes campestres proyectados», «canales proyectados» y «aeropuertos proyectados». Puedes hacer todos los proyectos que quieras. Es lo bueno que tienen los proyectos. «Proyectado», «propuesto», «planificado», «previsto». Usa cualquiera de esas palabras y harás que todo lo que deseas cobre vida. Puedes «proponer» una autopista a la Luna o «proyectar» un teatro de la ópera, pero eso no quiere decir que vayan a construirse.

¿El gran boom inmobiliario de Florida en los años veinte? La misma historia. Y como siempre que hay mucho que comer, llegan los tiburones. Ya lo habíamos visto antes: personas convertidas en felices propietarias de cuarenta acres de tierra, todos ellos verticales. Los timadores pensaron que si era posible venderle a alguien la ladera de un acantilado, también debía de ser fácil colocar terrenos que en su mayor parte estaban bajo el agua. «Gran potencial de desarrollo», decían, «El paraíso tropical de Norteamérica.»

Era cierto, siempre que «potencial» significara «imposible» y «tropical» fuera lo mismo que «malaria». En cuanto a describirlo como «el mismísimo paraíso», bueno, supongo que con los caimanes, los mosquitos y las arenas movedizas, era muy probable que tu ingreso en el paraíso se acelerara considerablemente. Eso era cierto. Los promotores de Florida plantaban vallas enormes con carteles que decían: «Aquí, próximamente, hotel de un millón de dólares», para vender las parcelas de los alrededores a precios inflados. También era

cierto, siempre que definieras «próximamente» como «nunca».

El nombre de los lugares era importante. ¿Tenías un trozo de tierra atravesado por un arroyo cenagoso? Podías llamarle «Riviera» al arroyo, o «Le Grand Canal», y anunciar tu propiedad como el futuro emplazamiento de una «Nueva Venecia». Yo había leído sobre ese tipo de cosas y admiraba el descaro y la desenvoltura que requerían. Un sujeto de Orlando vendió el vertedero de la ciudad. Dijo que la tierra era «rica en nutrientes». Otros dos individuos se especializaban en tesoros hundidos. Se apropiaban de un trozo de ciénaga costera y «descubrían» un mapa. A veces incluso desenterraban unos cuantos doblones y entonces se desataba la fiebre. En una cala debieron de hundir al menos media docena de galeones españoles.

Al final siempre resultaba que no eran los únicos en soñar con el oro español.

Seis

CUANDO eres grande, la gente piensa que tienes que ser bueno para los deportes. Quieren que te dediques al boxeo o al fútbol americano, o que los ayudes a dar un escarmiento a los morosos. Te felicitan por tu corpulencia, como si fuera mérito tuyo. Pero no me parece que tumbar a un tipo más pequeño sea motivo para presumir. Es puramente matemático: un peso X enfrentado a un peso Y menor. ¿Qué vas a celebrar?

Cuando jugábamos al béisbol, me ponían siempre en los jardines y me gritaban:

—¡Vamos, Jack! Seguro que puedes lanzar una bola desde la valla del fondo y llegar hasta más allá del plato.

Pues bien, soy capaz de lanzar con fuerza, es cierto, pero no hay forma de saber adónde irá a parar la bola cuando la suelto, de modo que el equipo contrario empezaba a acumular puntos y mis compañeros se intercambiaban miraditas en el banquillo cuando me llegaba el turno de batear.

Un día, estaba yo dentro del cuadro, tratando de hacer bien las cosas, cuando se levantó un viento repentino cargado de polvo. El plato se disolvió entre la polvareda. Oí un ¡crac! y la bola apareció entre el polvo, justo por encima de mi cabeza... y con la misma rapidez volvió a desvanecerse entre la polvareda. Supe que tendría que quedarme siglos en ese sitio y que, aunque encontrara la pelota, todos estarían enfadados conmigo. Así que simplemente me marché y ésa fue la última vez que me importó algo el béisbol. Quizá todavía sigan ahí, esperando a que yo termine el partido.

He deseado estar en otro lugar desde el momento mismo en que supe que existían otros lugares. Es como la sensación que tienes cuando escuchas la radio. Quieres huir a través del aparato, aunque sabes que no puedes. La radio te expande, de verdad que te expande. Te conecta con el mundo que hay fuera, más allá de los límites del pueblo. Te hace sentir más grande. Y también más pequeño. Es la sensación que se apodera de ti cuando recorres el dial y atraviesas el chisporroteo de la estática para captar voces distantes, tan claras como si estuvieran en la habitación de al lado. Voces de lugares lejanos. Lo último de Franklin Delano, quizá, o tal vez el programa de Amos y Andy, esos negros de Harlem, en Nueva York. ¡Siempre tanta diversión por allí, tantas bromas, tanta risa! ¡Tantas exclamaciones! A menudo soñaba con vivir en Harlem y con lo dulce que sería la vida allí. No podía ser peor que Paradise Hats. Mi padre decía que Amos y Andy eran chicos corrientes con la cara pintada de negro, pero yo sabía que

no era cierto. ¿Para qué iban a pintarse la cara, si estaban en la radio? ¿Y para qué fingir que reían, si no estaban riendo?

Cuando mi padre se cansaba de los chistes, sintonizaba algún programa deprimente, como el «Club de filatelia del capitán Healy». Nadie conoce el verdadero significado de la palabra «aburrimiento» hasta que ha escuchado un programa de sellos por la radio. Era tan malo como el programa de Edgar Bergen y el muñeco *Charlie* McCarthy. ¿A quién se le ocurriría poner un ventrílocuo en la radio? No tenía ningún sentido. La radio es una maravilla, sin duda, pero aun así, eso es difícil de entender. ¿Un ventrílocuo? ¿En la radio?

—*Me parece que* le he visto mover los labios —le dije a mi padre una noche.

Él se limitó a lanzarme una mirada de ira.

Ya fuera jabón Marfil o crema de trigo Ovaltine o detergente Spic-and-Span, cada programa estaba patrocinado por un producto que podía llenarnos la barriga o dejamos limpios y aseados. ¡Hasta las aventuras de Jack Armstrong, el héroe americano, estaban patrocinadas por Wheaties, desayuno de campeones! Algunos de los más radicales de mi pueblo decían que en Norteamérica todo estaba en venta. Pero eso no es cierto. En Norteamérica, todo está *patrocinado*. Y a mí me parece bien. Sospecho que la triste monotonía de este mundo acabaría apoderándose de nosotros, si no fuera por la pureza del jabón Marfil, o las propiedades calmantes de los cigarrillos Lucky Strike. *Nuestro consejo seguirá y verá qué bien se afeitará. Para que de afeitado presuma, de Colgate ha de ser la espuma*. Claro que yo tenía que afeitarme en seco con la navaja de mi padre; pero aun así, la cancioncilla de la espuma de afeitar Colgate era pegadiza y alegre. Era como encontrar unas monedas inesperadas en el bolsillo. Muchas veces, cuando iba al pueblo, iba por el camino cantando una de esas cancioncillas perfectas, que hacían tanto por levantar el polvo: *Ría, ría sin parar, porque Fitch acaba de usar. Tiene luz en sus cabellos, como un sol en sus destellos. ¡Champú Fitch!*

Yo me frotaba todas las noches el cuero cabelludo con jabón blanqueador, pero no por eso iba a dejar de soñar, ¿no?

Una noche, después del *Radioteatro Lux*, cuando Kate Smith ya había entonado su *Dios bendiga a Estados Unidos* y el programa de Seguros Omaha había dado paso a los himnos religiosos, mi padre se dio por satisfecho y me llamó a su lado, suave y solemne como un clérigo, y me dijo:

—Jack, muchacho, hay algo que debes saber. Algo importante. Pero tienes que jurar que mantendrás el más abyecto y absoluto de los silencios.

A mí no me sobraban precisamente los amigos, de modo que no costó mucho jurarle que no iba a contarle *a* nadie nada de lo que

estaba a punto de revelarme. Con sumo cuidado, mi padre abrió el último cajón del aparador de la cocina y sacó el servicio de mesa finlandés que había dentro: la vajilla con ribetes azul claro. Después levantó una esquina del hule que había debajo. Había un fajo de papeles escondido. Uno a uno, sacó todos los papeles y los puso encima de la mesa: eran certificados, con orlas, timbres y sellos de aspecto regio, y firmas estampadas con trazos seguros y floridos.

Mi padre tamborileó con un dedo sobre la insignia que lucía en la esquina de uno de los certificados.

—¿Sabes qué es esto? —dijo con voz reverente, casi susurrando—. Esto, Jack, es el escudo de armas de sir Francis Drake.

Por la pausa que siguió, comprendí que esperaba que yo dijera algo.

—¿Ah sí? —dije.

—Así es. —Le brillaban los ojos—. El escudo de armas oficial. Y éstos... —dijo, mostrando en abanico los certificados para que yo los admirara—, éstos representan la fortuna de la familia McGreary. —Para entonces realmente estaba susurrando—. Somos ricos, hijo mío. Más ricos de lo que puedas soñar.

Mi padre me lo explicó todo. Sir Francis Drake había sido almirante bajo Isabel I y había amasado una fortuna en oro español durante su larga carrera de bucanero. Cuando murió, en 1596, dejó esa montaña de riquezas a su único hijo, un chico nacido fuera del matrimonio y sin el favor de la reina. Los tribunales del reino impidieron que se cumpliera la voluntad de Drake y confiscaron toda su fortuna... ilegalmente y con una socarrona risa cruel, supongo. Y ahora, cientos de años después, un tipo listo de Iowa había localizado al único descendiente vivo de la estirpe de Drake y se proponía litigar ante los tribunales británicos por esa fortuna enorme, una fortuna que seguramente no se cifraba en millones, sino en miles de millones. Pero, claro, necesitaba dinero para presentar el caso y arrebatar la herencia a esos avariciosos banqueros ingleses y los de su calaña. ¡Y vaya si pensaban resistir esos ingleses del demonio! ¿Cómo no iban a luchar? De tener que pagarla, la fortuna de Drake podía llevar a la quiebra al mismísimo Banco de Inglaterra.

De modo que se fundó la Asociación Francis Drake, con delegaciones en todo el Medio Oeste y los estados del sur. Miles de inversionistas, a los que la asociación llamaba «suscriptores» o «donantes», podían reclamar ahora su parte del botín. Lo único que tenían que hacer era jurar por escrito que guardarían el secreto, so pena de ser desheredados.

Mi padre se llevó un dedo a un lado de la nariz.

—Ni una palabra —dijo—. A nadie.

El silencio que siguió fue doloroso. No hubiese querido decirlo,

pero tenía que hacerlo.

—No somos nada de ese Drake, padre. Somos McGrearys. Labradores de Saint Kilda.

No podíamos estar más lejos de apellidamos Drake o de ser duques. Reclamar esa fortuna tenía tanto sentido como las caras pintadas de negro en la radio.

Aquellos fabulosos documentos que mi padre me puso delante —desbordantes todos ellos de pompa y prosopopeya— habían sido expedidos en distintos valores: había un fajo de certificados de doscientos dólares, varios de trescientos, irnos cuantos de quinientos y uno especialmente ornamentado, por valor de mil dólares. Fue entonces cuando se me abrieron los ojos, cuando vi toda la verdad. Había oído los rumores, claro, las historias que contaba la gente acerca de mi padre, de cómo se embolsaba parte de la nómina, manipulando los libros de contabilidad. Decían que le estaba chupando la sangre a la línea de Berton y que si la compañía no se hubiera ido al garete y los libros no se hubieran perdido, seguramente lo habrían descubierto. La Depresión salvó a mi padre de una buena temporada en la penitenciaría. Eso decían los rumores. Yo nunca había prestado atención, porque sabía lo muy pobres que éramos. Había visto el poco dinero que teníamos, lo había visto agotarse e, incluso a mis diecinueve años, sabía que los desfalcadores millonarios no suelen comer dientes de león y tubérculos silvestres cocidos. Pero ahora veía adónde había ido a parar todo el dinero desaparecido: a un montón de papeles fantasiosos y de promesas igualmente fantásticas. Fue otro puñetazo en el estómago, peor que cualquier cosecha de carretera.

—No somos descendientes de Drake, padre. No tenemos nada que reclamar. ¿Cómo podríamos... cómo vamos a pretender que nos corresponde una parte?

Mi padre apartó con un ademán la realidad de mi argumento, como lo habría hecho con una mosca que se le hubiera posado en la cara.

—No importa, hijo. Eso es lo bueno de esto. Al principio estaba restringido a la familia de Drake y sus descendientes...

—Había dicho usted que sólo quedaba un descendiente vivo dé la...

—Pero ahora lo han abierto, Jack, ¡lo han abierto! Todo el que quiera puede invertir en la herencia de Drake, con sólo firmar un acuerdo de confidencialidad. Y cuando todo termine...

—Si es que termina...

—Cuando todo termine, hijo, tendremos nuestra grandísima y justa recompensa. Van a pagar quinientos dólares por cada dólar invertido. ¿Sabes lo que significa eso, Jack? ¿Puedes hacer el cálculo?

—Puedo.

—¡Un beneficio del quinientos por ciento!

—No —dije yo—, del cincuenta mil por ciento.

Parpadeó.

—Si te dan un dólar por cada dólar que inviertes —le expliqué—, el rendimiento es del cien por ciento. Si te dan quinientos dólares, los beneficios de la inversión serán del cincuenta mil por ciento.

—Oh —dijo—. Bueno, mejor aún. ¡Espléndido!

«Espléndido» se quedaba corto para describirlo.

Me sonrió.

—Impresionante, ¿no crees?

¿Impresionante? Desde luego. Increíble, incluso.

—Jack, aquí mismo, delante de nosotros, tenemos —cogió los certificados y los agitó ante mí— ¡más de cuatro millones de dólares! Y deja que te diga que, cuando fui a la reunión de inversores

(en Silver City, todo en secreto), hice un gran negocio. Al principio se resistían, pero yo derribé todas sus prevenciones. Insistí e insistí, hasta que accedieron a dejarme invertir el doble del cupo máximo inicial. ¡El doble!

Yo echaba humo.

—Fue muy generoso de su parte —dije— dejar que le diera usted su dinero de ese modo.

—¡Vaya que sí! —trinó él, con los ojos relucientes de unas lágrimas que debían de ser de alegría.

Era una herencia lo que tenía delante. Pero no era de sir Francis Drake, sino mía. «Tengo cuatro millones de dólares —pensé—. De papel.» Otra vez me sentí como si me hubieran golpeado en el estómago. Pero aún más raro, y también más triste, fue comprender que mi padre ya no tenía nada que enseñarme. No había nada más que yo pudiera aprender de él, excepto quizá en el aspecto negativo.

Quizá fuera ésa la verdadera herencia.

Siete

AL HABERME hecho beneficiario de su confianza, mi padre pudo hablar con libertad (e interminablemente, si le dejaba) de la inmensa e inminente fortuna de nuestra familia. Prácticamente no pasaba una noche sin que desplegara ante mí esos certificados para que yo los admirara. Después, me llevaba hasta esos cimientos ruinosos suyos, perdidos entre la maleza seca y, agitando las manos, volvía una vez más a construir en el aire.

—Piensa en lo que podemos hacer con ese dinero. Ampliaremos el porche y añadiremos otra galería a la primera. Acabados de caoba. ¡Quizá incluso una torre!

Cuando terminaba, su casa imaginaria había ganado otro piso imaginario. Ya iba por el quinto, según mi cuenta.

Mi padre no necesitaba una botella para que se le nublara la vista; le bastaba imaginar un barco cargado de oro, acercándose con las velas desplegadas y henchidas de viento.

Hubo momentos en que yo hubiese preferido que fuera un borracho. Habría sido más sencillo tener algo concreto a lo que achacar su decadencia. Cada vez resultaba más difícil hablar con él. A menudo me despertaba por la noche y lo encontraba sentado a la mesa de la cocina, en camiseta, con los certificados de Drake cuidadosamente ordenados y la mirada puesta en la ventana, como si estuviera esperando algo. No tenía un trabajo al que ir, es cierto, pero un hombre necesita dormir.

—Es tarde —le decía yo.

—¿Has visto eso? —susurraba él, mirando por la ventana, apenas despuntada el alba.

—¿Ver qué? —preguntaba yo.

—Una sombra —replicaba él, con la voz enronquecida, como si hubiera pasado la noche gritándole a algo—. Allí. ¿La ves? Se mueve.

Pero no había nada. Sólo el viento, el cielo y el polvo.

Entonces yo cocía un huevo y nos lo repartíamos, la yema para él y la clara para mí, y él susurraba:

—Somos ricos, hijo. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, padre. Lo sé —contestaba yo.

Y después preparaba una tetera de infusión de cebada y buscábamos juntos una sombra que no estaba en ninguna parte.

Cuando me iba a la escuela, solía dejar a mi padre entre un montón de hojas de periódico y, por lo general, lo encontraba inclinado todavía sobre la mesa de la cocina, con el diario local abierto, cuando volvía a casa. Recorría todas las páginas con expresión

absorta, como si los editoriales del *Greater Paradise Times-Tribune* contuvieran los secretos cifrados de una conspiración. Yo leía los comentarios y sabía que diseccionaban las últimas medidas del New Deal con la mano firme de un cirujano y que examinaban los acontecimientos de Europa como si fueran jugadas en un damero lejano, pero arreglándoselas siempre para explicar cómo afectarían al precio de la sal en el condado de Dacob. Algunos de los pueblos más grandes tenían periódicos con doble edición, matutina y vespertina, pero en Paradise Flats teníamos que conformamos con una sola al día. Salía a última hora de la tarde, cuando todo había pasado.

—¿Noticias frescas? ¡Noticias rancias, querrán decir! —decía mi padre—. Ya no hay nada nuevo en lo que cuentan.

Le producían una indignación sin límites todos los sucesos de nuestro tiempo. Discutía con el periódico, o conmigo, si yo tenía la mala suerte de estar a tiro.

—¿Has visto esto? ¿Lo has visto?

El periódico también traía pasatiempos de anagramas, que yo resolvía marcándome el tiempo con un temporizador para cocer huevos, y varias columnas con los precios cada vez más reducidos del ganado, que yo contemplaba con interés matemático. Veía con qué rapidez podía memorizar las cifras y clasificarlas después por orden de depreciación. A veces probaba a saltarme un número de cada cuatro, por ejemplo, y empezar a partir de ahí. Siempre he tenido facilidad para las sumas, incluso en la escuela, donde dejaba a las maestras boquiabiertas sumando mentalmente y al instante 98 o 99 a cualquier número que me dijeran. ¿Cuánto es 57 más 98? Ciento cincuenta y cinco. El truco que me había inventado consistía en sumar cien y restar después uno o dos. ¿Lo ven? Es fácil. No hace falta ser un genio.

Aparte de los programas de radio y las columnas del precio de los cerdos que traía el periódico, no había muchas actividades de esparcimiento en casa. Sólo teníamos dos libros. Pero lo que a esos libros les faltaba en número, les sobraba en grosor, porque eran la Biblia y el diccionario Webster. Los dos encuadernados en piel y cargados de palabras. Los dos en la repisa de la chimenea, recibiendo la pálida luz de la ventana.

No siempre había sido así. Recuerdo una pared entera de libros, en el pasillo de al lado de la cocina. La mayoría acabaron vendidos al peso, a un centavo la libra. Otros fueron a alimentar el fuego de la chimenea y algunos acabaron con las hojas desgarradas y pulcramente apiladas, en el excusado. Mi padre ni siquiera tuvo la decencia de dividir las páginas horizontalmente, para poder leer antes una o dos líneas. En lugar de eso, dejó solamente tiras verticales, con palabras tomadas al azar, que yo no conseguía relacionar, por mucho que lo intentara. Pero la Biblia y el diccionario, no. Ésos eran sagrados. No

queríamos que el fantasma de Daniel Webster rondara nuestro retrete o que san Juan Bautista nos señalara con un dedo acusador mientras hacíamos nuestras necesidades. A veces, por la noche, yo bajaba el pesado Webster de la repisa y pasaba lentamente las hojas, sin ningún propósito, hasta que

un día, mientras mi padre escuchaba al capitán Healy describiendo una emisión particularmente fascinante de sellos (que él ni siquiera coleccionaba), decidí leerme todo el diccionario, de la «A» a la «Z».

«*Abab*. m. Marinero turco libre que remaba en las galeras a falta de forzados. *Ababol*, m. Amapola. *Abacá*, m. Planta de la familia de las musáceas, que crece en Filipinas y de cuyas hojas se saca una fibra textil...»

Pero esa noche no pasé de la «A» y les diré por qué.

Yo iba pasando el dedo por las páginas, archivando mentalmente algunas palabras (*a capella, adenda, ajenjo, alquimia*), para tenerlas a mano más adelante, cuando uno de los términos me sorprendió. Era el tipo de palabra que se te mete en el cerebro, si la dejas.

amoral

La definición parecía suficientemente clara: ni moral, ni inmoral; más allá de todo juicio.

Iba a seguir adelante, avanzando hacia la «B», cuando me detuve. Y volví atrás. ¿Cómo podía haber algo que estuviera «más allá de todo juicio». Por más que lo intenté, no conseguía verlo.

Si, por ejemplo, timas a un tipo con una apuesta amañada y te largas con su dinero, ¿qué dirás del sujeto? ¿Qué era un pardillo o que confiaba en el prójimo? Dependerá de cómo te caiga el hombre. Las palabras siempre encierran un juicio, o al menos eso me pareció. Si la persona te cae bien, dirás que ha sido ingenua; si te cae mal, que ha sido estúpida. El significado es el mismo, pero el veredicto es diferente. Con «inocente» y «pueril», es la misma historia. Lo puedes ver cuándo una señora se mira al espejo y se ve delgada, mientras todos los demás la consideran «escuálida». O al revés. O cuando un hombre se considera robusto, mientras los demás lo ven «retaco».

¿Cómo hacer para detener a medio camino ese péndulo entre la aprobación y la condena? ¿Es posible? «Amoral» apuntaba la posibilidad de que algo fuera completamente neutral.

Un león derribando una gacela en las sabanas africanas. Podía decirse que eso no era ni bueno ni malo, sino simplemente «amoral». Pero ¿lo era? Me daba la impresión de que siempre acabamos poniéndonos del lado de la gacela. O del león. No podemos permanecer neutrales, aunque lo intentemos.

El problema con «amoral» es que no podía tener ni una mínima parte de maldad, ni una partícula porque, de lo contrario, se inclinaba hacia «inmoral». Tampoco podía tener una pequeñísima parte de bueno o beneficioso, porque entonces estaríamos hablando de «moral». Incluso los fenómenos meteorológicos. ¿Cómo considerar neutra una lluvia o una sequía? Especialmente si detrás estaban Dios o el demonio. Quizá «amoral» significaba eso: que ni Dios ni Satanás estaban ocultos detrás del telón, que todos nosotros estábamos solos, improvisando las cosas sobre la marcha.

Cuando una palabra como ésa te atrapa, no te la puedes quitar de encima. Es como le pasó al perro de Owen, el vecino de al lado, la vez que quedó atrapado en un lodazal con el barro espeso y se puso a dar vueltas para salir. Dio tantas vueltas que acabó mareado.

Hay una cosa que yo nunca reconocería en la iglesia. Toda esa cháchara sobre la condenación y el castigo eterno… No puede ser tan malo. Siempre he pensado que mientras exista el bien en algún lugar del mundo, hasta el fuego del Infierno será tolerable. Porque aún habrá esperanza. No para ti, claro, después del Juicio Final, sino esperanza en general, que vendría del hecho de saber, incluso mientras te arrastran entre las brasas, que en algún lugar existe el bien.

Pero si este mundo nuestro en el fondo era amoral, entonces nada de eso importaba de verdad. Y si era así, entonces ya estábamos en el infierno, sólo que no lo sabíamos. Quizá el infierno consistía precisamente en que no te lo dijeran.

Empujé hacia atrás la silla y me aparté del diccionario. Sentí que el corazón se me empezaba a acelerar.

Estaba empapado de sudor frío y tenía miedo (aunque también estaba entusiasmado, debo confesarlo), como cuando ves que un árbol muerto se parte con el viento. La sensación pasó pronto, pero las mejillas se me quedaron calientes por la emoción, como si algo más grande que yo me hubiera rozado en la oscuridad.

—Salgo un momento —dije, dejando a mi padre con sus sellos invisibles y su oro imaginario.

Fui al pueblo por el camino más largo, siguiendo las trías del ferrocarril, para no pasar por ese condenado agujero en el suelo que marcaba la ubicación de la «mansión McGreary», como se atrevió a llamarla un tipo delante de mí, reprimiendo la risa. Pensé en tumbarlo de un puñetazo, pero tratándose de un hombre de la iglesia, no estaba seguro de cómo me afectaría ese acto de cara al Juicio. El tipo era baptista, pero aun así… Estoy seguro de que en alguna parte habrá un mandamiento que cubra esa posibilidad.

Ocho

HICE lo que pude por evitar «amoral».

Empecé otra vez con el Webster al día siguiente, sólo que esta vez a la inversa, empezando por la «Z» y siguiendo para atrás, de *zoroástrico* a *yerro* y de ahí a *xenofobia*. Miraba la mayor parte de las voces por encima, fijándome solamente en los términos que alimentaban mi fantasía. No me hizo falta detenerme a leer *trementina*, pero *torpor* ya era otra cosa. Hay ideas que ni siquiera puedes expresar, hasta que las atrapas con una palabra. Torpor era exactamente lo que rezumaban las calles de Paradise Flats, algo que hasta ese momento no había podido describir. ¿Y la mansión McGreary, ahogada por la maleza? Eso también era torpor.

Los dientes de león habían invadido las imágenes mentales de mi padre y crecían y se deshacían a través del salón y el piano, dientes de león con profundas raíces tuberosas, sorbiendo con todas sus fuerzas la poca humedad que encontraban, dientes de león que nunca parecían estar amarillos, sino que pasaban directamente del verde al gris. Y mientras tanto, nuestra fortuna fantasma crecía exponencialmente. Las noticias acerca de la herencia de Drake llegaban a ritmo febril. ¡Habían encontrado el testamento original! ¡Habían dictado sentencia! En un momento dado, hubo un barco cargado de oro navegando hacia aquí. Cuando el rumor terminó de extenderse, toda una muchedumbre se había congregado en un muelle de Galveston, a la que sólo recibió una tripulación de perplejos pescadores galeses.

Advertidos de que la resistencia aumentaría cuanto más cerca estuviera el éxito, los inversores de la herencia de Drake experimentaron cierta satisfacción retorcida cuando el gobierno de Estados Unidos tildó a su asociación de «estafa enorme e insidiosa». Las autoridades federales ilegalizaron la compraventa de participaciones en la herencia de Drake, pero eso sólo consiguió animar aún más a los inversionistas. Había muchos peces gordos en contra que movían muchos resortes. Cada acuerdo comercial que anunciaba el gobierno, cada reestructuración, cada suceso... Todo apuntaba a que el litigio por la herencia de Drake pronto quedaría zanjado. Incluso la propia Depresión, tal como explicaba la Asociación Francis Drake, respondía al pánico generado por el ingente pago de dinero en metálico que estaba a punto de efectuarse. ¿Una ligera fluctuación en la cotización de la libra esterlina? Prueba de que estaban realizando maniobras secretas para ajustar el valor monetario antes de la sentencia definitiva. ¿El New Deal de Roosevelt? Una

remodelación económica, para mitigar las repercusiones del inminente premio gordo. ¿Mussolini invadía Abisinia? Una tapadera, para eliminar las pruebas condenatorias que había en Etiopía. Las señales estaban por todas partes.

Incluso con su cabecilla entre rejas (el sujeto de Iowa al que mi padre llamaba «Oscar», como si fueran amigos íntimos), incluso con ese tipo encerrado en Leavenworth, el dinero seguía entrando a raudales. ¿El hecho de que Oscar hubiera sido juzgado, condenado y sentenciado? Eso probaba que todo era verdad. Los gobiernos del mundo sólo intentaban impedir que los demandantes de la herencia de Drake obtuvieran lo que en justicia les correspondía. Los suscriptores organizaban actos multitudinarios y se apuntaban a cursillos sobre la forma de gestionar su segura riqueza. Mi padre acudió a una de esas reuniones (a la que asistieron seis mil personas, como debidamente me informó), en Sioux City. Volvió con más certificados que deslizar bajo el hule. Ahora tenía más espacio para apilarlos, porque nuestra vajilla se había esfumado.

—Las fuerzas de las finanzas internacionales están conspirando contra nosotros —me dijo, con ojos de loco—. Pero no desistiré. Un McGreary nunca retrocede.

¿De verdad? Que yo supiera, ningún McGreary había ganado nunca ninguna pelea.

Toda la historia del oro de Drake y las conspiraciones internacionales se había vuelto tan irreal como un cuento de hadas, de modo que fui a comprobarlo. Me llevó unos veinte minutos.

Fui a ver a Bertie Tomlison, el abogado de cara enrojecida que tenía el despacho encima de la abacería de Sukanen, al final del pasillo, detrás del taller de Pinchbeck el relojero. Bertie hizo girar la silla para levantarse, se aclaró sonoramente la garganta mientras se dirigía hacia una estantería, recorrió con un dedo los lomos de los libros, sacó el *Derecho consuetudinario británico, volumen 17* y buscó la sección dedicada a «Testamentos, últimas voluntades y sus correspondientes juicios>. Cerró el libro.

Al parecer, nuestra sección local de la Asociación Francis Drake había llegado un poco tarde para presentar reclamaciones, porque el plazo había expirado hacía trescientos trece años. Parecía ser también que Drake no había tenido ningún hijo, ni bastardo ni legítimo. Había muerto sin descendencia, dejando toda su fortuna, relativamente modesta, a su mujer y su hermano. Los herederos se habían enfrentado por el reparto, pero finalmente habían llegado a un acuerdo. Averiguar todo eso fue tan sencillo como abrir una enciclopedia en el despacho del mismo abogado.

—Muy agradecido —dije, mientras sacaba un puñado de billetes arrugados—. En cuanto a sus honorarios...

A decir verdad, los billetes estaban pulcramente doblados cuando los saqué de la despensa. Los había arrugado yo mismo, poco antes de entrar, para darle pena.

No habría hecho falta. Bertie solamente sonrió.

—No voy a cobrarte nada —dijo—. Cuando se sepa la verdad y tu padre demande a la Asociación Drake, quiero el caso... a comisión.

Yo también le sonreí. En cierto modo, me pareció apropiado pagarle con el dinero imaginario de un futuro pleito igualmente imaginario.

Le transmití a mi padre los conocimientos adquiridos, ¿y creen que me lo agradeció?

—¡*Mierrda* en el cerebro, eso es lo que tienes! ¿En qué *cama jo* estabas pensando? ¡No puedes ir por ahí, soltándolo como si nada! ¿No he firmado yo un acuerdo de confidencialidad? ¿Acaso no lo he firmado? Si se corre la voz, todo el mundo querrá participar y nos corresponderá menos a nosotros.

—No hay ninguna fortuna, padre —dije—. ¿No lo entiende?

—¡Muy bien! ¡Te has quedado sin nada! ¡Sin nada! ¿Me has oído? Ni un mísero centavo. ¡Te dejo completamente fuera!

No todos los días le retira un padre a su hijo una herencia de cuatro millones de dólares, pero pensé que ya me las arreglaría. Me puse la gorra y salí.

Mi padre se consideraba un tipo listo, y a los tipos listos nadie los estafa. Pues bien, o no era tan listo como creía, lo cual era bastante difícil de aceptar, o en realidad nadie lo había estafado. Es más fácil creer que los gobiernos del mundo conspiran contra ti que admitir que te han tomado por imbécil. Por eso Henrietta, la del final de la calle, la de la cara llena de moretones, podía convencerse de que Joe el Inútil la quería de verdad. Y Joe el Inútil podía creer que ella misma se lo buscaba. Porque, de lo contrario, él habría sido un monstruo y ella una idiota, y es mejor no reconocer ciertas cosas, ¿verdad?

Pero Platón dijo: «En el país de los ciegos, el tuerto es rey.» Esas palabras estaban labradas en arenisca roja sobre el arco principal del ayuntamiento. *El tuerto es rey*. Pero no es cierto, ¿verdad? En el país de los ciegos, el tuerto no es rey. Es un hereje y hay que pararle los pies. El tuerto dice que los números no cuadran y entonces la gente le grita para que se calle. Es mejor que no se enteren de que puedes ver. Es mejor confundirse con la multitud, aprovechando la ventaja de tu visión parcial, pero eludiendo al mismo tiempo la hoguera.

Cuando llegué a la puerta de la abacería de Sukanen, desplegué el certificado, cl que había sacado de la pila que tenía mi padre Entré, con toda la soltura que pude reunir, planté la hoja delante del dependiente y tamborileé con un dedo en Ja insignia de la esquina.

—¿Sabe qué es esto? —pregunté.

Nueve

ES CURIOSO el efecto dominó de las cosas.

La Asociación Francis Drake le robó miles de dólares a mi padre. Yo le robé cien. El dependiente perdió diez. Es lo que llaman «goteo».

Aunque también podría funcionar en el sentido inverso. Un dólar aquí, otro allá, en manos del hombre adecuado, un dólar para alguien que esté en la miseria. ¿Quién sabe? Quizá sea suficiente para cambiarle a alguien la vida. Tal vez lo único que haga falta sea que un solo billete cambie las cosas de esa forma. Si recorres todo Estados Unidos, parando en cada cola del pan y en cada comedor para indigentes que encuentres y le das un dólar a un solo hombre en cada ciudad, ¿quién sabe cuál sería el efecto colectivo? Quizá creciera como una ola. Quizá cambiara el sentido de la marea.

Y también podrían caer diamantes del cielo.

El dependiente de la tienda de Sukanen me dio diez dólares por un certificado de cien, y yo me aprovisioné de magdalenas de maíz, café, bizcochitos, manteca de cerdo, melaza, ciruelas pasas, judías pintas, algunas latas, unas cuantas manzanas y un buen trozo de panceta. Llené dos bolsas grandes con el botín de Francis Drake. Dije que me encontraba en una situación desesperada, que mi padre no tenía trabajo y necesitaba que lo cuidaran (hasta ahí, todo cierto). Y ahí estaba el dependiente, al borde de las lágrimas, como si embolsarse lo que consideraba un beneficio de noventa dólares aprovechándose de mi desgracia fuera una buena obra. (En realidad, el beneficio habría sido de cuarenta y nueve mil novecientos noventa y nueve dólares, si los supuestos hubieran sido ciertos, porque era un certificado de cien dólares, que le habría reportado quinientos dólares por cada dólar, menos los diez dólares que me había dado en especie. Aun así, habría que saber lo que el abacero había pagado al mayorista por las provisiones, para calcular la cifra exacta. En cualquier caso, me llevé a casa dos bolsas cargadas de artículos bastante caros.)

¿Sentí el aguijón de la culpa por llevarme esos alimentos a casa en esas circunstancias? En absoluto. De ese modo hubo comida en nuestra despensa y café auténtico en nuestras tazas, por primera vez en mucho tiempo. Mi padre no me preguntó de dónde había salido el café, ni me pareció que contara nunca sus certificados. Por eso nunca advirtió que había desaparecido el primero, ni tampoco el segundo.

Aquí hay algo que da para pensar: no creo que importe que mi padre y yo estuviéramos al borde de la ruina. Lo que hice (coger ese certificado y cambiarlo por comida) estuvo mal hecho. O no. No importaba que yo fuera millonario o indigente; el acto en sí era el

mismo. Si robas una manzana, robas una manzana. No veo qué puede importar de quién sea el árbol o si ya tienes en casa un barril lleno. ¿Las manzanas que cambié en la tienda de Sukanen por el certificado? Robadas, lo mismo que si las hubiera cogido y hubiese echado a correr.

Pero ¿saben qué? Por eso mismo, esas manzanas me supieron más dulces, mucho más dulces que si las hubiese pagado honradamente. Y esa lección no te la enseñaban en la catequesis.

No había pasado una semana cuando volví a buscar provisiones, un martes por la tarde, después de salir de la escuela antes de hora. Compré otro saco de diez dólares de comestibles, a cambio de una participación de cincuenta mil dólares en el oro de Drake. Fue el cuarto de mis intercambios y supuse que también el último, porque no debía faltar mucho para que mi padre notara la desaparición de los certificados. En la tienda de Sukanen, tenían margaritas en venta, llegadas de un invernadero del gobierno que había en Silver City, y aunque costaban casi tanto como una tira de tocino, compré el ramo más grande que tenían. Fui a casa, dejé los comestibles, me metí una manzana en el bolsillo y me fui con las margaritas a donde estaban los olmos, en los límites del pueblo. Coloqué las flores y después me senté bajo un olmo, con la esperanza de que Valentino la estuviera rodeando a ella con sus brazos por toda la eternidad, como seguramente estará haciendo, si Dios tiene un mínimo de decencia humana.

Me habría comido allí mismo la manzana, si el viento no hubiera levantado el polvo más fino del campo, creando diminutos tomados y echando a rodar la maleza suelta. El viento me hizo volver apresuradamente al pueblo. Pasé delante del ayuntamiento y me metí en el sombreado interior de granito de la biblioteca. Quizá si ese día me hubiera refugiado en la tienda de retales o en la de artículos de segunda mano, las cosas habrían sido diferentes. Tal vez nunca me habría marchado de Paradise Flats. Tal vez me habría hecho viejo en el pueblo, y aunque no hubiese sido feliz, habría estado tranquilo, Pero elegí la biblioteca y ahí fue donde se torcieron las cosas, total y absolutamente, aunque en ese momento yo no lo sabía.

Nuestra biblioteca era un hito cívico. Cuando llegó el ferrocarril, Paradise Flats parecía destinado a alcanzar una modesta grandeza. La población creció. Nuestro bonito ayuntamiento fue construido con su cúpula y su lema labrado en piedra arenisca; A continuación vinieron los esbeltos campanarios gemelos de los papistas, un templo anglicano de factura similar y, poco después, un seminario luterano. Apareció el First National Bank, con sus columnas griegas, y el Second National, con sus columnas romanas; Y en la calle principal, en una ubicación desde la cual se dominaba nuestro recién rebautizado parque

Memorial Ted Stoffer (originalmente «parque Tedstof»), con su fuente de piedra (actualmente seca) y su estanque (también seco), se irguió nuestra espléndida biblioteca, el equivalente local del Taj Mahal.

El ayuntamiento, el templo luterano y la biblioteca, techados todos ellos con cobre verdoso, eran motivo de perdurable orgullo. A principios de siglo se había hablado de rebautizar a Paradise Flats como «la Ciudad Esmeralda», nombre que aún surgía de vez en cuando, particularmente en la cabecera del *Greater Paradise Time-Tribune*, cuyo lema era: «Al servicio del condado de Dacob y la Ciudad Esmeralda.» Los residuos de la historia estaban por todas partes, como huesos en un montón de cenizas.

La biblioteca de Paradise Flats tenía estanterías con ruedas y paredes altísimas, cubiertas de acres de tomos encuadernados en piel, casi todos ellos pertenecientes a la dotación original de 1894. La última remesa de libros había sido adquirida en 1928, algo que el *Times-Tribune* solía lamentar con cierta frecuencia. Aun así, el catálogo de la biblioteca inspiraba algo semejante a la reverencia en muchos y la envidia en otros. Una universidad del este había hecho una oferta considerable por toda la colección. Las autoridades del pueblo rehusaron, esperando sacar más dinero, pero no hubo ninguna oferta más, de modo que tuvimos que quedarnos con todos los libros.

Esa tarde no me habría demorado mucho tiempo allí. Habría terminado de comer la manzana y me habría ido, de no haber sido porque la señora Mabel, bibliotecaria e historiadora local, conocida por el asunto «Ted Stoffer», no estaba en su malhumorada posición habitual, detrás del mostrador delantero. Las conservas de la señora Mabel eran famosas en el pueblo, lo mismo que su expresión avinagrada y su boca permanentemente fruncida, como si estuviera tratando de succionar una semilla que se le hubiera alojado entre los dientes. Casi siempre intentaba mantenernos alejados de los libros, pero ese día conseguí llegar más allá del mostrador sin que me descubriera. Vi a la señora Mabel en un rincón apartado, ayudando al doctor Boltzhurst. El doctor, con la cabeza coronada por un mechón de pelo semejante a las hojas de un rábano listo para ser arrancado de la tierra, era médico veterinario, experto en conseguir que los animales murieran más lentamente de lo que normalmente lo habrían hecho. El doctor Boltzhurst era conocido sobre todo por las cartas larguísimas que mandaba al *Times-Tribune* y por las notas de queja, aún más largas, que escribía después, cuando el periódico inevitablemente le recortaba algún párrafo por falta de espacio. Firmaba sus misivas «Stefan B.», como si nadie supiera su nombre de pila. Las cartas al director del doctor Boltzhurst estaban llenas de análisis científicos sobre la crisis económica del país. «No hace falta llegar al derramamiento de sangre para poner fin a esta Depresión,

sino que bastará con aplicar de forma concentrada unos cuantos principios racionales. En lugar de que nos gobierne la burocracia, necesitamos ser gobernados por la *tecnocracia*, con una metodología que aplique la integración sintética de las ciencias físicas y los fenómenos sociales. Los salarios y los precios, por ejemplo, podrían fijarse sobre la base de las unidades de energía (ergios y julios), en lugar de seguir basándolos en las anticuadas teorías monetarias que han causado esta crisis.»

Junto al bueno del doctor estaba el padre Augustus, católico, propagandista de la Santísima Virgen, conocido por su hábito de beberse el vino de la misa después del servicio dominical (o al menos eso decíamos los calvinistas). El nombre de pila era lo único majestuoso que tenía el padre Augustus, que se las arreglaba para ser a la vez corpulento y nervioso. Con la señora Mabel a su lado, el doctor y el cura estaban inclinados sobre un libro, discutiendo, de manera que pude pasar sin que nadie me mirara frunciendo el ceño.

El interior de la biblioteca tenía la frescura de un bálsamo de los que se aplican sobre las quemaduras. Sin el calor pegajoso y el agudo picor del mundo exterior, me puse a vagar entre los montones de libros, con los volúmenes de elegantes lomos cerniéndose por encima de mí. Te descolocaba un poco ver todo un paisaje vertical de libros como el que había allí. Y era extraño pensar que prácticamente todas las palabras que contenían esos libros estaban también en casa, en el diccionario de mi padre. De un diccionario puedes sacar cualquier libro que te propongas, como un mago saca flores de la varita.

En esa biblioteca había libros sobre todos los temas: astronomía, navegación a vela y música, cosas que para mí no tenían una utilidad inmediata, pero cuya existencia me hacía más feliz. También había libros sobre las religiones del mundo, con deidades de piel azul y budas barrigones. Me pareció tranquilizador saber que había otros dioses caminando por el mundo. Resultaba raro pensar que lo que era absolutamente justo y correcto en Paradise Fíats era absolutamente erróneo en otro lugar del mundo. Te hacía preguntarte si habría algún patrón de medida.

Terminé la manzana y escondí los restos detrás de un ejemplar de la Biblia. Tenía ante mí los textos de varios dioses rivales, cuando apareció la señora Mabel, aclarándose la garganta y preguntando si podía ayudarme en algo. Parecía como si me hubiera sorprendido intentando colarme en la sesión matinal del cine Palace. No sé por qué estaba tan fastidiada. Yo no estaba arrancando las páginas, ni nada por el estilo.

—¿Qué es exactamente lo que estás buscando? —quiso saber.

Me di la vuelta y la miré a los ojos.

—No lo sabré hasta que lo encuentre, ¿no le parece? —Después,

sólo por molestarla, añadí—: ¿Tiene algún libro sobre juegos de azar? ¿O de instrucciones para destilar ginebra?

No se dignó responder. Simplemente se volvió y se fue a su puesto, detrás del mostrador de información.

Al final resultó que encontré un libro sobre juegos de azar, pero no de la clase que tenía en mente cuando pregunté. El hipódromo del pueblo estaba clausurado, pero el negocio de los corredores de apuestas seguía marchando viento en popa, gracias al telégrafo, y yo había pensado que si encontraba algún consejo para apostar, podría sacar un buen beneficio. Sabía que las probabilidades siempre están en tu contra y que la suerte no existe, pero pensé que tal vez hubiera algún medio matemático de sortear las dificultades.

El libro que encontré estaba en el carro de las devoluciones. Llevaba por título *Consideraciones sobre la apuesta de Pascal*, por lo que supuse que sería una guía para apostar. Pues no. Nada de eso. El libro trataba sobre apuestas, sí, pero no de las que se hacen en el hipódromo o el canódromo. Trataba sobre apostar por el bien o el mal, por lo correcto o lo incorrecto. La lectura me pareció fascinante, aunque no me ayudara a ganar en las carreras. Pascal, no sé si lo saben, fue un francés que creyó encontrar la manera de ser más astuto que Dios. O quizá sea más exacto decir que encontró la forma de ser más astuto que sus propias dudas.

Pascal aplicó los principios de los juegos de azar a las cuestiones de la fe. Tal como él lo veía, podía suceder que Dios existiera o que no. Era como tirar una moneda al aire. ¿Cuál debía ser nuestra apuesta? Pues bien, si crees en Dios y Dios existe, entonces ganas «recompensas infinitas» en el otro mundo. Si Dios no existe y tú no crees en él, no pasa nada. Has acertado, pero no ganas nada.

Ahora bien, supongamos que apuestas por el caballo perdedor. Dices: «Dios no existe», pero resulta que sí existe. O crees que Dios es real, pero no lo es.

Pues bien, aparte de vivir toda tu vida sobre supuestos falsos y de todas las visitas que habrás tenido que hacer a la iglesia y de todo el miedo al fuego eterno que habrás tenido que soportar, Pascal no cree que pierdas mucho si crees en Dios y finalmente Dios no existe. «Si ganas, lo ganas todo; pero si pierdes, no pierdes nada.» ¿Qué pasa, sin embargo, si no crees en Dios y resulta que te has equivocado? Pues que tendrás que ponerte a buscar urgentemente alguna excusa muy buena.

Por un lado, el fuego eterno del Infierno; por otro, recompensas infinitas. La elección parece obvia, ¿no? ¿Cómo vas a apostar por algo que no sea la existencia de Dios?

Y aun así...

Diez

LA BIBLIOTECA fue lo que me fastidió. No me cabe la menor duda. Si me hubiera metido en el Palace, todo habría ido bien. El Palace era uno de los cuatro cines que teníamos en Paradise Flats. Como en todos los otros pueblos del polvoriento centro del país, nuestros bancos tenían las fachadas clausuradas con tablones, pero nuestras salas de cine estaban haciendo su agosto. La radio era una actividad privada. El cine era social. Pero los dos aligeraban la carga, los dos deslumbraban y distraían. Me gustaba el cine. Iba con tanta frecuencia cómo podía. Las películas no hacían preguntas difíciles, como los libros. La biblioteca estaba llena de callejones sin salida y arenas movedizas. Tratar de entender las ideas era como tratar de atrapar los reflejos de una pompa de jabón. Con un anzuelo de pesca. Era para volverse loco.

Pero todo era distinto en el Palace, que tenía las letras del nombre realzadas con bombillas de *prima donna*. El cine no era como la biblioteca. No, señor. El proyector hacía correr la película a veinticuatro fotogramas por segundo. Eso significaba que, en un solo segundo, pasaban veinticuatro imágenes en un destello. Para que cada una de esas imágenes no invadiera las demás, un obturador bloqueaba la lente mientras la película avanzaba. A medida que se iban proyectando las imágenes sobre la pantalla, como una descarga de artillería, el obturador permanecía cerrado durante tanto tiempo como permanecía abierto: *abierto, cerrado, abierto, cerrado, abierto, cerrado*. Las imágenes centelleaban y tu mente las unía, las suavizaba y hacía que los distintos fotogramas se fundieran entre sí, hasta que cobraban vida. La ilusión del movimiento. Pero había un truco. Todo eso significaba también que en una película de dos horas de duración, había una hora de oscuridad completa. Esa hora estaba tan bien empalmada con la película que nunca la notabas, claro está, pero eso no cambiaba el hecho de que pasabas una hora entera sentado en la oscuridad. Sin notarlo.

¿Qué aprendí del cine?

Que la oscuridad se puede disimular. Que el humo de cigarrillo es un filtro estupendo. (Las mujeres parecen más suaves vistas a través de la niebla.) Spencer Tracy en *Capitanes intrépidos* me enseñó a ser un hombre. Claudette Colbert en *Cleopatra* me enseñó cómo eran las mujeres. Y de Boris Karloff y Bela Lugosi, aprendí que hay dos clases de monstruos en este mundo. Karloff en el papel de Frankenstein y Lugosi en el de Drácula. El primero te abruma, te aplasta con su fuerza bruta. El otro te come por dentro. Representan dos formas básicas de

morir. Un tornado o un accidente de aviación serían Frankenstein. ¿Una enfermedad que se extiende lentamente, te envenena la sangre y te la vuelve negra? Eso sería Drácula.

Yo tendría unos diez u once años cuando vi la primera de aquellas películas de terror y recuerdo que pensé: «Drácula se llevó a mi madre.»

Algunos monstruos salen del polvo, como la Momia. Otros resisten los balazos y no se mueren nunca. Los hay que derriban puertas y se abren paso a la fuerza. A otros hay que invitarlos. Y eso es lo que da más miedo de todo, ¿no? No tener una coartada cuando la oscuridad llama a la puerta y eres tú quien la ha invitado.

Once

NUNCA terminé la secundaria. Dejé de asistir a clase en algún momento y a nadie pareció importarle. Mejor así. Faltaba muchas veces y suspendía todas las asignaturas.

Tuve la suerte de encontrar trabajo, en el tumo de noche de la Consolidated Salt. Buscaban gente robusta y yo cumplía ese requisito. El primer cargamento de McGrearys había emigrado en busca de algo mejor, y ahí estaba yo, trabajando en una mina de sal. Del negro carbón a la sal de roca: un desplazamiento horizontal, en el mejor de los casos, y sin ningún barco con el oro de Drake a la vista.

La paga era irregular y el horario, largo. Trabajaba principalmente con chicanos, de nivelador cuando entraban los furgones, o de excavador, cada vez que hacía falta. Las manos se me llenaron de callos y todo me sabía a sal, ya fuera agua con hielo o té con azúcar moreno. Era como si todo el tiempo tuviera sed y los ojos nunca se me habituaron al escozor. Pero era un trabajo honrado y además ahora tenía amigos, o algo parecido: hombres tan agotados como yo. Colegas «saleros». Cobrábamos tres dólares al día por jomadas de diez horas. En Paradise Flats todavía no se habían enterado de que existía la Ley de Normas Justas de Trabajo.

Ya no volvería a necesitar bolsas de provisiones a cincuenta mil dólares cada una, porque ahora podía comprar comestibles y otros artículos en la tienda de la empresa. La dirección nos abría una cuenta y nos deducía de la paga lo que dejábamos a deber.

Pero yo había hecho mis cálculos y conocía su juego. Ni siquiera nos pagaban en moneda de curso legal. No, señor. Nos daban fichas de la compañía, «baratijas», las llamábamos nosotros: moneditas finas de aluminio, con un agujero en el centro. Cada ficha valía sesenta centavos de dólar y sólo se podía usar en la tienda de la empresa, donde los precios eran más altos que en las otras tiendas. La única forma de conseguir dinero corriente era vender las fichas a hombres con familias que alimentar, cobrando cincuenta centavos por dólar. Lo hacíamos a menudo.

Pero aun así, no me quejaba. En Kentucky, había mineros del carbón que mantenían a la familia con jomadas de doce horas por cuatro dólares semanales y vivían descalzos en chabolas improvisadas, donde dormían seis en colchones rellenos de crin. En algunos de esos campamentos, había niños que no habían probado la leche desde que su madre los había destetado. Por eso no me quejaba, aunque cada vez me endeudaba más. En cualquier caso, me llenaba el estómago, pagando a crédito o en efectivo. Y en el largo camino de vuelta a casa

a primera hora de la mañana, a esa hora del día en que sólo el viento está despierto y el cielo es de un matiz más suave de azul, yo pensaba: «Todo me irá bien.»

Frecuentaba el billar de Harry, donde jugaba con los chicanos de la mina por centavos o por cervezas. Por la tarde, sin embargo, muchas veces me sorprendía desviando mis pasos hacia la biblioteca. Terminaba entre los montones de libros, con media docena de volúmenes abiertos delante y la señora Mabel frunciendo el entrecejo todo el tiempo con expresión feroz. Nunca aprendió a aceptar mi presencia. Quizá su ceño fruncido habría conseguido echarme a la calle, de no haber sido por la aparición de un vestido de flores y un peinado a lo paje.

Era Rebecca, el junco que la señora Mabel tenía por hija.

En la escuela iba uno o dos cursos por detrás de mí, por lo que nos conocíamos sólo lo justo. Llevaba un tiempo sin verla, desde que yo ya no iba a la escuela, y quizá fuera porque pasaba las noches en la mina, rodeado del olor rancio del sudor masculino, pero cuando Becky entró aquel día, flotando, fue como beber un largo sorbo de agua fresca.

Al principio, los dos fuimos cautelosos. Ella actuaba como si yo no estuviera del todo allí, y yo, como si supiera lo que estaba buscando en aquellos libros.

Rebecca empezó a venir todos los días después de la escuela, para ayudar a su madre a recolocar los libros en las estanterías y a sellar y clasificar las fichas. Yo empecé a sincronizar mis visitas con las suyas, pero llegaba con suficiente antelación para que la coincidencia no le resultara sospechosa. Veinte minutos, media hora. Yo solía terminar las lecturas asignadas en el tiempo que otros tardaban en abrir el libro. Esa habilidad me fue útil entonces, porque en cuanto aparecía Rebecca, bueno... Las palabras impresas en la página nadaban delante de mis ojos. Y si ella casualmente me rozaba con el vestido al pasar o me echaba una mirada de reojo, entonces me costaba hasta acordarme de mi nombre.

Viendo *Cleopatra* había aprendido que las mujeres estaban ahí para tentamos y a mí eso me parecía bien. El problema era que en Paradise Flats había escasez de tentadoras. Incluso los bailes que organizaban en los graneros se consideraban moralmente peligrosos, por culpa de todas esas piernas desnudas que se rozaban en los giros y los emees, al bailar la cuadrilla. Las señoras que hacían de carabinas se cernían sobre nosotros como negros nubarrones, intentando estropear la alegría que sentías cuando tu mano (más o menos accidentalmente) mariposeaba sobre la blusa de una chica, al pasar. Cuando a una chica le gustabas, lo sabías por la forma en que arqueaba la espalda, justo lo suficiente para que pudieras rozarla con

la mano tan levemente que sólo ella y tú notabais lo que estaba sucediendo. Cuando el círculo de bailarines os separaba y después os volvía a unir, arrastrándola otra vez hacia ti, veías cómo se le arrebolaban las mejillas por la expectación, a medida que se acercaba más y más, lista para otro pase.

Toda mi experiencia con las mujeres consistía en esos bailes y en una precipitada sesión de forcejeos, con los pantalones por los tobillos, con una chica de las granjas que una noche arqueó la espalda más que la mayoría. Era flaca y estuvo todo el tiempo conteniendo el aliento mientras yo me sacudía encima de ella. Casi no le vi la cara. Recuerdo que me apartó de un empujón cuando yo empecé a moverme demasiado deprisa y que derramé mi simiente en la tierra, como hizo Onán, pero nada más. Ella me susurró:

—No se lo digas a nadie, ¿me oyes?

Pero yo no tenía nadie a quien contárselo y no sabía cómo se llamaba, de modo que no podía deshonrar su nombre.

En cuanto a Rebecca, sus ojos eran de color verde profundo, suficientemente profundo como para perderse en ellos, como dicen. Se movía por la biblioteca con un frufrú de la falda aquí y un giro allá, hasta que un día pasó junto a la mesa donde yo estaba y dijo:

—Lees mucho.

—Así es —dije yo, pero ya se había ido, flotando sin esperar respuesta.

En los días que siguieron, se me ocurrió que tenía que invitar a Rebecca a algún lugar verde como sus ojos, a un lugar donde la tierra no estuviera tan reseca. Pero para eso habría hecho falta un coche. Y aunque hubiera sido bonito plantarme delante de su casa al volante de un airoso Dictator nuevo, eso nunca iba a suceden Tenía que conseguir que el De Soto volviera a funcionar.

No podía ser muy difícil. Los principios básicos del motor eran simples: encendido, lubricación, pistón, válvula... El motor no era más que un mecanismo para convertir el movimiento vertical de vaivén en movimiento circular, y eso era todo. Supuse que sólo era preciso remontarse lo suficiente por el tren de propulsión, hasta encontrar el problema. La cadena causa-efecto era sencilla en los coches. Me gustaba. No hacía falta preguntarse *por qué* se había averiado el motor. Sólo había que encontrar el problema, resolverlo y seguir adelante. Las mujeres eran otra historia completamente distinta.

El pestillo del De Soto crujió, herrumbre sobre herrumbre, y cuando levanté el capó, me salió una especie de gemido. El interior... estaba vacío. Todo el motor. Desaparecido. Y yo estaba perplejo, como si acabara de recibir un puñetazo en el estómago. El De Soto era un cascarón, no mucho mejor que las furgonetas tiradas por mulas que entonces usaban los granjeros, las mismas que al principio llamaban

«camionetas del presidente Hoover» y después «buguis de Roosevelt».

¡Maldición!

Entré en casa como una tromba y encontré a mi padre junto a la ventana, mirando al horizonte. Había pasado bastante tiempo desde la última gran tormenta de polvo. El viento siempre soplaba, suave a veces como los polvos de talco y punzante otras, como si arrastrara granos de sal, pero las ventiscas negras parecían haber remitido. Sin embargo, ahí estaba mi padre, mirando por la ventana, como si esperara la llegada de un mal aún más oscuro al mundo.

—Padre, ¿podría explicarme por qué el De Soto no tiene nada dentro? —pregunté.

No dijo nada.

—¿Dónde está el motor, padre?

—Está vacío —dijo, aunque no sé con certeza si se refería al coche.

—Ya sé que está vacío. Lo que quiero saber es por qué.

Eso lo afectó, el hecho de que yo lo desafiara de esa forma. Mirándome fijamente, me dijo:

—¿Crees que no me he dado cuenta de que has estado robando? Sustrayendo certificados, para sacar algún beneficio, desde que te dejé fuera del negocio. Ten cuidado con el tono que usas. No eres tan grande y aún puedo vapulearte.

Salí, cerrando la puerta mosquitera detrás de mí tan violentamente como pude. El viento volvió a abrirla, de manera que la volví a cerrar de golpe. Más fuerte aún. Y con la misma fuerza, el viento la lanzó una vez más contra mí.

Pensé en el loco Eli y en cómo encontraron su cadáver cociéndose en el desierto, pensé en él y en cómo solía agitar los brazos en medio de las tormentas de polvo. Puede que Eli estuviera loco y que perdiera la guerra que creía estar librando, pero al menos había caído bailando. Eso tenía que reconocérselo.

Doce

VOLVÍ a la biblioteca al día siguiente, con la piel cubierta por la sal incrustada por la jornada en la mina y decidido a hacer algún avance. No podía invitar a Rebecca a dar un paseo en coche, a menos que a ella no le importara bajar por State Street a bordo de un De Soto averiado, tirado por un par de mulas. Y yo no podía imaginar que esa clase de situaciones favorecieran el romanticismo.

No, iba a tener que armarme de conocimientos. Estudiar hasta entenderla. Saqué de una estantería un libro sobre anatomía humana, para averiguar cómo funcionaba todo. Encontré «aparato reproductor femenino» y abrí el volumen por las páginas correspondientes. El doctor Boltzhurst pasó a mi lado e hizo un gesto aprobador.

—Interés científico. Me alegro de verlo.

Sin embargo, el libro no fue de gran ayuda. Incluso me resultó bastante desagradable. A decir verdad, mi interés por Rebecca era solamente epidérmico, y las láminas a todo color de aquel libro, con los órganos etiquetados como los de una rana disecada, no eran exactamente lo que yo andaba buscando. Después de leerlo, supe más acerca de Rebecca de lo que probablemente habría debido saber. No imaginaba a ninguna chica que soñara con un galán capaz de recitar odas a sus trompas de Falopio.

Volví a abrir el fichero del catálogo y pasé las fichas con los pulgares, hasta la palabra «amor». Quizá el romance fuera un arte y no una ciencia. ¡Y vaya si encontré lo que buscaba! *El arte de amar*. El título lo decía todo.

Localicé el libro y lo llevé a mi mesa. Era un volumen encuadernado en piel, ilustrado con «sensuales escenas *art déco* de amor y seducción» (como podía leerse en la portada). La mayoría de las escenas resultaron ser de túnicas pegadas al cuerpo y tañir de cítaras, pero me dio igual. No estaba buscando dibujos, aunque debo decir que un par de aquellos cuerpos semidesnudos me llamaron la atención.

Por lo visto, *El arte de amar* o *Ars Amatoria* estaba traducido del latín y su autor era un sujeto llamado Ovidio, un poeta romano que había vivido hacía casi dos mil años. Eso me sorprendió. Me pareció asombroso que ya entonces hubiera gente bregando con «el arte del amor y la seducción», hacia la misma época en que Nuestro Señor venía al mundo, anunciado por ángeles y trompetas. Por el prefacio me enteré de que, a causa de la «franqueza en lo referente al sexo», el tal Ovidio había sido desterrado por el emperador de Roma. Eso era justo lo que yo necesitaba: franqueza.

Me puse a hojear el libro. Ovidio había incluido capítulos sobre «Dónde encontrarla» y «Cómo ganar su corazón», con encabezamientos que ofrecían consejos: «Durante la cena, sé audaz», «Primero, gánate a su criada», «Guárdate de tus amigos».

Que yo supiera, Rebecca no tenía criada, y yo no tema amigos de quienes cuidarme. Difícilmente me llegaba el dinero para pagar una cena y menos aún un «festín digno de Baco», como el que Ovidio me recomendaba que desplegara ante ella. Mi paga ya estaba suficientemente cercenada y, además, yo aún no sabía para qué servía cada tenedor. Pero aunque lo hubiese aprendido, una buena cena en uno de nuestros mejores hoteles (con el peso de esas habitaciones de hotel cerniéndose sobre nosotros, nada menos) me habría costado unos doscientos mil dólares en oro de Drake.

Os digo que las mujeres encierran multitud de temperamentos y que sus corazones son tan variados como sus caras. Los diferentes caracteres requieren métodos diferentes, y el hombre sabio se adapta: ya se convierte en riachuelo que pasa fugitivo, ya en roble inquebrantable, ya en león, ya en paloma, ya en hirsuto jabalí. Hay peces que se pescan con lanza, otros con caña y anzuelo, y otros con ondulantes redes. Del mismo modo que la venada vieja descubre el lazo de lejos y por eso hay que acercársele por detrás, las mujeres más experimentadas requieren un estilo diferente que las doncellas vírgenes.

Como supuse que Rebecca sería una doncella virgen, siendo como era de familia religiosa, me salté los pasajes que explicaban cómo seducir a las casadas. Parecía ser que la clave para conquistar a las vírgenes era la persistencia:

¿Hay algo más duro que la piedra o más leve que el agua? Sin embargo, el agua más leve puede socavar la piedra más dura. Persiste y vencerás. Las cosas han de avanzar a su ritmo. No cedas a la impaciencia y pronto tendrás lo que deseas, si ella también lo desea.

Ese último «si ella también lo desea» me carcomía. ¿Cómo saber lo que ella deseaba? ¿Lo sabría ella? Pero lo importante, según Ovidio, era halagarla.

Antes dejarán de cantar los pájaros, o un perro huirá de una liebre, que una mujer rechazará unas palabras de halago.

Eso había sido así dos mil años antes, pero esperaba que aún fuera cierto. La clave era decirle cosas bonitas a Rebecca. Pero ¿qué

cosas? Ovidio también tenía la respuesta para eso. Era un tipo listo.

Encuentra un pretexto para la conversación y empieza a hablarle de asuntos triviales. No importa el tema, sino estar de acuerdo con ella. Cuando entren los corceles en el estadio, en las carreras, pregúntale cuáles son sus favoritos y exclama que los tuyos son los mismos. Coincide con ella en las cosas pequeñas y ella coincidirá contigo en las grandes.

Como ya he dicho, el hipódromo local llevaba mucho tiempo cerrado y yo dudaba de que Rebecca estuviera dispuesta a hacer apuestas a través del telégrafo, pero aun así el consejo valía: descubre lo que le gusta y dile que a ti también te encanta.

Gana su corazón con discretos halagos. Nunca dejes de alabar la belleza de su rostro, la elegancia de sus manos ni la delicadeza de sus pies. Los elogios caldean incluso a la belleza más fría, y hasta la más inocente de las niñas desea oír lisonjas y saberse admirada. Incluso la virgen más pura anhela oír decir que sus formas son agradables a la vista.

«Manos elegantes. Pies delicados.» Lo anoté mentalmente.

Sedúcela con promesas. Las promesas cautivan el corazón. Jura por todos los dioses que conozcas que tus palabras son sinceras y que son sentidos tus votos de amor. Júpiter, allá en lo alto, se ríe de las perfidias de los amantes, porque mil veces ha jurado por las aguas de la Estigia que le sería fiel a Juno y aun así le ha faltado tiempo para quebrar sus promesas. Su ejemplo ha de infundimos el coraje que necesitamos. Así como aprenden las mujeres a engañarse a sí mismas, así aprenderás tú a traicionar a las traicioneras.

Pasé todo el día en la biblioteca, con un caramelo por único almuerzo, y estaba tan absorto en todas esas revelaciones que no oí entrar a Rebecca, hasta que la tuve justo detrás de mí.

—¿Qué es eso que lees? —preguntó.

El capítulo que tenía abierto delante de mí traía una ilustración a todo color de unos amantes semidesnudos, entrelazados. Se me encendieron las mejillas, pero Rebecca ya se había alejado flotando, antes de que yo pudiera tartamudear algún tipo de respuesta. Sin embargo, se volvió un momento, para sonreírme con un pequeño gesto de desaprobación, que yo interpreté como un buen signo.

Cuando su madre bajó al sótano, me cambié de sitio, acercándome lo suficiente a Rebecca para percibir el olor a crema

para la cara que desprendía. Levantó la vista para mirarme, pero no dijo nada. Estaba esperando a que yo empezara.

—Tienes unos pies bonitos —dije, y solté una maldición para mis adentros nada más decirlo.

—¿Pies?

—Son muy delicados. Y tus manos… son elegantes. Y tus ojos… Ella hizo un gesto afirmativo, moviendo lentamente la cabeza. —Son verdes —dije.

—Hum, todavía me quedan muchos libros por clasificar —dijo ella, pero no había podido evitar mirarse antes las manos, extendiéndolas para ver qué tenían de elegante.

Yo me habría batido en retirada, pero el aroma de su crema para la cara era embriagador, y antes de que la sensatez pudiera detenerme, le solté:

—Podrías ser Escarlata O'Hara, ¿lo sabías?

Escarlata O'Hara era lo más grande que la gente tenía en la cabeza por aquellos años. ¿A quién elegirían para el papel? El rodaje ya había empezado y decían que Atlanta ya había ardido hasta los cimientos, pero ninguna actriz encabezaba todavía el reparto junto *a* Clark Gable. Algunos apostaban por Tallulah Bankhead. Otros, por Bette Davis. Otros, por Joan Crawford. Se estaban formando bandos y la búsqueda se había convertido en un frenesí febril. ¿Por qué no Rebecca, entonces?

Pareció rechazar la idea. Después sonrió. Inclinó ligeramente la cabeza, como si estuviera a punto de darse la vuelta y marcharse, pero sin dejar de mirarme a los ojos. Reconocí la expresión: era lo que llamaban «una mirada coqueta». Podía separarse en dos elementos: inclinación de la cabeza hacia abajo y mirada hacia arriba. Eran señales contradictorias, que decían a la vez «vete» y «acércate más». Tenían un efecto poderoso sobre cualquier muchacho.

—¿Escarlata O'Hara? —dijo—. ¿De verdad lo crees?

—Lo sé con seguridad. Tengo un tío en Hollywood que trabaja de cazatalentos para los estudios, y unos ojos verdes es justo lo que andan buscando. Él mismo me lo dijo.

Era todo mentira, claro, incluido lo de «tengo un tío». Pero mereció la pena para verla ruborizarse como lo hizo. Estoy convencido de que Ovidio se habría sentido orgulloso.

Pero entonces apareció su madre arrastrando su mole por el pasillo, y Rebecca se apartó rápidamente de mí. Y aunque Becky y yo nos manteníamos a una distancia respetable, resultó evidente que la señora Mabel había captado alguna cosa agitándose por debajo de la superficie. A partir de ese momento, nos vigiló mejor a los dos, de modo que me vi obligado a comunicarme por otros medios. Rebecca solía clasificar los libros para devolverlos a sus estanterías, y yo

procuraba que tuviera libros que clasificar. Sacaba volúmenes de arte de papel satinado y los dejaba abiertos por páginas que traían cuadros de mujeres desnudas surgiendo del mar sobre una concha, o de hombres raptando a sus esposas sabinas, para que Rebecca no tuviera más remedio que ver aquellas escenas antes de cerrar los libros y ponerlos en el carro.

Ella me replicó con un ejemplar de *Fortaleza moral. Guía de continencia para jóvenes*, editado por la Asociación Cristiana de Norteamérica, que dejó caer suavemente en mi mesa, al pasar, con una media sonrisa juguetona.

Con el tiempo, empezó a echarme miraditas cada vez más frecuentes y a dejar que su vestido se balanceara como si no le importara que yo la estuviera mirando, mientras su madre la observaba con gesto desaprobador. ¿Y saben una cosa? Cuanto más en contra se ponía su madre, más balanceaba ella el vestido.

Eso tampoco te lo enseñaban en la catequesis.

Trece

HABÍA llegado el momento de darle una vuelta más al torniquete y Ovidio supo una vez más señalarme el camino. Su consejo fue preparar un encuentro casual.

Crúzate con ella como guiado por el azar en el mercado o el callejón, o mejor aún, en el altar de Adonis, o en el templo menfita erigido a la venada envuelta en tiras de lino.

Al no tener en Paradise Flats ningún templo menfita erigido a una venada envuelta en tiras de lino, pensé que lo más parecido podía ser la misa del domingo. Pero siendo Rebecca metodista y yo no, no me habría sido fácil fingir que el encuentro era casual. Sí, sin duda todo hacía pensar que los metodistas iban a reunificarse después de más de cien años de diferencias y era muy probable que en esos momentos su talante fuera más bien conciliador, pero yo no podía saber si su actitud se extendía a otras confesiones. Puede que en Paradise Flats no hubiera ningún altar de Adonis, pero callejones teníamos para dar y tomar. Aun así, yo tenía que planificar cuidadosamente mi celada, para que pareciera cosa de la casualidad y la buena suerte.

«La caza de doncellas temblorosas requiere gran habilidad», me había advertido Ovidio. Era complicado, como tratar de enhebrar una aguja en una habitación oscura. Había que proceder con suavidad. «Como las palomas huyen del águila, como gime la cordera en presencia del lobo», así huiría una chica si te le abalanzabas como un toro al que acaban de soltar. Por otro lado, en lo referente a ese primer beso de todos mis pecados, Ovidio decía: «Cuando finalmente llegue el momento, no vaciles. Toma lo que no te ha sido dado. Puede que ella se resista, que se aparte y te tache de malvado, pero debatiéndose por librarse de tu abrazo se encenderá su deseo. Y cuando haya picado el pez, no lo dejes escapar. Atrae hacia ti la pieza cobrada, no cedas.»

Seguí los consejos de Ovidio y me inspiré en el loco Eli. Si iba a caer, que fuera bailando.

Planeé encontrarme con Rebecca en su camino a la biblioteca, después de estudiar la ruta que solía seguir, y la alcancé en el callejón detrás de la tienda de Sukanen.

—¡Becky! —dije, llamándola, y ella se detuvo.

Se giró, como si llevara todo el tiempo esperándome.

Me preocupaba que fuera a preguntarme por las próximas pruebas para actrices, pero no lo hizo. Con mis pantalones

remendados y mi cara quemada por la sal, ella misma debió darse cuenta de que yo no tenía nada que ver con Hollywood. Sencillamente le habría gustado, supongo, que yo me tomara el trabajo de mentir.

Caminamos por el callejón, hablando ella de sus compañeros de clase, de los profesores que no le gustaban y por qué no, de nuestros conocidos comunes, de sus películas favoritas y de cómo le habían cobrado de más en la cafetería y que no había estado nada bien que lo hicieran, y yo iba diciendo a todo que sí.

Cuando salió el tema de la radio, resultó que Becky prefería las radionovelas a los concursos y los programas musicales a los de detectives, y ¡Dios santo, yo también! Solía escuchar «Mujeres de blanco», que trataba sobre una enfermera enamorada de un médico joven, y «El joven doctor Malone», acerca de un médico enamorado de una joven enfermera. También escuchaba «El joven Widder Brown», sobre otra enfermera enamorada de otro médico, ambos jóvenes.

—El doctor Anthony —me explicó— tiene la voz más grave y profunda que te puedas imaginar.

Yo no sabía cómo se las arreglaba para diferenciar al joven doctor Malone del joven doctor Anthony, pero no se lo pregunté.

—Estoy ahorrando —le dije—. Quiero ir a la universidad para ser médico, un médico joven, un médico que haga el bien y ayude a los desafortunados.

Supuse que eso era lo que ella quería oír, del mismo modo que la mirada coqueta que me devolvió era lo que ella supuso que yo quería ver. Barbilla hacia abajo y mirada hacia arriba. Una sonrisita. La clase de expresión que puedes practicar delante del espejo.

—¿Por qué me cuentas historias? Eres demasiado tosco para estudiar medicina y lo sabes.

Eso me echó bastante para atrás. Estuve a punto de tartamudear algún comentario ofendido, pero entonces me di cuenta. La expresión de ella había cambiado ligeramente. Mientras que antes era un cincuenta por ciento «vete» y un cincuenta por ciento «acércate», ahora, según mis cálculos, era al menos un sesenta y ocho por ciento de lo último. Así pues, me arrojé sobre ella como se lanza un perro en persecución de un coche, sin saber qué demonios hará si lo atrapa. Intenté plantarle un beso en los labios, pero Rebecca me apartó con un amplio movimiento del brazo. Se alisó el vestido y me miró con espantosa seriedad.

—Tendría que darle una bofetada, señor McGreary.

Giró sobre los talones, literalmente, y se alejó con la cabeza alta. Cuando ya me agobiaba la idea de haberlo perdido todo, va ella y me lanza una última mirada antes de doblar la esquina. Fue tan fugaz que no pude interpretarla bien, especialmente porque tenía los ojos empañados y la cabeza me latía como un bombo. Casi no podía oír ni

mis propios pensamientos. Considerándolo ahora en retrospectiva, quizá estuviera ahí el verdadero atractivo de todo eso: conseguir que el corazón te latiera tan deprisa que ya no hiciera falta pensar.

Al día siguiente libraba en la mina, por ser el día del Señor, y me quedé despierto preguntándome qué habría tenido que hacer para jugar mejor esa mano con Rebecca. Acabé leyendo el diccionario a la luz de la Luna, para tratar de llenarme la cabeza con otras cosas. No me sirvió de mucho. Me estaba acercando rápidamente a «amoral», cuando topé con otra palabra que me cortó el aliento:

Afrodisíaco

«Droga o medicamento que excita el apetito sexual.» *¡Que excita el apetito sexual!* ¡Eso era exactamente lo que yo andaba buscando! Merecía la pena leerse diez veces el diccionario de cabo a rabo solamente para eso. Entre los ejemplos citados figuraban las ostras, los mejillones de río y la cantárida o mosca de España. Las ostras y los mejillones estaban fuera de toda consideración en la Cuenca de las Polvaredas, de modo que tendría que ser la mosca de España.

Pero mi euforia no duró mucho. Lo primero que hice el lunes por la mañana fue presentarme en la biblioteca. Allí estaba yo cuando la señora Mabel abrió la puerta. Dejando atrás su ceño fruncido, me encaminé a toda prisa hacia los libros de medicina y busqué en el archivo. ¿Qué fue lo primero que averigüé? Que la mosca de España ni siquiera era una mosca, sino un escarabajo.

Lytta vesicatoria (del griego *lytta*, «furia», y del latín *vesica*, «ampolla»). La cantárida o mosca de España contiene elevados niveles de cantaridina, sustancia química que excreta de forma concentrada cuando se siente amenazada. El polvo de cantárida administrado por vía oral causa irritación urinaria, inflamación de los genitales, fiebre, agitación nerviosa, salivación excesiva, convulsiones, vómitos, diarrea, secreción urinaria y posiblemente priapismo. Se emplea en zootecnia para incitar al ganado al apareamiento, pero en humanos puede ser peligroso y potencialmente mortífero.

Sentí que se me desinflaba el pecho. Yo no quería irritarle a nadie el tracto urinario, ni menos aún causarle un envenenamiento. Pero entonces otra cosa captó mi atención: «La acción afrodisíaca atribuida a la mosca de España es achacable básicamente al efecto placebo.»

Placebo, yo lo sabía, era una sustancia cuyo poder residía «en la imaginación del paciente». Lo había leído en el Webster, en la letra «P». Pasé entonces a otros textos médicos. Resultó ser que los placebos obraban efectos físicos que se podían medir. Un médico te da pastillas

de azúcar, te dice que harán que te sientas mejor y de hecho el tratamiento funciona, sólo porque te lo crees. Cualquiera diría que ese descubrimiento habría socavado completamente toda certeza médica o científica, pero no, nada de eso. El hecho de que las personas puedan enfermar o sanar a golpe de imaginación no ha alterado en lo más mínimo a los médicos, aunque toda la ciencia se base en el concepto de que pensar que una cosa es de una manera no significa que sea así.

Con el efecto placebo, no había necesidad de irritación urinaria. Con el efecto placebo, bastaba darle a alguien una aspirina y decirle que era polvo de cantárida, para conseguir el resultado deseado. Sin embargo, para que funcionara el placebo, la persona tenía que saber que lo había tomado y desear que funcionara. No se me ocurría ninguna forma de que Rebecca cumpliera ninguno de los dos requisitos. Por mucho que diera vueltas en la cabeza a los posibles desenlaces, la historia siempre terminaba con ella dándome la bofetada prometida y a veces incluso aporreándome la cabeza con el diccionario.

De modo que me fui a casa a comer. Estuve meditando. ¿Cómo conseguir ostras allí, al borde del desierto? ¿Cómo convencer a Rebecca para que se comiera una? ¿Desafiándola quizá? Esa misma tarde estaba de vuelta en la biblioteca, tratando de localizar un sucedáneo para las ostras, cuando entró Rebecca, echando chispas. Me lanzó una mirada fría y después siguió andando a paso firme hasta el archivo de «devoluciones atrasadas».

Me acerqué un poco, preparado para susurrarle una disculpa por no haberme comportado como un caballero el día anterior, por culpa de la pasión que me había sobrecogido. Iba a explicarle

que el aroma de su crema para la cara me había nublado la mente, cuando me miró directamente a los ojos, sin la menor coquetería.

—¿Dónde te habías metido? —dijo—. Te estuve esperando. Una hora.

—¿Esperando?

—En el callejón. Detrás de la tienda de Sukanen. Como una imbécil.

—¿Esperaste?

No lo pude evitar. Empecé a sonreír, con una sonrisa de oreja a oreja que ella debió interpretar como burlona, porque me miró con más furia todavía.

—Debería haberte dado la bofetada cuando tuve ocasión de hacerlo —dijo.

Y se fue. Yo volví a la biblioteca varias tardes más, pero ya no hubo miraditas sigilosas lanzadas en mi dirección, ni frufrús del vestido, ni expresiones coquetas.

Y yo con un palmo de narices.

Catorce

—LO QUE necesitas es un plan.

Ése era Jorge Gaos, uno de los tipos con los que hacía el turno de noche en la mina.

Estábamos en los billares de Harry, y Jorge se estaba compadeciendo de mis problemas con Rebecca. Desde que Becky me había aplicado el tratamiento del hielo, pasaba más tiempo en los billares y menos en la biblioteca.

—Necesitas un plan —insistió Jorge.

—Ya tenía un plan.

—Un plan mejor.

Jorge preparó su tiro. Falló. Demasiado efecto a la derecha. Yo lo había visto venir, pero no había dicho nada. Estábamos jugando por centavos y a mí me faltaba uno para una jarra de cerveza.

—¡Mierda! —dijo Jorge, retrocediendo para ponerle tiza al taco —. Dile que estás loco de deseo, que no puedes vivir si no te da otro beso. Llórale, desgárrate la camisa si es preciso, golpéate el pecho, dile que tu vida está en sus manos...

—No sé —dije—. No se me da muy bien eso de golpearme el pecho.

Jorge se encogió de hombros.

—Entonces llévala a un sitio bonito y cómprale un regalo.

—No me lo puedo permitir.

Hice mi tiro y coloqué la bola limpiamente en la tronera más alejada.

—No te puedes permitir no hacerlo —dijo él.

Levanté la vista de la mesa.

—No tengo dinero para un regalo caro.

—¿Quién ha dicho que tiene que ser caro? Si sólo tienes cinco dólares, no compras perlas de cinco dólares. Compras... no sé, un broche para el pelo. El mejor broche para el pelo que el dinero pueda comprar. Le regalas un broche para el pelo de cinco dólares. ¡Eso sí que la impresionará! Tienes que gastarte el dinero en profundidad, no en cantidad.

Era cierto. Pero yo ni siquiera tenía cinco dólares para gastar, ni en perlas, ni en broches para el pelo.

—Bola diez en la tronera de la esquina —dije, golpeando la esquina en cuestión con el taco, mientras rodeaba la mesa para preparar el tiro.

Jorge se echó a reír.

—¿Qué?

—Bola diez en la tronera de la esquina.

Esta vez rió todavía más fuerte. Una enorme risotada de chicano.

—¿Esa esquina?

—Esa misma.

—¿Esa bola diez?

—¿Acaso ves otra en la mesa?

—¿Cómo lo harás?

Señalé con el taco.

—Bola doce a un lado, aquí, a través y después por detrás, para el golpe. Debería separar la bola diez y embocarla.

—¿Vas a meter la bola diez en la tronera de la esquina?

—Voy a meter la bola diez en la tronera de la esquina.

—No, no lo harás.

—Sí que lo haré. ¿Te apuestas algo? Cinco dólares, por ejemplo. Cinco dólares o un broche para el pelo de valor equivalente.

—No tengo cinco dólares para pulirme en una apuesta estúpida. —Se volvió al resto de la sala—. ¡Eh, compadres! ¡Aquí el chico va a hacer magia, va a hacer que la bola cambie de dirección a mitad de camino! ¿Quién quiere verlo?

Resultó que todos querían. No fue exactamente una apuesta, sino más bien una hazaña. El público pagó un par de monedas por cabeza para verla. En total, tres dólares y veinticinco centavos. No era suficiente para un broche para el pelo, pero se le acercaba.

Emboqué la bola.

No era tan difícil como parecía, sino una simple cuestión de geometría. Hay que considerar la mesa como un plano y calcular hacia atrás, empezando por la tronera. Lo único que tienes que hacer es conseguir que cuadren los ángulos de entrada y de salida. Si el ángulo desde la tronera mide cuarenta y cinco grados, entonces el siguiente tendrá que medir la mitad, o sea, veintidós grados y medio. Empiezas con un ángulo de once grados exactos, le imprimes a la bola un ligero efecto lateral para compensar el abombamiento del centro de la mesa —yo había pasado la mano por el paño y había notado cierto abultamiento a la izquierda— y, ¡ya está! Siempre que ese primer golpe sea suficientemente fuerte y limpio, la bola no tendrá más remedio que meterse en la tronera. Lo único que necesitas es una línea recta en el plano. De todo lo demás se ocupa la cadena causa-efecto.

Jorge rompió en aclamaciones cuando emboqué esa bola diez, con los brazos levantados por el aire, como si haber sido mi pregonero le hubiera dado derecho a compartir mi éxito. El público se echó a reír. Alguien gritó:

—¿Cómo lo has hecho?

—Magia —dije yo.

Había algo en lo que Jorge y Ovidio coincidían: a las chicas hay

que hacerles regalos bonitos. Sin embargo, mientras que Jorge prefería para el encuentro un lugar íntimo y remoto, como el desierto o la cima de un cerro, donde fuera posible proclamar el amor a voz en cuello, Ovidio se inclinaba por una vía diferente.

De vuelta en casa, estuve repasando los apuntes que había tomado de *El arte de amar*. El error que cometían muchos amantes primerizos, según Ovidio, era empezar en un sitio demasiado íntimo, donde los acechaba el peligro de perderse en incómodos silencios. Tampoco era fácil, en esas circunstancias, provocar «accidentalmente» el contacto físico. En lugar de eso, Ovidio recomendaba empezar en un sitio lleno de gente. El coliseo, por ejemplo, o el teatro, «un lugar más favorable para conseguir tus deseos».

Arrima tu muslo al suyo, porque a ello te obliga el escaso espacio de que dispones. Busca asientos en el corazón mismo de la turba. Quéjate del agolpamiento, mientras te agolpas contra ella. No permitas que se siente en el teatro sin tu compañía, en ningún momento. Levántate del asiento si ella se levanta y siéntate cuando ella se siente. Muéstrate atento en todo momento y, si ves que el ruedo de su vestido se arrastra por el suelo, levántalo solícito. El premio a tu gentileza será vislumbrar su bien torneada pierna.

Yo quería algo más que vislumbrarla, de eso estaba seguro. También Ovidio.

Casualmente al principio y después con intención, deja que tus dedos rocen su pierna y tus pies los suyos. En el calor de la muchedumbre, agita un abanico ligero y acaríciala así con la brisa, sin arriesgarte a tocarla.

Y por último, esto:

Si por azar una mota de polvo le cae en el vestido, quítasela con los dedos, y si no le ha caído ninguna mota de polvo, quítasela también.

Evidentemente, iba a tener que trabajar todo eso paso a paso. En lugar de teatro, teníamos salas de cine, pero una sola película no iba a ser suficiente, por lo que decidí que para atraer a Rebecca iba a necesitar una serie semanal. Eso significaba que tendría que ser los sábados, en la sesión matinal o en la de la noche. Ya se tratara de *El mago Mandrake* o del *Agente X-9*, las series en los cines venían después de los dibujos animados y antes del largometraje, y siempre acababan con la protagonista colgada de un precipicio o montada en un carro

tirado por caballos que galopaban fuera de control… en dirección a un precipicio. El propósito era que los espectadores también quedaran colgados de la trama.

La mayoría de las series eran de diez o doce episodios de unos veinte minutos cada uno, lo que me permitía preparar un plan. La primera semana, roce con Becky como por accidente. La segunda, sin accidente. La tercera, mano en su rodilla en un momento clave, retirada rápidamente. A la vez siguiente, mano en su rodilla en un momento clave, retirada lentamente. Y así sucesivamente, hasta llegar a un beso casto a la novena semana y a uno de lengua a la décima, seguido de la promesa de encontrarnos más tarde, esa misma noche, para la consumación completa. La imagen se volvía un tanto borrosa en torno a la octava semana, desde luego, pero al menos tenía un plan montado. No estaba avanzando a ciegas.

Busqué una película que hubiera sido condenada por la Legión de la Decencia, una señalada por el riesgo de que corrompiera a la juventud, pero lamentablemente no había ninguna en cartel. En el Roxboro echaban *Gunga Din*, con Douglas Fairbanks. Yo ya la había visto dos veces y sabía que tenía varios momentos culminantes, en los que quizá Rebecca contuviera el aliento y se agarrara a mí. Pero ¿realmente me interesaba que ella escuchara a alguien diciendo «Eres mejor hombre que yo»? Además, la serie que pasaban con esa película era *El Zorro*, que ya iba por la mitad. De modo que *Gunga Din* quedaba descartada. En el cine Rio estaban dando una de Shirley Temple, y aunque a Becky le encantaban los musicales y yo le había dicho que a mí también, en realidad no podía soportar que la gente se pusiera a cantar en medio de la acción, como si la vida no fuera más que el preludio de un número de baile. Lo mismo podía decirse de la película de Busby Berkeley que echaban en el Varscona-Lux con sonido estereofónico.

La única que quedaba era *Tambores de guerra*, con Henry Fonda, que era guapo, pero no demasiado, y nunca cogía un bastón y un sombrero de copa para ponerse a bailar claqué. La estaban echando en el Palace y la entrada era cinco centavos más barata los sábados, lo que significaba que por medio dólar podría comprar la mía y la de Becky, y sólo necesitaría diez centavos más para invitarla a un refresco. Lo mejor de todo era que el Palace estaba pasando una serie nueva, *Exploradores al rescate*, que acababa de empezar. Las sesiones matinales todavía eran más baratas, pero después habríamos tenido que salir a la calle con el resplandor del día. Yo quería salir del cine ya anochecido, con rincones oscuros adónde llevarla.

Había otra pieza del plan que aún tenía que poner en su sitio. Para eso fui al bazar de antigüedades de Cyrus Loom, en la calle principal, repleto desde el suelo hasta las vigas del techo de reliquias

familiares confiscadas a deudores morosos y otros bienes embargados por falta de pago. El local de Tweed era una cámara de tesoros que atraía a coleccionistas de todas partes, incluso de Utah.

El propio Cyrus estaba a un suspiro de convertirse en leyenda, pues había invertido alegremente en acciones durante toda la década de los veinte y las había vendido el tres de septiembre de 1929, el día en que los índices de Wall Street alcanzaron su máximo histórico. Si se te había olvidado el dato, a Cyrus Tweed siempre le complacía recordártelo. Como tantos otros especuladores, había invertido un montón de dinero, incluso el que le prestaban sus propios agentes de bolsa, en las compañías más paradigmáticas de la industria estadounidense, como la Bethlehem Steel o la Youngstown Sheet & Tube (antes de que empezara a disparar contra los huelguistas). El señor Tweed había comprado acciones de Allied Chemical y de Columbian Carbon, de la Western Electric y de la U.S. Steel Corporation, de American Tobacco, de Monsanto y también de la Standard Oil Company, de John D. Rockefeller. Sus participaciones eran pequeñas, pero su cartera estaba muy diversificada, como se suele decir. Incluso había comprado deuda de países extranjeros, avalada por Estados Unidos.

Pero el viejo Tweed vendió los bonos extranjeros justo antes de que perdieran todo su valor y se deshizo de las acciones el día de la marea alta. Guardó el dinero en una caja fuerte, mientras decidía si reinvertía en acciones, en petróleo o quizá en el sector bancario. Y ¡quién lo hubiera dicho!, mientras estaba dándole vueltas al asunto, todo el castillo de naipes se vino abajo, y Tweed se mantuvo en pie en medio del desastre, inmensamente rico. Más rico aún que antes, porque muchos otros habían caído. Si alguien tenía un broche para el pelo que valiera cinco dólares, ése sería Tweed.

Era todo nariz y nuez ese Tweed. No me quitó la vista de encima en todo mi camino hasta el mostrador. Servicios de plata. Colecciones de monedas. Aparadores de roble y enormes relojes de péndulo. Superficies sin brillo por culpa del polvo, espejos que reflejaban esquinas en todas las direcciones. Había incluso varios maniquíes de modista, algunos de busto generoso y otros más pequeños, colocados discretamente a un lado.

—Estoy buscando un broche para el pelo.

—¿Un broche para el pelo?

—El más caro que tenga.

Hubo una larga pausa. Después, crujiendo como el viejo Ichabod, se deslizó de la silla y se acercó al mostrador.

—Forma parte de un juego —dijo—. No tiene mucho sentido comprar solamente el broche para el pelo.

Sacó una cajita de madera de color rosa y la abrió. Dentro había

un cepillo, un peine, un espejo y un broche para el pelo, todo en carey lacado, artísticamente dispuesto.

—Lamentaría tener que romper el juego —dijo.

—Puede que esto sea sólo el comienzo —dije—. Puede que regrese y lo compre todo, pieza a pieza.

—¿Un regalo?

Asentí con la cabeza.

—Eres el chico de McGreary, ¿verdad?

Asentí otra vez.

—Entonces no es para tu madre. Será para alguna de las golfas del pueblo, alguna chica de la que esperes algo. Es tuyo por cuatro dólares y cincuenta centavos.

Mi orgullo y mis mejillas estaban ardiendo por sus comentarios.

—Le daré cinco —dije, mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Cinco? El precio es…

—Quiero llevarme un broche para el pelo de cinco dólares, señor Tweed. No quiero uno de cuatro dólares, ni de cuatro dólares y medio. Quiero uno de cinco.

Con eso conseguí que arqueara una ceja.

Sonrió, con unos dientes que se abrían en abanico como una mala baraja.

—Cinco dólares, entonces —dijo.

Le pagué con el dinero que había ganado en los billares de Harry y con los restos del cheque de mi paga que no se había tragado la tienda de la compañía.

Me dijo que era un placer hacer negocios conmigo. Yo ya estaba saliendo, cuando en lo más alto de una vitrina vi una vajilla finlandesa completa. Con orlas azul claro, a un dólar el plato.

Me quedé mirándola, con el broche para el pelo apretado en la mano. Me quedé durante un tiempo que me pareció muy largo, larguísimo. Estuve mirando fijamente el montón de platos, fijamente, hasta que desaparecieron.

Después me fui, con la campanilla de la puerta tintineando detrás de mí.

Quince

NOCHE de sábado en el Palace. La sala estaba repleta.

Parejas y familias, ricos y pobres, empujones de los chicos de las granjas, risitas de las chicas, todos apiñados para ver el mismo espectáculo. Así debieron de ser las carreras de cuadrigas y los programas del Coliseo en tiempos de Ovidio. Becky y yo pasamos con calzador entre el público para sentarnos en la fila central, apretándonos mutuamente las piernas cada vez que alguien pasaba delante de nuestras butacas. Filamentos de humo de cigarrillo. Silbidos, abucheos y réplicas que despertaban ecos sobre nuestras cabezas. Los silencios incómodos no eran posibles en medio de esa algarabía.

Cuando iba entrando, pasé delante de Jorge y varios saleros más. Cruzamos una mirada y él hizo una rápida evaluación de Rebecca, como habría evaluado el chasis de un automóvil, y me dio su aprobación, levantando el pulgar. Pero Ovidio me había advertido: «Guárdate de tus amigos», de modo que no le hice caso y fingí no haber visto su sonrisa de «por-qué-no-me-llamas-y-nos-presentas».

La atmósfera en el Palace era de bochorno, por la aglomeración. Los propietarios de la sala habían instalado el aire acondicionado Manufactured Weather y así lo proclamaban en la marquesina, pero casi nunca lo encendían, a menos que el público empezara a desmayarse de calor, y eso solía ser únicamente en las Noches de la Prosperidad, cuando familias enteras se apiñaban en el cine para participar en el sorteo de una cesta de comestibles o en el del premio extraordinario de cien dólares. Esa noche, sin nadie que estuviera a punto de desmayarse y ningún reparto de premios previsto para antes de la función, nos dejaron que nos cociéramos en nuestro propio jugo. La humedad nos respiraba en el cuello como un perro que se negara a marcharse y yo me puse a abanicar a Rebecca con un programa de mano, mientras esperábamos a que se atenuaran las luces. Ella murmuró algo y se abrió un poco el cuello de la blusa.

—No sabes cuánto te lo agradezco —dijo.

Yo seguí igual, abanicando el aire, mientras ella cerraba los ojos y dejaba que la brisa le jugueteara por encima. Ovidio no era ningún imbécil, eso lo puedo asegurar.

Rebecca tenía el pelo recogido con un broche de carey. Era muy bonito. Ella misma me lo dijo, cuando se lo regalé para disculparme por haberla dejado plantada aquel día detrás de la tienda de Sukanen.

Ella se puso a darle vueltas en las manos, dejando que captara algún reflejo aquí y allá.

—Debió de costarte caro —dijo.
—Cinco dólares —respondí.
—¿De verdad?
—Te lo juro por la Biblia. Puedes ir a preguntárselo a Tweed, si quieres.
—¡Vaya! Entonces debe de ser el broche para el pelo más caro que he visto en mi vida.
—Seguramente —dije yo.

Después de eso, ¿cómo iba a rechazar mi invitación para ir al Palace? Habría arruinado toda la historia, como si hubiera rechazado a un hombre que hubiera andado veinte millas por la vía del tren, sólo por la imagen fugaz de unos cabellos rojos. De modo que ahí estábamos los dos, mientras se amortiguaban las luces, rozándonos las piernas, de los muslos a las rodillas.

Habría estado muy bien, creo, de no haber sido por el noticiero.

La hilaridad de los dibujos animados había terminado, con Rebecca riendo de una manera adorable a cada caída y golpe de efecto, y entonces vino la serie, que terminaba con la protagonista atada a una silla, dentro de una casa que se balanceaba al borde de un precipicio (el mismo precipicio del que había quedado colgada Paulina en la serie anterior; uno no podía dejar de preguntarse por qué seguirían construyendo las casas en lugares tan inapropiados). La sala se fue quedando cada vez más a oscuras. Rebecca se me acercó un poco más. Y entonces aparecieron unos soldados en la pantalla, desfilando con el paso de la oca. Ondearon unas banderas con águilas, se desplegaron las esvásticas y un hombrecito con el bigote a lo Chariot empezó a gritar como una maestra de escuela en un acceso de ira. Eran escenas del congreso del año anterior en Nuremberg y todo el tiempo resonaban gritos de «Szeg *Heil, Sieg Heil, Sieg Heil*!». Había transcurrido un año y ahora los soldados del Reich entraban a paso de oca en Praga. Los ejércitos de aquel Charlie Chaplin reflejado en un espejo de feria se habían tragado todo un país en nombre de la patria: «Checoslovaquia ya no existe.» El locutor del noticiero hablaba en tono solemne de los «amenazantes nubarrones de guerra». La gente reunida en el Paradise Palace, que no dejaba de reír y arrojarse palomitas, no prestaba atención. Pero yo sí.

Había visto esos mismos uniformes en otros noticieros, rompiendo escaparates en los barrios judíos. Partiendo huesos. Quemando libros. Arrojando gruesos rollos manuscritos a las hogueras. Había visto sinagogas envueltas en llamas, en una noche de cristales rotos. No era más que el calentamiento previo, estaban diciendo. Una preparación para algo más grande. Algo más... ambicioso. Aquellas botas que marchaban a través de la pantalla parecían acercarse un poco más a cada redoble de tambor. A veces, por la noche, con el viento

adecuado, casi podías oírlas moviéndose a través de las llanuras.

La anterior víspera de Todos los Santos, cuando las radios habían difundido la noticia de una invasión de marcianos, la gente se había lanzado a la calle creyendo que era cierto, que era el fin del mundo. La aterrorizaban los rayos de la muerte, el gas nervioso y el exterminio en masa. Pero ahora nadie en Norteamérica corría buscando la salida y eso me parecía extraño. No hacía falta mirar al planeta rojo para ver la amenaza de una fuerza invasora. Estaba ahí, ante nuestros propios ojos, con banderas que ondeaban y botas que caían al unísono. Para anexionarse Austria, Alemania no había necesitado rayos de la muerte marcianos. Le había bastado con que Chamberlain agitara aquel documento como una bandera blanca de rendición y que arrullara sobre el pacto de amistad que había firmado con *Herr* Adolf, hablando por todas partes de la paz que iba a traer a nuestro tiempo.

Y después esto. Hasta Praga. Y de ahí a Danzig. Yo no sabía dónde estaba Danzig, pero el locutor mencionó con la misma voz grave ese nombre y el de Moravia, y también el de los puertos del Báltico. Yo no dejaba de oler un tufillo a quemado.

—¿No hueles algo? —le susurré a Becky.

—Alguien ha encendido una cerilla —dijo ella—. Sólo es eso.

El olor a fósforo tiene un punto ácido. El tabaco es dulzón. Esto era diferente.

Ahí fue cuando noté su mano, la forma en que me tocó la rodilla, como por accidente, y el modo en que se quedó, como a propósito. Resultó que yo no era el único con tácticas que desarrollar.

Me deslicé hacia ella, moví la mano y cogí la suya, increíblemente suave. Nos quedamos ahí sentados, los dos, mirando a Henry Fonda, mientras Rebecca trazaba ochos, circulitos y otros dibujos en la palma de mi mano, entre los callos que iba encontrando. Estaba todo mezclado: el olor de su crema para la cara, el calor de su mano, el sabor de los libros quemándose, el espectáculo de los soldados marchando a través de las fronteras a paso de oca y el eco de los gritos: «*Sieg Heil, Sieg Heil, Sieg Heil*!»

Dieciséis

ACOMPAÑÉ a Rebecca a casa por Parson's Lane, por delante de almacenes vacíos y habitaciones con los postigos cerrados. Ella tenía que estar de vuelta antes de que oscureciera demasiado, pero «demasiado» era un término huidizo. Nos demoramos en un sitio de su elección, al pie del campanario baptista, justo donde no podían vemos desde la casa de su familia, en la colina.

—Ha sido una velada muy agradable —dijo ella, como aprendían a decir las señoritas.

—Ha sido un placer —repliqué yo.

Nos estábamos hundiendo en el silencio, pero yo no sabía de qué hablar. Ella estaba a punto de darse la vuelta y seguir su camino, y en cuanto saliera a la luz de la farola, yo estaría perdido. Entonces, con la audacia que da la desesperación, tendí una mano y le rocé levemente el delantero de la blusa con los dedos.

—Una mota de polvo —dije.

Ella me miró, con una sonrisa aflorando a la superficie.

—¡Vaya vista que tienes! —dijo—. ¡Ves una mota de polvo en la oscuridad!

Me había pillado. Al verme sorprendido, estuve a punto de decir que había sido una mota de polvo insólitamente grande, iluminada además por el único rayo de luna disponible, pero ella se me acercó un poco más.

—¿Sabes qué creo? —dijo—. Creo que querías tocarme la blusa. Las cosas estaban empeorando por momentos, y yo había empezado a tartamudear alguna tontería incluso más desesperada que la anterior, cuando —¡por todos los demonios!— ella se me acercó todavía más y empezó a desabrocharse los botones de delante.

—Cinco minutos —dijo—. Y sólo por encima del sostén.

Después cuadró los hombros, como un soldado preparado para la inspección.

No me llevó mucho tiempo escurrir la mano también por debajo del sujetador, pues sus protestas eran tan débiles que parecían más una formalidad que otra cosa. Acariciándola, la llevé a un contenido frenesí, y ella se apretó más contra mí, con más ímpetu, acorralándome contra la pared, besándome el cuello una y otra vez, hasta que me dolió el pecho a fuerza de no respirar.

Al cabo de un momento, descubrí que si colocaba la mano de lado, podía deslizársela entre las piernas hasta arriba de todo, hasta el calorcito que había allá arriba, aunque ella apretara los muslos para bloquear mi avance. Curiosamente, sus acciones también impedían

que yo retirara la mano. «¿Quién ha atrapado a quién?», me preguntaba yo.

Seguí moviendo la mano adelante y atrás. Podía sentir la blanda hendidura oculta bajo la ropa interior, y cuanto más frotaba, más caliente se ponía, y cuanto más se calentaba, más frotaba yo. Moví la mano hasta conseguir que separara los muslos, cogí la bolsa de calor en la palma de la mano y empujé hacia arriba con tanta fuerza que casi le levanté los pies del suelo, hasta que ella finalmente me apartó de un empujón, cayendo hacia atrás y respirando pesadamente. Parecía confusa, pero sus ojos estaban sonriendo.

—¿Qué estoy haciendo con un chico como tú? —preguntó, y después se marchó riendo, hacia la luz de la farola y la calle que conducía a su casa.

Aquella bolsita de calor me había llegado al alma. Todavía la sentía brillando en la palma de la mano mucho después de llegar a casa y caer de espaldas en la cama.

—¡Gracias, Ovidio! —dije, contemplando el techo con una sonrisa tan ancha que no podía quitármela de la cara.

La velada había multiplicado mi interés por la filosofía clásica, de eso pueden estar seguros.

Pero entonces mi padre asomó la cabeza y lo arruinó todo. —¡Aprisa! —dijo—. ¡Ven!

Lo seguí hasta la mesa de la cocina, donde vi varios montones de certificados de Drake, ordenados según su valor nominal. El periódico estaba abierto por un mapa de la Alemania nazi.

Me señaló la ventana.

—Ahí —dijo—. A lo lejos. Destellos de luz.

—¿Lluvia? —dije yo.

Él sacudió la cabeza.

—Relámpagos sin lluvia. No es buen presagio.

—No es nada, padre —dije—, sólo electricidad estática que se forma por...

—¿Te das cuenta de la suerte que tienes? —me preguntó con ojos de loco—. ¿De la fortuna que te corresponde por derecho de nacimiento?

Supuse que había vuelto a incluirme en su testamento. Pero se refería a otra cosa.

—No, no es Drake. No. Es algo más, es... ¿Lo ves? Allí. Otra vez. Ahora un poco más cerca.

Otro silencioso destello de luz.

—Verá, padre. Estoy cansado. Mañana me toca cambio de turno en la mina y...

—Mira, ¡aquí! —dijo, alisando el periódico con una mano; vi que la tinta del mapa le había manchado los dedos—. ¿Ves esto? Tú

podrías, Jack. Yo soy demasiado viejo, pero tú podrías.

¡No, que no me hablara de eso! ¡En ese momento no!

—Cuando has sido bendecido como lo hemos sido nosotros, hijo mío, tienes una deuda con el mundo. Si yo fuera joven, me uniría a la lucha. Me pondría firme y le enseñaría al viejo Adolfo de qué estamos hechos los escoceses.

Así veía el mundo mi padre: tesoros perdidos e individualidades heroicas. Como si un hombre poniéndose firme pudiera hacer algo contra un ejército. Pon a tu héroe delante de un carro de combate Panzer III de quince toneladas, de Daimler-Benz, y ya veremos lo lejos que llega.

—¿Ha visto, padre, lo que están construyendo en Alemania? —le pregunté—. ¿Lo limpio que es todo? ¿Lo moderno que es?

Pero él estaba perdido en su mapa.

—Aquí… y aquí. Ahí es donde empezará.

Cuando vi mi primer episodio de la serie de Buck Rogers, de niño, corrí a apuntarme en el club. Me convertí en explorador solar oficial de Buck Rogers, lo que consistía básicamente en comprar latas de Cocomalt y enviar las etiquetas por correo. Pero aun así, el futuro era deslumbrante. ¿Y Flash Gordon? ¡Todavía mejor! Un porvenir más brillante, con aparatos futuristas y gravedad cero, un mundo resplandeciente, sin tormentas de polvo, ni colas para la sopa, ni vacío. No veía la hora de que llegara el futuro de superficies brillantes de Flash Gordon.

¿Y no era Alemania el más moderno de los países, el Flash Gordon de las naciones? ¿No era Adolfo el «hombre del año» de la revista *Time*? ¿No habían bautizado a mi Studebaker, el coche de mis sueños, en honor de Mussolini y el resto de los que habían puesto orden en la confusión? ¿No había recibido el propio Lindbergh la cruz de hierro de la Orden del Águila Alemana, de manos del mariscal Goering? ¿No había organizado el Partido Nazi Americano un mitin en el Madison Square Garden, con cientos de camisas pardas y tropas de asalto, ante veinte mil asistentes, *apenas un mes antes*? ¿No era el suyo el Mundo del Mañana, en el día de hoy?

El sueño americano se estaba herrumbrando de dentro hacia fuera, desmoronándose convertido en polvo, lo mismo que los campos al paso del arado. Y los Francos y Mussolinis de este mundo ya habían reclamado el futuro para sí, ya habían abierto la marcha.

¿Cuál era nuestra respuesta? Tom Mix y su fantástico caballo *Tony*, cabalgando por las llanuras y recuperando las reses perdidas, bebiendo zarzaparrilla y quitándoles la pistola de la mano a los cuatreros de un disparo. Era bochornoso. ¡Ah, pero también teníamos a

la Sombra y *quizá* estuviera ahí nuestra redención! La Sombra

había aprendido *el* secreto de la invisibilidad. Podía nublar la mente de los hombres. ¿Quién podía saber qué maldades acechaban en el corazón de los hombres? La Sombra lo sabía. Y al final, siempre el mismo mensaje: «Recogerás lo que siembres.» Se veía que lo habían añadido sólo para contentar a los comités de la censura. La verdadera historia no estaba en la moraleja del final, sino en la oscuridad de la trama. El secreto era ése, ¿no? Sobre Estados Unidos. Nos gustaba pensar que éramos como Tom Mix, pero en el fondo… En el fondo, donde de verdad cuenta, éramos la Sombra.

Siempre me atrajeron más las sombras que el sol radiante de Tom Mix. (Y sinceramente, ¿a quién se le ocurre ponerle a un caballo —¡a un caballo fantástico!— el nombre de *Tony? Relámpago*, quizá. O *Trueno*, o *Pionero*. Pero *¿Tony?* Había un niño en la escuela que se llamaba Tony; tenía la cara llena de pecas y unas gafas bifocales que habrían podido servir para cascar nueces.) Los niños también se podían apuntar al club de vaqueros de Tom Mix, pero después del fiasco de Buck Rogers no me quedaron muchas ganas de apuntarme a nada.

Mi padre no lo veía así.

—Tú puedes, Jack —dijo—. Vete al norte. Enrólate en el ejército británico, en Canadá. Lucha.

—¿Luchar? —repliqué—. ¿Para qué? Mire, padre. Si los alemanes invaden algún día Paradise Flats, me parecerá muy bien empuñar las armas contra ellos. Pero hasta entonces, no veo por qué voy a ser responsable de lo que le pase a la gente del otro lado del mundo. No veo qué deuda pueda tener con ellos… ni menos aún que tenga que pagarla con mi vida.

La conversación siempre acababa igual, con él mandándome a la *mierrda* y quejándose de que su hijo se le hubiera torcido,

—Pareces una niña —decía—. Una señorita, pareces.

Esa noche, mi padre se sentó y se puso a observar la ventana como si fuera una película a punto de empezar.

—¿Hueles eso? —dijo—. Algo se está quemando.

Diecisiete

NO ERA que Rebecca y yo hubiéramos empezado a salir juntos. Formalmente no, al menos. Todo era sigiloso y secreto, que era como ella prefería las cosas. Ni siquiera nos hizo falta el pretexto de una serie cinematográfica después del primer par de veces; simplemente nos encontrábamos por la noche detrás del campanario. Yo cambiaba mis turnos con los chicanos, prometiéndoles una hora y media a cambio de cada hora de las suyas. Becky me ponía contra la pared y yo la atraía hacia mí.

Sin embargo, nunca conseguí atravesar la barrera de algodón de sus bragas. Intentaba deslizar un pulgar insistente por debajo de la goma y apartarla a un lado o quizá avanzar como una lombriz; pero cada vez que lo hacía, ella me paraba en seco, apoyándome una mano en la cintura, y me decía que no.

Los alemanes habían entrado en Lituania y tomado la ciudad de Memel, en Prusia Oriental. Yo ni siquiera podía conquistar a Rebecca. Elegíamos las horas de nuestras citas en notas que nos pasábamos en la biblioteca, metidas dentro de libros. «¿Esta noche?» «No puede ser. Coro.» «¿Después?» «Tal vez.»

¡Si solamente hubiese conseguido dar con la forma de nublar un poco más su mente! No pedía mucho más, únicamente velársela con una leve capa de algodón. La Sombra usaba sus poderes para luchar contra el crimen. A mí se me ocurrían otros usos mejores.

Hacía varios días que Becky no se presentaba en la biblioteca, desde nuestro último intercambio de mensajes. Supuse que se debería a alguna enfermedad o a sus tareas domésticas, pero no podía salir de dudas sin despertar las bovinas sospechas de su madre,

Mientras tanto, yo volvía a prestarle atención a Pascal. No podía quitarme de la cabeza esa idea de que había una forma amoral de estar a bien con Dios. Estaba leyendo otra vez acerca de la apuesta de Pascal, cuando entró el doctor Boltzhurst con un bombín encasquetado en la cabeza. El padre Augustus, que había llegado antes, lo recibió como a un general de regreso del frente.

—¡Dichosos los ojos, mi querido doctor! ¿Qué me dice de las incursiones enemigas?

Los dos se pusieron a parlotear a tal volumen que tuve que sentarme más lejos.

Pascal había dicho que las probabilidades favorecían a Dios. Incluso había una tabla donde podía verse lo sencillo que resultaba elegir el caballo ganador. Era el boletín de apuestas más simple del mundo:

Si apuestas y aciertas:

Dios existe. Tú crees. *Resultado*: Recompensa infinita.

Dios no existe. Tú no crees. *Resultado*: Igualado (ni recompensa ni castigo).

Si apuestas y fallas:

Dios no existe. Aun así, tú crees. *Resultado*: Igualado (ni recompensa ni castigo).

Dios existe. Pero tú no crees. *Resultado*: Castigo eterno.

Yo no estaba tan seguro, sobre todo en lo referente a que diera igual creer en algo que no existía. Me daba la impresión de que perdías mucho de ti mismo si lo hacías, pero Pascal pasaba apresuradamente por esa parte de la ecuación. Lo que a él le interesaba destacar era el *peor* resultado posible: no crees en Dios, pero resulta que sí existe... y lo único que has conseguido es provocar un berrinche divino y poner en marcha una justicia poderosa y vengativa. El fuego del Infierno y todo eso.

Entonces...

Si eras una persona dada a las apuestas, Pascal llegaba a la conclusión de que lo único razonable era que apostaras por Dios, ya que los beneficios potenciales eran enormes y también lo eran las pérdidas potenciales. «Así pues, apuesta a que Él existe.» La zanahoria y el palo. La codicia y el miedo, ambos en juego. Si eliges el caballo ganador, dentro de nada estarás bebiendo champán con estrellas de cine difuntas y pasándolo en grande por toda la eternidad. (Habrá mosto de uva sin fermentar para los mormones.) Si te equivocas, tendrás que atenerte a unas consecuencias capaces de erizarle los pelos de la nuca incluso a un baptista.

Un par de cosas me preocupaban en ese sentido.

Para Pascal, las probabilidades de que Dios existiera eran cincuenta y cincuenta, a juzgar por el lanzamiento de la moneda que mencionaba al principio. Pero yo pensaba que las probabilidades reales no importaban lo más mínimo, cuando el premio podía ser una recompensa infinita. Daba lo mismo que las probabilidades a favor de Dios fueran del cincuenta por ciento o de unos miserables dos en diez mil. Cualquier número multiplicado por infinito es infinito. Si multiplicas dos por infinito, obtendrás un valor infinito, lo mismo que si multiplicas cincuenta o el noventa y nueve con nueve del uno por ciento. La probabilidad de la existencia de Dios no debía entrar en el razonamiento, porque no afectaba la recompensa; no la afectaba, si estábamos hablando de goces infinitos. Era como apostar en una carrera donde por cada caballo se pagara lo mismo,

independientemente de los antecedentes que tuviera o de la cantidad que apostaras. Ya fuera un mulo o un campeón, ya fuera que apostaras un dólar o diez mil, el premio era siempre exactamente el mismo. Aunque la probabilidad de que Dios existiera fuera mínima y remota, tenías que apostar por Él, porque el premio era infinito.

Tal como yo lo veía, el problema con la apuesta de Pascal no eran sus matemáticas, sino su aspecto moral. O su falta de moral. Esa apuesta suya eludía los asuntos más peliagudos. La cuestión no era si debías poner tu dinero aquí o allí, apostando por las arpas y la felicidad eterna, o por los tridentes y los asadores girando lentamente sobre las ascuas. La verdadera cuestión era saber si Dios existía y si eso importaba. Y en caso de existir, si merecía nuestra fe. Era preciso abordar esa cuestión. Drácula no recorría el mundo en busca de víctimas por su propia iniciativa. Dios se lo permitía. Aun así, el oscuro conde requería una estaca en el corazón, pero quien tenía que responder por él era su creador. ¡Un ser capaz de crear a Drácula! Quizá fuera él contra quien debíamos armamos de ristras de ajos, ¿no?

En cualquier caso, yo no estaba muy seguro de que fuera posible decidir creer en algo, y menos aún en Dios. La fe no me parecía algo que se pudiera elegir. Quizá este mundo nuestro fuera un campo de pruebas, una manera de comprobar nuestra buena disposición o nuestro valor. Tal vez fuera una arena para que lucharan los leones. De ser así, me parecía que la duda honesta era más honorable que la fe de un corredor de apuestas en las probabilidades.

En el fondo, la apuesta de Pascal venía a espolear nuestro interés egoísta. Y eso no era malo porque, después de todo, el interés egoísta era una actitud mental racional. Pero ¿no tenía que ser muy estúpido Dios para dejarse engañar de ese modo? Si había alguien capaz de mirar en lo más hondo de tu corazón y descubrir los fríos cálculos que habías hecho, ese alguien era Dios. ¿Y qué pasaría entonces? Estábamos hablando de un sujeto que había sido capaz de transformar a una mujer en estatua de sal, sólo por mirar de reojo hacia atrás.

Dios era dado a las apuestas, si creíamos lo que nos decía la Biblia. Miren lo que le hizo al pobre Job, a raíz de una apuesta sin importancia con el diablo. También era un pésimo perdedor. Prefería inundar todo el mundo o permitir que clavaran a su hijo único a un madero, antes que cambiar por sí mismo el corazón de los hombres. No, yo no podía creer que a Dios le divirtiera mucho que lo tomaran por tonto. Y menos aún que lo hiciera un francés.

El doctor Boltzhurst seguía hablando a todo volumen; a él la señora Mabel nunca lo mandaba callar. Al parecer, acababa de volver de atender una llamada de urgencia en el matadero (que algunos llamaban *abattoir*, preciosa palabra francesa que habría descrito mejor un salón femenino con perfumes y cortinas de encaje, y no un lugar de

entrañas y carne troceada). Por lo visto, le habían encargado que mantuviera con vida a las reses más enfermas el tiempo suficiente para que pudieran sacrificarlas correctamente. Después de todo, las vacas muertas no se podían sacrificar. Boltzhurst, que era la clase de hombre capaz de empezar una discusión en una habitación vacía, se estaba quejando en ese momento de la falta de rigor científico en las plantas envasadoras de carne de nuestros días, y lo estaba haciendo pormenorizadamente. Cansado del tema, el cura desvió la atención hacia mí y estiró el cuello para ver el libro que yo estaba leyendo.

—Veo que nuestro joven visitante está leyendo a Pascal.

Parecía complacido con lo que veía, del mismo modo que a algunos les complace ver osos montados en monociclos.

Intenté no prestarle atención, pero él arrastró consigo al doctor hasta el extremo de mi mesa y me obligó a aceptar su conversación como un apretón de manos que yo no hubiera querido darle. Yo estaba de mal humor, porque Rebecca todavía no se había dejado ver y el calor en mi mano estaba empezando a desvanecerse. Lo último que necesitaba era un cura espiando por encima de mi hombro. Pero no podía desairar al padre Augustus, por ser un hombre de Dios, aunque fuera papista y por lo tanto indigno de mi confianza.

—¿Disfrutas leyendo a monsieur Pascal? —preguntó.

Yo hice un gesto afirmativo.

—¿Eres capaz de seguir las sutilezas de su argumentación? Asentí.

—¿Y cuál es tu veredicto?

—Tiene sus fallos —dije.

El cura sonrió con ese aire benigno que tienen los párrocos y que seguramente practicarán delante de un espejo.

—Puede que así sea —admitió el padre Augustus—, pero aun así las conclusiones de Pascal son válidas. Debemos elegir a Dios.

—¿Porque es la mejor apuesta?

—No, hijo mío. Debemos elegir a Dios porque es la historia más bonita.

La historia más bonita, chúpate ésa. Después se recostó en la silla, convencido de su propio ingenio, que parecía confundir con la sabiduría.

Yo no habría podido imaginar nada tan —intenté buscar una palabra menos desagradable que «tonto»— nada tan *ingenuo.*

—¿Elegir la historia más bonita? —dije—. ¿La más bonita? ¡Pero si eso es otra vez la apuesta de Pascal!

Y lo era. En una versión debilitada y aguada.

—Es... es una ingenuidad —añadí.

Eso pareció echarlo atrás.

—¿Una ingenuidad?

—¿Por qué no creer también en las hadas? —pregunté—. Ésta

también sería una historia muy bonita, ¿no? Me parece una forma muy tonta de elegir una fe. Y bastante triste.

—Eres un jovencito muy reflexivo —dijo el padre Augustus—, pero no debes dejarte sabotear por el pensamiento. Recuerda que Pascal no intenta demostrar que Dios existe, sino únicamente traer de vuelta al redil a los corderos descarriados, acercarlos al Señor.

—¿Corderos?

—Los descarriados. Los que viven atormentados por la duda, los que quizá no han visto brillar con suficiente claridad la verdad divina. Pascal sólo pretende hacerles considerar la posibilidad de Dios.

—¿Qué Dios?

—¿Qué Dios? ¡El único!

—Pero ése precisamente es el problema, ¿no cree, padre? No es una carrera con dos caballos. —Yo había leído acerca de algunas de las religiones del mundo en las muchas tardes que había pasado en la biblioteca y sabía que la oferta era amplia—. Cuando hacemos nuestra apuesta, padre, tenemos cientos de caballos de donde elegir. Están los hindúes, los mahometanos, los anabaptistas y los mormones. Están los indios del peyote y su dios. También habría que adorar al coyote, por si acaso. Están los persas, los turcos, los africanos. Los esquimales y las tribus de las junglas de Madagascar. Hasta el loco más loco, encerrado en una celda acolchada y convencido de que el Señor le habla a través de una grieta en una muela, podría tener razón. Las probabilidades son terriblemente pequeñas, desde luego, casi infinitesimales, pero las probabilidades no importan, ¿verdad? No importan, cuando la recompensa es infinita. ¿Y qué hay de las religiones que murieron hace tiempo? Odin, Tor y todos esos dioses escandinavos que aparecen en los cuentos, esos que las madres leen a sus hijos antes de dormir. Nadie se cree esas historias. Ya no. Pero eso no significa que no sean ciertas. Quizá le hayamos dado la espalda a la verdad hace mucho tiempo. Quizá la verdad siempre haya sido Zeus u Odín.

—Un momento, un momento...

—A mí me parece, padre, que hay que apostar por las obras completas, construirle un templo a este dios y también a aquél, cubrir todas las posibilidades... Y ni siquiera eso sería suficiente. Porque ¿qué pasaría entonces con lo de «no tendrás otro Dios»? Ahí ya nos metemos en problemas, ¿no cree? Me parece a mí que muchos dioses son excluyentes por naturaleza. ¿Qué pensará el Dios de los mahometanos si nos presentamos diciendo: «¡Oh, sí, siempre he creído en ti, pero aposté también por los dioses de los hindúes, por si acaso! ¡Sin rencores!»? ¡Imagine los truenos que vendrían después de eso! Probablemente hay un círculo más profundo en el Infierno, especialmente pensado para la gente que intenta asegurar la apuesta. Una vez vi un dibujo de una diosa que tenía un millar de brazos y

danzaba sobre cráneos humanos. ¿Cómo explicarle a una diosa como ésa la estrategia en la elección de religiones? ¿También hay que apostar por ella?

—Jovencito, Pascal no está hablando de lunáticos ni de gente que adora a los coyotes —dijo el padre Augustus, levantando cada vez más el tono de voz—. Está hablando de la única fe verdadera.

—Sí, padre. Pero ¿cuál es esa fe? ¡Hay tantas!

Ahora estaba enfadado. Tenía las mejillas encendidas.

—La fe de Abraham, de Isaac...

—¿La fe judía?

—¡Déjame terminar! La fe de Abraham, de Isaac y de Nuestro Señor Jesucristo, ahora y siempre. ¡De esa fe habla Pascal! ¡No de los hindúes ni de los paganos!

—Ya veo. Entonces no era una apuesta limpia; estaba arreglada desde el principio. A eso le llaman «amañar una carrera», padre, y tengo entendido que es ilegal.

El doctor Boltzhurst nos miraba con una sonrisa divertida.

—Lo ha pillado, padre.

El cura hizo una profunda inspiración, forzó una sonrisa y me dijo:

—Imagina que encuentras un reloj en el desierto...

Pero lo paré en seco. Ya había leído al archidiácono Paley y sabía lo que venía después. No era mejor que la apuesta de Pascal, ni que la versión aguada de la misma que el padre Augustus había intentado colarme antes.

—Tiene razón, padre —dije—. Si encuentro un reloj en el desierto, deduzco que alguien lo habrá fabricado. Pero también querré saber por qué lo ha tirado. ¿Estará roto? ¿Lo habrá perdido? Tal vez se lo hayan robado. En cualquier caso, el reloj no nos dice nada acerca de quién lo ha fabricado. No nos dice si su fabricante fue un hindú, un borracho o un comité de arcángeles. No nos dice si ha sido un dios o muchos. Es posible que el relojero sea una mala persona. O un artesano torpe. No sabemos si el fabricante del reloj aún vive. Puede que haya muerto hace mucho, muchísimo tiempo. Encontrar un reloj no nos dice mucho, después de todo, ¿no cree?

El doctor Boltzhurst se apresuró a intervenir:

—¡Efectivamente, muchacho! Es la razón, no la fe ciega, lo que...

—¿Ciega? —dijo el cura.

—Padre, simplemente quiero decir...

—Sólo la fe en los ídolos es ciega. La ciencia no puede...

—Ése es otro ámbito, padre.

—¡Un ámbito peligroso!

—Sólo la lógica y el método científico son capaces...

—¡La lógica también puede llevar a los hombres a la perdición!

Siguieron discutiendo entre ellos y se olvidaron de mí, lo que me pareció estupendo. Estaba pensando en largarme de puntillas, cuando la señora Mabel se abalanzó sobre nosotros. Me echó una mirada.

—¿Los está molestando este chico, caballeros? Puedo decirle que se vaya, si quieren.

—No, no —protestaron los dos, que no querían verme marchar mientras aún pudieran disputarse mi alma.

—No ha sido mi intención ofenderlo, padre —dije, sin estar muy seguro de lo que quería decir.

El cura sonrió. Estaba entrenado para perdonar y aún no estaba dispuesto a darse por vencido.

—Dios tiene un plan para todos nosotros, hijo mío.

Me apoyó una mano sobre el hombro y apretó. Los ojos le brillaban como solían brillarle a mi padre después de una sesión nocturna de fantasías sobre Drake.

—Debes tener fe, fe en unos designios superiores, en un propósito superior. Eres un espíritu atormentado, lo veo. Sólo Dios puede apaciguar tus miedos.

Me encogí de hombros para quitarme su mano de encima.

—Me uniré a su rebaño, padre, si puede contestarme a una pregunta.

Se le ensanchó la sonrisa.

—Por supuesto, hijo, la que tú quieras.

—Su iglesia, como las otras del pueblo, tiene un pararrayos en el tejado, ¿verdad?

Él asintió.

—¿Por qué?

Tan pronto como había surgido, su sonrisa se esfumó. El padre Augustus ya ni siquiera volvió a molestarse en fingir que sonreía. Me miraba como si hubiera en mí algún truco que no acababa de localizar.

Debería haberlo dejado ahí. Tendría que haberme marchado después de desearles buenas tardes. Pero no me dejaron. Para el padre Augustus, yo era un tuerto. Para el doctor Boltzhurst, un trofeo.

—¡Reconózcalo! —gorjeó el bueno del doctor—. ¡El muchacho ha podido con usted!

Después se inclinó hacia mí, hasta situarse incómodamente cerca, y me dijo:

—Dime, hijo, ¿has oído hablar de la tecnocracia?

El cura levantó la vista al cielo.

—¡Ya estamos otra vez!

—La tecnocracia forma parte de un movimiento… que busca la certidumbre lógica. Es un movimiento dirigido al conocimiento puramente científico, una forma de librar al mundo de ritos y

abracadabras.

—¿Abracadabras?

—Lo digo sin la menor intención de faltarle al respeto, padre —dijo el doctor, aunque no sé de qué otro modo hubiese podido tomárselo—. Toda religión es un galimatías de abracadabras —añadió, para aclarar su punto de vista—. No sólo la suya. La tecnocracia —prosiguió el doctor, volviéndose hacia mí— busca unificar las ciencias. Despejar ambigüedades. Es una forma moderna de pensar. Lo que necesitamos es una ciencia unificada, una especie de enciclopedia que haga confluir todas las ramas del saber.

—¡Ese libro ya existe! —protestó el cura—. ¡Es la Biblia!

El doctor no le hizo caso y mantuvo su atención centrada en mí.

—Debemos aplicar el rigor científico a nuestro pensamiento.

No podemos confiar en fábulas ni en las historias de la Biblia. Todo ese asunto: la ética, la moral, todo eso... no es expresión de los hechos, sino de unos sentimientos. No describe al mundo tal como es, sino únicamente nuestra reacción ante él.

«Lo que no puede medirse no es científico. Y lo que no es científico carece de sentido.» Creo que estaba citando sus propias cartas al director.

Todo muy bonito y muy bien, pero a mí me parecía que las cosas que se podían medir solían ser precisamente las que no merecía la pena medir. Quise decírselo al bueno del doctor. Quise decirle que sí, que seguramente todo sería más simple si la vida fuera un mecanismo de relojería que pudiera reducirse a unas cuantas reglas, pero no era así. Podías preguntarte por qué alguien había tenido que morir y la respuesta fácil era decir que ese germen microscópico había desencadenado aquella reacción, que a su vez había conducido a esa enfermedad. Pero eso no respondía a la pregunta. Había un porqué más grande acechando detrás de cada problema. Y al final por qué más grande de todos era el que siempre podía contigo.

Podía arreglármelas para meter en la tronera la bola ocho. Podía encontrar la manera de hacer funcionar un montacargas atascado en las minas de sal. Lo más difícil era encontrar la forma de eludir las bragas de Rebecca. Y sospecho que eso es algo que Galileo nunca puso a prueba. La ciencia describe bien el mundo. Hace maravillas con las bolas de billar y los motores de combustión interna: los resultados hablan por sí solos. Pero las bolas de billar y las represas no son lo que nos impide dormir por la noche, ¿no?

Yo sabía adónde nos conducía la tecnocracia de Boltzhurst.

—¿Usted es el que escribe esas cartas, verdad? —dije—. ¿Las que hablan maravillas del nacionalsocialismo?

El doctor sonrió modestamente al ser reconocido.

—En efecto —dijo—. ¿Las has visto?

—Ya lo creo —dije—. Mi padre las usa para rellenar las grietas de la puerta del retrete. Dice que son perfectas.

Y ahí se acabó todo.

Ninguno de los dos volvió a dirigirme la palabra, lo que para mí ya estaba bien. Me quedé en mi mesa, mirando la puerta por ver si venía Rebecca, pero no apareció.

«Cuando tienes un martillo, siempre encuentras clavos.» Era un dicho de Saint Kilda y se me antojaba bastante acertado. Mientras yo leía y esperaba, esperaba y leía, el doctor y el cura continuaron su debate, discutiendo en voz alta sobre qué fines correspondían mejor a qué medios, y quién se estaba engañando y quién no, martillando ambos los clavos que ellos mismos colocaban.

Y mientras tanto, las botas de la guerra estaban cada vez más cerca.

Dieciocho

PARA entonces, yo estaba haciendo tumos regulares en la mina, del anochecer al alba —«de oscurecido a amanecido», como decían—, y varias veces me presenté tarde en el portón por demorarme en la biblioteca hasta el último momento, con la esperanza de que apareciera Rebecca. Y un buen día —quién me lo iba a decir—, estaba yo saliendo del pozo al final de mi tumo, con la piel cubierta de cristales de sal y las cejas tan endurecidas que casi crujían, y ahí estaba Becky, esperándome en el portón, con los ojos rojos de tanto llorar. Me devolvió el broche para el pelo de cinco dólares, me lo puso en la mano y con la voz llena de tristeza me dijo:

—No puedo volver a verte nunca más, Jack McGreary.

Y se dio la vuelta, y al darse la vuelta, echó a correr, y corrió, arrastrando una estela de sollozos.

Yo la habría perseguido. Debería haberlo hecho. Pero tenía las botas y el espíritu agobiados por el peso de la sal y el cansancio. Después de un turno de diez horas, casi no podía reaccionar, ni menos aún perseguir a nadie.

«No puedo volver a verte nunca más.» Cuando lo dijo, yo asentí, como si lo comprendiera. De hecho, lo comprendía. Mi padre tenía un De Soto. Yo trabajaba en la mina. ¡Ni siquiera yo mismo habría querido estar conmigo! Ese día fue largo el camino a casa.

Soñé que rescataba a Becky, pero no estaba seguro de qué. Había leído que una vez, en la época de Carlomagno, un caballero había llevado a su amada en brazos por la nieve, andando hacia atrás, para dejar una sola pista de huellas que conducía en la dirección opuesta al lugar de su encuentro. Yo nunca había visto la nieve. La imaginaba como la sal, sólo que más suave. Allí en los Flats, la única posibilidad habría sido andar hacia atrás por los llanos, con Rebecca en brazos, en pleno calor.

Después de eso, ya no volví a la biblioteca, porque no quería darle a la señora Mabel la satisfacción de impedirme la entrada. Durante un tiempo esperé en la acera de enfrente, bajo un toldo, a que Becky apareciera, pero nunca apareció.

Fui muchas veces al Palace, a la sesión matinal y a la nocturna, esperando verla aunque sólo fuera fugazmente. Tampoco allí se presentó, y yo me quedaba solo, en la oscuridad intermitente, mirando los noticieros de *La marcha del tiempo*, con manchas de tinta que se extendían sobre el mapa de Europa. Al otro lado del océano, el general Franco había entrado en Madrid y anunciado «una nueva era de orden». En Italia, Mussolini estaba concentrando sus tropas frente a

Albania.

Mi padre decía que se acercaba el día de la verdad.

—Ya viene, hijo. La suerte está echada. Tú puedes hacerlo. Vete al norte y enrólate en el ejército británico.

Pero por mucho que lo intentara, yo no podía aceptar que tuviera ninguna deuda con nadie. La única batalla digna de ser librada habría sido la que me hiciera atravesar aquella fina capa de tejido de algodón, y ésa, por lo visto, ya estaba perdida. ¿O no?

—¿Qué, amigo? ¿Te ha mordido una ardilla?

Ése era otra vez Jorge Gaos, en los billares de Harry.

—¡Mujeres! —dijo.

Una sola palabra, que resumía el problema y la solución, la causa y el efecto, envuelta y atada con un par de signos de interrogación. ¿Mujeres?

—No sé qué hacer —repliqué.

En ese momento, estábamos apostando por una cuestión de física elemental. O por la falta de nociones de física, en el caso de Jorge. Él ya no quería jugar al billar conmigo por centavos, porque siempre perdía. En lugar de eso, estábamos apostando por algo que parecía mucho más sencillo: que Jorge era incapaz de derribar un cigarrillo con la bola tiradora.

Yo había puesto de pie en la mesa uno de los cigarrillos de Jorge (con mucho cuidado y sin encender, para que el gordo de detrás de la barra no tuviera que preocuparse por el paño) y le había colocado alrededor tres bolas de billar: una delante y dos atrás, perfectamente en contacto. Lo único que tenía que hacer Jorge era dispersarlas con la bola blanca y derribar el cigarrillo, y entonces yo pagaría la siguiente ronda. Yo no tenía dinero, pero eso no me inquietaba. No tenía pensado perder la apuesta.

Era algo que siempre me había llamado la atención cada vez que me tocaba a mí abrir el juego: el modo en que la fuerza de la bola tiradora se bifurcaba, repartiéndose entre las bolas de atrás. Mientras las bolas que rodeaban al cigarrillo estuvieran en estrecho contacto entre sí, el impacto se repartiría siempre alrededor del cigarrillo, por muy violento que fuera el golpe. De hecho, cuanto más violento, mejor. Jorge y los otros tipos que me aceptaron la apuesta podían golpear la bola tiradora invirtiendo en ello hasta la última gota de su hombría y ni aun así conseguirían derribar el cigarrillo. Física elemental, en realidad. Y claro está, ya llevaba cuatro rondas ganadas.

Entonces subí la apuesta. Miré alrededor de la mesa y dije:

—Acepto un dólar de cada uno de vosotros. Pago diez a uno a que yo sí puedo derribarlo.

Cuatro de los amigos de Jorge pusieron un billete encima del paño. Yo no tenía cuarenta dólares, pero eso no importaba. Coloqué

las bolas, hice el tiro y derribé el cigarrillo.

—¿Cómo lo has...? ¡Ah, sí! ¡Ya lo sé! —dijo Jorge—. ¡Magia!

Eso, y la precaución de haber dejado esta vez una ligerísima separación entre la bola delantera y una de las traseras, tan ligerísima que apenas se veía, pero suficiente para evitar que la fuerza del impacto se desviara en su totalidad alrededor del cigarrillo.

Recogí mis ganancias. No era mucho, pero por algo se empezaba. No sabía cómo recuperar a Rebecca, pero estaba convencido de que el dinero iba a ser parte de la receta. Siempre lo era.

—¿Quieres un consejo? —me dijo Jorge—. Llévala a un sitio divertido. Evita las conversaciones serias. Llévala a un lugar... despreocupado.

—A la feria —sugirió uno de sus compadres.

Jorge se lo pensó un momento y expresó gravemente su aprobación:

—¡Claro! La feria está en el pueblo. Llévala a las casetas de los juegos. Hazla reír y sonreír, hazla dar vueltas entre las luces hasta que olvide que alguna vez tuvo un problema, hasta que prometa que estará contigo... y sólo contigo.

—No puedo —dije—. Su madre no la deja salir.

—Entonces, amigo mío, tendrás que regalarle algo muy bonito. Algo grande.

¿Otro broche para el pelo de cinco dólares? Ya me había devuelto el primero. Además, yo debía dinero a la tienda de la compañía. De no haber sido por la calderilla y el billete ocasional que conseguía exprimirle a Jorge y los otros chicanos, no habría tenido ni para comprar zapatos.

—No tengo dinero para comprarle nada bueno —dije—. Ni siquiera algo pequeño.

—¿Comprarle? —dijo Jorge—. ¿Quién ha hablado de comprar? Comprar no. Ganar. ¡Mírate los brazos! Podrías romper un cántaro de leche con una bola de béisbol. ¿No has visto las casetas? Hay juegos de fuerza y habilidad *—Juegos de fuersiabilidá*, en palabras de Jorge—. Ve a la feria. Busca el premio más grande que cuelgue del gancho más alto y gánalo para ella. ¡Gana ese premio y ganarás su corazón!

Eso último fue lo que se llama una «falacia lógica», una confusión de términos, un falso paralelismo. «Ganar» un premio no era el mismo «ganar» que se usaba referido al corazón de una chica. Yo lo sabía. Había leído un poco de lógica antes de empezar con Pascal. El grito de guerra de Jorge se basaba en una falacia. Yo lo sabía, pero no me importaba. Hay momentos en los que una falacia es lo único que tienes.

Diecinueve

NO LLEGUÉ a lanzar ninguna bola de béisbol y les diré por qué. Estaba amañado. Todo el asunto, de principio a fin.

¿El plan que había preparado con Jorge? ¿El que consistía en derribar cántaros de leche en la feria y enviarle después una nota secreta a Becky, pidiéndole que se reuniera conmigo en el callejón de detrás de la tienda de Sukanen, a la romántica luz de la Luna, y presentarme cargado de regalos que habría ganado para ella y que pondría a sus pies como si fueran rosas, para que ella se arrojara a mis brazos nada más verlos? ¿Ese plan? Levantó el vuelo como el avión de Lindbergh y se estrelló como el *Hindenburg*.

La feria se había instalado en los límites del pueblo, donde el sol poniente volvía rojo sangre el suelo arcilloso y las colinas bajas se perdían a lo lejos entre artemisas y sombras alargadas. Ahí fuera, al borde de ese vacío profundo, la compañía Hermanos Robbins S. L. había montado una caravana de luces y campanillas.

El paseo central era un bullicio de atracciones, con organillos de manivela y ristras de bombillas eléctricas, como luciérnagas secándose en un tendedero. Los generadores zumbaban. La multitud iba y venía, y por todas partes rezumaba un aroma espeso a palomitas dulces y manzanas confitadas, a mantequilla y cerveza de malta. Compré por cinco centavos una nube de algodón de azúcar metida en un cucurucho de papel, una nube rosa que se disolvía en una dulce arenilla transitoria cada vez que intentaba morderla.

—¡Es como comer aire! —se maravilló una chica que pasó a mi lado, deshilachando trozos con los dedos.

¡Y yo sin nadie con quien compartir ese aire!

En el ruidoso desorden de la feria, no tardaron en surgir algunas pautas definidas. Aunque parecía un caos, había cierta lógica implacable en acción. El paseo central formaba una amplia avenida, con casetas a los lados y mesas en el centro. Se podía ir en cualquier dirección al entrar, pero todos giraban a la derecha, probablemente por la costumbre de conducir por ese lado de la carretera, o quizá porque la mayoría de la gente es diestra. Los pocos zurdos que entraban seguramente seguirían la corriente. Yo, como soy ambidextro, puedo escribir igual de bien con las dos manos. No es algo que haya aprendido, sino simplemente una habilidad que tengo. Así está hecho mi cerebro.

Intenté girar a la izquierda por el paseo central, a mi manera ambidextra, pero enseguida descubrí que estaba andando a contracorriente, de modo que di la vuelta y volví al principio. Empecé

por las atracciones para toda la familia: un estanque con peces, un paseo en burro y después la noria, con sus caballitos con rigor mortis y sus sortijas de latón. Después venían los juegos de menos habilidad: lanzar monedas y arrojar dardos. A medida que avanzabas, las apuestas subían. Aparecieron las mesas de ruleta y de veintiuna, y los clientes mejor vestidos. Si te quedabas un rato, veías billetes de veinte dólares cambiando de manos, aunque la corriente parecía fluir siempre en la misma dirección. Reconocí a varios propietarios de las tiendas del pueblo, a un empleado de banca y también a uno de nuestros jueces. Empezaban con sonrisas satisfechas, seguros de superar en ingenio a los incultos feriantes que tenían delante, y salían tambaleándose, menos de diez minutos después, con los bolsillos vacíos y el orgullo herido. Igual que ellos, Pascal también se creía más listo que Dios, supongo. Y no podíamos saberlo, pero quizá Dios fuera el feriante más grande de todos; nosotros no dejábamos de apostar en su mesa, cada vez más preocupados, a medida que íbamos comprendiendo, poco a poco, que el juego estaba amañado. Quizá el juez en la mesa de veintiuna y la viejecita en la iglesia estuvieran cortados con la misma tijera.

Había incluso una sala de los espejos, todos ellos manchados, borrosos y torcidos. Anduve a través de un laberinto de mis propios reflejos. Debía de ser una auténtica tortura envolver todos esos espejos en material acolchado para transportarlos y no me pareció que los cinco centavos de la entrada fueran suficiente compensación. Por eso sospeché que la verdadera razón de los espejos era desorientarte, desviarte la mente de su objetivo.

La estrella de las atracciones del paseo central era el Coche de la Muerte, que atraía al público más nutrido y entusiasta. Las palabras «9.14 HORAS DEL 23 DE MAYO DE 1934. GIBLAND, LUISIANA» destacaban pintadas en rojo chillón, como si importara cuándo habían muerto, o dónde. En el exterior había fotografías truculentas de Bonnie Parker y Clyde Barrow, desplomados uno encima del otro; pero para pasar más allá de la cortina, había que pagar. Yo pagué mis veinte centavos y entré.

Una pena de coche desperdiciado. Un Ford V8 Desert Sand coupé, color ocre. Un hermoso automóvil, que estaba allí, lleno de agujeros. En total, ciento siete balas alcanzaron el vehículo. Ésa sí que fue una emboscada. Todo el coche estaba acribillado a balazos, y la gente apartaba a los demás a codazos para poder echarle una mirada decente, detrás del cordón de terciopelo.

—¡Así termina una vida consagrada al delito! —decía el animador del Coche de la Muerte, con el sombrero panamá echado hacia atrás y la cara pegajosa de calor—. ¡Una potente descarga del brazo de la ley puso fin a la balada de Bonnie y Clyde!

Había otros tres automóviles auténticos de Bonnie y Clyde recorriendo el suroeste del país por esa misma época, según me dijeron, pero la mayoría del público opinaba que el auténtico Coche de la Muerte de los Hermanos Robbins era de calidad superior.

—Mucho mejor que el Coche de la Muerte que vimos el año pasado en Santa Fe, ¿verdad, cariño? —dijo una señora de mediana edad, claramente aficionada a las atracciones de feria—. Los agujeros de los balazos son más limpios.

Su marido le dio la razón. En efecto. De todos los coches de la muerte genuinos y certificados que circulaban por ahí, el de los Hermanos Robbins estaba mucho más logrado en los detalles.

—¡Qué te voy a decir! —replicó el hombre—. El que vi en Topeka el año pasado ni siquiera era ocre, sino marrón tostado. ¡Esas cosas se han de cuidar!

Por la cabeza me pasó una imagen: yo abriendo de un puntapié la puerta mosquitera de la casa donde vivía Rebecca en lo alto de la colina, disparando al aire, agarrándola de la mano, liberándola y huyendo los dos de Paradise, a toda velocidad por la carretera, con la policía pisándonos los talones, y ella que se aferraba a mí y me decía:

—¡Prefiero morir a vivir sin ti!

Pero no iba a ocurrir. Podía imaginarme a la madre de Becky, con los brazos en jarras, diciendo:

—La niña no va a ninguna parte, ¡y menos contigo! ¿Y quién va a arreglar el estropicio que has hecho en el techo con todos esos balazos? ¿Eh?

Becky no tenía pasta de proscrita, o al menos eso me temía yo, y lo único que habría conseguido yo con mi comportamiento habría sido parecer todavía más un fracasado que de costumbre.

Más allá del Coche de la Muerte, en el tramo más alejado de la feria, había menos iluminación y las casetas estaban más espaciadas. Era el rincón de los fenómenos y los espectáculos de variedades, con cuadros artísticos donde solían aparecer señoritas que reproducían obras de arte famosas, la mayoría de ellas en algún grado de desnudez. Los pintores franceses eran particularmente apreciados, por su notoria tendencia a colocar señoras ligeras de ropa junto a las cestas para el picnic.

Después estaba el Hombre Tatuado y, un poco más allá, la Mujer con Piel de Serpiente, «¡capturada en las junglas más oscuras de la Amazonia!». A continuación venían las máquinas de diapositivas a un centavo y el Ballet de Venus. Allí un sujeto podía meterse en una cabina, dándose aires de seguridad al caminar. Allí cualquiera podía deslizarse fácilmente, sin que nadie lo notara, como si hubiera entrado por accidente.

Como me atraían los rincones oscuros y aún ansiaba ver un poco

más de las formas femeninas, pagué nada menos que cincuenta y cinco centavos para asistir a una función de la señorita Isabella, «reina del cancán de París, emperatriz de la zanfonía e iniciada en las artes de las geishas orientales». (Francia, Alemania y Japón de una tacada. ¡Toda una trotamundos, nuestra Isabella!) El cartel de la puerta rebosaba vigorosa sensualidad: una fila de señoritas con faldas de volantes, levantando las piernas al unísono con la misma perfección de los ejércitos que marchaban al paso de la oca. Dentro, entre el hedor a heno y sudor, había una sola Isabella, una mujer de pecho generoso y maquillaje abundante, que nos enseñó los calzones a los sones de un órgano, en una danza desganada, acabada en un triste y solitario «¡Oh-la-lá!». Después, Isabella se deslizó entre unas cortinas laterales y los hombres se pusieron a la cola, a la espera de su tumo para una actuación privada de «la princesa de Montmartre», «la doncella de Munich», «la concubina del Emperador de Jade», a cuatro dólares la visita. Me pareció mucho pagar, para ver más de cerca unos calzones, que después de todo también se podían ver gratis en la cooperativa de ropa femenina.

Cuando salí, vi a la Mujer con Piel de Serpiente Sentada en un cajón, dando una larga calada a un cigarrillo. Me recordaba mucho a nuestra vecina del final de la calle, la que padecía un grave eccema. La Mujer con Piel de Serpiente tenía un aspecto mucho peor y parecía como si le picara mucho más, pero nadie parecía decepcionado al salir de su espectáculo. Era un poco como el efecto placebo, supongo. Si decidías entrar a ver a la Mujer con Piel de Serpiente capturada en las junglas más profundas de la Amazonia, entonces ibas a ver como fuera a la Mujer con Piel de Serpiente capturada en las junglas más profundas de la Amazonia. Importaba poco que el cartel de encima de la entrada mostrara a una joven bien formada, completamente en cueros y atrapada en la red de unos cazadores, con un pecho casi a la vista, mientras que en realidad la señora allí sentada era una pobre mujer de cara demacrada y piel enferma.

«¡la feria de Norteamérica!», se leía en los cartelones tendidos sobre el paseo central, que el viento tensaba como la cuerda de un arco. Viniendo del rincón oscuro, de regreso al lado izquierdo, las luces más brillantes eran casi un alivio y te animaban a desprenderte rápidamente de tu dinero, mientras buscabas la salida.

Era el momento de ganar el corazón de Rebecca.

El paseo central rebosaba de premios. Colgaban como racimos de uvas de cada gancho, en cada juego de cada caseta: animales de peluche de todas las formas y colores, bebés pelones Kewpie con cabezas deformes y bulbosas, y más arriba, en las estanterías del fondo, radios majestuosas y modernos gramófonos. Un auténtico cuerno de la abundancia. Y todo eso, a tan sólo cinco centavos y un

tiro afortunado.

El parloteo de los animadores se entremezclaba con todo: los olores, los sonidos e incluso el brillante resplandor de las lámparas de arco.

—¡Adelante! ¡Si caen una, caen todas! ¡Tres bolas y todas caen! ¡Vengan a ganar! ¡Ganen a lo grande! ¡Vengan todos!

Los animadores entresacaban jugadores de la multitud del mismo modo que los coyotes atrapan primero a los conejos menos despiertos. Se aprovechaban de la vanidad de los hombres:

—¡Eh! ¡Qué brazos tan musculosos! ¡Tres tiros, cinco centavos! ¡Cinco tiros por diez!

O trataban de provocar su ira:

—¿No? ¿No tiene lo que hay que tener? Ya me lo parecía. Para ganar aquí, hay que ser un hombre de verdad.

O intentaban sacar partido de sentimientos inexpresados:

—¡Una chica tan guapa como ésa se merece un premio! ¡Venga aquí, gánele uno y todos estaremos contentos!

Las parejas de paseo caían con cierta regularidad en las redes de los feriantes; los chicos intentaban hacerlo lo mejor posible, mientras las chicas temblaban, emocionadas por ser la causa de las apuestas. A los hombres con ropa de trabajo los llamaban para las pruebas de fuerza.

—¡Con sólo hundir un clavo, premio asegurado! Martillo estándar. Clavo normalizado. Un golpe y el ganador se lo lleva todo. ¡Vamos a ver cuál de todos ustedes es el más fuerte!

A los chicos flacuchos, intimidados por los clavos y los martillos, los dirigían en cambio hacia los juegos de lanzar monedas, donde podían fingir que meter centavos en vasitos de papel era más o menos lo mismo que asestar un golpe con un mazo y hacer que sonara una campanilla.

Claramente, a mí me catalogaron enseguida como aplastador de clavos y jadeante tocador de campanillas. Los juegos hacia los que me encaminaban los animadores con su frenética cordialidad, que se transformaba en desdén en cuanto veían que no me paraba, eran todos de fuerza.

—Piojo de barraca —decían, cuando yo declinaba la oferta.

Los feriantes trataban a las parejas según cómo caminaran. Si paseaban tímidamente, uno al lado del otro, sin tocarse, los dirigían hacia las casetas más tranquilas: la del tragabolas, la de adivinar el nombre de la canción o Ja de atrapar flores de papel con una red. Ese tipo de cosas. En cambio, las parejas que andaban cogidas de la mano recibían amenazadores desafíos, lanzados a los pies del chico:

—Si no eres suficientemente hombre para derribar latas, ¿para qué puedes servir?

Las parejas que paseaban del brazo, a paso lento y soñador, caían víctimas de las casetas más caras, generalmente por el procedimiento de atacar a la chica:

—Aquí el caballero aún le compra cosas bonitas, ¿verdad, encanto? ¡Para un bombón como usted! Seguramente se merece un gasto de un dólar, ¿eh, señorita? ¿O acaso el caballero cree que ya no hace falta?

Presa del pánico, el hombre no tenía más remedio que apostar a una carrera de caballitos mecánicos, porque para entonces, cualquier cosa que fuera menos que eso ya no habría sido amor.

—¡Juegos de azar! ¡Juegos de ingenio! ¡Juegos de habilidad! ¡Demuestren su fuerza! ¡Demuestren su temple! ¡Esto es la vida, señoras y señores, desarrollándose ante sus propios ojos! ¡El mundo es un escenario y todos somos ganadores!

Los feriantes eran una tropa salvaje y desaseada. Muchos tenían la nariz torcida o una oreja como un repollo, como recuerdo de los perdedores menos comprensivos, supuse. A la mayoría le faltaban dientes; a uno le faltaba un ojo; a otro, un dedo. Me dije que reuniendo las partes faltantes quizá fuera posible montar otro feriante completo. No habría hecho falta preocuparse mucho por encontrar un corazón, por lo que se veía. Eran espíritus endurecidos y supuse que era preciso que lo fueran, para poder dedicarse a pulirles el dinero a unos extraños armados de martillos y bates de béisbol.

Un poco más allá de los juegos de tirar de la cuerda y encestar el balón, estaba la caseta que yo buscaba, la que me había recomendado Jorge: la de los cántaros de leche.

Si derribaba los cántaros, ganaba un premio.

Si ganaba un premio, ganaba su corazón.

Había que derribar tres lecheras de metal de gran tamaño: dos debajo y una arriba. Estuve mirando un rato y casi me decidí a probar suerte. Habría estado dispuesto a arriesgar una moneda, aunque no había visto que nadie ganara. Cuando un cliente se quejó, el feriante volvió a colocar el montón y él mismo lo derribó, sin ninguna dificultad.

—Es todo técnica —dijo—. El tiro no ha de ser ni demasiado fuerte, ni demasiado flojo. Tiene que ir con la fuerza justa.

Y el cliente volvió a intentarlo, primero desde un ángulo y después desde otro, pero siempre dejaba al menos una lechera en pie.

Pero cuando el feriante estaba preparando los recipientes para una nueva demostración, me fijé en los músculos de su antebrazo: cómo se tensaban más con una de las lecheras de metal que con

las otras. Incluso una lechera grande es fácil de levantar si está vacía, pero había una que claramente no lo estaba. Entonces lo comprendí. Uno de los cántaros estaba lastrado. Quizá tenía el fondo

de plomo o una bolsa de arena dentro. Cuando el feriante quería demostrar lo fácil que resultaba derribar el montón, ponía la lechera lastrada encima de las otras. Cuando era un cliente el que tiraba la bola, la ponía en la fila de abajo.

En otra caseta, la de la lotería, la gente lanzaba garbanzos sobre una cuadrícula numerada, intentando sumar combinaciones de puntos, para ganar grandes premios. Siempre se acercaban, pero nunca lo conseguían.

—¡Eh, pareces un chico avispado! —me dijo sonriendo el feriante, cuando me vio curioseando—. Una tirada gratis. ¡Ningún riesgo y diversión asegurada!

Miré la cuadrícula de la lotería y la combinación de números necesaria para ganar. Era matemáticamente imposible conseguirla y así lo dije. La sonrisa del feriante se disolvió. No desapareció, porque nunca había existido. Sus ojos no sonreían.

—Lárgate, muchacho —dijo, y se volvió para seguir llamando a los demás—. ¡Un garbanzo, un premio! ¡Así de sencillo!

Al ver que aún no me había marchado, añadió en voz baja y por la comisura de la boca:

—Ya me has oído. Esfúmate.

A los tontos no les exprimían todo el dinero, al menos al principio. Lo noté enseguida. Preparaban el terreno y los dejaban ganar un par de veces, para atraer más público. Con un montón de gente mirando y una chica del brazo, cualquier hombre se vuelve idiota. Un sujeto es capaz de seguir arrojando la bola hasta convertir el juego en una mortífera espiral descendente. He visto a hombres vaciar toda la cartera en una sola caseta y alejarse después, en silencio.

Hasta los juegos para niños estaban amañados. En el estanque de los peces, había un centenar de pececitos de madera numerados circulando por una corriente de agua, todos boca arriba, para que se viera que todo era legal. Los niños los pescaban con unas cañas y después miraban lo que habían ganado. Los mejores premios eran para unos números que reunían determinadas características: 9, 16, 18, 66, 89 y 98. Esos números se llevaban lo mejor de la caseta: caballitos de madera y casas de muñecas. Pero todos se podían leer de otro modo, vistos del revés. Y casualmente, los números 6,91,81, 99, 68 y 86 correspondían a premios menores: silbatos de hojalata y molinetes de un centavo, que no compensaban los diez centavos que costaba jugar. Incluso cuando ganaban, los jugadores perdían.

¿Quiénes eran entonces los tipos que iban y venían por el paseo central, cargados de enormes muñecos de peluche? Otros feriantes. Veías, por ejemplo, a un tipo flaco paseándose con una chica del brazo, con una jirafa gigante en el otro, y al cabo de un momento

veías al mismo sujeto detrás del Tomado, o en la caseta de las llaves, o en la del hula-hula, o en la de lanzar bolas con efecto. Después te encontrabas a la chica recogiendo las entradas para ver a algún fenómeno o pringada de caramelo en el puesto de las manzanas confitadas.

También me fijé en otra cosa. Noté que los feriantes les daban palmaditas en la espalda a los jugadores de buen carácter, lo que se echaban a reír aunque hubieran perdido y nunca se quejaban. Pues bien, tenían las manos manchadas de tiza. Si seguías a los que habían marcado de esa forma, era fácil verlos recibir más atención que los demás. Algunos animadores saltaban fuera de sus casetas para conducirlos personalmente hacia una mesa, adulándolos y agasajándolos de todas las maneras posibles. «Amigo», los llamaban siempre. Parecía haber un lenguaje secreto en la mancha de tiza y el mensaje que transmitía.

Yo ya casi había renunciado a mi propósito.

Mirando sin prestar mucha atención el juego de ensartar los aros en unas botellas, vi que el ángulo era prácticamente imposible. No podías inclinarte más allá de una línea determinada, pero cuando el feriante enseñaba cómo hacerlo estaba siempre detrás del mostrador y desde allí podía conseguir la trayectoria adecuada. La única forma de ganar era lanzar el aro muy alto, para que bajara casi verticalmente; pero ahí los animales de peluche estaban colgados mucho más abajo que en las otras casetas, por lo que no había ninguna posibilidad de lograrlo.

Pero entonces me dije que quizá hubiera otra manera.

Me acerqué a la caseta y miré otra vez. ¿Y si hacías un lanzamiento bajo y horizontal, con el aro girando sobre sí mismo, como se suele lanzar un sombrero? Si el aro golpeaba una botella de lado, era posible que diera la vuelta y se ensartara.

La distancia era más o menos de un metro y yo podía trazar las líneas mentalmente. Miré los premios que ofrecían, pero no estaba seguro de cuál podría gustarle a Becky. ¿Un bebé pelón? Demasiado infantil. ¿Perfume francés? Demasiado adulto. También tenían lentes de aumento. ¿Le gustaría a ella aumentar las cosas? Sabía que le gustaba la radio y de hecho había una radio entre los premios, pero habría sido bastante complicado ganarla. Al final, me decidí por un animal de peluche. Ganaría un oso para ella. El más grande que pudiera.

Puse veinticinco centavos sobre el mostrador y el feriante me entregó mis aros. Fallé todos los tiros. No era fácil conseguir el giro justo. Mis aros simplemente se estrellaron contra las botellas, uno tras otro, y el feriante sonrió, casi al borde de la risa, y me dijo:

—¡Nunca había visto a nadie que tirara los aros de lado! ¡La idea

es acertar a las botellas por arriba!

Se volvió, haciendo muecas a un público inexistente.

El truco —lo comprendí entonces— era apuntar justo debajo de la boca de la botella. De ese modo, el gollete mantendría al aro en su sitio durante la fracción de segundo necesaria para que se diera la vuelta. Pagué otros veinticinco centavos. Funcionó a la perfección. Pam, pam, pam, pam, pam. Cinco aros seguidos, adelante, arriba y abajo, antes de que el feriante pudiera hacer nada por detenerme.

Cinco aros en la misma botella. El premio máximo. Y el premio máximo era uno de los majestuosos receptores de radio RCA que ocupaban el lugar más destacado de los premios expuestos.

—Creo que me debe una radio —dije.

Por un segundo, el feriante pareció perdido, pero enseguida se recuperó.

—Lo siento, amigo. Imposible.

—He ganado —dije—. He ganado esa radio.

—¿Esta radio? Es sólo de muestra.

Dio la vuelta al cartel que ponía «¡Primer premio!» y allí, del otro lado, en letras pequeñas y desvaídas, podía leerse: «Únicamente con fines de exposición.»

—Verá, para reclamar su premio, tendrá que ir a Sioux City, a nuestra oficina regional para los estados del oeste, rellenar un formulario por triplicado, registrarlo ante notario y pagar los portes. Por adelantado, naturalmente. Mire... —Apartó a un lado los muñecos de peluche que se apilaban en el mostrador y dejó al descubierto una larga lista de normas y condiciones—. ¿Lo ve? Ahí están las reglas.

—Bien —dije—. En lugar de la radio, deme un oso. El grande, el que lleva unas gafas como Teddy Roosevelt.

El feriante sonrió y su sonrisa era la de alguien que lo tenía todo previsto.

—Tampoco puedo hacer eso —dijo—. No sería honesto recompensar una habilidad deportiva como la suya con un premio de menor valor. Va contra las normas. El primer premio es la radio, de modo que tendrá que ir a buscarla a Sioux City. Para que el premio sea válido, hay que registrarlo antes de veinticuatro horas. —Consultó el reloj—. Será mejor que se dé prisa. Además, hay un requisito que consiste en una prueba de habilidad para...

—Deme el oso —dije.

—No puedo.

—Deme el oso o lo cojo yo.

Eso lo cambió todo.

—Piérdete, paleto.

Otros dos feriantes aparecieron de pronto, como si se hubieran materializado de la nada. Se colocaron uno a cada lado del primero,

con los brazos cruzados delante del pecho.

—¿Algún problema? —preguntó uno de ellos.

Tenía una mandíbula hecha para sobresalir.

—No —dijo el hombre de los aros y las botellas—. Ya se iba.

Calculé que habría podido aligerar a mi amigo de los cuatro dientes delanteros antes de que los otros me cogieran, pero pensé que eso no iba a darme el oso para Becky. Tampoco había ningún romanticismo en dejarse vapulear por unos feriantes, por lo que pensé que un par de costillas contusionadas y un ojo a la funerala no iban a ganarme el aprecio de Becky.

El más corpulento de los feriantes, mirándome a los ojos, dijo:

—Tienes cinco segundos, chaval. ¡Fuera de aquí!

Yo di un paso atrás, que ellos interpretaron como el comienzo de una retirada. Vi que relajaban los hombros. Pero no me marché, sino que me puse a mirar los premios... y a la gente que pasaba.

—Hagamos un trato —dije.

—¿Un trato? —Les hizo mucha gracia—, ¿Un trato? —Se echaron a reír—. ¿Qué tienes para ofrecemos, muchacho? ¿Ese mono andrajoso? ¿Tu madre no sabe poner un parche decente a unos vaqueros? ¡Sí parece que te los hubiera remendado un perro tuerto! ¿Qué vas a ofrecemos?

Si hubiera estado con más ánimo de pelea, habría sugerido un trato bastante simple: sus dientes por mi oso. Pero tenía algo más valioso que los puños a mi disposición. Tenía conocimiento.

—Quiero ese oso —dije—, a cambio de mi silencio.

—¿Silencio?

—Vosotros me dais el oso, el de las gafas de Teddy Roosevelt, y yo no me paseo por la feria susurrándole a todo el mundo cómo hacer para ganar el premio máximo en la caseta de los aros. Si me echáis, me quedaré cerca de la entrada, difundiendo la buena nueva. Dentro de nada tendréis la caseta llena de clientes, que harán cola para dejaros limpios. Como ocurrió con los bancos. Tendréis que echar el cierre, supongo. Mi silencio —insistí—. Seguro que vale más que un oso con las gafas de Teddy Roosevelt.

El desdén con que me habían tratado antes había desaparecido, sustituido por frías miradas de odio. El espectáculo era inquietante, pero siempre que me he visto obligado a elegir, he preferido el odio al desdén.

El primer feriante descolgó el oso y me lo arrojó. En la mano, era todavía más grande.

—Ha sido un placer hacer negocios con usted —dije.

Entonces, inesperadamente, el feriante me dio una fuerte palmada en la espalda y me dijo:

—Sin rencores, ¿verdad?

También le dio una palmada al oso. Oí un chasquido, pero no lo relacioné hasta más adelante.

—Disfruta del premio —añadió, y enseguida se dio la vuelta, para dirigirse al público de la feria—. ¡Venga, anímense! ¡Cada aro tiene premio! ¡Así de fácil!

Lo curioso fue que a partir de entonces los otros feriantes dejaron de llamarme. Empezaban a hablarme, pero repentinamente se volvían para dirigirse a otra persona. Sólo más tarde advertí la mancha de tiza roja en el hombro. Y para entonces tenía otras preocupaciones.

El oso se estaba desangrando. Gravemente. Le salía el serrín a chorros por una raja en las costuras. Mientras yo lo sujetaba por la cabeza, él se iba vaciando por detrás. Cuando me di cuenta, ya estaba medio vacío y colgaba fofo, como una manga de viento desinflada.

Volví como una tromba. Había otro sujeto atendiendo la caseta, pero encontré al feriante y sus colegas en el fondo, bebiendo unas cervezas y hablando a voces.

—¡Tú de nuevo! —exclamaron al verme llegar, riendo como de un chiste que sólo ellos entendieran.

—Me rompisteis el oso —dije.

—Demuéstralo.

Entré en el círculo que formaba la luz de la lámpara.

—Quiero otro oso y no me iré de aquí sin él.

Un feriante más viejo intervino entonces, cerrándome el paso.

—¡Vamos, hijo, cálmate! ¡Tranquilízate! —dijo—. Aquí los chicos sólo han querido divertirse un poco. Vuelve mañana y pregunta por el señor Jones, el gerente de la feria. Él te compensará por todas las molestias. Incluso te daremos la radio. No hace falta que vayas a Sioux City, ni nada de eso.

—¿Me da su palabra? —pregunté.

—Mi palabra de hombre —respondió.

¡Demonios, hay que confiar en la palabra de un hombre!

—¿Lo jura por Dios? —pregunté.

—Por Dios Todopoderoso —respondió.

Primero arriba como el avión de Lindbergh, y luego abajo, como el Hindenburg. Así fue. Oh, sí, claro que volví. Al día siguiente. A primera hora. Llevando bajo el brazo la piel del oso desinflado, pulcramente doblada, sólo para descubrir que habían desmontado la feria. Se habían marchado y no quedaba más que el desierto. Nada, excepto jirones de carteles y unos cuantos trozos de entradas rotas, que el viento arremolinaba. Estuve andando entre las rodadas de los carromatos y la basura. Costaba imaginar que una feria hubiera estado allí. Sobre todo el algodón de azúcar...

Sin embargo... aunque me habían timado, echaba de menos las luces. El bullicio y la animación. Y tengo que decir que durante las

breves y relumbrantes horas en que estuvieron allí con su campamento, el desierto fue un lugar mejor, y se quedó más vacío cuando se marcharon.

Quizá fue entonces cuando empezó todo, con el serrín.

¡Ojalá no hubieran agujereado ese oso!

Veinte

VERÁN, lo que ocurrió fue lo siguiente.

Decidí rellenar el oso con golosinas (pastillas de menta y regaliz, corazones y caramelos de cereza, conos de azúcar y caramelos de melaza), para después regalárselo a Rebecca. «Dulces para la más dulce», o algo así. ¿Un oso de peluche relleno de caramelos? Supuse que era imposible imaginar nada más romántico.

Iba a necesitar mucho dinero para rellenar un oso tan grande, aunque fuera a centavo el caramelo. Por eso fui a la tienda de Cyrus Tweed, con la esperanza de hacerme con unos pocos dólares.

Cuando entré en el bazar, estaban cambiando las cosas de sitio. No sé cómo conseguía que cupiera tanto en tan poco espacio. Era como uno de esos puzzles chinos. En aquel abarrotamiento de vidas ajenas, la vajilla de mi madre había desaparecido para entonces detrás de un enorme armario ropero, de modo que al menos no tuve que enfrentarme a eso: ver esos platos amontonados y a la venta, a dólar la unidad.

Un grupo de hombres con ropa de trabajo y gorras de paño estaban luchando para colocar en su sitio otro armario, mientras Tweed los guiaba desde detrás del mostrador:

—Bien... bien... un poco más..., ¡ahí!

—Ah, eres tú —me dijo Tweed cuando me vio—, ¿Has venido a comprar el cepillo? —Se volvió hacia los hombres—. Aquí está el chico de McGreary, dispuesto a cerrar otro de sus grandes negocios.

Los hombres aprovecharon la oportunidad para descansar, enjugándose la frente con los antebrazos, con la respiración agitada por el calor.

—¿Verdad que discutiste conmigo para que te *subiera* el precio? ¿Eh, muchacho?

—Tengo algo que le interesa —dije.

—¿Estás seguro?

—Un grabado —dije—. Llegado recientemente a mi poder.

—Un grabado —repitió él, mientras su interés parpadeaba como una vela dentro de un bote de hojalata—. ¿Qué clase de grabado?

—De cobre —dije—, en altorrelieve. Una miniatura del presidente Lincoln.

—Tendría que verlo para...

—Registrado por el Departamento del Tesoro —dije—. Autenticidad certificada.

Se frotó la mandíbula huesuda y echó una mirada a los operarios, como diciendo: «Ya veréis cómo desplumo a este pánfilo.»

—Tendría que examinarlo, para ver si tiene defectos, determinar su valor…

—Puede comprarlo o no comprarlo —dije—, pero yo quiero una comisión de cinco dólares por traérselo. Por anticipado y no reembolsable. Puede deducirla del precio, si decide comprarlo.

—El chico sabe hacer negocios —dijo Tweed con una carcajada, mientras pulsaba la tecla para abrir el cajón de la caja registradora y sacaba un billete de cinco dólares—. Tengo testigos —me advirtió.

«Yo también —pensé—. ¡Yo también!» Y cogí su dinero.

—Ahora enséñame esa pieza.

Se acomodó en el ojo un monóculo de joyero, para hacer mejor la evaluación.

Y vaya si se le cayó el monóculo, cuando deslicé hacia él sobre el mostrador una moneda de un centavo.

—Aquí tiene —dije—. Una miniatura de cobre del presidente Lincoln, certificada por el Departamento del Tesoro de Estados Unidos.

Los trabajadoras rugieron su aprobación.

Tweed estalló de ira al instante.

—¡Devuélveme esos cinco dólares!

—Un trato es un trato —respondí yo, apretando con fuerza el billete en el puño.

—Voy a recuperar mi dinero —chilló él—, aunque tenga que retorcerte la mano para quitártelo.

Su reacción aumentó aún más el alborozo de los operarios.

—¡No se ponga así, Tweed! ¡El chico lo ha timado con todas las de la ley!

Tweed era un hombre con largos mechones de pelo peinados hacia adelante, sobre un cráneo calvo como un huevo. Ahora esos mechones se agitaban desordenadamente.

—Voy a llamar a la policía —dijo, descolgando el teléfono—. ¡Operadora! —gritó—. ¡Es urgente!

Pero su voz quedó ahogada por las risas.

—Si vienen los polis con las sirenas, tendrá que marcharse del pueblo, Tweed —dijo uno de los trabajadores—. ¿Acaso su orgullo no vale más de cinco dólares? El chico ha sido más listo que usted. Acéptelo como un hombre.

Tweed colgó violentamente el teléfono. Tenía la cara roja como el ruibarbo y los labios pálidos.

—Ha sido un placer hacer negocios con usted —dije, y me marché, dejando que el timbre de la puerta tintineara un poco más fuerte de lo necesario a mi salida.

A menudo me preguntaba cómo haría la Casa de la Moneda para producir monedas de un centavo. Seguro que cada una costaba más

que eso, de modo que la producción no haría más que aumentar la deuda. Por mera suerte, había podido aprovecharme de esa situación. «El muchacho lo ha timado con todas las de la ley.» Eso habían dicho. Y tenían razón.

Mejor aún, yo había tenido éxito allí donde mi padre había fracasado. A cinco dólares por centavo, yo sí que había conseguido un beneficio del cincuenta mil por ciento sobre mi inversión.

Veintiuno

SI EL viento no me hubiera arrastrado a la biblioteca aquel día, si no me hubiera seducido Pascal ni me hubieran cautivado los ojos verdes de Rebecca, si no hubiera ganado ese oso y perdido el serrín, si no hubiera vendido una moneda de un centavo por cinco dólares, no habría estado en la cafetería y tienda de golosinas de Kane, meditando sobre dulces en el mostrador de los caramelos, cuando entró un desconocido con sombrero fedora.

De no haber sido por eso, aún podría estar en Paradise Flats, quizá casado con Rebecca y trabajando de minero, recomprando plato a plato el servicio de mesa de mi madre.

Pero no. Ese día estaba en el mostrador de las golosinas de Kane, tratando de calcular el volumen de la piel de oso que quería rellenar y la cantidad de caramelos que necesitaba para conseguirlo. Las palomitas dulces abultaban más, pero no eran ni remotamente tan románticas como los besitos de chocolate o los caramelos rellenos de crema de canela.

La puerta de la tienda tintineó, como un eco de mi salida del bazar de Tweed, apenas diez minutos antes, y por ella entró un hombre demasiado abrigado para el tiempo que hacía, pero sonriente. Vestía un abrigo chesterfield de paño gris ligero, con cuello de terciopelo, y calzaba unos botines clásicos. Un hombre muy bien vestido, con el fedora de fieltro inclinado en el ángulo justo, con un surco perfecto en el centro de la copa y el ala elegantemente levantada por la parte de atrás. Toda la ropa que yo no tenía, allí, en exposición.

Era un hombre menudo, con el pelo engominado y un fino bigotillo a lo Errol Flynn, pulcramente recortado. Se movía con cierta ligereza —con ingravidez—, como una de esas aves que pueden deslizarse sobre un cenagal sin mojarse las patas. Cogió un par de barritas de chocolate Baby Ruth y miró al propietario con una amplia sonrisa.

—Bonito establecimiento —dijo con voz melosa—. La mejor cafetería del pueblo, por lo que he visto. Estuve antes en la de Bryce y no es ni la mitad de agradable que ésta.

El señor Kane, hinchado de orgullo y de gordura, estaba más que complacido con esa manera de saludar.

—Gracias, señor, muy amable. ¿Qué se le ofrece?

El desconocido apoyó un codo en el mostrador.

—¿Que qué se me ofrece? Unos cuantos acres de tierra, una mujer que me quiera… —dijo, y enseguida sonrió, y el señor Kane se echó a

reír—. Pero a falta de eso —añadió—, me conformo con estas barritas de chocolate.

Sacó un billete de diez dólares.

—Espero no hacer saltar la banca con esto.

—No, en absoluto —dijo Kane, para quien ya era cuestión de amor propio tener cambio de diez.

Las barritas costaban diez centavos cada una. El señor Kane le devolvió al hombre ochenta centavos en monedas y nueve dólares en billetes. Mientras recibía la vuelta, el desconocido frunció el ceño y se echó atrás el sombrero levemente.

—Es mucha calderilla para llevar encima. Espere un segundo.

Sujetando la vuelta en una mano, se puso a rebuscar con la otra en el bolsillo.

—Por aquí debo tener suficientes monedas, en alguna parte... Veamos... —Sacó varias monedas y las entregó junto con los billetes y la otra calderilla que le había dado Kane—. Esto debe hacer diez.

A cambio, el señor Kane le devolvió el billete de diez dólares.

—Cuente bien las monedas —dijo el hombre—. Fíjese en que esté todo.

—¡Oh, mire! Faltan cinco centavos —dijo el señor Kane.

—¿Cinco centavos? Un momento... —El hombre buscó en el otro bolsillo y sacó una moneda de cinco centavos—. Aquí está. ¿Sabe qué podemos hacer? Le debo cinco centavos, ¿verdad? —Se los dio—. Con esto son diez dólares. Y aquí... aquí tiene otros diez dólares más. —Le entregó el billete que había sacado al principio—. Son veinte. Si me da un billete de veinte dólares, quedamos en paz. Así yo no tendré que llevar un montón de billetes de dólar en la cartera y usted no se quedará sin dinero suelto.

—Me parece bien —dijo el señor Kane y le entregó un billete de veinte.

Pero algo fallaba y así lo dije, interviniendo en la conversación.

—Si me disculpa, señor...

El desconocido se dio la vuelta y me miró.

—¿Sí?

Tenía los ojos tan negros que no se le distinguían las pupilas. Era como estar mirando un par de canicas oscuras. Una mirada difícil de interpretar.

—Se ha equivocado —dije—. Cuando usted le devolvió el cambio al señor Kane, y él le devolvió a usted el billete de diez dólares, quedaron en paz. O al menos así fue cuando usted le dio la última moneda de cinco centavos. Pero después, junto con los cinco centavos, usted volvió a darle el billete de diez dólares y le pidió a cambio uno de veinte. Eso es más de lo que él hubiese debido darle.

El desconocido sonrió.

—Aquí el señor ha contado el dinero, muchacho. Eran veinte dólares justos. ¿No es así?

El señor Kane asintió con la cabeza.

—Así es. Veinte dólares exactos.

—Sí, pero diez de esos veinte dólares ya eran del señor Kane...

—No le haga caso —le dijo Kane al hombre—. No es más que un patán que no sabe nada de estas cosas. Trabaja en la mina. El sudor y la miseria se huelen desde aquí.

—Pero...

—Vete, muchacho. No molestes al caballero.

El desconocido me miró, ahora con una sonrisa más forzada. Se tocó el ala del sombrero, nos deseó a los dos buenos días y se marchó con paso despreocupado.

Yo lo seguí, completamente olvidado de mi plan de la piel de oso y los caramelos. ¿Había sido una equivocación honesta, la que lo había llevado a embolsarse veinte dólares a cambio de un billete de diez?

Tenía mis dudas.

Fuera, en la claridad seca y polvorienta del día, el viento levantaba una niebla lechosa. Un camión pasó pesadamente en una dirección. Un carro tirado por mulas rodó en la dirección opuesta. Un par de perros callejeros pasaron trotando a mi lado, debilitados por el calor.

Me encasqueté un poco más la gorra deshilachada, para que no se la llevara el viento y me puse a observar al hombre del sombrero fedora, que cruzaba la calle en dirección a la ferretería de Thorpe. Salió al cabo de unos minutos con una bolsa de papel (clavos, probablemente); la tiró a la basura y después entró en la panadería de Dutch. De ahí salió mordisqueando un bollo grasiento. El siguiente fue el taller del zapatero remendón, donde compró unos cordones. Después le llegó el tumo a Félix el charcutero y a una salchicha, que se comieron los perros de la calle. A continuación, la mercería y unas cintas. De vez en cuando se detenía, para pasar monedas del bolsillo del abrigo al bolsillo izquierdo del pantalón, donde las empujaba hasta el fondo. También se metía algo en el bolsillo derecho. Supuse que sería la moneda de cinco centavos que siempre parecía encontrar casualmente.

Lo seguí por el otro lado de la calle, mientras bajaba por la acera, e hice mis cálculos. Ocho comercios de este lado y cinco del otro. Sólo cuatro estaban cerrados, lo que ya constituía una mejora considerable. No había duda. Paradise Flats se estaba esforzando por salir del pozo y allí nuestro amigo estaba más que satisfecho de poder echar la red y sacar lo que pudiera. De la tienda de Kane había salido con nueve dólares y ochenta centavos más de lo que llevaba al entrar.

Guiándome por esa cantidad, calculé que tendría ciento veintisiete dólares y cuarenta centavos de más en los bolsillos cuando llegara al final de la calle.

No estaba mal para un paseo por nuestra avenida principal.

Incluso se metió en las oficinas del *Time-Tribune* y salió silbando, con un periódico enrollado bajo el brazo.

Se paró y miró a través de la calle, directamente hacia mí. No dijo nada. Simplemente se quedó parado, mirándome mientras yo lo miraba. Tiró el periódico, sacó una pitillera del bolsillo interior del abrigo, encendió uno y volvió a mirarme. Dio solamente unas pocas caladas, antes de apagarlo con un movimiento circular del pie. Cuando echó a andar, yo también lo hice. Cuando se paró, me paré también. Y cuando entró en una tienda, me quedé fuera, esperando.

Supongo que habría podido avisarlos, decirles algo a los propietarios de las tiendas. Habría podido irrumpir en sus locales gritando: «¡Un timador viene hacia aquí!», más o menos como hacía Tom Mix cuando avisaba a los lugareños de la llegada de los cuatreros. Pero nunca he sido muy del estilo de Tom Mix.

Porque ¿saben?, yo conocía muy bien esas tiendas.

Sabía que en la carnicería de los hermanos Johansson había un ventilador desviado hacia la báscula, que añadía un par de onzas de aire debidamente pesado a cada compra, y que los tubos neumáticos por donde bajaba el cambio en los Grandes Almacenes Norton eran más estrechos en los extremos, donde quedaban atrapadas las monedas más pequeñas, de modo que la mayoría de la gente cogía sus monedas de cinco y diez centavos, sin prestar atención a las de uno que habían desaparecido. Sabía que en Norton subían los precios sólo para poder bajarlos poco después y anunciarlo como unas «¡grandes rebajas!», que el Centro de Maquinaria Agrícola ofrecía mezclas de nitratos y otros fertilizantes que garantizaban un aumento de la productividad «¡de hasta un 200 %!», y que Sukanen ponía carteles en los escaparates que prometían «¡HASTA UN 50 % DE DESCUENTO EN TODOS LOS ARTÍCULOS!», Sabiendo que el cero quedaba incluido en ese «hasta». ¡A ver quién reclamaba después, cuando el raquítico huerto de lechugas no mejoraba o cuando lo único que vendía la tienda con un cincuenta por ciento de descuento era un cubo lleno de molinetes a diez centavos! ¡Sí, señor! ¡Todos los molinetes a cinco centavos que quisieran comprar!

Un poco más allá de la tienda de Sukanen, había un coche esperando con el motor en marcha. Un Nash Ambassador sedán de 1939, por lo que pude ver. Un coche genial. Incluso a la sombra, brillaba como una navaja: un lustroso azul marino, tan oscuro que casi parecía negro, como un cielo nocturno vaciado de estrellas. Relucía.

Al volante había una mujer, cuya cara se había vuelto

parcialmente transparente por las sombras reflejadas en el parabrisas. Llevaba un sombrero cloche, uno de esos sombreritos en forma de campana que las mujeres llevaban muy ajustados a la cabeza, como un casco, con una de esas flores de seda sobredimensionadas aplicadas a un lado.

Viniendo desde la acera de enfrente, el hombre del fedora se dirigió hacia el Nash Ambassador, se inclinó hasta quedar a la altura de la ventana del conductor, habló con la mujer y le pasó algo. Un rollo de billetes, supuse. Después, echando una mirada en mi dirección, le susurró alguna cosa y ella volvió repentinamente la vista hacia mí. No sonrió. No hizo ningún gesto. Solamente me miró. Fijamente.

El hombre habló con ella un momento y después se apartó. Se pasó lentamente el pulgar por el bigote, primero para un lado y después para el otro, y entonces volvió a mirar en mi dirección, como si estuviera esperando a ver qué hacía yo.

Como no hice nada, siguió su camino. Entró en la sombrerería de Maggie. En la tienda Apex de artículos para fumador. En la cooperativa de moda femenina. (De ahí salió con un pañuelo.) Llegó al final de la manzana y entonces dio la vuelta, en dirección al bazar de antigüedades de Cyrus Tweed, al otro lado de la calle.

Me senté en el banco que había delante del bazar y lo miré mientras venía hacia mí. Se tocó el sombrero a modo de saludo cuando pasó a mi lado y estaba a punto de entrar en la tienda, cuando yo le solté, sorprendiéndonos a los dos:

—A ése, por lo menos cincuenta.

El hombre del sombrero fedora se paró en seco y volvió sobre sus pasos.

—¿Perdón?

—Tweed —dije—. No se deje engañar por el polvo acumulado ahí dentro. Es el tipo más rico del pueblo. El cajón de la caja registradora está forrado de dinero. Puede sacarle cincuenta. Por lo menos.

El hombre ladeó la cabeza y me miró... Me miró como si me conociera de algo, como si me hubiese visto antes. Como si le resultara familiar. Asintió con la cabeza, con aire pensativo.

—Muy agradecido —dijo, y se metió en la tienda.

Salió menos de diez minutos después, con un bastón de palo de rosa. Vino hacia donde yo estaba sentado y me metió un par de billetes en el bolsillo del mono de trabajo.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Tu parte —dijo.

Segunda parte

Boogie-woogie

Veintidós

YA LO sé.

No debí haber aceptado ese dinero. Pero en cierto modo creía de verdad que me lo había ganado. Después de pagarme mi comisión, el hombre del sombrero fedora dio un par de pasos, pero enseguida se dio la vuelta y me miró. Volvió y, con genuino asombro, me preguntó:

—¿Qué haces tú aquí, en un pueblo como éste? ¿No se te ha ocurrido que te puedes largar?

Me tendió la mano.

—Me llamo Virgil —dijo—. Virgil Ray.

Le dije que era un placer conocerlo. También le dije mi nombre.

—¿Jack, dices? Bien. Un buen nombre. Anónimo. Fácil de olvidar. —Y añadió—: Ven, camina conmigo.

Así lo hice.

Era curioso; el señor Ray daba la impresión de caminar lenta y despreocupadamente, pero yo tenía que darme prisa para seguirle el ritmo. Se movía más deprisa de lo que parecía, calle abajo, por la acera, y cruzando después nuestra avenida principal. En el callejón junto a la tienda de Sukanen, el Nash azul oscuro aún esperaba con el motor en marcha. La mujer al volante tenía bajada la ventanilla y estaba fumando un cigarrillo. Se había quitado el sombrero y tenía el pelo húmedo y rizado por el calor.

—Rosalind, cariño —dijo él—, quiero presentarte a alguien.

La señora del Nash me miró.

Ojos pálidos. Mirada fija. Como si acabara de descubrir un farol que yo ni siquiera me había marcado. Surcos profundos a ambos lados de la boca —por las preocupaciones y el viento, supuse—, y el pelo del color de la paja. Se colocó un mechón suelto detrás de la oreja. No dijo nada. Simplemente dejó que el humo se le escapara entre los labios.

Una mujer atractiva, desde luego. Me tiré de la gorra en su dirección.

—Un placer, señora Ray —dije, y ella resopló.

—Señorita. Señorita Scheible —me corrigió—. Hace mucho tiempo que no soy señora de nadie.

—Encantado de conocerla, señorita Scheible.

—Rosalind. Puedes llamarme Rose. ¿Y tú quién eres?

Cuando le dije mi nombre, se le dibujó una sonrisa, pequeña y afilada.

—Vaya, vaya. Como Jack Armstrong, el héroe americano. —Dio una profunda calada al cigarrillo—. ¿Desayunas cereales Wheaties?

—Todos los días —le dije.

—Muy bien, Wheaties. Supongo que buscas a alguien que te saque de aquí, de otro modo Virgil no nos habría presentado.

Asomó la cabeza por la ventana y me recorrió lentamente con la mirada, empezando por los zapatos y subiendo poco a poco. Se detuvo un momento en mi mono y el remiendo que yo mismo le había cosido. Cuando volvió a mirarme a la cara, su expresión había cambiado. No puedo decir que se hubiera suavizado, sino que simplemente había cambiado.

—¿Qué ha sido de tu madre? —preguntó—. ¿Se ha largado?

—No, no exactamente.

—Oh... Lo siento. ¿Hace mucho?

—Siglos —respondí yo—. Ya lo he superado.

Virgil me apoyó una mano en el hombro.

—Jack ha captado el truco de pedir la vuelta como si hubiera nacido practicándolo.

Ella volvió a colocarse el mismo mechón suelto detrás de la oreja.

—¿Ah sí?

Virgil me prestó treinta y seis dólares para recuperar la vajilla de mi madre, antes de marchamos. Mi padre todavía estaba en la cama (para entonces pasaba toda la noche levantado, mirando el horizonte, y dormía todo el día), de modo que volví a apilar los platos y los platillos, las tazas, la jarrita de la leche y el azucarero en nuestra alacena, encima del hule y de los certificados de Drake que había debajo. Le dejé una nota: «Encontré esto en el bazar de Tweed. Debió de acabar allí por accidente, porque estoy seguro de que usted no se lo habría vendido a Cyrus intencionadamente. Estaré un tiempo fuera. He encontrado un trabajo que no tiene nada que ver con la sal.»

Cuando Virgil me prestó el dinero, fui honesto con él.

—No sé exactamente cuándo podré devolvértelo —le dije—, pero te lo agradezco.

Él solamente sonrió.

—No te preocupes, muchacho. Esto no es más que la recaudación de una tarde. Y ni siquiera eso.

Sacó un cigarrillo. La pitillera donde los guardaba era cara, con un brillo de plata. Ése era un hombre que gastaba el dinero «en profundidad», la clase de sujeto que no habría dudado en comprar un broche para el pelo de cinco dólares.

—La cuestión no es cuándo me devolverás el dinero, hijo, sino dónde guardarás todo el que vas a ganar.

Me fui de Paradise Flats el mismo día que Mussolini invadió Albania. La radio del coche chisporroteaba con la noticia de que el rey Zog había tenido que marcharse al exilio. Un nombre fantástico, como de personaje de la serie cinematográfica de Flash Gordon: «¡De modo

que volvemos a encontramos, rey Zog!»

La conquista fascista se había desarrollado con mecánica claridad. Los italianos bombardearon la costa, desembarcaron tropas y se hicieron con el control del reino. La operación violaba algún tratado anglo-espagueti, pero los ingleses no dijeron ni pío. Seguramente estarían muy ocupados intentando resolver el problema de la herencia de Drake y por eso Mussolini tuvo las manos libres.

Virgil se dispuso a sintonizar otra estación.

—Ya está bien de esto —dijo.

Encontró unos *cowboy blues* para alegrarnos el viaje y las congojas del rey Zog se disolvieron en el éter. El Ambassador tenía una de esas radios nuevas Motorola, que sólo requerían apretar un botón con un dedo y girar mínimamente la rueda de la sintonización, para captar una señal. Una auténtica maravilla.

Y fue así como, al ritmo de tablas frotadas y modulados lamentos de vaquero, atravesamos el desierto cocido por el sol. Era una de las primeras canciones de Slim William, creo.

—Música para pájaros carpinteros —dijo Virgil con un suspiro—. No te ofendas Jack, pero ¡santo Dios!, ¿cómo podéis escuchar esto sin volveros locos? Un mapache en un cubo de la basura hace un ruido más melodioso. ¡No veo la hora de que llegue el jazz a estos parajes! Estoy harto de esta música de palurdos.

Mientras salíamos del pueblo, pasamos junto a la Consolidated Salt. Un camión lleno de operarios estaba entrando y otro salía. Jorge iba en la plataforma de uno de ellos. Vi cómo sacudía la cabeza cada vez que el vehículo pasaba por encima de las rodadas del camino. Para entonces mis compañeros se estarían preguntando dónde me habría metido. Estarían calculando mis deudas. Esperando a que volviera a aparecer.

Pero no iba a ser así.

En cuanto salimos de los Flats, le pedí a Virgil que parara un momento y salí del coche, en el desierto incrustado de sal. Saqué la piel de oso y la arrojé tan alto y tan lejos como pude. Algún día, alguien la encontraría, vería el pellejo polvoriento y diría:

—Aquí se murió algo.

A mí me daba igual. Cuando volviera a los Flats, me presentaría con un traje nuevo y un Nash Ambassador propio, y a Rebecca se le derretirían las bragas.

Los caramelos de un centavo ya no eran lo mío.

Veintitrés

NOS DIRIGÍAMOS al norte, hacia Silver City, avanzando con decisión hacia la oscuridad creciente. La sierra de Richardson estaba a nuestra izquierda, más cerca que antes, bloqueando las estrellas hasta la mitad del cielo.

Los pueblos que habíamos atravesado se habían caracterizado por cierta *uniformidad* esencial. Una calle principal cansada. Una plaza costrosa. Falsas fachadas. Ventanas sin vida. Gasolineras y establos. Se podían ver pequeñas variaciones: el reloj de la plaza redondo, en lugar de cuadrado, o el depósito de agua de planta cuadrada, en vez de redondo. En uno de los pueblos, los buzones estaban pintados de colores chillones, enloquecidas manchas de rojo, rosa y amarillo, como si se hubiera declarado un pequeño brote de demencia. En otras ocasiones, pasábamos junto a los carteles desvaídos de grandes sueños fracasados, entre comedores populares y refugios para vagabundos, ante rótulos que proclamaban «Cooperativa Socialista de Crédito», o delante de las tiendas «Mucho para todos»; también vimos un «Club para Ahuyentar la Melancolía», y hasta una «Asociación de Utópicos», o quizá dos, abandonadas desde hacía mucho tiempo y con las fachadas clausuradas por tablones. Aparte de los colores demenciales y de las tiendas que prometían mucho para todos y por dentro estaban vacías, la uniformidad de esos pueblos fue lo que más se me quedó en la memoria. Parecían venir a nuestro encuentro como traídos por una cinta transportadora.

Por las carreteras, vimos familias que avanzaban lentamente, con sus bienes terrenales cargados en carretillas y cochecitos de bebé. Otras viajaban en camionetas que desfilaban en caravana, con las ruedas gimiendo y las plataformas atiborradas de muebles y colchones en altos montones, como ejércitos en retirada, con las sartenes y las palanganas tintineando detrás.

En una ocasión, Virgil se detuvo en un paso a nivel, mientras un aerodinámico tren Zephyr de acero inoxidable con motor diésel pasaba a ciento treinta kilómetros por hora, con las campanas de cruce sonando, la succión creando una poderosa ráfaga y tu corazón que se aceleraba con sólo verlo. En las ventanillas, hombres y mujeres con sombrero, de camino a algún otro sitio. Cuando hubo pasado el rayo de plata, le siguieron los furgones de mercancías de trenes más viejos, enseñando fugazmente otras imágenes, como fotogramas de una película: emigrantes en los vagones abiertos de los trenes de carga, a horcajadas en los enganches, buscando como todos nosotros un lugar mejor.

El sol se puso, la oscuridad nos tragó a todos y yo caí en un sueño profundo, con la cabeza apoyada pesadamente en la ventanilla lateral del Ambassador. Me pareció que no habían pasado cinco minutos, cuando me despertaron una sacudida y un susurro de Virgil.

—Despierta, Wheaties. Ya hemos llegado.

Empezaba a filtrarse el alba, con un tenue escalofrío matinal. Atontado y con la boca seca, me bajé del coche trastabillando como un borracho. A fuerza de tiritar, me desperté del todo. Rose seguía durmiendo en el asiento trasero, esta vez de verdad, con las piernas levantadas y la falda del vestido recogida alrededor de los muslos.

Estábamos en un callejón, detrás de un edificio. Virgil salió, cerró silenciosamente la puerta del conductor y se quedó inmóvil, como si estuviera prestando atención para escuchar algo. Bajó por el callejón, miró a los lados, primero a una esquina y después a la otra, dio una vuelta completa y volvió al coche.

—Échame una mano con esto —dijo.

Dejó en el coche el bastón que había comprado en el bazar de Tweed, pero todo lo demás lo había metido en un baúl grande. Cargamos a ese hijo de perra por una escalera de incendios: dos tramos con un giro cerrado a medio camino. Supongo que normalmente Virgil haría varios viajes, subiendo y bajando por esas escaleras, pero ahora tenía unos brazos fuertes para ayudarlo con la carga.

—Tienes que ganarte el sustento —gruñó.

En el rellano sorprendimos a un par de gatos callejeros, que huyeron presa del miedo. El edificio al que subimos tenía un tercer piso, o mejor dicho, la mitad de un tercer piso, porque estaba retirado de la fachada, fuera de la vista del callejón. Virgil y yo cargamos el baúl a través de una azotea revestida de alquitrán, hacia el lugar donde dos puertas (1-A y 1-B) nos miraban.

Virgil se detuvo, pasó suavemente los dedos por la ranura de la puerta 1-A, arriba y abajo, y finalmente, satisfecho, sacó una llave del bolsillo, la deslizó en la cerradura y abrió.

Dentro había una cocina americana con encimera eléctrica de dos fuegos, una mesa de póquer, un sofá viejo, un par de sillas y una cama abatible empotrada en la pared. Virgil bajó la cama, sacudió las mantas y abrió una ventana, cuyas cortinas también sacudió un poco. El lugar olía a luz del sol encerrada y a polvo viejo. Cuando Virgil safio para despertar a Rose, yo descorrí las cortinas desvaídas y me puse a mirar por la ventana. La habitación estaba alineada con la fachada del edificio, lo que me permitía dominar la calle como lo hubiera hecho un francotirador. Cubría todos los ángulos. Se veían los cables del tranvía a un lado, las fachadas de piedra arenisca de las tiendas al otro y un fino tramo de calzada discurriendo entre los dos.

Buen lugar para resistir al enemigo.

No había estado en Silver City desde que era pequeño. Recuerdo que me subía a los carros portaequipajes en la estación, mientras mi padre conversaba con forasteros de cosas sin importancia. Me asomaba a las vías y las miraba directamente desde arriba, como si estuviera mirando por el cañón de un fusil. Mi padre me había prometido un viaje con su pase de ferroviario, una «gran gira por el mundo conocido», como él decía, a los bosquecillos de mangos de California y también al este, a la humedad de Florida, donde el musgo colgaba de los árboles y en cada charca acechaba un caimán. Mi padre lo había visto con sus propios ojos, pero eso había sido antes de que la línea de Berton cerrara y ardieran los libros de contabilidad. Ahora nuestra única esperanza de hacer esa gran gira yacía en un cajón lleno de falsas promesas y dorados sueños de Drake.

Silver City era ampliamente conocida como «la capital química del Gran Suroeste», porque allí habían fabricado por primera vez el famoso amoníaco anhidro, el abono líquido que transformó los yermos del oeste de Tejas en campos de algodón. Aunque el maíz había reemplazado al algodón en la mayoría de los condados, Silver seguía siendo un caldero de bruja de pociones químicas, cuyo hedor a dinero se desprendía de las plantas industriales.

Desde la ventana, yo veía una tupida red de cables eléctricos y la ciudad que se extendía hasta muy lejos, con los edificios más altos surgiendo como cerros entre la niebla. Si los pueblos por los que habíamos pasado eran como simples cajas desmontables, entonces éste era su contenedor. Silver era una ciudad de verdad.

Había llegado.

El apartamento 1-B estaba al lado del 1-A, pero en realidad el 1-B no existía. Por lo visto, el 1-B era un simple trastero comunicado con el apartamento de Rose y Virgil. También tenía una puerta que daba a la azotea, pero eso era todo. Ni siquiera había un armario donde guardar las eventuales pertenencias que yo pudiera acumular.

Virgil arrojó unos cuantos cojines al suelo del 1-B.

—Después nos ocuparemos de conseguirte un catre.

Detrás de él, Rose deshacía las maletas como una sonámbula. —Hogar, dulce hogar —dijo.

La ventana del trastero daba a una salida de incendios lateral y la escalerilla llegaba hasta la acera. Era posible entrar por el 1-A, pasar subrepticiamente al 1-B y desaparecer después por el callejón lateral, incluso mientras alguien aporreaba la puerta principal. Por fuera parecían dos apartamentos independientes, pero por dentro la historia era distinta. Era como un truco de magia.

Veinticuatro

EL APARTAMENTO (quizá debería decir «apartamentos») que Virgil y Rose tenían alquilado estaba encima del café de Wong, y el café de Wong servía la mejor tarta de manzana que se podía comer al sur de Iowa y al este de Missouri. O al menos eso decía Virgil.

—Cubierta crujiente de azúcar y canela, recién sacada del horno, con una bola de nata montada y malta en polvo por encima. ¡Una obra de arte, amigo mío!

Virgil estaba esperando con una servilleta al cuello y el tenedor listo, cuando Charley Wong le puso el plato delante.

—Hola, Rose —dijo Charley.

—Hola, Charley —replicó ella con una breve inclinación de la cabeza, mientras encendía otro cigarrillo.

Parecía como si el señor Wong nunca preguntara nada. No preguntó quién era yo, ni de dónde venía, ni por qué esa vez Virgil y Rose pagaron el alquiler en efectivo, en lugar de hacerlo con un cheque. Era un hombre redondo, de rasgos redondos y sonrisa redonda. No tenía aristas donde quedar enganchado. En medio de un chubasco, la lluvia le habría resbalado sin mojarlo. Mientras yo miraba al señor Wong quitando la piel a unas carcasas de pollo en la cocina, me preguntaba cuál sería su historia. A mí Paradise Flats ya me parecía el lado oscuro de la Luna. ¿Qué sería para él el Oriente? Me pregunté si habría huido de los ejércitos de Hirohito, si lo habrían expulsado de su tierra o si, por el contrario, se habría sentido atraído, si habría venido como mi padre, buscando un lienzo más grande donde pintar su vida.

—Tenemos que quitarte ese mono —dijo Virgil, mientras se acababa otra porción de la tarta de Charley.

Estábamos en la mesa del fondo, al lado de la cocina, y yo le daba la espalda a la puerta. Virgil se inclinó en mi dirección y me miró los pies.

—También tendremos que deshacernos de esas zapatillas de lona y conseguirte unos zapatos buenos, con cordones.

El bigote de Virgil era tan fino que parecía trazado con lápiz de cera. Se peinaba con raya en medio y se alisaba el pelo con brillantina. Mi pelo, revuelto e insumiso, sería para Virgil motivo de interminable desazón. Esa primera tarde me lo embadurnó por encima con un poco de brillantina e hizo que me lo peinara todo para atrás.

—Eso es —dijo—. Un cliente realmente lustroso y elegante. Ahora sólo necesitas un traje decente, quizá uno cruzado, con un reloj de cadena, unos gemelos y un sombrero fedora con la inclinación justa.

Me lavé el pelo para quitarme la brillantina (no me gustaba la sensación) y nunca aprendí a darle al fedora el ángulo adecuado.

—Demasiado siniestro —decía él, cuando yo me lo ponía inclinado hacia adelante.

—Ahora pareces un palurdo —decía cuándo lo echaba hacia atrás —. No, así no. No lo lleves como un patán. Póntelo así.

Pero él tampoco consiguió ponérmelo bien y al final nos decidimos por un sombrero panamá. Me hacía parecer un inglés en una excursión dominical, pero Virgil me dijo que ese aspecto me cuadraba.

—Te da un toque alegre y garboso —dijo—. Además, empieza a hacer demasiado calor para los fedoras.

También Virgil se pasó a los sombreros de paja poco después. Los llamaba sus sombreros de verano. Tenía varios, apilados sobre la cómoda. A veces se ponía uno de *tweed*, como si viniera directamente del campo de golf o del polígono de tiro. Eso era cuando quería proyectar una imagen más deportiva.

Mientras Virgil se ocupaba de mi vestuario, Rose mantenía el rumbo, con faldas largas de bajo desigual y una colección de sombreros de plumas, flores, lazos, penachos y cintas. Ella también tenía su montón, aunque no tan alto como el de Virgil. Poseía además varias pelucas, negras y castañas.

Rose podía ser preciosa cuando quería.

—Todo está en la actitud —decía.

En la confianza con que te movías, en las boquillas que elegías para los cigarrillos, en el donaire con que echabas la ceniza...

Lo comprobé personalmente cuando salimos otra vez a la carretera, esta vez al norte y después al oeste, hacia los valles del otro lado de las colinas. Después de una semana de tarta de manzana y pruebas con el sastre para mí («Nos hará falta más tela solamente para los hombros», se quejó un tijeras), estuvimos listos para salir de forrajeo, como llamaba Virgil a los viajes que hacíamos.

Comimos una última porción de tarta en el local de Charley Wong y, mientras nos levantábamos para marcharnos, le dije a Virgil:

—Invito yo.

Cuando Charley Wong me dio la vuelta, le dije:

—¡Vaya, qué cantidad de billetes! ¿Qué tienes por ahí? ¿Qué te parece si te doy cuatro, tú me das un billete de diez y quedamos en paz?

Pero Virgil me interrumpió.

—El chico ha calculado mal, Charley. En realidad, te debe otros cinco dólares. ¿No es así, Jack?

—¿De verdad? —dijo Charley.

—Claro que sí —replicó Virgil—. Págale, Jack. —Después, entre

dientes y enfadado, añadió—: Nunca cagues donde comes, muchacho.

Entonces solté un billete de cinco y Virgil dijo:

—Dale cinco más, de propina.

Dudé un momento y solté otro billete. Me salió cara la tarta.

Fue gracioso que Virgil me diera lecciones de superioridad moral. ¡Si ni siquiera compraba los periódicos que leía!

—Charley recibe las ediciones de la mañana y también las vespertinas —decía—. ¿Para qué voy a pagarlos cuando los puedo leer gratis?

En todo el tiempo que pasamos en Silver City, sólo vi a Virgil leer periódicos cuando estábamos en el café de Wong y únicamente para hojear las páginas de sociedad, en busca de víctimas potenciales. Eso y su horóscopo.

Cuando salimos, saludó a Charley llevándose la mano al ala del sombrero, y le dijo:

—¿Estarás vigilando?

—Como siempre —respondió Charley.

Veinticinco

SALÍAMOS de Silver City y hacíamos un largo recorrido circular, escogiendo pueblos sobre la marcha, con Rose en el asiento trasero, porque le gustaba tumbarse, o en el de delante, cuando empezaba a sentirse sola. Seguíamos un camino a la ida y otro a la vuelta, merodeando (y rapiñando también) por todos los pueblos en los que entrábamos, grandes o pequeños. Había cientos de pueblos en los estados del suroeste, dispersos como calderilla desde Utah hasta el extremo norte de Tejas, y nosotros trabajábamos sin problemas. Salimos a forrajear cinco veces en las seis semanas siguientes y nunca nos faltaron pardillos.

—No es como si atracáramos bancos, ni nada por el estilo —decía Virgil—. No desvalijamos ningún local, como harían unos forajidos de medio pelo. Nosotros nos llevamos el dinero limpiamente, como en un truco de salón. Lo cogemos delante de sus narices, con ellos mirando. No robamos a nadie. Somos los aristócratas del mundo delictivo, Jack. Y te aseguro que nuestro Nash no acabará cosido a balazos, expuesto en una carpa barata de feria, como le ha pasado al de Bonnie y su amiguito.

El truco estaba en la sutileza.

—Tú no les robas el dinero —decía Virgil—. Consigues que te lo den. Por su propia voluntad. ¿Y sabes una cosa? No hay nada más agradable en este mundo que cuando alguien te regala alegremente su dinero. Cuando te lo dan, no es robar. Recuérdalo. Sencillamente, has sido más listo que ellos. Eso es todo. Te has ganado ese dinero, así de simple. No cuenta como robar.

Quizá tuviera razón. Quizá no fuera robar. Quizá fueran realmente dos voluntades enfrentadas.

Muchas veces, las señales de la carretera marcaban las millas que faltaban para llegar a un fantasma: pueblos espectrales, racimos de granjas con las casas tapiadas y abandonadas, graneros medio derruidos y establos con las cubiertas combadas y las verjas caídas. Los costillares de las segadoras sobresalían como esqueletos de animales olvidados. Comederos y agavilladoras. Molinos con las aspas rotas, girando al viento. Carros. Rastras y cultivadoras, perdiendo el color y cayéndose a trozos allí donde habían quedado. Campos sin labrar, huertos sin atender. Y uno se decía: «Aquí se murió algo.» Tiene que ser difícil abandonar así una granja, después de dedicarle diez, veinte, treinta años de la vida. Tiene que ser difícil cerrar todo eso que uno ha sido y marcharse como si nada hubiese sucedido nunca. Me pregunté si alguien estaría llevando una lista.

Adelantamos con el coche más de una tormenta, con el cielo ennegreciendo detrás de nosotros y la tierra levantándose por el aire como un muro de agua embarrada. Pero más de una vez nos desviamos de nuestra ruta cuando los nubarrones empezaron a acumularse delante de nosotros. Conducíamos sin parar, hasta que terminaba el día y los faros delanteros empezaban a iluminar liebres y arbustos esqueléticos.

—Todavía me impresiona —decía Virgil— la forma en que desaparecen las luces por estos rumbos en cuanto sales de los pueblos, el modo en que el paisaje se vuelve completamente negro, el modo en que la carretera sencillamente... desaparece.

Íbamos dejando atrás granjas distantes, un parpadeo de lámparas de gas y a veces ni siquiera eso. La negrura era más profunda ' que la noche misma, o eso parecía, como si una oscuridad mayor se hubiese aposentado en la tierra.

Pasábamos las noches en pueblecitos intercambiables, lo mismo que sus hoteles, en su mayoría pensiones de mala muerte, cuevas de chinches, con almohadas que hedían a cabezas sudadas y sábanas tan finas que un escupitajo las habría atravesado.

—El glamour de la carretera —solía decir Rose con un suspiro, mientras colgaba una sábana entre la cama y el sofá, para que yo tuviera media habitación donde hacinarme. Virgil y la señorita Rose dormían al otro lado, con él roncando al instante y ella incapaz de estarse quieta. Yo contemplaba su silueta a través de la sábana, iluminada a contraluz por la lámpara de la mesilla de noche o la claridad que se filtraba por la ventana. Me quedaba mirando su sombra ondulante hasta que me dormía. Era como una pantalla de cine vista del otro lado. A veces ella lavaba y escurría las medias y las colgaba encima de la sábana para que se secaran, y sus medias eran color topo, un marrón oscuro como el barro caliente. Era la clase de color que uno hubiese querido tocar y había veces en que me hubiese gustado bajar ese topo de la cuerda y dormir acurrucado con él.

Cuando surgía la oportunidad, nos alojábamos en una de esas cabañas de los clubs de automovilismo, sintiéndonos muy modernos. Al norte y después al oeste, más lejos aún, las llanuras cedían el paso a colinas más anchas, ondulaciones bajas y prolongadas de la tierra, ascensos lentos y caídas repentinas, donde ríos ocultos serpenteaban a través de valles igualmente escondidos. Los pueblos eran más prósperos por esos contornos, o al menos no tan miserables.

Por lo general hacíamos trabajos breves, «golpes de bolsillo», quedándonos con lo que llevaban encima los dueños de los negocios o los transeúntes. Cambiamos un montón de cajones de cajas registradoras y extendimos un montón de recibos, y siempre todo el mundo parecía ansioso de damos el dinero. A veces había que tener

mucho temple para no dejar escapar una sonrisa.

Virgil era capaz de distinguir un pardillo en una multitud con sólo echar un vistazo. Estábamos por ejemplo en cualquier pueblo pequeño —«Quinto Coño, Estados Unidos», como solía llamarlos Virgil—, paseando y observando las calles, y entonces Virgil se detenía de pronto y señalaba con un gesto a algún sujeto parado delante de una barbería, o inclinaba la cabeza en dirección a algún hombre vestido con un traje demasiado grande o demasiado pequeño que cruzaba la calle con paso decidido. De algún modo, siempre los veía. Se nos acercaba y susurraba:

—El tipo junto a la droguería. Podemos sacarle uno de cien, o por lo menos la mitad.

Rose hacía de exploradora, sondeándolos, y nos indicaba con una señal si le parecía que merecían la pena. Se arreglaba el pelo, se lo recogía detrás de la oreja y ese tipo de cosas. No éramos muy exigentes; si a un tipo podíamos pulirle veinte dólares, eran veinte dólares más que teníamos.

Virgil también tenía una reserva de «carteras mágicas»: billeteros rellenos de papeles en blanco con un billete falso de cien dólares asomando, listos para una cagada de paloma rápida o para el truco de la herencia del palurdo, también llamado cambiazo de Tennessee. Los dos trabajillos eran más o menos iguales, con la única diferencia de que el cambiazo de Tennessee requería un patán ingenuo (yo), un buen samaritano (Virgil) y un testigo casual (el pardillo) y normalmente terminaba enviando él pardillo a casa en busca de más dinero, cuando había picado. La cagada de paloma era más simple. Rose colocaba la cartera y yo la descubría haciendo mucho alboroto, justo cuando pasaba el pardillo. Entonces Virgil llegaba como un vendaval, antes de que ninguno de los dos la recogiera, y la levantaba del suelo como si nada. Después venía una airada discusión, en la que Virgil y yo nos acusábamos mutuamente de no querer repartir la recompensa, hasta que al final la única manera de ponernos de acuerdo era entregar la cartera al tercer hombre y dejar que fuera él quien reclamara la recompensa. Básicamente, le vendíamos el billetero. Para entonces, él ya había calculado que el dinero en el interior de la cartera era más que cualquier recompensa que pudieran darle y estaba ansioso por largarse con el botín. Al final, ni siquiera teníamos que despistar al pardillo. ¡Él hacía lo posible por despistarnos a nosotros!

—La clave está en la calidad de la discusión —me decía Virgil mientras nos alejábamos por la carretera—. Si nos ven enzarzados

en una pelotera descomunal, no sospecharán que somos compinches. A Nate Kaplan, allá en Nueva York, lo llamaban «Kid Palomo». El tío lo hacía todo sin ayudante. ¡Discutía él solo! No te

miento. Fingía que iba con prisa para coger un tren y que no tenía tiempo para ir a pedir la recompensa. Él mismo se convencía para entregar la cartera. En manos de Kaplan, la cagada de paloma era todo un arte, te lo aseguro.

Yo estuve a punto de arruinarlo todo la primera vez, cuando llamé a Virgil por su nombre en medio de la disputa. Pero él reaccionó a tiempo:

—¡Ya sabía yo que te conocía de algo! —rugió—. ¡Pero si no hace una semana que te puse de patitas en la calle por robar en mi tienda! —Se volvió hacia el pardillo—. ¡No se fíe de él! ¡Si coge esta cartera, querrá quedarse con toda la recompensa!

Vendimos ese billetero en concreto por sesenta y dos dólares. Más de lo normal. Por algunos apenas sacábamos diez. Es cierto que las carteras nos costaban un dólar cada una, junto con el papel que usábamos para rellenarlas, pero en cualquier caso era poco. No me parecía que mereciese la pena. Era más o menos como actuar en una comedia con medio teatro vacío.

Virgil había comprado una caja de barómetros en una tienda de Silver City que vendía excedentes y les había pintado por detrás, con una plantilla, «Aprobado por el Gobierno de Estados Unidos». Decía que eran «alarmas contra tomados» y los vendía en los hospitales, los sanatorios y las naves industriales que encontrábamos por el camino. Simplemente se presentaba con una tablilla sujetapapeles, entregaba la alarma contra tornados acompañada de un albarán y exigía el pago. El precio sólo se mantenía para pagos realizados antes del final de mes. A partir de entonces, subía, y Virgil no tenía pensado regresar antes de fin de mes, de modo que... a menos que quisieran explicar a la sede central el pago extra, por encima de lo presupuestado...

Normalmente, soltaban los cincuenta y cinco dólares sin rechistar. ¿Por qué no iban a hacerlo? Nadie habría querido perderse una ganga como ésa. ¡Una alarma contra tomados a mitad de precio!

—¡Totalmente garantizada! —les decía Virgil.

Sí, claro. Si el tornado te destrozaba los establos o la fábrica y lo dejaba todo en ruinas, sólo tenías que localizar el recibo entre los escombros y buscamos a nosotros, y entonces estaríamos encantados de devolverte la totalidad del importe abonado. Prorrateado, desde luego.

—Esto no es nada —me dijo Virgil, después de vender la última de las alarmas—. Cuando Rose y yo recorrimos los estados del sur, el año pasado, vendimos una caja entera de Biblias del general Stonewall Jackson. Todas únicas.

Virgil se había llevado una caja de Biblias sin pagar un céntimo, de una iglesia que estaba a punto de cerrar por falta de pecadores, diciéndole al párroco que pensaba mandarlas a África para «los pobres

paganos que viven allí, privados de la luz de la Verdad». Después, Virgil eliminó con cuidado todas las páginas que pudieran revelar la fecha de publicación y firmó cada Biblia con tinta comprada en una tienda de todo a diez centavos y una pluma de ganso: «*Para Stonewall, de sus muchachos, en Chancellorsville, 1863.*» Era la mismísima Biblia que Stonewall llevaba encima cuando sus propios hombres lo abatieron a tiros por accidente. Como en el sur no habían digerido aún la guerra de Secesión («Todavía están pidiendo la revancha», decía Virgil), Rose y él hicieron un negocio fantástico. Virgil se presentaba en un museo o un archivo, rascándose la cabeza y diciendo que había recibido esa Biblia en herencia de una tía anciana recientemente fallecida y que no sabía «sí tendría algún valor».

—Algunas hasta tenían un agujero de bala —me dijo Virgil—, lo que aumentaba mucho su valor, como podrás imaginar. Me dio cierto trabajo, porque tengo aversión a las armas de fuego. Tuve que convencer a un granjero para que lo hiciera por mí. Le dije que era la última remesa de «Biblias abominables», una edición en la que un error de imprenta había dejado el sexto mandamiento en «*Cometerás adulterio*». Le dije que pensaba llevarme las Biblias que él atravesara a tiros de gira por las clases de catequesis y ese tipo de sitios, para enseñar a los niños a estar en guardia contra Satanás, dondequiera que se manifestara. Aquel viejo granjero perforó a tiros unas cuantas Sagradas Escrituras, hasta que vino corriendo su mujer, agitando los brazos con gesto de horror y exigiendo ver el error de imprenta con sus propios ojos, antes de permitir que su marido siguiera disparando. —Virgil me miró y sonrió—. Tuve que salir por piernas.

El viejo Stonewall debía llevar toda una biblioteca encima cuando lo mataron, vista la cantidad de Biblias que Virgil y la señorita Rose consiguieron colocar.

—Llegamos al fondo de la caja hacia finales de jimio —dijo Virgil —. Un maestro de escuela de Alabama fue el último en caer, según recuerdo. Te aseguro que me produce una agradable sensación saber que nuestras Biblias auténticas de Stonewall Jackson están en exposición en todas esas pequeñas ciudades del sur. Es más o menos como esas iglesias de México que exhiben el cuerpo de Cristo. ¡Si hasta me han dicho que hay una iglesia en México que tiene *dos*: uno grande y otro pequeño! El cuerpo de Cristo, de adulto y de niño. No me extrañaría que alguno de esos museos de mala muerte exhiba dos ejemplares de nuestra Biblia de Stonewall Jackson, uno con agujero de bala y otro sin.

A Virgil se le habían acabado las Biblias, pero aún tenía el bastón que le había «comprado con beneficios» a Cyrus Tweed en los Flats. Pasó toda una tarde de domingo en Silver City tallándole laboriosamente una inscripción: «*Para Stonewall, de sus muchachos, en*

recuerdo de la primera batalla de Bull Run, 21 de julio de 1861.» Cuando terminó, frotó con tierra la leyenda, para darle apariencia de antigua.

—Las letras son un poco bastas —admitió, mientras me enseñaba su obra—, pero eso jugará a nuestro favor. Después de todo, estaban en guerra.

—Hum... ¿Virgil? —dije.

Se estaba masajeando las muñecas, doloridas por el trabajo.

—¿Sí?

—¿Cómo iban a saber los muchachos que era la *primera* batalla de Bull Run? La segunda fue un año después.

Virgil se me quedó mirando con los ojos muy abiertos. Volvió a mirar la inscripción y apretó los dientes con tanta fuerza que casi pude oírlos rechinar.

—¡Mierda! —gritó—. ¡Podrías haberlo dicho antes!

Yo no acababa de entender por qué me culpaba a mí de su escaso conocimiento de la historia sureña.

—Espera un segundo —dijo Virgil—. He tallado el seis bastante cerca del uno, pero creo que todavía puedo cambiar ese 1861 por un 1864. ¡Ajá!

Volvió a sacar la navaja para tallar madera.

—Hum... ¿Virgil?

—¿Qué pasa ahora, cojones?

—Stonewall Jackson murió en 1863. Como en las Biblias, ¿recuerdas?

Virgil dejó escapar un ruido a medio camino entre suspiro y gruñido, y finalmente dijo:

—¡Al demonio con todo! Lo venderemos tal como está.

Lo tomó como un desafío: ver si podía convencer a un museo o a un anticuario para que se lo quedara. Y lo consiguió. Al primer intento. Vendió el bastón a una tienda de antigüedades especializada en la guerra de Secesión. Cualquiera hubiera dicho que el dueño de la tienda habría sido el primero en darse cuenta, pero no fue así. Estaba tan ansioso por poseer la reliquia que ni siquiera consideró la posibilidad de que fuera falsa.

Virgil le vendió el bastón por ochenta dólares, junto con una garantía de autenticidad, que redactó y firmó allí mismo, delante del tipo. También le dio un recibo.

Virgil era capaz de sacar beneficios de un cubo vacío. A veces me preguntaba yo qué habría pasado si hubiera elegido una línea más legítima de actividad, si no se habría convertido ya en uno de esos capitanes de la industria, un barón desfalcador respetado en los círculos más selectos de la sociedad, pavoneándose en frac y chistera. Podría haber competido de igual a igual hasta con el viejo Rockefeller.

Veintiséis

YO LO estaba absorbiendo todo, el repertorio completo de timos que Virgil se sabía de memoria. Uno de sus favoritos era la historia del cupón. Tenía una carpeta de piel llena de documentos falsos: facturas, pedidos y recibos, todos genéricos, muy fáciles de conseguir en cualquier papelería. Sin embargo, había unos papeles que había mandado imprimir especialmente, cupones donde podía leerse: «Vale por 50 dólares en la compra de cualquier artículo. *Precio del cupón: 20 dólares. Caduca el—.*» Ahí garabateaba la fecha del día cada vez que los usaba.

—Un hombre con una imprenta y una hipoteca te imprimirá prácticamente cualquier cosa por dinero —me explicó Virgil— y no dirá ni pío. Papel de carta con membrete, certificados de acciones, líneas de crédito, tarjetas de visita, testimonios de autenticidad y notas de recomendación. Cuando la gente ve algo impreso, piensa que tiene que ser verdad.

Virgil vendía los cupones sobre todo a las puertas de los grandes almacenes, pero también trabajaba en las grandes cooperativas agrícolas. Las tiendas de ropa de señora funcionaban excepcionalmente bien. Yo esperaba en el Nash, con el motor en marcha por si Virgil venía corriendo. Sólo sucedió una vez, cuando lo persiguió un carnicero con el mandil manchado. Virgil se escabulló con la agilidad de un bailarín, pero aun así... Ya se me había calado el coche una vez y no quería que me volviera a pasar, de modo que gastábamos un montón de gasolina en mantener el motor en marcha cuando yo estaba al volante.

Virgil buscaba principalmente matronas.

—¿Tiene ya su cupón? —le preguntaba a una y, antes de que se le pudiera zafar, Rose lo abordaba a él.

—¡Ya sé cuáles son! ¿Le quedan algunos?

—Unos pocos. El número es limitado.

Inmediatamente, la otra señora intentaba apartar de un codazo a Rose.

—¿Qué es eso que tiene?

—Cupones. Cuestan veinte dólares, pero valen cincuenta. Sólo tiene que responder unas preguntas...

—¡Ya las respondo yo! —lo interrumpía Rose.

Claro, eso azuzaba el instinto competitivo de la otra mujer.

—Yo estaba aquí antes que usted —soltaba secamente la señora e insistía en ser la primera.

La idea de los cupones consistía en que el comercio donde estaban

a punto de entrar las mujeres, ya fuera un supermercado Piggly Wiggly o una boutique de lujo, estaba premiando la fidelidad de las clientas. Las mujeres sólo tenían que contestar unas cuantas preguntas, mientras Virgil fingía prestarles atención y hacía garabatos sin sentido en su libreta de notas.

—¿Qué cuánto tiempo hace que compro aquí? Bueno, pronto hará siete años… No, espere… Durante dos de esos siete años estuve viviendo en Texarkana, por lo que quizá sea mejor si…

—No importa, pondré siete —decía Virgil.

Las mujeres se arremolinaban a su alrededor, empujando y agitando el dinero, mientras una le insistía en que le vendiera dos cupones y otras dos se peleaban como perro y gato por quién había llegado primero, hasta que Virgil tenía que gritarles y asegurarles que las dos podrían comprar un par de cupones.

Era un trabajillo rápido. «Pim-pam, gracias madame», como decía Virgil. Vendíamos un fajo de cupones y salíamos pitando, antes de que una de las señoras intentara cambiar el suyo en la caja. Era el último timo que hacíamos en cada pueblo, porque no puede haber peor furia que la de un tropel de mujeres estafadas cuando pretendían conseguir una ganga.

Un par de veces ocupé yo el lugar de Rose, para variar un poco, pero no funcionó ni la mitad de bien. Quizá porque las mujeres están adiestradas para ceder y casi nunca se quejaban cuando yo aparecía.

—Creo que la señora estaba aquí antes que usted, joven —me decía Virgil, pero la mujer replicaba:

—¡Da lo mismo! ¡Pasa, pasa, muchacho!

Aun así vendíamos cupones, pero no tantos, porque no conseguíamos crear la misma sensación de urgencia que cuando Rose intentaba colarse. Por lo visto, las mujeres no eran ni remotamente igual de competitivas con los hombres que con las propias mujeres.

Cuando se lo comenté, Rose me miró y me dijo:

—¿Y ahora te das cuenta?

Una vez, mientras íbamos por la carretera después de vender cupones en un Piggly Wiggly, con la señorita Rose al volante y Virgil contando el dinero, Virgil soltó de pronto un grito:

—¡Ja!

Alguien nos había dado un dólar de menos. A Virgil le pareció fantástico.

—¿No os tengo dicho que el mundo está lleno de chorizos?

El silogismo fundamental de Virgil, tal como yo lo deducía, era el siguiente: *a*) es imposible estafar a un hombre honesto, y *b*) no hay hombres honestos. Tampoco abundaban los listos.

—¿Sabéis una cosa? —decía Virgil—. He trabajado este timo desde Raleigh, en Carolina, hasta Eugene, en Oregón. Del norte al sur

de estos Estados Unidos, de arriba abajo y otra vez arriba, y ni una sola vez en todo este tiempo ha habido una sola persona (ni una sola, nunca) que tuviera cabeza suficiente para preguntar: «En lugar de vender cupones de cincuenta dólares por veinte, ¿por qué no regala la tienda directamente cupones de treinta dólares? ¿Por qué tenemos que pagarlos? ¿Por qué es preciso que haya dinero en efectivo de por medio?»

Virgil también tenía respuesta para eso (una excusa articulada en términos vagos sobre la necesidad de «hinchar las ventas generales a efectos de inventario»), pero nunca se había visto en la necesidad de usarla.

—¿Lo veis? —dijo—. Si eres así de estúpido, te mereces que te timen.

—Ya estás otra vez con lo mismo —replicó Rose—. Culpando al pardillo.

—¿Y qué? —preguntó él—. ¿A quién vas a culpar? ¿A mí?

A Virgil siempre le gustaba acercarse a la oficina de correos cuando pasábamos por un pueblo, buscando «dinero para el postre», como decía él, como si no fuera posible comprar un montón de postres con lo que Virgil estafaba.

Iba a la sucursal de correos para enviarle una tarjeta de cumpleaños a su sobrino favorito. La inexistencia de dicho sobrino no era obstáculo para que le profesara un cariño intenso y perdurable. Tenía una pila de tarjetas de cumpleaños baratas, todas con la misma dirección imaginaria escrita en el sobre.

Virgil entraba en la oficina con dos de esos sobres: uno cerrado, escondido en el bolsillo, y otro abierto, que sostenía en la mano.

—¿Tendría una pluma? —preguntaba en el mostrador, con todo su encanto de persona honesta—. Tengo un sobrino que pronto irá a la universidad. El hijo de mi hermana. Un poco de apoyo le irá bien.

Entonces Virgil escribía en letras grandes y claras: «Un muy feliz cumpleaños para Bucky, mi sobrino favorito, de su tío Tucker.» Después le decía al empleado:

—¿No tendrá por ahí un billete de diez dólares, a ser posible nuevecito y crujiente?

—Claro que sí —respondía el funcionario.

Entonces Virgil le entregaba un montoncito de billetes de un dólar y, en cuanto el funcionario le daba el de diez, deslizaba éste dentro de la tarjeta y cerraba el sobre, justo a tiempo para oír decir al funcionario (ya lo habrán adivinado):

—Me ha dado un dólar de menos.

—¿Un dólar? ¿Está seguro? ¿Podría contarlo otra vez?

Mientras el funcionario de correos contaba los billetes de un dólar, poniendo ahora más cuidado que antes, Virgil se ponía a

rebuscar en los bolsillos del abrigo, murmurando:

—Estoy seguro de que tengo otro dólar por aquí, en alguna parte.

En ese momento, hacía el cambiazo, dejando en el bolsillo la tarjeta con el billete y sacando la otra, la que estaba dentro de un sobre cerrado, en cuyo interior había exactamente cero billetes de diez dólares.

—Le diré lo que vamos a hacer —decía Virgil—. Usted se queda con esto y yo voy en una carrera al coche.

Recogía el montón de billetes de un dólar, dejando en prenda el sobre cerrado, y salía a toda prisa. «Ningún riesgo —pensaba el funcionario—. Si no vuelve, tengo su dinero en este sobre cerrado.»

Sólo que no lo tenía.

Virgil decía que algunos funcionarios no abrían el sobre hasta el final de la jomada, esperando recuperar los diez dólares para cerrar la caja. Pero muchos ni siquiera entonces lo hacían, porque sabían que abrir la correspondencia ajena era un delito federal.

—Ese sobrino mío ya debe haberse hecho rico —dijo Virgil una vez con cierta melancolía, mientras dejábamos atrás otra oficina de correos. No era fraude postal, porque el correo no llegaba a utilizarse. Era un timo de mostrador, simple y directo.

—Esperemos que el joven Bucky lo esté invirtiendo con sensatez —dijo Rose.

—En Biblias, tal vez —replicó Virgil.

—O en algún otro tipo de reliquia histórica —dijo Rose.

Y los dos se echaron a reír, ligeros y libres, como si el mundo no consistiera más que en ellos dos, como si estuvieran al tanto de una broma que sólo ellos pudieran entender.

Así prefiero recordarlos, antes de que las cosas salieran mal y los cadáveres empezaran a amontonarse, antes de que todo se descarrilara en Silver City.

Veintisiete

A DIFERENCIA del sobrino imaginario de Virgil, yo me estaba haciendo rico de verdad. O estaba más cerca de ser rico de lo que nunca había estado.

Repartíamos todos los beneficios entre tres, limpiamente, aunque algunos trabajos los hubiera hecho Virgil solo, sin ayuda. Mi rollo de billetes se volvía más grueso cada día, tanto que casi no podía abarcarlo con la mano.

En uno de nuestros forrajees, al este, por Oklahoma, Virgil decidió probar suerte con el timo de la lata. Escogió para eso los comercios más grandes de los pueblos que atravesábamos, dejando en cada uno, en el camino de ida, una o dos latas con etiquetas de organizaciones benéficas inexistentes: el «Fondo de los Buenos Samarita— NOS CONTRA EL HAMBRE», la «ASISTENCIA CRISTIANA: CRISTIANOS AYUDANDO A CRISTIANOS EN NOMBRE DE LA CARIDAD CRISTIANA», que era la organización de nombre más largo (había sido un toque de genialidad mencionar cuatro veces a los cristianos en una sola lata), o también la «Sociedad de Viudas y Huérfanos de Ultramar», o el igualmente benéfico «Fondo para Biblias y Galletas».

—No debemos usar el nombre de organizaciones auténticas, como la Cruz Roja o el Ejército de Salvación —decía Virgil—, porque uno de sus voluntarios podría darse cuenta.

De regreso a Silver City, pasamos a recoger las latas. Para eso Virgil me envió a mí.

—Pon cara de aburrido —me dijo—, como si fuera sólo un trabajo. Si te hacen alguna pregunta, te encoges de hombros y respondes: «Me envía la dirección.» Y si insisten…

Eso mismo. Un recibo. La respuesta de Virgil para todo.

Sin embargo, nadie me prestó la menor atención. Suponían simplemente que estaba haciendo lo que me correspondía. Pero fue un chasco. En uno de los mejores pueblos, recaudamos la rumbosa suma de ocho dólares en calderilla.

—¡Aquí no hay ni para una tarta de manzana! —se quejó Virgil—. ¡Ni menos aún para la bola de helado! ¡Rúcanos de mierda! ¿Cómo puede ser que un pueblo no done más de ocho dólares para una obra de caridad? ¿Es que ya no queda nadie que se preocupe por el prójimo?

Virgil se equivocaba en sus cálculos. Con ocho dólares habríamos podido comprar veintidós trozos de tarta, cada uno con una bola de helado, y aún nos habrían sobrado monedas.

—Cálmate —dijo Rose—. Las cosas no siempre salen bien.

—¡Claro, la gente es capaz de soltar veinte machacantes para comprar un cupón de mierda, pero no está dispuesta a ayudar al prójimo! ¿Qué me dices de eso? ¿Ocho dólares costrosos en un pueblo tan grande? ¡Te aseguro que esto es suficiente para hacerte perder la fe en la humanidad!

Virgil arrojó las latas en el maletero, pero sin renunciar aún a sacarles algún beneficio.

—¡Las navidades! —exclamó—. ¡Ahí es cuando de verdad nos servirán! ¡El nacimiento de Nuestro Señor! ¡El espíritu de la generosidad y todo eso!

Virgil siempre estaba hablando de aprovecharse de la codicia de nuestras víctimas, pero no había ninguna codicia en juego en el timo de la lata, o al menos ninguna que yo pudiera distinguir. Sin embargo, Virgil me lo explicó:

—No hay ninguna diferencia entre el que busca una ganancia monetaria y el que aspira a darse unas palmaditas complacientes en la espalda. Lo hace para mirarse al espejo al final del día y poder decir: «¡Qué bien lo he hecho!» ¡Como si arrojar un puñado de centavos a un problema fuera a hacerlo desaparecer! Como cuando el viejo Rockefeller repartió monedas de diez centavos entre los niños vagabundos. Dicen que después de hacerse las fotos, mandó recoger todas las monedas. Eso he oído.

—¿De verdad?

—Es lo que dicen.

—¿Quién?

—La gente.

Y me echó una mirada, como si yo no estuviera manteniendo mi parte de la conversación.

No insistí más, pero no estaba seguro de que Virgil tuviera razón cuando decía que una moneda no tenía ninguna repercusión en el panorama más amplio de las cosas.

Me hizo pensar otra vez en el efecto dominó, en cómo alguien podía recorrer Estados Unidos dejando caer dinero en las manos de los pobres más miserables, prácticamente al azar, y en los efectos imprevisibles que algo así podía tener para la gente. Las vidas que podía salvar. Las historias que podía cambiar. Cuando dejas caer una piedra en un lago, no puedes saber hasta dónde llegarán las ondas de la superficie.

Veintiocho

VIRGIL era capaz de juzgar un pueblo solamente por el tamaño de sus árboles. Lo descubrí cuando pusimos rumbo al oeste, hacia montes y valles más profundos. Las llanuras eran abiertas y desnudas, sin nada que rompiera el viento o ralentizara el polvo, y los pueblos que habíamos atravesado se acurrucaban detrás de árboles raquíticos, pequeños como arbustos e igual de ineficaces. Un poco más lejos, las colinas también eran calvas; pero más allá, los rompevientos se volvían más grandes y cubiertos de vegetación.

Íbamos recorriendo lentamente las calles de Cuthbert, un centro comercial regional con casas de ladrillo rojo y aceras pobladas de robles.

—Aquí los árboles son más grandes —dijo Virgil—. ¿Lo habéis notado?

Era cierto, los de allí eran más grandes que la mayoría. Pero yo no conseguía ver adónde quería llegar Virgil.

—Cada árbol del suroeste ha sido plantado por el hombre. Antes de que llegaran los colonos, aquí no había más que praderas y bisontes. Cada uno de estos árboles ha sido plantado. Cuanto más grandes, más viejo es el pueblo. Y si el pueblo es viejo, también lo es el dinero.

—O llueve más —dije yo.

—Mejor aún —replicó Virgil—. A más lluvia, mejores cosechas. Si las cosechas son buenas, tiene que haber más dinero circulando de lo normal. Para árboles más grandes, necesitamos timos más grandes.

Virgil también se había fijado en otro detalle extraño.

—Sólo dos entidades financieras. ¿Lo habéis visto?

Dio media vuelta con el coche y nos hizo pasar otra vez por el mismo sitio. Era cierto, había solamente una cooperativa de ahorros y una sucursal del First National Bank, en un majestuoso edificio con la fachada de ladrillo cubierta de hiedra. También había un par de sitios que cambiaban cheques y una oficina de préstamos un poco más allá, pero ningún banco auténtico, aparte del First National. No había ningún otro sitio donde dejar marinar los ahorros.

—¿Un pueblo de este tamaño, con sólo dos bancos?

—Los mismos que tiene Paradise Flats —dije yo.

—¿De verdad? ¡Mierda, si lo hubiera sabido...!

Dio otra vuelta y el First National volvió a pasar flotando delante de nosotros, mientras Virgil lo contemplaba con expresión avariciosa.

—¡Todas esas cuenta bancarias concentradas en un solo lugar! —susurró.

—No estarás pensando en… —dije yo.

Rose y Virgil se echaron a reír. A carcajadas. De una manera un poco hiriente.

—¿En qué? ¿En entrar pegando tiros? ¿En agujerearlo todo a balazos como lo habría hecho Clyde Barrow? —aulló Virgil—. ¿Qué te parece, Rose? ¿Te apuntas?

—Lo haría —respondió ella—, si no fuera porque acabo de ir a la peluquería. Si me salpica tu masa encefálica, se me podría arruinar la permanente.

—¡Ja! ¡Wheaties nos toma por un par de delincuentes, Rose! ¡Y pensar que ni siquiera me gusta dispararle a una Biblia!

Entonces se rieron un poco más, aunque en realidad lo eran. Delincuentes, quiero decir.

Virgil buscó un lugar donde aparcar frente al sombreado parque del pueblo. ¡Si hasta manaba agua de la fuente! Ése sí que era un auténtico signo de riqueza: la capacidad de derroche.

Virgil se volvió hacia la señorita Rose.

—¿Qué hacemos? ¿El truco del inspector de bancos?

—No sé, Virg. Ese truco normalmente lo preparamos. No acaba de gustarme la idea de hacerlo sobre la marcha.

—Muy bien —replicó él—, entonces renunciamos al seguimiento y nos conformamos con el primer golpe.

—¿Sin seguimiento? —Eso también la hizo reír—. Te estás volviendo un blando, Virg. Antes, cuando los tenías agarrados por el cuello, no los soltabas. ¿Qué ha pasado? ¿Te da miedo la cárcel?

La sonrisa se evaporó de la cara de Virgil. Si Rose esperaba un alarde de valentía, no lo vio.

—«Miedo» no es la palabra, Rose. No pienso volver a Eastham, lo sabes.

—Lo sé.

—No podría.

—Lo sé.

Rose se sintió culpable por haber estropeado la diversión. Lo noté por el silencio que en ese momento se hizo en el coche. Y cuando finalmente habló, lo hizo con una dulzura que hasta entonces nunca le había oído.

—De acuerdo entonces, Virgil. Lo haremos de una sola vez. Sin seguimiento.

—¿Has estado en Eastham? —pregunté, pero Virgil hizo como que no había oído la pregunta.

Metió la marcha en el Nash y prosiguió su lento recorrido por la calle principal.

—Ojos atentos —dijo.

—¿A qué? —pregunté yo.

—Una iglesia. Y una cabina de teléfono.

Pasamos junto a una cabina delante de la farmacia y bar de refrescos de Walt, y poco después encontramos la iglesia. Era un templo baptista, con una torre delgadísima coronada en lo alto por una cruz tan fina que resultaba casi invisible. Pero lo que Virgil buscaba era el edificio anexo: la casa del pastor.

—No hay tiestos con flores —dijo—. Eso es malo.

Contra la puerta delantera había una bicicleta, apoyada descuidadamente. Una bicicleta de hombre, pintada de rojo festivo, con un reborde anaranjado.

—Vámonos —dijo Virgil, alejándose—. Sigamos buscando.

Tuve que preguntar.

—¿Por qué no...?

—Apostaría la Biblia de mi familia, con o sin agujero de bala, a que el pastor baptista está soltero. Además, es joven, por lo que se ve. Poco o nada de ahorros. No tiene sentido insistir por ahí.

Más allá, por encima del dosel de hojas de roble que cubría el pueblo, divisamos la torre de planta cuadrada de los presbiterianos. Una iglesia más grande y una casa más grande para su ministro. Flores en el frente: pensamientos lozanos y bien regados. Cortinas de encaje tapando las ventanas, pero con un hueco por donde asomarse y mirar. Había incluso unos calzones de vieja ondeando en el tendedero del fondo. Cierto que estaban discretamente disimulados detrás de unas sábanas, pero resultaban perfectamente visibles cada vez que soplaba el viento.

—¡Premio! —dijo Virgil.

Leyó el nombre en el tablón de anuncios que había delante de la iglesia. El sermón de la semana versaba sobre el pecado, tanto el que era original como el que no, y el nombre del clérigo era W. Pegler.

—Con la residencia del reverendo Pegler, por favor. El ministro presbiteriano. Gracias, operadora. Sí, espero.

Estábamos en la cabina telefónica, y a Virgil ya lo estaban poniendo con la casa de Pegler. Conseguir el número había sido tan fácil como chasquear los dedos. Y también lo que vino después.

—¿Señora Pegler? Le habla el agente Grimes, del Departamento Especial de Fraude Financiero. Tengo una noticia un tanto... desagradable en relación con su cuenta en el First National. Porque usted tiene una cuenta de ahorros con esa entidad, ¿no es así? Sí, señora, esa misma. Verá, será mejor que me llame usted por una línea segura. Ahora voy a colgar. Marque el número de la comisaría de policía y pida que le pasen con mi línea confidencial. —Le dio una clave—. Estaré esperando su llamada.

La señora Pegler colgó, pero Virgil no. Tapó el auricular y se quedó escuchando, mientras la señora marcaba cuidadosamente el

número de la policía. Cuando lo hubo hecho, le pasó el teléfono a Rose.

—Departamento de Policía de Cuthbert —dijo Rose—. ¿En qué puedo ayudarla? ¿Qué número? ¡Pero... pero si es la línea privada del agente Grimes! ¡Sí, señora! ¡Ahora mismo la paso!

Rose le devolvió el teléfono a Virgil.

—Aquí Grimes. ¡He dicho que dejaran libre esta línea! No me importa que sea una emergencia. Estoy esperando una llamada importante acerca del First National... ¡Oh, señora Pegler! ¿Es usted? ¡Gracias por llamar tan rápidamente! Lo mencionaré en mi informe. Veamos ahora... Señora Pegler, le conviene sentarse para oír lo que voy a decirle...

Lo que Virgil desplegó fue una historia de corrupción y codicia (de pecado, incluso), que llegaba hasta las entrañas del First National Bank. ¿Una señora mayor? ¿La esposa de un reverendo? ¡Ah, cómo podían haber caído tan bajo!

—Lo sabía —boqueó ella al otro lado de la línea—. Es ese director nuevo, ¿verdad? Ese chico del norte.

Cuando te regalan la información de ese modo, ya no puede ser más fácil.

—Me temo que sí —dijo Virgil—, Creemos que ha estado moviendo dinero sucio a través de su cuenta. El escándalo podría ser mayúsculo si se corre la voz, de modo que no le diga ni una palabra a nadie, ni siquiera a su marido, ¿me oye? Es un buen hombre y no queremos mezclarlo en esto. ¿Tiene unos guantes a mano?

Hemos de ser cuidadosos para no contaminar las pruebas, sobre todo cuando se trata de... dinero sucio.

Lo bueno era que «dinero sucio» podía significar cualquier cosa: opio, casinos clandestinos, burdeles, trata de blancas o asociaciones católicas de beneficencia. Podía tener el significado que cada uno quisiera darle. Virgil lo dejaba librado a la imaginación de la víctima.

Ya había hecho sonar el gong del miedo; ahora llegaba el momento de agitar las campanillas de la recompensa.

—Si nos ayuda a atrapar a ese... joven norteño —le dijo Virgil, arrastrando las palabras especialmente para ella y cargando de desprecio cada sílaba de ese «joven norteño»—, si colabora con nosotros para poner a ese yanqui desaprensivo en el lugar donde tiene que estar, le aseguro que habrá una mención esperándola en la cena anual del ayuntamiento. Y un asiento al lado del alcalde.

¡Un asiento en la cabecera de la mesa, en una cena cuya fecha aún estaba pendiente de determinar! ¡A la vista de todos! ¿Cómo hubiese podido negarse?

Era fascinante ver a Virgil jugar así con la gente, como si ellos fueran un violín y él un hombre con doce dedos. Hacía que me

preguntara si algunos se darían cuenta alguna vez de que estaban jugando con ellos. También me preguntaba si yo me habría dado cuenta.

La señora Pegler era una matrona altiva, que vino a reunirse con nosotros en el parque como un frenético torbellino, con una delantera que llegó a destino cinco segundos antes que el resto de ella. Llevaba unos guantes blancos y apretaba con fuerza un bolso de mano.

—¿Ha traído el dinero? —preguntó Virgil.

Ella asintió. Jadeante. Atenta. Lista para cumplir con su deber cívico.

Virgil (o mejor dicho, el agente Grimes) le había pedido que retirara del banco sus ahorros personales, más de quinientos dólares en total, para «analizar el dinero en busca de pruebas» y volver a depositarlo después en su cuenta, junto con una «compensación federal» del veinte por ciento. De algún modo (nunca llegué a comprenderlo del todo), analizando su dinero y depositándolo de nuevo en su cuenta conseguiríamos desenmascarar de una vez por todas a ese jovencito norteño. ¿Analizarlo? ¿Para qué? ¿Con qué objeto? Eso no llegó a explicarse nunca.

Virgil me presentó como un agente federal.

—Uno de nuestros mejores cerebros jóvenes en el campo de la polinización química por sodio. Si hay alguien capaz de atrapar a un empleado de banca que se ha torcido, éste es el hombre.

Yo asentí y guardé silencio, intentando parecer competente en lo que fuera que pudiera implicar la «polinización química por sodio».

—Nuestro muchacho examinará su dinero en el laboratorio —le explicó Virgil, cuando ella le entregó un grueso sobre lleno de billetes.

Después, sacó su libreta y la miró de hito en hito.

—¿Notó algo sospechoso mientras estaba en el banco?

—¡Sí! Cuando fui... cuando me acerqué a la caja... yo... yo...

Parecía como si se nos fuera a desmayar.

—Señora, le aconsejo que haga una inspiración profunda y que se serene. No tiene nada que temer. Yo estoy aquí y todo está bajo control.

Virgil era la voz de la calma en un mundo de locos.

—Bien, verá usted —dijo ella—, cuando yo... cuando retiré ese dinero... el cajero, un chico joven, que según creo es metodista, me preguntó: «¿Se siente bien, señora Pegler?» ¡Como si supiera que algo iba mal!

—Hum. Es posible que el cajero también esté implicado —dijo Virgil—, compinchado con el director.

—Y me pidió que le deletreara mi apellido. ¡Dos veces!

—¿Dos veces? —Virgil pareció sorprenderse ante lo inaudito de la exigencia—. ¿Dos veces, señora Pegler?

—¡Así es! Y después… cuando el director pasó por allí… haciéndose el inocente y actuando como si nunca hubiese roto un plato… el cajero lo miró. ¡Y los dos se hicieron un gesto, como diciendo que sí con la cabeza!

Virgil cerró bruscamente la libreta y se volvió hacia mí.

—¿Has oído lo que acaba de decir la señora?

Yo fruncí el ceño, con un gesto adecuadamente lúgubre.

—Esto es peor de lo que pensábamos —dijo Virgil—. Señora, váyase a casa y espere junto al teléfono. Aquí el muchacho —me señaló con un gesto— la llamará, dejará que suene el teléfono una vez y colgará. Después lo dejará sonar dos veces más y colgará. Después, fres veces. Pase lo que pase, no conteste el teléfono antes de eso. Puede que ellos intenten ponerse en contacto con usted, señora Pegler. Puede que intenten comprarla con… dinero sucio.

—¡Eso nunca! —jadeó ella.

—Espere junto al teléfono, señora. En cuanto su dinero esté depositado en su cuenta y ese chico del norte esté debidamente esposado, la llamaremos. Y espero que le guste el cordero, porque creo que está en el menú de la próxima cena anual del ayuntamiento.

Ella hizo un gesto afirmativo, orgullosa de cumplir con su parte. Además, era cierto que le gustaba el cordero.

—Déjeme solamente que le extienda un recibo por su dinero —dijo Virgil— y ya podrá marcharse.

Y eso fue todo.

Salimos de allí con más de quinientos dólares. Nuestro mayor golpe hasta entonces.

Volvimos a Silver por la carretera. Las luces de la ciudad estaban desperdigadas como cuentas en lo más distante del cielo y yo me incorporé desde el asiento trasero para preguntarle a Virgil que era un «seguimiento».

—¿Un seguimiento? —dijo él—. Ah, eso. Es cuando has pelado los huesos y vas por la médula. Les sacas hasta el último dólar, hasta la última perra gorda. Les limpias todas las cuentas, todos los planes de ahorro, todos los seguros y todas las líneas de crédito que tengan a mano… absolutamente todo. Los sigues llamando, una y otra vez, pidiendo más, subiendo la apuesta en cada ocasión con amenazas, promesas o lo que haga falta. Los exprimes y los sigues exprimiendo, como si fueran un limón, hasta que no queda nada más que pulpa y piel, hasta que ya no pueden dar nada más.

—¿Y entonces?

—Entonces los tiras.

Veintinueve

CADA vez que volvíamos a Silver City, llenos de dinero como siempre, Rose y Virgil entraban en una fase derrochadora y se dedicaban a engullir bistecs de diez dólares, hartarse de vino de veinte dólares y exagerar demencialmente con las propinas. Desperdigaban el botín a su alrededor, como si fuera la hojarasca de un ciclón.

¿Lo mejor del final de la Ley Seca? La explosión de clubs nocturnos que siguió. La cerveza y la música en directo no se agotaban nunca. Rose y Virgil dormían hasta tarde y después, al ponerse el sol, atacaban las salas de baile, arrastrándome a mí como una piñata sin reventar.

—¡Tú lo llevas dentro, muchacho! ¡Sé que lo llevas!

—¡Vamos, Wheaties! —reía Rose—. ¡Suéltate!

Silver City tenía una vida nocturna palpitante. El jazz había echado raíces en la ciudad y cada hotel o sala de baile que mereciera tal nombre tenía orquesta propia. Las señoras que hacían de carabina en Paradise Flats se habrían muerto allí mismo si hubiesen visto lo que llegábamos a hacer cuando nos hervía la sangre, con Virgil haciendo que Rose le pasara rodando por la espalda, hombro con hombro, para deslizársela después entre las piernas, lo que no era nada fácil, porque Virgil no era mucho más corpulento que la propia Rose.

Era el swing de las grandes orquestas de jazz, y cuando la música resonaba con sucesivos solos de trompeta y clarinete ejecutados de pie y con la cadencia que el contrabajo y la percusión mantenían vibrando en el aire, Rose y Virgil se arrancaban con algún *shim-sham-shammy*, un zapateo de suela, punta y arrastre, con los brazos en alto como si estuvieran rodeados y sacudiendo primero una pierna y después la otra, como si llevaran algo pegado a las suelas. Eran pasos de baile que intentaban enseñarme y que me explicaban de uno en uno. Yo era capaz de dividirlos en movimientos más simples, que conseguía memorizar, pero me resultaba imposible enlazarlos. Había demasiadas variables.

—¡No tienes que memorizarlos, tienes que vivirlos! —me gritaba Virgil.

Jive y hot jazz. Había unos pasos establecidos, pero el baile en sí era todo improvisación. Rose y Virgil se deslizaban de una variante a otra, respondiendo a señales que intercambiaban sin una palabra, con las mejillas enrojecidas y sonrientes. Rose hacía girar a Virgil y Virgil a Rose. El *jitterbug* y el *lindy hop* fluían el uno en el otro, como un líquido trasvasado una y otra vez entre dos recipientes. Casi lo mismo, pero no del todo.

Empezábamos la noche en uno de los hoteles más grandes de la ciudad, brillantemente iluminado, donde la orquesta desplegaba unos ritmos sincopados que te hacían vibrar las costillas o se deslizaba suavemente hacia una modalidad más lenta, al estilo de *Stompin' at the Savoy*. Pero Virgil se cansaba pronto.

—¿Se creerá que es Benny Goodman? —se quejaba a gritos del director—. ¡Vámonos de aquí!

Y nos arrastraba hasta las calles estrechas y los pasajes oscuros de los barrios más apartados de la ciudad: «Al otro lado del otro lado de las vías», como él mismo decía.

Mientras que en las salas de baile blancas la entrada costaba cincuenta centavos y hasta un dólar, en los locales de la gente de color de Silver City se podía entrar por diez centavos e incluso gratis, mientras pagaras una copa. La música palpitaba como la sangre en las sienes. Desde jazz hasta *fast blues*. Música espesa como el humo y caliente como el sudor. Allí no colgaban ningún reglamento sobre lo lejos que podía llegar la mano de un bailarín bajando por la espalda de su pareja, ni había advertencias sobre pasos que pudieran inducir variantes inmorales. Nada de eso. Sólo movimiento y música, y música en movimiento, y el sabor del ron en la lengua.

Yo miraba al negro que tocaba el piano desgranando un *boogie-woogie* a través del teclado, con la mano izquierda marcando un ritmo constante mientras la derecha jugaba suelta y libre. Y cuando el director de la orquesta animaba a las parejas a ocupar el centro de la pista para «brillar con luz propia», Virgil y Rose rompían a bailar los pasos del *big apple*, sobre todo el de la gallina, con los brazos en jarras y agitando la cabeza adelante y atrás como si fueran aves de corral picoteándose las mejillas, y seguían después con un doble charleston o un *suzy-q*, con la batidora o con un giro repentino. Bailaban como si el tiempo estuviera a punto de agotarse. A menudo practicaban el pavoneo *cockney*, que consistía en golpearse las rodillas con las manos y agitar después los pulgares por encima de los hombros, al grito de «¡Oy!». Virgil lo había aprendido en la terraza del Saint Regis, en Nueva York, según decía, y él se lo había enseñado a Rosalind.

—Y ella se ha aficionado a este baile como un francés a los polvos —decía Virgil, sonriendo.

Ya fuera *jive, swing* o jazz, Virgil y Rose siempre se animaban. Y si había demasiadas parejas en la pista, Virgil atraía a Rose hacia sí para bailar el *balboa*, los cuerpos unidos, torso contra torso y a paso rápido, los dos moviéndose a toda prisa para no llegar a ninguna parte. Bailaban hasta cubrirse de una pátina de sudor. Bailaban hasta estallar de alegría. Con frecuencia éramos las únicas caras sonrosadas de la sala, pero Virgil y Rose se movían tan bien y con tanta soltura que nunca nadie nos miraba mal. El resto de la gente incluso los animaba,

aplaudiendo y gritando, mientras la orquesta arremetía con *Flat-foot floogie with the floy floy*. No hacían más que alardear, Virgil y Rose, y por eso mismo la gente los adoraba. Las orquestas eran todo brío por aquellos contornos y cuando aquellas rubias platino de piel de carbón subían al escenario, te podían abrir un agujero en el corazón con sus canciones.

Yo no había tenido mucho contacto con el lado de piel oscura de la vida, excepto de pasada. Había oído decir que eran todos vagos y drogadictos, pero nunca había prestado mucha atención. Los negros habían sido los más afectados por los tiempos que corrían, de eso no cabía duda. Estaban emigrando al norte, a Nueva York y otras ciudades del este. De camino hacia las soleadas aceras de Harlem. Pequeños agricultores y arrendatarios, expulsados de la tierra que trabajaban y que nunca habían poseído. En los apartaderos de las estaciones de tren, los trabajadores negros caían abatidos regularmente por los hombres del Ku Klux Klan, para que los blancos tuvieran más empleos. Siete murieron a tiros en Mississippi, solamente en un año. Era como si ellos vivieran en otro país completamente distinto. Y murieran también en él.

Antes de salir para una noche de jazz, Virgil se ponía un sombrero flexible como el de Buster Keaton y dejaba en casa su fedora y sus panamás. El traje que llevaba... bueno, yo nunca había visto nada igual. La última moda, directamente de Nueva York, según él mismo decía. *Zoot*, lo llamaba él. «Al estilo de Harlem», decía. Pantalones de talle muy alto, casi hasta las axilas, que se ensanchaban como globos sólo para ceñirse después en los tobillos, y una chaqueta que le colgaba prácticamente hasta las pantorrillas. Completaban el conjunto el más voluminoso de los pañuelos metido en el bolsillo, irnos tirantes, una pajarita blandamente anudada y una larga cadena de reloj balanceándose por debajo. Y todo ello con llamativas rayas y colores contrastantes, naranja, verde y amarillo mostaza, como un rótulo de neón convertido en género textil. Habrían hecho falta hectáreas de tela para confeccionar un traje como ése y supongo que ésa precisamente era la gracia. Vestir la riqueza. Es difícil pavonearse vestido de ese modo y no parecer estúpido, pero en honor a Virgil debo decir que a él le salía muy bien.

¿Y Rose? Bueno, sus vestidos nunca dejaban de moverse, incluso cuando estaba sentada. Tonos rosa pastel y amarillo pálido. Pliegues y volantes. Bajos semejantes a cintas de encaje desgarradas por el viento. Cuando hacía un giro en la pista de baile, las cuentas de sus collares y el vuelo de su falda susurraban y se arremolinaban, y entonces aparecían sus rodillas en un destello, sólo un instante, pero lo suficiente para dar de comer a un hombre hambriento durante toda una semana.

—¡Tiene algunos pasos que harían palidecer de envidia a la mismísima Gypsy Lee! —aullaba Virgil.

Con el jazz suave como una espiral de regaliz, Rose y Virgil lo daban todo en la pista, moviéndose en tranquilo y controlado frenesí, con Virgil inclinado dentro de su traje fabuloso, chasqueando los dedos, con los ojos cerrados y pidiendo: «¡Dadme más, muchachos! ¡Arrasadme!» Y Rose… Bueno, Rose realmente te llegaba adentro cuando la música hervía: balanceando las caderas, subiendo las rodillas con más descaro a cada minuto, y los tipos de color en el palco de la orquesta tocando a pleno pulmón y dejándose ir, condimentando el aire con sal, azúcar y loca improvisación, hasta que sentías que te ahogabas en todo eso, con delirante alegría, y tus sentidos se tambaleaban y empezabas a pensar que quizá estuviera allí nuestra salvación, en el jazz y el swing, en cierta libertad desesperada, en la sed.

A menudo yo me preguntaba por qué me habrían llevado Virgil y Rose con ellos. Necesitaban un ayudante, sí. Pero cuando los veía venir de la pista en busca de un sorbo de ron, riendo y con las mejillas encendidas, antes de irse por más, pensaba que quizá sólo necesitaban alguien que los mirara bailar. Alguien que no fuera un desconocido.

Treinta

EL TRUCO era quedarse con el *boogie-woogie* hasta el final, hasta agotar las trompetas y salir barrido al exterior con los últimos jirones de la noche.

Si lo hacíamos en el momento justo, sólo teníamos que caminar una hora más por las calles, antes de que empezaran a encenderse las luces de los restaurantes económicos, y entonces Virgil y Rose habían derrotado la oscuridad bailando. La mayoría de las tabernas tenían una clientela de obreros, a los que daban de comer a cambio de una especie de cheque-restaurante. Los hombres guardaban cola para llenarse el estómago, antes de ir a hacer frente a otra jomada de trabajo honesto. Una de nuestras paradas era un local en la intersección de las calles Devlin y Faust, en una zona industrial de naves y fábricas destartaladas.

Nos dejamos caer en una de las mesas del fondo y la señorita Rose se desplomó contra la pared, mientras terminaba el último cigarrillo de la noche. (Inmediatamente buscó otro, dejando claro que era «el primero del día».) Como de costumbre, a mí me hicieron sentar de espaldas a la puerta.

—Aquí, Jack. Siéntate.

No crean que no me había dado cuenta.

Virgil atacó un plato de huevos revueltos, mientras mojaba en el café la tostada con mantequilla, con el sombrero tan echa? do para atrás que era casi milagroso que se le sostuviera en la cabeza.

—¿Te gusta el juego? —me preguntó—, ¿Crees en la suerte?

—No.

Se metió en la boca el último trozo de tostada empapada y asintió con gesto aprobador.

—Muy bien.

Rose me miró.

—¿Por qué no? —dijo—. Cada timo es una apuesta. Lo mismo que el póquer, las tragaperras, las apuestas del trile, el bingo, la lotería, las cadenas de cartas o los sorteos benéficos.

—Un timo es un riesgo calculado —repliqué—, con las probabilidades a nuestro favor. Pero los juegos de azar... No hay nada que hacer si tienes las probabilidades en contra. Es como tratar de ganarle a un feriante en su propia caseta. O tratar de ser más listo que Dios.

—Muy cierto —dijo Virgil—, Los juegos de azar son la manera más segura de quedarse con nada a cambio de algo.

Rose asintió, reconociendo lo dicho como la verdad revelada que

era.

—En el lugar y el momento justos, a cualquiera de nosotros nos pueden timar —dijo Virgil—. Ahí tenéis a alguien como Amarillo Weil, uno de los grandes. ¡Hasta él cayó! Esquilmado por una damisela en apuros, a bordo de un vapor con rumbo a Europa. El imbécil se enamoró y ahí acabó todo. Cuando un sujeto cae en las redes de una dama, está perdido. ¿No es verdad, Rose?

—Qué me vas a decir a mí… —replicó ella.

—¡Ja! ¿Lo has oído, Jack? ¡Me está esquilmando!

—Desde luego —dijo ella en tono monocorde—. Una buscadora de oro, eso es lo que soy.

—¡Bueno, no será por mi belleza ni por mi encanto!

—¿No? ¿Qué otra cosa tienes?

Virgil se puso a marcar un ritmo rápido en la mesa, como si estuviera aporreando un tambor.

—Tengo sueños —dijo.

—Entonces ya tienes algo más que yo —replicó Rose.

Un obrero rozó nuestra mesa y Virgil guardó silencio hasta que se alejó.

—En mi caso —continuó, cuando pudo hablar sin riesgo de ser oído—, empecé por lo más pequeño. Mis primeros trabajos fueron en estaciones de tren y terminales de autobuses, en cualquier lugar donde hubiera personas en tránsito, atrapadas entre un origen y un destino. Esos sitios son como puntos de reunión para los pardillos. Con carteras gruesas como sándwiches de varios pisos. Todos están cansados y aburridos, y son fáciles de timar. Eran como huchas ambulantes y yo les ventilaba alegremente las monedas mientras pasaban. Vendía mercancías a los vendedores, liaba a los curas, engañaba a los tramposos y exprimía a los ingenuos. Fue allí donde llegué a dominar el cambiazo de la maleta.

Entre los muchos accesorios que utilizaba (las latas para recaudar dinero, las facturas, los recibos interminables…), Virgil poseía un juego de tres maletas, las tres de piel verde, idénticas en su diseño, con asas idénticas e incluso idénticos arañazos (una atención al detalle que me parecía verdaderamente admirable). Podía cambiar una por otra delante de las narices del pardillo, soltando el asa de la primera al inclinarse y cogiendo el asa de la segunda al volverse a incorporar, e incluso era capaz de cambiar ésta por una tercera si quería, mientras distraía a la víctima con halagos y hueca palabrería. Era un truco que hasta ese momento había evitado enseñarme.

—Lo aprendí del mejor —dijo Virgil—: *Maletín* Simpson, de Omaha. Nadie hacía el cambiazo como él. Era un artista.

—*Maletín* Simpson era un borrachín con debilidad por los chavales —apuntó Rose.

—De acuerdo, un artista con defectos —reconoció Virgil.

—Y un jugador —dijo Rose.

—Cierto —reconoció Virgil—. Maletín perdía en las mesas de juego todo lo que ganaba. Casi parecía que lo hiciera adrede. Pero Rose lo conoció al final de su carrera y no en sus mejores momentos. A lo que voy es que la primera vez que tuve que vérmelas con gente del juego fue cuando estaba trabajando el circuito de las estaciones. Unos tahúres intentaron timarme. También fue entonces cuando descubrí la manera de darle la vuelta a un picadillo. ¡De verdad! Estaba yo en Nueva York...

—En Albany, me habías dicho —lo interrumpió Rose.

—El muchacho no sabe dónde queda Albany —replicó Virgil con impaciencia—. Nueva York suena más impresionante.

Yo no sabía lo que era un picadillo, ni cómo se hacía para darle la vuelta, pero era evidente que para Virgil era un motivo de orgullo haberlo descubierto.

—Me estaba haciendo pasar por cachorro de la familia Rockefeller —contó Virgil—, un primo lejano, pero respaldado por la fortuna familiar. Me pavoneaba como un novillo alimentado con pienso. Estaba en Nueva York (¡de acuerdo, en Albany!) y llevaba un tiempo liando a los patanes y a los chicos de ciudad con la historia de un Rolls averiado y de los favores que serían recordados y generosamente recompensados. Estaba alojado en un hotel y de pronto aparece un vendedor de la zona (un sujeto alegre y amigable), que me invita a una partida de póquer. No acababa de pasar por la puerta cuando me di cuenta de lo que era aquello: el juego del limón. Toda una velada de póquer, preparada especialmente con el único propósito de exprimir a un pardillo. Yo.

Virgil se inclinó sobre la mesa y me miró directamente a la cara con esos extraños ojos suyos sin pupilas.

—Jack, muchacho, si alguna vez te sientas a una mesa de póquer, mira a tu alrededor. Si no logras reconocer al pardillo, vete, porque eso significa que el pardillo eres tú. —Se echó el sombrero más atrás todavía—. Verás, mi amigo el vendedor era el gancho y sus compinches me habían elegido para limpiarme. Lo habían preparado todo para hacerme el timo del picadillo.

—¿Y qué es eso, exactamente?

—¿El picadillo? Es cuando el pardillo recibe lo que parece ser una mano ganadora. Las apuestas suben y siguen subiendo, hasta que el primo, envalentonado por las ganancias inminentes, prepara un cheque por una suma muy importante para avalar la apuesta. En su fuero interno, está pensando: «En el peor de los casos, mañana me presento en el banco a primera hora de la mañana y anulo el pago.» Las apuestas siguen subiendo y el pardillo pierde, lo que aumenta

tanto su pánico como el alivio que sentirá después, porque justo en ese momento vuelve el gancho, que había salido a buscar hielo. El hombre ve lo que ha sucedido y finge enfurecerse, acusando a los otros jugadores de tratar de estafar a su amigo. Les exige que le entreguen el cheque y, en cuanto lo tiene en sus manos, lo hace picadillo y lo tira por el retrete. «Ya está —dice—. Seguiremos jugando, pero por centavos y nada más.» Para entonces, el pardillo está eufórico. ¡Qué cerca ha estado! Durante el resto de la noche, los otros lo hacen beber y le cuentan anécdotas picantes. Al final, le dan unas palmaditas en la espalda, lo acompañan a su habitación y lo ayudan a meterse en la cama. A la mañana siguiente, el primo se despierta con resaca en la habitación del hotel y da las gracias a todos los santos del cielo. Más tarde descubre que su cheque ha sido cobrado en cuanto abrieron los bancos, que nadie lo había hecho picadillo y que le han levantado de la cuenta bancaria cientos o incluso miles de dólares, y todo gracias a un sencillísimo pase de manos. Eso es el picadillo.

Entonces era magia. Magia negra, claro, pero magia al fin.

—Yo sabía que me tenían enfilado —dijo Virgil— ¡y vaya si me enfilaron! Pusieron en juego un mazo de cartas preparado y me repartieron cuatro ases, así, directamente. Una mano como ésa sólo se ve en las partidas amañadas o en las películas de Hollywood, Convencidos de que me había tragado el anzuelo, empezaron a subir más y más las apuestas. Para entonces, mi amigo había salido. Se duplicaron las cantidades que había sobre la mesa y de pronto van y me piden un cheque de cinco mil dólares… como garantía. ¡Qué demonios! Les extiendo un cheque de la cuenta de papi. ¿Y sabes qué? Uno de ellos tenía escalera de color. ¡Dos de las tres mejores manos del póquer en una sola ronda! ¿Qué probabilidades podía haber? Curiosamente, mucha gente piensa que con cuatro ases es imposible perder. Sin embargo, un póquer de ases no siempre es ganador, y en mi caso no lo fue. Pues bien, en ese momento entró mi adalid y se puso furioso, tal como estaba previsto. «¡Esto es un juego entre amigos!», gritó. Entonces hicieron picadillo mi cheque, lo tiraron por el retrete… y aquí es donde la cosa se pone buena. Me dejaron ganar la siguiente partida, porque les prometí que pagaría una ronda si ganaba. Como me querían emborrachar, me dejaron ganar. Fueron un par de cientos de dólares, allí mismo.

Virgil me explicó cómo iba al baño, cerraba la puerta y se metía los dedos en la garganta, hasta que devolvía todo el alcohol.

—Tienes que mantenerte sobrio —me aconsejó—. Nunca dejes que un pardillo te emborrache.

Lo más difícil, según dijo, fue aprender a vomitar en silencio.

—Seguí bebiendo y ellos siguieron adulándome —prosiguió Virgil —, Para terminar la noche, les pedí dinero prestado, con el pretexto

de que lo había gastado todo y quería alquilar una limusina para volver a casa al día siguiente. «Quiero evitar las colas del banco mañana por la mañana —les dije—. Puedo devolveros el dinero directamente, por giro telegráfico.» Les pareció incluso mejor que yo no quisiera ir al banco, de modo que soltaron otros cien dólares más. Justo en ese momento me empecé a quejar, diciendo que estaba mareado y que quería irme al hotel a dormir la mona. Me llevaron a la habitación y, en cuanto cerraron la puerta, me largué por la escalera de incendios. Dormí en el parque, decidido a coger el primer autobús que saliera por la mañana. Sabía que vendrían por mí en cuanto averiguaran que el cheque era enteramente ficticio, tanto por el nombre como por la cantidad. —Se echó a reír—. ¡Y vaya si vinieron!

—¿Qué pasó entonces?

—Cuatro costillas rotas de este lado, dos del otro y un pulgar que sigo sin poder doblar del todo. El primer autocar de la mañana se retrasó y el siguiente no salía hasta las ocho y diez. Fueron diez minutos nefastos. Me cazaron mientras esperaba en la terminal. —Rió todavía con más fuerza—. ¡En la terminal de autobuses!

¡Por todos los demonios, muchacho! ¿En qué estaría yo pensando? Tienes que planificar la fuga, hijo, asegurarte de que el camino esté libre. En la terminal de autobuses, nada menos. ¡En la terminal de autobuses!

Rose no reía. Por lo visto, no le veía el lado humorístico a los trabajos que salían mal ni a los huesos rotos que venían después.

—Aprendí la lección en Albany —dijo Virgil—. Necesitaba mis propias cuatro ruedas para futuras escapadas, aunque eso significara sacar un automóvil del desguace. Compré un Bearcat Stutz de segunda mano, una auténtica reliquia que había que arrancar con manivela una hora antes de que empezara a toser. Un par de años después lo cambié por un Modelo A, azul Niágara, recién salido de la línea de montaje. Cuatro cilindros, descapotable, tres velocidades. Una auténtica ganga, cambiar una cafetera como la que yo tenía por un Modelo A. Pensé que el vendedor que me lo cambió tenía que ser un verdadero idiota. Más adelante, descubrí que mi modelo de Stutz estaba muy valorado entre los coleccionistas europeos. El vendedor le sacó un poco de lustre y se lo vendió por un buen puñado a sus relamidos clientes de París. ¡Me había timado! Claro que eso fue cuando la gente aún tenía dinero para derrochar. Yo aún seguía conduciendo ese mismo Modelo A varios años después, cuando conocí a Rose.

—Detestaba ese coche —dijo ella— ...nada más que abolladuras y averías.

—Rose fue la última de las *flappers*, aquel tropel de chicas descocadas de los años veinte. Cuando la conocí, todavía llevaba los

pechos fajados, como si fueran caballos salvajes a punto de desbocarse. Quena tener el aspecto anguloso de un chico, eso era lo que buscaba.

—El estilo plano —dijo ella, a modo de explicación—. Llevábamos un montón de collares. El busto nos habría arruinado la línea.

—¡Y no sabes cuánto se alegró el mundo cuando las delanteras volvieron a estar de moda! —exclamó Virgil.

Rose le dio un golpe rápido con el revés de la mano, mientras echaba una mirada a los otros comensales.

—La gente podría oírte.

—¡Demonios, Rose! No hay más que un par de obreros muertos de hambre colgados de la barra —dijo él—. Por la pinta que tienen, no parece que les hayan dado el trabajo que buscaban. No les vendría mal un poco de animación. ¿Verdad, chicos?

Virgil se había dirigido a los hombres con monos y botas de trabajo que estaban en la barra, pero ninguno se volvió.

—¡Oh, al diablo con ellos! Verás, Jack, cuando aparecieron esos nuevos sostenes, pensados para subir y sujetar, en lugar de achatar y retener, ¡cómo decirte!, se levantaron a la vez el busto femenino y el ánimo de los hombres. Un gran salto adelante en el progreso humano fue el día que Maidenform inventó las tallas de los sostenes y alfabetizó consecuentemente a las mujeres de la A a la D. Me alegré mucho de que dejaran de achatarlas. ¡Ojo! Aún echo de menos aquellas faldas con los bajos donde deben estar, a la altura adecuada para que un hombre pueda admirar debidamente las rodillas femeninas.

—Tampoco era muy divertido para nosotras —dijo Rose— ir fajadas de esa forma. —Dejó escapar una sonrisa—. Sobre todo cuando una tiene curvas.

—¿Eras una de esas *flappers* cuando conociste a Virgil? —le pregunté a Rose.

—No exactamente —respondió ella—. Una ex *flapper*. Hay una gran diferencia.

—Conocí a Rose en uno de mis trabajillos —dijo él—. En Rowena, Tejas.

—En Beaumont —aclaró ella—. Rowena es mi pueblo natal. Cuenta bien la historia.

—Beaumont, eso es. En un pequeño garito para clientes selectos. Yo estaba trabajando el timo de Murphy.

—Habría sido muy amable de tu parte si me lo hubieras dicho —suspiró ella.

Virgil sonrió.

—Rose era lo que podríamos llamar un «accesorio inocente».

Es muy difícil dar un golpe sin ayuda. Yo estaba en el bar, pensando precisamente en eso. Estaba rumiando la posibilidad de dejar caer un billetero, cuando miré a mi alrededor y vi a un montón de hombres rijosos y medio borrachos… y a Rose en un rincón, bebiendo licor en una taza de té, con actitud recatada y aspecto radiante. ¿Una mercancía de primera calidad como ésa, completamente sola? Entonces me dije…

Rose lo interrumpió.

—Estaba esperando a alguien que no se había presentado —explicó—. No quiero que Jack vaya a pensar que yo tenía por costumbre frecuentar sola los bares.

—¡Me estabas esperando a mí, muñeca! Sólo que no lo sabías —dijo Virgil—. Mientras Rose sorbía su té, sin darse cuenta de nada, yo empecé a abordar a los hombres del bar, discretamente, uno a uno, señalando a Rose con un movimiento de la mandíbula y diciendo: «Una chica estupenda. Soy su protector.» Cualquier cosía que me pidieran, ella estaba dispuesta. ¿Quiere azotarla? ¡Perfecto! ¡Ah, prefiere que ella lo azote a usted! No hay problema. Un sujeto, no te miento, quería que Rose se le meara en el sombrero. «Eso ya es un extra, pero podemos arreglarlo», le dije. Recorrí lentamente la sala, enviando a cada hombre al otro extremo del pueblo, lo más lejos posible, a una dirección inexistente. Les decía que Rose los seguiría en cuanto todo estuviera a punto. El truco consiste en pedir solamente «un anticipo» y decir que sólo cobrarás el resto cuando el cliente esté «plenamente satisfecho». ¡No sabes cómo abren el apetito esas palabras! ¡Plenamente satisfecho! A algunos les saqué diez dólares; a otros, según el traje que llevaban, hasta catorce. Poco a poco fui despejando el local de pardillos y, al llegar al último, le dije: «Cuando ella salga, espere diez minutos y sígala.» Para entonces, debía de haber una docena de tipos dando vueltas por los andurriales más extraviados, buscando a Rose. Imagino que algunos incluso se habrían topado con los demás. ¡Me habría encantado oír sus conversaciones! En cualquier caso, había llegado el momento de largarse, de modo que finalmente me acerqué a Rose y le dije…

—Yo te diré lo que dijo. Me dijo: «Acabo de apostarme algo con mi amigo, ese que está allí. Según él, soy absolutamente incapaz de conseguir que una chica preciosa como usted muestre el menor interés por un sujeto como yo. No es mi intención incomodarla, señorita, ni abusar de su paciencia, pero mi amigo es un bocazas.» En ese momento, Virgil se dio la vuelta, saludó con la mano al pardillo, y el tipo, salido como estaba, nos saludó también. «No sabe cuánto me gustaría ganarle esta apuesta», prosiguió. «Lo único que tendría que hacer usted es darme un beso inocente en la mejilla y quizá sonreírme y hacerme un guiño, si le parece bien. Si al salir le envía un saludito a

mi amigo, la invitaré con mucho gusto a lo que haya bebido y después me reuniré con usted en el restaurante que está a la vuelta de la esquina y con mucho gusto le daré una parte del dinero de la apuesta, sin que haya nada más que hacer ni qué hablar. Sólo le pido que no vuelva por aquí esta noche, para aseguramos de que mi amigo no llegue a enterarse de que nos estamos riendo a su costa.» Ése fue el discurso de Virgil.

—¿Y funcionó? —pregunté.

—Funcionó.

—Además, mantuve mi palabra —dijo Virgil—. Me reuní con ella en el restaurante y le di su parte. ¡Y al final me quedé también con la chica! Una noche excelente, en todos los aspectos. Como decía aquella canción: *¿Cómo volverá a la granja, ahora que ha visto París?*

—Nunca he visto París —dijo Rose.

—Claro que sí —dijo él—. París, Tejas. El año pasado, ¿recuerdas?

Luego se volvió hacia mí.

—Tenemos mucha carretera a nuestras espaldas, Rose y yo. Hemos ido y vuelto de todas partes. Desde París hasta la Tierra Prometida.

—¿La Tierra Prometida?

—Palestina.

Rose soltó una brusca carcajada.

—¡Palestina, Tejas!

—Es lo que yo decía. ¡Dios! ¿Qué pasa con esa chica? ¡Señorita!

Virgil llevaba mucho tiempo esperando a que volvieran a llenarle la taza de café, pero nadie le hacía ni caso, sospecho que por culpa del traje un tanto original que vestía.

—Ya voy yo a buscar la cafetera —dijo.

Mientras se levantaba del asiento y salía, Rose me miró.

El silencio en ausencia de Virgil siempre era atronador.

—¿Que por qué me fui con él? —dijo ella, después de una larga pausa, respondiendo a una pregunta que no había sido formulada—. ¿Por qué lo dejé todo y me marché? Por lo mismo que tú, supongo. Miras para adelante y ves la vida que viene hacia ti, como una hilera de postes telefónicos, cada uno idéntico al anterior. Ves eso y anhelas con todas tus fuerzas una curva en la carretera. —Dio una profunda calada al cigarrillo y la brasa brilló como un remache metálico. Después arrojó el humo por encima de mi cabeza—, ¿Por qué? Por lo mismo que tú.

Virgil volvió con la cafetera y nos sirvió a los tres, uno a uno, añadiendo un azucarillo en su taza y ninguno en la de Rose.

Ella seguía mirándome.

—Enfermera, maestra, mecanógrafa. Eran mis únicas salidas.

—Podría haber sido peor —dijo Virgil, mientras terminaba de llenar mi taza—. Podrías haber acabado en un burdel.

—Ah sí, claro —dijo Rose con un destello de humor—. Una cuarta salida. Se me había olvidado.

Sin embargo, aún quedaba algo que me intrigaba.

—Pero... ¿por qué te presentaste tú, Virgil? En el restaurante, después de hacer el trabajo. Podrías haberte quedado con la parte de Rose. ¿Por qué no lo hiciste?

—¿Por qué? —Rose soltó otra risita seca—. Porque el muy idiota se había enamorado de mí, ¡por eso! Amor a primera vista. ¿No es así, Virg?

Virgil sonrió, pero no dijo nada.

—Dame eso —dijo ella, con una risa más suave—. Ya devuelvo yo la cafetera.

Virgil la contempló marcharse y después se inclinó hacia mí y me dijo en un susurro:

—Tenía que ir a encontrarme con ella, para asegurarme de que no volviera al bar a buscarme. Habría arruinado el juego. Necesitaba tiempo para que los pardillos salieran y yo me largara. Por eso volví. El timo lo requería.

Entonces Rose regresó a nuestra mesa y Virgil se incorporó en el asiento, diciendo con voz estentórea:

—¡Aquí está ella, con tetas y todo!

—¡Chis! —dijo Rose—. ¡La gente nos mira!

Mientras tanto, Virgil me echó una mirada que significaba: «¡No se te vaya a ocurrir decir nada!»

No lo hice. Ni entonces, ni nunca.

Cuando volvíamos al trastero que era el 1-B, yo abría la puerta que daba a su cuarto, sólo lo suficiente para captar la luz que se filtraba, y me quedaba mirando la sombra de Rose, mientras se preparaba para meterse en la cama, canturreando y cepillándose el pelo. Después me iba quedando dormido, con los pies desgarbados sobresaliendo del borde del camastro y con la señorita Rose en la habitación contigua, y en esos momentos todo estaba bien. Entonces aparecía la sombra de Virgil para un último giro y los dos se ponían a bailar, y Rose se echaba a reír y eso también era bueno.

Treinta y uno

CALOR seco. Ni un susurro de lluvia. En cuanto nos instalábamos en Silver, Virgil decidía que nos tiráramos de nuevo a la carretera. En uno de nuestros forrajees cruzamos las fronteras interestatales y nos adentramos en Nuevo México. Fue un solo trabajo, escenificado con el propósito de instruirme y lo bastante alejado de nuestra base como para esfumamos limpiamente en caso de necesidad. Virgil quería enseñarme lo que él llamaba «el truco del chucho con pedigrí».

—Es un número con la firma de *Amarillo* Weil —dijo Virgil al volante, conmigo en el asiento trasero y Rose a su lado, mientras los cerros y las llanuras rodaban hacia nosotros en rojos terrosos y castaños herrumbrados. Nos dirigíamos a Gran Quivira, donde aparentemente habían encontrado un filón de plata. Un «augecillo» económico, como decía Virgil.

—El problema del chucho con pedigrí —dijo Virgil— es que tuvo demasiado éxito, especialmente aquí, en los estados del suroeste. Amarillo y sus muchachos lo usaron hasta quemarlo, de modo que tienes que andarte con cuidado, por si te encuentras con un camarero que haya picado o haya oído hablar del timo. Por eso necesitas un lugar donde sólo ahora empiecen a ir bien las cosas, un sitio que aún no esté trabajado.

Gran Quivira, según explicó, cumplía los requisitos.

—Forasteros llegando y partiendo, gente en tránsito, con hambre de tener más. El pueblo estará lleno a reventar. Habrá cantinas y tabernas, algunos hoteles buenos y varios hombres de negocios de billetero bien forrado. Dinero rezumando por todas partes.

Yo compartía el asiento trasero con una caja llena de cachorros. Habíamos hecho una parada en la perrera, antes de salir de Silver City. Los cubículos de los animales estaban en un barracón de bloques de hormigón, sin ventanas, lejos de la carretera. Los gemidos nerviosos y los aullidos graves y tristes se oían nada más entrar.

—Me recuerda la jaula de Eastham —susurró Virgil—. Huele como allí.

La encargada de la perrera debió imaginar que Virgil era un espíritu generoso, deseoso de salvar a toda una camada de la inyección asesina, así que salimos de allí con un montón de perritos metidos en una caja de cartón. Eran del color de la arena, con barriguitas calientes y suaves, como de fieltro, y todos olían a pis. A pis de cachorro. No hacían más que subirse unos encima de otros dentro de la caja, mordisquearse, pelearse y debatirse, como si tuvieran algún sitio importante adónde ir. Yo cogí al más grande y me

puse a rascarlo por detrás de las orejas, blandas y gachas. El cachorro me lamió la mano y soltó un ladrido, feliz de que alguien lo tocara.

—No te encariñes demasiado —dijo Virgil, mirando por el espejo retrovisor.

Después de todo, los perros eran un medio para conseguir un fin.

Las montañas desgarradas se extendían a través del cielo. Detrás se estaba poniendo el sol, como si en algún sitio, ahí fuera, hubiera aún campos ardiendo. Gran Quivira estaba justo debajo, en la llanura, y sólo por eso parecía más grande, con las casas apiñadas, muy cerca unas de otras, como un cúmulo de cajas de embalaje, con los lados atrapando los últimos restos del sol. Entramos en el pueblo al anochecer y se encendieron parpadeando las farolas, con chisporroteantes arcos de luz blanca, y gente que caminaba entre risas por las calles. Ellos aún no lo sabían, pero la feria había llegado al pueblo.

—Será entrar y salir —explicó Virgil—. Cogemos el dinero y nos largamos. Nada de pasar la noche esta vez. Estaremos de vuelta en Tejas, en nuestras camas, para cuando amanezca. Es un viaje largo, pero necesario. No quiero que nos cojan con la guardia baja en Gran Quivira.

Los hoteles de Gran Quivira hormigueaban de gente, con huéspedes que llegaban y botones que iban y venían cargando montañas de equipaje. Ralentizamos la marcha y pasamos por delante de uno de esos establecimientos, para estudiarlo. Virgil aparcó el Nash y entramos a merodear por el vestíbulo. El lugar tenía un toque de torpe magnificencia. Grandes arañas que chorreaban lágrimas de cristal. Altísimas columnas cilíndricas. Apoyé la mano en una de ellas y advertí que eran de madera, pintadas con vetas verdes a imitación del mármol. Era un timo arquitectónico, que sólo con el tacto se descubría. Y en todas partes, niños ya crecidos viviendo en un torbellino y jugando al juego de olvidar, de otorgarse a sí mismos nuevos papeles de héroes o heroínas, en historias de su propia invención.

—Aun así —dijo Virgil, cuando estuvimos fuera, paseando en medio del bullicio sobre aceras de madera—, este augecillo también se acabará. Los he visto por todo el suroeste. Pueblos de mala muerte trastocados de arriba abajo, que al final se quedan sin nada, excepto falsas fachadas y habitaciones de hotel vacías.

Al margen de las arañas de cristal y el mármol pintado, Gran Quivira seguía siendo un pueblo de vaqueros. Algunas de las tiendas más viejas conservaban aún delante los postes para atar los caballos.

—No han pasado más de una o dos generaciones desde los viejos tiempos de la frontera —nos advirtió Virgil—, así que no os engañéis. Aquí no hay nadie que beba zarzaparrilla, os lo aseguro. Pero donde

hay dinero, hay codicia, y donde hay codicia, hay oportunidades.

En el Nash, los cachorros habían gemido hasta quedarse profundamente dormidos, apilados unos encima de otros, las patas sobre las tripas y los hocicos sobre los traseros.

—Pásame uno, anda —me pidió Virgil.

—¿Cuál?

—Cualquiera.

La noche aún no estaba muy avanzada, y recorrimos lentamente Gran Quivira, en busca de un bar tranquilo donde ejercer nuestro oficio. Encontramos uno y Virgil entró, silbando una despreocupada melodía a modo de saludo, con un cachorro bajo el brazo.

En el coche nos había explicado la mecánica del juego. Antes de que el camarero pudiera quejarse, Virgil depositaba al perrito sobre la barra, le arrojaba al hombre un billete de diez dólares y pedía una tónica.

—Quédese con el cambio —le decía—. ¡La vida es bella!

El camarero iba a buscar una caja para el cachorro, y Virgil le regalaba los oídos con una serie de historias: de cómo había visto la luz y cambiado radicalmente de vida, de cómo había dejado de beber y de jugar, y de cómo pensaba regresar a Tucumcari para reconciliarse con su esposa y su hijita.

Virgil levantaba el vaso de tónica para brindar a la salud del camarero y le decía:

—Siempre le había prometido un perro a mi hija, pero nunca cumplí mi promesa. Yo era escoria, se lo aseguro: derrochaba en whisky y apuestas estúpidas el dinero para pagar el alquiler y bebía hasta perder el sentido. Y mientras tanto, noche tras noche, mi angelito esperaba en casa ese perrito que nunca llegó. Pues bien, amigo mío... —y Virgil lo miraba entonces con expresión radiante, como los focos que recorren por la noche el patio de la cárcel—. Finalmente voy a cumplir esa promesa.

Le contaba después que, al entrar en el pueblo, había pasado por una tienda de mascotas que estaba a punto de cerrar y había comprado ese perrito por una miseria.

—El dueño de la tienda estaba al borde de las lágrimas por tener que venderlo —añadía—. Me dijo que era un ejemplar albino de raza muy cotizada. Pero, demonios, ¡yo sé lo que es un albino! ¿Acaso usted ve que este perro sea blanco y con los ojos rojos?

Virgil se echaba a reír y el camarero le daba la razón, convencido de que el dueño de la tienda había intentado timarlo.

—Quería sacarme un poco más de dinero —decía Virgil—, pero yo me mantuve firme. Dígame una cosa, ¿puedo usar su teléfono? Había quedado en encontrarme con una persona en la casa de apuestas... Tenía un dato para mí sobre una carrera que van a

transmitir por telégrafo, pero no pienso ir. —Entonces volvía a aparecer la luz de los focos, barriendo los terrenos de la cárcel—. He visto el error que impulsaba todos mis actos. Estaba perdido, pero ya no.

Muchas veces, el camarero se preparaba para escuchar una parrafada sobre los Evangelios o un sermón sobre la salvación de las almas, pero no sucedía nada de eso. Virgil usaba el teléfono, hablaba en voz alta… y entonces, cambiando repentinamente a un mero susurro, decía:

—¿De verdad…? ¿Cuándo…? ¿Estás seguro…? ¡Oaaaaaah!

Inflaba las mejillas, expulsaba con fuerza el aire por la boca, se echaba hacia atrás el sombrero y se atusaba el bigote, y para el momento en que le colgaba el teléfono a su amigo imaginario, toda su actitud había cambiado.

—Acaban de pasarme un dato confidencial, completamente seguro —decía—. Mi amigo se ha enterado… ¡y están pagando cincuenta a uno!

Virgil dejaba que se asentara el silencio mientras calculaba los beneficios y entonces añadía:

—Por favor, amigo, quédese un momento con el perro y cuídemelo. Habrá una gratificación para usted. Ahora tengo que ir corriendo a hacer la última apuesta —decía—. Cuando vuelva, seré un hombre rico, y quizá esa gratificación de qué hablamos tenga un par de ceros. ¿Qué me dice?

Y antes de que el camarero pudiera decir nada, Virgil salía por la puerta.

Ésa era la señal para nosotros.

Rose y yo estábamos aparcados en el callejón, y cuando Virgil se montaba en el Nash, nosotros bajábamos.

La señorita Rose y yo nos habíamos cambiado de ropa en los lavabos del hotel. Ella iba enfundada en satén, que reverberaba cuando se movía, y yo me había puesto mi traje y una de las mejores corbatas de Virgil. Juntos, éramos la imagen de la opulencia. Era la primera vez que veía a Rose de verdad en acción y fue increíble. De verdad que lo fue. Era toda una actriz, una diva de la gran pantalla caída del firmamento de las estrellas y atrapada en una existencia terrenal. ¿Y yo? Yo simplemente hacía mi papel, intentando no pisarle a nadie el parlamento.

Entrábamos los dos en el bar, en estado de nerviosa excitación. Buscábamos la casa de cierto criador de perros y teníamos que llegar antes de que fuera demasiado tarde. Habíamos hecho todo el viaje desde la lejana Ciudad Luz hasta Gran Quivira, sólo para…

—*Mon Dieu*! —exclamaba entonces Rose, agotando de una vez todo su vocabulario francés, mientras abría los ojos como platos al ver

al cachorro detrás de la barra.

—El truco no está en hablar con acento —me había dicho antes —, sino en la actitud. Basta alargar un poco las vocales y la gente oirá lo que quiera oír.

—*Mon Dieu*!

Entonces pedía al camarero que le enseñara al perrito y lo levantaba por el aire para que yo lo admirara. Y yo lo hacía.

—Sí... Sí que lo es... —decía yo susurrando, pero lo bastante fuerte como para que el camarero me oyera—. ¡Es increíble!

—¡Un semental albanés! —exclamaba, girando al cachorro en todas direcciones—. ¡Hermosísimo!

El camarero no se perdía ninguna de nuestras palabras, pero cuando Rose dirigía hacia él su atención y le proponía (con aire altivo y gesto espléndido) comprarle allí mismo el perro, se veía obligado a confesar:

—No se lo puedo vender, porque no es mío.

—Ah —decía Rose—, ya veo adónde quiere llegar. ¡Maurice! ¡El talonario!

Yo se lo ponía en la mano y ella, con trazo decidido, hacía un cheque por mil dólares.

La vista de tantos ceros juntos siempre es un regalo para la vista.

—Señora —decía el hombre—, por mucho que me gustaría...

—¡Estos americanos! ¡Qué avariciosos son! ¡De acuerdo! Dos mil... y es nuestra última oferta.

Yo me cruzaba de brazos detrás de ella, mirando al camarero con arrogante desdén.

—Última y definitiva —decía yo, enfatizando las palabras.

—No me entienden —replicaba el camarero, en un tono suplicante que era casi un balido—. A mí sólo me han dejado al chucho para que lo cuide.

A esa altura de la actuación, Rose solía hacer una pausa, sujetando entre dos dedos la boquilla del cigarrillo en actitud de desprecio, como si estuviera considerando seriamente la posibilidad de sacudirle encima la ceniza al camarero.

—Muy bien, nos alojamos en —aquí mencionaba el nombre del mejor hotel del pueblo, el que habíamos estado estudiando poco antes, donde abundaban los clientes adinerados—, en la suite ejecutiva. Pregunte por los Chevalier. Aquí.

Garabateaba entonces el número de la habitación de hotel en el reverso del cheque y a continuación escribía en el anverso la leyenda «anulado», cruzada sobre las líneas impresas. ¡Poderosa motivación, la de sujetar entre las manos la promesa de mil dólares!

—Cuando vuelva el dueño del animal, dígale a ese... ese amigo suyo que estamos dispuestos a pagar... —Me miraba y arrugaba los

labios, como considerando el importe—. Dos mil dólares estadounidenses —decía finalmente—. Hágalo y le pagaremos… ¿cómo se dice? Una comisión. Confío en que cien dólares sean suficientes para compensar sus servicios. ¿Sí? ¡Maurice!

Entonces salía del bar entre susurros de satén, conmigo detrás, dándome prisa para no quedar rezagado.

¿Cien dólares por transmitir un mensaje? ¿Podía haber algo mejor?

Sí que lo había: aprovecharse de la desgracia ajena. Porque en ese momento volvía el bueno de Virgil, con los ojos enrojecidos de lágrimas (gracias a la ayuda de una pizca de pimienta), con expresión azorada y aspecto agónico, hablando con voz ahogada y ronca. Arrojaba sobre la barra unos cuantos billetes arrugados y decía:

—Mire, aquí están los cinco dólares que le debo por… por cuidar al perro. Sólo he venido a recoger al cachorrito de mi nena, antes de ponerme en camino.

Por lo visto, la carrera había sido un fiasco espantoso. ¡Qué desdicha tan grande! El que le había pasado el dato lo había timado y Virgil había perdido todo lo que tenía. Ni siquiera podía acudir a la policía, porque había arriesgado todo su dinero en una carrera que supuestamente estaba amañada. Estaba arruinado, completamente arruinado, y no sabía qué les iba a decir a su mujer y a su niñita.

Y ¡cómo no!, mientras Virgil se dirigía hacia la puerta arrastrando los pies, el camarero lo llamaba:

—¡Espere, señor! Quizá pueda ayudarlo.

Entonces el hombre se ofrecía amablemente a comprarle el perro.

—Le daré… veinte dólares por el chucho —decía—. Eso lo ayudará a recuperarse. Detesto ver a un hombre tan desesperado.

¡Siempre el colmo de la caridad cristiana, esos camareros!

Pero Virgil se agarraba al cachorro con todas sus fuerzas.

—Este perro es lo único que me queda en el mundo.

—De acuerdo, le daré cincuenta.

Virgil se daba la vuelta para marcharse y entonces el camarero, al ver que se le escapaba un dinero fácil, casi se le echaba encima para detenerlo.

—¡Doscientos cincuenta! —aulló uno de aquellos camareros—.

Le daré doscientos cincuenta dólares por el perro.

Normalmente eso era lo máximo que podíamos sacarles, porque con frecuencia tenían que saquear la caja fuerte para pagarlo. Algunos sólo tenían cincuenta o sesenta a su disposición, pero otros llegaban más alto. Un sujeto con el símbolo del dólar prácticamente pintado en los ojos llegó a ofrecer trescientos.

Y a todos los esperaba una decepción.

Rose y yo les habíamos dicho que íbamos a estar fuera toda la

noche, precaución destinada a evitar que llamaran inmediatamente al hotel. ¿Y cuándo finalmente lo hicieran? Pues bien, entonces aprenderían.

—Aunque sólo fuera una vez —decía Virgil—, me gustaría que alguno de ellos, al verme derrotado, viniera y me dijera: «¡Alegre esa cara! ¡Tengo noticias estupendas para usted! ¡Vaya corriendo al Hotel Grace! ¡Hay una pareja de extranjeros que quiere comprarle ese cachorro por dos de los grandes!»

Pero nunca sucedía.

Salimos de Gran Quivira sin cachorros y a toda velocidad, hacia una noche tan oscura que se hubiese dicho que nos adentrábamos por un túnel. Para entonces, yo llevaba el volante, inclinado hacia adelante, tratando de distinguir la carretera que serpenteaba hacia nosotros en amplias y perezosas curvas. Rose dormía en el asiento trasero y la radio sólo captaba voces fragmentadas y melodías interrumpidas por la estática. Virgil la apagó y dejó que el silencio nos invadiera.

En unas pocas ocasiones aisladas, aparecían muy lejos otros faros, que se iban acercando lentamente, hasta pasar en un repentino y precipitado destello a nuestro lado. Eran en su mayoría autobuses de línea y camiones que llevaban mercancías de un estado a otro, y de vez en cuando alguna vieja cafetera cargada de *okies*, jornaleros de Oklahoma que buscaban otros rumbos evitando el calor del día. Aunque en las rectas me ponía a ochenta, a Virgil le parecía que conducía con timidez.

—Aprieta a fondo —me decía.

Y yo lo hacía, pero no lo suficiente según su criterio.

Me ponía la mano sobre la rodilla y empujaba hacia abajo, obligándome a pisar con más fuerza el acelerador.

—No seas timorato —decía.

En toda estafa, hay un momento en que el pardillo se da cuenta. Lo sé, porque me lo enseñó Virgil. Si tienes suerte, no es más que un segundo, la chispa de una duda que viene y se va, y que el pardillo consigue acallar. Pero a veces el palurdo te mira directamente a los ojos y entonces lo sabe. Es el instante en que las dos partes comprenden lo que está ocurriendo de verdad. Es un momento al que todo estafador se tiene que enfrentar.

—Lo que tienes que hacer —decía Virgil— es mirarlo con más seguridad aún. Míralo sin parpadear y oblígalo a negar lo que en su interior ya sabe. Tienes que devolverle la jugada. Tienes que conseguir que reniegue de sus instintos. Para eso hace falta desparpajo.

Para Virgil, el «desparpajo» era el mayor de los valores, una mezcla de rápida habilidad, confianza a prueba de tornados y encanto descarado. Virgil era todo desparpajo. Yo sólo fingía. El objetivo,

supongo, era llegar a ser tan bueno que nadie notara la diferencia.

Virgil me apoyó una vez más la mano en la rodilla y empujó con fuerza.

Treinta y dos

DE VUELTA en Silver. Al día siguiente. Sentados en el café de Wong. Bebiendo un refresco y chupando los cubitos de hielo. Rose se había quedado durmiendo, para recuperarse de la incursión en Gran Quivira, por lo que sólo estábamos «los tíos», como decía Virgil. Nos habíamos colocado en las posiciones habituales, yo con la espalda al descubierto.

Charley Wong estaba en la cocina, picando cebollas a toda velocidad para la sopa de la tarde, y una camarera que nunca habíamos visto traía y llevaba los platos y limpiaba las mesas con una bayeta. Era una chica con curvas, rizos oxigenados y aspecto de hacer globos con el chicle.

—¿Qué vais a tomar? —preguntó.

—¡Tarta! —exclamó Virgil—. El trozo más grande que tengas, con una cucharada de nata montada y malta en polvo por encima.

La chica se volvió hacia mí.

—¿Tú también quieres algo dulce?

Virgil lanzó un aullido.

—¡Claro que quiere algo dulce! ¡Se muere por probarlo! Quizá tú lo puedas ayudar...

No sé cómo se las arreglaba Virgil para que no lo mataran cuando decía esas cosas. Todo un misterio. En lugar de vaciarle el contenido de la cafetera en la cabeza, la chica hizo estallar un globo de chicle y, con una sonrisa cansada, dijo:

—Ya veo por dónde vais, vosotros dos.

—Ahora no quiero tarta —dije—. Tal vez más tarde.

Mientras ella se iba detrás de la barra a cortar un trozo para Virgil (¡y bien grande que se lo cortó!), él se inclinó hacia mí, casi riendo entre dientes, y me dijo:

—¿Qué te parece, Wheaties? Esa chica tiene chispa. Deberías darle una oportunidad. Algún día tendrás que montar alguna potranca.

—Las probabilidades están en mi contra —dije—. Me refiero a las de salir vivo.

—¿Qué quieres decir?

—El dedo anular —dije—. Tiene una marca más clara en el lugar donde llevaba la alianza de matrimonio. Cuando lo veo, pienso en un marido rechazado, merodeando por los alrededores.

De pronto me acordé de Joe *el Inútil*, en el pueblo, y de cómo montaba guardia toda la noche debajo de la ventana, loco de rabia contenida, cada vez que Henrietta se marchaba llorando a casa de su

madre. Y de cómo bastaba que un hombre mirara solamente a Henrietta para que Joe se encendiera de ira.

—¿Eso has visto? —dijo Virgil—. ¿La marca de una afianza?

La camarera le trajo la tarta a Virgil. En realidad, la franja de piel pálida donde antes había estado el anillo de bodas apenas se distinguía.

—Tienes buena vista, muchacho —dijo Virgil cuando ella se fue, mientras se disponía a atacar la tarta con su habitual delectación.

Entre bocados, me pasó su sombrero.

—¿Lo ves? Un panamá, ¿verdad? De primera calidad. Me costó veinte dólares porque es ciento por ciento auténtico. Hecho a mano debajo del agua, para conseguir una trama más firme. Mira la etiqueta en el interior. ¿Lo ves? «Made in Ecuador.» Así es como sabes que es auténtico. Los sombreros panamá no vienen de Panamá. Si fabrican un panamá en Panamá, no es un auténtico panamá. ¿Lo ves? No hay nada en este mundo que sea simple y directo, chaval. Todo es retorcido.

Bebió un poco de café para bajar la tarta y llamó en dirección a la cocina.

—¡Eh, Charley. ¿Cómo te llamas?

Charley se apartó de la tabla de picar, sudando por el calor. Se enjugó la cara con un pañuelo.

—Me llamo Charley.

—¿Charley qué más?

—Charley Wong. Lo pone en el cartel

—El cartel ya estaba ahí cuando pasé por Silver hace quince años. Entonces había otro Charley Wong detrás de la barra. Y otro distinto, cuando volví ocho años después. Según mis cuentas, eres el tercer Charley Wong que dirige este establecimiento.

La mirada que Charley le echó a Virgil fue larga y hostil.

—¿Eres del gobierno?

—¿Comprobando quién tiene papeles? ¿Yo? ¡Por favor, Charley! Hace un par de años que nos conocemos. Si hubiese querido echarte el guante, ya lo habría hecho hace mucho. Sólo quiero saber tu nombre, Charley, tu verdadero nombre.

Se pronunciaba «Fu Chin Chao», o algo parecido, y cuando Virgil le pidió que lo deletreara, tenía una «X» y una «Q», pero ninguna «U».

—¿Lo ves? —dijo Virgil volviéndose hacia mí. mientras Charley volvía a la tabla de picar—. Hasta Charley engaña *a* la gente. Piensa, por ejemplo, en el gran consorcio de empresas De Valu. Allí son todos peces gordos, que se dedican a desarrollar compuestos químicos, celulosa, plásticos y lo que quieras imaginar. Siempre se instalan en los condados más pobres, donde hay más manga ancha a la hora de aplicar los reglamentos federales. El consorcio De Valu prácticamente es dueño de todo el suroeste: la mitad de las gasolineras y farmacias,

las refinerías de petróleo, la mayoría de los periódicos y las emisoras de radio. En el fondo, es como el truco de los trileros, pero con otro nombre, y al final todo va a parar a la familia De Valu. Los Rockefeller, los Morgan, los Cabot y los De Valu. Sofisticados miembros de la clase capitalista. Sólo que no hay ninguna familia De Valu. Ese «de» es una afectación, un puro engaño. Cuando llegaron, se apellidaban Valutini. Una panda de comepizzas, procedentes de Filadelfia. Le quitaron el «tini» al apellido, le pusieron un «de» delante, para darle un toque pomposo, y ¡bingo!, ya tenían un nombre de rancio abolengo. Lo gracioso es que otros Valutini empezaron a hacer lo mismo, de modo que ahora tienes a los De Valu de Nueva York y los De Valu de Baltimore, intentando compartir la gloria de sus primos. ¡Es imposible distinguir a los fraudes auténticos de los falsos! ¿No es genial?

El consorcio De Valu tenía una planta en las afueras de la ciudad. Lo más avanzado en ingeniería química se estaba cociendo allí mismo, en Silver, toda clase de productos nuevos y maravillosos, con nombres que cafan rodando de la lengua, rebosantes de promesas: piralina, poliestireno, plastecel, el caucho sintético del dupreno y las maravillas de la vinilita y el fabrikoid. Había mucho más que los nitratos de antaño.

—El director de la planta De Valu es un polaco ambicioso, convencido de estarse codeando con la aristocracia —dijo Virgil—. ¡Ja! Ni siquiera se da cuenta de que está en nómina de unos comepizzas, que hace menos de tres generaciones estaban picando piedras en Sicilia. Incluso se han traído a uno de los suyos de Filadelfia, un tal Joey Dicannti, un matón conocido desde hace tiempo por los sindicatos, para mantener a los obreros a raya.

Dicannti había ayudado a aplastar los piquetes cuando la huelga de Republic Steel, según Virgil. Había peleado al lado de Tom Girdler, partiendo huesos con la flor y nata de los matones. Lo llamaban *Pelotas de Hierro* Dicannti, por la forma en que había hecho frente a los huelguistas en una refinería de Flint. Al parecer, uno de los operarios le había dado una patada en los testículos con una bota de puntera de acero y él ni siquiera se había inmutado. Después de eso, se ganó el respeto de la familia.

—Antes de que pase mucho tiempo, él también se añadirá un «de» en el apellido —dijo Virgil—. Empezará a hacerse llamar Excelentísimo Joseph Percival de Chanti, o algo por el estilo.

Yo había visto la planta del consorcio De Valu, las nubes de humo y las intestinales tuberías de brillo metálico. La gente decía que estaban desarrollando productos químicos para el ejército.

—Como el gas mostaza, sólo que mejores —me había explicado con orgullo el dueño de una tienda.

—Descaro y relumbrón, Jack. ¿Adónde crees que iba a llegar el refresco litiado de lima-limón Bib-Label? A ninguna parte, hasta que le cambiaron el nombre por 7-Up. Lo que vende son las burbujas, no el litio. —Llamó a la camarera—. ¿Me traes, por favor, un refresco litiado Bib-Label?

Ella se lo quedó mirando, con expresión vacía.

—Quizá te suene más si te digo que se llama 7-Up.

La camarera hizo estallar un globo de chicle.

—Un tipo listo, ¿no?

—Sólo quería demostrarle una cosa a mi amigo. ¿De dónde es tu acento? ¿De Boston?

—Un poco de todas partes —replicó ella.

—¿De todas partes? ¡Cuenta! ¡Seguro que he estado!

Ella me lanzó una sonrisa.

—¿Ahora sí te apetece algo dulce?

Pensé en Joe *el Inútil*, montando guardia en la oscuridad con los puños apretados, y le devolví a la chica su sonrisa, pero sin abrirla.

—Paso —dije.

Treinta y tres

EL ANZUELO, el engañabobos, el contacto y el golpe.

Cada estafa tenía cierta cualidad musical, un ritmo que parecía manifestarse mientras se desarrollaba. Hasta el más breve de los timos callejeros lo tenía. Los fraudes más largos eran grandes arreglos orquestales y los timos improvisados en la esquina, can— ci on cillas rápidas, pero todos eran musicales por naturaleza, ya se tratara del timo del Gran Local o del sencillo truco de los cubos de basura.

Para el timo del Gran Local, hay que montar de arriba abajo un establecimiento falso.

—Puede ser un casino, un burdel, un bar o una casa de apuestas —me dijo Virgil—. Da igual. La operación está amañada de principio a fin.

Virgil y yo estábamos sentados a la mesa de póquer que había en la cocina del 1-A, con las ventanas delanteras abiertas, esperando a que cayera la noche y el calor se disipara de la ciudad. Él estaba en calzoncillos y calcetines con ligas, y se abanicaba con un sombrero panamá, mientras su traje de salir lo esperaba colgado de la puerta, planchado y listo. Yo estaba sudando, incluso con el cuello abierto, pero no me parecía apropiado empezar a desnudarme, sobre todo con la señorita Rose en la habitación. No es que a ella le importara. Ella se paseaba en combinación y medias, sin la menor vergüenza. Yo intentaba no mirar, pero mis ojos tenían voluntad propia, especialmente en un espacio tan estrecho.

Si Virgil alguna vez me sorprendió echándole miraditas a Rose en ropa interior, nunca lo dejó traslucir. Él también estaba ocupado construyendo castillos en el aire.

—Si tuviera suficiente dinero —dijo—, construiría una ciudad en el desierto, con luces brillantes hasta donde alcanzara la vista. Una especie de feria permanente, pero con mucho estilo. Una ciudad entera, creada con el único propósito de exprimirle artísticamente el dinero a los palurdos. Lo haría con tanta habilidad, que ni siquiera se darían cuenta y volverían una y otra vez, pidiendo más, con una sonrisa en la cara.

Al parecer, el timo del Gran Local era la cúspide del oficio. ¿Y el de los cubos de basura? Ése era el otro extremo.

—Un timo menor —dijo Virgil—, simplemente una versión más elaborada del tirón callejero.

Virgil soñaba a lo grande, pero mantenía su aprecio por los trucos más modestos.

En el timo de los cubos de basura, los estafadores se ponían

uniformes de conserjes, se presentaban en una oficina y la limpiaban de todo lo que pudiera transportarse en unos sencillos cubos de residuos. El dinero en efectivo y el equipamiento de oficina eran bienvenidos, pero el verdadero botín eran los talonarios, las facturas en blanco y los libros de contabilidad.

—Funciona porque el timador va disfrazado de uno de los Grandes Invisibles —dijo Virgil, abanicándose con el panamá—. Conserjes, señoras de la limpieza, limpiaventanas, vagabundos… Son la gente que el resto de la gente mira sin ver. Nadie los ve. Si alguna vez quieres esfumarte rápidamente de algún sitio, muchacho, ponte unos andrajos grasientos debajo de la ropa. Henry *el Caballo*… Lo llamaban así por lo bien dotado que estaba, o al menos eso decía el muy fanfarrón, aunque las chicas del local de Sal decían que era más bien por su costumbre de relinchar cuando montaba a una damisela. Otros decían que era porque tenía los dientes grandes y amarillos. En cualquier caso, el viejo Henry se marcó un timo de los cubos de basura bastante impresionante en una joyería, vaciando toda una vitrina expositora delante de las narices del joyero. Por desgracia para Henry, alguien notó que las bandejas estaban vacías justo cuando él se iba. Se escapó a cien por hora, con la mitad del personal persiguiéndolo. Los despistó en un callejón, se quitó la ropa de conserje y la metió en un cubo de basura. Debajo llevaba ropa de vagabundo. Metió las joyas en una bolsa de papel y se dejó caer sobre un montón de porquería, mientras los polis y los empleados de la joyería pasaban corriendo, todos ellos buscándolo como locos. Henry fingió estar durmiendo y nadie le echó ni una mirada rápida. Cuentan algunos que llegó al extremo de cagarse encima, deliberadamente, para quedarse allí, tirado en su propia mugre nauseabunda. Con eso estaba seguro de mantener alejados a todos los perseguidores. Años después, me encontré con Henry en Kansas City y le pregunté si era cierto. «¡Claro que no! Solamente me meé encima, pero no me cagué. Tengo mi orgullo, ¿sabes? Además, yo no sé cagarme a voluntad, cuando la situación lo exige.»

—Un príncipe de los ladrones, nuestro Henry —dijo Rose, mientras se probaba por encima uno de sus vestidos, utilizando la ventana como espejo—. Un verdadero aristócrata.

—Los que se creen demasiado listos para que los timen… ¡ésos tienen que ser tu objetivo! —dijo Virgil—. Tienes toda una mesa de canapés esperándote ahí fuera, Jack. Están los metomentodos, los tímidos, los vendedores de poca monta que sueñan con ser más y las amas de casa que se han conformado con ser menos. Están los codiciosos y los necesitados, los virtuosos y los infames, los soñadores y los creyentes, los ansiosos y los que se arriesgan sin que les tiemble el pulso. Están la alta sociedad, los hampones y los ciudadanos

corrientes, sin mucho que distinga a unos de otros en algunas ocasiones. Y todos ellos, listos para ser timados. Se diría que Dios se propuso crear un mundo de pardillos, por la gran cantidad de fe ciega y codicia que ha insuflado en sus criaturas. Cada persona tiene al menos un timo en el que puede caer, un timo con su nombre escrito.

Mejor todavía, según Virgil, es el hombre que cree no tener nada que perder.

—Todos tienen algo que perder. Sólo hace falta encontrarlo; Orgullo. Posesiones. Una posición. Un hombre puede perder los tres de una tacada. Somos agentes educativos, a nuestro modo.

Rose se pasó un vestido por la cabeza y lo dejó deslizarse hacia abajo.

—¿Educativos? —repitió.

—¿Por qué no? —dijo Virgil—. Ofrecemos un servicio. Organizamos cursillos relámpago en la Escuela de los Batacazos. Codicia y necesidad, Jack. Ése es el anzuelo. Todos quieren algo, todos *necesitan* algo, lo ansían con tanta fuerza que la apetencia prácticamente los vuelve ciegos. Nosotros agitamos el sedimento y despertamos sus deseos ocultos. Ponemos ardor en su vida. Son promesas, sonrisas coquetas y miradas sugerentes. Un baile de varietés, con esas plumas de avestruz que siempre prometen revelar más de lo que muestran. Ésa es la esencia de un buen timo: un baile de abanicos de plumas.

—Ardor —dijo Rose, abotonándose el delantero del vestido—. ¿Así lo llamamos ahora?

El ardor requería desparpajo, y el desparpajo exigía cierta temeridad. Pero el valor más alto en el inventario de todo artista del engaño era lo que Virgil llamaba «una conciencia maleable».

—Tienes que preguntarte quién está al mando —dijo Virgil—, ¿tú o tu conciencia? Hay que ser firme y demostrarle a la conciencia quién es el jefe. El mundo entero está torcido, Jack. Todos hacemos trampas y mentimos, sólo que yo lo reconozco. Soy más honesto.

Rose inclinó hacia un lado el sombrero que se estaba probando.

—¿Más honesto? —dijo—. ¿Tú?

—Claro que sí —replicó Virgil—, Soy honesto respecto a mi deshonestidad.

—¡Caray, Virg, lo dices como si por eso tuvieran que darte una medalla!

Virgil sacó su pitillera de plata, la abrió con un ágil movimiento, la golpeó dos veces con un dedo para mayor énfasis y me miró:

—Sinceridad, honestidad, convicción —dijo—. Si puedes fingir todo eso, estás en el buen camino. Recuerda, Jack, que un artista del timo nunca tiene delante a un desconocido. —Hizo una pausa—. Excepto quizá cuando se mira al espejo.

Todos eran amigos y cada amigo era un potencial pardillo. Allí estaba el truco: aprender a ver a todas las personas como las potenciales víctimas que eran.

Virgil encendió su cigarrillo y se llenó el pecho de humo.

—Si quieres entrar en el juego, tienes que estudiar a tu presa. Cada detalle. ¿Tirantes o cinturón? ¿O las dos cosas? ¿Corbata y traje bien planchado o penosamente arrugado? ¿De confección o cortado a medida? ¿A qué huele? ¿Está recién afeitado o lleva barba de una semana? ¿Tiene las uñas limpias o mordisqueadas? ¿Se corta los pelos de las orejas? Eso es lo mejor. Cuando alguien se corta los pelos de las orejas, es que le sobra el dinero. ¿Y los zapatos? ¿Recién lustrados? ¿O limpiados con una escupida y un golpe de trapo? Tienes que pillar su ritmo y hablar como él. ¿Dice tacos o cuida su vocabulario? Guíate por la conducta del pardillo. Tiene que encontrar en ti a su alma gemela. Si él escupe, tú escupes. Si se rasca, tú también. Si proclama su fe por el Dios de los metodistas, ¡alabado sea el cielo!, tú también eres metodista. Si es baptista, tú eres baptista también. Si es miembro en activo de la Liga Antialcohólica de Norteamérica, tú lamentas el fin de la Ley Seca y le regalas tu sonrisa más abstemia. Si intenta abordar a las chicas, tú lo jaleas. Si vota a los demócratas, tú también. Si opina que Franklin Delano es un comunista y un tirano, ¡por todos los demonios!, es lo mismo que piensas tú. Si estás hablando con un obrero a la espera de que le salga trabajo en una línea de montaje averiada, te haces el rojo y dejas caer que eres simpatizante del Partido Proletario y del Socialismo Laborista. Si estás hablando con Henry Ford, te vuelves fascista y dices que alguien debería asesinar a Franklin *Traidorcillo* Roosevelt. Sacas a relucir que los «pobres ociosos» son más culpables que los ricos ociosos, afirmas que tenemos que dejar de mimar a los holgazanes y declaras que el New Deal se está jugando con cartas marcadas. ¿Y si resulta que es partidario de Roosevelt? Entonces proclamas que deberían esculpir la cabeza de Franklin Delano en el monte Rushmore, al lado de la de su primo Teddy. Tienes que proceder de lo general a lo particular. Pesca indicios. Averigua quién quieren que seas… y entonces sé esa persona. Dales lo que quieren oír y más adelante obtendrás tu recompensa. Si piensas timar a un pequeño comerciante, aprovéchate de su desconfianza por los peces gordos. Dile: «Me parte el alma ver con cuánta injusticia tratan los grandes a los pequeños.»

A Virgil todo le partía el alma; era su manera de ganarse a la gente.

—Confírmales que el universo es tal como ellos lo ven —dijo Virgil—, y en un momento te permitirán, encantados, que les vacíes la cartera. Huye de los fumadores de pipa. Y nunca, nunca jamás, te metas con alguien más listo que tú.

—¿Fumadores de pipa?

—Piensan demasiado. Lo último que quieres es que el pardillo se pare y se ponga a pensar.

Virgil sostenía que era capaz de conocer a un hombre por el sombrero que usaba. El *homburg* —decía—, con su surco en la copa y su ala rígida, era el preferido de banqueros, abogados y agentes de bolsa, hombres demasiado listos para ser pardillos, lo que naturalmente los convertía en pardillos perfectos. El bombín, con su copa limpiamente esférica, era diferente. Los bombines blancos eran propios de payasos vulnerables a los halagos, especialmente los que llevaban a un lado una plumita de adorno. Los marrones, de ala estrecha y miserable, eran un poco más siniestros. Eran de vestir, pero no demasiado formales y estaban pensados para proyectar un halo de respetable jovialidad.

—Pero no te dejes engañar —dijo Virgil—. Sólo un amargado se pone un bombín.

—¿Y los panamás?

—Encanto y gallardía —dijo con una sonrisa—, más todavía si lo cambias por otro de copa chata. ¡Eso sí que es elegancia!

Rose había elegido un sombrerito azul celeste, en forma de campana, con un lazo enorme a un lado, como un regalo esperando a ser abierto. Me sorprendió mirándolo.

—Gracia y desenvoltura —dijo—, si es lo que te estabas preguntando;

—¡Y una tigresa en el catre! —aulló Virgil.

Era mucho lo que podía verse en un simple lazo.

—Ahora tenemos que trabajar tu sonrisa —me dijo Virgil.

—¿Es que sonríe alguna vez? —dijo Rose.

—Tu sonrisa es asimétrica —dijo Virgil—. Las sonrisas torcidas son falsas. Son forzadas. La gente lo sabe. Tienes que aprender a sonreír con toda la boca y también con los ojos, para que parezca auténtico. Practica delante del espejo, si te hace falta, hasta que el fingimiento se vuelva natural. Y no mantengas mucho tiempo la sonrisa. Las expresiones reales cambian constantemente. No puedes dejarte una sola sonrisa pegada a la cara durante más de un par de segundos. Eso también te delata.

Le sonreí a la señorita Rose, con una sonrisa tan ancha como pude:

—Muy bien —dijo ella con una carcajada—. Casi me lo he creído, aunque sigue un poco torcida.

Virgil aplastó el cigarrillo en un plato, se puso de pie y cogió del picaporte la percha con el traje de salir.

—Ya es hora de un poco de boogie-woogie —dijo sonriendo.

Treinta y cuatro

SÓLO cuando fui a una sesión matinal en el cine Aztec de Silver City comprendí de verdad lo que estaba pasando en la Alemania nazi. Y en Italia. En Rusia. En España. Japón.

Había ido a ver *Amarga victoria* con Bette Davis; bueno, ella actuaba en la película. Yo fui solo. Rose y Virgil estaban aún enredados en su cama abatible. El noticiero del Aztec mostraba un desfile de soldados nazis, bajo un cielo de confeti digno del regreso de Lindbergh. Era Alemania retirando sus tropas de España, ahora que el general Franco, amigo de Adolf y de Benito, había afianzado su autoridad. Los soldados pasaban delante de la cámara, fila tras fila, como juguetes de cuerda, mientras los aviones de la Luftwaffe surcaban el cielo en perfecta formación.

Las hogueras se multiplicaban. Los libros ardían en toda Europa, y no parecía que hubiera un largo trecho entre la quema de libros y la de cadáveres. Pero lo de los libros ya era suficientemente malo. No hacía falta esperar a que se apilaran los muertos; en el fuego que iluminaba las caras de la muchedumbre, vi lo que estaba ocurriendo. Comprendí lo que sucedía. Esa gente había invitado a Drácula a su casa. Vi esos libros ardiendo y me pregunté si entre ellos estaría el de Ovidio.

La sesión matinal se terminó, pero no me apetecía volver al 1-A. Nunca había oído a Virgil y la señorita Rose en sus momentos más íntimos, y suponía que esperarían a que yo me fuera. Algunas mañanas, no me molestaba en pasar de puntillas junto a sus cuerpos dormidos, sino que me deslizaba por la escalera de incendios. Guardaba mi dinero en un rollo, dentro de una lata de tabaco, que también usaba como cuña para mantener la ventana abierta. Escondido a la vista de todos, pensaba yo. Además, el trastero donde dormía, el 1-B, se estaba volviendo cada vez más agobiante por el calor.

Mientras les concedía a Virgil y Rose el tiempo que necesitaban, me puse a pasear por las calles de Silver, practicando mi sonrisa y entrenándome para ver a la gente como potenciales pardillos y nada más. Evaluaba a todos los que me cruzaba, tratando de localizar sus debilidades e intentando imaginar de qué modo los timaría, qué ángulo elegir. Trataba de no pensar en cadáveres ni en libros, ardiendo o no.

Había algo sin embargo que me incomodaba en las clases de Virgil. Parecía que tuviera que repetirlo constantemente.

—No he conocido a ningún timador que no acabara timado por su

socio —decía—. Ten cuidado con las ratas al acecho, Jack: estafadores dispuestos a desplumar a sus colegas. Este mundo nuestro está lleno de fisgones, imbéciles y soplones, pero lo peor de todo son las ratas al acecho. Vigila siempre a los otros timadores, Jack. Siempre.

En aquella época no entendía por qué Virgil se empeñaba en sacar el tema una y otra vez. Ahora creo que lo sé. Lo hacía para protegerse de una amenaza oscura nombrándola, del mismo modo que los amuletos y encantamientos mantienen a raya a los condes con entradas pronunciadas. O la manera en que alguna gente cree en la suerte.

La suerte no tenía nada que ver con lo que hacíamos. Un timo es un delito al que le añades un poco de inteligencia. Puedes ser como Dillinger y robar un solo banco llevándote diez mil dólares, o timarle cien dólares a cien personas diferentes. El segundo método lleva más tiempo, es cierto, y es menos espectacular, pero con él no acabarás nunca en la lista de los criminales más buscados. Ningún fiscal de distrito pierde el tiempo con el caso de un pobre desgraciado al que le han timado un billete de cien. A los ojos de la mayoría de los fiscales, lo que hacíamos nosotros, Virgil, Rose y yo ni siquiera era un delito penal, según me habían dicho, sino una infracción civil. Nos escurríamos entre las redes de la justicia y lo hacíamos con una sonrisa en los labios. Una sonrisa ensayada, en mi caso.

Cuando llegué al local de Charley Wong, Virgil estaba en la mesa del fondo, con la edición vespertina del periódico abierta por otra historia de atracadores, abatidos en un tiroteo.

—Notoriedad —dijo Virgil, casi sin levantar la vista, mientras yo me sentaba frente a él—. Es el beso de la muerte.

Llamé con un gesto a la camarera (¿Susie, se llamaba?) y pedí un café. Nada de dulces. Tampoco esta vez.

—Cuando un delincuente se hace famoso —dijo Virgil—, está condenado. Mira a Bonnie y Clyde, prófugos, pero siempre dispuestos a posar para una foto. Les encantaba. No me extraña que acabaran acribillados a balazos. O Dillinger, burlándose de la justicia, enviando postales y llamando por teléfono a la policía. ¡Un patán salido de una granja de Indiana, dándose aires de esa forma! Lo estaba pidiendo. ¡Demonios, si hasta llegó a atracar una comisaría de policía! Eso no se hace. No puedes irrumpir en un sitio alborotando como si fueras de la brigada contra el crimen organizado, llamando la atención y hablando a gritos. Tampoco puedes ir por ahí cantando: «¡Estamos forrados!» No puedes pavonearte con un alfiler de diamantes en la corbata y gemelos de brillantes en los puños. Tienes que reservar el relumbrón para las salas de baile. ¿Qué ha pasado con Dillinger? Lo sorprendieron con la guardia baja y lo mataron a las puertas de un cine. —Virgil me miró —. Así que ten cuidado.

—¿Quién va a querer tenderme a mí una emboscada? —pregunté.

—Sólo te digo que tengas cuidado, ¿de acuerdo? No querrás acabar como Dillinger, con tu cadáver expuesto en la morgue y una cola de gente dando vuelta a la manzana, esperando para entrar y echar un vistazo. La fama no lo protegió de las balas, ¿no crees?

Virgil dio un sorbo rápido a su café y se me quedó mirando fijamente.

—¿Qué me dices de ti? ¿Alguna vez te han pegado un balazo?

La pregunta me desconcertó.

—No, no puedo decir que me haya ocurrido.

—No es algo fácil de olvidar —dijo—. Hay que ser muy fuerte para que un balazo no te cambie.

Para entonces, Rose se había sentado con nosotros para beber su café y fumar su cigarrillo, lo que Virgil llamaba «el desayuno de las busconas». Lanzó un suspiro.

—No seas tan morboso, Virg. Vas a hacer que el chico se ponga nervioso.

—Lo que quiero decir —prosiguió Virgil— es que el ciclo vital del ladrón de bancos es notoriamente corto, mientras que los artistas del timo tenemos una longevidad natural. Ahí tienes a Sigmund Engel. ¿Lo recuerdas, Rose?

—¡Cómo iba a olvidarlo! —replicó ella—. El hombre era un dechado de encantos.

—Viejo, calvo y bajito —dijo Virgil—. Y aun así, hacía el mejor truco del cortejo de todo el país. Se casó con su primera enamorada en 1909 y todavía seguía en plena forma cuando intentó timar a Rose...

—Y estuvo a punto de conseguirlo —dijo ella.

—Nosotros creíamos estar timando a Sigmund y él pensaba que nos estaba timando a nosotros, ¿entiendes? Él se presentaba como un viudo adinerado y Rose se hacía pasar por una rica heredera. Muy divertido. Nos reímos mucho juntos cuando nos dimos cuenta.

—Su secreto era el contacto visual —dijo Rose—, el contacto profundo. Sigmund miraba a las señoras con sus grandes ojos de cachorro, les sostenía la mirada solamente un instante más de lo conveniente y repentinamente suspiraba y volvía la vista. «¿Le ocurre algo?», le preguntaban. «Nada. Es sólo que usted es idéntica a mi esposa... a la que fue mi esposa», decía él.

—Lo que probablemente era cierto —intervino Virgil—, ya que según los últimos recuentos Sigmund había estado casado unas ochenta veces. Algunas probablemente se parecerían a alguna de sus mujeres anteriores. O a tres de ellas. Pues bien, muchas de las señoras a las que Sigmund desplumaba eran más tontas que un zapato, pero la mayoría no. Buscaba viudas o solteronas y se hacía pasar por un espíritu solitario, un viudo en busca de compañía, y ¡no imaginas

cuánta necesidad tenían esas mujeres de que alguien las necesitara! Le echaron el guante una vez en Iowa, pero la interesada se negó a presentar cargos y hasta pagó su fianza. No he vuelto a verlo. Un tipo extraño, ese Sigmund. Siempre comía en los mejores restaurantes, pero era discreto, sin pretensiones. Gravitaba siempre hacia los clubs sociales y las asociaciones benéficas. Cuando llegaba a una ciudad, leía los obituarios en busca de maridos recientemente fallecidos de fortuna importante y enseguida organizaba un encuentro fortuito con la desconsolada viuda. No siempre desconsolada, como él mismo decía. Algunas parecían incluso revitalizadas por la reciente pérdida. Sigmund siempre llevaba un libro debajo del brazo. De un poeta griego...

—Ovidio —dije yo, con una carcajada—. Griego no —lo corregí —. Romano. El libro se llamaba *El arte de amar*, ¿verdad?

Eso los sorprendió a los dos.

—Eso creo. ¿Cómo lo...?

Yo me seguí riendo, por primera vez en mucho tiempo.

—¡Ahí la tienes! —dijo Rose—. Ésa es tu sonrisa.

—Deberíamos montar nosotros un timo del cortejo —dijo Virgil —. ¿Qué te parece, Rose? Aquí Wheaties aborda a la hija de un tipo rico. Se casa con ella. Limpia a papi y se larga de la ciudad. Mientras lo haga con habilidad, ¿quién sabe?

Pero los tres sabíamos que eso no iba a suceder. Finalmente, salí del aprieto riendo y, mientras me enjugaba los ojos, dije:

—«Los diferentes caracteres requieren métodos diferentes. Hay peces que se pescan con lanza, otros con caña y anzuelo, y otros con ondulantes redes.» Eso es de Ovidio.

La suya era una guía para timar a la gente. Nunca había sido otra cosa.

Virgil me contó que él y Rose habían montado en una ocasión el timo del tejón, cuya única diferencia con el timo del cortejo era la diferencia entre el galanteo y el chantaje. Con el truco del cortejo, engatusabas lentamente a la víctima, con palabras suaves dichas en tono aterciopelado. Con el timo del tejón, le tendías directamente una trampa a un hombre. Cuanto más respetable, mejor. Un concejal del ayuntamiento o un miembro de la Cámara de Comercio en viaje de negocios eran lo ideal, seguidos de cerca por un clérigo (casado y con hijos) u otro clérigo (soltero). Rose tenía la clase de ojos capaces de dejar a un hombre indefenso. Se hacía la ingenua, dejaba que el hombre la llevara a su hotel... sólo para que entonces hiciera irrupción Virgil, como su sobreprotector hermano, vociferando amenazas y anunciando un escándalo y la ruina. A menudo, para darle un poco más de emoción, Virgil hacía coincidir su entrada con un fogonazo, como si acabara de tomar una fotografía, y Rose siempre se las

arreglaba para estar sentada en las rodillas del pardillo. A veces Virgil amenazaba con contárselo todo al padre de ambos, que casualmente era… bueno, bastaba elegir el nombre del gángster más influyente de los alrededores y ése era su papi. Cualquier cosa, con tal de infundir el temor a la ira de Dios en esos pobres palurdos.

Pero parece ser que Virgil presionó demasiado a uno de esos tipos. Lo exprimieron hasta dejarlo seco, con un seguimiento tras otro, pero resultó que *el* pardillo tenía demasiado que perder. Localizó a Virgil y Rose, registró y destrozó su habitación mientras estaban fuera y mandó a un par de gorilas a que les incendiaran el coche.

—Así perdimos el Modelo A —dijo Virgil.

—Y no lo lamenté —añadió Rose—. Detestaba ese coche.

—Todo lo que poseíamos estaba en esa habitación o en el coche. Teníamos que largarnos cuanto antes, y entonces Rose… Anda, cuéntaselo tú.

—Convencí a un tipo para que robara un automóvil para mí —dijo, permitiéndose una sonrisa a medias—. Virgil se escondió y yo abordé a un transeúnte, con lágrimas en los ojos, diciéndole que había perdido las llaves del coche y que necesitaba desesperadamente volver a casa, antes de que mi marido se enterara de que había salido. Galante a más no poder, el tipo forzó la puerta, hizo un puente para poner en marcha el motor y me pidió un teléfono al que pudiera llamarme. Discretamente, por supuesto. Garabateé cualquier cosa en un trozo de papel, le pedí prestados veinte dólares y después recogí a Virg a la vuelta de la esquina. Hasta donde yo sé, ese tipo nunca cayó en la cuenta de que había cometido un delito. Me despedí con una carcajada y nos largamos.

—Ya no volvimos a hacer el timo del tejón —dijo Virgil— y debo decir que me alegro. Nunca me ha gustado. No soportaba los lloriqueos. «¡Oh, mi mujer, mis hijos!» A las mujeres, en cambio, no parece importarles. En el timo del tejón, siempre somos los hombres los que acabamos sintiendo el aguijonazo.

—¿El aguijonazo?

—De la culpa. Y eso es el beso de la muerte cuando estás trabajando un timo.

—Se lo tienen merecido, esos adúlteros —dijo Rose.

—Ah, pero nosotros les hicimos pagar a esos adúlteros, ¿eh? —aulló Virgil—. ¡Bien que les hicimos pagar!

Volví la cabeza hacia atrás, aunque la sala estaba vacía. Me ponía nervioso que Virgil hablara a veces en un tono tan estentóreo. Cuando entraban otros clientes, se cuidaba de no hablar de negocios, pero aun así… Le hice señas para que bajara la voz, pero él desechó mis preocupaciones con un gesto.

—Tranquilo —dijo—. ¿Quién va a oímos? ¿Charley? Está en la

cocina. Pero mira, hay otra versión del timo del tejón, todavía más rápida y directa. Se hace en burdeles o en habitaciones de hotel amañadas. La llaman el «truco del panel». Una chica se lleva a un tipo a su cuarto. Su compinche entra por un panel lateral…

—De ahí el nombre —dijo Rose.

—De ahí el nombre —repitió Virgil—. Mientras el pardillo se distrae con las habilidades de la chica (o mejor aún, mientras duerme), es fácil pescar algo. La ropa está en un montón, con los pantalones encima y la cartera llena. Tal vez un reloj. Incluso un sombrero bonito. Lila Bauchenmier, que regentaba una casa de pupilas en las afueras de Baton Rouge, tenía un montón de trucos fantásticos en la chistera. Era capaz de dejar sin aliento a un caballo de carreras, nuestra Lila. Siempre dejaba a sus hombres contentos… y agotados. Habrías podido arrancarle los empastes de oro de las muelas y ellos habrían seguido durmiendo. Lila era una de las mujeres más guapas que se han sentado en un bidé. Tenía los dedos largos y finos, de esos que se meten naturalmente en los bolsillos ajenos, y sus sábanas guardaban más secretos que el confesionario de una iglesia católica. Le daba tan poca importancia al sexo como a un estornudo. Deberías ir a verla algún día, Jack. Dile a la vieja Li-Bach que te envía Virgil. Ella sabrá qué hacer.

Dije que la buscaría, si alguna vez pasaba por Baton Rouge.

—Sólo hice el truco del panel con Lila una o dos veces —dijo Virgil—. No me parecía bien jugar así con el amor.

—¿Amor? —intervino Rose—. ¿Así es como lo llamas?

En cualquier caso, puede que el amor no fuera más que eso, un timo mutuo. Rebecca estaría saliendo del instituto, más o menos a esa hora. Era mediados de junio y hacía diez semanas que yo me había marchado. ¡Quién sabe! Tal vez estuviera pensando en mí justo en ese momento. O tal vez no. Me miré la mano, más suave ahora y sin callos. La bolsa de calor que una vez había sentido en la palma había desaparecido hacía tiempo.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Rose.

Me había quedado un rato en silencio, sin notar la interrupción en la conversación.

—¿Se te ha ido el santo al Cielo?

Hubiese querido decir que sí, pero lo único que hice fue sacudir la cabeza diciendo que no, con una sonrisa ancha y franca.

Treinta y cinco

VIRGIL decidió que había llegado el momento de que yo probara suerte con los dados del fullero, es decir, lanzando normalmente unos dados amañados, o lanzando de forma amañada unos dados normales.

—Los dados cargados sólo funcionan con los palurdos —me aconsejó Virgil—. Cualquier jugador merecedor de ese nombre sabrá si unos dados están amañados, solamente por la sensación que le dan en la mano... Y te aseguro que los jugadores profesionales no suelen ser excesivamente indulgentes con ese tipo de cosas. Es mejor aprender a lanzarlos bien.

Para lanzar los dados y conseguir que las probabilidades estuvieran a tu favor, había que hacer una tirada plana. Tenías que hacerlos girar en un solo plano, sin que cayeran rodando. Había que sacudir la mano como un poseso, pero por simple paripé, al tiempo que sostenías los dados en la curva de los dedos, con los números que querías mirando hacia arriba. La idea era dejarlos caer como piedras, girando horizontalmente, pero sin darles la vuelta. No podías conseguirlo en cada tirada, ni en los casinos con buena iluminación. Pero ¿en un callejón o sobre una mesa de billar, cuando las apuestas habían subido lo suficiente? Un golpe de muñeca, una pasada de los dados, y ¡pam! Dos seises.

Era difícil.

La idea era sencilla. Pero la tirada del fullero era mucho más difícil que ensartar aros en una botella, y cuando finalmente conseguí imprimir a los dados el giro horizontal, Virgil rugió:

“¡Lo mismo podrías haberlos puesto sobre la mesa con los seises para arriba de tan obvio que ha sido! ¡Tienes que echarle un poco de garra!

Los dados del fullero requerían manos más rápidas que las mías y dedos más finos. Virgil hizo cinco tiradas. Las cinco buenas. Yo tardé treinta en obtener un resultado decente, más o menos lo mismo que hubiera conseguido si los hubiera lanzado honestamente. ¿Para qué molestarse, entonces?

Seguimos trabajando timos cortos durante todo el mes de junio, entrando y saliendo rápidamente de los pueblos. A Virgil siempre le preocupaba quedarse demasiado tiempo en un sitio y lo ponía nervioso pernoctar en un pueblo. A veces nos íbamos por la mañana, antes incluso de que se secaran las medias de Rose. Con las piernas desnudas asomando por la ventana trasera y el vestido inflado como un paracaídas, ella protestaba:

—No nos persigue nadie, Virg. ¿Por qué tanta prisa?

Por esa época, se multiplicaban las fiestas de los condados: certámenes de cocina, concursos de llamar al puerco a los corrales, exposiciones de conservas locales, degustaciones de encurtidos y ese tipo de cosas. Hombres con cinturón y tirantes levantando argollas de hierro, niños corriendo de aquí para allá como gatos callejeros y mujeres atareadas entre las mesas, con las manos empolvadas de harina o pegajosas de mermelada. Jóvenes enamorados deambulando entre el polvo, con ojos lagrimosos y expresión atontada, lanzándose arrullos como si fueran herraduras. Todo muy pequeño e inocente. Hogareño. Lo que equivale a decir perfecto para los timos. Virgil decidió llevarnos a visitar las ferias agrícolas de los alrededores de Silver City.

—Viajes en el día —dijo—. Rápidos y fáciles.

Virgil sostenía que era posible convencer prácticamente de cualquier cosa a un patán aburrido, y las ferias agrícolas eran probablemente el lugar más aburrido que uno pudiera imaginar. Al principio había pensado en trabajar con los dados, conmigo de gancho. Pero para eso yo habría tenido que ganar alguna vez, para atraer a la gente, y Rose no podía hacer de gancho, porque no habría sido propio de una señorita jugar a los dados, por lo que esa posibilidad quedó descartada.

—En lugar de eso, jugaremos al monte de tres cartas —dijo Virgil —. Ven, te enseñaré cómo funciona.

En el callejón detrás del local de Wong, Virgil le dio la vuelta a un cajón de madera y puso encima tres naipes: una reina de corazones y dos ases. La idea era seguir a la reina. Virgil movía las cartas, con cierta rigidez a mi entender, dentro y fuera, por encima y por debajo, mientras recitaba casi sin respirar:

—¡Encuentre la dama! ¡Apueste y consiga el doble! ¡No pierda de vista la dama! ¡Mire la dama! ¡Siempre la dama! ¡La dama manda! ¡Manda la dama!

Estuvimos practicando, con Rose haciendo de pardillo y yo de gancho. Mi trabajo consistía en bloquear todo intento que hiciera ella de elegir la carta correcta.

—La primera regla y la más importante —dijo Virgil— es la siguiente: «El pardillo nunca gana.» El gancho sí, pero el pardillo nunca.

Me pareció que habríamos podido jugar sin trampas. Si movíamos los naipes con suficiente rapidez y dejábamos elegir honestamente al apostante, tendríamos aún una ventaja de dos a uno. Con unas probabilidades como ésas a nuestro favor, a la larga acabaríamos ganando. Pero dos a uno no era suficiente para Virgil. Quería mejores probabilidades.

—Tres a cero, preferiblemente.

El monte no era como otros timos, en los que a veces perdías unas pocas manos, para reforzar la confianza del pardillo; Cuando jugabas al limón en el póquer, por ejemplo, dejabas que el palurdo se llevara un par de manos, para que se convenciera. Se las regalabas, para así engancharlo y hacerle subir las apuestas. Eso no pasaba nunca en el monte de tres cartas —me explicó Virgil—, porque el monte de tres cartas era un juego improvisado en una esquina y el pardillo podía recoger simplemente sus ganancias y largarse.

Había una serie de estrategias para evitar que eso sucediera.

Mi trabajo como gancho consistía en elegir una y otra vez la carta ganadora, haciendo que el juego pareciera fácil, porque lo era. Virgil movería las manos con suficiente lentitud para que cualquiera pudiera seguirlo.

—Mejor todavía —dijo Virgil—, sobre todo si entre el público hay un tipo con chaleco y bombín, es hacer que el gancho pierda una y otra vez. Muchas veces.

Entonces el pardillo «demasiado listo para ser timado» pensaba: «¡No me puedo creer que este hombre falle tanto! ¡Yo habría acertado todas las veces!» Convencido de su superioridad, finalmente daba un paso al frente, para hacer su apuesta.

Y entonces sucedía algo mágico. En cuanto el pardillo hacía su apuesta, la habilidad de Virgil aumentaba de forma repentina y radical. Los naipes empezaban a volar. Virgil los recogía y los dejaba caer con agilidad y ligereza. La jugada clásica consistía en recoger dos cartas con la mano derecha, una encima de otra, y entonces, en lugar de dejar caer primero la de abajo, como sería de esperar, hacer un movimiento amplio de barrido y dejar caer primero la de arriba. Un truco sencillo, pero eficaz. A partir de ahí, el pardillo seguía la carta equivocada. Un movimiento lateral, en el que uno de los naipes pasaba hacia arriba y el de abajo se deslizaba hacia fuera, también funcionaba bien, aunque a Virgil le costaba un poco más.

—El monte no es exactamente mi especialidad —me confesó—. No lo he cultivado mucho desde que trabajaba en las terminales de autobuses. Lo tengo un poco olvidado, pero todavía puedo timar a los patanes.

¿Y si por pura suerte el pardillo elegía la carta correcta? Ahí es donde entraba yo, y tenía que actuar rápidamente.

En el instante en que el primo colocaba su apuesta sobre la carta ganadora, ya fueran cinco o diez dólares, Virgil rechazaba el dinero, exclamando:

—¡Veinte dólares, mínimo!

Era la señal para que yo apostara de inmediato cuarenta, bloqueando la apuesta, porque en cuanto yo ponía mi dinero sobre la mesa, Virgil se apresuraba a anunciar:

—¡Cuarenta dólares, máximo!

Y daba la vuelta al naipe.

De ese modo, yo ganaba con la carta elegida por el pardillo, lo que no hacía más que alimentar su ambición. En caso de que el pardillo volviera a acertar (y de vez en cuando sucedía, según Virgil), yo tenía que darle un empujón al cajón y hacer que volcara, tirando los naipes al suelo. Entonces Virgil anunciaría:

—¡Quedan anuladas las apuestas! ¡Nueva mano!

¿Y si el pardillo acertaba por tercera vez? Entonces quería decir que Virgil no había hecho bien su trabajo.

—¡Agua! —gritaría—. ¡Vámonos!

Y entonces saldríamos por piernas, abandonando el cajón. Por eso no usábamos una mesa de naipes normal, por si temamos que salir corriendo.

Pero nunca llegamos a ese extremo y me alegro de que así fuera, porque no creo que nadie en esas ferias agrícolas supiera que el monte de tres cartas era ilegal. Los propietarios de las granjas de cerdos se acercaban al cajón de madera de Virgil, se echaban la gorra hacia atrás, miraban un momento y procedían a perder el equivalente a la compra de toda una semana para la familia, en dos o tres rondas. Nunca sospechaban nada, porque «¡Eh!, ¿acaso ese chico no había ganado un par de manos, un momento antes?». Algunos subían la apuesta, con la vana esperanza de «desquitarse», tirando su buen dinero con sombría determinación, hasta quedar completamente limpios.

Yo siempre ganaba una mano importante justo después de que sucediera algo así y me marchaba después de desplumar a Virgil, que se quedaba anonadado, lamentando la derrota. Muchas veces, el mismo hombre que acabábamos de exprimir venía a consolarlo:

—A veces se gana y a veces se pierde —le decía a Virgil.

—Sabias palabras —respondía él—, sabias palabras.

El monte era otra versión del antiquísimo juego del trile, que se puede hacer con conchas o cubiletes.

—Un juego tan viejo como este país —dijo Virgil—, El primer trilero vino a bordo del *Mayflower*. Es un hecho contrastado. Y puedes leer acerca del juego de las tres conchas, que se practicaba en las meriendas campestres de Ja iglesia de los Peregrinos, —Hablaba de todo eso, como si hubiera estado allí y lo hubiese visto con sus propios ojos—. Lo que nosotros hacemos, a nuestro modo, es mantener viva una tradición venerable —añadió, postulándose una vez más para esa medalla que según Rose creía merecer.

—¡Qué generoso de tu parte! —dijo ella.

El monte de tres cartas. El trile. El juego de las conchas, O incluso las tres maletas de piel verde que poseía Virgil. Todo formaba parte de

ese ritmo de uno, dos, tres. Cuatro era demasiado. Dos no era suficiente. Hacía falta un juego de tres para lograr el engaño, ya fuera en el cambio de una maleta o en el tacto ligero de un naipe cayendo sobre una mesa.

—¿La mano es más rápida que la vista? —pregonaba Virgil—. ¡Adelante, prueben suerte!

Y los pardillos lo hacían. En masa. Como novillos de camino hacia la máquina de picar carne.

El trabajo de Rose consistía en quedarse en segundo plano, haciéndonos señales con las manos. Observaba a la multitud, fijándose en quién sacaba un dólar de una cartera llena de billetes y quién no, y en quién consultaba el reloj (lo que significaba que tenía prisa, por lo que era preciso desplumarlo antes que a los demás) y quién parecía tener un horario más flexible. Si se tiraba de una oreja, quería decir que venía la poli. Si se sacudía una manga, nos estaba indicando que cortáramos el juego. Dos dedos para arreglarse el sombrero significaban que dobláramos la apuesta. Tres dedos querían decir que no aceptáramos a ese apostante y jugáramos con el siguiente. Cuando se retocaba el maquillaje de la cara, quería decir que alargáramos el juego. Si se arreglaba el pelo, poniéndose por ejemplo un mechón detrás de la oreja, nos estaba diciendo que el pardillo tenía mucho que ofrecer, («Aprovechadlo y sacadle todo Jo que tiene,»)

Las cosas nos salieron a pedir de boca, hasta la quinta feria agrícola. Entonces nos metimos en líos.

Habíamos tenido una buena racha y nos disponíamos a salir del pueblo, cuando Virgil olió a tarta casera. De moras y frambuesas, de uvas pasas, de ruibarbo...

—¡Ñam, ñam! ¡Qué aroma!

Venía de la carpa de los Caballeros de Cristóbal Colón, y era realmente un olor tan cálido y generoso que casi se paladeaba.

Virgil compró una tarta entera, de moras y frambuesas.

Nos sentamos a la sombra de una tienda, en una esquina, comiendo tarta recién sacada del homo, con una pasta tan ligera que parecía caída directamente del cielo y unas moras de sabor tan intenso que parecían brotadas de las profundidades de la tierra.

Virgil me miró.

—Esa lata de tabaco tuya debe de estar llena a reventar. ¿Qué vas a hacer con todo ese dinero? Debes de tener más de dos mil dólares metidos ahí dentro.

—Más o menos —dije yo.

En realidad, tenía bastante más que dos de los grandes.

—Y nunca gastas en ropa ni en vino —dijo Virgil.

—Ni en chicas —dijo Rose.

Virgil se limpió las manchas de frambuesa de la boca.

—¿Para qué ahorras, chaval? ¿Por si vienen malos tiempos? ¿Acaso pueden ser peores?

A decir verdad, yo no tenía idea de estar ahorrando para nada.

Le había enviado cien dólares a mi padre, con una nota que decía: «Compra comida.» Pero aparte de eso, no había gastado mucho, sobre todo porque a Virgil le encantaba invitar. El ron, las chuletas, el jazz y los desayunos de madrugada casi no me habían costado ni un centavo.

—Quizá lo ponga en el banco —dije— y lo ahorre para más adelante.

—¿Tienes planes, no?

—No. Ninguno, en realidad.

—¿Ninguno? —repitió Rose.

—Bueno, supongo que podría marcharme. Irme al norte, ya sabéis. Enrolarme en el ejército británico, para ir a la guerra que todos dicen que viene.

¡Para qué lo habré dicho!

Resultó que Virgil no se parecía en nada a mi padre.

—¿Qué? ¡Dime que no lo dices en serio! ¡Dios santo, muchacho!

—Virg... —dijo Rose, pero él no estaba de humor para oírla.

—Yo estuve allí, Jack, en la última. ¡Oh, sí, qué aspecto tan marcial teníamos con nuestros uniformes de color caqui! ¡Llenos de patriotismo! ¡Medio millón de botas, muchacho! ¡Marchando directamente al infierno! Nunca te cuentan esa parte, ¿verdad? ¡Maldita sea, Jack! Te creía más listo. ¿No hemos aprendido nada de la Gran Guerra? Nosotros, los americanos, vivimos en una casa a prueba de incendios, lejos de todo material inflamable. ¿Por qué tenemos que pelear las batallas de los demás?

—Virg...

—¿Quieres ser como uno de esos imbéciles que se enrolaron para pelear contra Franco y se unieron a una brigada de voluntarios, con la cabeza llena de idioteces románticas? ¿Y todo para qué? Me alegro de que el bueno de Franco haya ganado y haya puesto fin a todas esas sandeces. ¡Veteranos de Guerras Extranjeras! ¡Ja! Deberían fundar un grupo de apoyo para los veteranos de guerras futuras, que son los que van a necesitarlo.

—El chico sólo se lo estaba pensando —dijo Rose—. No tienes por qué encresparte tanto.

—¿La Ley de Neutralidad? ¡Lo mejor que ha aprobado nunca el Congreso! —dijo Virgil—. «Crear un mundo seguro para la democracia.» Para eso nos dijeron que era la guerra. Nos contaron que era una cruzada. Pero yo os pregunto: ¿Cuándo nos pusimos de acuerdo para hacer de policías del mundo? ¿Eh? ¿Queréis ver la señal de un imbécil? Aquí está. Os la voy a enseñar.

Se desabotonó la camisa y se subió la camiseta. Desde que Clark

Gable había revelado su torso desnudo, la venta de camisetas había caído en picado, pero Virgil era uno de los pocos tipos que aún las usaban. En ese momento empecé a entender por qué.

Allí, en medio de su pecho, justo debajo del corazón, había una herida arrugada, del tamaño de un cuarto de dólar, como si le hubieran abierto un agujero y se lo hubieran cosido después para cerrarlo. Pero muy mal.

—Ahí la tienes. Una bala alemana, ¿y para qué? Tú ni siquiera habías nacido cuando nos fuimos a la guerra. «La guerra que acabará con todas las guerras», decían. Los soldados desfilaban y a mí me faltó tiempo para irme con ellos, como el Llanero Solitario al rescate. ¡Claro que sí, el Tío Sam partió para el combate! ¿Lo recordáis? Salió al rescate justo al final, disparando sus pistolas para asustar a los alemanes. Pero no era una película, ¿verdad que no? Cuando llegué al frente, vi un globo atrapado en un lodazal. Pero no era un globo. Era un soldado inglés, con la barriga hinchada y la piel gris como la ceniza. Me pusieron un Lee-Enfield en las manos y me dijeron: «¡Aquí empieza la gran aventura!»

—¿Un Enfield? —pregunté yo—. ¿No es británico ese fusil?

—¡Exacto! No seas imbécil como lo fui yo. Voy a contarte algo que quizá no sepas. ¿Sabes qué pasa cuando te envían al frente? Té hieren una vez y ya te lo esperabas. ¿Dos veces? Malo. ¿Tres? Sólo un milagro puede hacerte salir adelante. Conocí solamente un hombre lo bastante grande para recibir tres balazos y sobrevivir.

—¿Y qué fue de él?

—Lo mató el cuarto. En cuanto a mí, sólo me hirieron una vez. Pero con una tuve suficiente. Fuego de francotirador alemán. De lleno en el pecho. No me tocó el corazón por un pelo. Fue un milagro que saliera vivo.

—Pensaba que no creías en la suerte —dije.

—Y no creo. Pero tengo más fe en los milagros que en todo esté puto mundo.

Se quedó un momento en silencio, mirándome fijamente con enfado y disgusto.

—Era sólo una idea —dije yo.

—¡También lo era el puto Hindenburg'. ¡Demuestra un poco de sensatez, muchacho! Es un esfuerzo inútil. ¿Qué demonios te falla para que no puedas verlo? Escucha. —Se inclinó hacia mí y bajó la voz—. Tienes un talento natural, Jack, un don de Dios. Tienes confianza ahí dentro, lo percibo. No desperdicies tu vida en causas perdidas. No dejes que te tomen por un pardillo.

¿Confianza? No. Se trataba más bien de desconectar las partes de mí mismo que podían molestar. Se trataba de averiguar lo que había que hacer y entonces hacerlo. No era desparpajo. El desparpajo era el

arte del adorno, de ir añadiendo capas como si estuvieras adornando un pastel. Lo que yo usaba era el arte de la sustracción.

Rose me apoyó una mano sobre el brazo.

—Virgil no quiere ver que desperdicies tu vida, eso es todo. Él se señaló por última vez la cicatriz en el pecho.

—Esto es lo que consigues con el heroísmo.

No sé cómo esa bala no le alcanzó el corazón.

Mientras se estaba abotonando la camisa, noté que Virgil miraba por encima de mi hombro alguna cosa que venía hacia nosotros. Sonrió. Una ancha sonrisa, que mantuvo una fracción de segundo más de lo normal.

—Buenas tardes, agente —dijo.

Al volverme, vi una insignia de sheriff pegada a un hombretón. Parecía un toro embutido en un uniforme. La cabeza le iba de las orejas a los hombros, sin el habitual intervalo del cuello. Tenía la cara curtida por el sol y tosca, y no sonreía.

La primera regla del monte de tres cartas era que el pardillo no ganaba nunca. La segunda, que el jugador no debía ser visto nunca en compañía del gancho. De no haber sido por la tarta, no nos habría pasado.

El hombre de la insignia dijo:

—Tengo entendido que han estado ustedes organizando juegos de azar en mi jurisdicción.

Y Rose desapareció.

Fue increíble. No sé cómo lo hizo. En un momento estaba ahí y al momento siguiente ya no, como en un truco de magia.

—¿Juegos de azar? —dijo Virgil—. ¡Eso sería infringir el reglamento 37/4 del condado, que limita claramente la práctica de juegos de azar privados en espacios públicos!

Eso obligó al sheriff a hacer una pausa.

—¿El reglamento 37/4?

—Exacto —dijo Virgil—. Prohíbe todos los juegos de azar, excepto, lógicamente, los organizados con fines benéficos. Los bingos de las iglesias y ese tipo de cosas. Nosotros, en nuestro caso, estamos recaudando fondos para los Caballeros de Cristóbal Colón. ¿Ha probado las tartas? ¡Cielo santo! ¡Son fantásticas! ¡Ande, pruebe un trozo!

Pero el sheriff no se movió.

—Éste es mi pueblo. Primero tienen que arreglar las cosas conmigo.

Siempre que entrábamos en los terrenos de una feria agrícola, Virgil se empeñaba en hacer un alto en la caseta de la megafonía, para estrecharle la mano al hombre que estaba detrás del micrófono. («¿Whitlock, verdad? ¿Dale Whitlock? Un placer. ¡Un trabajo

excelente el que está haciendo! Casi no se oye nada de estática.»)

Esa vez comprendí por qué.

—Bueno, sheriff —dijo Virgil, inclinándose un poco hacia él y bajando la voz—. Si se pasa por la caseta de megafonía y le pregunta al señor Whitlock... ¿Conoce al señor Whitlock, verdad?

—¿A Dale? ¡Claro que conozco a Dale!

—Pues bien, él tiene un sobre para usted. Guardado debajo de la mesa. Una muestra de nuestro aprecio por el buen trabajo que hacen sus agentes, velando por el cumplimiento de la ley. Es nuestra manera de darle las gracias.

El sheriff hizo un gesto afirmativo. Había venido para eso. En cuanto se dio la vuelta y salió en dirección a la caseta, Virgil y yo corrimos. Rose nos esperaba con el motor en marcha y nosotros nos zambullimos en el coche.

—Agáchate —dijo Virgil, cubriéndonos a ambos con una manta, mientras Rose aceleraba.

No habría hecho falta que se molestara con la manta. Al paso por la caseta de megafonía, Rose nos dijo que el sheriff estaba a un lado, esperando pacientemente a que Dale terminara de hacer un anuncio.

Rose nos sacó de allí a toda prisa.

En cuanto estuvimos a salvo, Virgil echó hacia atrás la manta y dijo en tono lastimero:

—¡Qué pena! ¡Qué pena más grande! ¡Tener que dejar tirada una tarta de moras y frambuesas tan perfecta como ésa!

Todavía no sé cómo esa bala no le alcanzó el corazón.

Treinta y seis

EN EL camino de vuelta a Silver City, pasamos por una feria de atracciones.

Estaba instalada en los destartalados suburbios de un pueblo grande; se veían los silos y los depósitos de agua, temblando con el calor a lo lejos, en parte espejismo y en parte realidad. La feria había marcado su parcela con banderines que ondeaban al viento y tiendas dispuestas como los cubiletes del juego de trilero que en realidad era, sólo que en su caso el juego era más grande y complicado. El cartel de la entrada rezaba: «¡diversión para toda la familia! LA PRODUCTORA "ENTRETENIMIENTO SANO" PRESENTA —entonces lo vi— EL CIRCO Y FERIA AMBULANTE DE LOS HERMANOS ROBBINS.»

—Para aquí un momento —dije—. Ésos me deben un oso.

Pero Virgil no quería parar, aunque estuviéramos hablando de un oso de tamaño extragrande con gafas como las de Teddy Roosevelt.

—¿Quieres que te muestren el farolillo rojo? —preguntó—. Nadie se busca una pelea con feriantes. Sería como enfrentarse a un nido de serpientes de cascabel. Puede que sólo te den un par de lengüetazos, pero lo más probable es que acabes en el fondo, lleno de agujeros de dientes y harto de veneno.

Mostrar el farolillo rojo —me explicó— era el arte de arrojar a la gente desde un tren en marcha, y lo llamaban así porque lo último que veías mientras yacías destrozado sobre las vías era la luz roja y parpadeante del furgón de cola, mientras se perdía en la distancia.

—Hace un par de años, en Mobile, unos feriantes tiraron del tren a varios empleados de su circo, porque habían protestado por la paga. Dos de ellos quedaron tullidos para toda la vida. Uno murió. A todos les habían mostrado el farolillo rojo.

Miré a Virgil.

—¿Has visto el paseo central de la feria?

—Lo he visto. Y no pienso parar.

Pasó junto al desvío para entrar en la feria sin reducir la marcha.

—Después de la guerra —dijo—, probé los platos que el mundo podía ofrecerme, tanto los dulces como los amargos, y descubrí que no podía sentar cabeza y quedarme quieto en un sitio. Era como cuando tienes que aguantar todo un sermón sentado y la rodilla se te mueve sola. No dejaba de saltar. Me moría por moverme. Ya sabes, Jack, soy un culo inquieto. Y acabé en una feria, haciendo el circuito. ¿Quién no lo ha hecho, entre nuestros colegas? Es como cuando te llaman para hacer de jurado. Cumples con tu deber y tratas de salir entero. Entrar no es demasiado difícil, pero salir es bastante más complicado, porque

puede suceder que la feria te trague entero o que te escupa, roto y bien masticado.

Por lo visto, en la feria había aprendido Virgil los trucos que practicaba en las estaciones de autobuses. Allí había hecho su primer cambiazo de maletas y allí había aprendido a jugar al monte de tres cartas, dos talentos que con el tiempo lo llevarían a recorrer todo *el país*.

—¿Qué significa la tiza? —le pregunté—. En las ferias. Tengo entendido que se usa sobre todo para señalar a los pardillos.

Virgil asintió con la cabeza.

—Sobre todo. También la usan los carteristas. El ayudante les indica dónde está la cartera, utilizando la espalda de la chaqueta como una especie de brújula, para indicar en qué bolsillo está. Pone la señal en el centro, si la lleva sujeta con una cadena, o entre los omóplatos, si ya le han robado. Para cuando llegaban al final del paseo central, muchos de esos sujetos iban más marcados que una pizarra —dijo Virgil con una carcajada.

—¿Y la roja? —pregunté.

—¿Roja?

—La tiza. La que usó uno de ellos para marcarme, dándome una palmadita en la espalda —dije yo—, creyendo que no lo había notado.

Virgil me miró, con expresión de espanto.

—¿Te marcaron el hombro con tiza roja?

Asentí.

—Así es. Me di cuenta de que era una señal —dije—. Supuse que querría decir: «El chico ha descubierto nuestro juego; dejadlo en paz», porque después de eso ningún feriante intentó llevarme a su caseta.

—No es eso —replicó Virgil—, no exactamente. Se le acerca, pero no es eso exactamente. Una marca con tiza roja significa: «Si este cabrón os da el más mínimo problema, mostradle el farolillo rojo.» Es algo así como levantar la veda y dejarte sin protección. Si hubieras abusado de tu suerte y te hubieras negado a marcharte o hubieras regresado más tarde esa misma noche, te habrían invitado a subir a su tren. Te habrían engatusado con palabras cordiales y palmaditas en la espalda y, en cuanto el tren hubiera cogido velocidad, te habrían arrojado a la vía desde el furgón de cola. ¿Tiza roja? ¡No sabes de la que te libraste! —Virgil me miró de reojo—. ¿Todavía quieres volver a buscar a ese oso?

Yo sonreí, con una sonrisa ancha y torcida.

—Creo que pasaré.

Mientras los hermanos Robbins desaparecían entre el polvo y la distancia, Virgil me dijo que no sufriera por haberme dejado timar por unos feriantes. Todos los estafadores caían alguna vez en alguna trampa, tarde o temprano.

—Por lo general suele empezar así —dijo—. Alguien te tima, eso te enerva y entonces decides que en el juego de la vida tú no vas a ser el timado, sino el timador. No el pardillo, sino el feriante. ¿Has oído hablar de *Jabonoso* Smith? Un chico corriente de Georgia, que trabajaba en un rancho de Tejas cuando un trilero le levantó todos sus ahorros. En lugar de enfadarse, Jabonoso decidió aprender el oficio. Se presentó en Alaska a principios de siglo y acabó siendo el dueño de todo el pueblo de Skagway. Eso es lo que distingue a los artistas del timo del resto de la gente. La mayoría de la gente, cuando se quema, lloriquea un poco y se aparta del fuego, lamiéndose las heridas. Sufre las consecuencias. Pero hay otros que se queman y, en lugar de quejarse, quieren manejar las cerillas. Ésos tienen alma de fulleros. «¿Cómo lo ha hecho?», se preguntan. «¡Yo quiero hacer lo mismo!», piensan. A cualquiera lo pueden timar, Jack. A Dapper Dan Collins lo desplumó el *Conde* Lustig, que a su vez picó en una trampa de *Amarillo* Weil. Al mejor de nosotros puede pasarle. Considéralo parte de tu educación, una lección que has aprendido. En mi caso, fue *Maletín* Simpson, con sus tres maletines condenadamente idénticos. Busqué a Simpson y lo encontré; pero, en lugar de hacerle una cara nueva, le pedí que me enseñara. Pues bien, al poco tiempo era capaz de dar ese cambiazo con la facilidad con que sacarías un pañuelo de seda del culo de un cerdo.

Ese «cambiazo» tenía más de un sentido, me explicó Virgil, mientras seguíamos rodando por la carretera, con el sol bajo sobre el asfalto. El cambiazo era también ese instante en que el timador cedía toda la responsabilidad al pardillo, logrando convencerlo de que la idea había sido suya desde el primer momento.

—Cuando el pardillo te presiona para que aceptes el trato —dijo Virgil—, cuando te obliga a coger el dinero... ¡es un momento maravilloso! Le dices: «¡No, no, no podría!», y él te dice: «¡Insisto!» —La sonrisa de Virgil era ancha y sincera—. Hacer el timo perfecto, ¡eso sí que es fabuloso! Jugar a un juego con todas las reglas a tu favor. Si sale cara, tú ganas; si sale cruz, ellos pierden. Ser más listo que todos los demás. De eso se trata. ¿Qué hice yo? Pasé del cambiazo de la maleta al truco de la caja de cerillas, y del truco de la caja de cerillas al monte, y del monte al rollo de Michigan. Y aquí estoy. Vivo todavía.

En el mundo de Virgil Ray, no había premio para los segundos clasificados. Se podía ser un rey o un paria. Tampoco había timadores modestos, sólo artistas y maestros: los grandes y los más grandes de todos los tiempos. Éste era un as con los cheques; aquél, el que mejor preparaba el terreno, y aquel otro, el más hábil del mundo captando pardillos para el póquer. Tenía un conocido que se ganaba la vida pidiendo devoluciones de dinero por compras menores a grandes empresas, para luego borrar la tinta y escribir en el cheque una

cantidad mucho mayor, pero no era un simple lavacheques, sino «el lavacheques más grande de la historia».

—¡Debería dedicarse a la pintura al óleo, a restaurar grandes obras de arte! ¡Es así de bueno!

—¿Eso es lo que somos? —le pregunté—. ¿Artistas?

—¡Oh, mucho más que eso! —dijo Virgil, volviendo la cabeza para mirarme—. El timador es el gran héroe americano, como Paul Bunyan o Robin Hood.

—¿Robin Hood?

—Comerciamos con sueños y falsas esperanzas, Jack. ¿Puede haber algo más americano que eso? Charley Fisher, allá en el norte, en la bahía de Passamaquoddy, fundó la Compañía Electrolítica de Sales Marinas. Vendió acciones del océano. Del océano, ¿lo entiendes? Con su «acumulador de oro» patentado, extraía pequeñísimas cantidades de oro del agua de mar. Todo auténtico. El agua de mar contiene restos de oro. ¡Pero tendrías que desecar media bahía para conseguir un sola pepita! ¡Estamos hablando de moléculas!

No es que a Fisher le importara. Su negocio era vender acciones y él vendía acciones.

—Les sacó una pequeña fortuna a esos yanquis de Nueva Inglaterra. Pero yo lo superé. En una ocasión vendí siete montones de tierra, a mil dólares cada uno. Quiero que figure en mí lápida: «Aquí yace Virgil Ray. Vendió un montón de tierra. Siete veces.» ¿Y sabes lo mejor? Todo era legal. Relaves sin procesar de una mina de oro auténtica.

—¿Relaves sin procesar? —pregunté.

—Basura. Me pagaron para que me la llevara; pero decidí venderla, para ahorrarme el transporte. Todos los papeles estaban en regla. Los relaves verdaderamente contenían oro, más o menos la misma cantidad que encontrarías en el agua del mar, y si los tamizabas con cuidado, quizá pudieras encontrar una mota o dos de oro bueno. Más o menos como encontrar una pulga en un montón de arena. Pero era oro, Jack, y el oro es una droga para los codiciosos. La promesa de encontrarlo alimenta el hábito y nos convierte a todos en yonquis. «Tierra aurífera, certificada por la Oficina de Prospecciones de Estados Unidos.» ¿Has oído decir que la tierra se ha empobrecido? ¡Pues a mí me enriqueció!

—Basta ya, Virg —dijo Rose, agitándose en el asiento trasero—. ¿Por qué tienes que llenarle la cabeza al chico con esas historias?

Mi mirada se cruzó con la de Rose en el espejo retrovisor.

—No cuento mentiras —dijo Virgil—, pero nunca dejo que los detalles compliquen la veracidad de una historia.

No sabía que Rose me consideraba tan ingenuo. Yo sabía que había huecos en las historias de Virgil. Sabía que había cosas que me

ocultaba y detalles que prefería pasar por alto. Sus historias nunca acababan de encajar unas con otras. Por la misma época en que supuestamente vendía relaves de una mina de Nevada, también estaba practicando el timo del tejón en Baton Rouge. Me había contado al menos cuatro versiones diferentes de dónde estaba cuando se hundió la Bolsa. Habría necesitado varias vidas y varios siglos de vagabundeos para acumular todas las experiencias que decía tener. Al cabo de un tiempo, dejé de prestar atención a las fechas y los lugares, y empecé a preguntarme si llegaría el día en que dijera a alguien más joven que yo: «¿Virgil Ray? ¡Demonios, yo trabajé con él en el treinta y nueve! Ese hombre era un artista, uno de los grandes.» Me preguntaba si el que me oyera no acabaría sonriendo y diciéndose para sus adentros: «Sí, ¿y qué más?»

Quizá Virgil estaba en lo cierto. Quizá todo el país era un timo interminable, un esquema de Ponzi en el que nunca llegaban los beneficios, ni dejaban nunca de pedirte más dinero. Quizá el juego estaba amañado y el timador era simplemente un tuerto en el país de los ciegos.

Nosotros formábamos parte de la siguiente gran oleada, o al menos eso decía Virgil. Antiguamente, el negocio se había circunscrito a las estaciones de tren y los barcos fluviales, que hacían circular a la gente por rutas similares. En cuanto se marchaba un grupo de fulleros, ya aparecía el siguiente.

—A los pardillos les limpiaban hasta el forro de la ropa y más de una vez los timadores se encontraban con que otros colegas ya habían usado sus mismos trucos —dijo Virgil—. Pero el automóvil ha abierto el gran corazón de Norteamérica a nuestro oficio. Antes éramos prisioneros de los horarios del tren. Ahora podemos llegar y marchamos en un abrir y cerrar de ojos. Gracias al automóvil, tenemos el escape asegurado. Eso sí —añadió, mirándome con intención por el rabillo del ojo—, tienes que procurar que no se te cale el motor.

Lo dejé pasar.

—Los artistas de los barcos fluviales, como Canadá Bill, prepararon el camino para gente como el *Conde* Lustig o *Amarillo* Weil, del mismo modo que Lustig y Weil prepararon el camino para Rose y para mí, y del mismo modo que Rose y yo lo estamos preparando para ti, Jack. ¡Quién sabe cuántas maravillas, cuántos nuevos timos verás tú en tu día! El futuro se está volviendo cada vez más prometedor.

Dejamos atrás granjas abandonadas y campos secos, donde hacía años que no crecía nada. El sol estaba hinchado en el horizonte. El cielo era rojo. Aun así, Virgil no parecía nada cansado. Estaba entusiasmado y las historias seguían viniendo a nuestro encuentro con

tanta seguridad como la carretera.

Algunos de los mejores hombres de nuestro oficio, según dijo, ni siquiera eran hombres. Eran mujeres como Cassie Chadwick, que había nacido en una granja de Canadá y se había desplazado al sur, a Nueva York, donde logró colarse en el árbol genealógico de Andrew Carnegie. Al parecer, la señorita Chadwick se había hecho pasar por la hija secreta y probable heredera del anciano, que estaba soltero. Con unos cuantos rumores bien distribuidos, se hizo con una fortuna considerable.

—Eso fue a principios de siglo —dijo Virgil—, Les sacó a los bancos unos veinte millones de dólares… a cambio de poco más que cotilleos.

También estaba Chicago May, reina indiscutida del timo, según Virgil.

—A los trece años, May robó dinero de la caja fuerte de su padre, en Irlanda, y se vino a América, en busca de un mundo mejor. Algunos dicen que anduvo un tiempo en el Oeste, con la pandilla de los Dalton, pero no estoy totalmente seguro de que sea cierto. Después abrió un burdel, que en realidad era una fachada para un timo del tejón perfectamente organizado. Lo dirigía como si fuera una operación militar. Tenía en nómina a la mitad del departamento de policía. Se especializaba en seguimientos. En chantajes, ¿entiendes? Se ponía en contacto con el afectado, después del pago inicial, y le decía que ese mes andaba un poco corta de dinero y le pedía ayuda. Si él ponía objeciones, ella le pedía que le pasara un momento a su mujer. Un seguimiento muy efectivo el suyo.

Años después, Chicago May anunció que se había reformado y dijo haber «visto la luz», pero Virgil sabía de buena tinta que no era cierto.

—Los grandes nunca se arrepienten —dijo—. Siguen en el juego y lo juegan hasta el final. Cualquier otra cosa sería… sería un sacrilegio.

¿Fred Buckminster? El mejor timador de la historia.

¿El coronel Jim Porter? También.

—A Fred Buckminster lo llamaban el Diácono —dijo Virgil— por su expresión lúgubre, aunque a mí me pareció bastante alegre cuando trabajé con él.

—¿Conociste a Fred Buckminster? —dijo Rose desde el asiento trasero.

¡Si hasta yo había oído hablar de Fred Buckminster!

—Así es —dijo Virgil—. Al Diácono y al Coronel, a los dos. También al Conde. Los he conocido a todos.

Después, con una mirada y una sonrisa en mi dirección, añadió:

—Incluso he conocido a Jack McGreary, cuando era joven y estaba empezando.

—¿Wheaties McGreary? —dijo Rose—. ¿También lo has conocido?

—Así es —respondió Virgil—. Lo conocí muy bien.

—¿Entonces es verdad lo que cuentan de él? —siguió ella—. ¿Que medía dos metros de altura y estaba hecho de acero?

Virgil echó atrás la cabeza y lanzó una carcajada. Pisó a fondo el acelerador y prácticamente levantamos vuelo en la oscuridad, de camino a casa. Sus ojos brillaban como canicas pulidas a la luz que reflejaba el salpicadero, y la carretera se precipitaba hacia nosotros como en una nebulosa.

Esa noche, mientras Virgil y la señorita Rose dormían, hice una lista:

Maletín Simpson
Henry *el Caballo*
Amarillo Weil
Sigmund Engel
Kid Dropper
Jabonoso Smith
Conde Lustig
Charley Fisher
Coronel Jim
El Diácono
Cassie Chadwick
Chicago May
Virgil Ray
Rose Scheible

Debajo de todo, añadí:

Jack McGreary

Y me pregunté si ese nombre pertenecería a la lista.

Treinta y siete

LOS DÍAS que pasábamos en Silver, yo salía a dar una vuelta por la ciudad, a mirar cómo salían los trenes. Llevaba la ropa a lavar, normalmente a la tintorería, pero a veces a una de esas lavanderías automáticas donde uno mismo podía manejar las máquinas. Era una idea llegada de Fort Worth, que parecía estar arraigando en el resto del estado, aunque yo no entendía muy bien por qué. ¿Para qué ahorrarte unos centavos, si después tenías que darle a la manivela de la escurridera? ¿Dónde está el valor comercial de esa idea? Aun así, daba gusto formar parte de algo tan moderno.

Algunas tardes, lavaba el Ambassador en el callejón con un cubo y una esponja; le quitaba los bichos pegados a la rejilla del radiador y el polvo del hueco de las ruedas, y le lustraba los parachoques hasta que el cacharro relucía. Otros días, jugaba al *pinball* en el vestíbulo de algún hotel o en una tienda de tabaco: cinco centavos por partida, para ver unas canicas cayendo en cascada entre unas clavijas. Pero antes o después, volvía a mis viejas costumbres y a mi antiguo paradero: la biblioteca.

La biblioteca de Silver City era más grande que la de Paradise Flats y también se diferenciaba de ésta en que no era arcaica. Tenía libros nuevos, periódicos actuales y una planta alta atestada de archivos y documentos variados. Yo me abastecía de libros con una tarjeta expedida a nombre de «C. Tweed» (pensaba que si algo iba mal, podían ir a reclamarle a Cyrus, y no a mí). Cuando Virgil entraba en el local de Charley Wong para tomar uno de sus desayunos vespertinos de tarta y más tarta, todavía bostezando y rascándose, a menudo me encontraba en la mesa del fondo, detrás de una pila de libros... y entonces suspiraba.

—¡Tú y tus libros! —decía, meneando tristemente la cabeza—. En los libros no encontrarás nada que merezca la pena aprender.

Eso siempre me encrespaba.

—¿Cómo puedes saberlo tú —le decía—, si nunca has leído ninguno?

Virgil leía el periódico en el café de Charley Wong, en sus ediciones matutina y vespertina, principalmente para estudiar la página de obituarios de la alta sociedad y consultar el horóscopo.

—¡Todas esas sandeces espirituales! —solía decir—. Adivinos, numerólogos, espiritistas y videntes de bola de cristal. Un puro timo todos ellos.

Aun así, siempre consultaba las predicciones astrales de Belle Bart o los vaticinios algorítmicos de Elaine. Y de vez en cuando hojeaba

una novela del oeste de las que vendían en las tiendas de todo a diez centavos, o algún ejemplar manoseado de *El pirata Calavera* que alguien se hubiera dejado olvidado, pero eso era todo.

—He leído más de lo que imaginas —me dijo una vez—. He leído un montón. Puedo coger cualquier libro, leer las dos primeras palabras y, solamente con eso, averiguar todo lo que puede decirme. Sé extrapolar.

(En realidad dijo *extrapolear*, pero no me pareció que fuera correcto.)

—Ése es el truco —dije, tratando de no hacerle caso, para poder concentrarme en el texto de Platón que estaba husmeando.

—Supongamos que un libro está dividido en cuatro partes —dijo —. Pues lo mismo. Leo las dos primeras palabras de cada parte, las junto y te cuento la moraleja de todo el tocho.

—En el —dije yo.

Me miró.

—¿En el qué?

—En el.

—¿Qué demonios tratas de...?

—La Santa Biblia —dije—. Las dos primeras palabras. A partir de ahí, puedes *extrapolear* toda una religión, ¿no es eso?

—Quizá no —dijo—, Pero te la puedo resumir en dos palabras: «No harás.» ¡Ahí tienes tu religión en dos palabras! ¡Susie! —Le hizo señas a la camarera para que viniera—. Hoy me apetecen arándanos.

Era la misma chica de antes, la que hacía estallar globos de chicle y tenía acento de todas partes. Tan simpática como siempre.

—Por ti, lo que sea.

La biblioteca de Silver City no sólo guardaba libros, sino también secretos. Lo descubrí cuando empecé a explorar los rincones más oscuros de la planta alta, repletos de cédulas de compraventa, escrituras de propiedad, testamentos, informes nacionales de investigación y listas de enrolamiento en el ejército.

Entre los muchos y variados proyectos de la Oficina de Empleo de Roosevelt (la WPA), había una cosa llamada Investigación de los Archivos Históricos. Los proyectos de trabajo manual de la WPA habían sido fuente de grandes beneficios, sin duda, pero no todos los parados eran aptos para cavar zanjas. A los escritores en dificultades, que no estaban acostumbrados a soportar más carga que la presión impuesta por los plazos de entrega, les encargaron la redacción de guías de viaje para los automovilistas, unas guías que cartografiaban el país milla a milla y eran las mismas que nosotros utilizábamos para planificar nuestros forrajeos. Las almas de inclinación más académica habían sido enviadas a estudiar el contenido de los desvanes y los archivadores de Estados Unidos. Equipos de investigadores

catalogaban, reunían y recopilaban. Buscaban en los sótanos de las iglesias y los depósitos de los tribunales, en los armarios de los ayuntamientos y las estanterías mohosas de las bibliotecas, archivando artículos periodísticos, obituarios, noticias de nacimientos y registros de bajas, tanto militares como judiciales. La WPA incluso había enviado investigadores a los cementerios, para tomar nota de los nombres y las fechas de las lápidas. Con la moderna maravilla del microfilm, toda la información estaba siendo transferida a un registro fotográfico permanente.

En cuanto empecé a curiosear por la biblioteca, me resultó difícil parar. Cuando Virgil hablaba de timadores legendarios, yo los buscaba en los registros. Así averigüé que Canadá Bill había muerto pobre y solo, y que habían enterrado su cadáver en una fosa para indigentes.

Virgil me hablaba de la gloriosa estafa del lingote de oro y de cómo hombres como Tim O'Brien y Reed Waddell la habían perfeccionado, con bloques de plomo pintados, en cuyo centro insertaban una cufia de oro macizo, que después extraían y entregaban a los pardillos para que la evaluaran. Virgil contaba esas historias, pero se le olvidaba mencionar que O'Brien y Waddell se habían enemistado, como pude averiguar, y que O'Brien había sido asesinado a tiros por su antiguo amigo.

¿Lustig? Estaba en la cárcel, mientras Virgil nos contaba sus hazañas, cumpliendo una condena de veinte años, sin posibilidad de redención ni de libertad provisional. Y Lustig no era ningún jovencito.

¿Henry *el Caballo*? Había bebido hasta matarse. Lo encontraron en un callejón. Estuvo tres días tirado antes de que alguien notara el hedor.

¿*Maletín* Simpson? Había muerto en Sing Sing varios años antes. Tenía tres condenas previas, todas por delitos menores, pero le aplicaron cadena perpetua por tratarse de la cuarta infracción.

¿Cassie Chadwick, la granjera canadiense que se había hecho pasar por heredera de Camegie? Diez años en la cárcel del estado. Allí murió.

¿*Jabonoso* Smith, el de Skagway? Muerto a tiros por una patrulla vecinal.

Muchos de los héroes de Virgil habían puesto fin a su vida por su propia mano. Como Philip Música, que sacó veintiún millones de dólares de beneficio con una versión farmacéutica del monte de tres cartas, consistente en desplazar unas existencias imaginarias entre almacenes igualmente ficticios. Mantuvo en marcha su particular truco de trilero hasta la crisis de 1929 e incluso varios años más, hasta que finalmente todo se derrumbó. Cuando los agentes federales fueron a buscarlo, Música los invitó amablemente a pasar a su elegante salón, se excusó un momento y entonces se encerró en el baño y, con mucha

educación, se metió una bala en el cerebro.

¿Y la francesa Marthe Hanau, reina del trile financiero? Fue hallada muerta en su celda de la cárcel, junto a un frasco de somníferos y una nota que rezaba: «Soy la dueña de mi destino.»

¿Y Chicago May? Lo único que pude encontrar de ella fue un desteñido recorte de periódico de 1935, que recogía su arresto a la edad de sesenta años por abordar a los hombres en la calle. Su precio: dos dólares. Nadie quería pagarlos.

Por lo visto, había destinos peores que una emboscada en una zona pantanosa del sur y un automóvil acribillado a balazos.

Treinta y ocho

LA ÚNICA vez que vi a Virgil verdaderamente asustado fue cuando me habló de los viajeros irlandeses.

La primera vez que oí hablar de ellos fue durante un timo callejero, en Wichita Falls. Estábamos haciendo el cambiazo de Tennessee, cuando Virgil de pronto suspendió la operación. Yo estaba bordando mi papel de paleto ingenuo, de visita en la ciudad con una cartera repleta de billetes.

—¡Cáspita! —le dije al sujeto que Virgil había cazado, un hombre flaco y sonriente que se moría por unirse a nuestro grupo—. Si tuviera usted la amabilidad de guardarme mis ganancias, me encantaría ir a la sala Río y dar unas vueltas por la pista de baile con mi Ella May.

El timo exigía que Virgil interviniera en ese momento, ofreciéndose a guardar mi billetero.

—Daré una vuelta a la manzana con la cartera, como prueba de buena fe —tenía que decir él, después de lo cual yo debía declarar mi desconfianza e insistir en que fuera el pardillo quien se quedara con mi cartera. Entonces enviaríamos al primo a dar una vuelta a la manzana con mi billetero, mientras yo me quedaba en prenda con el suyo, y en ese momento nos esfumaríamos. En cualquier caso, ésa era la idea. Pero cuando Virgil apareció, me cogió de un brazo sin detener la marcha y me dijo (en tono suficientemente alto para que el pardillo lo oyera):

—Lo único verdaderamente seguro, muchacho, es depositar ese dinero en un banco. —Y mirando al pardillo añadió—: Adiós, buenos días, señor.

Sólo cuando Rose nos hubo sacado de allí, Virgil explicó lo sucedido.

—Iba por esa calle —dijo—, cuando vi una camioneta llena de niños de todas las edades y una mujer al lado, esperando. Los niños se parecían muchísimo a nuestro pardillo.

—*¿Okies?* —pregunté yo.

—Demasiado ricos para eso —dijo él—. Ésa no era ninguna camada de niños descalzos llegados del campo. Eran viajeros. Lo apostaría a los dados con los ojos vendados.

Y aunque Virgil no sabía cuál era su área particular de trabajo, ni cómo se las arreglarían para darle la vuelta a un cambiazo de Tennessee, tampoco tenía muchas ganas de averiguarlo.

—Siempre tienes que prestar oídos a esa voz interior —dijo—. Cuando te parece que algo no va bien del todo, normalmente hay una razón.

Quizá fuera algún giro que el hombre había utilizado al hablar o el eco lejano de una cadencia en lo que decía, pero algo había hecho que a Virgil se le erizaran los pelos de la nuca. Y encontrar a la vuelta de la esquina esa camioneta cargada con una familia de dimensiones católicas no había hecho más que confirmarlo.

Virgil me explicó que los viajeros venían de Irlanda y en su mayoría vivían en Carolina, aunque también se habían instalado discretamente en algunos puntos del sur más profundo; en Georgia, Alabama y también Mississippi. También había viajeros escoceses, afincados en Cincinnati, donde eran conocidos como los *Terribles* Williamson, por el apellido de la familia principal.

Mientras Rose nos alejaba de Wichita Falls por un camino de grava, Virgil me puso al corriente. Yo le prestaba atención, inclinado hacia adelante desde el asiento trasero.

—En Irlanda los llaman «caldereros» —dijo Virgil—, Aquí los conocemos simplemente como «los viajeros». Abandonaron sus hogares durante una hambruna, causada por una plaga de la patata, según dicen. Parece ser que las patatas se pudrían de dentro afuera, por culpa de unos hongos. Y lo mismo que nuestros *okies*, los viajeros irlandeses tuvieron que marcharse de unas tierras que trabajaban, pero que nunca habían sido suyas. Muchos vinieron aquí y se pusieron a trabajar de hojalateros, buhoneros o herreros. Iban de pueblo en pueblo. Algunos robaban y otros se dedicaban a vender caballos, a robarlos, o a una combinación de las dos cosas. Probaron suerte con otros oficios, además del de caldereros. Empezaron a montar carpas para leer la buenaventura, donde engatusaban a los crédulos y a otros miembros de la horda de los ingenuos. Se especializaron en «bendecir» el dinero, en lanzar o anular maldiciones y otras cosas por el estilo. Dicen que los viajeros son capaces de arrancarte un ojo sin que te des cuenta. Están organizados en clanes, hablan en código y se consideran una raza aparte. Los Toogood, los Gallagher, los Carol, los Gorman, los Reilly… Tienen unos pocos apellidos para todos.

«Más o menos como en las islas de Saint Kilda de mis mayores —pensé—, más o menos como los campesinos que vivieron en el archipiélago. Si no quieres ser las huellas del caballo, tendrás que ser sus cascos.» Un viejo proverbio.

Virgil me contó que una rama de los viajeros de Carolina se había trasladado al oeste y se había asentado cerca de Port Connor, a orillas del golfo.

—Poblado O'Malley —dijo—. Una comunidad de caravanas y casuchas de colores chillones, con dos mil habitantes. Altares y santuarios por todas partes. Son muy religiosos, ¿sabes? Y tribales. Tienes leyes, costumbres y normas de conducta propias, que además hacen cumplir con mano dura. El peor castigo es el destierro, peor

todavía que unas piernas rotas, según me han dicho, porque una vez que quedas fuera del círculo, ya nunca puedes volver.

Virgil me dijo que en los últimos tiempos los viajeros estaban diversificando aún más sus actividades: reparaciones a domicilio, algún que otro timo y, sobre todo, chantajes.

Rose volvió al asfalto. Regresábamos a Tejas. El torpedo del capó del Nash era la aguja de una brújula, apuntando a casa.

—Cuando hacen cl timo del tejón, ni siquiera se molestan en dejar satisfecho al pardillo —dijo Virgil—. Envían a una niña de diez años y enseguida se presentan, blandiendo hachas, rugiendo y proclamando a gritos que el aterrorizado cliente estaba intentando abusar de su virginal corderito. Exprimen al primo hasta que no le queda nada. Hay un tipo, un pez gordo de la familia De Valu, un sujeto que tenía aspiraciones políticas en Baltimore, que lleva siete años enredado por los viajeros. Está al borde de la quiebra. Dicen que Ja mitad de las casas del poblado O'Malley se pudieron pagar gracias a un solo desliz de ese hombre.

Corría el rumor de que los viajeros del poblado O'Malley, sobre todo los Toogood y los Murphy, estaban trabajando nuestra misma zona. Los mafiosos se mantenían a distancia, incluso en Kansas City, donde las familias prácticamente eran dueñas de todo.

—Dicen que los viajeros se han instalado en Fayetteville —prosiguió Virgil—, que quieren adueñarse de todo el suroeste.

Nadie quería enemistarse con los viajeros de O'Malley. La mayoría de los timadores evitaba la violencia innecesaria, por considerarla impropia de su oficio, como me había enseñado Virgil. Pero los viajeros eran diferentes.

—Traen matones a la menor provocación —dijo Virgil—. ¡Hasta alquilan sus servicios! Tienen una lista de tarifas a disposición de los clientes: por quince dólares, le dan un cachiporrazo en la nuca a quien tú digas, y por veinticinco, le pegan una paliza en toda regla. Por cinco dólares, puedes pagar un puñetazo directo a la cara; si al tipo se le rompe la mandíbula, te cobran dos dólares más.

Y si querías matar a alguien, eso también estaba abierto a negociación.

—Nacen para esa vida —dijo Virgil—, Los crían para eso. Si los viajeros te ponen en su punto de mira, nunca podrás convencerlos de que te dejen en paz. Lo único que puedes hacer es pagar lo que te pidan y rezar por no haber ofendido su sensibilidad irlandesa. Son capaces de matar por una partida de cartas. Pueden matar a un hombre por una simple cuestión de orgullo. Si le robas a un viajero, da lo mismo que sea un centavo o un maletín lleno de billetes de cincuenta; en los dos casos, te organizarán rápidamente una reunión con san Pedro. ¿Recuerdas aquellos tahúres a los que engañé con el

picadillo en Albany? Si hubieran sido viajeros de O'Malley, ahora mismo estaría sentado aquí, pero muerto. ¡Ni siquiera tienen la menor decencia a la hora de matar a un hombre! Primero le hacen suplicar por su vida, para que sus últimos instantes en este mundo queden despojados de toda dignidad.

Virgil dijo que últimamente los viajeros estaban comprando ferias de atracciones.

—Al servicio tradicional del farolillo rojo, le han añadido la práctica típicamente irlandesa de romper las piernas.

Habría sido difícil imaginar que el circuito de los feriantes pudiera volverse más siniestro de lo que era. Pero ahí lo teníamos. Las cosas siempre pueden empeorar.

Treinta y nueve

AUNQUE cada vez echaba mejor el anzuelo en nuestros timos, mi posible carrera como buitre de las salas de billar fue de corta duración. Vino y se fue con la misma ráfaga de viento.

Todo empezó un día, cuando Virgil me arrojó un taco de billar, diciéndome:

—Veamos lo que eres capaz de hacer.

Estábamos en una taberna de Silver City, huyendo del calor y matando el tiempo, y yo le vacié la mesa de bolas, sin darle tiempo a jugar.

—¿Dónde has aprendido a hacer eso?

—Geometría de noveno curso —dije yo.

Virgil colocó una vez más las bolas, para asegurarse de que no había sido chiripa. Lo dejé empezar. Y después volví a despejar la mesa. Otra vez.

Virgil jugaba al billar como si fuera posible convencer a las bolas de que se metieran en las troneras, como si el mero deseo de ver entrar una bola en su hueco fuera suficiente para persuadirla de que lo hiciera. Pero el billar no es un arte, sino una ciencia. No tiene el menor elemento de jazz; no tiene ritmos improvisados. Sólo matemática pura y dura, de principio a fin. Yo no sabía hacer ninguno *de esos golpes de* fantasía, haciéndome el listo, con el taco por la espalda o los ojos cerrados, pero sabía calcular ángulos con cierta facilidad y era capaz de elegir el que me ofreciera las mejores probabilidades. No hacía falta ser un genio.

Después de nuestra tercera partida, que fue la tercera derrota de Virgil (y cuánto lamenté no estar jugando por dinero), me dijo:

—Deberías dedicarte a esto.

Las salas de billar lo ponían nervioso. Normalmente estaban en una planta alta, con escaleras estrechas y pocas vías de escape. Allí dentro, estabas rodeado de enemigos y todos iban armados. Armados con tacos, que son palos largos y puntiagudos, y con una buena colección de proyectiles duros y esféricos al alcance de la mano. Eran lugares peligrosos, en todos los sentidos.

—Es difícil salir con tu dinero y con los principales huesos intactos —dijo Virgil.

Aun así, decidió que merecía la pena correr el riesgo. Que lo corriera yo.

—Pero tendremos que irnos lejos de Silver —dijo—, a algún lugar suficientemente grande como para generar dinero de verdad, pero no tanto como para que los billares estén amañados.

A la mañana siguiente, desplegó sus guías de la WPA y los mapas de las gasolineras, y señaló el sitio: Talmo, Kansas.

—¿Talmo? —suspiró la señorita Rose—. ¿No podríamos ir a un sitio más refinado, para variar? ¿A un lugar que tenga, por ejemplo, un teatro de la ópera? ¿O al menos donde la gente conserve la mayor parte de los dientes?

—Entonces, está decidido. Iremos a Talmo —dijo Virgil.

El viaje nos llevó todo el día y parte de la noche. Atravesamos el extremo norte de Oklahoma; entramos y salimos de ese estado miserable, y por el camino vimos algo sorprendente: un bosque creciendo al borde de un desierto, arbolitos tratando de arraigar, colinas erizadas de arbolitos. Al notarlo, me incorporé en el asiento.

—Qué es...

—El cinturón de protección —dijo Virgil—. Una idiotez de proyecto como no recuerdo otra igual. Van a plantar doscientos millones de árboles, en una superficie de cien millas de ancho y mil de largo. El mayor proyecto de conservación emprendido hasta ahora, según dicen.

Una franja de árboles que iba a extenderse desde Tejas hasta la frontera canadiense. Nunca se había visto nada parecido. La idea era romper el viento, para detener la erosión, y retener el agua en las raíces, para que éstas retuvieran el suelo.

—Si Dios no es capaz de hacer que crezcan árboles por estos contornos, ¿cómo va a conseguirlo Roosevelt? —dijo Virgil—. Esto es trabajar mucho para nada.

Virgil decía que era imposible. Pero no lo era. Lo estábamos viendo con nuestros propios ojos.

Cuando vi esos árboles larguiruchos y los vi resistiendo al viento, supe con más certeza que nunca que el proyecto iba a funcionar. En nuestro recorrido bordeamos ese bosque nacido en plena Cuenca de las Polvaredas, ese paisaje improbable. Parecía un acerico al revés.

Pasamos junto a una hilera de hombres del Cuerpo Civil de Conservación, plantando árboles con la espalda encorvada, mientras el polvo soplaba a su alrededor.

—Piensan plantar principalmente chopos —dijo Virgil—, con filas de sauces, fresnos, acacias o almeces a los lados. Conocí a un sujeto que trabajaba en uno de los viveros. Una temeridad, una locura. ¿Sabes cuánto tiempo tarda un árbol en crecer por esta zona?

Pero yo me había quedado boquiabierto ante el espectáculo de la empresa, ante su magnitud, ante el ingenuo heroísmo que requería, ante el coraje y la inocencia. Yo sabía lo que estaban haciendo, reconocí enseguida de qué se trataba. Era una apuesta como la de Pascal, hecha a pesar de las enormes probabilidades en contra.

Virgil notó que yo miraba fijamente por la ventana los árboles

que pasaban.

—No hay ningún anzuelo que echar —dijo—. Lo he estado pensando, créeme. No hay forma de sacar ningún dinero.

Pisó el acelerador y nos alejó de allí a toda prisa. La carretera se arqueó hacia el este y el bosque desapareció de nuestro campo visual, como si no hubiera sido más que un espejismo. Me hizo pensar que quizá nosotros fuéramos el espejismo (fantasmas pasajeros, hechos de humo y polvo a partes iguales) y que tal vez el bosque, pequeño y aguerrido, fuera lo real.

Llegamos a Talmo pasada la medianoche, y Virgil escogió el hotel guiándose únicamente por la orquesta que tocaba: Ronnie y los Rockets o algo similar. Daba igual. Lo que le había llamado la atención era el nombre del saxofonista y pianista, anunciados en la marquesina.

—¿Billy Tipton? ¡Santo cielo! ¡Si hubiese sabido que estaba tocando aquí, habría salido antes de Silver!

Virgil sentía una afinidad especial por Billy Tipton.

—Debería tener su propia orquesta —dijo en cuanto nos registramos en el hotel—. ¡Toca un *swing* increíble! Le da al *hot jazz* como ningún blanco que yo haya oído. Saxo o piano, da exactamente igual. Billy es el mejor.

Virgil ni siquiera nos permitió dejar las maletas, sino que nos empujó a la sala de baile del hotel, para llegar a tiempo para la última pieza. Tipton estaba en escena, sacándole al instrumento un ritmo caliente y sobrio a la vez, como atrapado entre las dos caras del jazz, y su música arrastró consigo a Virgil y a la señorita Rose.

El jazz es el arte de improvisar, lo mismo que el oficio del timador: una serie de elementos establecidos, interpretados con infinitas variaciones. El jazz es arte, es magia, es estafa. Diferentes caras de lo mismo.

Y sin embargo…

Confieso que a veces anhelaba la música que había dejado atrás: la voz gangosa de Slim William, por ejemplo, o las canciones dolientes de Tom Phillips. Hacía mucho que no escuchaba a los chicos de su banda, los «hombres de la pena constante».

En el hotel de Talmo, teníamos habitaciones adyacentes, por lo que esa noche me ahorré el teatro de sombras de las sábanas. Aun así, me resultó difícil conciliar el sueño, ya que el ritmo palpitante de Billy Tipton seguía levantando ecos en mi interior, como un secreto que intentara salir.

Esperamos hasta el atardecer del día siguiente para buscar una sala de billar.

Nos adentramos con el coche en el lado más sórdido de la

población, pasando junto a la miseria de las casas de vecindad (las ventanas abiertas, las mujeres con niños acaballados en las caderas, el papel pintado de las paredes manchado de humedad, las molduras de escayola desmoronándose, las luces reducidas a lámparas de aceite), y yo pensé: «Llevamos suficiente dinero encima, ahora mismo, para cambiaros la vida.» No acababa de formarse esa idea en mi cabeza, cuando aparecían otras viñetas en las ventanas, como fotogramas de una película que avanzara a cámara lenta. Las escaleras de emergencia cubrían las paredes como un enrejado oxidado. Algunas eran pesadas jaulas de hierro forjado, pero otras parecían más bien una maraña de muelles metálicos que hubiesen saltado del interior de un colchón. A nadie le habría gustado tener que escapar por una de ésas.

Virgil localizó unos billares que eran sórdidos, pero no demasiado, con una escalera de incendios suficientemente firme a un lado, por si había que salir por piernas de la segunda planta. No quería que Rose se quedara esperando en el coche, a esa hora y en ese barrio.

—Rejas en las ventanas —dijo mientras lo recorríamos—. ¿Qué os dice eso?

—Que en Talmo los ladrones no tienen clase, que su sofisticación es tan escasa como grande su fealdad —dijo Rose, echando el humo hacia arriba y lanzándole a Virgil una mirada de odio, por marginarla del trabajo.

—Espéranos en el hotel —le dijo.

Y poco después:

—¿De qué te preocupas? No me pasará nada.

—No me preocupo por *ti* —replicó ella.

Rose no cedió. En lugar de volver al hotel, aparcó en un callejón, con el seguro de las puertas echado y el motor en marcha, mientras Virgil y yo subíamos las escaleras.

Hizo bien.

El local estaba dispersamente poblado por las habituales ratas de billar, con camisas holgadas y sombreros blandos. Estaba claro que Virgil iba demasiado bien vestido, pero eso no era un problema. Él era mi tío y yo su sobrino, y me había sacado para hacerme cumplir el rito de paso a la mayoría de edad: mi primera noche en unos billares.

—¡La primera cerveza del chico! —gritó Virgil, irritando a la concurrencia con sus aspavientos, como era su intención—. Sólo estamos de paso; después buscaremos otro sitio mejor, lo cual no nos resultará muy difícil, ¿eh? ¡Era una broma, claro! Bonita ciudad…

Virgil hablaba a gritos y estaba borracho. Yo era grande y tonto, y siempre fallaba mis tiros, aunque por muy poco.

A medida que la sala se fue llenando, Virgil eligió a su víctima: un sujeto barrigón, con dientes de oro y un coro de acompañantes detrás,

que parecían considerar el colmo de la hilaridad todo lo que él decía. Era uno de esos hombres con un montón de orgullo mezquino, supeditado a la opinión que sus amigos puedan tener de él. El tipo de hombre al que puedes agarrar por el cuello con una tenaza mortal. El tipo de hombre que no se puede echar atrás cuando el juego empieza a adentrarse en la zona oscura...

Virgil jugó una ronda con él y perdió. Después, dejando caer unas monedas en la mesa y chillando para que nos trajeran más cerveza, me gritó:

—¡Ahora juegas tú con él, Bucky, muchacho!

Y lo hice. Siempre fallando por un pelo. Siempre perdiendo por poco.

La noche siguió su curso. El aire de la sala estaba cargado de sudor y olor a sal, como si las propias paredes estuvieran transpirando. Yo tenía que embadurnarme de tiza las manos después de cada tiro.

Seguimos subiendo las apuestas, incluso mientras perdíamos, hasta que Virgil de pronto anunció que nos lo jugábamos todo a doble o nada: el ganador se lo llevaba todo.

—¡Voy con el muchacho! —chilló.

Parecía tan borracho, con los ojos tan vidriosos y la expresión tan ausente, que hasta el camarero intentó convencerlo para que desistiera; pero nuestro amigo el de la barriga ahuyentó al camarero, me sonrió con sus dientes de oro, y dijo:

—Ya es hora de que te hagas hombre. ¿No es así, amigos?

Todos se echaron a reír, como si hubiera dicho algo gracioso, y sus risas me recordaron el gorgoteo de un pavo.

Para entonces habíamos superado con mucho la marca de los doscientos dólares y nuestro orondo pardillo tuvo que recurrir a sus gorgoteantes amigos para conseguir más dinero. El coro dejó caer los billetes, convencido de que su líder arrollaría a este tonto y al borracho de su tío.

Y en ese momento —¡quién lo hubiera dicho!—, en lugar de fallar por un pelo, empecé a acertar por muy poco. Las bolas que antes no acababan de entrar en la tronera ahora se desplomaban dentro en el último segundo. Los ángulos que antes no me salían del todo, ahora empezaban a salirme. La partida prosiguió, con suerte cambiante, pero al final se decidió a mi favor y me hice con una pila de dinero.

—Si de verdad quieres estrenarte esta noche, muchacho, será mejor que nos pongamos en camino —dijo Virgil, arrastrando las palabras—. Lo mejor del burdel ya estará pedido cuando lleguemos, y nosotros no queremos conformamos con segundonas, ¿eh, Buck? —Se volvió entonces al resto de la concurrencia con una ancha sonrisa—. ¡Pienso darle al hijo de mi hermana una educación completa!

Pero el hombre de la sonrisa de oro nos cerró el paso con el taco. Hablando por encima del hombro, dijo:

—Colocad las bolas, chicos. —Y después a Virgil—: Otra partida.

Virgil protestó, por la hora.

—Si queremos que este chico moje el churro, tendremos que salir ya mismo.

—Colocadlas, chicos —repitió el hombre de la sonrisa metálica.

De modo que tuvimos que seguir.

Tres partidas más, y yo ganándolas todas por un estrechísimo margen. La jovialidad del hombre se había convertido en hiel. Golpeaba las bolas más de lo necesario. Yo simplemente las tocaba. Y seguía ganando. Y seguía quedándome con su dinero. Para entonces el tipo estaba atrapado en una espiral, metido hasta el fondo y persiguiendo su propio dinero. Se echó a la boca un trozo de hielo de la bebida y volvió a escupirlo en el vaso.

—Davey —dijo—, dame tu reloj.

—Caray, Roland, era de mi...

—Dame el reloj. Me lo debes por aquel préstamo.

—Pero Roily, era de mi...

Roily lo miró con ojos asesinos. El reloj cayó sobre la mesa.

—Vale por lo menos cien —dijo Roily.

—No puedo aceptar el reloj de un hombre —dije yo—. Acabemos ya por esta noche, tío Tuck.

—El chico tiene razón —dijo Virgil.

Pero Roily, el de la boca dorada, no quiso ni oír hablar del tema.

—Última partida —dijo—. Con otros tacos.

¡Como si yo hubiese estado usando algún tipo de taco mágico para ganarle!

Me dio el peor trozo de palo maltrecho que he visto en mi vida. Decidí seguirle la comente, como si hubiese encontrado mi punto flaco, aunque en realidad no tenía importancia. Lo que importaba era el ángulo de contacto del taco con la bola. Mientras fuera capaz de conseguir el ángulo adecuado, ganaría de todos modos.

—No puedo usar ese taco —dije—. Es pura *mierrda.*

Roily, que le estaba poniendo tiza al suyo, sonrió como si me hubiera sorprendido en falta.

—*¿Mierrda?* —dijo—. *¿Mierrda?* ¿De dónde eres, muchacho?

Yo hice rodar el taco por encima del fieltro, para ver cómo se tambaleaba.

—Las rodillas de mi abuela son más rectas que este taco —dije.

—Tú limítate a jugar aquí con el señor —dijo Virgil—, para que podamos llegar a tiempo de visitar a las chicas.

—Te he hecho una pregunta —dijo Roily—. Te he preguntado qué de dónde eres.

—De por ahí —dije.

—¿De por ahí de dónde?

—Abilene —mentí.

—Me refiero a tu familia. ¿De dónde son? Originariamente.

—Cape Breton —dije, lo que provocó en Roily un estallido de carcajadas.

—¿Capequé? —Estaba actuando para el público—. Nunca he oído hablar de ningún Capequé.

—Breton —dije yo—. Es una isla, o un estado, o algo en Canadá. Mi padre vino de Escocia. Mi madre era escandinava.

—*¿Escandinava?*

—Finlandesa.

—¿Un escocés y una *escandinava*? —En ese momento, como adelantándose al comentario jocoso que estaba a punto de hacer, se me acercó lo suficiente como para dejarme oler su aliento alcoholizado—. ¡Entonces serás a la vez roñoso como los escoceses y aburrido como los *escandinavos**.

Acabó en el suelo.

—No te levantes —le dije.

Se levantó.

Y volvió a acabar en el suelo. Con más fuerza esta vez. Y esta vez no se levantó.

Lentamente, abrí el puño derecho. Me dolía. Miré a mi alrededor. Nadie dijo una palabra.

—Me estaba provocando —dije—. Lo habéis visto todos.

Para entonces, el hombre estaba gimoteando como un gatito. Tenía la nariz desparramada por la cara y le manaba sangre como de un grifo. Eso debió de ser por el primer puñetazo. La mandíbula parecía dislocada, o algo peor. Eso otro debió de ser por el segundo. En el suelo, entre la sangre, se distinguían una o dos pepitas de oro. Eso debían de ser sus dientes.

Recogí la pila de dinero que había a un lado de la mesa, doblé con cuidado los billetes y me los metí en el bolsillo, empujando hasta el fondo. Después le arrojé el reloj a Davey.

—Puedes quedártelo —le dije—. Es una *mierrda.*

Ellos se fueron apartando mientras yo pasaba, con Virgil detrás, enmudecido por lo que había pasado.

Bajé las escaleras y salí por la puerta.

En la calle, Virgil empezó a apretar el paso.

—No corras —dije.

Como esperaba, oí abrirse la puerta detrás de nosotros.

—No te vuelvas —le dije a Virgil—. Deja de mirar atrás.

Pasaba como con los perros, que si echas a correr incitas su instinto de persecución. Si hubiésemos huido corriendo, habrían

venido por nosotros. En lugar de eso, me detuve. Me paré debajo de una farola y le dije a Virgil:

—Regáñame, como si de verdad fuéramos familia.

Entonces Virgil se puso a sacudir un dedo acusador delante de mis narices y yo agaché la cabeza. Después doblamos la esquina y, entonces sí, echamos a correr por el callejón, hacia los amorosos brazos de un Nash Ambassador con el motor en marcha.

Nos alejamos a toda velocidad, Virgil y yo en el asiento trasero. Él me miró y pude ver que aún seguía conmocionado por lo sucedido. Hubo un largo silencio entre nosotros, antes de que se decidiera a hablar.

—¡Dios santo, Jack! Le rompiste la cara a ese hombre.

—Él se lo buscó —dije.

—No sé qué decir —dijo Virgil.

—Estaba cambiando —repliqué yo—. ¿No te diste cuenta de que el ambiente estaba empezando a cambiar? El tono de burla con que hablaba... Se estaba riendo de mí. Seguramente, de las burlas habría pasado al desprecio, y del desprecio, al ataque. Si no lo hubiera tumbado, no habríamos salido andando de ese local. Eran cinco. ¿Qué habrías hecho tú, si nos hubieran hecho frente con los tacos de billar en la mano? ¿Tú puedes con cinco? Yo no. No se habrían apartado. No nos habrían dejado salir. Sentí que el ambiente estaba cambiando. —Miré a Virgil—. ¿Tú no?

Las farolas y las luces de las tiendas parpadeaban en las ventanas del coche. En la cara de Virgil había una expresión que nunca había visto antes, algo parecido al respeto y quizá también algo de miedo; después de todo, ¿no suelen ir unidas las dos cosas?

Virgil se aclaró la garganta y dijo:

—De ahora en adelante, si no te parece mal, no dejaremos que vuelvas a acercarte a los billares.

—Me parece bien —dije yo—. Creo que me he roto un hueso.

Eso significaba que tampoco había conseguido salir de allí completamente intacto.

Cuarenta

AL SUR de Talmo, estaban invirtiendo el curso de los ríos, construyendo presas, embalsando el agua para campos futuros y huertos aún inexistentes, uniendo varios riachuelos en uno.

Donde antes las corrientes poco profundas se ramificaban en hilillos que acababan perdiéndose en el paisaje árido, el agua estaba siendo reconducida y acumulada en lagos y estanques, del mismo modo que un hombre la recogería entre las manos, como haría con algo muy valioso.

Fuera verdad o no que todo se reducía a dar la impresión de que se trabajaba mucho, no había duda de que se estaban construyendo puentes y viaductos, se estaban desecando pantanos para luchar contra la fiebre tifoidea y se estaban tendiendo millones de millas de tuberías y construyendo carreteras asfaltadas a todo lo largo y ancho del país, para interconectamos en una red de proyectos que daban trabajo a la gente. Bosques en las llanuras abiertas y agua en el desierto.

De regreso a Silver, con el calor levantándose en láminas ondulantes, Virgil detuvo el coche junto a la esclusa de uno de los nuevos canales de regadío.

—Nos daremos un chapuzón. Aquí hace más calor que en el Infierno —dijo, como si hubiese estado allí.

El puño me seguía palpitando, aunque Rose me lo había envuelto con unos vendajes como de momia para que no se me inflamara. A mí no me apetecía mucho nadar, pero Virgil se nos adelantó y se quitó la ropa, excepto los calzoncillos, para zambullirse desde el terraplén más alto. Salió a la superficie en la mitad de un alarido de entusiasmo, que debió de empezar cuando todavía estaba debajo del agua.

Rose se recogió el vestido y metió las piernas en el canal, pero no pareció seducida por la idea de darse un chapuzón de cuerpo entero en el agua fría. Se había desabotonado el delantero del vestido, para que le diera el aire, y se estaba abanicando con un periódico. Tenía perlas de sudor alineadas sobre las clavículas. Un chorrito se le deslizó por el pecho, para luego curvarse hacia dentro y desaparecer por el canalillo. Empezó a abanicarse con más fuerza todavía, haciendo que se le pusiera la piel de gallina. Y en uno de esos golpes de su muñeca, leí el titular del periódico.

ALEMANIA... MUSSOLINI... ACERO...

El periódico dejó de moverse y vi que Rose me miraba fijamente. Me sonrió, con una sonrisa leve que lo mismo pudo ser un espejismo.

—¿Se puede saber qué estás mirando? —preguntó.

—¿Yo? El titular. Del periódico.

—¡Ah! —Siguió abanicándose—. ¡Y yo que pensaba que me estabas espiando las tetas! —Y enseguida añadió—: ¡Mira! Te has puesto colorado. —Me arrojó el periódico—. Toma, puedes leerlo. Yo me coceré en mi propio sudor.

El titular era de varios días atrás. Recordé que Virgil había comprado el periódico en uno de sus circuitos para recaudar calderilla. Ahora había reaparecido, como un mal sueño. «Pacto de ACERO ENTRE ALEMANIA NAZI Y MUSSOLINI. ESTADOS UNIDOS REAFIRMA SU NEUTRALIDAD MORAL.»

No me hizo falta leer nada más. Enseguida comprendí lo que se avecinaba.

Devolví el periódico.

—No me gusta ver a una señorita derritiéndose de esa forma —dije.

Ella empezó otra vez a darse aire en la cara y el pecho.

—Con que sólo hiciera un poquito más de calor, me quitaría esta ropa, te lo aseguro.

Virgil salió del agua refrescado y revitalizado.

—¡No sabéis lo que os estáis perdiendo! ¡Quítate la ropa, muchacho! ¡Muéstranos de qué estás hecho!

Cuando decliné la invitación, se dio la vuelta y se puso a secarse con la camiseta. Entonces la vi. Una segunda herida. Más pequeña que la anterior, pero en la espalda. Como un culo de pollo en la piel. Un agujero de bala.

—Creía que sólo te habían disparado una vez —dije.

Él se estaba secando el pelo, pero se volvió para mirarme.

—Y así fue.

Mientras Virgil seguía frotándose con fuerza el cuero cabelludo, me volví hacia Rose. ¿Era cierto? ¿Podía ser verdad?

—¿La bala lo atravesó? —pregunté.

—Sí —dijo ella—, como si estuviera hueco.

Virgil cogió un puñado de barro y se acercó a nosotros.

—¡Barro rejuvenecedor! —dijo—. ¡Aquí mismo! ¡Podríamos vender acciones!

Todavía tenía el pelo húmedo y también la ropa. Cogió entonces un terrón de arcilla seca y lo desmenuzó en la mano.

—Las cenizas de mi difunto padre —dijo, mientras el polvo se le escurría entre los dedos—. Muy bien podrían serlo. Quizá éste fuera su rincón favorito para pescar. «¿Podría usted guardarme un momento mi dinero, que envolveré aquí en un pañuelo con el suyo, mientras voy a esparcir sus cenizas detrás de ese árbol?» O tal vez sea polvo de ángeles, llovido del cielo. De los que cayeron con Lucifer. Quizá sirva para burlar la muerte y vivir para siempre. Tal vez sea suerte

pulverizada.

Me miró.

—Hay sólo tres maneras de trazar una línea a través del pecho de un hombre, sin tocar ningún hueso u órgano vital. La bala que me alcanzó siguió una de esas líneas. Pasó junto al corazón y no le atinó a las vértebras. Salió con un estallido de pulpa roja. Si hubiera entrado una pizca más a la izquierda, me habría matado. Si hubiera salido una pizca más a la derecha, me habría dejado tullido de por vida. Tal como entró y salió, estuve sangrando durante días y casi me muero de todas formas. Pasé tres meses en un hospital del ejército y me dieron ocho veces la extremaunción. ¡Pero sigo aquí! No es tan fácil matar a Virgil Ray, muchacho. Hace falta algo más que un fusil de gran calibre disparado a escasa distancia.

Rose se levantó y se sacudió el polvo del vestido.

—Deberíamos ponemos en camino. Queda mucho trecho para Silver City.

—Los alemanes tomaron el hospital —dijo Virgil, con las canicas de los ojos brillando—. Acabé en un campo de prisioneros, donde nos mataban de hambre. Pero cuando sobrevives de ese modo a un balazo, te crees capaz de sobrevivir a cualquier cosa.

Esperó a que yo dijera algo.

—¿Entonces qué…?

—¡Me fugué! ¡Ja! ¡Eso fue lo que hice! Atravesando las líneas enemigas. Por eso me pusieron una medalla en el pecho.

—¿Te fugaste?

—A mí no me mata nadie, Jack. Podrán encerrarme, pero matarme no.

—Vamos —dijo Rose—. El sol se está poniendo y empieza a refrescar.

—Compartía una celda con otros dos oficiales —dijo Virgil, mientras bajábamos por la colina hacia el coche—: un galés llamado Edward Jones y un aviador australiano de nombre Hill, Cedric Hill, ambos tenientes del ejército británico. Los tres teníamos la determinación de salir de allí y yo reparé en una curiosidad respecto al ángulo del sol. Durante nuestra sesión de trabajo de la tarde, la luz entraba de tal manera por la ventana del cobertizo de materiales, que deslumbraba a cualquiera que mirara hacia dentro. Calculé que si los tres nos agachábamos, perfectamente a la vista,

resultaríamos invisibles. Y así fue. Mientras los otros prisioneros volvían a los barracones, nosotros nos escondimos en el cobertizo. El guardia abrió la puerta, asomó la cabeza a menos de tres metros de nosotros y siguió su camino. Salimos corriendo y llegamos al bosque, antes de que las sirenas del campo empezaran a sonar.

Buena historia. Ojalá hubiese sido cierta.

Cuarenta y uno

AL DÍA siguiente, mientras Virgil y la señorita Rose dormían hasta la tarde, yo bajé a la biblioteca de Silver City y me puse a estudiar los registros del ejército de Estados Unidos en microfilm. Tenían catálogos enteros del personal, de las medallas y menciones concedidas y de las honras dispensadas. La mano derecha aún me dolía, pero la izquierda estaba bien, de modo que podía usarla para pasar la película y tomar notas. A veces resulta útil ser ambidextro.

No había ningún «V. Ray» en ninguna lista de enrolamiento. Buceé un poco más en los archivos y repasé los registros británicos, en busca de ciudadanos estadounidenses que se hubieran enrolado con ellos. Había un montón de nombres, pero ningún «V. Ray», fuera o no estadounidense. Sí encontré en cambio un «E. Jones» y un «C. Hill». De hecho, había un montón de los dos (parecía como si todos los galeses de la Tierra se apellidasen Jones), pero había solamente un aviador australiano llamado Cedric Hill. Lo localicé en un campo de prisioneros de guerra, pero no en Alemania, sino en Turquía. Al parecer, Cedric había estado prisionero en la cárcel de Yozgat, un lugar particularmente desagradable, por lo que pude deducir. ¿Quién más estaba en el campo? Un teniente llamado E. Jones.

Jones y Hill se habían fugado, en efecto (esa parte de la historia era cierta), pero sin recurrir a ningún truco con la luz solar. Habían fingido enloquecer y habían sido trasladados a un hospital psiquiátrico en Constantinopla, junto con un suboficial llamado G. Balsamo. Allí pasaron seis meses. Jones y Hill habían sido liberados pocas semanas antes del armisticio e inmediatamente después habían presentado un informe sobre la forma en que habían engañado a los turcos con sus bufonadas. Tras la liberación, los habían llevado en hombros, les habían gritado hurras y los habían vitoreado, y a partir de entonces los dos ocuparon mejores y más altas posiciones en la vida. Pero Balsamo no.

Repasé los registros de prisioneros liberados, semana por semana, buscándolo. También leí los obituarios. Pero no. Balsamo no había muerto, ni había disfrutado del armisticio. Con un diagnóstico de «trastorno mental delirante», pasó otros seis meses confinado en el psiquiátrico y, cuando finalmente lo liberaron, no Se reincorporó al ejército, sino que quedó al cuidado de los médicos británicos. Unos meses después, lo licenciaron discretamente, sin ningún acto oficial, ni un informe que yo pudiera encontrar.

Después de eso, le perdí la pista. Fue como si hubiera desaparecido.

Salí de la biblioteca, para entrar en un calor que pinchaba tanto como un montón de paja seca, y recorrí el largo camino hasta el café de Wong, con la cabeza llena de preguntas. Ya casi había llegado (estaba a punto de cruzar la calle), cuando me detuve. Miré a mi alrededor. Las aceras estaban despejadas, con unos pocos transeúntes mirando los escaparates. Pasó un camión retumbando. Algunos coches. Unos niños persiguiendo a un gato calle abajo. Nada fuera de lo habitual, pero entonces...

En la esquina diagonalmente opuesta a la del café de Wong, había un sedán verde oscuro aparcado a un costado. Estaba medio escondido detrás de un puesto de verduras, pero yo habría reconocido en cualquier parte un Graham Supercharger del 39, con la rejilla del radiador formando un ángulo agudo proyectado hacia arriba, como un tiburón a punto de emerger del agua, y esos faros protuberantes, mirando fijamente al frente. Había visto antes ese coche. En algún lugar de Tejas, al sur quizá. Caminé lentamente, a la sombra de un toldo. Distinguí una matrícula de Colorado y vi que había alguien al volante. El motor estaba en marcha. El Graham Supercharger que yo había visto (¿en Sweetwater? ¿en Plainview?) no tenía matrícula de otro estado. Lo habría recordado. Entonces tenía que ser otro Supercharger.

Pensé que estaba empezando a exagerar con el nerviosismo, lo mismo que Virgil. No había ningún tiburón a punto de emerger, sino simplemente un coche con el motor en marcha en una esquina, esperando a alguien. Y comprendí lo fácil que habría sido dejarse traicionar por los nervios, dejarse atormentar por fantasmas.

No había nada de qué preocuparse, pero aun así... ¿Quién aparcaría el coche tan cerca de un puesto de verduras? Así pues, para asegurarme y sabiendo perfectamente que me estaba dejando llevar por la imaginación, volví atrás, me metí en el callejón y entré en el local por la cocina.

Charley estaba trabajando en su tabla de picar. Cuando pasé, levantó la cabeza.

—Jack —dijo, a modo de saludo.

—Charley —repliqué yo.

Nunca hacía ninguna pregunta. Ésa era una de sus mayores virtudes.

Rose y Virgil estaban en sus puestos, con algo más de resaca que de costumbre y con un montón de cigarrillos en el cenicero, según pude ver.

—Wheaties —dijo Rose con una sonrisa.

Me deslicé en el asiento y consideré la posibilidad de mencionarle a Virgil el sedán que había visto fuera, pero la rechacé. De ese modo no habría hecho más que alimentar el nerviosismo que ya padecía, y

además, yo estaba seguro de que no era nada.

En lugar de eso, le pregunté:

—¿Quién es Balsamo?

Virgil levantó la vista de la taza vacía. Se me quedó mirando fijamente, pero sin ira. Era casi como si lo hubiera estado esperando. —¿Balsamo? —dijo—. ¿Dónde has oído ese nombre tan raro? —Estuve en los archivos. En la biblioteca. Encontré casualmente unos registros del ejército.

—¿Ah sí? —dijo Virgil—. ¡Qué casualidad!

—¿Vas a decirme quién es?

Virgil encendió un cigarrillo y formó una nube en el aire.

—¿Balsamo? —dijo—. Un tipo que conocí. Murió hace mucho tiempo.

—¿Murió?

—En la Gran Guerra. De un balazo. No se recuperó.

La sonrisa se le había esfumado. Me lanzó una mirada de una frialdad granítica.

—Creo que me he hecho un corte en el dedo con el papel —dijo —. Aquí, en el meñique. ¿Podrías echarme un poco de zumo de limón, Jack?

Supongo que habría podido insistir. No había hostilidad en la mirada de Virgil, sólo cierto cansancio, como si un perro callejero que él se empeñara en despistar hubiera vuelto a presentarse una vez más.

A los monstruos hay que matarlos tres veces para que se mueran del todo; lo había aprendido de Bela Lugosi. ¿Cuántas veces había que atravesar el pasado con una estaca para que no volviera a aparecer? ¿Podría yo alguna vez desprenderme del todo de Paradise Flats? ¿O vendría también Paradise Flats a perseguirme a través de la llanura?

Todo eso me hizo pensar en unas cartas que había visto en el armario de Rose, atadas con una cuerda y sin abrir.

Una vez había ayudado a Rose a meterse en la cama, en una noche de borrachera, con Virgil roncando ya en la cama abatible sin haberse quitado los zapatos y Rose intentando vanamente deshacerse de los suyos de una patada. Se los quité yo y los llevé al armario. Y allí, en un rincón, había una caja de sombreros de color desvaído, y dentro de esa caja había una pila de sobres. Desaté la cuerda, estuve mirando los sobres y sentí su peso en la mano. Todas las cartas habían sido enviadas a la misma dirección en Beaumont, Tejas, y habían vuelto con la inscripción: «Devuélvase al remitente — Café de Charley Wong.» Todas sin abrir. Pero en la esquina superior izquierda de los sobres no figuraba el nombre de Rose, sino el de una tal Avanna Sherrill. Era ella la que enviaba las cartas a Beaumont y la que recogía esas mismas cartas cuando las devolvían.

Se hubiese dicho que Virgil Ray y Rose Scheible estaban hechos

de humo. No existían. Tampoco estaba claro, supongo, que G. Balsamo o Avanna Sherrill existieran. Parecía como si una persona pudiera deslizarse hacia la oscuridad en ciernes, quedar atrapada entre el atardecer y la noche, entre el fingir y el ser, y no salir nunca más, del mismo modo que un hombre podía simular la locura y hacerlo tan bien que ni siquiera él mismo supiera ya si era verdad o no.

Cuarenta y dos

UNA DE las primeras cosas que habían hecho los nazis cuando llegaron al poder en Alemania había sido prohibir el jazz.

—¡Y muy bien que hicieron! —dijo Virgil—. El bueno de Adolf tenía razón en temer al jazz, porque el jazz es inquieto, es cambiante, no se puede contener. Tienes que prohibirlo terminantemente, si quieres que la gente desfile de ese modo, como si tuviera un palo de escoba metido por el culo.

íbamos caminando por las vías, después de una larga noche de *swing*, con Virgil entusiasmado aún y la señorita Rose por delante, con los brazos extendidos para mantener el equilibrio, como una funambulista. Un gato pasó a nuestro lado, con una rata muerta colgando de la boca. Virgil, con el sombrero echado hacia atrás y los tirantes caídos, la cara sonriente y sudorosa, se puso a cantar *With plenty of money and you*, en un tono de su propia cosecha.

—Eh, Virgil —dije yo—, ¿cómo es que nunca hacemos ningún trabajo en los barrios negros de los pueblos?

Dejó de cantar y repitió:

—¿En los barrios negros?

—Sí —insistí yo—, cuando salimos de forrajeo. ¿Por qué nunca timamos a la gente de color? Tienen tiendas y comercios, y supongo que también tendrán su porción de pardillos, como todo el mundo. Digo yo que una cagada de paloma o un cambiazo de Tennessee podrían estar bien.

Virgil ni siquiera les cambiaba el cajón de la caja registradora a los negros. En una tienda, el dependiente nos había dicho:

—Tengo que consultar con el señor Rawls.

Salió el tal señor Rawls, con la expresión sonriente de «¿qué puedo hacer por ustedes, señores?», y resultó que era negro. Y le dijo a Virgil:

—Claro que sí, agente. Adelante, cambie el cajón.

Pero Virgil no pudo hacerlo. Se puso a tartamudear y dijo que todo estaba en orden y que no era preciso retirar el dinero. En el Nash, cuando ya salíamos del pueblo, le pregunté por qué no había seguido adelante.

—El hombre ya tenía suficiente castigo —dijo él—. No había necesidad de que nosotros lo empeorásemos.

Pero yo no entendía qué podía importar eso, de modo que mientras caminábamos por las vías, se lo dije. Un pardillo era un pardillo, era un pardillo. ¿Qué más nos daba a nosotros que lo hubiese pasado mal en su vida?

Virgil se detuvo. Rose siguió caminando, con los brazos extendidos y tambaleándose. Él me miró.

—No sabía que estabas en contra de los negros —dijo.

—Y no lo estoy —repliqué—, al menos que yo sepa.

Echó a andar otra vez.

Lo alcancé.

—Creo que lo más justo sería robar a la gente de color, igual que hacemos con los demás.

Mi comentario lo hizo saltar.

—¡Nosotros no robamos! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? ¡Cuando te dan el dinero por su propia voluntad, no se puede considerar un robo!

Siguió andando, pero esta vez iba echando humo.

Lo cierto es que Virgil no tenía el menor escrúpulo en timar a los chicanos y, desde mi punto de vista, ellos también lo pasaban bastante mal.

—Sí, pero nadie lincha a los chicanos —respondió Virgil, cuando se lo hice notar.

Siguió andando como una tromba por las vías, con el amplio traje ondeando a su alrededor.

Virgil tampoco se metía con los pobres más pobres. Ni con los viejos más viejos, a menos que fueran desvergonzadamente ricos, ya que en ese caso se les podía tener por responsables, de alguna manera, de su propia estupidez. Pero en general, Virgil evitaba al rebaño de los desdentados comedores de ciruelas pasas, lo que resultaba extraño, porque a mi entender eran pardillos perfectos: estaban solos, empezaban a volverse olvidadizos, querían encontrar a alguien con quien hablar, tenían ahorros y se confiaban demasiado. ¿Y si nos denunciaban?

—Pon a testificar a un viejo —había dicho el propio Virgil— y verás cómo se confunde y se traba.

¿Entonces por qué no los timábamos?

—Porque pienso en las consecuencias y juego con las probabilidades. El Purgatorio lo puedo superar. Puedo pasarme cien años haciendo el pino, si es preciso. Pero ¿quedarse con los ahorros de toda la vida de una ancianita? Eso ya no se puede negociar. Con eso vas directo al Infierno.

Era la versión de Virgil de la apuesta de Pascal.

El Purgatorio era la antesala de Dios, según tenía entendido: un mundo intermedio que no llegaba a ser como el Infierno, pero se le parecía; una especie de estación de paso para almas descarriadas, para ver si merecían o no el fuego del Infierno. Pero nosotros, los calvinistas, no necesitábamos un lugar así y preferíamos la austera belleza de estar o no estar condenado. Con nosotros, no había forma

de compensar las apuestas. Robar a un millonario o robar a una dulce y frágil abuelita envuelta en un chal daba exactamente lo mismo.

—En cualquier caso —dijo Virgil—, es una cobardía tratar de pasarse de listo con alguien que se está quedando gagá.

Uno de sus socios —me contó— le había timado los ahorros de toda una vida a un hombre de ochenta años que se estaba muriendo de un cáncer.

—Se quedó con su casa, con todo —dijo Virgil. Siguió caminando un poco más en silencio y después añadió—: Fue el fin de nuestra sociedad.

—Pero el hombre se estaba muriendo —dije yo—. Se estaba yendo de todos modos.

—Precisamente por eso —dijo Virgil—. No tenía oportunidad de recuperarse, de aprender y tener más cuidado en lo sucesivo.

Tratar de ganarle una discusión a Virgil era como querer atrapar el humo con una red.

—No somos ladrones, ni vulgares carteristas —insistió él por enésima vez, como si repetir algo con suficiente frecuencia fuera a hacerlo realidad.

—Eso mismo —dijo Rose, volviendo con nosotros—. Algo así como Robin Hood. Eso somos nosotros.

—En efecto —dijo Virgil—, sólo que no nos limitamos a los ricos.

—Y que en lugar de darle el dinero a los pobres, nos lo quedamos para nosotros —señalé yo.

—Sí, sí, pero dejando aparte esos detalles —dijo Virgil—, somos exactamente como Robin Hood.

Las vías serpenteaban entre almacenes y muelles de carga, y podíamos ver el resplandor líquido de las hogueras distantes, a cuyo alrededor se movían vagabundos y otros personajes harapientos: hombres que quizá conservaran aún una alianza de matrimonio o un reloj de bolsillo escondido entre las mantas enrolladas, hombres que quizá tuvieran todavía un poco de dinero, hombres que nunca elegiríamos como víctimas.

Hasta Virgil tenía normas. Hasta Virgil tenía un código y lo respetaba. Puede que fuera contradictorio e incoherente, pero aun así era un código. Y si ni siquiera alguien como Virgil podía llevar una vida amoral, entonces quizá fuera ésa la prueba que yo necesitaba de que no había nadie completamente amoral.

Ya no me dolía la mano, pero nunca más pude cerrar bien el puño.

Cuarenta y tres

GEORDIE DEE era un negro que sabía timar como nadie, según nos dijo Virgil.

—Era de algún pueblucho perdido, Asswipe, en Kentucky, o Jonesboro, en Arkansas, o algo por el estilo, pero el hombre era un artista.

Estábamos otra vez en nuestra mesa del local de Charley Wong, haciendo planes para el futuro, Rose envuelta en humo y Virgil con sus guías de la WPA y sus mapas de las gasolineras abiertos delante de él. Habíamos vuelto de una cacería poco provechosa a lo largo del río Canadian, y Virgil estaba estudiando el mapa, en busca de algún sitio que no hubiésemos visto. Señalaba con una marca todos los sitios que ya habíamos visitado: Raton, Farmington, Clovis, Lubbock, Hugo, Great Bend, Goodland... en un arco cada vez más amplio que abarcaba los territorios fronterizos de Tejas, de Oklahoma y Kansas, y de Nuevo México. Hacia el norte, habíamos llegado incluso a Nebraska, hasta la localidad de McCook, a orillas del río Republican. Cada vez tardábamos más en llegar *a* una zona que el Nash no hubiera peinado ya.

—Tenemos que largamos a un sitio mejor —dijo Virgil—. Estoy harto de tratar con paletos y destripaterrones. Sin ánimo de ofender, Jack.

—No me ofendo.

—Algún lugar más urbano —dijo la señorita Rose—, algún lugar con un buen teatro de la ópera.

Mientras estudiábamos nuestros mapas, entró un mendigo en el café, un viejo mugriento con pinta de borracho que le soltó a Wong una perorata triste y salió del local con unas cuantas monedas y unos jamoncitos de pollo cocidos, que Charley había usado para preparar un caldo.

Virgil se inclinó hacia nosotros, susurrando:

—¿Lo habéis visto? Al viejo Charley lo han timado. El vagabundo llevaba los zapatos atados con bramante, ¿lo habéis notado? Pero las suelas todavía estaban bien. ¿Para qué quería entonces el cordel? Ése era un llorón profesional.

Virgil trazó un círculo alrededor de un racimo de pueblos que habíamos pasado por alto en un recorrido anterior por la zona de Shawnee y después pidió un trozo de tarta de ruibarbo con azúcar moreno. Susie, la camarera, se lo trajo, pero coqueteando menos, ahora que Rose estaba con nosotros.

La conversación había derivado de la ausencia de teatros de la

ópera a los antiguos camaradas y las lecciones que podían ofrecer.

—Geordie Dee era el mejor trilero que he conocido —dijo Virgil —. Era un privilegio hacer el timo del monte con Geordie. Por lo general, él manejaba las cartas; pero a menudo hacía de gancho, ganando dinero con tanta limpieza y facilidad que los chicos blancos se volvían locos. «¡Si un negro puede ganar de ese modo, entonces seguro que yo también puedo!», se decían.

Según nos contó Virgil, a Geordie le atribuían el invento de un timo, lo cual lo colocaba en la selecta compañía del *Conde* Lustig o *de Amarillo* Weil.

—Lo llaman el monte de Tejas —dijo Virgil—, porque fue en Tejas donde Geordie lo perfeccionó.

Para jugarlo, había que aprovechar los sentimientos racistas de la gente, algo que nunca faltaba en Tejas.

—Es un monte de tres cartas, pero al revés —explicó Virgil—. Geordie lo improvisó en Alabama, al ver lo difícil que se había vuelto cazar pardillos, con la cantidad de trileros y tahúres que habían quemado la mayoría de los pueblos. Los polis vigilaban a los timadores en las estaciones de autobuses y cada vez se estaba volviendo más complicado ganarse honestamente la vida. Entonces Geordie pensó: ¿por qué no timar a los sujetos que saben que el monte de tres cartas está amañado y se creen demasiado listos para caer? Ésos son siempre los más fáciles de enredar. Si a su idea le añadías un buen puñado de orgullo racial blanco, ¡ah, muchacho!, entonces tenías algo bueno entre manos.

Tal como nos lo contó Virgil, Geordie se hacía pasar por un bocazas de pocas luces, un palurdo descalzo y con mono de trabajo, que agitaba un fajo bien gordo de billetes, que en realidad era un rollo de Michigan, y se pavoneaba diciendo que se lo había ganado con engaños a una compañía de seguros «de blancos». Buscaba al sujeto con aspecto más rancio y racista que podía encontrar en una gasolinera o un bar y le preguntaba si sabía cómo se iba a cierto local de mala reputación de la zona.

—Entonces, mientras ellos hablaban, yo me acercaba como por casualidad y decía: «Eh, yo sé en qué calle está, pero... no estoy muy seguro de que admitan a negros.» Pero Geordie seguía hablando y decía que iba a pedir una chica blanca, porque prefería la carne blanca del pollo, que era la más jugosa. Yo le echaba una mirada al pardillo y Geordie decía: «Sujetadme el dinero, mientras yo le cambio el agua a las aceitunas.» Hablaba y actuaba como Stepin Fetchit, el negro analfabeto de las películas. Yo me quedaba con el fajo de billetes de Geordie y empezaba a hablarle por lo bajo al pardillo, para sonsacarle lo que pensaba. En alguna rara ocasión, el tipo defendía a los negros y decía que aunque Geordie fuera una manzana podrida, no

teníamos que guiamos por él para juzgarlos a todos. Cuando pasaba eso, dejábamos en paz al sujeto y nos íbamos a buscar otro que mordiera el anzuelo. Pero la mayoría de las veces, los tipos hervían de ira solamente de pensar en Un hombre de color con una chica blanca. «¿Por qué no desplumamos a éste negro?», decía yo. «He visto jugar al monte de tres cartas. ¿Qué le parece si lo intentamos? Yo moveré las cartas y le indicaré con señas lo que tiene que hacer.» ¿Lo entendéis? —dijo Virgil—. El monte de Tejas se basa en el conocimiento que el pardillo ya tiene del monte y en volver ese conocimiento en contra del pardillo. Es un doble timo, y es brillante.

Cuando Geordie regresaba, Virgil y el pardillo lo convencían para que jugara un par de manos de monte. Según nos explicó Virgil, la idea consistía en que el pardillo perdiera intencionadamente mucho dinero, para animar a Geordie y hacer que se jugara todo su fajo de billetes. Se lo ganarían y se encontrarían más tarde para dividirse los beneficios. Sólo que Virgil nunca acudía a la cita, lógicamente. A veces hacían también el monte de Tejas a la inversa, con Geordie insistiendo en que el pardillo y él envolvieran sus respectivos fajos de billetes en dos pañuelos diferentes y en dárselos a Virgil para que los custodiara. Haciéndole un guiño al palurdo, Virgil intercambiaba los paquetes, haciéndole pensar al sujeto que estaba cambiando su dinero por un fajo más grande. La sorpresa que debía llevarse el pardillo al desenvolver más tarde el pañuelo debía de ser mayúscula.

—Geordie fue uno de los mejores socios que he tenido —dijo Virgil—. Hacíamos un buen equipo, como el bizcocho y el chocolate. Adoraba a ese hombre.

—¿Qué pasó entonces? ¿Discutisteis?

Virgil desvió la vista a un costado y después se puso a mirar a lo lejos.

—A Geordie no le gustaba el jazz. ¿No es gracioso? Siendo del sur y todo eso... Le iban más el *gospel*, los coros, ese tipo de cosas...

—¿Y qué pasó?

—Una noche, mientras yo estaba de fiesta, bailando, Geordie salió a buscar una de esas salas religiosas abiertas hasta la madrugada, para poder arrepentirse de sus pecados cantando. Siempre se preocupaba mucho por los pecados que había acumulado. Pecados de la carne. Hubiese querido que yo lo acompañara para que me dieran también la absolución, pero para entonces yo había pecado tanto que pensé que sólo la intervención divina habría podido salvarme, de modo que dejé que Geordie se fuera solo.

—¿Y entonces?

Virgil no dijo nada. Estuvo tanto rato en silencio que pensé que se le habría olvidado la pregunta. Cuando habló, su voz sonó distante, como si estuviera en la otra punta de la sala.

—Una pandilla de muchachos como Dios manda lo atrapó. Colgaron al bueno de Geordie de un árbol.

Después de eso, el silencio se convirtió en algo más profundo. Duelo, quizá. O algo más leve.

Parecía como si todas las historias de los antiguos socios de Virgil acabaran en la cárcel, en locura, en asesinato o en la fosa común de los indigentes. O en un cuerpo girando, movido por el viento.

Virgil apartó los mapas y miró a Rose.

—¿Qué me dices de Oregón?

—No mucho —respondió ella—. Llueve todo el tiempo. Yo soy de secano. Me oxido.

—Entonces, está decidido —dijo él—. Iremos a Oregón. Plantaremos el campamento en Eugene y trabajaremos en la costa del Pacífico.

Rose estaba irritada, pero tengo que reconocer que a mí me agradaba la perspectiva. Nunca había visto el mar y siempre lo había deseado. Y quizá fue contemplando esa extensión de agua como nació mi plan.

Virgil se había puesto otra vez a contar historias de los socios que había tenido a lo largo de los años, disparando las anécdotas una tras otra, como la cinta que sale del télex. Pero una de ellas captó mi atención. Fue como si me diera un pellizco, por así decirlo. Era la historia de un antiguo compinche de Virgil, un tipo que se había inventado un sencillo timo de compraventa de coches.

—Ese hombre —contó Virgil— tenía pensado jugársela a dos vendedores de Missouri, usando un automóvil como moneda de cambio. Vestido de punta en blanco, va y se presenta en uno de los comercios un viernes por la tarde, justo después de que cierren los bancos, y paga un Ford nuevo con un cheque. Va con el coche hasta la otra punta del pueblo, hasta otro negocio de venta de automóviles, y ofrece venderlo por la mitad de lo que ha pagado. La idea era sacar rápidamente seiscientos dólares por un coche que valía mil doscientos y estar bien lejos de allí cuando el cheque rebotara en el banco, el lunes por la mañana. Pero había un problema: para que un timo como ése funcionara, había que hacerlo en un pueblo no muy grande, donde los vendedores confían en los clientes que pagan con cheques. En los pueblos grandes y las ciudades, no te dejan sacar el coche de los terrenos del concesionario hasta que el banco ha dado conformidad al cheque. De modo que tuvo que hacerlo en un pueblo pequeño.

Ésa fue su perdición.

Los pueblos pequeños no sólo son más confiados… o crédulos, si preferimos llamarlos así. También son eso, pequeños. Todo el mundo se conoce, de modo que cuando el segundo vendedor estaba preparando el contrato de compraventa, el hombre advirtió que el

vehículo en cuestión había sido adquirido ese mismo día en el negocio de Bobby Joe, del otro lado del pueblo. Entonces llamó por teléfono a Bobby Joe y le dijo:

—¿Bobby Joe? Aquí Billy Bob. ¿Acabas de venderle un Ford a un sujeto apellidado…?

Y ahí terminó todo.

—Metieron a mi amigo en un calabozo y le dijeron: «Ya veremos si el banco paga ese cheque.» Cuando no lo pagó, le cayeron diez meses en la cárcel del condado. ¿Lo ves? —me dijo Virgil. Como la mayoría de sus historias, ésta tenía una moraleja—. Sólo porque un timo tenga buena pinta no puedes dar por seguro que vaya a salir bien.

Le hizo señas a Susie.

Hum.

Me puse a darle vueltas a la historia en la cabeza y a mirarla desde diferentes ángulos, mientras Rose y Virgil debatían los méritos de la lluvia en comparación con el sol y del moho frente al polvo. Entonces pensé, ¿y si…?

—Cuando estemos en Oregón…

—No vamos a ir a Oregón —dijo Rose.

Es el comienzo de todas las historias, ¿no? Cuando te preguntas: «¿Y si…?» ¿Y si Amelia Earhart aún estuviera viva? ¿Y si siguiera esperando a que alguien fuera a rescatarla? ¿Y si Tom Mix fuera real? ¿Y si Drácula no lo fuera? Y en este caso, ¿qué pasaría si dejaras que la ley hiciera su trabajo?

Estuve pensando en el timo que había intentado el amigo de Virgil y en la facilidad con que lo habían pillado. Pero, ¿y si el cheque no hubiera sido más que una pantalla? ¿Y si su verdadera intención hubiera sido precisamente que lo pillaran? ¿Y si el auténtico timo hubiera sido conseguir que lo descubrieran?

¿Y si uno mismo se tendiera una celada? Deliberadamente. ¿Y si acabar en la cárcel fuera el verdadero propósito de toda la operación?

Rose le dio una palmada a Virgil en el brazo y le hizo un gesto en mi dirección.

—Virg —dijo—. ¡Mira la sonrisa torcida que se le ha puesto al chico!

Tercera parte

Gatos y ratones

Cuarenta y cuatro

MI IDENTIDAD dependía de lo que exigiera el timo. Por lo general, era un palurdo o un escurridizo pasador de billetes falsos, pero para ese trabajo tenía que estar nadando en oro. O al menos aparentarlo.

Virgil me compró un flamante traje verde, hecho a medida. Me cargó los dedos de anillos y me metió en el bolsillo del chaleco un enorme reloj. Me dio un alfiler de corbata dorado, gemelos franceses y una camisa de seis dólares, con un cuello tan alto que habría tenido que treparme a una escalera para escupir, y hasta me compró un par de relucientes zapatos amarillos.

Se volvió hacia Rose:

—¿Qué te parece?

—Bueno —dijo ella—, o es un rico heredero o un estafador buscando un ligue.

—¡Perfecto! —exclamó Virgil—. Era justo lo que queríamos.

Elegimos Luisiana para mi arresto, razonando que era un estado que despreciaba suficientemente los procedimientos legales como para caer en nuestra trampa, un lugar donde los asuntos se zanjaban sobre la marcha, sin recurrir a autoridades superiores. De modo que pusimos rumbo al este, siguiendo líneas de tren abandonadas a través de las llanuras, entre la soledad y las torres petroleras de madera del norte de Tejas. Cuando los arbustos de artemisa se convirtieron en luces urbanas, describimos Una amplia curva, dejamos atrás Arlington y seguimos adelante. Atravesamos el río Angelina, sintiendo que el aire se volvía más pesado y húmedo a medida que nos acercábamos al Golfo. No lo veíamos, ni lo olíamos siquiera, pero sentíamos su vasta presencia acuosa, exactamente allí donde no tenía que estar, donde no podía hacerle ningún bien a los cultivos del suroeste.

Estábamos buscando el pueblo adecuado y lo encontramos: Boulaye, justo del otro lado de la frontera del estado. Pero no entramos, sino que seguimos adelante hasta Shreveport, la siguiente parada del tren. Un lugar triste y como marchito, ese Shreveport, inundado de una vegetación húmeda, como si alguien le hubiera volcado encima una fuente llena de ensalada. Lo habíamos elegido por criterios puramente geográficos, para que fuera la base de nuestra incursión a Boulaye. De hecho, Shreveport ofrecía varias vías de escape. Si salíamos por el este, podíamos llegar a Tejas en un momento. Por el norte, Arkansas estaba a un paso. Y por el este, podíamos alcanzar Mississippi en una jornada larga de carretera, si era necesario.

Virgil abrió una cuenta corriente en el Banco del Estado de

Shreveport y después volvió solo a Boulaye, en «misión de reconocimiento», como él mismo dijo.

—No dejes que nadie te vea —le aconsejó Rose, mientras él se montaba en el Ambassador.

—No abandonaré el refugio de nuestro Nash —prometió Virgil.

Rose y yo esperamos su regreso en una habitación con el papel pintado descolorido, en una suite de un segundo piso.

—No es exactamente el Waldorf-Astoria —había dicho Rose.

Pero era suficiente. Sábanas raídas y una cómoda que había perdido el lustre mucho tiempo atrás. Un sofá-cama justo enfrente y otro de dos plazas al lado. Debió haber sido una bonita habitación en su época. Fuera, el pueblo empezaba a sumirse en la oscuridad y las sombras se estaban metiendo en la habitación. Me senté junto a la ventana, vigilando no sabía muy bien qué.

Rose se dio un largo remojón, dejando la puerta entreabierta. Virgil habría preferido una habitación más barata, sin baño privado, pero Rose se había negado.

—Una chica necesita quedarse un rato en la bañera —dijo—, sin interrupciones no deseadas.

Yo no hubiese sabido decir si había puesto el énfasis en «interrupciones» o en «no deseadas».

La oí meterse en el agua, la oí suspirar, percibí algún leve chapoteo ocasional y después la oí salir de la bañera. Volviéndome desde la ventana, vi parpadear la luz del baño, mientras ella se frotaba con la toalla para secarse. Reapareció poco después, con una bata suelta, y dijo que había sido como un cálido y lento bautismo.

—Te la he dejado para ti —añadió, pero yo no quise. Nunca me ha gustado compartir el agua del baño con otra persona.

Pasó rozándome, tan cerca de mí que pude oler la suavidad del jabón Camay subiendo de su piel. Era su aroma secreto, que yo sólo sorprendía de pasada, normalmente antes de que quedara envuelto en el olor de las cerillas y el tabaco de Virginia. Quizá los cigarrillos fueran el perfume que ella había elegido, pero yo siempre la asociaba con el aroma de ese jabón.

Se dejó caer en el sofá de dos plazas y estiró las piernas, con los pies apoyados en una butaca. Los colores del tapizado estaban desvaídos, sí, pero ella... Ella estaba resplandeciente: rosada todavía por el baño, con la piel restregada y sin el lápiz de ojos ni el rojo ceroso del pintalabios. Parecía como si acabara de salir de una granja.

—¿Nervioso? —me preguntó.

—¿Por qué? —repliqué yo.

Estiró los brazos por encima de la cabeza.

—Me siento como un gofre —dijo—, dulce y calentita. No hay nada mejor que un baño largo y agradable, después de un día

caluroso.

Encendió un cigarrillo, dio una calada profunda y exhaló largamente una nube azul que camufló los últimos restos del jabón Camay.

—La mayoría de los timadores pasan la vida haciendo lo posible por no acabar en la cárcel —dijo— y en cambio tú vas a meterte en una celda por tu propia voluntad.

—Virgil me sacará —dije.

—¿Eso crees?

—Así es como lo he planeado —repliqué.

Ella se echó a reír, con esa risa seca y breve que tenía.

—¿Te acuerdas del primer día, en la carretera —dijo—, cuando se te caló el Nash? Virgil quería dejarte ahí, en aquella ferretería. Quería largarse y abandonarte a tu suerte. Lo sabías, ¿verdad?

—Me lo imaginaba.

—Yo lo convencí para que volviera.

—Lo sé.

—Le dije que teníamos que darte otra oportunidad.

Asentí.

Se oyeron pasos en la escalera subiendo los peldaños de dos en dos, hubo un golpeteo rápido en la puerta, y Virgil estuvo otra vez entre nosotros, como un ciclón de Kansas.

—¡Todo listo! —dijo, sin aliento y radiante—, Boulaye es perfecto. Los juzgados y la cárcel del condado están cerca de la estación. Los trenes llegan en punto y entroncan con el ramal del norte, por lo que es perfectamente posible que venga alguien de Washington.

—Creía que no ibas a bajarte del Nash —dijo Rose.

—Y no lo hice —dijo él.

—¿Entonces cómo has conseguido el horario de los trenes?

—Se lo pregunté al jefe de estación. Para eso tuve que bajarme, es cierto —reconoció él—. El último tren en dirección a Washington sale a las cuatro en punto.

Virgil dibujó un mapa en una hoja.

—Hay tres negocios de venta de coches. Aquí, aquí y aquí. Este último, olvídalo. Es un concesionario, directo de fábrica. Nos centraremos en los independientes. Éste. —Golpeó un punto con un dedo—. Empieza aquí. Después vete en el coche hasta aquí, hasta este otro. Aquí es donde se destapará el pastel. Vi al dueño mientras cerraba. —Virgil sonrió—. Un gordo.

—¿Un gordo?

—Para la reventa, necesitas un sujeto que se enfurezca, alguien que pierda los estribos y llame inmediatamente a la policía. Para eso necesitas un gordo. La gordura es rabia coagulada. Si intentas

revenderle el coche a este tipo, estarás en la cárcel en un pispás.

Sacó un sobre del bolsillo de la chaqueta.

—Paré en la estación de aquí, en Shreveport, y te compré un billete para Boulaye. El tren sale a primera hora de la mañana.

Lo deslizó hacia mí, y yo me pregunté si no sería también un billete para otro sitio: la gloria o la cárcel. O quizá las dos.

Esa noche no pude dormir. Estuve dando vueltas y retorciéndome, tratando de encontrar la manera de estar cómodo, pero los pies se me salían todo el rato del sofá-cama. Al final tiré todos los cofines al suelo y me acosté encima.

Yo no pude dormir, ni tampoco Rose. La oía moviéndose bajo las mantas, suspirando entre los ronquidos de Virgil. Decidí fingir que estaba preocupada por mí.

Cuarenta y cinco

EL HOMBRE del primer comercio de venta de coches de Boulaye aceptó muy contento mi dinero.

Era un tipo delgado y agrio, con cara de lagarto y expresión compungida, pero se esforzó por componer una sonrisa cuando saqué mi talonario. El dinero suele tener ese efecto, según he podido observar, incluso en las caras más reptilianas.

Boulaye era un sitio húmedo. Lo atravesaba un río bastante ancho, tan turbio y cenagoso que una moneda habría flotado en el agua. La plaza del pueblo estaba un poco más allá, con una fuente que derramaba su propia agua fangosa y un edificio del ayuntamiento que dominaba el conjunto. Hacía tanto bochorno que parecía como si los árboles se estuvieran abanicando. Tal como Virgil había prometido, la estación de trenes estaba a un corto paseo de los juzgados.

Los comercios de Boulaye eran de pena. Estaba el Banco Liberty, que había cerrado, lo mismo que la Cooperativa de Préstamos Hipotecarios Hermitage. Parecía como si allí la gente se moviera más lentamente, como si todos estuvieran medio dormidos. La humedad me hacía cosquillas en el cuello y, si hubiera retorcido el pañuelo, habría chorreado. No me importaba. Mantuve el paso igualmente vivo y la sonrisa tan cordial como pude, saludando con una inclinación de la cabeza a todos los que me cruzaba.

La Asociación de Mujeres del Sur para la Prevención de los Linchamientos (supongo que tan eficaz como la Unión de Mujeres

Cristianas por la Templanza) compartía local con la Comisión de Cooperación Interracial. Eso me puso nervioso. No quería un pueblo con demasiado buen corazón. No necesitábamos perdón, sino *indignación*.

Pero la fortuna me sonrió y, un poco más adelante, en la misma calle, encontré dos condenaciones rivales mirándose de hito en hito, una a cada lado de la calle: un Instituto Bíblico Moody en una esquina y una Sociedad de Milenaristas en la otra. Con eso se me levantó considerablemente el ánimo y después las cosas se pusieron aún mejor. Otra bocacalle y otro tenso empate: la iglesia de la Reforma Evangélica de un lado y la Evangelista Reformada del otro. Un pueblo claramente dividido e inclinado a zanjar rápidamente los contenciosos. Justo lo que estábamos buscando.

Me dirigí al primer comercio, hice una inspiración para serenarme, y entonces, con una sonrisa ancha y simétrica, entré en el recinto. El propietario salió a recibirme (yo era el único cliente) y yo le regalé un afable:

—¡Buenos días, amigo mío! ¡Hermoso día!

Él se puso a seguirme, como un sepulturero atento a la menor señal de tos. Me detuve para admirar un La Salle rojo descapotable, aparcado delante.

—Precioso. ¡Una auténtica belleza! —exclamó él, asintiendo.

Yo pasé una mano por el parachoques y lancé un silbido por lo bajo. Me eché hacia atrás el sombrero y dije:

—¡Un señor coche!

Hablamos de ventiladores y de radiadores, tanto normales como inclinados, de las ventajas de rodar en punto muerto, de los pros y los contras de los frenos y del cambio de marchas hidráulicos.

—No hay nada como levantar el pie del acelerador y dejarse ir, rodando libremente —dije yo—. Nada más agradable, ¿no cree?

El hombre no pudo estar más de acuerdo.

—Ya veo que es usted un conocedor de los automóviles —dijo él, enunciando exageradamente las últimas sílabas: «mó-vi-les».

Consulté aparatosamente el reloj y me cuidé de que me oyera decir:

—Hum... Todavía... es... un poco pronto.

Después le deseé buenos días y me marché.

A partir de entonces, no hice más que matar el tiempo. Bebí una leche malteada en la cafetería; di un paseo tranquilo por la plaza, y después tomé un bocadillo de carne de cerdo, regado con un buen vaso de refresco litiado Bib-Label. Anduve durante horas por las calles de Boulaye... y finalmente volví al negocio de venta de coches, con mucha prisa.

Era un viernes. Las tres de la tarde. Los bancos estaban a punto de cerrar para el fin de semana y no volverían a abrir hasta el lunes a las ocho.

El vendedor salió a saludarme, pero esta vez fui al grano. Nada de parloteo, ni de pamplinas.

—El Packard —dije—. El plateado, el que está delante. Me lo llevo.

Al oírlo, la sonrisa del vendedor vaciló. Yo ni siquiera le había echado un vistazo al Packard y la etiqueta del precio marcaba 1.850 dólares. Antes había estado mirando el La Salle descapotable. Había hecho toda clase de preguntas, me había planteado en voz alta la posibilidad de probarlo y había expresado mi entusiasmo de forma inequívoca. Y ahí estaba yo, firmando un cheque por un automóvil mucho más caro, sin siquiera meterme dentro o encender el motor.

Había dejado caer alguna alusión a la fortuna familiar durante mi visita anterior y en esta ocasión añadí cien dólares al precio, «de propina».

—¿De propina?

Le sonreí al vendedor, con una sonrisa ancha y uniforme.

—Por tomarse el tiempo de hacer una venta al final de la jornada, cuando los bancos están a punto de cerrar.

¿Quién puede decir que no a una propina de cien dólares? El hombre llamó al banco de Shreveport, para comprobar que el cheque tenía fondos. Los tenía, de modo que rellené el resto de los papeles y me fui al volante del Packard. Di un par de vueltas alrededor de la plaza para hacer tiempo y después me dirigí al segundo negocio de venta de coches.

Estaba en las afueras del pueblo, del otro lado del campo de fútbol, y tenía un cartel pintado a mano donde podía leerse: «Los Autos de Frenchie.» Al oír el motor del Packard, salió un hombre gordo, tal como Virgil lo había descrito. Estaba acalorado por el sudor y me saludó con la mano regordeta cuando me detuve.

—¿Qué se le ofrece? —me preguntó.

—Necesito vender este coche —dije—. Ahora mismo, rápido. Los bancos acaban de cerrar y necesito dinero. Tengo que salir en el próximo tren. Tengo una... una tía enferma, que necesita atención. El tren sale en veinte minutos.

El hombre miró el reloj.

—Va muy justo.

—Verá, estoy dispuesto a venderle este Packard Eight por novecientos dólares, al contado. Lo único que tiene que hacer usted es llevarme a la estación. Tengo que coger ese tren.

Al vendedor no le gustaba que le metieran prisas, pero ¿cómo iba a dejar pasar una oportunidad como ésa?

—Parece nuevo.

Yo empecé a perder la compostura.

—Y lo es, se lo aseguro. No me haga perder el tiempo. Tengo un tren que coger. No veo la hora de salir de aquí. No hay una sola chica que merezca un poco la pena en esta desdicha de pueblo. Nunca en toda mi vida había visto peor colección de patizambas con el pecho como una tabla de planchar. Aquí vengo yo, un chico de la gran ciudad, y puedo llevarme a la mejor del ramillete, pero el ramillete es una desgracia. Ni siquiera entiendo cómo se las arreglan ustedes para procrear. Supongo que cerrarán los ojos y harán de tripas corazón.

La sonrisa del gordo se había evaporado. La cara roja se le había encendido.

¿Verdad que es divertido el orgullo posesivo que sienten los hombres por sus mujeres? Puedes insultar la cocina de una región, su política o su clima. Pero haz una broma sobre lo espantosas que son sus mujeres y ten por seguro que habrás tocado un nervio. No sé si será caballerosidad o sentido de la propiedad, pero si quieres que alguien se sulfure, ése es el camino más seguro.

—Entonces vamos a preparar los papeles —dijo el gordo.

Lo seguí a la oficina, arrojé las llaves del coche sobre su mesa y le dije otra vez que se diera prisa. Se puso a estudiar los documentos… y fue entonces cuando la cosa estalló.

—¿Qué es esto? —dijo, mirando el contrato de compraventa—. Acaba de comprar este coche del otro lado del pueblo, por el doble de lo que ahora me lo quiere vender. —Sus ojos porcinos se estrecharon, reducidos a dos porcinas rajitas—. ¿No se estará queriendo pasar de listo?

—Compré ese Packard y punto —dije—. Ahora deme mi dinero. Novecientos dólares. En efectivo.

—Lo compró y punto, ¿no es eso? —Para entonces, tenía la cara roja, casi violácea. Descolgó de un tirón el teléfono y llamó a la operadora—. Póngame con la oficina del sheriff.

Yo me levanté, como si tuviera intención de huir.

—Deme mis llaves.

Él se negó. Me tenía en su poder, el muy ingenuo.

El sheriff se presentó en estado de espontánea indignación. Parecía hecho de piezas sueltas: orejas de murciélago, ojos de topo y cuello de pavo. Escuchó lo que tenía que decirle el gordo y sacó las esposas.

—¿Cuáles son los cargos? —exigí que me dijeran.

—Ya lo decidirá el juez.

En los juzgados ondeaban dos banderas, la del estado y la de la Confederación, con su cruz, aunque «ondear» no era exactamente la palabra, ya que por el modo en que colgaban, parecían más bien ropa mojada, tendida de una cuerda para secarse. El sheriff y su principal testigo me llevaron dentro, pasando entre columnas y a través de un vestíbulo circular. El edificio olía a moho, como si el verdín se hubiera infiltrado en el aire.

Tuve que reconocer que las cosas pintaban muy mal para mí. El sheriff despertó al juez y a éste no le hizo ninguna gracia. Entró en la sala como una tromba, terminando de ponerse la toga como si hubiese sido una ocurrencia de último momento, y ocupó su lugar en el estrado. Desde sus alturas, me lanzó una mirada severa. Era un hombre de calvicie incipiente, cejas blancas y voz poderosa, con actitud de ser el martillo de Dios, y yo hice todo lo posible por sacarlo de quicio.

—¿Qué clase de justicia pueblerina es ésta? —dije—. ¡Exijo que me dejen ahora mismo en libertad! No he hecho nada malo.

—¿Nada malo? —atronó la voz del juez, que hizo una pausa para pasarse un pañuelo por la cara—. ¿Nada malo? ¿Extender cheques falsos? ¿Tratar de estafar a los laboriosos habitantes de Boulaye? Ha cometido un penoso y gravísimo error, jovencito.

—¡No puede hacerme esto a mí!

—¿Que no puedo? —Para entonces, estaba rugiendo—. ¿Que no puedo, me dice? ¡Qué insolencia!

—El cheque es bueno —dije yo—. El tipo que me vendió el coche llamó al banco. No tiene ningún motivo para detenerme.

El juez hizo un gesto de desdén.

—¿Creyó que podía aprovecharse de esa gente, verdad? —Se volvió hacia el brazo de la ley, hecho de piezas sueltas—. Sheriff, encierre a este jovencito malcriado. Reténgalo hasta que abran los bancos el lunes por la mañana. Ya veremos si el cheque es bueno.

Para entonces había llegado el primer vendedor, delgado y con cara de lagarto, que insistió en darle las gracias al otro tipo.

—Ni lo menciones —dijo el gordo—. Tú habrías hecho lo mismo por mí.

Así son los pueblos pequeños. Imposible vencerlos. Bueno, sí que sería posible, pero no serviría de nada.

¡Qué contentos estaban todos ellos: el gordo, el flaco reseco, el sheriff y el juez atronador! ¡Todos eufóricos por haber atrapado a un estafador de la gran ciudad! Fue un día fantástico para todos los implicados. Lo más difícil para mí fue aguantar la risa.

Cuarenta y seis

EL TIEMPO en la cárcel era diferente del tiempo real, como pude descubrir. No era necesariamente más lento, pero sí más denso. No transcurría como un tictac cuando estabas entre rejas, sino que rezumaba y se escurría como cae el barro de un guijarro del río, a pesados goterones.

La cárcel era un anexo de los juzgados y al final del día el juez vino *a* hablar con el sheriff. Se asomó para mirarme, como si yo fuera un coyote enjaulado, sacudió la cabeza con gesto sombrío y dijo:

—Espero que le sirva de lección.

Se había quitado la toga e iba vestido de algodón recién planchado, con un bombín blanco que tenía una pluma en un costado.

—Bonito sombrero —dije yo.

—Gracias —replicó él, sin saber cómo tomárselo. Después, recordando que él era el juez y yo el recluso, añadió con más aspereza en la voz—: Lo veré el lunes por la mañana, para dictar sentencia.

Aparentemente, no esperaba un juicio muy largo.

Los ayudantes del sheriff se turnaron para vigilarme, por si tenía pensado hacerme el Houdini. Yo era la única persona encerrada ese fin de semana, y cuando me tumbé en el catre, extendí los dos brazos y descubrí que casi llegaba a tocar las paredes, lo que significaba que mi celda era más grande que el trastero donde vivía en Silver City. También era más cómoda. Dormí profundamente y me *desperté* tarde, con el sol derramándose a través de los barrotes como un puñetazo de franjas cortantes. Me dieron de comer una cosa gris. Carne, probablemente. Acompañada de pan de maíz y café frío.

El domingo por la mañana, un hombre del pueblo se hizo cargo de mi vigilancia, un tipo flaco, que se escondió detrás de una pila de libros, en la mesa justo enfrente de mi celda, y se puso a garabatear notas con una pluma.

Lo que me llamó la atención fueron los libros.

—¡Eh! ¡Hola! —lo llamé.

Él hizo como que no me oía.

—¡Eh! ¡Señor! —dije—. ¿Qué está haciendo?

—Preparando lecciones —dijo él, intentando parecer severo—.

No es asunto suyo.

Por lo visto, era un maestro de escuela, que se sacaba un dinero extra trabajando los domingos de vigilante en la cárcel del condado. ¿Un profesor trabajando en el día del Señor? Eso me lo dijo todo.

—Usted enseña ciencias, ¿verdad?

—Hum, sí. Así es. ¿Cómo lo ha...?

—Tengo un primo —dije—. En Tennessee. También enseñaba ciencias, y lo arrestaron injustamente, igual que a mí.

—¿También era un ladrón de coches? —preguntó el profesor.

—No. Era un educador, lo mismo que usted. —Nada de eso era cierto, desde luego, ni siquiera lo de «tengo un primo»—. Lo metieron en la cárcel por hacer su trabajo.

—¿Lo arrestaron por impartir clases?

A su pesar, le había picado la curiosidad.

—Así es. Por enseñar no sé qué del hombre y del mono. Hubo un juicio muy grande y todo.

¡Eso sí que le interesó! ¡Vaya si le interesó!

—¿No estará hablando de Scopes, verdad? —dijo—, ¿De John Scopes?

—El mismo. Perdió el juicio —proseguí—, pero dijo que había sido una victoria moral.

Para entonces, el profesor me miraba con ojos grandes como platos.

—¿Usted es pariente de John Scopes?

—Familia política —dije.

—¿Y qué pensaría su famoso primo, si lo viera sentado en una celda, a la espera de juicio? —me preguntó.

—Diría: «injustamente acusado». Lo mismo que él, señor. Soy inocente, ésa es la verdad. Y la verdad me hará libre. —Después, como por casualidad, añadí—: ¿También enseña matemáticas?

Asintió con la cabeza.

—¿Le gustan las apuestas? Desde el punto de vista matemático.

No parecía estar seguro de haber oído bien.

—¿Quiere que nos apostemos amistosamente algo? —le pregunté.

—¿Apostarnos algo? ¿Qué clase de apuesta?

—No sé, cualquiera. De números, por ejemplo. Dígame cualquier cantidad, tan grande como usted quiera, y yo le sumaré instantáneamente otro número, por ejemplo noventa y ocho o noventa y nueve. Después usted hace la suma en un papel y comprueba si he dado con el resultado correcto. Solamente apostaremos centavos, para pasar el rato.

Vaciló y en ese momento supe que lo tenía en el bote.

—¿De verdad es usted primo de John Scopes? —me preguntó, mientras sacaba una libreta y un lápiz.

Cuarenta y siete

EL DOMINGO tardó mucho tiempo en morir, y sólo fue un poco menos intolerable gracias al dinero que conseguí sacarle a ese maestro de escuela. Hay que reconocer que el profesor era un hombre de palabra. Pagó su deuda.

Llegó el lunes y con él vino Virgil.

Entró a grandes zancadas en la oficina del sheriff, le estrechó cordialmente la mano y con una arrolladora sonrisa, le dijo:

—Godfrey Tanner, abogado. Un placer.

Le dio al sheriff su tarjeta de visita.

El sheriff le echó un vistazo y se quedó mirando el encabezamiento de la empresa que estaba por encima del nombre.

—¿De Valu? —dijo.

—Represento a la familia del muchacho.

—Dijo que se llamaba...

—Y así se llama. Su madre era Clarice de Valu, hija de Vincent.

¿Ha oído hablar de él?

La voz del sheriff tembló ligeramente:

—Desde luego.

—Traiga al muchacho y vayamos a ver al juez en la sala.

Godfrey Tanner había sido enviado a Boulaye —así se lo explicó al juez—, con la misión de localizar a ese hijo desaparecido de la alta sociedad de Washington.

—Imagine mi desconcierto al encontrarlo aquí —dijo Virgil.

El juez estaba sentado detrás de una anchurosa extensión de escritorio. El sheriff esperaba de pie a su lado, cruzado de brazos.

—Estoy seguro de que todo ha sido un malentendido —dijo Virgil —, de modo que voy a proponerles lo siguiente; quince mil dólares, en efectivo, y nadie va a la cárcel.

El juez y el sheriff intercambiaron miradas, apenas capaces de disimular su regocijo. No se esperaban sacar quince de los grandes. Si hubiese sido posible abrirles la cabeza como una nuez, se habría oído un coro de aleluyas.

Pero no duró mucho. Sólo hasta que comprendieron lo que Virgil les proponía en realidad.

—Quince mil, más costas. Y nos marcharemos sin presentar cargos contra usted, ni contra usted, ni contra el ayuntamiento de Boulaye. Es nuestra única y última oferta. Paguen, señores, o la familia De Valu se quedará con todo lo que hay en este lastimoso pozo de mierda que llaman ustedes su hogar y con todas sus propiedades, incluidos los beneficios que sacan alquilando los servicios de sus

hermanas los sábados por la noche. —Virgil se echó atrás y sonrió dulcemente—. ¿Alguna pregunta, caballeros?

El silencio fue como el estallido de una bomba.

—¿Usted… usted pretende que nosotros le paguemos?

—Detención ilegal —dijo Virgil, deslizando un papel a través del escritorio—. El cheque ha sido aceptado esta mañana. El joven Jonathan, aquí presente, adquirió ese vehículo legalmente y con fines honestos. Tenía pensado tomarse un par de días y volver en coche a Washington, a tiempo para un baile de beneficencia en el Jardín de las Rosas. Entonces se enteró de que su tía abuela estaba a las puertas de la muerte. Esa mujer había sido como una madre para él. Tenía que salir en el primer tren. Los bancos estaban cerrados y necesitaba dinero. Pero no pudo volver a casa, ¿verdad? ¿Y por qué no pudo? Porque ustedes, estúpidos fantoches, lo arrestaron… ilegalmente y sin las debidas garantías. Detención ilegal. Es un cargo muy grave. —Virgil se volvió hacia mí, bajando un poco la voz—. Tu tía falleció anoche, Jonathan. Siento que no pudieras estar allí. No dejó de preguntar por ti hasta el último momento.

Yo bajé la cabeza y cerré un momento los ojos.

—Cuando haya terminado con usted, señoría, no le quedará nada que exprimir. El propio señor De Valu, personalmente, ha expresado su profunda… indignación por lo sucedido a su nieto. Quiere represalias. Quiere sangre. De modo que podemos arreglarlo aquí mismo, en este instante, o podemos desatar las furias del Infierno. Le advierto que no voy a parar hasta verlo a usted expulsado del foro y deshonrado, y al cretino incompetente que tiene por sheriff entre rejas. —Virgil se inclinó hacia ellos y disipó con la dureza de su mirada cualquier duda que pudieran albergar—. Caballeros —dijo—, no saben ustedes con quién se han metido… o quizá sí lo saben.

Los dos hombres tenían el aspecto de haber recibido un golpe con una pala en la nuca. El juez abrió la boca, pero sólo consiguió emitir un leve gañido. Y después… nada. El trueno de su voz se había disipado.

—Amigos —dijo Virgil, que para entonces ya iba lanzado y volaba libremente—, pueden tratar de apabullar con la prepotencia de la autoridad a los palurdos que viven por aquí, pero ahora se las están viendo con el poder y la furia de la familia De Valu y toda su fortuna. Yo estaba en el baile del Jardín de las Rosas cuando me llamaron para que me hiciera cargo de este asunto. En este momento podría estar tomando el té con los Rockefeller, pero en lugar de eso estoy aquí, tratando con gente de su calaña. No pienso negociar. Ya les he presentado nuestra oferta: quince mil, más costas. Acéptenla o húndanse en la miseria. A mí me da igual una cosa o la otra.

Virgil se puso de pie y se alisó la chaqueta.

—Mi tren sale dentro de una hora. Yo viajaré en él. Y si Jonathan no está sentado a mi lado, iniciaré un pleito contra ustedes y el ayuntamiento de Boulaye. Adiós, buenos días. —Se volvió, pero entonces, casi como si acabara de ocurrírsele, añadió—: ¿Saben? En las cárceles suelen separar a los polis corruptos y a los jueces del resto de los reclusos, así que probablemente estarán bien. Es posible que no terminen con un navajazo en las costillas o un alambre alrededor del cuello.

Virgil no había andado media manzana cuando el sheriff salió corriendo y se puso a hacerle señas para que volviera. Tenía la cara de un blanco fantasmagórico. El bueno del juez Trueno tuvo que saquear los fondos de libre disposición del ayuntamiento para hacer el pago, pero lo hizo con una orden judicial, sellada y aprobada, de modo que no le llevó mucho tiempo. Estábamos en Luisiana y allí las cosas se hacen así. Virgil había escogido bien.

Salimos de los juzgados, Virgil y yo, con 18.000 dólares en el bolsillo. El cheque del coche había sido aceptado, pero también el reintegro.

En la estación de Boulaye, el hombre de la taquilla miró a Virgil y dijo:

—¿No lo he visto a usted en algún sitio?

—No lo creo —respondió Virgil.

—¡Sí, ahora caigo! —dijo el hombre—. Estuvo por aquí... el jueves pasado, ¿no? Eso es, preguntando por el horario de los trenes. Claro que sí, lo recuerdo perfectamente.

Virgil no dijo nada. Solamente sonrió.

—Bueno —dijo el jefe de estación—, que tengan un buen viaje.

Y de ese modo esquivamos el último balazo. El jefe de estación nos marcó los billetes.

—¿A Washington, no?

—Así es —dijo Virgil.

Compramos billetes para todo el recorrido, pero nos bajamos en Shreveport, donde Rose nos estaba esperando con el Nash. Fuimos directamente al banco. El cheque de Boulaye estaba conformado, de modo que nos acreditaron de inmediato el importe en nuestra cuenta. Transferimos el saldo a un banco de Lubbock, Tejas, y cerramos la cuenta de Shreveport, con la idea de retirar el dinero cuando pasáramos por Lubbock, en el viaje de vuelta.

¡Dieciocho de los grandes! En su mejor momento, mi padre llegó a ganar cuatro mil dólares al año con la Southern Pacific. Hacia el final, poco antes de que clausuraran la línea, había bajado a mil novecientos. Mi parte era una vez y media más de lo que él había ganado en su mejor año, y yo la había conseguido en un solo fin de semana.

—¡Dieciocho mil dólares de un golpe! ¡Ja! —aulló Virgil mientras nos alejábamos a toda velocidad, con Rose al volante y yo en el asiento trasero.

—A decir verdad —dije—, han sido dieciocho mil doce.

Desenrollé los billetes que me había ganado: ocho dólares por las apuestas y cuatro por enseñarle al profesor el truco, para que pudiera timar a otros. Se había dejado en eso todo lo que había ganado por vigilarme y un poco más.

Virgil no estaba seguro de haber oído bien.

—¿Has ganado dinero en la cárcel? ¿Cómo es que sales el lunes con más dinero en el bolsillo del que tenías el viernes, cuando entraste?

Cuando le expliqué la apuesta que había hecho con el maestro de escuela, Virgil se puso a gritar aún más fuerte.

—¡Le ha sacado dinero a su carcelero! ¿Has oído eso, Rose?

—Lo he oído.

—¡El chico es un profesional!

—Lo sé.

Rose me miró por el retrovisor, como si la hubiera decepcionado o algo.

En ese momento no entendí por qué me miraba así, pero ahora creo que lo entiendo. Mi arresto en Luisiana había tenido demasiado éxito. Después de eso, no había vuelta atrás. Había demostrado que era capaz de hacerlo y que podía hacerlo muy bien.

Cuarenta y ocho

CRUZAMOS la frontera del estado, pasamos por Waco y seguimos hacia el norte, parando en Lubbock para recoger nuestras ganancias antes de dirigirnos hacia Silver. Viajamos toda la noche, turnándonos Virgil y yo al volante y deteniéndonos únicamente para extraer gasolina de los coches, por el método del sifón, en los pueblos que atravesábamos.

En algún lugar, en las horas más oscuras de la noche, estuvimos rodando al lado de un tren de carga que circulaba hacia el oeste, dejando una estela de hollín por la llanura. Cada vez que echaban carbón a la caldera, el humo se encendía con un resplandor rojo. Se podían distinguir hombres sentados encima, como siluetas silenciosas, y otros colgados de los costados o entre los vagones, un poco más arriba de las ruedas, que arrancaban chispas a las vías. Le seguimos el ritmo durante un tiempo, hasta que el tren se desvió y se perdió en la negrura.

Llegamos a Silver City borrachos de alegría y justo a tiempo para desayunar en el café de Charley Wong. Cansados, pero con demasiadas emociones como para dormir, nos dirigimos hacia allí.

La única nube que oscureció nuestro regreso fue la visión de cierto automóvil con la rejilla del radiador como un hocico de tiburón y faros protuberantes, que arrancó cuando nosotros llegamos.

—He visto antes ese coche —dije—. Un Graham Supercharger sedán de 1939. Verde oscuro. Lo vi en Kansas, creo, y volví a verlo aquí, en Silver City, la semana pasada. La última vez tenía matrícula de Colorado. —Forcé la vista en dirección al coche, mientras se alejaba—. Ahora la tiene de Tejas.

Virgil me miró como si empezara a dudar de mi cordura.

—¡Creía que era yo el maniático! —dijo—. Ese coche ha parado para dejar a alguien. No se puede decir que estuviera merodeando. La fábrica Graham-Paige vende automóviles en todo Estados Unidos, incluido el extenso suroeste. —Después, en un tono más íntimo, añadió—: ¿Empieza a quemarte el trabajo?

—¿A mí? No, nada de eso.

—Ése es el principio —dijo Rose, mientras caminaba hacia el local de Wong—. Te empieza a hormiguear la piel y sientes que se te eriza el pelo de la nuca. Empiezas a ver figuras en cada sombra y sombras en cada figura. Empiezas a imaginar cosas. Empiezas *a* pensar que te siguen, que te vigilan.

—Hemos estado demasiado tiempo en la carretera —dije yo—. Eso es todo.

—Puede que tengas razón —dijo Virgil, abriéndonos la puerta a Rose y a mí—. ¡Vamos! Un poco de comida nos hará bien.

Pero noté que echaba un último vistazo de reojo antes de entrar.

Mientras desayunábamos, Virgil intentó convencemos de repetir el timo del coche en otros condados y otros estados.

—En Mississippi tampoco respetan mucho los procedimientos legales —dijo.

Pero Rose no quiso ni oír hablar del tema.

—Es peligroso poner a Jack entre rejas —dijo—. Si nos descubren, no tendría escapatoria.

.—No hay ningún delito —dijo Virgil—. No puedes arrestar a alguien porque ha vendido por novecientos dólares un coche que le ha costado el doble.

—No es la venta —replicó ella—; es el engaño. Es hacerte pasar por pariente de los De Valu, por un miembro de la alta sociedad, bastaría con que cualquier agente de la policía local hiciera un par de llamadas, ¿y cómo escaparías entonces?

—Muy bien, de acuerdo —dijo Virgil—. Usaremos el nombre real de Jack y contrataremos un abogado auténtico. Lo haremos todo legalmente.

Pero Rose no cedió y, para ser sincero, a mí tampoco me hacía gracia que los arrestos fueran a convertirse en mi medio de vida. No es que me preocupara. Era solamente que... No sé, me parecía que eso podía volverse contra mí en un futuro, si alguna vez decidía volverme otra vez honrado.

—Pero ¡por favor, Rose! —dijo Virgil—. ¡Este timo es seguro como un candado!

—No hay candado seguro, Virg, y tú lo sabes.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Virgil con la decepción en la voz, como un pescador que acabara de perder una trucha—. Pero ¡es un timo tan suculento!

—Si tanto te gusta, entonces haz tú el papel de preso —dijo Rose y eso sí que fue suficiente para cerrar de un portazo toda posibilidad futura de discusión.

Supongo que yo también hubiese debido tenerle miedo a la cárcel, pero no puedo decir que se lo tuviera. ¿Una pena de diez a veinte años? Era una cantidad de tiempo que ni siquiera podía abarcar, era como tratar de imaginar cómo sería el océano. A decir verdad, la visión de aquel Graham Supercharger me había inquietado más que el mundo imaginario de una estancia en la cárcel.

Virgil tenía la determinación de convertir nuestra buena suerte en algo más grandioso, y nuestras abultadas ganancias del fin de semana habían resucitado uno de sus sueños más antiguos.

—Si reunimos nuestros capitales —dijo—, casi tendríamos

suficiente para intentarlo.

¿Para intentar qué?

—El Gran Local. Un establecimiento completamente nuestro, donde cada juego esté amañado y donde nadie salga sin haber sido desplumado. Música. Chicas. Juegos de azar. Un ejército de compinches circulando por la sala...

—Creo que llevo oyéndote hablar de tu sueño del Gran Local desde antes de conocernos —dijo Rose.

Virgil no le prestó atención.

—Así es, Jack. Ahora estamos en la carretera, pero tengo mejores planes.

—Un antro nocturno —dijo Rose—. ¡Vaya sueño!

—Sí, un antro, pero no un antro barato. Estoy hablando de un lugar con lustre y estilo. Mesas de ruleta y arañas de cristal. Una docena de pianos, todos de cola y todos blancos, con una chica vestida de lentejuelas encima de cada uno. Sería como una permanente producción teatral. Tendríamos porcelana fina y cubertería de plata, con catorce tenedores y tres clases de cucharas. Porteros con trajes de terciopelo. Jazz suave sonando como música de fondo y un tipo vestido de esmoquin, dándole a las teclas en el vestíbulo, nada más entrar. Un garito respetable, para tender el lazo y pillar a los pardillos. Los invitaríamos a pasar y les exprimiríamos hasta la última gota.

—¿Hasta la última gota? —dijo Rose.

—Ya sabes lo que quiero decir —respondió él—. Despellejaremos a esos palurdos con tanta suavidad que ni siquiera se darán cuenta de que los estamos desplumando y cortando en rodajas. El amigo Wheaties podría contar las cartas y trabajar en las mesas. Tú podrías dirigir a las chicas. Sería suntuoso. Ésa es la palabra que estaba buscando: ¡suntuoso!

—Sería una inversión enorme, Virg.

—Pero ahora tenemos los medios. Hemos ganado dinero a espuertas. Jack ha sido nuestro amuleto de la suerte. —Se inclinó hacia adelante, apoyado en los codos. Hablaba como si intentara vendernos algo—. Estoy pensando en Denver —dijo—. Estoy pensando en un futuro muy cercano. Empezaremos poco a poco, reinvirtiendo los beneficios en el local.

Denver era la capital americana del timo, según Virgil. «La cuna del Gran Local», la llamaba.

—O tal vez Webb City, Missouri. O Council Bluffs, en Iowa. Ciudades conocidas por la flexibilidad de sus autoridades. Montaremos nuestro negocio, los tres, nos estableceremos y, dentro de muy poco, nos daremos la gran vida.

—Creía que sentías aversión por los timos largos —dije—, ¿Recuerdas lo que dijiste del brazo de la ley?

—Si hacemos bien esta jugada, estaremos por encima de la ley. ¿Me has preguntado si estoy hablando de un antro nocturno corriente? La respuesta es «no».

Virgil pidió más tocino y después se recostó en la silla, con los brazos detrás de la nuca. Tenía la cabeza llena de sueños, pero observé que una vez más me había dejado el asiento que daba la espalda a la puerta. Todavía no confiaba en mí para mirar de reojo y sacar las conclusiones correctas.

Pasamos todo el día durmiendo y por la noche regresamos reptando al local de Charley Wong. Yo volvía a comportarme como ellos, saliendo a la calle por la noche, evitando la luz del día, volviéndome cada vez más pálido y marchando a contracorriente del resto del mundo.

—Lo peor de salir a la carretera es tener que vivir a horas normales —dijo Virgil—. Siempre es un alivio volver a casa y recuperar el ritmo nocturno.

Unos días antes nos habíamos perdido las celebraciones del 4 de julio. Yo había oído los tambores y los silbatos del desfile cuando todavía estaba tumbado en la cama. Sonaban como si estuvieran a un millón de millas de distancia. Antes de salir por la noche, contemplamos los fuegos de artificio desde la azotea, detrás del 1-A: estallidos de ramilletes rojos, explosiones de luminarias blancas y truenos azules.

Esa noche nos quedamos en el café de Charley hasta mucho después de la hora de cierre. Al señor Wong no le importaba que nos demoráramos en la sala mientras él limpiaba. Tenía un viejo aparato de radio Silverstone, que dejaba encendido la mayor parte del tiempo, uno de esos modelos monumentales, con seis válvulas y cuatro ruedas, terriblemente difíciles de sintonizar. La caja estaba rayada y el sonido era rasposo. Pero captaba las principales emisoras y eso era lo importante.

En el programa «La hora de radio de la revista Collier», estaban pasando un serial sobre Fu Manchú y sus «malignas maquinaciones».

—¿Crees que Charlie Chan se habrá enfrentado alguna vez con Fu Manchú? —dijo Virgil.

Me encogí de hombros.

—No lo sé.

Estuvo un momento reflexionando.

—Porque supongo que Chan tendría que ser la persona perfecta para la misión. Ingenio oriental contra ingenio oriental. Detective sagaz contra villano igualmente sagaz. ¡Eh, Charley! —llamó Virgil—. ¿Qué opinas tú al respecto, tú que eres chino?

El señor Wong asomó la cabeza desde la cocina.

—¿Sobre qué?

—Fu Manchú contra Charlie Chan. ¿Quién ganaría?

—¿Que quién ganaría? —repitió el señor Wong—. Dick Tracy.

Virgil se echó a reír.

—¡Ja! ¡Has hablado como un auténtico americano!

El señor Wong volvió a sus tareas de limpieza y Rose bajó la vista hacia la mesa y el cigarrillo que tenía en la mano.

—Chan —dijo ella, más que nada para sí misma.

—¿Chan? —preguntó Virgil.

—Al final, la ley siempre gana, ¿no?

Por la manera en que lo dijo, no era realmente una pregunta.

El debate sobre Fu Manchú y Charlie Chan habría podido continuar de no haber sido por el boletín de noticiéis. El gobierno de Estados Unidos estaba revisando su acuerdo comercial con el imperio japonés —dijo el locutor— y amenazaba con revocarlo, en protesta por las acciones japonesas en Manchuria. Se refería al régimen títere que Japón había establecido en China o, en cualquier caso, en la parte del país que controlaba. El ejército de Hirohito se estaba concentrando a lo largo de una frontera remota, al otro lado del mundo.

Charley había salido de la cocina. Estaba de pie, perfectamente inmóvil, con una bayeta en una mano y un cuenco vacío de sopa en la otra. Parecía terriblemente solo.

Cuando el noticiero terminó, Virgil me dio un codazo.

—Cambia de emisora, anda. Busca algo mejor.

Miré a Charley, que hizo un gesto afirmativo.

Podía cambiar de emisora, si quería. Él volvió a su trabajo, con gesto ausente, y se puso a lavar por segunda vez el mismo cuenco, con la mirada perdida en el vacío.

—¿De ahí eres tú? —le pregunté—. ¿De Manchuria?

Sacudió la cabeza.

—De Nankín —dijo—. Mi familia. Todavía está ahí.

—Demonios, Jack, ¿no puedes encontrar nada mejor?

Virgil empezaba a ponerse nervioso. Quizá la voz agorera del locutor le había traído recuerdos, de botas chapoteando en el barro, de francotiradores alemanes y de cárceles turcas.

Cuarenta y nueve

NADIE puede saberlo, pero si aquella noche yo hubiera girado el dial de la radio del señor Wong en la dirección contraria, quizá los tres habríamos acabado en Oregón o en Denver, al frente de nuestro Gran Local, encendiendo puros con billetes de cien dólares y viviendo a lo grande. Pero no lo hice, ni acabamos de esa forma.

—*¿Es usted un hombre muy hombre? ¿Lleno de vigor? ¿O su virilidad juvenil ha empezado a flaquear?*

—*¡Glándula de Cabra* Brinkley! —exclamó Virgil desde el compartimento—. ¿Aún sigue en el aire?

Yo había oído hablar del tipo de las glándulas de cabra, pero nunca hasta entonces había sintonizado su programa.

—¡El doctor John Romulus Brinkley! —dijo Virgil—. El mejor vendedor de curas milagrosas de nuestros días. El mejor de todos los tiempos. Sólo dos han podido superarlo.

Según Virgil, Brinkley había empezado como «herborista», vendiendo remedios naturistas, hasta que se compró un título de medicina en la Universidad Médica Ecléctica de Kansas, «una institución que no destaca precisamente por el rigor de sus criterios académicos», en palabras de Virgil.

Brinkley no era hombre de ambiciones pequeñas. Curaba instantáneamente el cáncer, con su procedimiento patentado de «restauración electromagnética», que consistía básicamente en aplicar destellos de luz sobre la zona afectada.

—El problema —dijo Virgil— era que, a pesar de estar curados, los pacientes se empeñaban en seguir muriéndose. Muy desconsiderado de su parte. El bueno de Brinkley tenía que dar con una enfermedad menos evidente que tratar, y la encontró, casi por casualidad: el hombre maduro y su virilidad mortecina.

Un granjero de Kansas, ya mayor, llevaba dieciséis años sin poder satisfacer a su esposa. Necesitaba recuperar el impulso animal, de modo que Brinkley pensó: ¿por qué no añadirle directamente la parte animal que le falta? ¿Por qué no injertarle unas gónadas animales en las suyas? ¿Y qué podía ser más lascivo que un macho cabrío en celo? De modo que Brinkley sustituyó los testículos «gastados» del granjero por los de un joven macho cabrío. Le abrió la zona testicular, le insertó las gónadas de cabra y, ¡quién lo hubiera dicho!, el granjero quedó rejuvenecido. Al año siguiente tuvo un hijo y lo llamó Billy, igual que a la cabra.

—*¿Problemas para cumplir con su deber conyugal?* —preguntó el locutor, con una voz densa como el chocolate—. *¿No consigue dejar en*

estado a su señora? ¡Lo que usted necesita es un par de injertos infalibles de glándula de macho cabrío del doctor Brinkley! ¡Éxito garantizado!

A partir de entonces, el doctor Brinkley practicó miles de sus injertos patentados, aunque la comunidad médica consideraba el procedimiento un puro disparate. Daba igual. Todos los desmentidos científicos del mundo habrían sido insuficientes para disuadir a los hombres cuyas fuerzas flaqueaban a la hora de atender los deberes conyugales. La fama de Brinkley se extendió a todo el mundo. Un marajá de la India acudió en peregrinaje a la clínica del doctor Brinkley en Kansas, y también lo hicieron un conde bávaro y hasta el ministro de Economía de Bulgaria. Productores de cine y editores de periódicos iban a verlo, en busca del anhelado impulso glandular. Cobraba más de mil quinientos dólares por operación y, si era cierto que era un charlatán, entonces era un charlatán muy rico.

—Llegó a ganar millones de dólares al año —dijo Virgil—. Incluso fundó su propio banco. No te miento. También se creó una emisora de radio, para poner en el aire su «buzón de preguntas médicas».

Era un programa al que la gente escribía con diversos problemas, para los que él recetaba curas, pociones y preparados, todos los cuales, casualmente, estaban disponibles a través de su sistema de venta por correspondencia.

—¿Sabes que lleva perilla? —dijo Virgil—. ¡El hombre tiene incluso cierto parecido con una cabra!

Al principio, Brinkley difundía su programa a la hora del desayuno, cuando es más probable que los granjeros estén escuchando la radio, pero al final lo trasladó al horario nocturno, porque la charla sobre testículos de cabra no parecía lo más adecuado para la franja de primera hora de la mañana.

Al cabo de un tiempo, la Asociación Médica Americana lanzó un ataque a gran escala contra *Glándula de Cabra* Brinkley. Presionó al gobierno de Kansas para que le revocara la licencia médica y presentó cargos contra él por mala práctica médica y conducta inapropiada. Al final, *Glándula de Cabra* tuvo que clausurar también la emisora de radio, de modo que se trasladó a Del Río, Tejas, y allí creó una emisora todavía más grande, la XER, justo del otro lado de la frontera con México, desde donde siguió pregonando sus mercancías. Según Virgil, la XER era la emisora más potente del mundo, con una fuerza de cien mil vatios, y sus retransmisiones llegaban hasta la frontera con Canadá e incluso más lejos. La emisora que yo sintonicé fue precisamente la XER.

—*¡Deje que el doctor Brinkley le inyecte la fuerza de un macho cabrío y sea el rey de las corderitas!*

El lirismo no llegaba a ser el de un Ovidio, porque la poesía no era el punto fuerte del Doctor Cabra.

La señorita Rose resopló con algo semejante a una auténtica carcajada, cuando el locutor explicó que una sencilla operación era suficiente para hacer pasar a un hombre de «lívido a libidinoso».

—¡Eh, Virg! —dijo—. ¡Quizá te harían bien esas glándulas para ser un hombre de verdad, un auténtico hombretón, un macho cabrío con las corderitas!

—Nunca me ha gustado el cordero —dijo Virgil—. Lo encuentro demasiado fuerte.

El hecho es que el doctor Brinkley disponía de docenas de testimonios de pacientes satisfechos. Los datos anecdóticos nunca pueden considerarse pruebas concluyentes, desde luego, pero el parecer de los clientes era inequívoco: el tratamiento funcionaba. Estaban dispuestos a jurarlo y yo sabía por qué. ¡Era el efecto placebo en acción! Si decides que un injerto en los testículos salvará tu matrimonio, entonces —sea como sea— lo salvará.

—Otro que era muy bueno era Roy Wells, de Omaha —dijo Virgil—, el mejor vendedor de remedios milagrosos de todos los tiempos. Su especialidad eran los «genuinos tratamientos Detoxicolon». ¡Claro que eran genuinos! ¡Si los había inventado él! Básicamente, consistían en un enema aplicado mediante un tubo de irrigación a presión. Irrigación colónica: la vieja receta del jugo de hígado crudo y el café, con un toquecito nuevo para darle gracia. Los tratamientos Detoxicolon de Roy tenían fama de curar el estrabismo y la narcolepsia, de quitar los herpes y arreglarlo todo, desde las almorranas hasta la mala caligrafía. También servían para la presión de la sangre, tanto la alta como la baja, y creo que curaban el cáncer. Limpiaban el sistema de «toxinas», ¿entiendes? Roy les hacía tragar a sus pacientes bolsas enteras de salvado, después les aplicaba su aparato a presión Detoxicolon y los hacía cagar hasta que se curaban del todo. O eso, o hasta que tenían que ir al servicio de urgencia más próximo. Su mujer vendía «pulseras magnetizadas». Te las ponías en las muñecas y te curaban la artritis, el asma y no sé qué más. El mismo perro con distinto collar.

Virgil hizo una pausa, como para admirar el paisaje de los timos médicos, un tipo de estafa cuya naturaleza le resultaba ajena.

—Ya se trate de naturistas o de homeópatas —dijo—, de jalea real o aceite de tiburón, de polen de abejas o fórmulas milagrosas, de cremas mágicas rejuvenecedoras o dinosferas musicales, de aumentar los pechos (para las que no han sido tratadas con suficiente generosidad por la naturaleza) o de reducir de peso (para los que la naturaleza ha tratado con generosidad excesiva), todo se reduce a una sola cosa, muchacho: alimentar las falsas esperanzas. Y las falsas esperanzas son un bien que nunca pierde su valor. Menciona una enfermedad y seguramente habrá una cura, lista para ser vendida.

Menciona un problema y habrá una panacea, comercializada a un precio razonable y disponible en prácticos envases. Úlceras sangrantes, varices, diabetes o hemorroides crónicas. Sabañones, calvicie, dientes de conejo o piernas arqueadas. Sordera o miopía, orejas de soplillo u ojos desviados. Cáncer de hígado o cálculos biliares, cataratas o tisis. Hay una cura para todo. Es el abracadabra de los charlatanes y los vendedores de humo científico, como no hemos vuelto a ver desde la época del conde Cagliostro y el Judío Errante. Falsas esperanzas, Jack. Ésa es la clave. Cuando la gente quiere creer en algo con todas sus fuerzas, creerá que es real. Pero tiene que desearlo con todas sus fuerzas.

Virgil adquirió una expresión soñadora en los ojos, el tipo de expresión que siempre tenía cuando contemplaba la posibilidad de ganar dinero fácil.

—Te diré una cosa, Wheaties. La gente se creerá cualquier idiotez que le digas, siempre que lo hagas con la debida autoridad y con una confianza firme e inalterable. Es una pena que no podamos aprovechar ese filón.

—¿Qué nos lo impide? —pregunté.

—Verás —dijo—, en eso de los timos médicos, el verdadero dinero está en los tratamientos para aumentar la potencia sexual. Pero injertar glándulas de cabra no es lo nuestro.

—No necesitamos glándulas de cabra —dije yo—. Podríamos vender… afrodisíacos.

—¿Afrodisíacos?

—Elixires —respondí—. Fórmulas y pociones para aumentar el deseo, para excitar… hum… el apetito sexual.

—¿Cómo las ostras? —dijo Rose.

—No pienso abrir ninguna pescadería —dijo Virgil.

—No, ostras no —dije yo—. Extracto de mosca de España, pero no el verdadero extracto, que en realidad se saca de un escarabajo y es un polvo tóxico que te irrita las vías urinarias y te causa escozor cuando vas a orinar. Y hasta puede hacer que te pongas terriblemente enfermo. Está prohibida su venta en Estados Unidos. Pero nosotros podríamos vender, no sé, carbonato de sosa o algo así. Quizá píldoras de azúcar. Y llamarlo «mosca de España». Se venden todo tipo de cosas a través de anuncios en los almanaques y las revistas. ¿Por qué no esto?

—Fraude postal —dijo Virgil—. Por eso no podemos hacerlo. Fue así como pillaron a Charles Ponzi y también a Oscar.

—¿Oscar?

—Hartzell. Oscar Hartzell. El hombre que organizó el timo de Drake. ¿Has oído hablar de él?

—Sí, creo que sí.

—El, viejo Oscar tenía mucho cuidado. Hacía que los pardillos firmaran acuerdos de confidencialidad. Había prohibido el uso del servicio federal de Correos. Las comunicaciones se enviaban por telégrafo privado o por mensajero. Los pagos se hacían directamente por transferencia bancaria o a través de la Western Union. Por desgracia, algunos de sus representantes no fueron tan meticulosos cómo debían. Varios de sus timados (o quizá debería decir, de sus «inversores») le enviaron el dinero por correo. ¡Y los representantes de Oscar lo aceptaron! Ahí fue donde intervino el gobierno. Habían usado el Servicio Postal de Estados Unidos para cometer un fraude y eso es un delito federal, muchacho. No hay manera de zafarse de ese lazo jurisdiccional. Si te pillan, te espera una larga estancia en una prisión federal. Al viejo Oscar le cayeron diez años en Leavenworth. Por lo que sé, sigue allí.

—Así es —dije yo—, pero la gente le sigue mandando dinero.

—¡Ja! —rió Virgil—, No me sorprende en absoluto. Dicen que un tonto y su dinero no tardan en separarse, pero yo digo que además han debido de tener mucha suerte para encontrarse. —Bebió un sorbo de café medio frío—. Ahora bien, el tipo de timos que trabajamos nosotros suele ser competencia de la policía local. Ni siquiera estamos hablando de fronteras estatales. Con sólo cruzar el límite del condado, ya estás a salvo. Los timos callejeros pueden hacer que acabes con tus huesos en una comisaría, pero con un poco de dinero saldrás a la calle con la misma facilidad. No sé a cuántos polis habré sobornado en mi vida, pero no me extrañaría que algún día me organizaran una fiesta de agradecimiento, por todas las donaciones que he hecho a su fondo de jubilación. Incluso lo que hicimos en Luisiana —añadió— habría sido un asunto municipal y, como máximo, del condado. Y aunque hubieran descubierto lo que nos traíamos entre manos, tú sólo estabas en una cárcel local. Podría haberte sacado con un par de sobornos...

—Aunque no lo habrías hecho —dije yo.

—No lo habría hecho. Pero aun así, estamos hablando de timos sumamente locales. En cuanto salimos de Luisiana y atravesamos la frontera estatal de Tejas, estábamos Ubres y en casa. Pero el fraude postal es otra cosa. Es algo completamente distinto. Desde que Franklin Delano amplió el FBI y le concedió más atribuciones a J. Edgar, ya no es posible que un ladrón honesto tenga un respiro. Corren tiempos difíciles, muchacho.

—Pero nosotros no engañaríamos a la gente que encargara nuestra mosca de España —dije—. Les enviaríamos el pedido. A todos. No sería como embolsarse el dinero sin servir la mercancía. Haríamos toda la venta, hasta el final.

—Eso no importa —replicó Virgil—. No puedes usar el servicio postal para vender productos falsos. En el caso de Ponzi, ni siquiera

era dinero lo que se enviaba por correo, sino postales para notificar a los inversionistas que ya podían cobrar sus intereses. Sólo por eso, le cayeron cinco años. Si mandamos medicinas falsas por correo, la Administración de Alimentos y Fármacos se nos echará encima. En este juego, hay dos cosas que debes evitar como la peste: el asesinato y el fraude postal.

Para entonces, Charley Wong estaba dormido, con la cabeza echada hacia atrás, la respiración lenta y un periódico chino abierto delante. Las luces del café estaban apagadas, excepto la lámpara justo encima de nuestra mesa. Fuera, susurraban las orquestas de *swing*, el jazz nos llamaba, pero yo no podía parar.

—¿Y si no fuera fraude? —dije—. ¿Y si les contáramos toda la verdad a nuestros clientes?

Los dos me miraron con expresión vacía, de modo que continué.

—¿Y si nunca afirmáramos que fuera real? ¿Habéis oído hablar del efecto placebo? Es un fenómeno médico contrastado. Es un hecho científico demostrado y conocido por toda la comunidad médica. Es lo que has dicho antes, Virgil. Cuando la gente quiere creer en algo, se convence de que es real. El pensamiento hace que sea real. Pulseras magnetizadas, remedios naturistas, lo que tú quieras... También los afrodisíacos. Funcionan porque la gente quiere que funcionen. Es la fuerza de la sugestión, supongo. La gente encuentra lo que busca. *Hay que creer para ver.*

Rose estaba marcando con el pie un ritmo que sólo ella podía oír, inquieta y deseando ponerse en marcha. Pero Virgil empezaba a comprender adónde quería llegar yo. Inclinó la cabeza hacia mí, como si intentara concentrarse mejor.

—¿Entonces qué quieres decir?

—Placebo —dije yo—. No les vendemos ninguna medicina. Les vendemos placebo. «Genuino placebo 100 % auténtico.» Incluso podríamos anunciarlo en letra pequeña: «Efecto placebo médicamente comprobado y ampliamente documentado.»

Todo lo cual era escrupulosamente cierto. Así nos enriquecimos aún más y por eso nos quedamos en Silver City.

El perro le aullaba a la Luna, que estaba allí, girando.

Cincuenta

PASÉ unos días en la biblioteca de Silver City, repasando la normativa federal y las directrices de la Administración de Alimentos y Fármacos. Se había hablado de tipificar el «ánimo de engaño» como delito y de incorporarlo en la legislación sobre fraude postal, pero hasta ese momento no se había aprobado ninguna ley al respecto. Etiquetar un producto como «placebo» era perfectamente legal.

Alquilamos un apartado de correos, publicamos anuncios en varios almanaques mensuales y revistas regionales, y al cabo de una semana empezaron a llegar los pedidos. Virgil me miraba asombrado, mientras yo envolvía cucharadas de bicarbonato de sosa en papel encerado, cerraba los paquetes con cinta adhesiva, escribía «Placebo» al dorso con grandes letras mayúsculas y lo guardaba todo en los sobres autodirigidos y ya franqueados que solicitábamos a los clientes, junto con nuestras instrucciones: «Añada una cucharadita a la bebida que prefiera y mezcle bien.»

Dieciséis pedidos de extracto de mosca de España, a seis dólares con cincuenta cada uno, hacían ciento cuatro dólares, a los que había que deducir el coste de publicar los anuncios esa semana: dos dólares por anuncio, en ocho publicaciones diferentes. También había que restar el coste del bicarbonato de sosa (veinticuatro centavos) y los cinco dólares del alquiler del apartado de correos.

—Eso supone un beneficio...

Virgil intentó calcularlo mentalmente. Pero no pudo.

—Ochenta y dos dólares con setenta y seis centavos —dije yo.

Pusimos más y más anuncios en todas partes, desde *Granja* y

Hogar hasta el *Boletín Semanal del Suroeste*, pasando por *El Pastor Protestante*. Nos llegaron bastantes pedidos a través de la *Revista Literaria*, ya que al parecer la clase más instruida tenía particular necesidad de un revitalizante. Un solo anuncio en la *Revista Literaria* nos reportó más pedidos que tres semanas de publicidad . en *Historias Verdaderas*. Empezamos a poner anuncios en las hojas parroquiales y en los boletines internos de las empresas, en revistas | de ámbito nacional y en pequeños periódicos. Incluso revistas de humor como *Ballyhoo*, repletas de bromas y chascarrillos, aceptaban anuncios de nuestros placebos. A menudo *Ballyhoo* publicaba historietas subidas de tono, de modo que en sus páginas no quedaba fuera de lugar la clase de mercancías que anunciábamos. Nunca nadie rechazó nuestra publicidad. Supongo que estarían terriblemente necesitados de ingresos, como todo el mundo. Las únicas publicaciones donde no contratamos anuncios fueron el *New England Journal of Medicine*, el

Scientific American y otras por el estilo, por si acaso, aunque mencionábamos algunos de sus nombres en un lugar destacado de nuestra publicidad. (De hecho, todas ellas habían publicado artículos sobre el efecto placebo, pero pensábamos que no hacía falta dar a nadie la ocasión de atacamos.) En cambio, *Ciencia Popular* nos pareció un buen sitio, porque era el reino de los habilidosos y los manitas, y la mosca de España era una manera de aceitar las bisagras que chirriaban, por así decirlo.

Bajábamos el tono de algunos de nuestros anuncios y subíamos el de otros, pero el mensaje era más o menos el mismo:

LA MOSCA DE ESPAÑA
¡Vuelve locas a las mujeres!
Placebo 100 % auténtico
Efecto médicamente demostrado[1]

La última línea la había escrito Rose. Virgil habría querido añadir: «¡Y convierta su corderita en una leona! ¡Y su oveja en un carnero!», pero no tenía ningún sentido confundir de ese modo ovejas con carneros. Virgil no tenía talento para redactar anuncios, pero estaba encantado con el dinero que nos estábamos embolsando.

Lo que empezó como un lento goteo se convirtió en un diluvio. Pasábamos todas las tardes rellenando sobres, en la mesa de la cocina del 1-A. Con el tiempo, ampliamos nuestra gama y empezamos a ofrecer tres variedades diferentes de extracto de mosca de España: "Placebo», que siguió siendo nuestro producto principal, a seis dólares con cincuenta; «Extracto espurio de mosca de España», en forma de píldoras de fácil disolución (píldoras de azúcar, para ser exactos), a catorce dólares el paquete, para «nuestros clientes más exigentes», y «Pseudoextracto de mosca de España», que vendíamos a granel, a precio reducido, pero sólo para pedidos mínimos de veinticinco dólares.

Cada paquete de mosca de España que enviábamos iba respaldado con noventa días de garantía en firme. En efecto. Si el extracto no funcionaba en noventa días, el cliente sólo tenía que enviar el recibo original (que por alguna causa siempre se nos olvidaba incluir) y, en un plazo de sesenta días, le sería reembolsado su dinero. «¿No ha podido encontrar el recibo? ¡Oh, qué penal» Enseguida nos llegaron algunas quejas, por supuesto, aunque no tantas como esperábamos. Virgil lo atribuyó a la renuencia de la gente a reconocer su fracaso en el juego de la seducción, pero yo sospechaba que había algo más. Suponía que, para muchos de nuestros clientes, el extracto funcionaba de verdad. Quizá una pizca de bicarbonato de sosa en el refresco de su amada les proporcionara la confianza necesaria para perseverar en el

empeño.

El dinero nos cayó encima como un aguacero, colmándonos los bolsillos y las carteras como si fueran aljibes sedientos de lluvia. Yo llené de billetes una segunda lata de tabaco y empecé una tercera, y las escondí todas en la cocina americana del 1-A, tras un panel suelto, en los armarios. Siempre llevaba encima un fajo respetable de billetes («sacar a pasear el dinero», le llamaba a eso Virgil), aunque casi nunca gastaba nada. No tenía gustos caros, y Virgil insistía en pedir la cuenta en la mayoría de los sitios que frecuentábamos.

Dentro de la lata, apretados e impregnados con el sudor de la cantidad de manos por las que habían pasado, antes de ser rescatados de la inútil noria del trabajo honrado a cambio de un salario decente, mis rollos de billetes empezaban a apestar. Lo notaba cada vez que abría la lata para meter a presión más billetes. Aun así, a mí me olían deliciosamente bien. Era el tipo de hedor al que uno puede acostumbrarse.

Cincuenta y uno

NOS HABÍAMOS convertido en alquimistas, capaces de transmutar el bicarbonato de sosa en oro y de transformar los vanos deseos de los hombres (e incluso de algunas mujeres, a juzgar por los pedidos que recibíamos) en moneda de curso legal. Ya no nos hacía falta salir a forrajear y, en cualquier caso, ya habíamos peinado suficientemente todas las zonas circundantes. Era agradable quedarse en Silver y recoger simplemente el dinero que la corriente nos traía.

Sin embargo, Virgil estaba inquieto como un perro con la correa corta. Se le hacía difícil pasar las noches rellenando sobres y no estafar a nadie durante el día. Al final, nos sugirió que nos concentráramos en nuestra ciudad.

—No podemos hacer timos callejeros ni recaudar calderilla en Silver —dijo— porque, si lo hiciéramos, las calles ya no serían seguras para nosotros. Pero ahora que tenemos tan increíblemente cerca nuestro sueño del Gran Local —en realidad era su sueño—, sería una pena no invertir nuestro tiempo libre en producir más capital.

Había llegado el momento —nos dijo— de las «empresas», trabajos más largos que los timos breves, pero más breves que los timos largos, si es que eso significaba algo.

—Montaremos negocios de reparaciones, de servicios, de inversiones... y buscaremos clientes entre los dueños de empresas y los propietarios de viviendas. En lugar de embaucar a los empleaduchos, como hasta ahora, engañaremos a los amos. El mecanismo es un poco más lento, pero los beneficios son de índole superior.

Eran timos más difíciles de probar si te descubrían y más fáciles de quitarse de encima, pero requerían una inversión por nuestra parte, de tiempo y de dinero. Además, teníamos que perder parte de nuestro anonimato. Virgil encontró una oficina, a unas cinco manzanas del café de Wong, un poco más allá de la droguería Temple— Off y al lado de una tienda de tabaco y unos billares, en un piso destartalado que quedaba por debajo del nivel de la calle. Veíamos a la gente en la escalera antes de que entrara, lo que nos concedía tiempo para atrancar la puerta o preparamos para deslumbrarla. La oficina venía equipada con una mesa de secretaria y varios archivadores vacíos en el vestíbulo, y una segunda sala (el «sancta *sanctárium*», como se empeñaba en llamarla Virgil, incluso después de que yo lo corrigiera) con una voluminosa mesa de escritorio y un par de sillas para que los clientes asentaran allí un momento sus carteras, mientras nosotros decidíamos cuánto sacarles.

Rose era nuestra recepcionista, aunque su verdadera función

consistía en evaluar a los potenciales pardillos a medida que entraban. El lugar olía a escayola vieja y a batallas perdidas, pero Rose llenó el vestíbulo de flores y cogió el hábito de salir a fumar a la escalera, para no interferir con el estallido de aroma fresco que te sobrecogía cuando entrabas. Se ponía faldas más cortas, a veces por la rodilla, y empezó a cruzar las piernas y a pestañear a los hombres que venían preguntando por asesoramiento en la contratación de seguros o buscando ocasiones en la compra al por mayor. Podía ser preciosa. Cuando quería.

—Puedes fumar dentro de mi oficina, si te parece —le decía Virgil—, así cogerá un agradable tufillo a hombre.

También solía dejar uno o dos cigarrillos mojados en vino, consumiéndose en el cenicero de su mesa, para añadir un toque más a ese aroma de masculinidad. Pasar de nuestro florido vestíbulo al «sancta *sanctárium*» era como recibir un puñetazo en la cara.

Virgil contrató una línea y un teléfono y pagó para tener nueve números diferentes. La compañía nos proporcionó una caja de interruptores, con una hilera de luces que se encendían según el número al que estuvieran llamando. Pulsabas el botón debajo de la luz encendida y entraba la llamada. Era más barato que pagar para que nos instalaran una centralita y funcionaba igual de bien. Podías oír un chasquido dentro de la caja cada vez que nos llamaban.

Virgil había asignado diferentes números a los distintos timos, para que nadie que llamara a un falso fontanero recibiera, por ejemplo, un falso electricista. Respondía a las llamadas directamente. El teléfono que tenía Rose en su mesa era de pega. El primer aparato que le dio Virgil era sólo un cascarón hueco, que había rescatado de la basura y limpiado un poco.

—No pienso ni tocarlo —dijo Rose, cuando Virgil le pidió que estuviera «conferenciando» cada vez que entrara un cliente—. Huele a orines.

—De acuerdo —replicó Virgil malhumorado y salió como una tromba en dirección a una tienda de segunda mano, para comprar uno que no conservara la marca de un gato callejero o algo peor.

—Me pregunto si Henry *el Caballo* habrá estado en esta ciudad —dije yo, recogiendo con aprensión el primer teléfono para devolverlo al cubo de la basura.

Nos turnábamos para llamar en frío a los clientes, cuyos nombres sacábamos de la guía telefónica. Virgil, naturalmente, era el que tenía más labia, pero Rose era igual de eficaz como secretaria del director de la compañía. Para empezar, partía del supuesto de que la venta ya estaba hecha y decía que llamaba solamente para confirmar el pedido. Los precios ofrecidos eran siempre increíblemente bajos. «Sí parece demasiado bueno para ser verdad, es que lo es.» Ése es el

Todopoderoso Primer Mandamiento para descubrir cualquier estafa. Los jefes de compras y los empresarios con los que hablábamos por teléfono lo sabían; todos lo sabíamos. Y aun así, picaban.

Los propietarios de viviendas no eran mucho más listos. Los timos a las empresas y las estafas en las reparaciones a domicilio te colocaban bajo la lupa de los organismos estatales de control, pero —como nos hizo notar Virgil— el proceso era fabulosamente lento.

Toda reclamación formal tenía que pasar por una revisión, con un montón de informes de seguimiento, una cantidad de trámites y —más importante aún— mucho tiempo para largarse de la ciudad.

—Es difícil acabar en la cárcel por hacer reparaciones chapuceras —dijo Virgil con cierto orgullo mal entendido—. Si algún pardillo presenta una denuncia, la policía le dirá que el caso no es penal, sino civil. A la policía no le gusta que la gente los use como una agencia de cobro a morosos, sobre todo cuando alguno de sus propios negocios puede estar en juego.

Mientras cumpliéramos con los compromisos básicos, no había mucho que nuestras víctimas pudieran hacer, excepto tragar saliva. Por un lado, estaba lo que prometíamos y, por otro, lo que dábamos. ¿Hasta qué punto se correspondía esto último con aquello? No había leyes que contemplaran las opiniones ni las percepciones personales. ¿Quién podía decirme si mi interpretación de los acontecimientos era la correcta?

—Mientras respetemos la letra de la ley —decía Virgil—, el espíritu puede irse a tomar viento.

Virgil trajo un juego de herramientas oxidadas y una furgoneta que parecía aquejada de delirium tremens, por la forma en que temblaba. Era una Ford asmática, en la que casi no entraban las marchas.

—Aquí tenéis el parque de vehículos de nuestra empresa —anuncio.

Nuestro primer contrato fue para podar los árboles alrededor de la planta química. No nos molestamos en llevar una escalera. Virgil aparcó la furgoneta debajo de uno de los árboles cuya copa se extendía sobre la calzada y yo me subí al techo del vehículo, empuñando unas podaderas oxidadas, y me puse a cortar ramas de cualquier forma. Después cargamos las ramas cortadas en la furgoneta y las llevamos delante de la planta, donde nos habían pedido un trabajo de jardinería. Plantamos en el suelo las ramas con sus hojas, como si fueran arbolitos. De hecho, lo parecían, sólo que no tenían raíces. La tarifa que Virgil había ofrecido para la poda era muy económica, y lo fue hasta que los clientes recibieron nuestra factura y se enteraron de que el precio especificado era por *rama* y no por árbol. Cuando llamaron para quejarse, Virgil se indignó:

—¿Acaso creen que alguien podría ganarse la vida podando árboles por ese dinero?

Amenazó con pleitos, rayos y truenos, hasta que quedó claro que iba a ser más fácil pagarle que llevar el caso a los tribunales.

También ofrecíamos nuestros servicios como reparadores de tejados. Si nos contrataban para impermeabilizar el techo de un granero o de un almacén contra las humedades y el moho, nos presentábamos con nuestro petardeante Ford y procedíamos a aplicar una mano de básicamente, agua. Agua mezclada con pintura de aluminio, para darle un poco de color. Un revestimiento plateado y brillante, un techo metálico, el colmo de la modernidad. Detenía aproximadamente el cero por ciento de la lluvia, pero ¿qué podía importar eso, cuando quedaba tan bonito?

Mientras nos alejábamos de uno de esos almacenes, le pregunté a Virgil qué pasaría si alguna vez llovía de verdad.

—Lee la garantía —dijo.

Tenía un fajo de garantías impresas. Todas eran firmes e inexcusables y lo cubrían todo, «incluso hasta la exclusión del uso normal o la fuerza mayor».

Tuve que admitir que la frase «incluso hasta la exclusión» era un toque de genialidad.

—Habrías podido ser abogado —le dije con admiración.

—¿Abogado? —replicó Virgil—. ¿Tan mal concepto tienes de mí?

De todos modos, pensé que un bufete de abogados («Estafante, Timante, Enredante y Embaucante, Sociedad Anónima») le habría venido como anillo al dedo a Virgil, especialmente después de ver con cuánta soltura había encarnado a un miembro del foro en Luisiana.

También vendíamos pararrayos. A las iglesias. La idea había sido mía, aunque a decir verdad no instalábamos pararrayos nuevos. Yo trepaba por la escalerilla de incendios de la iglesia (nunca me han dado miedo las alturas) y pintaba los pararrayos ya instalados con un poco de la pintura de aluminio sobrante de los otros trabajos. Después de eso, el sol les arrancaba un brillo puro y plateado.

—Es un nuevo revestimiento científicamente desarrollado —le explicaba Virgil al párroco—. No sólo previene la caída de los rayos, sino que los desvía y reconduce a otros lugares.

—¿A otros lugares? —preguntaba el sacerdote.

—Así es —respondía Virgil—, Normalmente, a la torre más cercana.

Con eso, teníamos hecha la venta.

Los católicos pagaron para reconducir los rayos hacia la iglesia metodista; los metodistas, para que les cayeran a los luteranos; los luteranos, para desviarlos hacia los baptistas, y los baptistas, para que les volvieran a caer a los fieles del papa de Roma. Los presbiterianos

no aceptaron la oferta, pero fue más porque acababan de sufrir una reducción del presupuesto de la iglesia que por una convicción moral. El joven pastor presbiteriano se quedó mirando polla ventana la esbelta torre de la Iglesia Pentecostal, al otro lado de la calle, y suspiró con lo que me pareció cierta nostalgia, mientras declinaba nuestro ofrecimiento.

A veces simplemente circulábamos por la ciudad en busca de clientes. Virgil acababa de cambiar el aceite del cárter del Nash y había mezclado el aceite viejo con arena, en un cubo, hasta conseguir una pasta fangosa y oscura. Entonces recorríamos los barrios de la ciudad, buscando casas que tuvieran el camino de entrada agrietado o con baches.

Hablando, Virgil era capaz de convencer a un hombre de que le prestara su sombra. Saludaba a la persona que le abría la puerta con un jovial «hola, vecino» y le explicaba que íbamos de regreso a la fábrica después de terminar un trabajo, que nos había sobrado asfalto y que le parecía una pena tirarlo. ¿Qué le parece si le arreglarnos un poco la finca, discretamente?

—Pero sin facturas —le susurraba Virgil con una sonrisa y un guiño—, No queremos que el jefe se entere.

Resultó que los respetables propietarios no tenían el menor escrúpulo en pagar bajo mano a los empleados de una compañíaˆ Yo me preguntaba cómo se sentirían, después de presumir delante de sus vecinos del negocio fantástico que habían hecho, cuando pasaran varios días y el maldito asfalto no se hubiera secado aún.

Otras veces, Virgil se vestía de gris almidonado y se hacía pasar por un inspector municipal. Tenía estudiadas las horas en que los maridos no estaban en casa. Se presentaba con una sonrisa y una «lista de comprobación estándar». Eso, y un montón de adhesivos de cinco centavos con la inscripción «Clausurado»... más un frasco lleno de aceite que llevaba escondido. Mientras la mujer despejaba el espacio delante de la caja de los contadores, Virgil dejaba caer un poco de aceite debajo de la caldera de la calefacción. ¡Y qué suerte habían tenido todos de que lo descubriera! ¡Justo a tiempo!

—¡Habría podido volar toda la instalación! —decía, mientras pegaba el adhesivo a un lado de la caldera y le indicaba a la señora que cerrara todos los radiadores y apagara los fogones.

—Tiene que hacer que le reparen esto cuanto antes —decía—, o de lo contrario le cortarán definitivamente el suministro de gas.

Después, como en confianza, añadía:

—El papeleo que se le viene encima es una auténtica pesadilla Le diré lo que vamos a hacer. De momento, no rellenaré el informe. Pero tendrá que hacer las reparaciones inmediatamente. Aquí tiene la tarjeta de una empresa de instalaciones aprobada por la

municipalidad. Llámelos y dígales que vengan *a* arreglarle la junta principal cuanto antes. Dígales que es urgente. Hágalo y no le precintaré la caldera.

Entonces sonaba el teléfono en nuestras oficinas del subsuelo y, por la bombilla que se encendía, Rose saína si la persona que llamaba buscaba a alguien que le impermeabilizara el tejado o que le reparara la caldera. Contestaba y decía que enviaría a un técnico de inmediato. Yo no estaba en la oficina, claro, sino en la misma calle donde estaba Virgil, un poco más allá, esperando en la furgoneta.

Virgil salía de la casa y se abanicaba la cara con el sombrero, lo que significaba que habíamos hecho la venta. Era lo normal. Había muy pocos que no picaran. Una señora tenía un cuñado que reparaba calderas y lo llamó a él. Virgil tuvo que largarse a toda velocidad. Otra estaba casada con un funcionario del ayuntamiento y ni siquiera abrió la puerta:

—¿Inspector de calderas? Nunca he oído nada semejante.

Cuando Virgil me hacía la señal, yo contaba hasta diez y me plantaba con el viejo Ford delante de la casa. Bajaba al sótano con una caja de herramientas cargada de piedras (ya que sólo poseíamos una llave inglesa y unas podaderas) y hacía ruido durante un rato detrás de la caldera. Después limpiaba el aceite que había derramado Virgil y daba el trabajo por terminado. La mujer quedaba tan agradecida (¡con todo listo y solucionado antes de que su maridito volviera a casa!) que me hacía un cheque prácticamente por cualquier suma que le mencionara. Después de todo, había sido un servicio de urgencia. Además, ¿no la habíamos salvado, evitando que toda la casa saltara por los aires, por el fallo de una caldera? Teníamos ese mérito.

A veces Virgil derramaba agua, en lugar de aceite, y entonces lo que necesitaba reparación eran las tuberías, y la llamada que entraba a la oficina iba dirigida al Servicio de Fontanería del Honesto Abe. O, si descubría un cable mínimamente pelado, la llamada era para la compañía de electricistas La Confiable, con una reparación que consistía básicamente en envolver el cable con cinta aislante negra y un extra por el «material». Otras veces, Virgil espolvoreaba un poco de serrín por el suelo y descubría termitas. También habría podido desperdigar trocitos de regaliz y decir que eran ratones; pero de haber hecho eso, habríamos tenido que presentar los cadáveres en algún momento. Era más fácil secar el agua o arreglar un cable, pero debo reconocer que la amenaza de explosión inminente añadía a las reparaciones de calderas una emoción de la que carecían los trabajos de fontanería.

En cuanto me marchaba, Virgil regresaba para «inspeccionar» mi trabajo. Asentía con gesto aprobador, diciendo:

—Han hecho un buen trabajo.

Despegaba de la caldera el adhesivo con la inscripción «precintado» y apuntaba el nombre de los dueños de la casa en la lista de fincas «certificadas y seguras». Después les cobraba unos honorarios por la inspección. Se sentían siempre tan aliviados que ni siquiera parpadeaban.

A cambio, Virgil les daba un bonito certificado. Y un recibo.

Cincuenta y dos

JULIO dio paso a agosto, y agosto se perdió en una brega interminable: de la mañana a la noche, algunos días, y con sobres que rellenar cuando ya había oscurecido. Estábamos «más atareados que un empapelador manco», como decía Virgil.

Era muy trabajoso eludir el trabajo honesto. Había noches en que Rose y Virgil estaban demasiado cansados para el *boogie-woogie* y yo para mirarlos. El cambio al horario diurno había sido lo más difícil, sobre todo para Rose y Virgil. ¿Y yo? Yo me alegraba de volver a ver el sol. Si nos hubiéramos seguido moviendo de ciudad en ciudad y de timo en timo, quizá ahora mismo estaríamos en la carretera, persiguiendo el siguiente nombre en el mapa, con Rose dormida en el asiento trasero del Nash y Virgil delante, hablando a voces. Pero los sueños del Gran Local de Virgil estaban cobrando forma delante de sus ojos.

A veces era todo un número de acrobacia mantener en funcionamiento nuestros muchos timos. Mientras una estafa daba sus beneficios, la siguiente ya se ponía en marcha. Era como hacer girar platos en un circo, o como un complicado juego de damas chinas, saltando de una posición a otra en zigzag o en ángulos extraños.

Si alguna vez han visto una mula lastimosamente cargada hasta el límite de sus posibilidades, sabrán que una sola sartén o una taza de hojalata de más puede ser suficiente para que se le doblen las rodillas al animal y toda la carga se desplome con estrépito. Esa taza de hojalata, para nosotros, fue el descubrimiento de un nuevo timo que podíamos organizar desde la oficina: la investigación de la infidelidad humana. Virgil dio con él durante una de sus visitas como inspector municipal, cuando un hombre le abrió la puerta.

—Hum... ¿Está su mujer? —preguntó Virgil.

El hombre tenía los ojos inflamados y enrojecidos.

—Se ha largado —dijo—. ¿No será usted de la agencia de investigación?

—¿Le gustaría que lo fuera? —preguntó Virgil.

Resultó que no.

Un detective le había arruinado el matrimonio.

Para un divorcio, tenía que haber motivos suficientes. Y por lo general, sólo se consideraban motivos suficientes el maltrato físico o el adulterio. Si tu media naranja no te tiraba el servicio de porcelana por la cabeza, entonces tenías que probar que te estaba engañando. Las leyes del divorcio no dejaban muchas opciones más. En realidad, sólo había una más: empadronarse como residente en Nevada, donde unos

años antes se había aprobado el divorcio sin causas. Sin embargo, para tener la consideración de residente, había que vivir al menos seis semanas en Nevada, ¿y quién tenía tiempo para eso? Era mejor contratar a un detective, para que espiara a tu cónyuge adúltero. Estaba claro que el marido que le abrió la puerta a Virgil había sido víctima de una fatídica indiscreción.

Cuando Virgil se enteró de que los sabuesos privados cobraban un importante anticipo antes de empezar a trabajar, ya no necesitó saber más. También entramos en el negocio de la investigación privada, anunciándonos en los periódicos como «¡Agencia de Detectives A-l! ¡Si no queda satisfecho con la resolución del caso, le devolvemos el doble de su dinero!».

Obviamente, la resolución del caso no era nuestro objetivo. Nos conformábamos con el anticipo de cien dólares. Podíamos alargar la investigación tanto como quisiéramos e incluso podíamos exprimir a los sospechosos de adulterio.

—Si una mujer nos paga para reunir información incriminatoria contra su marido, ¿cuánto creéis que nos pagaría su marido para que no reunamos esa información? —dijo Virgil.

Virgil ya estaba calculando el botín que iba a reportamos nuestra agencia de detectives.

—Estoy harto de cortar ramas y pintar tejados —dijo, aunque en realidad era yo el que hacía el trabajo duro—. Necesitamos un poco de emoción y un toque de glamour. Ofreciendo nuestros servicios como sabuesos, lo conseguiremos.

Adelantándose al diluvio de llamadas telefónicas que seguramente íbamos a recibir, Virgil se fue a recorrer los comercios de fotografía y las tiendas de segunda mano de Silver City, en busca de «cámaras, Kodaks y otros aparatos tomavistas», según dijo. Volvió con una bonita Leica, con objetivos intercambiables y un elegante estuche de piel. Lo mejor de la industria alemana, niquelada y con el cuerpo moldeado de una pieza. Virgil pagó un buen dinero por todo el juego en una tienda de fotografía y, cuando estuvimos en casa, desplegó todos los accesorios y los diferentes objetivos sobre la mesa de la cocina para que los admirásemos. En lo referente a coches y cámaras, Virgil tenía muy buen gusto.

Lanzó un silbido.

—¡Miradlo! ¡Es una belleza!

Después hubo un largo silencio.

—¿Virg? —dijo Rose—. ¿Tú sabes manejar estas cosas?

—No. —Se volvió hacia mí—. ¿Y tú, Jack?

Sacudí la cabeza.

Si teníamos que seguir a una esposa casquivana o a un marido mujeriego, la idea era escondernos entre las sombras y hacerles fotos,

que después podríamos usar para aumentar nuestros beneficios. El problema, como acabábamos de descubrir, era que ninguno de nosotros sabía cargar la película, ni menos aún hacer una foto.

—Yo tuve una Brownie y no era tan complicada como esto —dijo Rose.

De modo que tuve que aprender yo. Me gustó la idea y no fue ni la mitad de difícil de lo que parecía en un principio. La Leica G tenía un sinfín de prestaciones añadidas, pero la idea básica (según se desprendía del manual) era muy sencilla. Una cámara no era más que un mecanismo para impresionar celulosa con luz: demasiada luz, y el objeto fotografiado se disolvía en un vacío burbujeante; luz insuficiente, y no emergía nunca de la negrura. En realidad, había solamente tres variables en juego: la velocidad del obturador, ya fuera un segundo o una centésima de segundo; la apertura del objetivo, y el tipo de película que ponías. Algunas películas eran más sensibles a la luz, pero las fotos salían con más grano. Otras daban mejor definición, pero requerían exposiciones más largas. Si ajustabas los parámetros siguiendo la tabla proporcionada por el fabricante, sólo había que enfocar y disparar. Así de simple.

Practiqué con Rose, con ella mirando a la cámara, a veces sonriente pero por lo general seria, a menudo detrás de una nube de humo que casi me impedía enfocar bien. Teníamos que revelar los negativos y hacer nuestras propias copias, por supuesto. No podíamos mandar fotografías incriminatorias a un laboratorio. Compré los productos químicos necesarios y pinté de rojo la bombilla que había sobre mi cama, convirtiendo así el 1-B en cuarto oscuro. Fue un proyecto caro. Tuve que comprar un exposímetro y una ampliadora para hacer las copias, proyectando las imágenes de los negativos sobre papel sensible a la luz. Gasté docenas de hojas tratando de ajustar el tiempo, con exposiciones excesivas en algunas copias e insuficientes en otras. Después tenía que sumergir las hojas en un primer baño, para revelar la imagen, y en otro, para detener el revelado. Al final, tendía las fotografías con pinzas de una cuerda, para que se secaran: fila tras fila de imágenes de Rose, como atrapada en una galería de espejos. Nunca conseguí ajustar del todo los parámetros de la ampliadora. Por mucho que lo intenté, la figura de Rose siempre salía ligeramente desenfocada. El olor de los compuestos químicos impregnaba mis sábanas y me nublaba la vista, produciéndome dolores de cabeza y sueños extraños durante días. Olían a Listerine y a caucho caliente, con un toque de ginebra.

Pasé casi toda una semana bajo la luz roja, mirando a Rose, hasta que me di por vencido. Entonces arrojé un montón de copias sobre la mesa del local de Charley Wong, donde Rose y Virgil estaban descansando después de otra dura jornada de no hacer **nada.**

—No lo consigo —dije.

El aspecto matemático del proceso era sencillo, pero había algo más que matemáticas en juego. Había algo de arte, que yo no lograba dominar.

—Son perfectas —dijo Virgil.

—¿Así soy yo? —dijo Rose, levantando una de las fotos—. ¿Soy así de dura?

—¿Cómo pueden ser perfectas? —quise saber yo.

El optimismo de Virgil, su insistencia en ver las mayores oportunidades en todo, podía llegar a ser irritante. Había pasado varias noches tratando de sacar bien a Rose y aún no lo había conseguido.

—¡Piensa un poco! —exclamó Virgil—. Somos detectives privados y no fotógrafos de estudio. Se supone que las fotos tienen que salir borrosas, se supone que todo tiene que ser furtivo. Ésa es precisamente la idea. —Después añadió—: ¡Dios santo, muchacho! Hueles como si te hubieras caído en un bidón de queroseno. Ya era bastante malo que hubieras impregnado todo el apartamento de vapores. ¿No puedes tomar un baño o algo? ¡Apestas!

Rose levantó otra foto y la estudió.

—No me puedo creer que parezca tan triste.

—¡La cámara no miente! —dijo Virgil—, Necesitas ron y un poco de *boogie-woogie*. Así te alegrarás.

—Ve tú —dijo ella, sin molestarse en levantar la vista de las fotos —. Yo estoy cansada.

De modo que él se fue.

La señorita Rose me miró.

—¿Así soy yo, Jack? ¿Así de dura? Antes no era así.

Yo la miré fijamente, miré la palidez de sus ojos, y le dije que no.

Ella no sabía si se lo había dicho solamente para que se sintiera mejor, tampoco lo sabía yo.

Cincuenta y tres

HABRÍA sido imposible abrir una cuenta bancaria para cada una de nuestras empresas. Peligroso también, dejar un rastro tan evidente. Lo último que necesitábamos era que se nos presentaran unos inspectores fiscales husmeando. Era mejor canalizar todos nuestros cheques hacia una sola cuenta bancaria, sin dejar nunca que el aumento del saldo hiciera saltar las alarmas. Cada vez que entraba un poco, tenía que salir un poco. Ése era el plan. Me ponía nervioso que Virgil manejara la cuenta, pero él siempre retiraba inmediatamente mi parte y me la pagaba en efectivo. Yo enrollaba los billetes y los guardaba, cada vez más apretados, en las latas de tabaco. Había dejado de confiar en los bancos. Era demasiado fácil timarlos.

Habría sido absurdo tratar de colocar cheques sin fondos en nuestra propia sucursal, desde luego, pero un par de veces nos dieron cheques tan chapuceramente escritos que daba pena no alterarles el importe.

—Mira, aquí hay uno —le dije a Virgil—. El tipo ha dejado un hueco entre el signo de dólar y los números, y ni siquiera se ha molestado en escribir correctamente «veinte». ¿Qué te parece si le añadimos un seis, por ejemplo, y escribimos «seiscientos veinte» en la línea? ¿Ves? Queda espacio. O podríamos cambiar los nueves por noventas. Tampoco es tan difícil. Después podríamos intentar cobrarlos en bancos de otras ciudades.

—Para empezar, te pedirían toda clase de documentación para acreditar tu identidad, lo que no es un obstáculo insuperable —dijo Virgil—. Sin embargo, para el pago de cualquier suma que merezca la pena, haría falta la aprobación del director. Y ningún director de sucursal va a poner su firma en un cheque de doce mil dólares extendido por un desconocido. En uno de doce dólares, quizá. Pero eso no es suficiente para que el viaje nos salga rentable.

Virgil tenía razón, pero aun así yo seguía dándole vueltas al asunto en la cabeza, convencido de que tenía que haber un ángulo que no habíamos considerado.

—En cualquier caso, pasar cheques sin fondos no es un timo —dijo Virgil—, sino una compulsión. He conocido tipos adictos a rellenar cheques falsos, sólo por los tres segundos de euforia que sientes cuando los cobras. Son los opiómanos de la familia de los timadores.

Con menos noches disponibles para salir a bailar, Virgil empezó a buscar entretenimiento en nuestro apartamento. El dinero que se habría gastado en las salas de fiesta fue a parar a una radio nueva y

un frigorífico eléctrico. Estábamos todavía más apretados que antes, pero ahora podíamos disfrutar de una jarra de cerveza fría y podíamos escuchar música mientras atendíamos nuestros pedidos. Yo preparaba los paquetes de bicarbonato de sosa, y Rose revisaba los sobres, haciendo el recuento y comprobando que no nos dejábamos ningún cabo suelto, alguno que pudiera aprovechar un fiscal federal para empapelamos.

Rose trabajaba mucho, y Virgil se lo apreciaba.

—Una auténtica abejita laboriosa, nuestra Rose —decía.

Pero él estaba impaciente por salir a mover un poco los pies y a oír jazz.

Demasiado cansada para las salas de baile, Rose le decía que se fuera solo y él aceptaba. Cada vez se marchaba más pronto, o al menos eso nos parecía, y cada vez volvía más tarde. A menudo salía en cuanto terminábamos el trabajo diurno y ni siquiera se quedaba para ayudamos a rellenar los sobres, y algunas noches volvía de madrugada, tambaleándose, dando manotazos al interruptor de la luz y cantando una versión mutilada de *I'm in the mood for love,* antes de desplomarse en la cama y caer en un sueño profundo y salpicado de ronquidos.

Yo le hacía compañía a la señorita Rose mientras Virgil salía. Pasábamos la noche jugando a las cartas y escuchando la radio.

Virgil habría querido comprar una radio portátil o incluso uno de esos modelos para poner junto al sillón, que habría quedado muy bien a un lado, con los mandos en la parte superior para tener un fácil acceso. Pero Rose había dicho que ni hablar. Ella quería un aparato tradicional, de capilla, con su clásica forma de fachada de iglesia.

—¿Por qué no compramos, en lugar de eso, una radio con revestimiento de tela, tapa abatible y asa? —dijo Virgil—. Como una maleta, para escapar fácilmente. Ni siquiera es preciso que tenga revestimiento de tela. La firma Sky Chief fabrica una con revestimiento de imitación caimán, asas y correa para colgársela del hombro. Podríamos llevarla a cualquier parte, en un santiamén.

Rose se negó, pero al final los dos se pusieron de acuerdo en comprar una Audiola, elegante pero compacta, con dial de aguja, acabado en caoba y columnas estriadas.

Fue durante esas veladas cuando empecé a aficionarme al licor Southern Comfort. Rose comía uvas pasas y bombones de almendra, y chupaba cubitos de hielo, que sacaba directamente de la nevera y mojaba en el licor. En su frente se formaba el sudor como la condensación sobre un cristal, y cuando el día había sido excesivamente agobiante y sentíamos la piel como escayolada por el sudor y el polvo, ella se daba un baño temprano, se quedaba un rato en remojo y después salía, vestida con una bata suelta, oliendo como

siempre a jabón Camay, «el suave jabón de belleza para un cutis más terso».

Una vez se inclinó sobre la mesa para elegir una carta, se le abrió la bata y el pecho se le derramó hacia fuera, en una repentina y mullida blancura. Cuando ella sorprendió mi mirada, me puse colorado, y entonces se recostó en la silla, encendió un cigarrillo y me sonrió con una sonrisa maliciosa.

Se arregló el pelo, colocándose un mechón detrás de la oreja.

—Has delatado tus intenciones, Jack. Deberías tener más cuidado. —Después, exhalando una nube de humo en mi dirección, añadió—: Será mejor que me vista, supongo. No me gustaría llevar a un jovencito a la perdición.

Cogió su pijama de seda, se lo echó al hombro y se encaminó hacia el baño, cantando la canción de las aventuras de Jack Armstrong, el héroe americano. Dejó atrás un rastro de risas, como una invitación. Yo había oído antes esa clase de risa. Era la risa de los feriantes y los pregoneros delante de las casetas, desafiándote para que demuestres lo que vales. *¿No probarás nuestros Wheaties? ¡Lo mejor que comerás!*

La oía cantar en voz baja, con la puerta sin cerrar del todo:

Son crujientes y sabrosos, son lo mejor del menú.
Si no se cansa Jack Armstrong, tampoco te cansarás tú.
No te olvides de tus Wheaties, porque mejor no hallarás.
Y si te comes tus Wheaties, todo un hombre tú serás.

Los sábados por la noche, sintonizábamos el «Hit Parade» e intentábamos adivinar qué canción ocuparía el número uno de la semana, si sería una de Maurice Chevalier o (más probablemente) la última balada de Rudy Vallee. Rose nunca acertaba, porque elegía las canciones que le gustaban, como las de Skinny Ennis o Sammy Kaye, y no necesariamente las más populares.

Bienvenidos al Hit Parade, *programa patrocinado por Lucky Strike, los únicos cigarrillos que calman los nervios sin perjudicar la condición física, los cigarrillos preferidos de muchos deportistas famosos, que confían en ellos para mantenerse en plena forma. ¡Y los médicos lo confirman! Encienda un Lucky y ya no echará de menos esos dulces que tanto engordan.*

Mientras Rose fumaba sus Lucky Strikes y comía sus bombones, escuchábamos a Glenn Miller y Tommy Dorsey, Duke Ellington, Count Basie y Ella Fitzgerald. A veces poníamos un programa de humor, como el de Baby Snooks, quizá, o el de Fibber McGee y Molly, pero Rose prefería los dramones.

Solía sintonizar las retransmisiones nocturnas de programas como

«El derecho a la felicidad», que empezaba siempre con el mismo anuncio: «La felicidad es la suma de muchas cosas: salud, seguridad, amigos, amores...» Rose decía que sólo los escuchaba para burlarse. «¡Nuestra niña en domingo!» La radionovela que plantea una cuestión: ¿Puede una chica de un pueblecito del Medio Oeste encontrar la felicidad como esposa de un rico aristócrata inglés?»

—¡Qué dilema! —decía Rose, resoplando. Y después, dirigiéndose a la radio—: ¡Por el amor de Dios, nena! ¡Despacha al inglés y vete a hacer un crucero con el dinero del seguro!

Siempre hacían ese tipo de preguntas, normalmente acompañadas por los gorgoritos de un órgano. «¿Puede una mujer...?» «¿Conseguirá nuestra heroína...?»

«Esposa entre bambalinas» presentaba a los oyentes las tribulaciones de una sencilla chica de Iowa, casada con un ídolo de Broadway. «La otra mujer de John» era la historia de un hombre llamado John Perry y —sí, claro— de su «otra mujer», su secretaria en este caso. Para no ser menos, una cadena competidora difundía «Segundo marido», sobre una mujer que tenía dos esposos. Hay que decir que el primero estaba muerto, por lo que la historia no tenía el inmoral atractivo del romance de John con su secretaria. (Y realmente le habían puesto las cosas fáciles al bueno de John, con una esposa que era una arpía y una mecanógrafa que era la más dulce de las palomitas.) En la radio, la gente siempre reaccionaba ante las infidelidades con música de órgano. Si un hombre descubría que su mujer tenía un lío, en lugar de agarrar la escopeta o el hacha, corría a sentarse delante del órgano y empezaba a tocar con todas sus fuerzas. Era absurdo.

Acababa de empezar una serie nueva, «Cuando una chica se casa», y Rose la escuchaba con religiosa constancia. «La tierna y humana historia de la vida de casada de una joven. Dedicada a todos aquellos que alguna vez han sentido el amor.»

Rose también resoplaba al oír eso.

—El matrimonio es lo contrario del amor —decía—. Y lo contrario de una mujer es una esposa.

Decía que escuchaba las radionovelas solamente para reírse. Pero aun así las escuchaba. Quizá porque, aunque nada de eso era cierto ni lo había sido nunca, no se convencía aún de tener que renunciar a todos esos sueños, al menos del todo. A veces lloraba y reía al mismo tiempo, secándose los ojos con la esquina plegada de un pañuelo.

—Mírame —decía—, ¡lloriqueando como una niña de escuela!

Virgil llegaba a veces en medio de un programa, de regreso de algún otro sitio, y encontraba a Rose sentada junto a la radio, sollozando. Entonces miraba en mi dirección, como haciéndome de algún modo responsable, y me decía:

—¿Qué ha pasado?

Rose se reía de sus propias lágrimas y le explicaba que la culpa era de ella, por ser tan tonta. Virgil se sentaba a su lado, sin decir nada. No levantaba la vista al cielo, ni me hacía un guiño. Simplemente se quedaba sentado en silencio, esperando a que acabara el programa y Rose volviera a estar con él.

Cincuenta y cuatro

ASÍ COMO la Audiola de Rose era una fuente de música de órgano y dramas por episodios, la Silvertone plagada de estática del señor Wong lo era de noticias. Malas, la mayoría.

Mientras Susie me preguntaba qué tarta iba a tomar y yo le contestaba «la de siempre» (es decir, ninguna), la monumental radio de Charley crepitaba con noticias de un nuevo pacto. La Alemania nazi había forjado una alianza con la Rusia comunista. Entre ellas habían acordado repartirse Europa, o al menos eso se rumoreaba. Era un matrimonio que todos consideraban imposible hasta que se produjo, ya que, supuestamente, marxistas y fascistas eran enemigos. Sin embargo, para ser honestos, yo no veía mucha diferencia entre Stalin y el viejo Adolf, aparte del tamaño de sus respectivos bigotes. Si mirabas un buen rato las fotos de ambos en el periódico, con los ojos entrecerrados, parecía como si las dos caras se fusionaran en una sola. A su nueva alianza la llamaban «el pacto Molotov-Ribbentrop», pero yo la veía como «el minué de los bigotes». Y ahí estaba el tío Iósif, levantando una copa por el Fürher y brindando a su salud.

Como respuesta al brindis de Stalin, Gran Bretaña y Francia ordenaron la movilización de sus tropas. Justo al día siguiente, Inglaterra firmó un pacto con Polonia y el gobierno polaco empezó a llamar a filas a los reservistas. Los polacos estaban entre la espada y la pared, pero aquí, en las llanuras del sur de Norteamérica, todo eso apenas rizaba la superficie de nuestras vidas.

En Silver City, los cielos eran despejados y el dinero, dulce. La gente tarareaba una canción que anunciaba la vuelta de los días felices, y no lo hacía con sorna. Yo la había oído por primera vez cuando empeoró la salud de mi madre, y no podía separarla de la visión del cielo oscureciéndose y los enjambres de langostas. Tampoco ahora puedo.

Los buenos tiempos habían llegado para nosotros, y ahora que habíamos podado todos los árboles que lo necesitaban e impermeabilizado todos los tejados que lo requerían, lo único que nos quedaba por hacer era sentarnos y dejar que nos lloviera el dinero de la venta de placebos por correspondencia. Nadie venía a interesarse por nuestra agencia de detectives, pero la mosca de España compensaba con creces la falta de clientes. Era dinero fácil, un auténtico sueño para cualquier timador, como Virgil solía decir. Pero Virgil, siendo como era, ya iba dos casillas por delante de nosotros en el tablero.

—Inversionistas —dijo, mientras tomaba un café en el local de

Charley Wong—, Eso es lo que necesitamos.

—¿Inversionistas? ¿Para invertir en qué? —pregunté yo.

—No importa —dijo él—. Lo importante es que inviertan. *¡Amarillo* Weil! Ese sí que era capaz de localizar un pardillo en cualquier parte. ¡A veces hasta iban hacia él! Una vez, saliendo del vestíbulo de un hotel en San Francisco, un tipo se le acercó y le pidió una cerilla. ¡Esa cerilla le costó al hombre diez mil dólares!

Pero nosotros no íbamos a vender cerillas a diez mil dólares.

—Aun así —dijo Virgil—, deberíamos empezar a considerar algunos proyectos a largo plazo. Deberíamos estudiar las fraternidades, los clubs que organizan banquetes de beneficencia y ese tipo de asociaciones. Si les echamos las redes ahora, quizá podamos empezar a ordeñarlos el año que viene.

—Los peces no se ordeñan —dije yo.

Virgil me miró desconcertado.

—Estás mezclando las imágenes —le dije—. Los peces se pescan con redes y las vacas se ordeñan. Es sólo un comentario.

—¡Caramba contigo! ¡A ver cuándo dejas de ser tan muermo! Lo que quiero decir es que si empezamos a ponerles el queso en la trampa…

—Ahora son ratones —dije yo.

Me fulminó con la mirada.

—Pescaremos peces, atraparemos ratones y ordeñaremos vacas. Da exactamente igual. Lo importante aquí…

Yo sabía qué era lo importante. El dinero, como siempre. Pero tenía que reconocer el mérito de Virgil. Nadie mejor que él para colocar una historia.

El consorcio De Valu acababa de anunciar la inauguración de una nueva planta química en la ciudad, con docenas de contratos para investigaciones militares. *Pelotas de Hierro* Dicannti tenía controlados a los sindicatos, y muchos científicos y directivos se estaban sumando al proyecto. Los hoteles estaban llenos a rebosar de forasteros desorientados. Bastaba prestar un poco de atención para oír el tintinear del dinero, y Virgil la prestaba, desde luego, con los ojos puestos como siempre en la presa.

Empezó a merodear por los restaurantes y las tabernas más elegantes, lanzando sonrisas a su alrededor como quien lanza un sombrero, para luego ir detrás, estrechando manos con jovial falsedad, entre exclamaciones de «¡Encantado de conocerlo!» o «¡Pero si yo he estado allí!».

Para esto último, tenía un truco. Fuera cual fuera la ciudad o el pueblo de la persona con la que hablara, Virgil siempre afirmaba conocerlo. De hecho, había estado a punto de comprar una parcela allí, «en Cardinal Crescent». Daba igual que la calle existiera o no; a

partir de ahí, sus interlocutores siempre le dictaban lo que tenía que decir:

—¿Cerca de la iglesia?

—¡Ahí mismo!

O también:

—¿Del otro lado del río?

—¡Exacto! Cardinal Crescent.

Una vez roto el hielo de esa forma, Virgil dejaba caer como por descuido («¡oh, qué desliz!») algo que supuestamente habría tenido que callar. Una inversión cien por ciento segura. Mientras yo lo observaba vendiendo el negocio, siempre me impresionaba su uso estratégico de los silencios en los momentos clave. Dejaba que el pardillo rellenara los huecos y le hiciera todo el trabajo. Era una habilidad que muy pronto yo mismo tendría que emplear, aunque entonces no lo sabía.

El último negocio de Virgil era la venta de granjas de arañas. Cuando me lo dijo por primera vez, pensé que hablaba en sentido figurado. Después de todo, un «gato de siete colas» no es un gato, ni una «rata de biblioteca» es una rata. Pero no. Estaba vendiendo arañas. O mejor dicho, sus telas. Era algo así como vender el rocío de una hoja, pero Virgil era capaz de eso y más.

—Las granjas de arañas, en Francia, son un negocio floreciente —le confiaba Virgil al pardillo—. Los bodegueros y los sumilleres más ricos —yo mismo le había buscado esa palabra en el diccionario— pagan mucho dinero por llenar de telarañas el interior de sus bodegas. Lo hacen para que sus vinos parezcan más añejos y así poder sacarles más dinero a los clientes por la cosecha del mes anterior. Ya sabe usted lo crédula que es la gente.

Siempre lo sabían.

Tras reírse un poco con ellos de lo fácilmente que la gente —la *otra* gente— caía en cualquier engaño, Virgil les revelaba un pequeño secreto. El ambiente seco de las llanuras norteamericanas era ideal para el almacenamiento del vino.

—Tiene algo que ver con la acidez del aire y con las cualidades absorbentes del corcho —explicaba Virgil—, aunque debo confesar que los aspectos científicos se me escapan. Como dice el grande y todopoderoso Satchmo, «no es necesario entrar en los rudimentos».

Pero el ambiente también era perfecto para la cría de las arañas mexicanas, conocidas por su extraordinaria capacidad de producción de seda.

—Con un solo nido, es posible envolver un cajón de botellas de vino en cuestión de un mes. ¿El coste? Unos pocos centavos por nido. ¿Los beneficios? Bueno...

Virgil miraba a los pardillos con las cejas levantadas y los dejaba

que completaran ellos mismos la ecuación. Les contaba que estaba instalando una serie de granjas de arañas allí mismo, en Silver. En ese mismo instante, los principales bodegueros estaban llenando vagones enteros con cajas de vino, para enviarlas en cuanto las telarañas estuvieran listas.

Los huevos de araña iban a abrirse al cabo de sesenta y ocho días, una cifra que Virgil se había sacado de la manga. Era el tiempo que necesitábamos —según había calculado— para evaporarnos antes de que los huevos imaginarios empezaran a producir la más auténtica nada.

—¿Y si seguimos por aquí cuando los huevos no se hayan abierto? —le pregunté.

—Si no podemos entretenerlos, siempre nos queda la posibilidad de pagarles el diez por ciento de su capital original, como «rendimiento de la inversión» —respondió Virgil—. De todos modos, casi todos reinvertirían los beneficios nada más recibirlos. La codicia ha llevado a más hombres a la bancarrota que la mala suerte.

Virgil abordó con sus telarañas a varios potenciales inversionistas y pronto consiguió enganchar a uno: un magnate de las granjas lecheras de Silver City, «el hombre que pone los huevos y la mantequilla», como dijo Virgil. Era un sujeto corpulento, de aspecto desaliñado, al que la gente apodaba el Mahatma Gordo. Era famoso por su astucia y su olfato para los negocios. Masticaba puros sin encenderlos, hasta que las puntas quedaban empapadas, y todos comentaban su particular manera de rellenar los cheques, con exagerada teatralidad.

—Lo hemos pillado bien —dijo Virgil, de camino hacia el banco.

Pero cuando estábamos a punto de depositar el cheque, vimos que lo había extendido a nombre de «Iros a tomar por saco».

—¡Mierda! —dijo Virgil, sin perder la compostura—. Nos ha calado.

Después de eso, Virgil pasó a vender futuros de algodón y opciones de tabaco. Eso de vender futuros siempre me ha parecido un poco místico.

Advertí también con cuánta frecuencia los inversionistas de Virgil se volvían prepotentes y se creían con derecho a dictamos condiciones. Imagino que formaba parte del ambiente de «rodillazo en la entrepierna» que reinaba en el mundo de los negocios. Pero sospecho que había algo más, quizá cierta presuntuosidad por su parte.

Supongamos que te ganas la vida produciendo algo, por ejemplo algodón o tabaco, o que creas algo, por ejemplo un libro, y que otra persona lo vende en tu nombre, quizá en todo el mundo, en otros países. Esa otra persona hace un buen trabajo, te hace ganar dinero,

ella también gana dinero y todos contentos, ¿verdad?

—Podría parecer que sí —dijo Virgil—, pero las cosas no suelen funcionar de ese modo.

Lo más probable es que el tipo que se ocupa de las ventas empiece a darse aires, como si él mismo hubiera escrito el libro o cultivado el algodón. Y que empiece a pensar que tú le debes algo a él.

—Y cuando eso sucede, también se creen dueños de una parte de ti —me explicó Virgil—. Siempre es un placer timar a esa clase de gente.

Yo lo veía en los hombres de negocios con los que tratábamos: pensaban que si podían comprar y vender nuestros futuros, también podían imponemos las condiciones. Exigían de nosotros gratitud y lealtad, aunque por su parte se creían con libertad de decidir si cumplirían o no sus compromisos. Es gracioso, ¿no?, que la gente que se ocupa de las ventas tenga siempre una percepción exagerada de su propia importancia, que siempre acabe por sentirse más importante que los que de verdad producen el algodón o escriben los libros.

—Esperar gratitud de los demás nunca es buena táctica —dijo Virgil.

Era una lección que algunos necesitaban aprender, aunque fuera de la forma más dolorosa.

Organizábamos nuestros negocios para atraer a rancheros, petroleros y otros potenciales peces gordos, con Virgil cazando inversionistas en los vestíbulos de los hoteles y las comidas de beneficencia. El proceso era lento a veces, sobre todo porque nuestros eventuales inversores siempre trataban de renegociar las condiciones y después nos decían que, además, deberíamos sentirnos agradecidos.

A veces, entrando en el bar de un hotel con un inversionista, Virgil se topaba con otro. Cuando eso sucedía, le susurraba al primero:

—¿Recuerda al señor Supermillonario, el caballero del que le hablé? Bueno, pues es ése de ahí. ¡Y creo que está en el negocio!

Después se excusaba y corría a contarle al otro exactamente lo mismo.

Con tantos proyectos en marcha (el timo de los inversionistas, el fraude de las empresas falsas y las oportunidades de negocio), Virgil había adquirido una retahíla interminable de alias: Godfrey Tanner, Eulen Spiegel, Arthur Orton, Nathaniel Pyke, Talbot Green, John Mount, Charley Urschel, John Philip Quinn y unos cuantos más. Se había hecho imprimir tarjetas de visita y las llevaba encima, guardadas en diferentes sitios: en la chaqueta, en el bolsillo pequeño del pantalón e incluso algunas en el ala del sombrero. Podía sacar de inmediato la de cualquier nombre que le pidieras. No entiendo cómo hacía para no confundirse. Ni siquiera sé cómo hacía para recordar quién era él en realidad al final del día.

—Eulen Spiegel. Encantado de conocerlo —decía, y sacaba una tarjeta con la mayor naturalidad.

Si tenía que ser Arthur Orton, lo mismo:

—Mi tarjeta.

En cada una había un número de teléfono diferente, pero todos los números conducían a la misma central de líneas telefónicas.

Virgil practicaba delante del espejo, como un pistolero. Se ponía en guardia, se miraba directamente a los ojos y, nada más decir «Nathaniel Pyke, inventor», sacaba la tarjeta de visita correspondiente. Decía «Charley Urschel, petrolero», o «John Philip Quinn, perito de siniestros», o «John Mount, abogado», y ¡pías! sacaba una tarjeta. Después comprobaba que fuera la correspondiente a la identidad correcta.

Nunca fallaba.

Cincuenta, y cinco

DESPUÉS de que las telarañas y los futuros no acabaran de cuajar, Rose quiso que Virgil lo dejara estar. Pero en lugar de eso, Virgil —como era propio de él— empezó a preparar algo todavía más extravagante: un jueguecito al que dio el nombre de «gatos y ratones».

Normalmente, en nuestros timos de inversiones, mi trabajo consistía en pasar como por casualidad mientras Virgil explicaba su negocio y quedarme instantáneamente cautivado. Tenía que hacer preguntas obvias («¿Me está diciendo que no hay riesgos y que los beneficios están garantizados?»), para que Virgil y el pardillo pudieran intercambiar una sonrisa y una mirada que decía: «¡Ay, qué ingenuidad la de los jóvenes! Les falta mucho para ser tan listos como usted y yo, ¿eh, amigo?»

Pero para los «gatos y ratones», yo tenía que interpretar a un cretino al que sólo le faltaba babear.

El primer pardillo que pescó Virgil fue un científico investigador, invitado *a* un banquete organizado por el Comité Auxiliar Femenino de *Bienvenida a Silver City*. *Los* hombres de ciencia son particularmente fáciles de timar, porque ven el mundo en términos sencillos de causa y efecto. (¿Los más difíciles? Los magos. «Ni siquiera te molestes», decía Virgil.) Ese hombre era pálido hasta la transparencia, con una pelusilla rubia en el bigote y unos ojos que parecía como si fueran a saltársele cuando se entusiasmaba. Era como si nos estuviera llamando con banderas de señales.

Después de mucha insistencia por parte de Ojos Saltones, Virgil bajó la voz y le reveló su maravilloso secreto.

—Gatos —dijo—. La mayoría de las señoras ya no pueden pagar una estola de visón auténtico. Pero ¿pieles de gato? Económicas y lujosas.

Daba igual que la señorita Rose hubiera insistido en que cualquier mujer habría preferido morir antes que llevar encima una piel de gato. Virgil no estaba echándole el anzuelo a una mujer, sino a un sujeto de aspecto descolorido, cuya experiencia con las mujeres debía de ser puramente teórica. En ese sentido, yo estaba seguro de haber acumulado más datos empíricos con mi limitada práctica que aquel científico con el doble de años.

—Estoy montando una granja de gatos —dijo Virgil—. Los aspectos científicos son fascinantes. Empezamos con cinco mil gatas importadas de México, más una saludable selección de machos de aquí, para hacer de sementales. Cada gata pare un promedio de ocho gatitos por camada. Hacia finales de año, cada uno de esos gatitos

tendrá a su vez más gatitos. Y así sucesivamente. Despellejamos la primera remesa y vendemos las pieles, que se pagan a dos dólares cada una, de modo que, incluso contratando mano de obra para despellejar a los animales, pagando a veinticinco centavos la unidad, estaremos generando un beneficio… ¿de cuánto? ¡De cincuenta mil dólares después del primer año!

—Setenta mil dólares, en realidad —dijo el científico.

—Bueno, multiplique eso por ocho, con cada sucesiva camada.

Los ojos casi se le saltan.

—El crecimiento sería exponencial.

Virgil parpadeó.

—Exacto. ¿Qué les damos de comer a los gatos?

Los ojos saltones se hundieron un poco. El científico no había pensado en eso.

—Verá —dijo Virgil, reduciendo la voz a un mero ronroneo—, aquí es donde la cosa se pone interesante. Abrimos un criadero de ratones, justo al lado. Los ratones se reproducen doce veces más aprisa que los gatos. Alimentamos a los gatos con los ratones. Pero ¿qué les damos a los ratones?

El científico se acercó aún más a Virgil, con los ojos casi salidos de las órbitas.

—¡Carne de gato! —exclamó Virgil—. Después de despellejar los gatos, los pasamos por una picadora y se los damos de comer a los ratones. Alimentamos a los ratones con los gatos y a los gatos con los ratones, y las pieles nos salen gratis.

Los ojos casi se le caen de la cara al científico.

—¡Vaya! ¡Es un proceso autopropulsado! —dijo, con una sofocada exclamación de asombro.

—¡Exactamente! —dijo Virgil—. Una máquina de hacer dinero, con movimiento perpetuo, hecha de gatos y ratones. Todo se reduce a aplicar los principios científicos adecuados al mundo de los negocios. Ya le digo, si escucháramos más a los científicos, no habríamos caído en el caos en que nos encontramos.

El otro asintió con la mayor seriedad.

—Voy a contarle un secretillo —dijo Virgil—. Jack, que está aquí conmigo, es uno de los mejores cazadores de ratones que hay en Tejas, ¿no es así, muchacho?

—Sí, jefe —dije yo, con la mandíbula colgante, los hombros caídos y los ojos ligeramente desenfocados.

—Él estará al frente de nuestro criadero de ratones.

—¿Has capturado muchos roedores? —preguntó el hombre.

—Sí, jefe —respondí yo—. Algunos que corren y otros que se arrastran. Cerdos hormigueros y topos. A todos los he cazado, sí.

El científico, hombre de intereses más químicos que zoológicos,

quedó debidamente impresionado. Después de todo, ¿cuánta gente ha visto alguna vez un cerdo hormiguero, por no hablar de capturarlo?

Cuando Virgil completó su trabajo, teníamos a nuestro primer inversionista (aunque no el último) en el Consorcio de Granja de Gatos y Criadero de Ratones de Silver City.

Virgil volvió a ver al hombre siete veces en el transcurso de la semana siguiente, inflando la factura en cada ocasión. Había gastos añadidos (todos imprevistos, por supuesto), que quedarían plenamente compensados con una mayor rentabilidad en los futuros beneficios de nuestro amigo. También había que hacer frente al pago de un «canon municipal de ganado». Más los postes de las vallas. Más la malla de alambre. Había normas que eludir. Funcionarios que sobornar. Y a cada paso, Virgil le daba un recibo. Como él decía siempre: «Un recibo es como un aval de Dios. Te garantiza que todo está en su sitio y en orden. Después de todo, a nadie se le ocurriría nunca ir a comprar un montón de libretas de recibos en una tienda de material de oficina, ¿no?»

Cuando terminaba de rellenar papeles, Virgil casi tenía calambres en las manos. Veintiún recibos diferentes, cada uno meticulosamente fechado, sellado y firmado.

—A estos gastos les llamaremos «costes operativos» —le explicaba al científico, con un gesto afirmativo y un guiño cómplice, como diciendo: «Aquí todos somos unos linces.»

El otro le devolvía el guiño.

—Ya sé cómo son estas cosas —decía.

Sin embargo, en un par de ocasiones, el tiro estuvo a punto de salirle a Virgil por la culata. Lo peor fue cuando se encontró con uno de sus potenciales inversionistas en el café de Charley Wong. Charley había ampliado su negocio, con un bufé libre de tres dólares a la hora del almuerzo, que estaba teniendo mucho éxito entre los vendedores y empresarios. Virgil y yo estábamos entrando y vimos al hombre en la caja. Virgil intentó pasar de largo, y de hecho ya iba derecho hacia la puerta trasera, cuando el sujeto lo vio.

—¡Eh, hola! —dijo el pardillo, saludando a Virgil como a un hermano desaparecido durante mucho tiempo que hubiera vuelto a casa con un billete premiado de la lotería en el bolsillo.

—¡Davey, muchacho! ¿Qué te cuentas? —respondió Virgil, girando sobre sí mismo y agarrando al hombre por el codo, para tratar de dirigirlo hacia la puerta.

—Me llamo Frederick.

—¡Frederick, claro que sí!

Virgil controlaba a la perfección sus propios alias, pero nunca se molestaba en recordar los nombres de los pardillos. Juraría que a veces se equivocaba adrede, para incomodar a sus víctimas y dejarlas

en una posición ligeramente inferior. Después de todo, recordar o no recordar el nombre de otra persona es cuestión de estatus.

—Ahora tengo que coger un tren —dijo Freddy—, pero volveré la semana que viene y entonces me gustaría hablar un poco más de tus futuros.

—Desde luego —dijo Virgil—. El futuro siempre está en venta.

Charley le dio al hombre el cambio y después, con un movimiento de la cabeza, añadió:

—Hola, Virgil.

El otro frunció el ceño.

—Creía que te llamabas Godfrey.

Virgil lo apartó de la caja.

—Pobre Charley —dijo, bajando la voz—. No le prestes atención. Últimamente ha estado abusando mucho de la pipa. No ha vuelto a ser el mismo desde aquella remesa mala de opio. Se confunde, no sabe lo que dice. ¿Sabes una cosa? ¡Virgil era el nombre de su gato! —Después, en voz más alta, añadió—: ¿No distingues a un blanco de otro, eh, Charley? Para ti somos todos iguales, ¿eh?

Frederick sonrió. Virgil le dio una palmada en la espalda y lo despidió. Charley lo miraba desconcertado, sin decir nada.

—Una larga historia —dijo Virgil—. Pero de ahora en adelante, será mejor que dejemos de usar los nombres, ¿de acuerdo?

Charley se encogió de hombros.

Virgil dio un paso y enseguida se detuvo.

—Oye, no lo he dicho en serio, ¿eh?, lo del opio y lo de que no distinguías a un blanco de otro.

—No es problema —dijo Charley, pero yo no estaba tan seguro de que no lo fuera.

Eso era lo malo de Virgil. Siempre decía que el pardillo tenía que encontrar en ti a un espíritu hermano, pero a veces eso no estaba bien, por muchas vueltas que le dieras. Si uno de los inversionistas de Virgil empezaba a quejarse de que los negros estaban arruinando el país y decía que eran una mancha para Estados Unidos, o si alguno despotricaba contra los negratas que se mudaban al lado bueno de la ciudad e intentaban vivir entre ciudadanos respetables, Virgil asentía y comentaba:

—¡Cuánta razón!

Un tipo estuvo al menos media hora colocándole una perorata sobre los clubs de jazz y las salas de fiesta.

—Toda esa música de negros... ¡es vudú y pecado! ¡Vudú y pecado, eso es lo que es!

—¡Amén! —exclamó Virgil, actuando como si fuera todo el coro de una iglesia concentrado en una sola persona—, ¡Esa gente baila con el mismísimo demonio!

Sí, ya lo sé. Si detestan a los demócratas, tú también los odias. Si echan pestes contra el Partido Republicano, tú los imitas. Si rezuman caridad cristiana, tú aprendes a rezumar más que ellos. ¡Cualquier cosa, con tal de quitarle al pardillo su dinero!

—Los irlandeses y los judíos están destruyendo el país —decía el pardillo y entonces Virgil levantaba la mano y daba fe de su acuerdo más completo.

Formaba parte del timo. Pero aun así... ¿Podías pasar la noche entera bailando jazz y actuar por la mañana como si no te hubieras movido de casa? Muchas veces Virgil se codeaba con gente del Ku Klux Klan, cuando aún conservaba el calor del último baile de la víspera, en alguno de los locales de mala muerte donde la gente de color tocaba su música. Sus lealtades me parecían muy cambiantes. Y si empezabas a mentir de ese modo, y a mentirte también a ti mismo, no estaba seguro de que pudieras parar.

A veces, durante un timo, Virgil me daba pie para que hablara de la conspiración de los judíos con los banqueros y para que le diera la razón a Adolf por haber empezado a perseguirlos. Yo bajaba la vista y me quedaba mirando la mesa o la barra de la taberna, mientras el pardillo de turno soltaba una parrafada sobre los sabios de Sión y culpaba a los judíos absolutamente de todo, incluida nuestra última racha de mal tiempo.

Sin embargo, incluso en mi silencio, yo era igualmente culpable. Porque el silencio nunca es verdaderamente neutral, ¿no?

Cincuenta y seis

CUANDO la señorita Rose decidía emperejilarse, nuestra proporción de éxitos aumentaba considerablemente.

Había días en que sólo quería quedarse tumbada en la cama, escuchando la radio y bebiendo Southern Comfort, pero otras veces se inflamaba de repentino entusiasmo y falso contento y se iba de caza con Virgil, a desplumar pardillos como quien recoge fruta del huerto. Y con Rose a su lado, ¿quién podía decirle que no a Virgil?

Rose tenía un sombrerito de terciopelo negro como el de Greta Garbo en *Romance*. Era esencialmente un bombín de señora, con un medio velo y una pluma de avestruz a un lado. Lo llevaba inclinado sobre un ojo, cuando quería parecer misteriosa, o más levantado, cuando quería estar elegante. Era de hacía varias temporadas y ella lo sabía, pero en esos estados del sur donde nos movíamos seguía siendo espectacular.

Con la ayuda de Rose, habíamos vendido varios futuros más y lo estábamos celebrando entre las hojas de palmera y el mármol pintado del Hotel Regency de Silver City. Yo contemplaba con admiración el sombrero de Rose, mientras pensaba en los sombreros panamá que no se fabricaban en Panamá y en ciertas moscas que en realidad eran escarabajos. También en las hojas de palmera que no eran más que papel recortado. Después de todo, ahí está el reto. Saber si eres mosca o escarabajo. Palmera o papel recortado.

—¿Es auténtica de avestruz? *—pregunté—*. Me refiero a la pluma.

—¿Ésta? —dijo ella con una carcajada—. ¡Es auténtica de pavo! Se la arranqué yo misma a Virgil mientras presumía como un pavo real.

Virgil golpeó la mesa con la mano, riendo con ganas.

—¿Un pavo real? ¿Yo? ¡Ay, muñeca! ¡Todo este tiempo juntos y todavía no me conoces!

—¿Ah, no? —dijo ella.

—Nada de pavo. Más bien, ave de presa.

Y se puso a arrullar por lo bajo, como un halcón remontándose en el viento. Distinguí su mano subiendo por el muslo de Rose, bajo el mantel de hilo. Ella se echó a reír, pero no le apartó la mano. Me incomodó, pero no porque la tocara, sino porque a ninguno de los dos le importara que yo estuviera allí.

—¿Has estado probando la mosca de España? —le preguntó ella.

—La he estado tomando a cubos —respondió él—. ¿Qué me dices, Rose? ¿Vendrás a bailar conmigo esta noche? Hace tiempo que no vienes.

Su mano subió un poco más todavía y empezó a moverse como si estuviera amasando pan.

—¿Sabías —intervine yo— que la mayoría de las aves de presa son carroñeras? Siempre hay alguna volando en círculos por encima del vertedero municipal, en las afueras de Paradise Flats, buscando basura y animales muertos.

Virgil detuvo su avance y giró la cabeza.

—¿De verdad?

Yo asentí.

—Así es. Viven de las sobras. Comen basura.

Frunció *el ceño, como si* estuviera intentando descifrar mis intenciones.

—Mira al muchacho —dijo—. Mira cómo se ha crecido. Parece que quiere pelea.

La sonrisa de Rose cambió, pero no se desvaneció del todo. Era como si ella también me estuviera estudiando.

Virgil se inclinó sobre la mesa, mientras un piano desgranaba con ligereza melodías a lo lejos.

—¿Qué crees que pasaría si le quitara el sombrero a Wheaties de un manotazo? ¡Ni siquiera sabe que hay que descubrirse cuando uno entra en un sitio fino como éste! ¿Qué pasaría si te hiciera volar el sombrero, eh, muchacho? ¿Qué pasaría entonces? ¿Crees que tienes lo que hay que tener? ¡Conozco catorce maneras distintas de derribar a un hombre! ¿Y tú? ¿Cuántas conoces?

Sentí que se me tensaba la mandíbula y maldije el gesto. Estaba intentando con todas mis fuerzas no ser el primero en parpadear.

Para entonces, la sonrisa de Rose se había evaporado, lo mismo que las burbujas de la copa que había estado bebiendo. El único sonido era el murmullo de unas voces lejanas, la música tenue del piano y yo... intentando no respirar.

Después, una enorme carcajada de Virgil y un alarido tan fuerte que la gente se volvió para mirar.

—Te lo creíste, ¿verdad? —dijo—. Te esperabas una trifulca, creíste que iba en serio. ¡Te he pillado, muchacho! ¡Invito a otra ronda! —Le hizo un gesto al camarero, que estaba al otro lado de la sala—. ¿Creéis que tendrán tarta aquí?

Sólo entonces dejé escapar el aire.

Sabía que podía vapulear a Virgil, que podía dejarlo tendido en el suelo. Pero eso no significaba necesariamente que fuera a ganarle.

Cincuenta y siete

En los noticieros del cine y de la radio, el futuro se precipitaba duro y veloz hacia nosotros. El 27 de agosto, el Heinkel 178 impulsado por un motor a reacción levantó el vuelo sobre los verdes

bosques de Alemania.

Decían que era una nueva generación de aviones. El primer reactor del mundo. En lugar de agitar el aire con las hélices, la turbina del reactor lo absorbía por una toma, lo metía en un compresor y provocaba su ignición, lo que impulsaba al aparato hacia adelante. Raudo y reluciente, con un gallardo piloto de la Luftwaffe a los mandos, el Heinkel 178 superó los 600 kilómetros por hora en su primer vuelo. Era suficiente para que Flash Gordon llorara de felicidad.

Virgil, Rose y yo estábamos desbordantes de entusiasmo ese verano, animados por el dinero que entraba en nuestros bolsillos como el aire en las turbinas.

—¡Estamos despegando! —solía canturrear Virgil.

Su sueño del Gran Local estaba a la vista, en la mira del caza, por seguir con el símil. Pero entonces nuestro motor empezó a petardear y murió, y nosotros entramos en barrena. Nunca he volado, pero creo que conozco la sensación que debe sentirse cuando el motor se para... y empiezas a caer.

Estábamos en nuestra mesa del local de Charley Wong, tomando un desayuno temprano de tortitas y jarabe de maíz, conmigo de espaldas a la puerta, como siempre, y yo aún seguía dándole vueltas al problema de la firma del director del banco para cobrar un cheque falso. Virgil, por su parte, estaba pensando en hacer un timo con glamour.

—La vanidad siempre es un campo tremendamente fértil. Podríamos montar una agencia de nuevos talentos y venderles a las chicas la posibilidad de una prueba para el cine.

Desde aquel barullo de la «búsqueda de Escarlata», la idea de que los agentes de Hollywood recorrieran los pueblecitos de Estados Unidos a la caza de estrellas, mirando hasta debajo de las piedras en busca de bellezas ocultas, había arraigado en la imaginación popular. Y Virgil siempre sabía sacarle provecho a la imaginación ajena.

—Haremos circular rumores —dijo Virgil—, Pocos al principio, pero después dejaremos que se extiendan como un incendio. Y los alimentaremos, hasta tener un ejército de chicas haciendo cola delante de nuestra puerta, con los talonarios preparados y las cabe— citas llenas de sueños de fama y fortunas fáciles. ¡Invéntate una buena mentira y el mundo vendrá a postrarse ante tu puerta! Dentro de nada, tendremos a un montón de mamás de futuras estrellas que nos traerán a sus pequeñas con el pelo rizado a lo Shirley Temple y hoyuelos a juego en las mejillas. ¡Enseñadme una madre que no crea que su niñita merece un Oscar! Y nosotros les regalaremos los oídos con lo que quieren oír, hasta hacerlas llorar de dicha y gritar: «¡Hurra por Hollywood!»

Pero Rose desdeñaba al tipo de víctima al que iba dirigido este timo.

—¡Estrellitas de cine! ¡Bah!

—También podríamos explotar el filón de la beneficencia —dijo Virgil—, Pero no montaríamos algo pequeño como el timo de la lata, sino una cuestión en toda regla. Embaucaríamos directamente la conciencia de la gente. Un verdadero timo. Podríamos pedir donaciones a las empresas, para nuestras muchas misiones filantrópicas en el extranjero. Hogares para mujeres descarriadas. Misiones para convertir a los paganos. Hospitales para los epilépticos. Orfanatos para niños ciegos con poliomielitis. Sanatorios para leprosos.

O para huérfanos ciegos con poliomielitis, que además padezcan lepra, un grupo particularmente castigado. Vestiremos a Rose con hábito de monja.

—¿Monja? —dijo Rose—. Ni hablar.

—Hazlo por los huérfanos —replicó él—. Si no lo haces por mí, entonces hazlo por ellos.

—Paso —dijo ella—. Recaudar dinero para obras de beneficencia es lo mismo que pedir limosna de puerta en puerta. Te creía más orgulloso, Virg.

—De acuerdo —dijo él—. ¿Qué os parece un timo inmobiliario? Compro una casa vieja, una auténtica ruina. Hay muchas para elegir. En cuanto tomo posesión de la finca, os presentáis Rose y tú, una viuda desconsolada y su hijo...

—No pienso hacer de madre de nadie —dijo Rose—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—Y resulta que la casa es exactamente igual a la casa donde creció Wheaties. Me haces una oferta desproporcionadamente grande y, cuando se declara un incendio que consume toda la estructura antes de que se lleve a cabo la venta, sólo queda una cosa en pie: el valor de mercado. La compañía de seguros me paga lo que vale la casa y no lo que yo pagué por ella. —Una sonrisa—. ¡Qué cosa tan maravillosa es el valor de mercado! ¡Puede ser cualquier precio que acordemos!

Rose lo miró con dureza.

—Te he dicho que no pienso hacer el papel de viuda y que no voy a hacer de madre de nadie. No estoy hecha para eso. Y estoy absolutamente segura, como de que existe el pecado, de que no voy a hacer de cuidadora de ningún tropel de Shirley Temples deslumbradas por la fama.

Virgil rebañó el último resto de jarabe de maíz con un trozo de tortita y dijo:

—Entonces está decidido. Haremos el timo del glamour. Hasta ahora no hemos explotado la credulidad femenina tanto como

hubiésemos podido. ¡Una auténtica falta de caballerosidad, descuidar de ese modo a las señoras!

De vuelta en nuestra oficina del subsuelo, Virgil nos aleccionó en todo lo que pensaba hacer.

—Pondremos un cartel: «La agencia 100 °/o fiable de nuevos talentos.» Organizaremos «audiciones con plazas limitadas». Jack puede ser nuestro fotógrafo. Es el único que sabe manejar la Leica y así podremos sacarle algún provecho a la cámara. Y Rose trabajará con las chicas. Será su… No sé… Su «entrenadora de poses». Las haremos esperar ahí fuera. —Señaló el vestíbulo, donde estaba aparcada la mesa de escritorio de Rose—. De ese modo, crearemos expectativa. Les haremos rellenar unos impresos, recogeremos sus cheques y las iremos haciendo pasar una a una, para presentarles al pez gordo de la industria cinematográfica. —Nos hizo pasar a la oficina principal—. Ése seré yo. Hum… Tendré que conseguir una mesa más grande. Y puros más gordos. En cualquier caso, después de cada audición, descolgaré el teléfono y diré:

«¡Póngame con Samuel Goldwyn! ¡He encontrado una estrella!»

Virgil descolgó el teléfono y estaba a punto de enseñamos cómo lo diría, cuando..

—¡Qué raro! —dijo—. No hay línea.

Cincuenta y ocho

PUEDE que Virgil fuera capaz de identificar a un pardillo por su forma de vestir, pero Rose llegó más lejos. Ella descubrió al inspector municipal solamente con verle los calcetines, por un único destello de tobillo atisbado mientras bajaba las escaleras.

Yo había salido al callejón, a la parte trasera del edificio para ver si averiguaba qué pasaba con la línea del teléfono. Habíamos recibido varios avisos, porque nunca habíamos pagado ni una sola factura, pero en cada ocasión Virgil se había presentado en las oficinas de la compañía y, con palabras dulces, había conseguido una «extensión temporal de los servicios». Sin embargo, esta vez no habíamos recibido ningún aviso y el teléfono estaba completamente muerto.

Localicé el cable de nuestra línea, lo seguí hasta el costado del edificio y vi cómo saltaba desde allí hasta el poste telefónico. Distinguí entonces una clavija de metal inserta en una especie de caja de cables. Era una junta universal, de las que se usan para separar contactos en un circuito. En la mina las usábamos cuando teníamos que cerrar por reparaciones una unidad de arrastre y queríamos asegurarnos de que nadie muriera aplastado en el proceso. Tenía sentido que la hubiesen puesto en la línea telefónica: era una desconexión temporal. Supuse que la compañía enviaría a alguien para quitar la clavija en cuanto pagáramos, y pensé que sólo tenía que trepar al poste y retirarla yo mismo, para que nuestra línea volviera a la vida. También había cierto riesgo de electrocución, supongo, pero Virgil siempre decía que cualquier cosa era preferible a pagar las facturas por los servicios recibidos.

Volví a entrar, para pedirle a Virgil que me ayudara a subir. Él todavía seguía insistiendo con el teléfono, colgando y descolgando el auricular, como si de ese modo hubiese sido posible solucionar el problema. En ese momento apareció el inspector municipal, el auténtico.

Nuestra ventana delantera llegaba casi al nivel de la calle. Rose vio aparecer un par de zapatos. Los vio detenerse. Y comenzar el descenso. Calcetines de cuadros escoceses. Marrones. Zapatos a juego.

Virgil y yo estábamos en la oficina principal.

—Un inspector —susurró Rose—. Viene hacia aquí.

Y rápidamente cerró nuestra puerta.

Vimos la sombra del hombre a través del cristal esmerilado, mientras Rose lo envolvía con su encanto y lo entretenía. Al final, Rose abrió la puerta y le dijo a Virgil:

—Señor Orton, tiene una visita.

El señor Orton era nuestro fontanero.

—Dígale que pase —dijo Virgil, llevándose otra vez el auricular a la oreja y mirándome con expresión colérica.

Mientras el inspector entraba, Virgil empezó a reprenderme.

—¿Es cierto lo que oigo? —exigió saber—. ¿Es cierto?

Yo incliné la cabeza, y con mucha sensatez, no dije nada.

Virgil volvió a concentrar su atención en el teléfono.

—Señora, puedo asegurarle que aquí, en la fontanería del Honesto Abraham, nos tomamos muy en serio el servicio a los clientes. Si usted no está satisfecha, tampoco lo estamos nosotros. Y si nuestro fontanero olvidó lustrar los grifos y dejarlos exactamente como usted deseaba, le reembolsaremos el precio completo de la instalación. ¡Es nuestro compromiso con usted!

El inspector municipal se acercó, apoyó un dedo sobre la horquilla del teléfono y puso fin a la llamada. Era un hombre delgado, de rasgos alargados, y nos sonrió con una sonrisa sin vida.

—El teléfono está cortado —dijo—. Por falta de pago. Yo mismo firmé la orden.

Virgil miró el auricular.

—¡Y yo que pensaba que era sólo un problema de la conexión!

—El señor… Orton, ¿no es así? —dijo el hombre del ayuntamiento, sin perder ni un segundo su sonrisa de labios finos—. Tenemos entendido que dirige usted un servicio de reparaciones de fontanería en nuestra hermosa ciudad.

—¡Con satisfacción garantizada! —dijo Virgil.

—Sin embargo, no hemos encontrado en nuestros archivos ninguna licencia que lo acredite para ejercer su oficio. También hemos visto que el señor J. J. McCormick tiene un negocio en este mismo domicilio. —Consultó un papel—. La compañía de reparaciones eléctricas La Confiable.

—Así es —dijo Virgil—. J. J. y yo compartimos la oficina. Acaba de irse. Hace cinco minutos estaba aquí. Una persona excelente, el señor McCormick. Un ciudadano ejemplar.

—Puede que así sea, pero me temo que tampoco hemos encontrado ningún documento donde figure que el señor McCormick se ha formado como electricista, ni una licencia que le permita trabajar en este campo. —El hombre contempló los diversos certificados y diplomas enmarcados y colgados detrás de la mesa de Virgil—. Empiezo a preguntarme si ésos serán válidos.

—¿Éstos? —*dijo* Virgil, con un gesto de desdén—. Los tenemos de adorno. Son regalos que nos han hecho los amigos. Detalles divertidos y nada más.

El inspector municipal consultó su lista.

—También busco al señor Weiss, que según creo repara tejados. Y

a los señores Green y Leach, ambos contratistas. Y a Jeeves, experto en termitas.

—Excelentes personas, todos ellos. Respondo personalmente por todos y cada uno de...

—Señor Orton —dijo el hombre del ayuntamiento, mientras sacaba una pila de sobres cerrados del bolsillo interior de la chaqueta—, he venido para traerles a usted y a sus colegas estas notificaciones. —Retiró la goma elástica que mantenía unidos los sobres y los depositó encima de la mesa—. En realidad, son citaciones judiciales. Tendrán que presentarse en el departamento de licencias del ayuntamiento, el lunes por la mañana, a primera hora, con todos sus documentos acreditativos en orden.

—¿El lunes? —dijo Virgil—. ¡Pero si estamos a jueves! ¡Y ya se termina agosto! Mañana es el primer día del mes y todavía tenemos que cerrar las nóminas y preparar los informes mensuales. No nos dejan ustedes mucho tiempo para...

—El lunes, señor Orton. A primera hora.

Virgil hizo rodar la silla hacia atrás y lanzó un suspiro.

—Escúcheme un momento —dijo—. Yo soy nada más que un tipo común y corriente, que sólo aspira a ganarse decentemente la vida. Lo mismo que usted. —Abrió el cajón y sacó un grueso fajo de billetes—. Veamos, señor... ¿cómo me ha dicho que se llamaba?

—Peabody —dijo el inspector—. Y quite eso de ahí. Ya tiene suficientes problemas, tal como están las cosas.

¿Un hombre del ayuntamiento que no aceptaba sobornos? Eso me hizo preguntarme cuánto tiempo llevarían vigilándonos y cuántos niveles de la administración estarían involucrados. Me hizo pensar si el señor Peabody no trabajaría quizá para la Administración de Correos o para el FBI, y si no conduciría tal vez un Graham Supercharger con la rejilla del radiador como un tiburón a punto de emerger del agua.

Nuestro visitante se despidió con un gesto de «buenos días», giró sobre los talones como un oficial prusiano y se marchó, sin olvidar tocarse el ala del sombrero para saludar a Rose mientras salía. Todo un caballero, el señor Peabody.

Rose entró, con una pregunta en los ojos: «¿Y bien?»

Virgil tiró la pila de sobres a la papelera, sacó una caja de cartón de debajo de la mesa y empezó a descolgar de la pared los certificados enmarcados.

—Ha sido una temporada fantástica, verdaderamente fantástica —dijo—. Pero todas las cosas buenas... ¿Qué decís, vosotros dos? ¿Oregón o Colorado? ¿Eugene o Denver?

Yo voté por Oregón.

—Quiero ver el mar —dije.

Quería saber lo que era zambullirse de cabeza en agua salada. Rose votó por una tercera opción: los estados del maíz, Iowa o Indiana.

—Entonces será Denver —dijo Virgil—. Tendremos que enviar la radio y el frigorífico. Y todos los trastos que hemos acumulado durante nuestra estancia en Silver City. ¿Cuántas radios habremos abandonado a lo largo de los años, eh, Rose? ¿Cuántos aparatos habremos dejado huérfanos, por tener que fugarnos en medio de la noche?

Parecía verdaderamente nostálgico.

—Será agradable disponer de tiempo para hacer las maletas —dijo ella— y no tener que salir a toda prisa, con lo poco que consigamos pillar.

—Nos largaremos corriendo, pero ordenadamente —dijo Virgil—. Es la mejor manera de irse. Jack, hazme el favor de llamar por teléfono a la compañía de transportes, para organizar el envío de nuestras cosas.

Lo miré.

—¡Ah, sí! —dijo.

En el callejón, Virgil me ayudó a subirme al poste («¡Maldición, muchacho! ¿Tienes huesos de hormigón?») y yo trepé por los largos clavos que usaban los técnicos de la compañía telefónica. Me costó un poco, pero al final conseguí soltar la clavija, y cuando volvimos a la oficina, el teléfono tenía otra vez tono, como yo había supuesto. Rose ya estaba guardando en cajas sus accesorios de secretaria, con la mente puesta en Iowa.

—He oído que la gente de Iowa es muy confiada —dijo—. Las granjeras y sus maridos todavía creen en la bondad de la naturaleza humana.

Yo estaba a punto de llamar a la operadora, para que me diera el número directo de algún transportista, y ya tenía la mano sobre el teléfono, justo sobre el teléfono, cuando de pronto di un paso atrás.

—¡Lo tengo! —dije—. Ya sé cómo solucionar el problema de la firma del director del banco para cobrar un cheque.

En ese momento, sonó el teléfono.

Cuando hacíamos una llamada, solíamos usar la línea con el número siete, que era la de nuestra agencia de detectives. Lo hacíamos porque nadie llamaba nunca a ese número y no queríamos ocupar ninguna de las líneas que pudieran traemos negocios rentables. Por costumbre, yo siempre pulsaba el siete para llamar. Si hubiera levantado el auricular sólo un segundo antes, sólo un parpadeo antes, la línea habría estado ocupada y ahora yo estaría en Denver o tal vez en Iowa.

Pero sonó el teléfono, y nosotros dejamos lo que estábamos

haciendo y lo miramos. La luz que nunca se encendía estaba parpadeando.

Sonó una vez y volvió a sonar. Virgil y Rose cruzaron una mirada. Ella le hizo un leve gesto afirmativo y él se sentó, se aclaró la garganta y contestó a la llamada.

—Agencia de Detectives A-l —dijo casi gritando—. E. D. Biggers, a su servicio.

El uso de ese alias para nuestro detective privado era una broma privada, ya que E. D. Biggers era el nombre del creador de las historias de Charlie Chan. Pensábamos que podía traemos suerte. Eso, si hubiésemos creído en la suerte, en la que no creíamos.

Aunque a veces no estoy tan seguro.

¿La suerte? Dicen que sólo tienes la que te buscas, pero se refieren a la buena suerte. ¿Y qué hay de la mala? Por lo que yo he visto, la mala suerte suele encontrar el camino hacia donde estés. Si yo no hubiera trepado a ese poste para volver a conectar la línea telefónica, si no hubiera vacilado antes de llamar a la compañía de transportes, si no hubiera entrado esa llamada…

La voz al otro lado de la línea era áspera y sofocada. «Como si estuviera tratando de reprimir el llanto», la describió Virgil después.

—Creo que mi mujer me engaña…

Cincuenta y nueve

VIRGIL no estuvo más de cinco minutos al teléfono, pero fueron cinco minutos muy productivos.

—Tímido como un ratón. Sólo le faltaba el queso —nos informó después.

Nuestro nuevo cliente era un marido atormentado por el fantasma de la infidelidad y por las sombras que acechan en el corazón humano. Su joven esposa, el amor de su vida, desaparecía por las tardes, cuando creía que su marido estaba en el trabajo. El hombre había oído murmullos y había visto cómo lo miraban los vecinos.

—Las dudas lo consumían —prosiguió Virgil—. Empezó a vigilar su propia casa desde el coche, como habría hecho un ladrón. Su mujer siempre salía. Ahora está convencido de que ella se ha apartado del camino recto del matrimonio. Simplemente lo intuye.

—¿Y cómo lo lleva? —preguntó Rose.

—Oh, con los lloriqueos habituales: «¿Cómo voy a vivir sin ella? ¡Para mí lo es todo en esta vida!» Está hundido en la auto—compasión. Cuando me fui, seguía llorando.

Eso significaba dinero fácil para nosotros.

Virgil sacó un fajo de billetes de veinte.

—Cien dólares como anticipo. Otros cien al finalizar el trabajo. Y cien más si conseguimos fotos, más una bonificación si el juez las acepta como pruebas.

Estuvimos considerando la posibilidad de embolsamos simplemente el dinero y nada más. Después de todo, estábamos a 31 de mes. Al día siguiente había que pagar el alquiler. Parecía apropiado salir de Silver City cuando empezaba septiembre. ¿Y los cien dólares que nos había dado el marido afligido de la joven inquieta? Serían el regalo de despedida de la ciudad.

Pero el ayuntamiento no vendría a llamar a nuestra puerta hasta el lunes siguiente, como muy pronto, y para entonces sus funcionarios tendrían que ponerse a la cola, detrás de nuestro casero y de la compañía telefónica.

—¿Todavía tienes aquellos brebajes? —me preguntó Virgil—. ¿Los que usabas para revelar las vistas fotográficas?

—Debajo de la cama —dije yo—. Todavía no los he tirado.

—Bueno, entonces coge la cámara. Tenemos que hacer unas fotos.

Nos situamos frente a la casa de nuestro cliente, en la misma calle, pero un poco más abajo. Era un chalé corriente, casi en los límites de la ciudad, con la pintura descolorida por el sol y el jardín invadido de maleza. Dientes de león, que ya empezaban a soltar

pelusas. Las cortinas estaban echadas. Vimos salir a la mujer, que miró furtivamente a los dos lados. Llevaba gafas de sol y un pañuelo cubriéndole la cabeza. El pelo era tan oscuro que parecía teñido.

—Aún no ha salido y ya parece culpable —dijo Virgil, agachado en el asiento delantero del coche, junto al del conductor.

Rose estaba sentada al volante, por ser la que mejor conducía de los tres, o al menos la más discreta. Virgil hacía demasiado ruido acelerando y yo solía forzar las marchas.

La mujer se alejó apresuradamente por la acera y torció por un callejón. Rose puso en marcha el vehículo y conseguimos seguirla a cierta distancia, hasta que entró en el hostal Bluebird, lo que ya de por sí era incriminatorio. Los hoteles de las afueras recibían gente de paso (vendedores, en su mayoría) y variaban entre sórdidos y muy sórdidos. En el centro había varios hoteles elegantes, con salas lujosas; el Regency, por ejemplo, era uno de ellos. Pero ¿qué podía haber allí, en el lado miserable de la ciudad? Sitios como el hostal Bluebird sólo eran buenos para «forajidos y fornicadores», como dijo Virgil. Y ella no tenía aspecto de forajido.

Era un día caluroso y polvoriento. Cuando bajé la luna trasera del Nash y levanté la cámara, entró un aire caliente y desagradable, como si hubiera abierto la puerta de un homo.

Virgil me decía que me diera prisa, mientras yo enfocaba a la mujer con la Leica G. Ella hacía un sinfín de gestos nerviosos y, mientras yo tomaba la foto, no dejó de mirar a un lado y a otro. Capté el cartel de «habitaciones por horas» por encima de su hombro. Entonces se acercó un hombre vestido de gris claro, con el cuello levantado y el sombrero calado, andando deprisa, como para que no lo viera nadie. Intentó besarla (lo capté con la cámara), pero ella lo apartó (lo omití). El tipo le pasó el brazo por la cintura y la llevó hasta la puerta. ¡Clic! Avance. ¡Clic! Avance. ¡Clic! El último disparo del obturador los captó poco antes de que desaparecieran en la oscuridad del interior.

—Pues sí —dijo Virgil—. Se está tirando a ese tipo. Y a cuantos se le pongan delante, diría yo.

Rose asintió.

—También sabe que su marido sospecha. Está preocupada. No se comporta con descaro, como si no le importara que la descubran. Tiene miedo.

—¿Miedo? —dijo Virgil—. ¿De qué? ¿De ese ratón que tiene por marido?

—Miedo y nada más —dijo Rose.

Virgil se echó para atrás el panamá.

—¡Qué pena que tengamos que irnos! —exclamó—. Una mujer como ésa, con miedo… Podríamos sacarle una fortuna. ¿Cuánto nos

pagaría por ir a decirle a su maridito que no hemos encontrado ningún indicio de mala conducta por su parte? Os garantizo que una mujer con secretos, como ella, tiene unos ahorros que su marido ni siquiera sabe que existen. Un calcetín bien lleno. Con toda seguridad. ¡Maldita sea!

Bueno, teníamos las fotos y con ellas podríamos incrementar nuestras ganancias en unos cuantos dólares.

De regreso en nuestra «guarida» (como le gustaba llamarla a Virgil), abrí la ventana de mi habitación y cerré la puerta. Después mezclé los productos químicos y encendí la luz roja.

—¡Dios santo, muchacho! —dijo Virgil, tapándose la nariz con el antebrazo mientras se asomaba a mirar—. Huele peor que una puta después de una noche agitada.

—Al final te acostumbras —dije yo.

Volví a cerrar la puerta, tapé con ropa las rendijas para que no se filtrara la luz y corrí las cortinas. Como aún entraba algo de luz de la calle, colgué mi manta delante de la ventana.

—¿Qué estás haciendo ahí dentro? —gritó Virgil.

—Vete al café de Charley —le grité a mi vez—. Ya iré yo después.

Al final, conseguí tres fotos buenas: la mujer sola; ella abrazando a su galán, y los dos entrando juntos en el hotel. Sin embargo, en la última casi no se veían, porque yo no había sabido compensar el contraste entre la oscuridad del interior y la luz de la calle. La cuarta foto era solamente una imagen de la puerta, cómo un ojo vacío, y poco más.

¿Y cómo me recibió Virgil cuando finalmente bajé al café, con dolor de cabeza de tanto respirar los vapores del revelado y con las copias todavía húmedas en la mano? ¿Con un caluroso apretón de manos y una sonrisa de aprecio? Nada de eso. Lo único que hizo fue quejarse por lo mucho que había tardado y, cuando le mostré las fotos, hizo una mueca de disgusto.

—Apenas se le ve la cara —dijo—. No hay nada particularmente incriminatorio, pero supongo que podremos sacar otros cien dólares. Un hombre acongojado por el fin de su matrimonio no va a ponerse a regatear el precio.

Vino Susie, nuestra camarera. Se anudó el delantal, volvió a llenarle a Virgil la taza de café y me sirvió uno a mí. Rose encendió un cigarrillo y yo pedí pan de maíz y pastas.

Cuando Susie se marchó de nuestra mesa, Virgil volvió a mirar las fotos y dijo:

—Es una pena que no se le vea mejor la cara. O quizá deberíamos haberla fotografiado *in fraganti*. Podría haberte mandado a ti por la escalera de incendios. Podrías haber espiado por la ventana y haber captado sus efusiones mientras se producían. Por esas fotos nos

habrían dado mucho más dinero.

Eché un chorro de leche en mi café y lo removí.

—Aún podemos hacerlas —dije.

Virgil se echó a reír.

—¿Te crees que todavía estarán en el Bluebird, en plena faena? Para eso haría falta una dosis gigante de mosca de España.

—No necesitamos volver al hotel —dije—. Después de todo, las fotos saldrían borrosas, ¿no?

—Supongo que sí. —Virgil me miró fijamente, como si estuviera apretando un nudo—. ¿Adónde quieres llegar?

—Podríamos falsificarlas —dije—. Lo único que necesitamos es un par de cuerpos desnudos.

Virgil guardó silencio. Miró a Rose. Y Rose lo miró a él.

Yo estaba pensando en libros de arte, en hacer una visita a la biblioteca antes de que cerrara. En hacer fotos de personajes desnudos. Estaba pensando en las sabinas y en aquella Venus que salía de una concha. En los libros que dejaba abiertos para que Rebecca los encontrara, cuando vivía en los Fíats. O quizá pudiera hacer fotos de las escenas picantes que venían en el reverso de algunas cartas de póquer. La iluminación sería un problema y tendría que encontrar la forma de ajustar la ampliadora, pero podía arreglármelas.

Virgil y la señorita Rose, en cambio, estaban pensando en otra cosa. En algo completamente diferente.

Virgil hizo una profunda inspiración y preguntó:

—¿Y bien, Rose? ¿Qué piensas?

—Soy más o menos de su talla —dijo Rose—. Aproximadamente. Tengo una peluca negra. Podría hacerle un corte del mismo estilo.

Estuve a punto de decir algo, pero ellos tenían razón. Lo más sencillo era hacer pasar por auténticas unas fotos de Virgil y la señorita Rose. Acercándome lo suficiente y eliminando cualquier rasgo identificadoˆ conseguiríamos imágenes borrosas de cuerpos desnudos, que combinadas con las de la mujer entrando en el hotel cumplirían perfectamente su cometido. Miré a Rose.

—¿Estás segura?

Ella me devolvió la mirada y asintió.

Virgil dio una palmada en la mesa, lanzó un aullido y dijo:

—¡Si ella está dispuesta, yo también!

Fue así como me encontré otra vez en el 1-A, con las manos temblando tanto que casi no podía cambiar los objetivos. Tenía tan húmedas las palmas de las manos que las cosas se me resbalaban. Me faltaba el aliento.

Las cortinas estaban echadas y la tenue luz que conseguía filtrarse iluminaba las paredes arbitrariamente. Arbitrario. Una palabra de la «A». El modo en que suceden ciertas cosas, sin que haya realmente un

motivo. Como cuando un avión desaparece en el océano, o una moneda cae de un lado y no del otro. Cerré un poco más el diafragma de la cámara, para que la oscuridad fuera mayor.

Rose salió del baño con un pijama de satén de anchos pantalones. Nunca se lo había visto y me pareció que se lo había ajustado muy someramente al cuerpo. Últimamente las mujeres se ponían pijamas en cualquier ocasión: para ir a la playa e incluso para salir por Ja noche. Pero seguían siendo una prenda de boudoir, y al ver allí a Rose, de pie, dejando que el satén brillara con la poca luz que había en el ambienté, me quedó claro su auténtico propósito. Invitar al contacto. Deslizarse y caer.

Rose se puso Ja peluca. La había recortado y ahora se la estaba ajustando.

—¿Cómo estoy?

—Fabulosamente bien —le dije,

—¿Por qué hablas susurrando?

Virgil salió en ropa interior y estuvo a punto de derribar algún mueble con su vozarrón.

—¡Rose, estás fantástica! ¡Eres su viva imagen! Bueno, ¿estás fisto, Wheaties?

Asentí. Virgil se quitó los calzoncillos, tendió los brazos y dijo:

—Ya está, Jack. No más secretos. Nada que ocultar.

Virgil se dejó caer en la cama. Rose se soltó los cordones del pantalón y éstos cayeron arrugados a sus pies. Salió del montón de satén como si saliera del agua. Se quitó la camisa y el silencio cayó sobre nosotros, como si un viento que no hubiéramos advertido de pronto hubiera dejado de soplar. Se oían los tranvías traqueteando en la calle y una voz llamando a alguien en algún sitio, pero en nuestra habitación la atmósfera estaba cargada de silencio.

Trabajé tan aprisa como pude. £1 clic y el avance de la película hacían un estruendo antinatural y las manos me temblaban tanto que probablemente ya entonces salieron borrosas las fotos. Mirando por el visor, los enmarcaba a los dos procurando que no se les vieran las caras. Sólo queríamos brazos, piernas y torsos desnudos, enredados, empujándose y deslizándose el uno en el otro.

Primero Rose estaba debajo de Virgil, rodeándolo con las piernas; después de costado, con la espalda vuelta hacia mí, y al cabo de un rato, encima de él, sujetándole las manos contra el colchón. Después dejó caer la cara sobre el pecho de él, empujando contra su cuerpo, y luego se dio la vuelta y se escondió detrás de la peluca.

Los dos tenían heridas que ocultar, cicatrices que era preciso cubrir. Virgil le colocó la mano a Rose sobre su pecho, para tapar el orificio de la bala, y cuando Virgil giró a Rose hacia la cámara, ella levantó la sábana para cubrirse el vientre.

—No, la barriga no —dijo—. Las estrías no.

Cuando terminé el rollo, Rose se separó de Virgil y desapareció en el baño. Virgil me miró, sonriendo.

—¿Y bien? —dijo—, ¿Qué te parece?

—Puedes vestirte —dije—. Tengo suficiente para trabajar.

Empecé a rebobinar la película.

Virgil se vistió y salió. Iba a concertar una cita con el diente, para esa misma noche. Yo me fui a mi habitación, a revelar las fotos. Estaba bañado en luz roja, pasando la película por el líquido revelador, cuando apareció Rose por la puerta.

Se había puesto una bata, pero no se había molestado en abrochársela. Le colgaba de los hombros, abierta y floja como unas cortinas que no cerraran del todo. Ya no llevaba la peluca y apretaba entre los labios un cigarrillo sin encender. En la mano tenía un mechero.

—¿Qué tal está, señor De Mille? —me preguntó.

—Mejor no lo enciendas —dije yo, refiriéndome al cigarrillo—. Podríamos saltar por los aires.

Se encogió de hombros.

—Sería divertido.

Pero no rascó la ruedecilla del mechero. En lugar de eso, se guardó el cigarrillo detrás de una oreja, con el mismo gesto con que solía arreglarse aquel mechón rebelde.

Era difícil concentrarse con ella mirando. Pasé toda la película y vi formarse las imágenes en negativo, con la luz y la oscuridad invertidas: el cuerpo pálido de Rose, oscuro como una mancha de tinta, la peluca blanca y llamativa, la penumbra del dormitorio convertida en resplandor lechoso.

Coloqué la ampliadora en su sitio. Tenía que dejar fuera de cuadro hasta *el* último rastro de las caras e incluso los lóbulos de las orejas. Solamente la peluca. Y los cuerpos.

Sentía a Rose detrás de mí, contemplando las imágenes a medida que subían flotando a la superficie. Ella miraba, mientras yo deslizaba los negativos entre las láminas de cristal de la ampliadora. Todavía estaban húmedos, pero no me importaba que se rayaran. Tenían que parecer furtivos. En la luz roja del 1-B, aparecieron los cuerpos como afloran los recuerdos, sin llamarlos, cobrando forma lenta e ineludiblemente.

—Virgil sale bien en las fotos —dijo ella.

Asentí.

—Te aprecia mucho —dijo.

—Lo sé.

—Te cree el sucesor de *Amarillo* Weil.

Sumergí la primera copia buena en el baño de paro y la agité con

un movimiento ondulante.

—Bueno —dije yo—. He aprendido del mejor.

—¿De quién? ¿De Virgil? —dijo ella, con uno de sus resoplidos, una especie de carcajada a medio camino entre una tos y una risa sarcástica—. En tu lugar, yo no me dejaría encandilar por el bueno de Virgil. Es uno más del montón. Lo mismo que yo.

—Ha pagado su deuda —dije yo—. Recibió un balazo y la bala le atravesó el centro mismo de su persona. —Empecé a colgar de la cuerda las fotos húmedas—. Tal como lo veo yo, cuando un hombre pasa por una prueba como ésa, salda todas las deudas. Después de eso, no nos debe nada a nadie.

Ella estaba intentando encontrar mi mirada, pero yo no la dejaba.

—¿Dónde están las medallas, Jack?

—¿Las medallas?

—Hace mucho tiempo que conozco a Virgil, pero nunca he visto ninguna medalla. Es raro, ¿no crees?, tratándose de un héroe de guerra.

Puse la siguiente copia en la bandeja.

—Puede que las haya dejado en una casa de empeño —dije yo—. O que las haya usado en un timo y se las haya vendido a un palurdo en algún sitio. O que las haya perdido cuando ha tenido que salir huyendo de alguna ciudad.

—O que no le hayan dado nunca ninguna medalla.

—He visto las cicatrices, la de delante y la de atrás —repliqué—. Eso vale más que cualquier medalla.

—Cierto —dijo ella—. Pero ¿te has fijado en una cosa de esas heridas? La cicatriz que tiene Virgil en la espalda... es más pequeña que la del pecho. ¿Te has fijado en eso alguna vez?

Me volví y la miré.

—¿Qué quieres decir?

Yo lo sabía perfectamente.

—La de salida tendría que ser más grande que la de entrada, ¿no? —dijo ella.

Tenía razón. Yo solía enorgullecerme de ver cosas que otros no veían, pero eso se me había pasado. La más grande era la herida de delante, por donde había salido la bala. A Virgil le habían disparado por la espalda, y por mucho que quisiera convencerme de que algún cobarde lo habría atacado sigilosamente por detrás, sabía muy bien lo que eso significaba. Le habían disparado mientras huía.

—¿Sabes cómo ejecutan a los desertores? —me preguntó Rose—. No lo hacen con un pelotón de ejecución formal. No podrían hacerlo, allí en el frente, con las bombas cayendo. No, simplemente les vendan los ojos y los ponen de rodillas al borde de su propia tumba...

—No necesito oír nada de eso —dije yo—, porque no me importa.

Pero sí me importaba. Levanté la siguiente foto. La imagen era turbia y borrosa, sin orificios de salida ni estrías abdominales a la vista.

—Les disparan por la espalda con un fusil de gran calibre y los dejan caer en la fosa. De ese modo, se ahorran el tener que transportar los cadáveres —dijo ella—, o al menos eso he oído. Quizá sólo sea un rumor difundido por los oficiales para que los soldados se asusten y obedezcan.

Colgué otra foto y me sequé las manos. Cuando miré a Rose, su sonrisa, que ya era tenue al principio, se había desvanecido del todo. Me miró fijamente.

—Como ejemplos que imitar, has elegido los peores posibles: un hombre hueco y una mujer que huye. —Intentó reír, pero no pudo—. ¿Quieres saber lo que le pasa a una *flapper* cuando se hace mayor? Aquí tienes la respuesta.

Después, echando un vistazo a las fotografías que yo había colgado de la cuerda, añadió:

—Necesitarás algunas fotos más, supongo. Para asegurarte. Fotos de ella sola.

—Tal vez.

La situación se volvió extraña e incómoda, y ella se quedó quieta durante tanto tiempo, que por un momento creí que había cambiado de idea. Pero no. Se dio la vuelta y echó a andar, dejando caer la bata en un mismo movimiento.

Me estaba esperando en la cama abatible, con la luz de mi improvisado cuarto oscuro cubriéndolo todo de un leve resplandor rojizo.

Se recostó en la cama y dijo:

—No me hará falta la peluca, si te acercas lo suficiente.

Yo asentí. No pude decir nada, porque la voz se me había quedado atascada en mitad de la garganta. Cogí la Leica, moví un poco los ajustes del diafragma y contemplé a Rose a través del visor, viendo cómo su imagen se diluía y volvía a recomponerse mientras yo la enfocaba. Aunque no tenía película en la cámara, la congelé en el tiempo con una serie de clics.

—Acércate más —dijo ella, y así lo hice.

Disparé varias veces más la cámara vacía y después ella levantó la pierna, me enganchó por el revés de la rodilla y me atrajo hacia ella. Dejé caer la Leica en la cama. Me soltó el cinturón, me tiró hacia fuera los faldones de la camisa y a mí hacia ella, sus labios sobre los míos, como si se estuviera ahogando, y el sabor del humo en su lengua, el olor del jabón Camay en su pelo, y ella susurrándome al oído:

—Despacio... Más despacio... Tenemos tiempo de sobra...

Y lo único que yo tenía en la cabeza mientras ella me arrastraba a

la cama, era: «¿Qué querrá? ¿Dónde estará el timo?»

Sesenta

ESTÁBAMOS fuera y la noche era estrellada.

Virgil estaba sentado en la escalera de incendios, mirando cómo la Luna lo miraba a él. Yo había subido al tejado para llenarme los pulmones de aire fresco y me lo había encontrado a él, con la brasa del cigarrillo moviéndose en la oscuridad como una luciérnaga.

—Rose está dormida —dije, y él asintió.

El resplandor de las farolas y los rótulos luminosos formaba una neblina tenue sobre la ciudad, como si los propios tejados emitieran luz.

—Es una vista preciosa —dijo Virgil, mirando alrededor—. Ni escalando una montaña tendrías una vista como ésta.

Le di la razón.

Después dijo:

—Hay pocas como ella, ¿verdad? Nuestra Rose. Puede enseñarte cosas que ni siquiera sabías que no sabías.

Virgil siempre presumía de conocer catorce maneras de derribar a un hombre. Yo también tenía algunas.

—Las monjas nos contaban la historia de Lucifer —dijo—, de cómo cayó del Cielo. ¿La conoces? ¿Sabes por qué cayó?

—¿Por orgullo? —dije.

—No —respondió él—. Por amor. Lucifer amaba tanto a Dios que no podía someterse al hombre y por eso fue enviado al Infierno. Ésa es una versión. Pero hay otra. La Iglesia la rechaza, pero aun así las monjas nos la contaban en voz baja. Lucifer era un ángel, ¿lo sabías? Sólo Dios lo superaba en belleza y fulgor. Al menos eso cuentan.

Dio una calada al cigarrillo, contemplando la ciudad resplandeciente.

—Un grupo de ángeles (los Vigilantes, los llamaban) fue enviado a la Tierra, para estudiar al hombre y aprender sus costumbres. Tenían que obedecer a su jefe, Lucifer, y no podían relacionarse con los humanos. Pero los Vigilantes quedaron fascinados con lo que vieron, con los fallos y las debilidades de la raza humana, y empezaron a revelar sus secretos a los hijos de Adán y a las hijas de Eva: secretos de amor, guerra y otras magias. Al actuar de esa forma, se atrajeron la ira de Dios. Aquellos ángeles privilegiados que habían vivido en el Palacio de la Luz, a la diestra del Señor, fueron arrojados a las profundidades candentes del Infierno. Entre ellos, Lucifer. Dicen que se había enamorado de una mujer humana. Una mujer había cautivado su alma, la había capturado como se atraviesa una mariposa con un alfiler. Cuando Dios descubrió esa transgresión, Lucifer fue

expulsado del Cielo. Y así sigue, hasta hoy. Abandonado y exiliado. Pero ¿sabes una cosa? —dijo Virgil con una sonrisa—, cuando lo tenga delante, como seguramente lo tendré algún día, pienso preguntarle al viejo si cree que valió la pena. ¿Y sabes qué? Creo que me dirá que sí.

Virgil dio una última calada al cigarrillo, lo arrojó a un lado y se quedó mirando cómo caía dando tumbos, fragmentado en un montón de chispas, en el callejón de abajo. La brasa parpadeó un momento y después se apagó.

En ese momento vi el Graham Supercharger sedán aparcado detrás del cubo de la basura, oculto entre sombras azules, con los faros apagados y el motor en marcha.

—¿Virgil? —dije.

—Ya lo veo. —Se levantó, se estiró y dijo—: Si quiero vender esas fotos, será mejor que vaya ahora mismo.

Sesenta y uno

VIRGIL consiguió despistar a quienes fuera que lo estaban siguiendo. Supuse que serían inspectores o agentes de policía.

—Me escabullí como un gato en un maizal —alardeó Virgil—. Y he conseguido nada menos que doscientos dólares por las fotos.

Rose estaba durmiendo en la cama abatible. Yo estaba en mi catre, y Virgil había asomado la cabeza para anunciar la buena noticia.

—El marido lo recibió como un puñetazo en el estómago, pero pagó —dijo Virgil—. Abrió la cartera y dejó que me sirviera. —Después añadió—: ¿Cómo puedes dormir con este pestazo?

Incluso con la ventana del costado abierta, el olor de los productos químicos era penetrante.

—Te acostumbras —dije—. ¿Nos vamos mañana?

—Así es. —Dio un paso, pero enseguida volvió—. Oye, si quieres venir a dormir aquí, con nosotros...

—Estoy bien —dije, y me quedé mirando el techo, hasta que se fue.

Virgil y Rose todavía estaban durmiendo cuando el sol iluminó los tejados de Silver City. Salí a dar un largo paseo y después acabé como siempre en el local de Charley Wong. Me puse a mirar cómo iba y venía la gente. No veía pardillos. Sólo gente. Ya era pasado el mediodía cuando finalmente aparecieron Virgil y Rose.

—¡Hola a todos! —exclamó Virgil, como hablando para un público que sólo él pudiera ver—. ¿Cómo van las cosas?

Yo miré a Rose a través de la mesa y ella me devolvió la mirada sin parpadear.

—¡Tarta para el desayuno! —gritó Virgil—. Manzana con canela, si hay. Y si no hay, canela con manzana.

Susie hizo estallar su globo de chicle y sonrió. Slim William estaba cantando algo triste en el espacio vespertino de música country, y Virgil lanzó un gruñido al oírlo.

—¡Sintoniza otra cosa, cariño, hazme el favor! No aguanto esa música para pájaros carpinteros. No te ofendas, Jack.

Me miró y yo no dije nada.

—Daré una vuelta por el dial —dijo Susie—, a ver qué encuentro.

Yo miraba furtivamente a Rose, con ganas de enterrar la cara entre sus pechos y empujar tan profundamente como pudiera en sus suaves carnes, pero Virgil ya había empezado a contar una de sus historias.

—Yo tenía encima a ese perro enloquecido, tratando de

arrancarme un trozo de pierna, y entonces va y sale el Rey de las Galletas, apuntándome con una escopeta de doble cañón. Y ahí estaba yo, forcejeando con el jodido *Rintintín* y tratando a la vez de decir algo convincente para librarme de una andanada de perdigones, cuando ¿a qué no sabéis quién...?

Nada más mover la aguja del dial, Susie captó una señal diferente: una voz que se abría paso entre la estática, hablando un alemán que ya no resultaba cómico. Los ejércitos del Reich habían invadido Polonia. Divisiones enteras de Panzers atravesaban las fronteras, a medio mundo de distancia.

—¡Oh, por el amor de Dios! —dijo Virgil, poniéndose de pie para volver a mover el sintonizador—. Prefiero a los pájaros carpinteros. Al jodido Slim William.

Susie le trajo la porción de tarta de manzana.

—¿Nada más?

—Sólo la tarta —dijo Virgil—. Nos vamos hoy mismo. ¡Charley! —gritó—. Nos marchamos, esta vez definitivamente.

Charley salió.

—Volveréis.

—No, amigo mío. Me temo que no.

Todavía nos quedaban muchísimas cosas por hacer. Ya habíamos organizado el envío de la radio y el frigorífico, a portes debidos, a una dirección inexistente de Denver. Virgil había marcado la casilla «Retener en el depósito», en caso de no poder realizarse la entrega. Les pagaría con un cheque cuando llegáramos. También pensábamos redirigir nuestra correspondencia hacia algún hotel de Denver, donde nos presentaríamos como clientes en la recepción, para recoger cualquier dinero que la mosca de España nos hubiera podido generar.

Yo aún tenía que hacer unas cuantas maletas, y Virgil quería que le pusieran a punto el Nash antes de salir a la carretera. Se levantó para estrecharle la mano a Charley y, al hacerlo, le deslizó unos cuantos billetes de los grandes.

—No nos conoces de nada —dijo.

Charley asintió. Nunca nos había visto.

Mientras Virgil compartía una última risa con el señor Wong, Rose cogió la pitillera de plata que él había dejado en la mesa y sacó un cigarrillo. Yo estiré el brazo y traté de cogerle la mano, pero ella la retiró y me lanzó una mirada fría, una mirada que me estaba diciendo: «Ni se te ocurra ponerte tonto conmigo ahora.» Virgil volvió a la mesa y se puso la chaqueta.

—Es el momento de la despedida.

—¿Os vais ya? —dijo Susie, ahuyentando moscas con la mano—. No te has terminado la tarta.

—Tenemos que echamos a la carretera —dijo Virgil.

—Pero Charley ha dicho que volveréis.

Parecía decepcionada. ¡Quién sabe! Quizá yo debería haber aprovechado la oportunidad que tuve con ella, cuando me la dio. —No, nada de eso —dijo Virgil—. Nos vamos para siempre.

Susie fue a buscar nuestra cuenta. Estaba conversando con Charley, cuando a Virgil se le congeló la expresión. Se dio la vuelta. La sonrisa le había desaparecido.

—¿Qué le estabas diciendo? —le preguntó a Susie.

La camarera lo miró, intrigada.

—Ahora mismo —dijo Virgil—. Le estabas diciendo algo a Charley. Algo a propósito del hostal Bluebird.

—¡Ah, eso! —dijo ella—. ¿No lo habéis oído?

—¿Oído qué?

—Encontraron a una mujer, en una de las habitaciones.

—¿Una mujer?

—Asesinada, junto con su hermano pequeño. Como él acababa de salir de la cárcel y no era de este estado, suponen que habrá sido por algo relacionado con sus crímenes. Fue horrible, por lo que cuentan. Les abrieron el vientre, los degollaron y los dejaron tirados entre sus propios intestinos. Aquí está.

Trajo el periódico, abanicándose con más fuerza que antes, para despejar el aire de moscas.

Nos lo puso delante. La fecha era del 1 de septiembre de 1939. El titular de la portada rezaba: «Concentración de tropas alemanas EN LA FRONTERA. POLONIA EN GUARDIA. GUERRA INMINENTE.»

—Está dentro —dijo Susie—. En la sección de «Sucesos».

Allí estaba. «Asesinato en el Hostal Bluebird.»

—Dicen que el asesino dejó un mensaje escrito en la pared con la sangre de los muertos —dijo la camarera, con los ojos brillantes. Lo estaba disfrutando—. Parece ser que es un mensaje en clave: «A-l.» Eso dicen.

Su sonrisa se desvaneció un poco, al ver nuestras caras silenciosas y espantadas. Debió preguntarse por qué no le veíamos la gracia a la naturaleza escabrosa del crimen.

Entonces sonó el teléfono de Charley Wong.

Probablemente habría sido mejor que saliéramos corriendo allí mismo y en ese preciso instante. Pero estábamos paralizados por la noticia y no sabíamos muy bien qué hacer. Hasta Virgil se había quedado sin palabras. Simplemente nos quedamos ahí, junto a la caja registradora de Charley, tratando de evitar que se nos doblaran las rodillas.

Pero el teléfono sonó y eso fue todo. No recuerdo a Charley levantando el auricular, aunque estaba justo al lado de la caja.

—Lo siento, se ha equivocado de número —dijo el señor Wong—,

No, no, estoy seguro… Muy bien, como quiera… Lo comprobaré, pero aquí no hay nadie con ese nombre.

La hora del almuerzo había pasado y nosotros ya nos íbamos. No había nadie más en el local.

Charley se apoyó el auricular sobre el pecho y nos preguntó:

—¿Conocéis a algún Giuseppe? ¿Giuseppe Balsamo?

Cuarta parte

La apuesta de Jack

Sesenta y dos

ESTOY solo en el camino,
una estrella soy que cae,
tengo el corazón herido,
me pregunto dónde estás.

Mientras Slim William desgranaba su lenta y triste canción, Virgil estaba de pie junto a la caja registradora, con aspecto de haber recibido un puñetazo en el estómago, como un marido que acabara de enterarse de la infidelidad de su esposa, con el auricular del teléfono apoyado en la oreja y sin decir ni una palabra. El silencio en Virgil era siempre inquietante.

Soy marinero sin barco,
en una orilla apartada.
Soy soldado solitario,
en una guerra lejana.

Siempre me había encantado la música country. Emborracharse, engañar a la chica y recorrer los caminos, sin disfrutar nunca de nada. Era el blues de los blancos.

—Si saben cómo me llamo, lo saben todo —dijo Virgil.

En nuestro refugio encima del local de Wong, con las cortinas corridas, Virgil no paraba de ir y venir, o al menos lo intentaba. Los límites de nuestra habitación lo obligaban a dar la vuelta en cuanto daba dos pasos, como una rata enjaulada.

Se pasó la mano por el pelo, con pánico en los ojos.

—No puedo volver, Rose.

—Nadie dice que vayas a volver.

—Eastham no es un lugar para un hombre como yo. Los demás lo notan. Es como si tuviera una marca de sangre o algo así. Ya he cumplido tres condenas. La cuarta es cadena perpetua. Mira lo que le pasó al pobre George Parker. Lo único que hizo fue venderle el puente de Brooklyn a unos imbéciles, y el juez lo metió entre rejas para el resto de su vida. Parker murió en Sing Sing. ¿Y todo por qué? Porque antes había estado condenado por tres delitos menores. Tres tonterías. ¿Qué irán a hacerme a mí, mezclado en todo esto?

—¿Mezclado en qué? —quise saber yo—. Tú no apretaste el gatillo. Ni tampoco nosotros.

—La mataron con un hacha —dijo él, y después añadió—; ¿No lo entiendes, verdad? Colaboración e inducción al asesinato...

—Involuntaria.

—Aunque sea involuntaria, la condena es de cárcel, muchacho. Por no hablar del quebrantamiento de la libertad condicional. Ni del fraude de hacerme pasar por investigador privado. Se mire por donde se mire, es asesinato y estamos involucrados. —Se volvió hacia Rose—. Saben mi nombre. Y si saben mi nombre… —Se paró en seco—. ¿Y si fueran viajeros irlandeses, Rose?

—No son viajeros.

—Podrían serlo.

—¿Has notado algún acento? —preguntó ella.

—¿Y si lo son? ¿Y si son del clan Toogood, del poblado O'Malley? ¿O de los Reilly de Fayetteville?

—¿Has notado algún acento? ¿En el teléfono? ¿Alguna clase de acento?

—Son capaces de matar a un hombre por la calderilla que lleva en el bolsillo. Le disparan por la espalda, aunque esté de rodillas suplicando por su vida. Tú lo sabes, Rose. Le disparan a quemarropa y mientras tanto se ríen. Y lo dejan tirado, para que se muera.

El origen de las cicatrices. Un asunto interesante.

—¿Tenían algún acento?

—No puedo enfrentarme a los viajeros, Rose. No puedo. Yo no… Yo…

—¡Virgil! —exclamó ella—. Cálmate.

—No puedo volver. A Eastham no. No podría.

—¿Tenían algún acento?

—No —respondió él—, ninguno. —Se tranquilizó un poco y redujo sus idas y venidas a un solo paso seguido de media vuelta— Tienes razón. Tengo que calmarme. Es sólo que… hace mucho tiempo que no oía ese nombre.

—Si Wheaties lo consiguió —dijo ella—, no debe de ser muy difícil averiguarlo. No quiere decir nada. Sólo intentan asustarte, eso es todo.

—Y lo están logrando —replicó él.

—¿Qué quieren? —pregunté yo, aunque ya lo sabía. Lo mismo que todos: dinero.

—Setenta mil dólares, mañana a las ocho de la noche. Setenta mil, o llaman a los agentes federales.

—¿Los federales? —pregunté yo—. ¿Por qué?

—El hermano de la chica estaba en libertad condicional, por lo que la jurisdicción va más allá de la frontera del estado. Lo quieren en efectivo, mañana por la noche. Me han dicho que no me hiciera el listo. «No intentes colocamos ningún rollo de Michigan. Vamos a contar cada billete y comprobar que todos sean auténticos.»

—Te conocen bien —dijo Rose, e inmediatamente lo lamentó.

—¡Es lo que estoy diciendo! —aulló Virgil—. Me conocen de memoria… y apostaría cualquier cosa que a vosotros también.

—Setenta mil no es moco de pavo —dijo Rose.

—No es calderilla, no. —Volvió a pasarse la mano por el pelo—. Nos han estado vigilando. Es lo que me han dicho. Nos vigilaban, esperando a que cometiéramos un error. Pues ya lo hemos cometido, ¿no? ¡Vaya si lo hemos cometido!

Fraude postal y asesinato. Habíamos evitado el primero.

Virgil se volvió hacia nosotros, perdida ya toda la confianza en sí mismo.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

—Huir —dijo Rose—. Lo que siempre hemos hecho.

—No podemos —dijo él—. Esta vez no. Esto no es una partida amañada de póquer que hemos ayudado a organizar. Es asesinato a sangre fría. Dos cadáveres. Un marido prófugo. ¿Quieres que salga tu nombre en «A la caza del gángster?»

«A la caza del gángster» era un programa de radio semanal, que difundía la lista de los delincuentes más buscados del país y pedía a los oyentes que llamaran y dieran pistas para atraparlos. Lo patrocinaba la crema de afeitar Palmolive. Yo escuchaba «A la caza del gángster» todas las semanas cuando vivía en Paradise Flats. Nunca pensé que acabaría yo en el programa.

—No pienso morir en un tiroteo —dijo Virgil—. No vamos a terminar como Bonnie, ni como Clyde. ¿Sabéis lo que dijo el forense durante su autopsia? Después de sacarle veinticinco balas a Clyde Barrow y veintitrés a Bonnie, dijo: «Creo que he encontrado la causa de sus muertes.»

En el transcurso de su violenta carrera, Bonnie y Clyde solamente habían conseguido reunir unos veinte mil dólares (su mayor botín en un solo atraco no había llegado a cuatro mil), y habían tenido que asaltar muchos bancos y recibir un montón de balazos para llegar hasta ahí. Yo ya tenía más de veinte mil en mis latas de tabaco y nunca había tenido que disparar ni una sola bala.

Virgil me miró.

—Cuando mataron a Bonnie y Clyde, ¿sabes lo que le encontraron a ella en la mano?

—¿Una pistola?

—Un sándwich. A medio comer.

—No nos van a disparar ningún balazo —dijo Rose—. Ya hemos hecho las maletas. Nos vamos.

—No podemos —replicó él—. De esto no podemos huir. No podemos largarnos simplemente. Esta vez no. Es demasiado grande.

—Aunque pudiéramos pagarles —dije yo—, ¿cómo sabemos que no van a seguir exprimiéndonos? ¿Que no nos van a dar el sablazo

una y otra vez?

—No podrían —dijo Virgil—. En cuanto hayan aceptado nuestro dinero, serán tan cómplices como nosotros. No habrá un segundo chantaje. Lo saben y por eso nos piden una suma tan grande.

Su argumento no me convenció del todo. Yo sabía cómo había funcionado la política británica de apaciguamiento: la idea de que bastaba echarle a un tigre unas cuantas sobras (un trocito de Renania por aquí, toda la nación checa por allá), para que no te comiera. Y ahora los Panzers estaban entrando en Polonia, la guerra era inminente y todos los tratados y conferencias de paz del mundo no habían sido suficientes para impedirla. Apaciguar a Drácula con vasos de sangre nunca me había parecido una medida particularmente inteligente. La suya era una sed que aumentaba cuanto más bebía.

Pero en este caso, Virgil tenía su parte de razón. Setenta mil dólares era mucho dinero, desde cualquier punto de vista, por lo que quizá fuera la prueba de que sólo nos exigirían un pago. O al menos así esperábamos que fuera.

Virgil miró a Rose.

—¿Cuánto tenemos?

—No nos llega —respondió ella.

Se volvió hacia mí.

—Nos vienen siguiendo desde Wichita, supongo. Han estado esperando para entrar en acción. A mí me tienen fichado y también a Rose; pero no creo que sepan mucho de ti, Jack. Coge tu dinero y lárgate. Anda, vete.

Miré a Rose. Nuestros ojos se encontraron por un momento, sólo un segundo, y enseguida apartamos la vista.

—Vete —dijo Virgil—. Huye mientras puedas.

—No —dije yo—, no voy a huir. De esto no.

—No te conviene mezclarte en esto, Jack.

—Ya estoy mezclado —respondí.

—No —dijo Virgil. Su voz era firme—, no podemos pedirte algo así.

—Insisto.

Virgil me miró con las canicas lustrosas que tenía por ojos e hizo un gesto afirmativo.

—Muy agradecido —dijo.

Eso mismo me había dicho el día que nos conocimos en Paradise Flats, cuando le soplé que al viejo Tweed podía sacarle cincuenta dólares. «Muy agradecido», me había dicho. Aquella vez lo había dicho sinceramente y creo que esta vez también.

Rose había retirado todo el dinero de sus cuentas, en previsión de nuestro traslado a Denver, y se puso a contar lo que había. Entre los dos sumaban poco menos de treinta y un mil dólares. Yo tenía un poco

más de veinte mil. Aún nos faltaban diecinueve mil.

—No hay ninguna manera de reunir tanto dinero para mañana —dijo Virgil.

Consulté el reloj. Era viernes por la tarde y aún era pronto.

—Yo sé una manera —dije.

Sesenta y tres

ERA MI variante personal del cambiazo de las maletas, pero con talonarios en lugar de maletines.

Si nos dábamos prisa, podíamos practicarla en varios de los bancos más grandes de Silver City, antes de que cerraran. Iríamos al Union Trust, al Chase National y a la Compañía de Créditos Hipotecarios. Si nos quedaba tiempo, podríamos pasar también por el City Merchant.

El truco para eludir el trámite de la firma del director —me había dado cuenta— consistía en montar dos historias paralelas: una para el cajero y otra para el director. Si conseguíamos que los dos creyeran saber lo que estaba haciendo el otro, entonces podríamos cobrar un cheque por una suma muy importante, basándonos simplemente en la confusión.

En primer lugar, Virgil entró en los bancos y en cada uno recogió un formulario de orden de pago. Rellenamos cada una de las órdenes por un importe de doce dólares, y Rose se presentó a cobrarlas, hablando todo el tiempo de la venta de tartas que iban a celebrar en la parroquia y de lo mucho que necesitaban dinero suelto. Uno de los cajeros quedó tan encantado con su cháchara que estuvo a punto de pagarle sin más; pero Rose, siempre puntillosa con las normas, insistió en que el director le estampara su firma, para «aseguramos de que todo se haga conforme a las reglas». Uno por uno, los directores de las sucursales firmaron diligentemente las órdenes de pago, pero Rose no las cobró, sino que se escabulló con sus firmas.

Una vez en el Nash, me entregó la orden de pago del primer banco.

—Wallace —dijo—. De nombre, Ira. Un tipo muy cordial. Dijo que ya se pasará más tarde por la parroquia para probar mis tartas. Y que le gustaban mucho los dátiles.

Yo había preparado dos cheques para cada banco, de seis mil cuatrocientos dólares cada uno. En ese momento saqué el primer par de cheques. Eran duplicados exactos y cuando digo «exactos» es que eran perfectamente idénticos. Tenían que serlo para que funcionara el timo. Incluso les había añadido a los dos un borrón de tinta en una esquina, del mismo modo que Virgil había marcado las tres maletas verdes que poseía con arañazos idénticos.

Los dos cheques que tenía en la mano eran perfectamente intercambiables, pero entonces les añadí un elemento diferenciador de vital importancia. Sujetando la orden de pago contra la luna del coche, endosé uno de los cheques con la firma del director. Lo que

hice no fue exactamente calcar la firma. No nos habría servido que los trazos parecieran dudosos o excesivamente cuidados. Preferí usar el original como guía, para trazar la segunda firma encima de la primera.

A continuación, me guardé en la cartera la orden de pago original de doce dólares, junto con el cheque firmado por seis mil cuatrocientos, y me quedé en la mano el otro cheque, que estaba sin firmar.

El Union Trust era un edificio grande de ladrillos, del estilo que llamaban «gótico bancario»; pesado y sólido, con gruesas columnas que ocupaban demasiado espacio en la acera, y fachada romana, o quizá griega. Supongo que la idea era evocar el recuerdo de las grandes civilizaciones de la Antigüedad, para que los clientes se tranquilizaran pensando que su dinero estaba en lugar seguro y que nadie podía entrar y llevárselo. Era un timo arquitectónico más, pero funcionaba. Aunque yo no confiaba mi dinero a los bancos, cada vez que entraba en uno me parecía estar visitando un lugar sagrado. No era la presencia de todo ese dinero en efectivo, sino la sensación de certidumbre. Era la ilusión, que se apoderaba de mí.

Hice una inspiración profunda, para tranquilizarme, y entré.

El sol se derramaba desde el oeste, calentando los paneles de madera y confiriendo al interior un resplandor melifluo. El personal parecía bastante atareado, porque era viernes por la tarde y quedaba mucho papeleo por hacer. Al fondo distinguí el escritorio del director: una enorme mesa de nogal sobre una tarima que dominaba la sala. Elegí la ventanilla más alejada, puse sobre el mostrador el cheque sin firmar y le dije al cajero:

—Proveedor de De Valu. Me han dicho que venga aquí y cobre este cheque contra su cuenta. Necesitaré un recibo.

Era prácticamente seguro que una compañía tan grande como el consorcio De Valu tendría cuentas en todos los bancos de la ciudad, ya fuera directamente o a través de una de sus filiales.

El empleado, un hombre joven de rasgos igualmente juveniles, levantó la vista y me miró.

—¿La cuenta Ryder?

—Esa misma —dije yo.

—¿La cuenta corriente o la de ahorros? La cuenta corriente tiene un límite para los reintegros.

—La de ahorros.

Me pregunté si sería así como trabajaban los espiritistas, dejando que el cliente les revelara toda la información y actuando como si ellos mismos se la hubieran proporcionado. Yo no tenía ni idea de lo que era la cuenta Ryder, ni me importaba. Lo mismo habría podido estar contactando con los muertos. «Veo una letra… ¿Es la jota?… ¿O será una ka?» «¡Es mi abuela! ¡Se llamaba Catherine! Se escribía con

ce, y no con ka pero seguro que es ella.»

El empleado cogió el cheque y le dio la vuelta.

—Nuestro director, el señor Wallace, tendrá que dar el visto bueno a este cheque y firmarlo.

Miré el cheque.

—¿Qué me dice? ¡Pero si yo estaba seguro de que Ira ya lo había firmado! Ahora mismo se lo llevo.

Era importante tener el cheque en la mano en ese momento, para que al empleado no se le ocurriera llevarlo por sí mismo. Normalmente, el cliente tenía que presentarse personalmente ante el director, para que éste comprobara su documentación y esas cosas, pero no quería arriesgarme.

—¿Conoce al señor Wallace? —me preguntó el empleado.

—Sí, claro. Es amigo de mi padre, de toda la vida. Ahora mismo vuelvo.

De modo que el empleado abrió la portezuela del mostrador y me dirigí hacia el escritorio del director. Por el camino, volví a guardar el cheque sin firmar en la cartera y saqué en su lugar la orden de pago de doce dólares de Rose.

—¡Wallace! —grité, haciendo que todas las cabezas se volvieran hacia mí—. ¿Qué hay de nuevo, hombre?

El hombre se puso de pie, perplejo por mi excesiva familiaridad, y me tendió la mano.

—¿Qué puedo hacer por ti, muchacho?

«Darme dinero a cambio de nada, eso es lo que puedes hacer.»

—Me manda mi tía —dije, bajando la voz a un nivel normal—. Está histérica. —Acerqué una silla y le enseñé al director la orden de pago, la que Rose había firmado menos de diez minutos antes—. Tenía tanta prisa por llegar a la parroquia que se le olvidó completamente cobrar esto. Ahora está atendiendo la caseta de las tartas. Me ha dicho que le diga a usted que piensa guardarle una bandeja entera de bizcochos con dátiles, aunque tenga que alejar a la gente con un tenedor. En cualquier caso, en la iglesia necesitan un poco más de cambio y el cajero no estaba seguro de poder pagarme. Me dijo que viniera a verlo a usted, para aseguramos. Mi tía me la ha endosado y todo eso.

El director sonrió.

—¡Claro que puedes cobrarlo! Y dile a tu tía que no veo la hora de probar esos bizcochos.

Me levanté, le estreché con fuerza la mano y de pronto volví a alzar la voz.

—¡Fantástico! Sabía que no habría ningún problema. ¡Gracias, Ira!

Me marché, dejándolo más desconcertado que antes por mi

familiaridad.

Mientras volvía, guardé la orden de pago de doce dólares en la cartera y saqué el otro cheque, el que yo mismo había adornado unos minutos antes con la firma del director.

—Aquí tiene —dije—. Firmado y aprobado. Sabía que no habría ningún problema.

Y no lo hubo.

El empleado me había visto ir hacia el escritorio del director y me había visto regresar. Ira Wallace incluso le había hecho un gesto de aprobación, cuando lo miró.

Salí de ahí con un buen puñado de billetes de cincuenta. El empleado los había contado debajo del mostrador y los había guardado en un discreto sobre marrón, a instancias mías.

—No quiero que nadie vea que llevo todo ese dinero encima —le susurré—. La calle está llena de delincuentes.

Me entendió perfectamente y, al hacerlo, eliminó la última oportunidad que tenía el banco de descubrirme. El escritorio del director estaba en el otro extremo de una sala llena de gente. No creo que se hubiera fijado en el cajero contando una pila de billetes para pagar doce dólares, pero no quería correr ningún riesgo. No había pensado en ese detalle hasta que el empleado se dispuso a darme el dinero, pero en todos los timos hay que decidir e improvisar sobre la marcha. Entré y salí del banco en menos de doce minutos. Más rápido que muchos atracos, supuse. Tenía seis mil cuatrocientos dólares en el bolsillo y no había necesitado ni un solo disparo.

Si Virgil hubiera estado de pie, se habría caído de espaldas. En realidad, estaba en el asiento trasero del Nash, pero incluso allí se echó contra el respaldo, dejando escapar una exclamación de admiración.

—¡Es fabuloso, Jack! ¡Vaya timo que has inventado! ¡Vaya monumento de timo!

Rose también estaba impresionada, y el suyo no era un espíritu fácilmente impresionable. ¡Demonios, hasta yo estaba impresionado con lo que había hecho! El timo había entrado con la suavidad de la miel en un té caliente. Claro que lo que habíamos hecho era un delito en toda la regla. Ya no era cuestión de cruzar los límites del condado para salvarnos.

En el banco siguiente, las cosas salieron aún más rodadas. El director se puso de pie, llamó al cajero, que estaba del otro lado de la sala, y le hizo una señal con la mano para que siguiera adelante. Su escritorio quedaba parcialmente oculto detrás de una columna, de modo que no tuve que preocuparme porque viera al empleado contando un fajo grueso de billetes.

Pero en el tercero, el truco se vino abajo.

Todo había empezado bastante bien, sin el menor tropiezo con el cajero. Pero aquí el director era un tirano con traje de rayas y tenía al cajero entre ceja y ceja, una posibilidad que yo no había tenido en cuenta. Remilgado, con la cabeza como posada en lo alto de un cuello almidonado, me miró a través de las medias gafas y me dijo:

—No debería haberlo enviado a usted hasta aquí por esta nimiedad. ¡Ese chico es un incompetente! ¡Claro que puede hacerle efectiva esa orden de pago! ¡Y pensar que su tía estará esperando! Le ruego que me disculpe.

¡Y me siguió hasta el mostrador!

—Voy a acompañarlo, para solucionar este asunto de una vez por todas —dijo, levantándose de la silla.

—No, no, no —repliqué yo—. No es necesario, de verdad.

Pero él insistió, y volvimos los dos juntos al mostrador, donde el director de la sucursal le ladró al cajero:

—¡Páguele a este joven su dinero y no vuelva a molestarme con esta clase de trivialidades!

Dos historias rivales entraban en colisión frontal. El empleado me miró a mí y después al director, preguntándose qué habría hecho mal. Entre confuso e intimidado, dijo con voz temblorosa:

—Pero... Es a causa del importe... Las normas del banco dicen que...

—Hágalo y punto —dijo el director, con el desdén pintado en la cara—. No necesita mi autorización para semejante nimiedad.

—Lo que usted diga, señor Kerr —dijo el cajero, con la mayor docilidad posible.

El director, volvió a disculparse conmigo y estaba a punto de marcharse —de hecho, se había dado la vuelta para marcharse (¡así de cerca estuvo de salir bien!)—, cuando el cajero me preguntó:

—¿En billetes de cien, señor? ¿O de cincuenta?

En ese instante, el director se paró en seco y se volvió, sin estar seguro de haber oído bien.

La idea de pagar doce dólares en billetes de cien le resultaba tan paradójica que por un momento quedó descolocado, y ése fue el tiempo que yo necesitaba.

—Se lo voy a preguntar a mi tía —dije... y me esfumé.

No volvieron a verme el pelo. Salí despedido por la puerta y bajé por la calle a la carrera, hasta el callejón. Me zambullí en el asiento trasero y me cubrí bajo una manta, mientras Rose arrancaba el motor. Pasó al lado de ellos. Estaban en la esquina, el empleado del banco y el director, perplejos todavía por lo sucedido. Sabían que acababan de evitar algo, pero aún no sabían exactamente qué.

Cualquiera habría dicho que para entonces Virgil me tendría cierto respeto, por haber reunido doce mil ochocientos dólares en una

sola tarde. Pero no. Todavía nos faltaban más de seis mil, y me puso de vuelta y media por no aguantar el tirón en el banco.

Mientras Rose llevaba el coche por calles secundarias, Virgil despotricaba.

—¡Maldita sea, Jack, te lo tengo dicho! Siempre hay un momento en que el pardillo se da cuenta. Te mira a los ojos y entonces lo sabe. Pero cuando eso sucede, lo que tienes que hacer es sostenerle la mirada, mirarlo directamente a los ojos y obligarlo a confiar en ti. ¡Y no cagarte y salir corriendo al primer signo de duda! ¡Maldita sea!

—De nada —dije yo—. No tienes por qué agradecerme los doce mil y pico que acabo de ganar.

Virgil mascculló algo.

Yo no dije nada más al respecto. Me limité a mirar por la ventana las manchas de césped que íbamos dejando atrás, todas ellas faltas de riego, pero con la hierba bastante bien cuidada y esforzándose por crecer. En ese momento no comprendí su importancia, pero eran la clave de todo. El mantenimiento del césped. El ciclo vital de los dientes de león. Y las moscas de Charley Wong, las que no eran de España. Los signos estaban todo el tiempo delante de mis narices, pero yo no lo sabía.

—¿Qué hacemos entonces? —dijo Rose—. Es la hora del cierre. Ya no podemos dar el golpe en ningún otro banco y mañana es sábado.

—¡Es increíble que se haya abandonado la semana laboral de seis días! —dijo Virgil—. En este país, ya no hay ética del trabajo ni hay nada. Ése es el problema con este país. ¿Quieres saber lo que vamos a hacer? Te lo diré. Como Wheaties se ha quedado corto, reuniremos los últimos seis mil al viejo estilo. Timos callejeros y estafas sobre la marcha. Quemaremos esta ciudad como nadie la ha quemado.

Seis mil dólares. Era más de lo que la mayoría de la gente ganaba en un año. Y nosotros teníamos que reunirlos antes de la noche del día siguiente.

—Podríamos vender más cachorros —dije yo.

Rose nos había llevado otra vez al centro y se había detenido delante de un semáforo, junto a una casa de empeños. El local me recordaba a la tienda de Cyrus Tweed, en Paradise Flats, pero para mal. Objetos tristes y abandonados yacían polvorientos y desvaídos en el escaparate: un trombón viejo y sin lustre, un maniquí, una máquina de escribir, un violín...

En la acera de enfrente estaba la tienda de la competencia, con una exposición igualmente triste detrás de los escaparates protegidos con barrotes: una guitarra, una colección de patrones de costura y otro violín, más estropeado aún que el anterior.

¿Se han dado cuenta?

Yo no. Pero Virgil lo vio enseguida.

—¡Espera! —dijo, cuando el semáforo cambió a verde—. Aparca aquí.

Virgil se bajó del coche y se quedó un momento en la acera, con los brazos en jarras, como un general estudiando el terreno. Estuvo mirando primero una de las casas de empeño, y después la otra, al otro lado de la calle.

Me indicó que saliera también del coche.

—Quítate la chaqueta —me dijo—, remángate la camisa, abóllate un poco el sombrero e intenta parecer lloroso.

—¿Lloroso? —dije yo.

—¿Quién necesita cachorros? —replicó él—. Vamos a vender violines. Vamos a vender ese violín de ahí a la casa de empeños de enfrente, y después venderemos ese otro violín, el de allí, a la tienda de aquí. —Virgil miró a Rose—, El *Coronel* Jim y el Diácono solían hacer este timo. ¿Cómo decían que se llamaban los violines? ¿Recuerdas cómo se llaman esos violines italianos tan caros?

—Stradivarius —respondió Rose—. Hechos en Cremona, el lugar de donde viene tu familia.

—¿Cremona? ¿Eso te dije? Pensé que te había dicho Nápoles. ¿O era Palermo? No lo recuerdo.

Ése era siempre el problema con Virgil. Recordaba perfectamente sus historias a corto plazo, pero tenía dificultades con las más largas, como las referentes a su identidad o su lugar de origen.

—Jack, muchacho —me dijo—. Tienes ante ti un par de valiosos Strada...

—... varius —terminó Rose.

—... de valiosos violines Stradivarius. Y es una pena que un músico joven como tú, empujado por la pobreza, tenga que llevar a la casa de empeños el violín heredado del abuelo, ¿no crees?

Asentí.

—Muy cierto.

Virgil entró en la primera tienda y compró por ocho dólares el violín del escaparate. Salió, me lo dio y yo crucé la calle, para entrar en la segunda tienda, más abatido que un perro apaleado. Allí empeñé el violín por cuatro dólares.

—Era de mi abuelo —dije—. Lo trajo de Europa cuando vino al Nuevo Mundo. Vale por lo menos cien dólares.

Pero el hombrecito detrás del mostrador no cedió.

—Si no le parece bien, vaya a la tienda de enfrente —dijo—. Pero aquí el precio son cuatro dólares. Puede recuperarlo por seis, si vuelve antes de una semana.

Cogí el resguardo y salí arrastrando los pies. Menos de cinco minutos después, entró Virgil. Estuvo curioseando un poco y compró

el violín expuesto en el escaparate. Pagó con gesto desdeñoso, comentando que sólo servía «para desmontarlo y usar las piezas de repuesto». Pero entonces su mirada se posó en el violín que yo acababa de dejar, apoyado en el mostrador. Lo levantó, lo sostuvo respetuosamente entre las manos, sopló el polvo de las cuerdas y entonces, al advertir que aún no estaba en venta, proclamó:

—¡Señor mío! ¡Éste es un auténtico Stradivarius, venido directamente de Nápoles, y vale varios miles de dólares!

Sacó del bolsillo una tarjeta de visita, una que decía simplemente «Talbot Green».

—Soy comerciante de antigüedades —explicó, y tras revelar que casualmente estaba alojado en el mejor hotel de la ciudad, añadió—: Dígale al individuo que lo ha traído que pregunte por mí en el hotel. A usted le pagaré una comisión… de cincuenta dólares, digamos. Pero a él no le revele el verdadero valor del violín. No quiero que nadie se aproveche de mi fortuna.

Y claro, en cuanto se marchó Virgil, aparecí yo.

—No puedo hacerlo —dijo—. Mi abuelito me dejó ese violín y es lo único que me queda de él. Aquí tiene el resguardo y su dinero.

—Arrojé unas cuantas monedas y unos billetes arrugados sobre el mostrador—. Son seis dólares. Devuélvame el violín de mi abuelo.

¡Y quién lo hubiera dicho! El hombrecito mezquino me propuso que, en lugar de recuperarlo, se lo vendiera por cuatrocientos cincuenta dólares, que por lo visto era la tarifa establecida para los tesoros de familia. Tuve que regatear un poco para llegar a esa cifra, pero como él esperaba un beneficio fácil de varios miles de dólares, la soltó sin rechistar. Al final, acepté su dinero, pero con gesto compungido, ya que después de todo ese violín era una herencia de familia.

Hice lo mismo una vez más y empeñé el segundo violín en la primera tienda, antes de la oportuna intervención de Virgil. Por sólo cruzar la calle con un violín de ocho dólares y volver con otro de doce, habíamos logrado como intermediarios (o «comisionistas», como también se dice) unas ganancias de casi quinientos dólares por violín. Es lo que se llama «un saludable margen de beneficio».

Poco a poco nos aproximábamos a la meta y estábamos más cerca de recaudar la suma necesaria, pero Silver City se estaba poniendo cada vez más caliente para nosotros. Tendríamos que marchamos pronto de la ciudad, antes de que nuestras víctimas empezaran a estrechar el cerco a nuestro alrededor. Cada vez que enseñábamos la cara, aumentábamos el riesgo de que alguien nos reconociera.

Supongo que hubiésemos debido sentir algo más por la pobre mujer asesinada en una habitación de hotel y por el desdichado de su hermano, cortado en pedacitos. Pero a decir verdad, nos preocupaba

más su marido, que por lo que nosotros sabíamos aún seguía libre. Estaría por allí, en algún sitio, y nosotros empezábamos a ponemos nerviosos.

Rose me lo había advertido, me había dicho que nuestro trabajo podía quemarte. «Empiezas a ver figuras en cada sombra y sombras en cada figura. Empiezas a imaginar cosas. Empiezas a pensar que te siguen, que te vigilan.» Pero los temores habían demostrado tener fundamento. Era cierto que había figuras en las sombras. A veces me parecía como si todo el mundo fuera a precipitarse en esa oscuridad. Quizá fuera ésa la verdadera maldición del tuerto: ver el mundo tal como es, ver la oscuridad que los ciegos no pueden ver.

Por la noche volvimos a casa, encima del local de Charley Wong, y nos pusimos a contar una y otra vez nuestro dinero, escuchando la radio, mientras avanzaban los ejércitos de Hitler. Al final Virgil confesó que tenía quinientos dólares más escondidos en el forro de la chaqueta. Rose tenía otro tanto en una de sus cajas de sombreros. Me miraron, pero yo no tenía nada más que dar. Mis latas de tabaco contenían el total de lo que hasta ese momento había generado mi educación. No se me había pasado por la mente guardarme una parte.

La radio, con el volumen bajo, murmuraba algo acerca de las incursiones aéreas de la Luftwaffe. Caían bombas en Varsovia. Al otro lado de la ventana, en la calle, un organillo tocaba una melodía chillona y la música se colaba en nuestro apartamento. Después habló Franklin Delano por la radio y tranquilizó a los norteamericanos: «Estados Unidos seguirá siendo un país neutral.»

Virgil levantó la vista.

—Todavía nos falta —dijo.

—Podríamos vender el parque de vehículos de la empresa —dije, refiriéndome a la furgoneta asmática aparcada detrás del café de Charley Wong.

—Te deseo buena suerte, si lo intentas —dijo Virgil—. Tendríamos que pagar para que alguien se la lleve.

—¿Y el Nash? Podríamos venderlo fácilmente y comprar algo más barato —propuse—. Quizá un De Soto o un Modelo A. Hay un anuncio en *el* tablón del local de Charley. Un tipo de las afueras de la ciudad vende un Bantam deportivo. Trescientos dólares. Con la transmisión nueva. Nos haría el mismo servicio que el Nash. Estaríamos un poco más apretados, pero aun así...

—Imposible —dijo Virgil—. No puedo vender el Ambassador. Me lo dieron como una especie de pago, por así decirlo, en un negocio que se torció, en Arlington. Si alguien se pone a investigar la matrícula o los números de serie, tendría que dar muchas explicaciones. —Me miró—. Pero no lo robé. No exactamente.

La única razón que podía tener para decirme que no lo había

robado, era inducirme a pensar que sí lo había hecho. Miró a Rose. Fue sólo un instante, pero suficiente para delatarse. Supe que estaba mintiendo. El coche era suyo, pero no quería deshacerse de él, eso era todo. Se había acostumbrado a tenerlo y yo lo notaba. El Nash Ambassador era un coche precioso.

Virgil estiró el cuello, como si le doliera.

—Mañana —dijo— nos saltaremos todos los límites de velocidad, ya lo verás.

El día había sido largo. Virgil se metió en la cama y enseguida se puso a roncar.

Yo habría hecho lo mismo, si Rose no hubiera venido a mi habitación. Apartó la manta y se deslizó a mi lado.

—No puedo dormir —dijo.

Sesenta y cuatro

ERA POR la mañana y el sol llenaba mi habitación.

La ventana que daba a la escalera de incendios estaba medio abierta y se filtraban los ruidos de la calle, curiosamente amortiguados, como voces en el fondo de un pozo. Había motas de polvo suspendidas en los haces de luz, en tal cantidad que el aire parecía centellear. Me hizo pensar en el agua del mar y en cómo la gente trataba de extraer oro del flujo y reflujo de la marea. Si era posible arrancarle oro auténtico al mar, ¿por qué no capturar oro falso en el aire? Sólo habría hecho falta un cedazo suficientemente fino...

Virgil asomó la cabeza.

—Jack, es hora de levantarse. Tenemos que empezar temprano.

Rose estaba a mi lado. Estábamos los dos apretados en ese catre estrecho. Habría sido difícil no verla ahí acostada, pero Virgil no dijo nada. Yo tampoco. Era una situación que Ovidio no había contemplado.

Bajamos al café de Charley Wong y los tres desayunamos rápidamente.

—Ya os había dicho que volveríais —dijo Charley con sonrisa satisfecha.

El periódico de la mañana no traía nada nuevo acerca del doble asesinato en el Bluebird, lo que nosotros interpretamos como un buen signo. Quizá empezaba a disiparse el interés. Pero no era así. La suerte, si es que existía, nos había vuelto la espalda, como el mar cuando cambia la marea.

Nuestra camarera no estaba esta vez en su puesto, para compartir con nosotros los últimos rumores escabrosos de la matanza de la víspera. Pero en la barra había un hombre, que hablaba con Charley del tema. Estaba de espaldas, pero oíamos lo que decía.

—La policía lo tiene todo acordonado, toda la zona alrededor del hotel. Registran todos los coches que se acercan y me han dicho que ayer por la noche llegó un destacamento de agentes del FBI. No hacen ninguna declaración a la prensa. Dicen que tienen una pista.

Charley vino a nuestra mesa con la cafetera en la mano, pero Virgil rechazó el café con un gesto.

—Tengo que irme —dijo.

—¿Te sientes bien? —le preguntó Charley—. Estás pálido.

Recorrimos Silver City con una especie de pánico contenido, trabajando con rapidez y atacando de uno en uno los diferentes barrios. Hicimos sobre todo cambios de cajas registradoras, para sacar provecho de los últimos billetes falsos que aún tenía Virgil. También

barrimos todo el distrito de la gente de color, y si a Virgil le incomodó hacerlo, no lo dejó traslucir.

Sólo paramos para tomar un sándwich ligero a la hora del almuerzo e incluso entonces sacamos algo de calderilla al salir del restaurante. Había cierto agotamiento en el aire, el tipo de extenuación que sientes cuando tratas de correr más rápido que una tormenta de arena.

Cayó la tarde en la ciudad.

Nos recogimos en nuestro apartamento —nuestra guarida, como decía Virgil— y contamos la recaudación del día. Sumándolo todo (lo de los violines, el dinero extra que habían soltado Virgil y Rose, y el dinero de los cambios de cajas registradoras), lo habíamos conseguido. Pero muy poco más. Después de pagar, nos quedarían menos de cien dólares. Menos de cien dólares para empezar de nuevo cuando llegáramos a Colorado.

Gran Bretaña y Francia le habían dado a Alemania doce horas para retirar las tropas de Polonia, o de lo contrario le declararían la guerra. Yo casi no pude seguir los sucesos de aquel día, que la Audiola iba desgranando, por lo muy nublada que tenía la mente. Los tres nos habíamos agotado. Rose tenía ojeras, Virgil estaba tan exhausto que había perdido sus tics habituales y su cháchara, y yo no paraba de bostezar.

Virgil guardó su parte y la de Rose, cincuenta mil dólares, en una bolsa grande de lona, y yo me quedé con mis veinte mil, más por costumbre que por otra cosa. Virgil consultó el reloj. Tenía una cita con nuestros chantajistas en una taberna del otro lado de la ciudad. En cuanto les hubiera pagado, teníamos pensado meter el resto de nuestras cosas en el Nash y salir pitando. Si viajábamos durante toda la noche y todo el día, podíamos llegar a Denver el lunes.

—Dejaremos esto atrás —prometió Virgil—, como un mal sueño.

—¿Los hay de otra clase? —preguntó Rose.

Salimos del apartamento y atravesamos la azotea, Virgil a la cabeza y yo detrás, sintiendo el peso de mis latas de tabaco dentro de la funda de la almohada.

Cuando Virgil ya había empezado a bajar la escalera hacia el callejón trasero, Rose titubeó un momento y me dijo:

—Podías haberte marchado. Podías haberte largado con tu parte y librarte de esto. ¿Por qué no lo has hecho? Y no me digas que ha sido por mí.

—No, no ha sido por eso —dije yo—. No del todo.

A decir verdad, ni yo mismo sabía muy bien por qué no me había largado con mi parte del botín. Quizá fuera porque, al fin y al cabo, era sólo dinero.

Íbamos por la mitad de la escalera metálica, Rose y yo, cuando

una figura salió de las sombras, allá abajo, y fue hacia Virgil.

Virgil estaba junto al Nash y de hecho ya había metido la llave en la puerta del coche. No lo vio venir. No sintió la trayectoria del bate de béisbol hasta que fue demasiado tarde. Lo golpeó de lleno en un costado. Desde arriba, donde estábamos nosotros, se oyó el crujido de la madera contra los huesos.

—¡Virg! —gritó Rose, pero para entonces él se había desplomado, como un peso muerto.

Aparté a Rose y la adelanté, bajando los peldaños de tres en tres, con la funda de la almohada balanceándose furiosamente en mi mano. El hombre del bate cogió el dinero de Virgil y echó a correr. Me puse a buscar una baldosa suelta, una piedra o alguna otra cosa que pudiera arrojarle, pero no confiaba en mi puntería. El béisbol nunca había sido mi fuerte. Intenté perseguirlo lo más rápido que pude, pero lo perdí en una calle lateral. Di un montón de vueltas, mirando en todas las direcciones, por el callejón y arriba, en los tejados. Me faltaba el aliento y sentía una rabia que hasta ese momento no había conocido. Si lo hubiera atrapado, lo habría matado. Oí un gemido y me volví, pero era sólo un gato persiguiendo algo. Oí otro ruido más, y giré sobre mí mismo para hacerle frente, pero no era nada. Sólo yo mismo y mis latas de tabaco.

Saqué una, la abrí y agarré un puñado de billetes.

—¿Quieres dinero? —grité—. ¡Yo tengo dinero! ¡Ven a cogerlo!

Nada. Sólo mi voz, despertando ecos en el vacío. Nadie aceptó mi oferta.

Cuando volví al callejón de detrás del local de Wong, encontré a Rose acunando a Virgil en los brazos. Oí la respiración de él, sibilante, y lo que al principio me pareció un borboteo.

—*Rosa, Rosa, mi serafina...* —dijo él, quizá en italiano.

—No hables —le dijo ella.

—La boca —preguntó él—. ¿Tengo... tengo sangre?

—No —respondió Rose, y entonces vi que estaba llorando.

—Entonces no me... No me han hecho estallar el pulmón. Bien.

Ayudamos a Virgil a ponerse de pie y Rose lo vendó allí mismo, en el callejón. Sacó vendas y gasas de la guantera del coche y trabajó con rapidez. Parecía como si ya hubiera hecho antes ese tipo de cosas.

Virgil hizo una mueca de dolor.

—Ese hombre me dijo... cuando se llevó el dinero... dijo que el tipo de la casa de empeños de la calle Séptima... me mandaba saludos. —Intentó sonreír, pero en lugar de eso se le contorsionó la cara—. Por lo menos alguien... estará contento.

Era cierto. ¡Mandar a un gorila a cobrarse una deuda y descubrir que el gorila vuelve con cincuenta mil dólares! ¡Eso sí que eran ganancias!

—Jack... —dijo Virgil—. Ve arriba... Abre el baúl. Sácalo... todo.
A Rose le cambió la expresión.
—Virgil, no.
—Dile que abra el baúl, Rose. Dile... que levante el doble fondo.

Sesenta, y cinco

NO SÉ lo que esperaba encontrar. Una pistola, quizá. Balas de plata. Incluso doblones de oro españoles.

Pero no una caja de madera y una pila de papeles en blanco, cortados a medida. Eso no. Volqué el baúl, poniéndolo de pie sobre uno de los lados. La ropa que había dentro se desparramó por el suelo, junto con un montón de recibos, sombreros y huchas para obras de beneficencia. Separé el doble fondo con un cuchillo de cocina. La caja oculta debajo era del tamaño de un libro grande y pesaba más o menos lo mismo. Era de palo de rosa, con la madera sumamente pulida y lustrada. A un lado tenía una bisagra y una cerradura, por lo que también se abriría como un libro. Unos robustos tomillos, arriba y abajo, mantenían firmemente sujetos los dos lados.

Al lado del papel cortado, había un bote de metal, con la leyenda «Propiedad de la Casa de la Moneda de Estados Unidos» impresa encima con una plantilla. Desenrosqué la tapa y aspiré. Olía como el líquido del revelado.

Parecía un equipo para falsificar dinero; pero como nunca había visto uno, no podía estar completamente seguro.

—Es una... una máquina de fabricar dinero —dijo Virgil, cuando la llevé abajo.

Estábamos en el Nash, de camino hacia nuestra cita. A Virgil le dolía mucho el costado. Lo notábamos cada vez que el coche giraba o cogía un bache. Respiraba superficialmente, como si tuviera un peso en el pecho.

—Compré... dos de ésas. Ahora sólo me queda... ésta.

—Necesitas un médico —dijo Rose.

—Se las compré... a Lustig en persona. Al Conde. —Virgil tenía la cara pegajosa por el sudor y el dolor—. Estaré... bien. Sólo hay que esperar a que la morfina haga efecto.

La señorita Rose lo había estado atendiendo mientras yo estaba arriba. Vi un frasco vacío en el salpicadero. Supuse que formaría parte de su botiquín habitual de primeros auxilios.

Rose aminoró la marcha y pasó delante de la taberna donde Virgil tenía que encontrarse con nuestros chantajistas. Pasó de largo.

—Dos hombres —dijo—, en la mesa del fondo.

Yo pensaba que Virgil iba a tratar de negociar con ellos, que les daría mis veinte mil dólares y añadiría la máquina de fabricar dinero para completar el pago. Pero no.

—No se dejarán engañar... con esto —dijo él.

—No me gusta nada —dijo Rose—. No estás en condiciones.

¿Recuerdas la última vez? ¿Recuerdas lo que pasó?

—Busca... un callejón —dijo Virgil.

Ella miró por el retrovisor y, cuando estuvo segura de que no nos seguía nadie, aparcó en un solar, a varias manzanas de distancia, haciendo que unos cuantos gatos huyeran maullando. Apagó las luces, pero mantuvo el motor en marcha, con las manos firmemente apoyadas en el volante. Virgil me pidió que encendiera la luz interior del coche.

En el asiento trasero, aflojó los tomillos de mariposa que mantenían cerrada la caja de madera, y la abrió. Dentro, había dos planchas metálicas, grabadas con la imagen de un billete de cien dólares. La plancha superior era el anverso del billete y la inferior, el reverso.

En torno a los números de serie y entre las cifras, había unas líneas.

—Los números de serie están sueltos —dijo Virgil—, Solamente hay que cambiarlos de orden... para que coincidan con... con los del billete que pongas dentro.

Desenroscó la tapa del bote metálico y echó un poco del líquido en el pañuelo.

—Aplicas esto en las planchas... Así... Después pones... un papel... en blanco.

Colocó una sola hoja entre las planchas grabadas, cerró bien la caja y apretó con fuerza los tornillos de ambos lados.

—Se necesita tiempo... para que el papel absorba los productos químicos. La presión también es importante. Le confiere esa... esa textura de hebras de algodón. Hace que se asiente... la tinta.

—¿Cuánto tiempo hay que dejarlo? —pregunté.

—Seis horas. Doce. Ocho. El tiempo que necesites... para largarte lo más lejos posible.

Esa vez no esperó nada. Aflojó los tomillos y volvió a abrir la caja. La hoja de papel en blanco se había convertido en un billete de cien dólares. Lo levanté para examinarlo.

—Increíble —dije—. Parece auténtico.

—Porque lo es —dijo Rose.

—La plancha superior —dijo Virgil— es abatible. Debajo... hay un billete auténtico. Cuando... cuando aflojes los tomillos... oirás... oirás un...

—Un chasquido —dijo Rose—. Al darle otra media vuelta, cae la segunda plancha. Nunca lo notan.

El segundo juego de planchas estaba grabado exactamente igual que el primero. Cuando caía, revelaba el billete auténtico que había en la caja y cubría al mismo tiempo el papel en blanco.

—¿Cómo conseguiste las planchas? —pregunté—. ¿Las robaste de

la Casa de la Moneda?

Virgil intentó reír, pero acabó soltando un gemido.

—No son más que grabados baratos —dijo Rose—. El *Conde* Lustig calcó un billete de cien dólares sobre unas planchas de cobre y uno de sus compinches repasó los trazos con un punzón.

—Cuando... cuando vayas a colocar el billete... sumérgelo primero en agua. Es más convincente si sale... húmedo.

—¿Qué hay en el bote?

—Alcohol de friegas, un poco de aceite de regaliz y tintura de yodo.

Básicamente, alcohol de alambique.

Miré el reloj del salpicadero. Se estaba haciendo tarde.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque tú... —dijo Virgil—. Tú... amigo mío... vas a vender esta máquina... por cincuenta mil...

—¿Yo?

Rose estaba meneando la cabeza.

—Esto no me gusta, Virgil. No me gusta nada.

—No hay otra opción —dijo Virgil—. No podemos... no hacerlo.

—Por algo así te pueden matar —replicó ella—. No es una simple cagada de paloma o una Biblia con agujeros de bala. ¿Se te ha olvidado cómo te hicieron arrodillar? Estuviste a las puertas de la muerte, Virgil. ¿Lo recuerdas?

—He aprendido... la lección —dijo él—. Esta vez... no vamos a vendérsela... a ningún viajero irlandés.

Sesenta y seis

A LOS viajeros irlandeses, no.

Ellos eran capaces de rastrearte a través de varios estados, si era preciso, y de abrirte un agujero en el tórax, aunque fueras un héroe de guerra condecorado y estuvieras suplicando por tu vida.

Virgil llegó a la conclusión de que necesitábamos a una persona con actividades algo turbias, pero bien establecida. No buscábamos a ningún vagabundo, sino a alguien con acceso a dinero de verdad, que no rehuyera una oferta claramente ilegal. Necesitábamos a alguien con conexiones y protección, pero suficientemente rústico como para caer en el engaño.

En Silver City, eso era como decir *Pelotas de Hierro* Dicannti.

Era un hombre que había recibido una patada en los testículos sin pestañear, un hombre que se comía a los líderes sindicales como si fueran pistachos, un hombre que custodiaba los intereses de la familia De Valu en la ciudad; en pocas palabras, un hombre que podía hacerte matar. A ese hombre estábamos pensando timar. A ese hombre quería Virgil que yo me enfrentara.

Virgil había entrado en la taberna y había hablado con nuestros chantajistas, mientras Rose y yo esperábamos en el coche. Les había dado mis veinte mil dólares (hasta el último centavo de lo que yo había ganado con nuestros trabajos), como primer pago, y los había convencido para que nos ampliaran el plazo. Hablando, era capaz de salir de cualquier aprieto, incluso con las costillas vendadas y los labios entumecidos por la morfina...

Le dieron de plazo hasta la medianoche para volver con el resto.

—Dime que no eran viajeros —dijo Rose, cuando Virgil se acomodó en el asiento trasero del Nash.

—Peor —replicó él—. Polis.

Había dos. El primero era calvo, fornido, vestía abrigo negro y tenía una mirada feroz que, según Virgil, habría podido derretir el asfalto de la carretera. El otro era la mitad de grande que el primero, lo que significaba que todavía era bastante corpulento. Estuvo todo el tiempo chupando un palillo y observando a Virgil con un desprecio que no se molestó en ocultar.

Al parecer, el marido desesperado se había suicidado.

—Lo encontramos detrás de una tienda, en la calle Séptima —le dijeron a Virgil—. Una verdadera tragedia.

—¿Muerto? —preguntó Virgil.

Los policías asintieron.

—Se disparó en la espalda. Cinco veces. Ha sido malo para él,

pero bueno para ti. Sin el marido por medio, la historia acaba en nosotros. Paga y podrás irte tranquilamente a casa. De lo contrario, te encontraremos. —Uno de ellos sonrió—. Sería la cuarta temporada entre rejas, ¿o me equivoco, Giuseppe? Tengo un primo en Eastham. Trabaja de carcelero. Deberías ir a saludarlo la próxima vez que ingreses.

Hacía mucho que se había ido el sol. La noche había caído sobre nosotros. Nuestra única esperanza era la máquina milagrosa de hacer dinero que yo tenía sobre las rodillas. Rose nos llevó en el coche a través de la ciudad, pasando delante de las luces como de feria y las ronroneantes cintas sin fin de la planta del consorcio De Valu, que borboteaba y titilaba como un juego escolar de química. Cuando habíamos estado allí podando árboles y plantando ramas, Virgil había localizado la casa de Dicannti, un poco alejada de la planta, con gabletes en los tejados y un guardia en el portón. Allí fuimos.

—Recuerda que debes darle a entender que las planchas son robadas —dijo Virgil—, De ese modo... no podrá denunciarte a la policía... sin incriminarse él también. Es nuestra protección. —Inhaló trabajosamente una bocanada de aire—. Pero no siempre... funcionan las protecciones, sobre todo cuando el pardillo decide... tomarse la justicia por su mano. Pero todo saldrá bien. Apostaría por ti... ahora y en cualquier momento.

—No vamos a mandar a Jack solo —dijo Rose.

—Pero si algo sale mal...

—¡Virgil, no!

—De acuerdo —dijo él, molesto por el interés de Rose hacia mí y molesto porque lo demostrara—. Dadme... el tiempo de contar hasta ocho... y después seguidme.

Le llevó cierto tiempo bajar del coche. Estábamos aparcados frente a la casa, pero fuera de la vista del guardia. A cada movimiento, Virgil hacía una mueca de sufrimiento. Se puso de pie, se tragó el dolor, enderezó la espalda y echó a andar hacia el portón.

Rose y yo lo seguimos un momento después. Virgil se había puesto una chaqueta limpia y se había enjugado el sudor de la cara, y Rose le había hecho un nudo nuevo en la corbata. Tenía todo el aspecto del agente federal que con tanta frecuencia solía encarnar. Pero esa noche no íbamos a cambiar cajas registradoras. Esa noche las apuestas estaban mucho más altas.

Virgil se dirigió con paso decidido a la caseta del guardia, atrayendo toda la atención mientras Rose y yo nos deslizábamos entre las sombras. Entonces sentí como si todo lo que había hecho desde el primer encuentro con Rose y Virgil me hubiera conducido inevitablemente hasta ese momento.

—Considéralo tu graduación —me había dicho Virgil en el coche.

Y supongo que lo fue, aunque en más de un sentido.

El vigilante no nos vio a Rose y a mí.

—Agente especial, FBI —dijo Virgil en voz alta, dejando ver la placa en un destello—. Necesito que el señor Dicannti me conceda solamente un minuto de su tiempo.

Dicannti no era ningún Rockefeller, ni tampoco un auténtico miembro de la familia De Valu, pero trabajaba para ellos y eso obligaba a respetar ciertos protocolos. El guardia consultó por radio, obtuvo una respuesta afirmativa y dejó pasar a Virgil.

Para entonces, Rose y yo estábamos pegados a una de las paredes laterales de la casa. Virgil nos vio, pero no dijo nada. Delante había un Lincoln color crema aparcado, con un Studebaker sedán al lado. Virgil llamó al timbre e inhaló una última bocanada de aire, desafiando el dolor.

El señor Dicannti resultó ser sorprendentemente pequeño para un hombre de tan colosal reputación. Yo había esperado ver caer una sombra sobre Virgil cuando Dicannti saliera a la puerta, pero no. El que salió fue un hombre delgado, en batín, más o menos igual de alto que Virgil.

Había otro hombre con él, aparentemente un guardaespaldas. Demasiado corpulento para ser mayordomo. Rose y yo nos apretamos un poco más contra la pared.

—¿Es usted del FBI? —preguntó Dicannti.

—En efecto —dijo Virgil—. ¿Podríamos hablar un momento... a solas?

Dicannti le hizo un gesto de asentimiento al individuo que tenía al lado.

—Ve y mira que atiendan a los demás —dijo.

Después se volvió hacia Virgil.

—¿De qué se trata? —preguntó con voz acerada.

Evidentemente, era un hombre con varios esqueletos escondidos en el armario y también, sin duda, en sótanos y vertederos. Pero Virgil disipó enseguida sus temores.

—Oh, no es nada, en realidad —dijo—. Y lamento verme obligado a... importunarlo en su casa de este modo. Pero han desaparecido un par de planchas de la Casa de la Moneda y estamos visitando a personas de... de particular importancia, solamente como... precaución.

—¿Cómo precaución? —repitió Dicannti.

—Así es. Para que estén en guardia si alguien pretende pasarles una cantidad muy abultada de dinero en efectivo. Las planchas robadas son las utilizadas para fabricar billetes de cien dólares. No son falsificaciones. Son auténticas. Fueron sustraídas de la Dirección de Grabado e Impresión de Estados Unidos, y por lo tanto no es posible...

—Virgil estaba sudando y le costaba mucho disimular la pequeña agonía que estaba sufriendo—. No hay ninguna manera de... de identificar los billetes que produzcan. No podemos rastrearlos. Por eso queríamos advertirle. Esos billetes serían dinero de curso legal, ¿lo comprende?, pero habrían sido impresos ilícitamente. Le ruego que se ponga en contacto con nosotros sí sabe de algún... Espere un momento. Antes de venir para aquí, recibí un telegrama acerca de este asunto. Puede que venga indicado un número de teléfono al que llamar.

Desplegó un papel, lo miró y dijo:

—¡Oh, esto no lo había visto! Había algo más. Parece ser que los han localizado en Nueva Jersey. —Volvió a guardarse el papel en el bolsillo—. Siento haberlo molestado. Falsa alarma. Me marcho.

—¿A quiénes han localizado en Nueva Jersey?

—A los culpables. Connie Parker y su joven amante, un inútil que responde al nombre de William Daniel Jones. Parece ser que tenemos datos para detenerlos, así que... —Virgil se detuvo y se secó la frente con un pañuelo—. Me despido de usted, señor. No tengo nada más... que hacer aquí.

Dicannti asintió.

—Buena suerte en la búsqueda, agente.

En cuanto Virgil se hubo marchado, Rose y yo aparecimos de repente. Dicannti retrocedió varios pasos por el asombro y se llevó la mano al costado, buscando una pistola que no estaba allí.

—¡Por favor, señor! —dijo Rose, en un susurro desesperado—. ¡Tiene que ayudamos!

—¿Quién demonios...? ¿Qué es este...?

—¡Por favor! —dijo Rose—, Escúchenos un momento. Tenemos algo que proponerle, ¿verdad, W. D.?

—Así es. Connie no le miente, señor. Todos dicen que usted es un buen hombre. Sólo le pedimos cinco minutos...

Dicannti miró detrás de nosotros, en dirección a la caseta del guardia, y por un momento pensé que iba a llamarlo. Pero no. Estaba mirando, para asegurarse de que Virgil se hubiera marchado y nadie nos hubiera visto.

Se hizo a un lado.

—Entrad —dijo—. Aprisa.

Sesenta y siete

BONITA casa, el «alcázar» de Dicannti. Eso también venía en la letra «A» del diccionario.

Nos hizo subir rápidamente a su despacho por una impresionante escalinata, entre jarrones, helechos y otros ornamentos.

—Esperad aquí.

La frialdad de su voz me hizo pensar: «Sí, éste es un hombre capaz de aguantar sin pestañear una patada en los testículos.»

Dicannti tenía invitados y bajó para despedirlos. Rose y yo esperamos en su despacho, junto a la mesa de escritorio, grande como un lago, estatuas de doncellas romanas que me recordaron a Ovidio y un enorme retrato en marco dorado del señor Dicannti, caracterizado como Julio César.

Rose miró a su alrededor y murmuró:

—Dinero. Puede comprarlo todo, excepto el buen gusto.

Después, de pronto, se abalanzó sobre mí y me besó profundamente en la boca. Por un momento, pensé que se había emocionado por el riesgo de lo que intentábamos hacer, pero no era eso. Dicannti ya venía de vuelta y Rose quería que nos sorprendiera besándonos.

Pelotas de Hierro carraspeó y nos miró con expresión desaprobadora. ¡Una mujer como ella, corrompiendo la moral de la juventud norteamericana! ¡Qué vergüenza!

—Irrumpís en mi casa para proponerme algo ilegal. ¿Por quién me tomáis?

«Por un pardillo, muchacho, por un pardillo.» Yo debería haber estado asustado, pero no lo estaba. Dicannti no iba a vapulearnos, al menos hasta que oyera nuestra oferta. Tampoco iba a llamar a la policía. ¿Para qué involucrarse en un asunto sucio, aunque fuera tangencialmente? Si no se tragaba el anzuelo, lo peor que podía pasar —según lo veía yo— era que nos echara a la calle a patadas.

Dicannti miró el reloj que había sobre la repisa de la chimenea y dijo:

—Cinco minutos. Después, llamaré a la policía.

Pero era un farol, lo noté enseguida. Era un hombre pequeño y receloso, la clase de persona que vigila su propia sombra por el rabillo del ojo cuando se afeita por la mañana, el tipo de individuo que se cree demasiado listo para que lo timen.

Puse sobre la mesa la máquina de fabricar dinero y dije:

—Señor, estamos huyendo de la policía y necesitamos dinero. Mucho y de inmediato.

—Tranquilo —dijo él, y los labios se le curvaron en algo que hubiese podido confundirse con una sonrisa—. Os creen en Nueva Jersey.

Tenía ante mí un hombre —pensé— al que le gustaba disponer de información reservada sobre datos, planes, proyectos y apuestas seguras, un hombre que no podía resistirse a jugar si creía tener una mano ganadora, un pardillo al que merecía la pena timar. Allí mismo, en ese momento, supe que lo teníamos. Él aún no lo sabía, pero ya lo teníamos. Teníamos a ese devorador de sindicalistas, a ese César de retrato, a ese dueño de casa con batín de terciopelo, a ese matón con las pelotas de hierro; lo teníamos en el bolsillo. Sólo necesitábamos dejar que la situación se desenvolviera por sí sola. Era como en el billar: en cuanto das con el tiro correcto, las bolas no tienen más remedio que meterse en la tronera.

—Robada de la Casa de la Moneda —dije—. No estamos hablando de billetes falsos. Estamos hablando de dinero de curso legal.

Apliqué el líquido a las planchas grabadas, inserté un papel en blanco y cerré la caja. Después apreté los tomillos, hasta oír el chasquido suave, y a continuación los apreté otra media vuelta más.

—Imposibles de distinguir —dije yo— ahora que hemos abandonado el patrón oro.

El señor Dicannti respondió con un reflexivo asentimiento y un gesto de aprobación, aunque lo que yo acababa de decir carecía de todo sentido. Pero sonaba razonable y ésa era precisamente la idea. Por un momento, pensé que al tener el consorcio De Valu una planta química, quizá había sido un error intentar basar nuestro engaño en un poco de alcohol de friegas y tintura de yodo. Pero Dicannti había sido contratado por su habilidad para partir piernas y no por sus conocimientos de química. Incluso era posible que la alquimia de la fábrica, con sus científicos de bata blanca y sus mezclas de olor penetrante, jugara a nuestro favor. Probablemente Dicannti estaba predispuesto a dejarse impresionar por la magia de la química moderna.

Rose iba y venía por la habitación, mirando por la ventana y fumando compulsivamente.

—Están sobre nuestra pista, W. D. —dijo—. Ya casi tenemos encima a los de la Costa Este.

—Todo saldrá bien —repliqué.

—Necesitaremos al menos cincuenta mil —dijo—, solamente para salir de ésta.

—¿Quieres calmarte? —le dije, mientras miraba a Dicannti levantando los ojos al cielo, como diciendo: «¡Mujeres! ¡Siempre lo mismo!»

Él asintió, como dando a entender que los dos éramos miembros

de la misma cofradía: un par de tipos legales, de los que entienden que los negocios son los negocios y que algunas cosas llevan su tiempo.

Eché un vistazo a los ángeles de alas doradas del reloj que adornaba la repisa de la chimenea de Dicannti. Eran las nueve menos cuarto. Necesitábamos todo el tiempo posible para poner suficiente tierra por medio, antes de que Dicannti descubriera la verdad.

—Hacen falta tres horas para que se asiente la tinta —dije.

Dicannti llamó a uno de sus contables y le dijo que viniera a su casa a las once menos cuarto. Exactamente.

—Veremos si ese billete supera la prueba —dijo—. Y a esta caja —añadió, señalando la máquina de fabricar dinero— no voy a perderla de vista ni un momento. ¿Lo entendéis? Si voy al baño, se viene conmigo. Si salgo un momento, me la llevo. No voy a darle la espalda, hasta que la vea abierta. De hecho, seré yo quien la abra, si no os parece mal.

Yo asentí. No, no nos parecía mal.

—Muy bien. —Su actitud se suavizó—. ¿Qué bebéis? ¿Ginebra? ¿Tónica?

—Southern Comfort —dije—, si tiene.

Dio un paso hacia el mueble bar, pero enseguida se detuvo, esbozó una sonrisita y se llevó consigo la máquina de hacer dinero. Lo que no sabía es que ya habíamos hecho el cambiazo y justo delante de sus narices.

—¿Con hielo? —preguntó.

—Con hielo —dije yo.

Bebimos a su salud y él a la nuestra. Dicannti apoyó los pies sobre una mesa, con la máquina de fabricar dinero sobre las piernas, y su sonrisa se convirtió en mueca cínica.

Por si estaba considerando la idea de arrojar nuestros cadáveres a un vertedero en cuanto nuestra caja mágica hubiera demostrado su valía, Rose se aseguró de mencionar varias veces a nuestros compinches, que nos estaban esperando en la ciudad. Lo importante era hacerle entender que, si no volvíamos, nos echarían de menos, y el rastro de miguitas de pan los conduciría directamente hasta su casa.

Resultó que Pelotas de Hierro era de Filadelfia.

—De Fallbrook, para ser exactos. En las afueras de la ciudad.

—¿De Fallbrook? —dije yo—. ¡Qué casualidad! Yo he estado allí.

Un tío mío tiene una parcela en Cardinal Crescent.

—¡Qué coincidencia! —dijo Dicannti, levantando la copa, y nos pusimos a hablar amigablemente de Filadelfia, del viejo barrio y de lo mucho que había cambiado, por desgracia para peor, y del problema de que hubiera cada vez más negros en el distrito. Y yo estuve de acuerdo con cada una de sus afirmaciones.

De pronto guardó silencio, como si acabara de advertir algo en

mí.

—Me suena tu cara —dijo—. ¿Tu padre no trabaja en los ferrocarriles?

En otra época, Dicannti había trabajado por cuenta propia, partiendo cráneos para Henry Ford o acabando con la conflictividad laboral en diversas líneas férreas. Era probable que uno de sus contratos lo llevara a intervenir en cierta huelga de la Southern Pacific.

—A decir verdad, no me parezco mucho a mi padre —dije—. Nadie encuentra el parecido. Además, no creo que usted lo conozca.

—¿A qué se dedica?

—¿Mi padre? Construye casas.

—Oh —dijo Dicannti, con un gesto de asentimiento—. Bueno, no sé, te pareces a alguien. Dime, ¿has oído hablar de la huelga en Flint?

—Sí.

—Pues lo que has oído es mentira.

Le alegró mucho tener la oportunidad de sacarme del error sobre algo que él creía que yo sabía. Y así pasó la noche, con historias de batallitas y cuentos de obreros intimidados. Dicannti se tomó por mí un interés paternal, al verme tan joven y descarriado, y me advirtió que una vida de crímenes no era vida. Su interés por Rose, en cambio, me pareció mucho menos paternal. Ella consiguió eludir sus avances, mostrándose preocupada por nuestra situación y fingiendo que no notaba sus insinuaciones. Pero a mí me irritaba que Dicannti pretendiera flirtear con ella estando yo delante. Me hacía sentir ganas de probar si yo sería capaz de cascarle las «nueces». Aunque en el fondo, ya lo estaba haciendo. Lo tenía agarrado por las pelotas, pero él todavía no lo sabía.

Llegó el contable: un sujeto encorvado, con gafas para ver de cerca y un maletín como de médico, la clase de individuo que acaba con el pulgar engrasado de tanto contar dinero negro, la clase de persona que se presta gustosamente a manipular los libros de contabilidad para ocultar la procedencia de ciertos ingresos. No reparó en la caja de lustroso palo de rosa apoyada en el escritorio de su jefe. Dicannti le dijo que esperara fuera y se volvió hacia nosotros.

—Cuando lo haga pasar, no quiero oír ni una palabra sobre el origen del dinero —dijo—. Discreción absoluta. ¿Lo habéis entendido?

Rose y yo aceptamos de todo corazón sus condiciones, pero por diferentes razones que él. Dicannti quería mantener en secreto su gallina de los huevos de oro, y nosotros no queríamos que un experto en dinero le revelara que unas planchas de cobre y un producto químico que transformaba el papel comente en papel de hebras de algodón era pura charlatanería. De modo que sí. La discreción era la mejor política para todos los implicados.

Dicannti aflojó los tomillos de mariposa, uno a uno. Abrió la caja y fue como si una luz brotara de su interior. Fue un momento mágico, en todos los sentidos: magia en el sentido de la fascinación y magia como truco y juego de manos. Y aunque yo ya sabía lo que iba a suceder, me resultó emocionante ver aquella hoja de papel transformada en billete de cien dólares, húmedo todavía, pero perfecto en todos sus detalles. Me hubiera echado a llorar allí mismo.

Dicannti sofocó una exclamación y levantó el billete, contemplándolo como el milagro que era.

—Impresionante... ¡Maynard!

Cerró la caja y la apartó hacia un lado, mientras volvía el encorvado Maynard.

—Tengo sospechas de que este billete es falso —dijo Dicannti—. Examínelo, por favor, y denos su veredicto.

¡Bueno, bueno! Maynard se puso a estudiar el billete como lo habría hecho un joyero de Ámsterdam con un diamante. Lo escudriñó con una serie de lentes de aumento. Lo miró al trasluz, lo arrugó con la mano y lo volvió a estirar. Pasó los dedos por los bordes y examinó la trama. Mojó un trozo de algodón en algún tipo de solución y lo frotó en una esquina del billete. Le arrancó unas fibras con unas pinzas diminutas, sumergió las hebras en la solución y observó los resultados. Un hombre ingenioso, capaz de lanzar piedras adivinatorias y de leer los signos. Por último, con un desmadejado gesto de asentimiento, declaró:

—Billete auténtico, de curso legal.

—¿No es falso?

—Ni en lo más mínimo.

Dicannti sonrió y, con un gesto imperial de la mano, le indicó a Maynard que se retirara de la habitación, actuando como el cesar que aspiraba a ser. Cuando se volvió hacia nosotros, su sonrisa había desaparecido.

—Os daré veinticinco —dijo.

—¡Un momento! —exclamé yo— Habíamos acordado cincuenta mil.

—Veinticinco —replicó él—. Tomadlo o dejadlo.

—Muy bien —dije yo—. Sesenta.

Eso lo descolocó.

—¿Sesenta?

—De acuerdo. Sesenta y cinco.

—Pero, pero... —balbució—. He dicho veinticinco, maldita sea, y no...

—Setenta —dije yo.

—¡Setenta! Pero ¡qué demonios...!

—Setenta y cinco —dije—. Y es nuestra oferta definitiva.

Dicannti tenía la cara encendida, debido quizá a dos partes de Southern Comfort y una parte de indignación.

—¿Setenta y cinco? —rugió—. ¡Setenta y cinco!

—Perfecto. ¿Entonces cerramos el trato?

—¡No! ¡No cerramos ningún trato! ¿Qué intentas.,.? Me incliné hacia él.

—Calcule un poco, señor. Usted duerme... ¿Cuánto? ¿Siete horas al día? ¿Ocho? Si tiene la caja a mano y la alimenta con papel cada vez que pueda, se sacará fácilmente unos cuatrocientos dólares al día, lo que equivale a dos mil ochocientos a la semana y ciento cuarenta y cinco mil seiscientos dólares al año.

Levanté el bote con el líquido sobrante y lo sacudí, para que oyera el chapoteo.

—Aquí tiene suministro suficiente de productos químicos para cinco años. ¿Quiere la máquina de fabricar dinero? Tendrá que soltar setenta y cinco mil dólares. No me haga subir a ochenta.

En ese momento, Rose intervino para recriminarme con dureza mi conducta:

—Basta ya, W. D. Acepta los cincuenta mil y ya está.

De modo que fueron cincuenta. Dicannti sonrió, orgulloso y satisfecho, como si nos hubiera ganado, como si se hubiera aprovechado de mi inexperiencia. Es gracioso cómo funciona la mente, ¿verdad? Pero ¿saben algo más gracioso todavía? Aunque lo de subir los precios para después rebajarlos era algo que yo había aprendido de la abacería de Sukanen, en Paradise Flats, y aunque en esa ocasión sólo lo había hecho para cortar el regateo de Dicannti, lo cierto es que pudimos haberle sacado setenta y cinco mil a aquel cesar. Debimos empezar por setenta y cinco. Maldita sea.

Mientras Dicannti abría la caja fuerte detrás de su retrato (¿cuánto habría tardado un reventador de cajas en encontrar la combinación?), yo coloqué otro papel en blanco en la máquina.

—Recuerde que debe dejarlo en reposo por lo menos tres horas —dije, apretando los tornillos hasta escuchar el chasquido, para luego dar media vuelta más—. Es mejor si lo deja más tiempo, de modo que no se preocupe si no llega a abrir la caja a la hora exacta. En cambio, si la abre antes de tiempo, los colores se desvanecerán.

—¿Podemos irnos ya? —dijo Rose—. Se nos hace tarde.

Era cierto.

Faltaba poco para la medianoche y teníamos a un par de polis corruptos esperando nuestro dinero. Nos despedimos con un caluroso y sentido saludo a nuestro generoso benefactor, tras repasar las pilas de billetes de cien que nos había dado, para comprobar que estuvieran todos. Yo estaba nervioso. Si iba a pasar algo, ése era el momento de que pasara. Pronto averiguaríamos si los ficticios compinches que

supuestamente nos aguardaban en la ciudad tenían el poder disuasorio que esperábamos.

Rose y yo bajamos la escalinata. El guardaespaldas de Dicannti, aburrido pero mortífero, estaba sentado en su silla, junto a la puerta principal. Lo saludamos al pasar con un movimiento de la cabeza, que él no se dignó responder. Si su jefe iba a hacerle una señal, ése era el momento. Pero salimos por la puerta, recorrimos el sendero y pasamos junto a la caseta del guardia. Estábamos borrachos de miedo y de emoción, yo agarrado a la bolsa con el dinero de Dicannti y Rose agarrada a mí. Ella jadeaba. Yo sentía las piernas como si fueran de gelatina y mi cabeza como por las nubes. Era casi… sexual, el efecto que tenía en nosotros el haber conseguido un timo de tanta magnitud: la aceleración de la circulación, la tensión en aumento y la placidez que venía después, esa alegría embriagadora. En todo ese tiempo, nunca había oído a Virgil y Rose haciendo el amor en la habitación contigua. Quizá conseguían toda la emoción que necesitaban de los trabajos que hacían juntos, como cuando bailaban hasta morirse de risa y sudor, y se miraban las caras reflejadas en los ojos del otro, en un efecto muy parecido al de la galería de espejos en las ferias de los pueblos.

Sentí en la lengua el sabor de la euforia y comprendí lo adictiva que podía llegar a ser: un apetito que aumentaba cuanto más comías.

Bajamos a toda prisa por la calleja que discurría a un lado de la casa de Dicannti, con los tacones de Rose golpeando el suelo bajo la penumbra de las farolas y los nervios de ambos en tensión, como un reloj pasado de cuerda. Aguzamos el oído, para distinguir el sonido de unos neumáticos detrás de nosotros o el zumbido casi imperceptible de un bate de béisbol, pero sólo oímos el viento seco y el ruido del tráfico a dos calles de distancia.

Unos faros se encendieron y se apagaron, dos veces, y Rose echó a correr.

Sesenta y ocho

POR LO visto, Virgil había estado insistiendo con la morfina. Los ojos le sonreían con independencia de la boca y se le insinuaba la baba en las comisuras de los labios. Aun así, no estaba balbuciendo, ni comiendo moscas muertas, ni nada por el estilo. Todavía no, al menos.

—Si no te importa, prefiero conducir yo —dijo Rose.

—No hace falta —dijo Virgil, mientras se disponía a arrancar el Ambassador y sacamos del callejón—. He conducido en peores condiciones que ahora. ¿Recuerdas en Albany?

—Yo no estaba —respondió ella.

—¿No? —dijo él—. Creía que sí. Te recuerdo allí.

—¡Vamos! —dije yo—. Ya vamos con retraso.

—Llamé por teléfono —replicó él—, mientras vosotros dos os estabais codeando con el señor Pelotas de Hierro. Llamé a nuestros amigos y les dije que nos íbamos a retrasar.

—¿Cómo se lo tomaron? —preguntó Rose.

—Mal.

Rose metió los cincuenta mil en una de las maletas de piel verde de Virgil. Nos acercamos a la taberna y vi a dos hombres inclinados sobre la mesa, en la mesa del fondo. Pero Virgil no se detuvo.

Cuando quedó atrás el tugurio, como una pequeña isla de luz en la vasta noche, dije:

—¿Qué haces?

—Te llevo de vuelta al local de Charley Wong. Me esperarás allí, al lado del teléfono. —Virgil me miró por el espejo retrovisor, mientras pasábamos delante de escaparates oscuros y casas dormidas —. No lo entiendes, ¿eh, Jack?

—¿Qué es lo que tengo que entender?

—En cuanto les haya pagado, ya no tendrán ningún incentivo para mantenernos con vida a ninguno de nosotros. ¿Quieres acabar como ese marido, con cinco agujeros en la espalda?

—Ése había matado a su mujer —dijo Rose—. Se lo había buscado.

Así era, aunque dejando de lado que su única razón para matarla habían sido las fotos que nosotros le habíamos suministrado, las fotos falsificadas que nosotros le habíamos suministrado.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—No tienen piedad, Jack. A esos tipos no les preocuparía matarme a mí, o a Rose, o a ti.

Resultó que yo era su póliza de seguros. Virgil tenía pensado amenazarlos con otro chantaje, con la esperanza de que su farol

venciera a la muerte. Iba a hacerles ver a nuestros polis corruptos que él también los tenía en sus manos. ¿Qué iba a decir el FBI cuando se enterara de que dos agentes locales estaban chantajeando a un testigo, en un caso federal de asesinato? No iba a pedirles dinero, sino nuestras vidas.

—Por eso no podemos estar todos en el mismo sitio —dijo Virgil —. Necesitamos un as en la manga, fuera de esa taberna.

La idea era que si Virgil regresaba sano y salvo, yo no acudiría al FBI. Nuestros chantajistas seguirían su camino, nosotros el nuestro y ahí se acabaría todo. Tan obsesionados estábamos con los dos polis que aguardaban a Virgil en la taberna que ni siquiera se nos ocurrió que pudiera haber más gente implicada. Fue un grave error de cálculo por nuestra parte.

Virgil detuvo el coche delante del café de Wong, otra isla de luz en la noche oscura. Me pidió que me quedara allí, a la espera de la noticia de que todo había salido bien.

—Entra —dijo Virgil—. Pide tarta y café. Y deja una propina decente, ¿quieres? ¡Ah! —añadió—. Una cosa más.

Me dio un sobre.

—¿Qué es esto?

—Dos billetes de veinte —dijo— y un billete de autobús.

—¿Un billete de autobús?

Mientras estábamos haciendo negocios en casa de Dicannti, Virgil había pasado por la estación.

—Para ir al sur —dijo—. A Paradise Flats. Si no vuelvo de la reunión, súbete al autocar. Hay un autobús nocturno a Lubbock. A las dos. A partir de ahí, hace una parada en cada agujero que encuentra en el camino, pero te llevará a casa. Si tienes que esconderte, no hay mejor lugar. Entre los tuyos. Rose y yo te iremos a buscar cuando todo haya pasado. Cuando salgamos de ésta. Si es que salimos.

Después, con una sonrisa que resultó demasiado ancha, demasiado cordial y demasiado franca, añadió:

—Pero no te preocupes por nosotros. No nos pasará nada. El billete de autobús es sólo una seguridad adicional. Recuerda, Wheaties, que siempre hay que tener un plan para huir.

¿Era todo un montaje?

No crean que no lo pensé cuando se marcharon con el dinero, dejándome únicamente un billete de autobús y cuarenta dólares en el bolsillo. Nada les impedía seguir por la carretera hasta Denver, o Iowa, o cualquier otro sitio.

Todos tenemos nuestros gestos delatores. El de Virgil era un temblor en los labios, como reteniendo una sonrisa, que duraba lo que un parpadeo. El de Rose era aquel mechón de pelo que nunca parecía quedarse en su sitio. Eran gestos delatores, pero también señales,

como yo mismo había descubierto jugando al monte de tres cartas en las ferias de los condados. Cuando Rose se colocaba el mechón detrás de la oreja, quería decir: «Desplúmalo, quítale todo lo que lleva encima.»

Una señal se hace deliberadamente. Un gesto delator, no. En el caso de Rose era difícil distinguirlos.

Había muchos «quizá» en juego. Quizá Virgil ya había pagado a los chantajistas con los cincuenta mil del principio. Quizá no era cierto que le hubieran pedido setenta mil. Quizá el atraco en la calle había sido fingido. Quizá simplemente había llegado el momento de prescindir de mí. Quizá sólo me habían utilizado para ayudarlos a reunir el capital necesario para el sueño del Gran Local de Virgil. Sin embargo, sus costillas estaban rotas de verdad. Yo había visto los huesos moverse bajo la piel, mientras Rose lo vendaba. Había oído las crepitaciones y los silbidos de su pecho cuando respiraba. Pero era posible que eso también hubiese sido un error de cálculo. Tal vez el atracador que contrataron no tenía que golpear a Virgil con tanta fuerza. Quizá el hombre se dejó llevar por el entusiasmo del momento y le descargó el bate donde no debía. Quizá sólo le habían pedido unos cardenales y no un par de costillas fracturadas.

Sin duda alguna, el montaje era una posibilidad, pero mientras entraba en el café de Wong, mientras la puerta de vaivén se cerraba tras de mí y yo saludaba a Charley con un movimiento de la cabeza y ocupaba mi sitio (estaba vez con la espalda contra la pared, porque Virgil no estaba allí para cuidarme), mientras pedía un café y una porción de la tarta de la casa, comprendí la verdadera razón por la que Virgil y Rose no iban a marcharse sin mí. Me necesitaban. Ellos me necesitaban a mí, más de lo que yo a ellos. Desde el falso arresto, hasta la mosca de España y el timo de la firma del director del banco, era yo el que había llevado el juego a sus verdaderas alturas. Ellos lo sabían y yo también. Era una idea triste y liberadora, la de comprender que ya no tenían nada más que enseñarme. Había sido yo quien había conseguido dinero a lo grande. Y aunque probablemente también me necesitaban en otros aspectos, el factor monetario siempre sería el decisivo. Dejarme tirado no habría sido una buena decisión comercial.

Vino Charley y me llenó la taza de café.

—¿Te sientes bien? —dijo.

—Cansado, nada más.

—¿Un chico joven como tú?

Asentí y Charley se echó a reír.

—Necesitas mosca de España —dijo.

Mi cansancio se disipó como por arte de magia y concentré en Charley toda mi atención.

—¿Qué has dicho?

—He dicho... mosca de España. Es lo que necesitas.

—¿Mosca de España? ¿Mosca de España? ¿Cómo lo sabes? —volví a preguntarle, hablando en voz más alta de lo que habría deseado—. ¿Cómo lo has averiguado? ¿Cómo demonios lo sabes?

Nunca habíamos rellenado los sobres delante de él, ni habíamos hablado con él de nuestras actividades.

—No lo sé... —respondió Charley con sonrisa vacilante—. Es sólo que... pareces cansado. Nada más. Era una broma. La que me hablaba de eso era Susie. Me decía: «¡Charley, deberías probar la mosca de España! ¡Vuelve locas a las mujeres!»

—¿Susie?

—Mi camarera.

—Ah, sí, claro.

Susie. La chica que hacía estallar los globos de chicle y se reía de las bromas de Virgil. Una buena chica, esa Susie. Una más entre los grandes invisibles: porteros, vagabundos, camareras... Aunque los miraras, no los veías. Realmente no los veías.

—Lo siento —dije—. No era mi intención contestar mal. Es sólo que estoy un poco nervioso, y cuando has mencionado la mosca... A propósito, ¿dónde está Susie?

—Se ha despedido —dijo Charley—. Ayer se marchó temprano a casa y esta mañana llamó y dijo que no iba a volver.

Normal. Incluso en tiempos de recesión, los empleados no duraban mucho en los hoteles y los restaurantes. Removí el café y sofoqué un bostezo.

—Bueno, ¡qué se le va a hacer! —dije.

—Ni siquiera ha venido a recoger su paga.

Ese comentario volvió a despertarme, como si me hubieran azotado con una toalla mojada.

—¿Qué? No, no puede ser.

—La paga de la semana pasada —explicó Charley—. No ha venido a recogerla. Todavía tengo su dinero en la caja.

—No —dije yo—. Eso no está bien, Charley. No está nada bien. ¡Maldita sea!

Y en ese momento, todo encajó, con la seguridad de una llave en su cerradura: los dientes de león, las moscas, todo.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Charley.

—No lo entiendes —dije—. Tú pagas una mierda de salario, ¿verdad?

—¡Eh! Pago el salario mínimo convenido.

—Pagas la mierda mínima convenida, Charley. Cuarenta centavos la hora, más las propinas que puedan darles. ¿No es así? Alguien que intente vivir con esa paga no puede permitirse dejar de recogerla, y tú

lo sabes. Vivirá esperándola, contará los días. Estará pendiente hasta del último centavo. No, no está bien lo que me has dicho, no está... ¿A qué hora sale la edición de la tarde?

Charley estaba desconcertado.

—¿Qué dices de la tarde?

—La edición del periódico. ¿A qué hora sale la edición de la tarde?

—No lo sé. Después de la hora de comer.

—A las dos —dije yo—. A esa hora sale.

—Supongo que sí...

—El periódico de ayer —le pedí—. ¿Dónde está, Charley? El de la mañana.

—No lo sé —respondió él—. En el fondo, creo. Antes estuve cortando pescado encima.

Corrí a la cocina y encontré el periódico. La portada tenía un montón de cortes y el centro estaba manchado de aceite con olor a pescado, pero pasé las hojas y encontré el artículo. «Asesinato en el Hostal Bluebird.» Estaba en una página llena de anuncios de tractores y aburridas noticias sobre subastas de granjas y reuniones de la organización de jóvenes agricultores. La página enea— jaba con el resto del periódico, tanto en tamaño como en textura, pero eso ya me lo esperaba. «Un hombre con una imprenta y una hipoteca te imprimirá prácticamente cualquier cosa por dinero.» Sin embargo, no debieron estar preparados para que nosotros subiéramos las apuestas y decidiéramos marchamos de la ciudad justo el día en que ellos pensaban sorprendemos con su montaje. En la cabecera de la página encontré lo que estaba buscando: junto a la fecha del 1 de septiembre de 1939, en versalitas, podía leerse: «Edición vespertina». Todas las otras páginas eran de la edición matutina, excepto ésa.

—¿Estás bien? —dijo Charley, mirándome examinar el periódico.

Me volví hacia él.

—¿Un asesinato a medianoche se publica en la edición de la mañana? —dije—. Es posible, supongo. Pero ¿por qué arriesgarse innecesariamente a que sospecháramos? Era mejor esperar a la edición vespertina.

Habían planeado deslizar la página preparada en la edición de la tarde, para que nosotros mismos la encontráramos.

La expresión perpleja de Charley me dijo que él no estaba involucrado. Al menos eso era bueno.

Todo estaba preparado para la tarde, pero cuando Susie nos oyó diciéndole a Charley que nos íbamos, esta vez para siempre, le entró el pánico. Tenía que hacemos ver el artículo falso en ese mismo instante. Tuvo que improvisar y por eso insertó la hoja con la noticia del asesinato entre las páginas del periódico de la mañana. La recordaba

agitando el periódico mientras venía hacia nosotros, moviéndolo para despejar el aire de unas moscas inexistentes. Eso debió de ser una señal para alguien que estaba en el café, o quizá en la calle. Ésa debió de ser la señal para hacer la Hamada. Había una cabina justo enfrente del local de Charley. Debieron telefonear desde allí.

La peluca y las gafas oscuras que llevaba la esposa de nuestro cliente no eran para esconderse de su marido, sino de nosotros.

Me había incomodado vagamente la cantidad de maleza en el jardín de aquel chalé. Una pareja joven, con un marido obviamente enamorado de su inquieta mujer… Un hombre como ése arrancaría las malas hierbas. Virgil había sabido interpretar los tiestos delante de las casas de los párrocos en Cuthbert, pero ese detalle le había pasado inadvertido. A mí también. Con tan poca lluvia, ¿cuánto tiempo tardaría un jardín en llenarse de dientes de león? Bastante, supongo. ¿Y el marido nunca había arrancado ni una sola mala hierba, aunque sólo fuera para complacer a su esposa?

¿Por qué habían crecido tanto los dientes de león? Porque en la casa no vivía nadie. Por eso. Supuse que la habrían alquilado unos días antes y que habrían mantenido corridas las cortinas, para ocultar *el* vacío interior.

—Charley —dije—, necesito tu guía de teléfonos.

Sesenta y nueve

PREGUNTÉ por Giuseppe Balsamo y, cuando Virgil se puso al teléfono, su voz sonó débil.

—Virgil —dije—. Soy yo. No te muevas. Ahora mismo voy a sacarte de ahí. No le des la espalda a nadie. No intentes escapar. Trata de ganar tiempo. Haz que comprueben todos los billetes, por si hubiera alguno falso. Escamotéales alguno, si es preciso, para obligarlos a que los cuenten. Diles que tu «póliza de seguros> te acaba de telefonear y que volverá a llamarte dentro de un momento. Haz lo que quieras, pero no salgas de ahí, Virgil. Ahora mismo voy a buscarte.

Colgué el teléfono, pero no eché a correr. Tenía otra llamada que hacer. Cuando terminé, me puse de pie, arrojé un par de dólares sobre la barra y me despedí de Charley dándole las buenas noches. Después, salí tranquilamente, a paso lento y dando bostezos. Pero iba caminando más aprisa de lo que parecía.

Oí el coche arrancando detrás de mí. Oí que se movía a cierta distancia, siguiéndome. No hizo falta que me diera la vuelta para mirar. Sabía perfectamente cuál era la marca y el año. ¡Hasta sabía el color! Era un Graham Supercharger sedán de 1939, de color verde oscuro, con la rejilla del radiador semejante a un morro de tiburón, y sabía también que los faros estaban apagados. Incluso sabía quién viajaba dentro: una camarera que hacía estallar globos de chicle y tenía acento de todas partes. A su lado estaría su hermano, a quien hacía mucho tiempo que no veía, asesinado en el

Bluebird; su marido, asesino del mencionado hermano y muerto a tiros por la policía, y el cliente del café, que había estado sentado en la barra de espaldas a nosotros y había comentado a voces los asesinatos. En total, un solo hombre.

Probablemente ella llevaba otra vez en el dedo la alianza de matrimonio. Pero eso no importaba, porque no íbamos a volver a vernos nunca más, al menos cara a cara. Y ésa era la clave.

Yo estaba haciendo una apuesta arriesgada y decisiva. Me lo estaba apostando todo a que los gorilas que estaban con Virgil en la taberna al otro lado de la ciudad, quienesquiera que fueran, nunca nos habían visto de cerca. La chica del Supercharger se había ocupado de echarnos el lazo. Ahora su marido se estaba encargando de no perdernos de vista. Después de todo, yo era la póliza de seguros, y si las cosas se torcían en la taberna y había que quitar del medio a Virgil y Rose, también tendrían que eliminarme a mí de la ecuación. Supuse que llevarían mucho tiempo vigilando a Virgil y esperando a que

volviera a entrar en el juego. Sabían que había salido de Eastham y que tenía tres condenas a sus espaldas. Sabían perfectamente qué hilos mover. Se habían tomado su tiempo; habían esperado a que reuniéramos una cifra respetable, aguardando el momento justo y el montaje apropiado. Todos tienen un timo con su nombre escrito. Éste era el de Virgil. Sabían que iba a picar,

Me encaminé hacia el callejón de detrás del café de Wong y, poco después, oí el ruido de los neumáticos girando. Los que iban dentro del coche conocían mi cara. Me lo estaba jugando todo a que los otros dos, los que estaban en la taberna con Virgil, no me habían visto. Al menos no de cerca. No lo suficiente como para reconocerme. No, si confiaba lo suficiente en mí mismo.

Subí por la escalera trasera hasta la azotea, haciendo resonar los pasos sobre los peldaños metálicos. Oí que el coche se detenía en el callejón. Entré en el apartamento 1-A, encendí las luces y me tumbé en el suelo. Después, pasé reptando al 1-B, cogí la segunda maleta de piel verde, metí dentro una sábana para que pareciera llena y salí por la ventana lateral. Bajé por la otra escalera de incendios y llegué a la calle corriendo.

Me habría llevado el parque de vehículos de nuestra empresa, de no haber sido porque estaba aparcado en el mismo callejón donde se había detenido el Supercharger. En lugar de eso, eché a correr. Corrí y corrí, al menos catorce manzanas; me monté en marcha a un tranvía que pasaba, y continué el viaje traqueteando a través de la noche, hasta que me apeé de un salto.

Junto a la taberna, estaba Rose, esperando en el Nash con el motor en marcha.

Me detuve y la miré, casi como si la viera por primera vez. Yo aún no había descartado por completo la idea de que el pardillo en todo ese montaje podía ser yo. De hecho, en parte lo esperaba. Pero me pareció que ni siquiera Rose habría sido capaz de fingir aquella expresión de miedo descamado. Cuando me acerqué, vi sus manos tensamente aferradas al volante y en su rostro... todo. Vi lo mucho que necesitaba a Virgil y lo mucho que Virgil la necesitaba a ella. Lo vi en la preocupación y en el dolor que había en su cara. Aunque no estoy totalmente seguro de lo que es el amor, supongo que la preocupación es uno de sus ingredientes más importantes. Después de todo, nos preocupamos por las personas que nos importan, ¿no? Preocupación. Eso fue lo que vi en los ojos de Rose. Y en ese momento supe que la había perdido. En realidad, no la había tenido nunca. Siempre habían sido Virgil y Rose. Yo era sólo un accesorio.

Me acerqué a un lado del coche, di unos golpecitos en el cristal y ella dio un salto.

—Rose —susurré.

Bajó el cristal y me vio allí, con la maleta.

—¡Jack! ¿Qué estás…?

—Necesito un vehículo. Rápido —dije—. Ve al Regency. Alquila un coche con chófer. Promételes que les pagarás el doble, lo que haga falta. El mejor que tengan: un Lincoln o un Cadillac. Mándalo enseguida para aquí. Ya.

Le dije lo que pensaba hacer y por qué, y una expresión efímera le atravesó la cara. No era de preocupación. Pero casi.

—Pásame tu mechero —dije—, si no te importa.

Dentro de la taberna, estaban contando el dinero. Nuestro dinero;

Todo el sitio parecía pegajoso, como si estuviera cubierto por una fina película de grasa fría. Los taburetes alineados a lo largo de la barra estaban vacíos, con los asientos de cuero sintético medio rajados y abiertos, la mayoría de ellos.

Virgil no me vio llegar. Pero ellos sí.

—No me lo explico —estaba diciendo Virgil—. Habría jurado que estaba todo el dinero.

Se encontraba de espaldas a la puerta. Frente a él, del otro lado de la mesa, estaban los dos gorilas, enfundados en pesados abrigos y con los sombreros calados. Tenían delante la maleta verde, abierta, y Virgil estaba apilando los billetes. Por enésima vez. Ahí estaban mis veinte mil y los cincuenta mil que nos había reportado la venta de la máquina de fabricar dinero.

—En realidad, no estoy seguro de que falte nada —dijo Virgil—. ¡Eh! ¿Habéis estado alguna vez en Abilene?

Fui directamente hacia ellos, por delante del hombre de la barra, hasta la mesa del fondo, y arrojé sobre la mesa la maleta que llevaba. Los dos hombres me miraron primero a mí y después a Virgil.

—¿Quién coño es éste? —dijeron.

Me dejé caer en el asiento junto a Virgil, con indolencia, como si no me importara nada.

—¿Cuál de vosotros es Giuseppe? —pregunté.

Sin poder evitarlo, los dos miraron a Virgil, y yo de inmediato salté sobre él y le estrellé la cara contra la mesa. ¡Bam! Virgil volvió a levantarse, con la nariz sangrando y agarrándose la cara.

—¡Mierda.[1] —dijo.

El gorila que tenía enfrente murmuró:

—¿Qué demonios…?

—Quiero saber —dije— quién de vosotros tuvo la brillante idea de largarse con los ciento veinte mil dólares que mi padre ganó con el sudor de su frente. —Abrí la maleta que había arrojado sobre la mesa y saqué la esquina de una sábana—. Buen chiste, ¿no? Quizá Giuseppe nos lo pueda explicar…

—Yo… —Todavía se estaba apretando la nariz, tratando de parar

la sangre con un pañuelo—. Necesitaba el dinero, lo necesitaba para...

Y ¡pam!, volví a estrellarle la cara contra la mesa, más fuerte esta vez.

—Dios —dijo él, tambaleándose hacia un lado, con sangre por todas partes.

Los otros dos me estaban estudiando, tratando de interpretar lo que hacía y atentos al menor gesto delator.

—Entonces... —dije, y dejé que una ligera cancioncilla se filtrara en mi voz, el tipo de acento que mi padre se había traído de Saint Kilda; no del todo irlandés, pero suficientemente similar—. A ver si lo he entendido bien —proseguí, hablándole a Virgil, pero con los ojos fijos en los dos hombres que tenía delante—. Tú pensaste: «¡Qué demonios! Estoy algo necesitado de dinero, así que voy a servirme un poco del que guarda Jimmy Toogood.» ¿No es eso? ¿Eso fue lo que pensaste, especie de pústula maloliente? ¿Eso fue? ¿Ésa es la mierda que me vas a contar, Giuseppe? ¿Que estabas «necesitado de dinero»?

Saqué un cigarrillo y le di unos golpecitos en la pitillera de plata.

—¿Quiénes sois vosotros dos? —le dije a los otros—. ¿Y qué hacéis ahí, con el culo gordo aplastado en la silla, contando el dinero de mi padre, como si lo hubierais ganado?

Estaban sin habla, como correspondía que estuvieran, habiendo sido sorprendidos en semejante circunstancia.

Abrí la tapa del mechero de Rose e intenté hacer girar la ruede—cilla para que se encendiera la llama. Pero no pude. Me temblaban las manos. Y ellos lo notaron.

El hombre más corpulento se inclinó hacia adelante y me miró directamente a los ojos.

—¿Quién eres tú? —exigió saber.

Ahí estaba.

Ése era el momento, el que Virgil siempre mencionaba: el momento en que el pardillo se da cuenta y por un instante lo sabe todo. Finalmente, conseguí que brotara la llama e inhalé profundamente el humo del cigarrillo. El tabaco calma los nervios. Es algo maravilloso. Contuve un pequeño acceso de tos, dejé escapar lentamente el humo... y entonces le arrojé el cigarrillo a la cara al hombre más corpulento. Saltaron chispas con el impacto y el hombretón se echó atrás, manoteando para quitárselo de encima.

—¿Que quién soy yo? —dije—. ¿Que quién soy yo? Soy la peor pesadilla que vais a tener en vuestras vidas. Eso es lo que soy yo.

El otro hombre sacó una placa y me la enseñó brevemente.

—Agente Allen —dijo—. Policía Local de Silver City.

Se la arranqué de la mano.

—¿De veras? —dije, y enseguida, sin siquiera echarle un vistazo, añadí—: Las he visto mejores en las ferias de los pueblos.

Con un golpe seco de la muñeca, arrojé lejos su placa, que botó varias veces en el suelo como una piedra sobre la superficie de un lago. El hombre de la barra, que estaba barriendo, levantó la vista y enseguida volvió a bajar la cabeza, intentando a toda costa volverse invisible.

El hombre más pequeño se inclinó hacia adelante y se palpó la chaqueta, en un gesto que pretendía ser amenazador. Probablemente llevaba algún objeto contundente, quizá una porra o algo semejante. No me importó.

—Mi padre tiene a todo el departamento de policía lamiéndole el culo —dije yo— y es la primera vez que veo vuestras caras.

Los miré fijamente hasta disipar las últimas dudas que pudieran quedarles. Los estuve mirando hasta que parpadearon, hasta que se les empezó a notar el miedo.

—Tenemos a vuestros dos amigos, la muñequita y el calzonazos que iba con ella. Los tenemos allá, en el establo. Ella vio el error que había cometido. Y le faltó tiempo para irse de la lengua. «Desatadlo», suplicaba. «¡Por favor, desatadlo! Os diré dónde *están.*» ¡Mujeres! —dije—. Demasiado sentimentales. No les gusta ver sufrir a una persona querida. De modo que aquí estoy. La muñeca os ha traicionado, muchachos, y me ha enviado aquí. ¿Y a quién me encuentro cuando llego? ¡A tres estafadores baratos que se creen que pueden timar a mí padre!

—Yo no estoy con ellos —tartamudeó Virgil, y yo volví a estamparle la cara contra la mesa, aunque esta vez pudo amortiguar el golpe con la mano.

—Cierra el pico —dije.

Virgil me echó una brevísima mirada, con la que me estaba diciendo: «No era necesario que me golpearas tan fuerte.» Pero sí lo era. Acobardarse era morir. Un golpe fingido no era un golpe. Y la cara estrellada contra la mesa era preferible a su alternativa.

—¡Un momento, amigo! —dijo uno de los hombres, tratando de recuperar la iniciativa e intentando todavía parecer un tipo duro. Pero le temblaba la voz. Ese sí que era un detalle delator. Sólo por eso habrían podido matarlo.

—¿Y tú dices que eres poli? —dije yo—. Y una mierda eres poli Tú no eres más que un trilero desgraciado, que a la menor falta de respeto se va a ganar una muerte lenta y muy dolorosa. Mi padre me mandó a mí porque soy el más razonable de la familia. Mi hermano Davey quería arrancaros los dedos, uno por uno. Los diez. Pero yo le dije: «Déjales por lo menos los pulgares, para que puedan largarse de la ciudad en autoestop cuando hayamos terminado con ellos.» ¿A que soy razonable?

Tenía que hacer tiempo para que llegara el chófer que Rose había

ido a contratar. Apilé los billetes sobre la mesa, hice un recuento rápido y pregunté:

—¿Dónde está el resto?

Le habían robado cincuenta mil a Virgil en el callejón. Ellos eran cuatro, por lo que se habrían embolsado unos doce mil cada uno, más calderilla. Los dos de la taberna debían de tener las ganancias encima. Al fin y al cabo, nunca puedes confiar del todo en tus compinches.

—Soltadlo —dije.

Palidecieron y, tal como esperaba, me entregaron sendos sobres, con doce mil dólares dentro.

—Aún falta —dije.

Entonces rebuscaron un poco más en las carteras, vaciaron los monederos y volvieron del revés los bolsillos. Con eso conseguí unos mil dólares más. Exprimí a esos hijos de puta hasta quedarme con su último dólar y su último centavo. Estaban tan asustados que incluso dejaron sobre la mesa sus relojes y sus anillos.

Yo lo recogí todo y lo guardé en la primera de las maletas verdes de Virgil.

—¿Conocéis a John Connor O'Reilly, verdad?

Ellos asintieron, mudos de miedo, aunque «John Connor O'Reilly» era un nombre que me acababa de sacar de la manga.

—Suele trabajar con los Williamson. También con nosotros, a veces. Lo llaman el Cirujano. ¿Lo habéis oído, verdad?

Ellos hicieron un gesto afirmativo.

—¿Sabéis por qué lo llaman así?

No lo sabían. Y yo me alegré de poder iluminarlos al respecto, porque para entonces me sentía como surcando el mar con todas las velas desplegadas, ligero e invencible, y las mentiras manaban de mi boca con tanta claridad y tal poder de convicción que hasta yo mismo me las creía a medias.

—El bueno de O'Connor es aficionado a la cirugía casera, ¿sabéis? Se marchó de Belfast la Bella, encontró un hogar en Estados Unidos y se labró un lugar propio en el mundo, empuñando los instrumentos de su oficio. Algunos lo llaman el Carnicero de Belfast, pero a mi modo de ver eso es un insulto a su arte, porque el hombre es un artista, un artista que impone respeto. Es la única persona que ha hecho temblar a Dillinger. ¡Ah, pero vosotros ya lo sabíais!

Claro que lo sabían. Lo veía en sus ojos. «Ayúdanos, Dios mío —parecían estar rezando—, porque hemos topado con un hombre que le ha metido miedo al mismísimo Dillinger.» Tenían la idea plantada en el cerebro y, una vez allí, era imposible que se la quitaran de encima.

—¿Habéis oído eso de «ojo por ojo»? ¿Lo habéis oído, verdad? ¿Sabéis que viene en la Biblia, no? —Esperé a que hicieran un gesto de asentimiento, antes de proseguir—. Lo llaman el Oculista y se lo

dicen a la cara; pero cuando él no está delante, le dan otro apodo por lo bajo. No lo llaman el Carnicero, no. Peor que eso. Lo llaman Sacacorchos. *Sacacorchos* Connor, así lo llaman. Por su instrumento quirúrgico favorito. ¿Sabíais que si le metes a alguien un sacacorchos en el ojo, el ojo salta limpiamente de la órbita, como una ciruela pasa de un bizcocho? Fascinante, ¿verdad?

Cerré la maleta y vi de reojo que un sedán negro había aparcado delante del rótulo de neón de la taberna. Un Lincoln K V12, por lo que podía ver. Un Sunshine Special, si no me equivocaba. Bonito automóvil, ese modelo de Lincoln, con su capó en forma de ataúd y sus guardabarros despegados del cuerpo de la carrocería. Era un vehículo que solían usar los presidentes y otros dignatarios en viaje oficial, así como ciertos héroes menores. De su interior salió un chófer de uniforme gris y gorra con visera.

—Justo a tiempo —dije.

Salí del compartimento, hice un gesto afirmativo en dirección a la ventana, como si estuviera haciendo una señal, y recogí las dos maletas, una en cada mano.

—Señores... —dije.

Los llevé a los dos hasta la acera y, en cuanto hubieron salido, me detuve e hice un gesto breve en ambas direcciones, como enviando señales convenidas a un ejército de matones escondidos en las sombras.

Justo en ese momento, apareció el Graham Supercharger.

Se detuvo en la esquina y apagó las luces. Debieron darse cuenta de que me había escapado y habían acudido a toda prisa, para contarles a los otros que la póliza de seguros se había esfumado. Pero la muñequita y su calzonazos también estaban pillados. Les di la espalda, por precaución; pero aunque me hubieran reconocido a pesar de la distancia, no podían arriesgarse a venir corriendo. ¿Cómo iban a explicar que el marido y su esposa habían vuelto de la muerte? Todo su montaje se habría venido abajo.

Aun así, tenía que darme prisa. Metí a empujones a los gorilas en el asiento trasero del Lincoln y lancé hacia adelante una de las maletas, junto al conductor. Después, les dije:

—Vais a llevarle personalmente ese dinero a mi padre; os disculparéis por la aflicción que le habéis causado, y le explicaréis cómo pensáis pagarle el importe restante. Con intereses, ¿eh? Si hacéis todo eso, es muy probable que salgáis de allí con los dos ojos, y eso es más de lo que puede decir el marido de la muñequita, pobre tuerto hijo de puta.

Me volví hacia Virgil.

—En cuanto a ti —dije—, tú te vienes conmigo.

—¡No! —dijo Virgil, con voz temblorosa y a punto de romper a

llorar.

Intentó montar en el Lincoln con los otros dos, suplicando:

—¡Déjame que hable con Jimmy! Yo puedo arreglarlo todo.

Pero los otros dos lo apartaron a empujones, como si temieran que fuera a hundirles el barco. Yo tuve que tirar de Virgil con fuerza para alejarlo de los otros.

—No te preocupes, Giuseppe —le dije—. Te dejaremos los pulgares. Soy un hombre razonable.

Disimuladamente, le di cien dólares al chófer y golpeé dos veces el techo del vehículo. Cuando el Lincoln arrancó, antes de que Virgil pudiera sonreír o decir alguna estupidez, lo agarré por las solapas de terciopelo, lo levanté hasta hacerlo poner de puntillas y le dije entre dientes:

—No sonrías, ¡maldita sea! En la esquina. El Supercharger sedán. Cuando se marche, dímelo.

Pero no tuve que esperar a que Virgil me diera la señal, porque oí el chirrido de los neumáticos.

—¿Se han ido? —pregunté.

Asintió.

—Han salido disparados. —Ahora sí estaba sonriendo—. ¡En la dirección contraria! ¡Ja!

¡Socios! No puedes confiar en ellos.

Rose se nos acercó al volante del Nash, con el cristal de su ventana bajado.

—¿Estáis bien?

Después, al ver la cara hinchada y la nariz magullada de Virgil, añadió:

—¿Quién te ha hecho eso?

—Yo diría que ha sido Jack —dijo él.

Ella me miró.

—Es una larga historia —dije yo.

—¡Larga, pero fabulosa! —añadió Virgil.

Abrió la puerta del coche, entramos los dos con la otra maleta y Rose arrancó.

En el estallido de alivio que siguió, Virgil gritó: «¡Yuuuuu-ju-jú!»

Y después:

—Wheaties ha estado soberbio, Rose, ¡tenías que haberlo visto! ¡Vaya cuento de primera calidad que les vendiste, Jack! *¿Sacacorchos* Connor? ¿El Oculista? ¿El Carnicero de Belfast? ¡Ibas soltando toda esa mierda como quien tira los dados! ¡Ha sido precioso!

Teníamos que pasar por el 1-A antes de largamos. Rose le había dicho al chófer que tenía que llevar a esos dos a una fiesta sorpresa de cumpleaños, y que si mantenía la boca cerrada todo el camino, le darían otros doscientos dólares cuando llegaran.

—¿Adónde se supone que tiene que llevarlos?

—A Nuevo México —dijo Rose, y ahí me tuve que reír.

—¿Atravesando la frontera interestatal?

—Atravesando la frontera interestatal —confirmó ella—. Le di instrucciones detalladas para ir a ninguna parte. «Gire por la segunda carretera de acceso, siga hasta el tercer cruce y entonces gire a la derecha y continúe todo recto hasta donde la carretera se bifurca. Una vez allí, elija el camino del norte y gire a la derecha cuando vea un granero grande. La segunda granja que verá entonces es el lugar donde se celebra la fiesta sorpresa. ¡Pero no diga una palabra!»

—¡Ja! —dijo Virgil—. Son la clase de instrucciones que yo solía dar cuando hacíamos el timo del tejón.

Virgil abrió la maleta y sacó el dinero que yo había conseguido: el nuestro y el de ellos. Levantó uno de los relojes que habían entregado los hombres y sacudió la cabeza con gesto apreciativo.

—¿Cómo lo descubriste? —me preguntó.

—Gracias a la mosca de España —dije—. Eso y los dientes de león. Ya te lo explicaré.

—¿Peabody estaba implicado?

—No —respondí—. Mandó que nos cortaran el teléfono, ¿recuerdas? Fue sólo mala suerte que yo encontrara la manera de volver a conectar la línea.

A Virgil le daba vueltas la cabeza, supongo que por una mezcla a partes iguales de morfina y euforia.

—¡Tendrías que haberlo visto, Rose! ¡Ha sido digno de verse! El muchacho es un artista. \Sacacorchos Connor, ja! ¡Cómo he disfrutado!

Para entonces reía y aullaba, y supe que con el paso de los años, la historia cobraría alas y yo crecería en estatura cada vez que alguien la contara y quedaría en la memoria como Wheaties McGreary, de la Cuenca de las Polvaredas, o Jack el Escocés, de Paradise Flats. Sabía que la historia se contaría una y otra vez, que pasaría de mano en mano como una moneda de la suerte, y que independientemente de lo que me pasara a mí, la historia seguiría viva y no moriría nunca.

Virgil, la señorita Rose y yo volvimos a nuestra «guarida».

Guardamos las cosas en el baúl y recogimos todo tan rápidamente como pudimos. Cogimos la cámara, pero dejamos la radio, el frigorífico y la ampliadora. Yo llené la tercera maleta verde con mis pertenencias: ropa, más que nada. Y cuando los otros dos no estaban mirando, metí en la maleta los bloques de madera que usaba para sostener la ampliadora. Para conferir a la maleta cierto... peso.

Bajamos todo por las escaleras, con Virgil haciendo muecas de dolor a cada paso.

—Tienes que ir a ver un médico —dijo Rose, pero él no quiso ni

oír hablar de eso.

—Los huesos se arreglan —dijo—. Es lo que hacen los huesos.

Con el Nash cargado, yo en el asiento trasero y Rose al volante, salimos del callejón y ni una sola vez volvimos la vista atrás para contemplar el lugar donde habíamos vivido.

—¿Puedes parar en la estación de autobuses? —pregunté.

—¿La estación? —repitió Virgil—. ¡Ah, sí! El billete. Tienes razón. Todavía estamos a tiempo para devolverlo. Dentro de poco saldrá tu autobús y, cuando se haya ido, ya no nos devolverán el dinero.

—No, no voy a pedir que me devuelvan el dinero —dije, y se hizo un silencio en el coche.

Rose me miró por el espejo retrovisor.

—¿Qué estás diciendo, Jack?

Ella sabía perfectamente lo que estaba diciendo. Virgil también.

Setenta

LA ESTACIÓN de los autocares Greyhound era probablemente el edificio más moderno de Silver City. Recién construido y funcional, con sus esquinas redondeadas, su tejado plano, su rótulo vertical de neón y sus baldosas azules y blanco marfil, era una auténtica obra de arte.

Bajo la marquesina de acero inoxidable, ya estaba esperando con el motor en marcha uno de los autocares Greyhound: plata sobre plata y cristales tintados, con todo el aspecto aerodinámico, suave y seguro del futuro que venía a nuestro encuentro. Sin embargo, pese a todo ese despliegue de modernidad, no dejaba de ser triste la isla de luz a la que nos dirigíamos. Su resplandor formaba densas sombras en las plataformas de carga. ¿Puede haber algo más desolado y solitario en este mundo que una estación de autobuses por la noche? ¿Con toda la gente en tránsito?

Bajé del Nash con una maleta verde. Virgil y la señorita Rose me siguieron. Ella me detuvo, me arregló el cuello de la camisa como si fuera mi primer día de escuela y me preguntó:

—¿Estás seguro?

Estaba seguro.

Virgil sacudió la cabeza con disgusto.

—Supongo que te he interpretado mal desde el principio, muchacho. ¿Dices que vuelves? ¿Adónde? ¿A un pueblo polvoriento en medio de la nada, para poder conducir un cacharro destartalado y tener una camada de mocosos chillones, mientras la vida te va destrozando? ¿De vuelta al trabajo humilde y a la rutina? ¿Eso es lo que quieres? —Parecía herido, triste y enfadado, todo al mismo tiempo—. Me estás partiendo el alma. I Lo tenías todo, Jack'. ¡Lo tenías todo para ser uno de los grandes!

«Uno de los grandes.» Eso es lo que temía.

—¿Vuelves a casa? —preguntó.

—Vuelvo a casa.

Rose tenía los ojos llenos de lágrimas, pero no estaba triste. No exactamente. Era curioso. Quizá ni siquiera eran lágrimas, sino las luces de la estación, reflejadas en la palidez de la noche.

Me volví hacia ella y dije:

—Me gustaría que te quedaras con esto.

Bajó la vista y estuvo examinando en la mano lo que yo le había dado.

—Un broche para el pelo —dijo—. Es muy bonito, Jack. Debió de costarte muy caro.

—No —respondí—, no mucho.

Habría querido abrazarla por última vez, apretarme contra ella, cerrar con fuerza los ojos y llenarme el aliento con su olor a cigarrillos y jabón Camay. Pero ya era la hora. El conductor llamo:

—¡Línea nocturna! ¡Todos los destinos del sur y el suroeste! ¡Nos vamos!

Virgil levantó la otra maleta, como yo sabía que haría, y dijo:

—Espera, muchacho. Todavía tenemos que darte tu parte.

—No la quiero.

—¿No? Bueno, al menos llévate un par de dólares, aunque sólo sea como ayuda para volver a...

—No puedo —repliqué—. Quiero empezar limpio.

Entonces apareció en la cara de Virgil aquel gesto delator casi imperceptible. Era un temblor mínimo de los labios, como queriendo reprimir... no ya una sonrisa o su sombra, sino la promesa de una sonrisa.

—¿De veras? —dijo—. ¿No quieres ni un poco del dinero? ¡Vamos! ¡Seguro que cien dólares te serán de alguna ayuda!

—No quiero nada —insistí—. Me retiro.

—... porque ya sabes que puedo darte lo que me pidas —dijo él—. Puedo abrir ahora mismo la maleta, meter la mano y sacar algo de dinero.

—No hace falta —dije yo.

—¡Ah, pero insisto! —exclamó él, con la mano en el cierre de la maleta—. Ahora mismo la abro y...

—¡Última llamada para la línea nocturna! ¡Todos los destinos del sur y el suroeste!

—Deja que se vaya —dijo Rose—, No quiere nada.

Y entonces me dio un beso, no en los labios, pero aun así dulce y suave, que fue como agua para un hombre sediento. Deliberadamente cerré los ojos y la estreché contra mí, para llenarme por última vez de esa tenue insinuación de jabón Camay.

—Bueno, muchacho —dijo Virgil, cuando me separé de Rose—. Si tienes que irte, vete. Aquí tienes. Llévate tu maleta y yo me llevaré la mía. Que tengas un buen viaje.

—Lo intentaré —dije yo.

Cogí la maleta que me daba Virgil y di la vuelta hasta el otro lado del autobús, para subirme al vehículo.

Rose y Virgil se quedaron mirando cómo se marchaba el Greyhound y, en cuanto se hubo perdido de vista, Virgil dejó brotar la sonrisa que había estado conteniendo.

Lo sé, porque yo no viajaba en ese autobús. Me había quedado a un lado, entre las sombras de las plataformas de carga, vigilando.

—¿Te das cuenta —dijo Rose— de que Jack acaba de irse con

todo nuestro dinero?

Le echó una mirada a la maleta verde apoyada en el suelo, al lado de Virgil.

—¡Qué poca confianza me tienes! —exclamó Virgil—, ¿Crees que Wheaties puede timarme a mí con un simple cambio de maletas? ¡Ja! Mientras tú le dabas un beso, yo volví a cambiársela.

Rose lo miró sin decir nada.

—Se lo merecía —dijo Virgil—, por tomarme por tonto. Él me hizo el cambiazo a mí, y yo se lo hice a él;

Hubo una larga pausa.

—Quizá él ya sabía que lo ibas a hacer —dijo Rose—. Quizá Jack dejó que hicieras tú el cambiazo.

Virgil congeló el gesto.

—¿Qué pretendes…?

—Solamente lo digo. Quizá Jack se limitó a poner ahí su maleta, para que tú le hicieras el favor.

Virgil miró la maleta verde, con las marcas de arañazos y los lados de piel. La miró —supongo— con el vientre encogido.

—Virgil —dijo ella—, será mejor que abras esa maleta.

Él lo hizo y sacó los bloques de madera y mi ropa, que desparramó en todas direcciones.

—Pero ¡qué hijo de puta! —A punto de estallar de rabia, miró a Rose con expresión asesina—. ¡No te rías! ¿Por qué te ríes? ¡Ese chaval nos ha robado todo nuestro dinero!

—No lo ha robado —dijo ella—. Tú se lo diste.

—Súbete al coche —dijo—. ¡Sube al coche ahora mismo! Lo alcanzaremos en la próxima parada.

Pero no hubo una próxima parada.

Porque en ese momento todo se había venido abajo. Para Virgil y para Rose, quiero decir. Para mí no. Yo sabía adónde iba. Era la primera vez que lo sabía.

Virgil se había metido en el Nash y se moría por salir cuanto antes.

—Yo conduzco —dijo.

Cuando Rose abrió la puerta, se volvió un momento… y me miró.

Es lo que tienen las sombras. Cuando las usas para esconderte, nunca sabes con seguridad si los otros pueden verte o no. ¿Me habrá visto Rose? Sinceramente, no lo sé. Simplemente se acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja y se metió en el Nash.

Fue la última vez que vi a Rosalind Scheible y a Virgil Ray. O a Giuseppe Balsamo y Avanna Sherrill, o a Connie Parker, o a quienquiera que realmente fueran. A veces me pregunto si ellos mismos lo sabían. No creo que Virgil haya sobrevivido a ese viaje; supongo que reapareció en el pueblo siguiente con otra identidad. Y

también Rose.

Me gustaría pensar que me vio, que nuestras miradas se cruzaron. Pero aunque algún día pueda buscarla y preguntarle, nunca sabré si me está diciendo la verdad o lo que ella cree que necesito oír.

Setenta y uno

HABÍA un largo trecho andando hasta las afueras de la ciudad, donde había un grupo de granjas. Tuve que consultar varias veces el trozo de papel donde había escrito la dirección, antes de encontrarla.

Se encendió una luz y apareció un hombre arrugado, envuelto en un albornoz. Me sonrió.

—No estaba seguro de que se fuera a presentar —dijo—. Pase. Está en el fondo.

Me llevó a donde estaba aparcado el Bantam.

—Deportivo, cuatro puertas. Acaban de ponérmelo a punto. Tiene la transmisión nueva y el depósito lleno. Pido... hum... trescientos dólares.

—¿Los quiere en efectivo, verdad?

—¡Claro! Pero... ¿no piensa regatear?

—No —respondí—. Usted me parece honesto.

El nombre que figuraba en el buzón era Staffer.

—¿Tiene familia en el sur? —pregunté—. ¿En las salinas del sur?

—La tuve —dijo—. Hace años. Fueron los primeros en establecerse por allí. Antes, el apellido era Offem, pero le añadieron un «Saint» o «St.» delante y al final se convirtió en Staffer.

—¡Vaya! —dije yo—. ¡Qué interesante!

Salí de allí con las ventanas abiertas y una maleta llena de dinero en el asiento contiguo. Más de noventa mil dólares, según mis cálculos, además de un par de relojes de oro y unos anillos. Virgil decía que no había conocido ningún estafador al que al final no hubiera timado su socio. Él, más que nadie, tenía que estar preparado para algo así.

Pasé junto a la planta química De Valu, en las afueras de la ciudad, y la vi reverberar en el resplandor del alba. La luz estaba encendida en el estudio de Dicannti, en la primera planta. A esa hora estaría abriendo su fabulosa máquina de fabricar dinero, con los ojos maravillados, anticipándose a la magia que estaba a punto de presenciar. No se llevaría una decepción. Al menos esa vez. Yo había añadido un segundo billete antes de volver a cerrar la caja y esos cien dólares iban a comprarme otras tres horas de tranquilidad. Siempre hay que tener la huida preparada. No puedes dejar que te sorprendan esperando en una estación de autobuses. Si algo había aprendido de Virgil, era precisamente eso.

Es posible poner mucha carretera de por medio cuando se tienen tres horas de ventaja. Conduje todo el día, hasta la noche. Dormí en el coche, robé gasolina con el sistema del sifón y seguí adelante. A la

mañana siguiente, me detuve en el correo para enviarle algo de dinero a mi padre (más de diez años de salario de una sola vez), junto con una nota: «Me preocupo por usted, padre. Y sé que usted se preocupa por mí. Pero estoy bien. Aquí le mando un poco de dinero, para ayudar con la comida y esas cosas, hasta que llegue su barco.»

Estaba a punto de cerrar el sobre, pero lo abrí y añadí: «Estoy seguro de que llegará algún día.»

Guardé la carta con el fajo de billetes que le iba a enviar y llevé el sobre al mostrador. Había más dinero en ese sobre para mi padre que la suma de todo lo reunido por Bonnie y Clyde en todos sus robos y matanzas combinados. Bastante más, de hecho, y ni una sola persona había tenido que perder la vida. Así tenía que ser, porque después de todo, sólo era dinero y no valía la vida de nadie.

Había suficiente dinero en el sobre para que mi padre estuviera tranquilo, aunque no lo suficiente para terminar de edificar su mansión, con las arañas de cristal y las torretas que no dejaba de añadir. Pero eso también era bueno, porque yo sabía desde el principio que la casa nunca iba a construirse. Y tal vez fuera ésa la idea.

Quizá no se trate de ganar o perder, o de marcar las cartas a tu favor. De amañar la partida, o de ganar la próxima mano. Quizá se trate de apostar incluso cuando todas las probabilidades están en tu contra. De jugar, aun sabiendo que el juego está amañado y que no puedes ganar. Puede que esa apuesta sea la única que merezca la pena.

Me quedaban cincuenta mil dólares para hacer una de esas apuestas, y me dirigí al norte por las llanuras, bordeando uno de los bosques del cinturón de protección, mientras el sol iluminaba el paisaje, y entonces la vi claramente, con tanta claridad como la carretera que se desplegaba ante mí. La vi en las cocinas donde repartían sopa a los necesitados, en los campos de trabajo, en las colas para recoger el pan y en todos los lugares donde había hombres y mujeres desharrapados. Y ahí estaba yo, Jack McGreary, de Paradise Flats, regalando el dinero que nunca había sido mío, devolviéndolo hasta agotarlo, entregándolo a manos llenas a los vagabundos y los perdedores, repartiendo los guijarros por cientos, dejándolos caer hasta que el mar creciera en una ola que me transportara al norte, que me llevara hasta la frontera y a los centros de reclutamiento que había al otro lado.

HMS HILARY - Cuartel general III División - INFORME DE RADIO — 6 de junio, 1944

Las operaciones aliadas en Normandía comenzaron a las 04.00 en

playas Omaha, Utah, Gold, Sword y Juno.

El soldado Jack McGreary, III División Canadiense de Infantería, desembarcó en playa Juno en la primera oleada. Recibió tres impactos de bala antes de llegar a la orilla.

Nota del autor

LAS ESTAFAS que aparecen descritas en este libro son auténticas el timo de la herencia de Drake, el del chucho con pedigrí, el de las glándulas de cabra del doctor Brinkley, los pequeños trucos para recaudar calderilla, el timo del inspector del banco, las cagadas de paloma, las malas pasadas de los feriantes, el rollo de Michigan y la fabulosa máquina de fabricar dinero, todos corresponden a la época. Es verdad que Adolf Hitler fue nombrado «hombre del año» por te revista *Time* y que el fabricante Studebaker comercializo una línea de automóviles de lujo con el nombre de Dictator. También es cierto que nadie gana nunca en el monte de tres cartas.

Los grandes estafadores que menciona Virgil son reates *Maletín* Simpson y Henry *el Caballo* eran timadores de los que solía hablarme mi padre. Geordie Dee es una mezcla de vanea personajes; en realidad, no se sabe quién inventó el monte de Teja Pero el conde Lustig, *Amarillo* Wed, Canadá Bill, Chicago May, Charley Fisher, el Diácono, el Coronel y todos los demás son figuras auténticas de la edad dorada de los timadores.

Para más información sobre las fuentes, así como notas sobre los lugares que aparecen en este libro y los nombres de los protagonistas, visite *www.willferguson.com*, y haga che primero en «*books*» y después en «*Spanish Fly*».

Agradecimientos

QUISIERA darles las gracias a mi correctora, Barbara Pulling, a mis agentes literarios, Carolyn Swayze y Eduardo Vallat, y a Geoff Mulligan, editor de la colección Harvill Seeker, de Random House, Gran Bretaña.

Me gustaría darles las gracias también a Kirsten Olson, Ian Ferguson y Mark Zuehlke, por sus ingeniosos consejos y sus oportunas aportaciones. Vaya mi gran agradecimiento también para el cantante y compositor Tom Phillips y su banda, The Men of Constant *Sorrow*, por poner música a la historia de La *herencia de Drake,* y por darle su adecuado tono *country*. (Más información sobre la «banda sonora» de la novela, en www.tomphillipsmocs.com.)

notes

Notas a pie de página

[1] Según han publicado *The New England Journal of Medicine, Scientific American, The Journal of the American Medical Association* y otras prestigiosas revistas. ¡Vuelva a poner pasión en su vida!